

LA ELIPSIS GRAMATICAL EN LA FICCIÓN SENTIMENTAL

Rocío I. García Rodríguez

Tesis doctoral dirigida por la Dra. Dña. Inés Carrasco Cantos

DEPARTAMENTO DE FILOLOGÍA ESPAÑOLA I Y FILOLOGÍA
ROMÁNICA

UNIVERSIDAD DE MÁLAGA

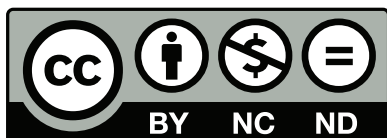
2012



SPICUM
servicio de publicaciones

AUTOR: Rocío Isabel García Rodríguez

EDITA: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Málaga



Esta obra está sujeta a una licencia Creative Commons:

Reconocimiento - No comercial - SinObraDerivada (cc-by-nc-nd):

[Http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/es](http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/es)

Cualquier parte de esta obra se puede reproducir sin autorización pero con el reconocimiento y atribución de los autores.

No se puede hacer uso comercial de la obra y no se puede alterar, transformar o hacer obras derivadas.

Esta Tesis Doctoral está depositada en el Repositorio Institucional de la Universidad de Málaga (RIUMA): riuma.uma.es

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	11
INTRODUCCIÓN	15
CAPÍTULO 1. EL ANÁLISIS PRAGMÁTICO	19
1.1. La Pragmática y el análisis discursivo-gramatical	19
1.2. Componentes pragmáticos de la comunicación lingüística	21
1.2.1. Elementos materiales	22
1.2.1.1. El emisor	22
1.2.1.2. El receptor	24
1.2.1.3. El texto	26
1.2.1.4. El contexto	28
1.2.2. Elementos relacionales	35
1.2.2.1. La información pragmática	35
1.2.2.2. La intención	36
1.2.2.3. La relación social entre emisor y receptor	36
1.3. La teoría del registro	37
1.3.1. El campo	40
1.3.2. El tenor	41
1.3.3. El modo	42
CAPÍTULO 2. CARACTERIZACIÓN PRAGMÁTICA DE LA NOVELA SENTIMENTAL	45
2.1. El contexto intertextual	46
2.1.1. La indefinición del género	46
2.1.2. Tradiciones literarias	48
2.1.3. ¿Conciencia de género?	60
2.1.4. Características genéricas de la ficción sentimental	62
2.1.4.1. Siervo libre de amor	79

2.1.4.2. Cárcel de amor.....	83
2.1.4.3. Triunfo de amor.....	84
2.2. Cronología y fases del corpus sentimental.....	87
2.2.1. Siervo libre de amor.....	90
2.2.2. Cárcel de amor	90
2.2.3. Triunfo de amor	91
2.3. El contexto histórico-cultural.....	93
2.3.1. La retórica y la lengua.....	99
2.4. Los autores	106
2.4.1. Juan Rodríguez del Padrón	106
2.4.2. Diego de San Pedro.....	110
2.4.3. Juan de Flores	112
2.5. Los lectores	114
2.6. Los temas	123
2.7. El canal.....	127
2.8. El propósito.....	132
2.9. El co-texto o dominio del discurso: personajes y escenarios de la ficción sentimental.....	135
2.10. El estilo de la prosa sentimental.....	143
CAPÍTULO 3. TEORÍAS ACTUALES EN TORNO A LA ELIPSIS.....	149
3.1. Elipsis gramatical o sintáctica frente a elipsis textual o cohesiva	151
3.2. Requisitos de la elipsis.....	162
3.2.1. La elipsis en la gramática generativa	162
3.2.2. La elipsis según Mederos Martín.....	163
3.2.3. La elipsis según Brucart.....	164
3.3. La elipsis verbal	169
3.3.1. El vaciado.....	170

3.3.1.1. El vaciado y las construcciones comparativas y pseudocomparativas	176
3.3.2. La reducción del sintagma verbal coordinado	190
3.3.3. La elisión del sintagma verbal con partícula de polaridad y las proformas oracionales.....	193
3.3.4. La anáfora de complemento nulo	201
3.3.5. El truncamiento	208
3.3.6. Las estructuras predicativas sin núcleo verbal	212
3.4. La elipsis nominal	215
3.4.1. La elipsis de los argumentos: contextos sintácticos	216
3.4.1.1. La elipsis del sujeto	217
3.4.1.1.1. El sujeto de las oraciones impersonales	217
3.4.1.1.2. El sujeto en las oraciones personales.....	220
3.4.1.1.3. La elipsis del sujeto de las formas no personales del verbo	223
3.4.1.1.3.1. El sujeto del infinitivo	223
3.4.1.1.3.2. El sujeto del gerundio	229
3.4.1.1.3.3. El sujeto del participio	232
3.4.1.1.4. Conclusiones respecto a la elipsis del sujeto en español	234
3.4.1.2. Los usos intransitivos de los verbos transitivos y la cuestión de los argumentos implícitos	236
3.4.1.2.1. Duplicación de objetos y elipsis	246
3.4.2. La elipsis del núcleo nominal: condiciones estructurales	250
3.4.2.1. El artículo.....	255
3.4.2.1.1. El artículo como determinante.....	256
3.4.2.1.2. El artículo como transpositor.....	257
3.4.2.1.3. El artículo como morfema	258
3.4.2.1.4. El artículo en estructuras de elipsis nominal	261
3.4.2.2. Los demostrativos	264

3.4.2.3. Otros determinantes del sintagma nominal	270
3.4.2.3.1. Los cuantificadores	270
3.4.2.3.2. Los relativos, interrogativos y exclamativos	273
3.4.2.3.3. Los posesivos	273
3.4.2.4. Conclusiones respecto a la elipsis del núcleo nominal	275
3.5. Resumen de los tipos de elipsis analizados	275
CAPÍTULO 4. LA ELIPSIS GRAMATICAL EN <i>SIERVO LIBRE DE AMOR</i>	277
4.1. Elipsis verbal en Siervo libre de amor	278
4.1.1. Vaciado	278
4.1.2. Reducción de SSVV coordinados	281
4.1.3. Elisión del SV con partícula de polaridad	283
4.1.4. Anáfora de complemento nulo	283
4.2. Elipsis nominal en Siervo libre de amor	287
4.2.1. Elipsis del sujeto del verbo no personal	288
4.2.1.1. Elipsis del sujeto del infinitivo	288
4.2.1.2. Elipsis del sujeto del gerundio	295
4.2.1.3. Elipsis del sujeto del participio	305
4.2.2. Elipsis del núcleo del SN	310
CAPÍTULO 5. LA ELIPSIS GRAMATICAL EN <i>CÁRCEL DE AMOR</i>	315
5.1. Elipsis verbal en <i>Cárcel de amor</i>	315
5.1.1. Vaciado	315
5.1.2. Reducción de SSVV coordinados	330
5.1.3. Elisión del SV con partícula de polaridad	338
5.1.4. Anáfora de complemento nulo	339
5.1.5. Truncamiento	344
5.2. Elipsis nominal en <i>Cárcel de amor</i>	346
5.2.1. Elipsis del sujeto del verbo no personal	346

5.2.1.1. Elipsis del sujeto del infinitivo	346
5.2.1.2. Elipsis del sujeto del gerundio	363
5.2.1.3. Elipsis del sujeto del participio	377
5.2.2. Elipsis del núcleo del SN	381
CAPÍTULO 6. LA ELIPSIS GRAMATICAL EN <i>TRIUNFO DE AMOR</i>	385
6.1. Elipsis verbal en <i>Triunfo de amor</i>	385
6.1.1. Vaciado	385
6.1.2. Reducción de SSVV coordinados	403
6.1.3. Elisión del SV con partícula de polaridad	406
6.1.4. Anáfora de complemento nulo	408
6.2. Elipsis nominal en <i>Triunfo de amor</i>	413
6.2.1. Elipsis del sujeto del verbo no personal	413
6.2.1.1. Elipsis del sujeto del infinitivo	413
6.2.1.2. Elipsis del sujeto del gerundio	433
6.2.1.3. Elipsis del sujeto del participio	444
6.2.2. Elipsis del núcleo del SN	450
CONCLUSIONES	455
APÉNDICE: NORMAS PARA LA NOTACIÓN DE LOS TIPOS DE ELIPSIS GRAMATICAL EN EL CORPUS PARA SU ANÁLISIS CON <i>SIMPLE CONCORDANCE</i> <i>PROGRAM</i>	473
ÍNDICE DE ABREVIATURAS Y SIGLAS	475
BIBLIOGRAFÍA	477
1. EDICIONES	477
2. FUENTES LINGÜÍSTICAS	478
3. FUENTES LITERARIAS	504

PRESENTACIÓN

Este trabajo es el fruto de un camino de reflexión iniciado hace años, motivado por las sugerencias de la Dra. Inés Carrasco, quien me impulsó a centrar mis investigaciones en el campo de la lingüística textual y, en concreto, de los mecanismos de cohesión, sobre los que tanto se ha escrito en las últimas décadas. Sin embargo, este interés teórico aún se resiente de la falta de un caudal equiparable —o suficiente— de trabajos de aplicación que indaguen en cómo estos mecanismos son efectivamente usados en los distintos tipos textuales y discursivos que vehiculan la comunicación verbal. Este vacío investigador es aún más profundo en el ámbito de la historia de la lengua —como la profesora Carrasco me hizo observar— en el que apenas han aparecido algunos trabajos sobre el empleo de los conectores o los marcadores discursivos. De ahí surgió el proyecto de hacer un estudio del uso de los mecanismos de cohesión en la lengua antigua. Tras muchas lecturas y cavilaciones, la envergadura de dicho proyecto pareció inabarcable para el alcance de una tesis doctoral y parecía más prudente reducir el objeto de estudio a uno solo de estos mecanismos. Entre todos ellos, la elipsis suscitó mi atención por representar un fenómeno polivalente y complejo en cuanto supone uno de los pilares del principio general de economía del lenguaje y es aplicable a los distintos niveles de análisis lingüístico: opera en el nivel fonético, explicando la evolución de la forma de las palabras en el eje diacrónico, y diferenciando registros lingüísticos en el sincrónico; muchos vocablos han moldeado la forma que hoy manifiestan gracias a la elipsis de fonemas y sílabas, pero también su significado por medio de otras elipsis de alcance más amplio. También en el nivel morfosintáctico los gramáticos han defendido su operatividad. Y más recientemente, una vez que parece superado el concepto de oración como horizonte de los estudios lingüísticos, investigadores de toda índole han otorgado a la elipsis un lugar central entre

los recursos disponibles para la interrelación de los enunciados, unidades fundamentales en la segmentación de los textos. Su fuerza conectiva se sostiene en que ayuda a mantener la continuidad referencial de las entidades mencionadas en el texto, lo que al mismo tiempo logra minimizar el componente material del mensaje omitiendo lo ya mencionado en el contexto verbal. Se trata de un mecanismo transversal que parece afectar a unidades mínimas así como a otras cuya magnitud en ocasiones es difícil de delimitar.

Esta complejidad de aplicaciones de la elipsis, sus diferentes modalidades y funciones, sumadas a la heterogeneidad de etiquetas empleadas a lo largo de la tradición lingüística para referirse a ellas, supone un primer atascadero para todo aquel que se lance a su estudio, una red intrincada de enfoques de análisis y terminología que el investigador debe desenmarañar necesariamente a fin de obtener un sistema de principios sólidos que delimiten con precisión el concepto estudiado y sostengan una clasificación coherente de sus varios empleos, tarea más necesaria si cabe cuando el objetivo la investigación es observar cómo se comporta este fenómeno en los textos.

Tal vez precisamente esta sea la causa primigenia del nebuloso panorama teórico que rodea a la elipsis lingüística y la presenta como un concepto resbaladizo: mientras que en el nivel fonético o léxico-semántico los fenómenos de elisión se han definido y clasificado a partir de los testimonios que ofrece la lengua viva, los estudios sintácticos y textuales se han centrado sobre todo en la elucubración de teorías, olvidando en cierta medida que las teorías se desarrollan y se modifican gracias a la observación de los fenómenos empíricos; en nuestro campo de estudio, estos fenómenos son los textos, no frases creadas *ad hoc* para ejemplificar tal o cual procedimiento concebido a priori por el investigador. Esta es la razón por la que esta tesis doctoral se presenta más como un ejemplo de método que como la demostración conclusa de una hipótesis sistematizada y coherente acerca de la

operatividad de la elipsis como enlace textual. Se trata principalmente de aproximarse a los principios teóricos en torno a la elipsis a partir de la observación de un corpus de textos bien delimitado por unas coordenadas temporales, genéricas y lingüísticas precisas.

Este último punto nos lleva a un axioma metodológico al que, en mi opinión, todo estudio lingüístico debe someterse: intentar acotar la inherente variedad que presenta el lenguaje en sus múltiples dimensiones —diacrónica, diatópica, diafásica, textual...— para aislar de su interferencia la esencia del funcionamiento de los fenómenos analizados. En mi caso, he optado por acotar el estudio a la lengua del siglo XV por el interés que este periodo despierta por sí mismo, toda vez que se trata de un siglo crucial en la gestación del español áureo: el molde del español adquiere en este siglo muchos de los caracteres que la lengua actual ha heredado gracias, en parte, a la liberación progresiva de tantos corsés como la admiración por el latín había impuesto a su empleo, impidiéndole desarrollar su propia idiosincrasia. En esta transformación desempeñan un papel decisivo algunos cambios sociales y culturales acaecidos en el prerrenacimiento, como la invención de la imprenta o la difusión de los hábitos lectores más allá del estamento eclesiástico. La mayoría de la producción textual que el devenir ha legado a los estudiosos actuales se circunscribe a usos cultos del idioma, textos fruto de la pluma de los grupos sociales instruidos, básicamente el clero, la nobleza y miembros de la corte. Para la presente investigación, las obras constitutivas del corpus suponen una ilustración modélica del registro más elevado del español preclásico, la llamada novela o ficción sentimental, marbete que engloba una serie de obras que, a pesar de la disparidad de sus rasgos particulares, en su sustancia están conectadas por fuertes cadenas que permiten unificarlas para constituir un género propio, una de ellas son las características de su lenguaje, perfiladas a partir de la consideración de los factores que participan en su producción y recepción. La magnitud del corpus sentimental —que, según opiniones particulares de los

expertos, oscila entre siete títulos y más de la veintena— obliga a realizar una nueva selección de cara al presente estudio y así escoger un número reducido de textos que ejemplifiquen adecuadamente el género. La crítica acepta con unanimidad que el texto que inicia el género sentimental es *Siervo libre de amor* (1440), mientras que la obra de mayor trascendencia es *Cárcel de amor* (1492), como testimonian sus continuaciones, traducciones o la influencia rastreable en la producción narrativa posterior, por ejemplo, en *La Celestina*, uno de los emblemas literarios del periodo y, en general, de la historia de la literatura española. Además de la obra inaugural y del representante más señero del género, se ha escogido un tercer título, tal vez excéntrico respecto a las características nucleares del género, pero hermano de los anteriores por lo que se refiere a sus particularidades lingüísticas, prefijadas por el perfil del autor, del público al que se dirige, del tema tratado, de los escenarios escogidos y los personajes que transitan por ellos: esta obra es *Triunfo de amor* (1470-1492). Así tenemos un corpus de tres obras acotado en un periodo de unos cincuenta años y unificado por criterios genéricos y lingüísticos compartidos, el cual será el punto de partida para la obtención de datos comparables.

El análisis de estos tres textos no aspira más que a constituirse en una primera tentativa de describir el uso de la elipsis gramatical o sintáctica y a someter a prueba su posible funcionalidad textual entre los mecanismos de cohesión. Para la obtención de resultados concluyentes sobre su comportamiento, los subtipos identificables y su capacidad cohesiva el camino es aún muy largo y este trabajo no supone más que un pequeño paso titubeante. Por eso espero que sea aceptado entre sus propósitos animar a otros caminantes a adentrarse en esta senda bordeada de cuestiones aún irresolutas, algunas conectadas con el esclarecimiento de problemas de análisis que afectan a otros aspectos claves de la lengua y sus procedimientos.

INTRODUCCIÓN

El contenido de esta tesis doctoral ha sido distribuido en cinco capítulos principales. Los tres primeros desarrollan los aspectos teóricos, referidos, por un lado, al enfoque pragmático y su aplicación a los textos estudiados (capítulos 1 y 2), y, por otro lado, a la teoría gramatical sobre la elipsis (capítulo 3). En particular, en el primer capítulo se justifica la necesidad del enfoque pragmático en los estudios lingüísticos a fin de poder comparar las diferentes conclusiones dentro de un mismo marco teórico. La pragmática y todos sus componentes son decisivos en su influencia sobre los usos lingüísticos y pueden explicar la variación observable entre ellos. Estos factores tienen un peso variable según sea el tipo de texto al que nos enfrentamos y no siempre son relevantes para la caracterización de los usos lingüísticos. Sin embargo, toda investigación lingüística debe considerar el contexto pragmático que rodea al acto comunicativo para que, en última instancia, sus resultados puedan ser cotejados con los de otras investigaciones basadas en textos con perfiles pragmáticos equiparables y, de esta manera, poder extraer conclusiones más amplias a partir del cotejo de datos congruentes.

El capítulo 2 define los principales componentes pragmáticos de la ficción sentimental en tanto género literario para centrarse a continuación en las características pragmáticas particulares de las tres obras que conforman el corpus analizado: quiénes son los autores, a qué público dirigían sus obras, qué tema eligen para captar su atención, de qué modo es presentado este tema y a través de qué tipo de escenarios y personajes se plantea, qué convenciones estilísticas se siguen... En el caso que nos ocupa, es evidente una acción simultánea de todos estos factores en la configuración del lenguaje prosístico de la ficción sentimental, factores en correlación que determinan fuertemente los patrones estilísticos empleados por los autores; estos patrones constituyen el mayor condicionante

en la elección de estructuras sintácticas favorecedoras de ciertos subtipos de elipsis.

Hemos mencionado que el capítulo 3 tiene también naturaleza teórica, pues se ocupa de las apreciaciones de la lingüística actual sobre la elipsis, en especial en el ámbito hispánico. El capítulo comienza delimitando el concepto de elipsis gramatical o sintáctica frente a otros tipos de elipsis lingüística, intentando deshacer la confusión en torno a su significado, fijando cuáles son los requisitos mínimos para la validación de este concepto y en qué consiste su posible función textual-cohesiva. Los siguientes apartados abordan al fin la discusión en torno a las modalidades aceptables de elipsis sintáctica a partir de la subdivisión general entre elipsis verbal (§ 3.3) y elipsis nominal (§ 3.4).

Pero es el capítulo 4 el que constituye la parte medular de la tesis, ya que se ocupa del análisis de los textos que conforman el corpus a partir de los postulados teóricos tratados en el capítulo 3. El capítulo se estructura en tres bloques, referidos a cada una de las obras que constituyen el corpus de estudio. El análisis de cada obra se organiza a su vez en dos apartados, correspondientes a los dos subtipos generales de elipsis fijados en el capítulo 3, la elipsis verbal y la elipsis nominal, pero arranca con una pequeña introducción que explica la elección de la edición utilizada para la transcripción del texto.

Por último, el capítulo 5 condensa las principales ideas derivadas del análisis realizado en el capítulo anterior.

Además de estos capítulos, que constituyen el cuerpo central de la tesis, se añaden otras secciones finales; la primera de ellas es un Apéndice que explica el sistema de notación empleado para marcar en los textos del corpus los tipos de elipsis estudiados y así poder extraer los ejemplos mediante el programa *Simple Concordance Program (SCP)*. Le sigue un Índice de las abreviaturas y siglas utilizadas en el documento, que termina con la

Bibliografía de las obras consultadas, dividida en dos apartados, las ediciones de los textos analizados y los estudios lingüísticos y literarios. El texto impreso de la tesis se acompaña de un CD con su versión digitalizada, además de las versiones Word y la versión TXT (texto sin formato) de los textos anotados; esta última es necesaria para el procesamiento de los textos con *SCP*, ya que el programa no admite textos en formato Word o similares. Gracias a este programa —diseñado, en principio, para la obtención de concordancias léxicas— y al uso de las etiquetas ideadas para marcar los tipos de elipsis (v. Apéndice) se pueden extraer de manera organizada los ejemplos correspondientes a cada tipo en particular para hacer más fácil su cotejo.

CAPÍTULO 1. EL ANÁLISIS PRAGMÁTICO

A la hora de iniciar el análisis de cualquier producto verbal debe tenerse en consideración la serie de factores y de elementos no lingüísticos que participa en él y lo rodea, pues estos componentes condicionan el acto en sí y determinan muchas de sus características específicas. No pueden entenderse todas las variaciones que una lengua admite si no se conocen estos condicionantes. ¿Por qué hablamos más despacio cuando nuestro interlocutor no comprende bien nuestro idioma? ¿Por qué nos esforzamos por mejorar nuestra expresión cuando nos dirigimos a un médico, un policía o un profesor? ¿Usamos el mismo registro para contarle a un amigo cómo se prepara la paella que cuando le explicamos de qué trata nuestra tesis doctoral? ¿Acaso escribimos igual que hablamos? ¿La composición, transmisión y recepción de una novela se rige por los mismos principios que lo hace un documento administrativo? Estas y otras muchas diferencias de nuestro comportamiento lingüístico se producen porque todo hablante posee un repertorio comunicativo formado por cada una de las opciones lingüísticas que conoce, cuya elección puntual —sea consciente o inconsciente— se explica en parte por la variación existente entre un entorno de comunicación y otro. Por supuesto, este planteamiento puede aplicarse tanto a la modalidad oral del lenguaje como a la escrita y, también, como se estudiará en este apartado, al lenguaje literario¹.

1.1. LA PRAGMÁTICA Y EL ANÁLISIS DISCURSIVO-GRAMATICAL

Es la Pragmática la disciplina que en la actualidad se ocupa de investigar el lenguaje

¹ Como introducción a la vertiente pragmática del estudio de la literatura puede consultarse Schmidt (1978).

en su manifestación real, esto es, inmerso en un contexto comunicativo determinado². De hecho, muchos fenómenos lingüísticos de diferentes niveles —semántico, morfosintáctico, fonético— no pueden entenderse plenamente si se abstraen las personas y las circunstancias que los motivaron. En este sentido, el enfoque pragmático puede ser un punto de vista complementario bastante esclarecedor en estudios esencialmente formales como el presente. Así lo cree M. Victoria Escandell Vidal:

[...] La pragmática no es un nivel más de la descripción lingüística —comparable a la sintaxis o a la semántica—, ni una disciplina global que abarca todos los niveles y los supera; la pragmática es una perspectiva que parte de los datos ofrecidos por la gramática y toma luego en consideración los elementos extralingüísticos que condicionan el uso efectivo del lenguaje. En este sentido, la pragmática no pretende invadir el terreno de la investigación gramatical, sino, en todo caso, complementarlo; por ello resulta perfectamente compatible con una descripción formal del sistema lingüístico (del estilo, por ejemplo, de la que propone el programa chomskiano) (1996: 10).

Esta misma autora trae a colación un ejemplo muy aclarativo de cómo el enfoque pragmático puede iluminar determinados usos sintácticos³. Aunque se dice que el español tiene un orden de palabras libre, enunciados formados por los mismos ítems léxicos con la misma función sintáctica, pero dispuestos en diferente orden, pueden transmitir un

² Entiéndase que se trata de una definición amplia de Pragmática, pues se trata de una ciencia interdisciplinar en la que existen diversas ramificaciones y focos de estudio más específicos, como el análisis de la conversación o la gramática del texto. En palabras de Morris (1962) [1946]: 6), la Pragmática se ocuparía de «las relaciones de los signos con sus intérpretes».

³ Es interesante mencionar este ejemplo porque mi investigación se ocupa de un fenómeno —la elipsis— que se encuentra a caballo entre la sintaxis y el análisis del discurso.

significado no equivalente, como lo prueba el hecho de que no puedan ser intercambiados en diferentes contextos:

- *Juan ama a María, no la odia / no a Rosa / *no Pedro.*

- *A María la ama Juan, *no la odia / *no a Rosa / no Pedro.*

- *Juan a María la ama, no la odia / *no a Rosa / *no Pedro* (ápud Escandell Vidal 1996).

En este caso, la explicación que ofrece la Pragmática parte del concepto de estructura informativa, según el cual los enunciados se alinean en dos miembros, el primero de ellos portador de la información conocida por los interlocutores (tema) y el segundo, de la información nueva (rema)⁴. Por tanto, es preciso conocer la situación comunicativa previa —en especial, el contexto verbal antecedente— para entender la forma en que la nueva información es introducida o, de modo más general, para saber cuándo es apropiado usar cada variante.

1.2. COMPONENTES PRAGMÁTICOS DE LA COMUNICACIÓN LINGÜÍSTICA

Trataremos enseguida de definir cuáles son los factores pragmáticos que influyen sobre la comunicación verbal y cuáles de ellos han de tenerse presentes para entender la naturaleza estilística de la ficción sentimental y de las tres obras que forman el corpus de este estudio. Para ello, en primer lugar, seguiremos la clasificación propuesta por Escandell Vidal (1996: 25-37), que comienza señalando la naturaleza variable de los factores

⁴ Uno de los trabajos precursores sobre este concepto es el de Firbas (1964).

pragmáticos según sean elementos materiales o elementos relacionales. Los primeros se refieren a entidades físicas, observables, mientras que los segundos establecen vínculos entre los elementos materiales.

1.2.1. ELEMENTOS MATERIALES

El emisor, el receptor, el enunciado (o expresión lingüística, sea cual sea su extensión⁵) y la situación espacio-temporal constituyen los principales elementos materiales de cualquier acto de comunicación.

1.2.1.1. EL EMISOR

El emisor es la persona que produce un enunciado o texto en un momento determinado, bien mediante el habla bien mediante la escritura. Como se sabe, ser emisor no supone una cualidad inmutable, pues en las situaciones dialogales los participantes intercambian los papeles de emisor y receptor. Se trata, por consiguiente, de una posición relativa, condicionada por las circunstancias de la comunicación. Desde luego, gran parte de la configuración específica que adoptará el mensaje depende de las características del emisor: sexo, edad, origen, profesión y estatus sociocultural son los aspectos que suelen estudiarse para dar un perfil significativo del emisor porque son los que más directamente influyen sobre su comportamiento lingüístico⁶. Calsamiglia y Tusón proponen tres

⁵ Entiendo el enunciado como la unidad discursiva o textual mínima con sentido completo e independencia sintáctica. Los términos «texto» y «discurso» son empleados para referirse a la unidad superior, formada por uno o varios enunciados, reservando el primero para la comunicación escrita y el segundo para indicar los productos de la comunicación oral.

⁶ Al menos estos son los factores elementales que la Sociolingüística suele considerar a la hora de investigar las correlaciones entre la variación lingüística y el contexto social, aun cuando otros factores sean

parámetros para lograr una caracterización significativa del emisor y del receptor:

- a) Identidad: origen geográfico, etnia, sexo, edad, nivel de instrucción, clase social...
- b) Estatus social: profesión, nivel jerárquico, posición dentro de su ambiente o su red social.
- c) Papel: función que desempeñan emisor y receptor en cada situación comunicativa.

El código lingüístico ofrece al emisor diferentes posibilidades de borrar su presencia en el texto para crear una sensación de objetividad o simplemente para crear un mundo de referencia independiente de él (que es lo que sucede en los textos de ficción); para ello sirven las construcciones impersonales o la tercera persona gramatical. Pero incluso cuando desaparecen las marcas explícitas referidas al emisor, puede rastrearse su presencia en la misma elección del contenido o en el tipo de vocabulario empleado, por ejemplo, aspectos ambos que, por supuesto, también ayudan a deducir las características del posible destinatario (Calsamiglia y Tusón 1999: 138). Y, al contrario, es factible encontrar en el texto la mención explícita del emisor y del destinatario —mediante la referencia deíctica de persona principalmente, pero también mediante sintagmas nominales de contenido léxico—, como sucede en las ficciones sentimentales.

Al enfrentarnos a un texto literario o, más específicamente, a un texto narrativo, la presencia y las funciones del emisor se presentan de forma más poliédrica. En este caso, la narratología ha propuesto varias categorías de autor: el autor real, sujeto individual que

preferentes en la investigación según las características de la comunidad de habla a la que pertenecen emisores y receptores (Moreno Fernández 1998: 33-68).

escribe el texto; el autor implícito o las características ideológicas del autor real que son dables deducir del texto. Pero el yo emisor en los textos literarios no suele coincidir con el yo real; es decir, es preciso considerar la figura del narrador, la voz principal que relata la historia, así como las intervenciones de los personajes, ya sean en estilo directo, indirecto o estilo indirecto libre, pues es habitual que el autor revista estas intervenciones con algunas peculiaridades lingüísticas o estilísticas que ayuden a dibujar su personalidad⁷.

1.2.1.2. EL RECEPTOR

El lenguaje ha sido visto tradicionalmente como un proceso dialógico que involucra a un emisor (hablante o destinador) y a un receptor (oyente o destinatario), incluso en sus manifestaciones monologales, ya que el emisor siempre presupone un interlocutor para su discurso. Así lo expresa Benveniste (1970: 14), para quien «desde el preciso momento en que [un individuo] se declara locutor y asume la lengua, implanta al *otro* ante sí mismo, sea cual sea el grado de presencia que atribuya a este otro. Toda enunciación es una alocución explícita o implícita: postula un interlocutor». Sin embargo, este esquema diádico resulta insuficiente para explicar ciertos tipos de producciones lingüísticas. La noción de destinatario se refiere a la persona o personas a quienes el emisor dirige

⁷ En este punto es recomendable resaltar los paralelismos que se producen en muchas ocasiones entre las disciplinas enmarcadas en la Literatura y las disciplinas propias del ámbito lingüístico. La Retórica, la Estilística, el Análisis Literario, la Crítica Literaria y sus derivaciones se han ocupado desde sus orígenes de campos de estudio equiparables a los que en la actualidad sondean disciplinas como la Pragmática, la Lingüística Textual, el Análisis del Discurso...; tanto es así que muchas veces los conceptos y categorizaciones manejados en ambos enfoques están muy próximos y solo difieren en la terminología utilizada. Parece que la Lingüística, una vez asumida la estrechez de la oración como unidad de análisis para entender la complejidad de los hechos del lenguaje, se ha visto obligada inevitablemente a acercarse a las teorías del estudio retórico y literario.

intencionalmente su discurso; es decir, no podemos considerar destinatario de un mensaje a un receptor ocasional, a un oyente casual⁸. Es importante esta aclaración porque la elección del destinatario por parte del emisor va a condicionar el diseño específico de su discurso. Y es más pertinente si cabe en el ámbito de la literatura, pues si bien es cierto que el público receptor puede albergar a sujetos de diferente edad, lugar, época, etc., el concepto de destinatario no sería aplicable más que a ese primer grupo de lectores que el escritor ha tenido en cuenta para componer su obra: lo que Umberto Eco (1981 [1979]) denominó «lector ideal» o «lector implícito», una suerte de instancia receptiva que no tiene una existencia física o material, sino que consiste en un modelo de destinatario forjado por el escritor y cuyas características solo pueden formularse a partir del propio texto, a pesar de que se trate de un modelo preexistente al texto. Pero aunque este lector ideal no sea más que un constructo del escritor, está inspirado por esa masa de personas físicas que comparten con el autor literario un mismo espacio social e ideológico⁹. Por estas razones, el éxito de una obra literaria depende en buena medida del acierto con que el autor calcule

⁸ Goffman (1981) distingue varios tipos de receptor: el *destinatario* o la persona o personas para las que el emisor diseña específicamente el texto; el *destinatario indirecto* es el receptor que no es conocido o ratificado por el emisor y que, por consiguiente, no coincide con la imagen que de él tiene el emisor; el *oyente casual*; y el *oyente curioso o entrometido*, el que se esfuerza por ser receptor sin que el emisor cuente con él para la construcción de su discurso.

⁹ Recordando las palabras de Wolfgang Kayser, explicó Lázaro Carreter (1987: 158-159) que «[...] el escritor consagra esfuerzos particulares a construir el papel del lector, lo cual se traduce siempre en efectos particulares observables en el contenido, en el estilo y en la morfología de su obra. Kayser aporta un testimonio de Hugo von Hoffmannsthal, en que se expresa la acción que sobre el escritor ejercen sus potenciales lectores vistos como un oyente ideal que representa a la humanidad entera». En otras ocasiones, no obstante, es apropiado limitar el alcance de este oyente ideal, pues existen géneros específicamente diseñados para un público determinado y bien conocido por el autor, como sucede con la ficción sentimental.

las características de sus destinatarios para saber adecuar cada uno de los niveles de composición del texto a sus expectativas.

1.2.1.3. EL TEXTO

El tercer componente pragmático a considerar es el texto o discurso, la producción lingüística expresada por un emisor. Brown y Yule (1993: 236) definen el texto como «el registro verbal de un acto comunicativo». Escandell Vidal (1996: 27) prefiere usar el término enunciado y lo define de una forma bastante amplia como cualquier intervención de un emisor, delimitado por pausas —anterior y posterior— y por el cambio de emisor. Por eso, un enunciado puede ser tanto una interjección como una novela. A nuestro modo de ver, sería más apropiada la etiqueta de *texto* o *discurso* para esta definición de enunciado, en la medida en que considero que un texto o discurso puede estar formado por uno o más enunciados y que solo el texto o discurso posee completa unidad de sentido. Calsamiglia y Tusón (1999: 219) definen el texto como «[...] una unidad *comunicativa* de un orden distinto al oracional; una unidad *semántico-pragmática* de sentido, y no solo de significado; una unidad *intencional* y *de interacción*, y no un objeto autónomo». En resumen, el texto o discurso sería la unidad comunicativa mayor, mientras que el enunciado sería una de sus subdivisiones, la unidad comunicativa más pequeña, independientemente de la unidad gramatical en que se plasme y de cuál sea su extensión.

Es cierto que algunos lingüistas han preferido usar la palabra *discurso* para referirse a manifestaciones orales de la lengua y reservar *texto* para las producciones escritas, y así lo

haremos en este estudio¹⁰. Pero no se agota aquí la definición del texto. En opinión de Halliday y Hasan (1976: 2 y ss.), lo que caracteriza al texto frente a otras unidades comunicativas es la cohesión, las relaciones explícitas o implícitas que conectan entre sí las unidades que conforman un mensaje, de forma que para interpretar un elemento es necesario recurrir a otro anterior o posterior. Para precisar más la noción de texto, Beaugrande y Dressler (1997 [1981]) propusieron una serie de cualidades mínimas para que un producto lingüístico pueda ser considerado texto: cohesión, coherencia, intencionalidad, aceptabilidad, informatividad, situacionalidad e intertextualidad¹¹. Para que una emisión verbal pueda ser considerada texto, las unidades que la conforman deben estar relacionadas entre sí y su contenido conceptual debe contribuir a crear una idea global. Además, todo texto lleva implícita la intención de su emisor de comunicar a alguien información que considera interesante o útil para conseguir determinado fin y, por tanto, ha de adaptarse a las características de este destinatario; pero también está condicionado por el entorno en el que se produce la comunicación, así como por su relación con otros textos, ya que ningún texto existe aisladamente, sino que se inscribe en una red de referencias intertextuales cuyo conocimiento supone la competencia necesaria para comprenderlo en

¹⁰ No menciono otras concepciones de estas dos etiquetas (texto como producto / discurso como proceso; texto como abstracción / discurso como materialización, etc.) por tratarse de una discusión terminológica poco productiva para los fines de este trabajo. No obstante, puede consultarse Lozano, Peña-Marín y Abril (1993: 15-55).

¹¹ Otros estudiosos del texto también han remarcado como característica definitoria la *clausura*: «formación semiótica singular, cerrada en sí, dotada de un significado y de una función íntegra y no descomponible» (Lotman y Pjatigorsky 1996 [1968]); «unidad máxima, delimitada por interrupciones ostensibles en la comunicación» (Weinrich 1981). Con ellos coincide Escandell Vidal (1996: 27), como puede verse en la definición ya citada de esta autora.

todas sus dimensiones.

1.2.1.4. EL CONTEXTO

El siguiente elemento material del que voy a hablar es el contexto, marbete bajo el cual se han incluido factores que van más allá de las coordenadas de espacio y tiempo, referidos a aspectos no materiales que deberían ser incluidos preferiblemente en la categoría de elementos relacionales; en su mayoría, conceptualizaciones presentes en la mente de los sujetos, provenientes del entorno social y cultural. Por ejemplo, Coseriu (1967: 313 y ss.) distingue dentro del concepto de *contexto extraverbal* diferentes componentes: el contexto *físico* (elementos observables durante la comunicación), el contexto *empírico* (elementos no observables pero cuya existencia es conocida por los partícipes de la comunicación), el contexto *natural* (todos los contextos empíricos existentes), el contexto *práctico u ocasional* («la particular coyuntura objetiva o subjetiva en que ocurre el discurso»), el contexto *histórico* (datos y circunstancias históricas conocidas por los participantes) y el contexto *cultural* («la tradición cultural de una comunidad»). En otras palabras, a la hora de elaborar su discurso todo hablante tiene en cuenta el lugar y el tiempo en que se produce, además de las circunstancias y entidades presentes en ese entorno. Pero no solo lo visible en el momento de la enunciación influye, sino que también funcionan como condicionantes las circunstancias y entidades no presentes pero conocidas por el emisor y el receptor (si no, sería imposible hablar de hechos del pasado, por ejemplo), así como todas las circunstancias y leyes que gobiernan la vida del ser humano —sean conocidas o no por los participantes—. Por supuesto, el marco cultural de una comunidad de habla, su historia, su organización social y las conductas convencionalizadas son condicionantes extraverbales que median en el comportamiento lingüístico de los hablantes. Gracias al conocimiento suficiente de todos estos tipos de

contexto el hablante podrá producir un discurso apropiado, aceptable para sus oyentes e interlocutores.

Por su parte, Brown y Yule (1983: 61-74) proponen una concepción de contexto que retoma los factores listados por Hymes (1964)¹²: los participantes, que incluyen tanto el emisor y el destinatario como la audiencia (los oyentes casuales que pueden influir en la determinación del acto comunicativo); el tema (el tópico del discurso, sobre qué versa el texto); el marco (las coordenadas espacio-temporales entre las que se desarrolla la comunicación, pero también las relaciones físicas entre los participantes, es decir, la kinesia y la proxémica); el canal (el modo en que se produce la comunicación, de forma oral o escrita principalmente); el código (se refiere a qué tipo de variedad lingüística se emplea en la comunicación); la forma del mensaje (la clase de género discursivo o textual al que pertenece el acto comunicativo); el acto (el tipo de evento en el que se inserta el texto, por ejemplo, un sermón puede formar parte de un servicio religioso, un evento que lo engloba); el propósito (las consecuencias de la comunicación a partir de las intenciones de los participantes); y el contexto verbal. Este último componente es denominado por Halliday *co-texto* y se refiere a la porción de discurso que rodea a un enunciado determinado, primordial para entender la organización interna de los textos y los procedimientos de cohesión. Pero su importancia va más allá incluso, pues el co-texto puede dar lugar a otros contextos internos en el texto. Es decir, en una novela, por ejemplo,

¹² Dejo fuera de esta lista la *clave* (la evaluación posterior del discurso o texto), pues no parece tanto un factor determinante en la conformación del discurso como una consecuencia de dicha configuración. Tal vez el propósito, tal como lo define Hymes, debería ser también excluido del contexto, pues parece referirse a la fuerza perlocutiva del discurso antes que a la intención que lo promueve.

el co-texto crea un segundo contexto al que pertenecen narradores, personajes, tiempo y espacio narrativos —no el autor y los destinatarios reales del texto. Se trata del *dominio del discurso* (cf. Karttunen 1974 *ápu*d Brown y Yule 1993: 107), «[...] personas, lugares, entidades, sucesos, hechos etc. ya activados para ambos participantes porque han sido mencionados en la conversación precedente».

Puede verse que muchas de estas subdivisiones del concepto de contexto o de los componentes que lo integran no se corresponden con elementos físicos del entorno comunicativo. Así, el contexto cultural o el contexto histórico señalados por Coseriu son más bien un elemento relacional, una información interiorizada por los participantes de la comunicación. En otras palabras, existe un bagaje de conocimientos tácitos sobre diferentes esferas del saber; son conocimientos sobre la historia, la cultura, las costumbres de una comunidad, y también conocimientos más generales sobre el devenir de los hechos empíricos; incluso puede ser relevante el *contexto psicológico* —Myrkin (1987 [1978]: 32)— o la forma de pensar y la experiencia consabidas por el emisor y el receptor. Es un tipo de conocimiento que el hablante o escritor da por supuesto en el oyente o lector —y viceversa—, y que no se formula expresamente en el texto ni tiene una representación física en el entorno de comunicación. Por esta razón, Escandell Vidal (1996) prefiere incluirlos entre los elementos relacionales; es lo que esta autora designa como *información pragmática*. Solo podrían aceptarse como elementos materiales en cuanto son accesibles a través del emisor y del receptor, que sí son elementos materiales.

Estos subtipos de contextos no son relevantes en todos los casos; el investigador deberá tener en cuenta solo aquellos elementos que son pertinentes para la interpretación de un texto determinado. Brown y Yule (1993: 103) designan como «rasgos activados del contexto» a aquellos factores contextuales que pueden rastrearse en el texto; en ocasiones,

estos factores pueden detectarse gracias al conocimiento del tema y otras veces su presencia se hace patente a partir de la experiencia previa, es decir, del conocimiento de la tradición anterior (el tipo de emisores y receptores, los géneros próximos...). En el caso del discurso literario, el contexto físico no parece ejercer la misma determinación que en otro tipo de discursos como una conversación ordinaria, ya que se trata de una comunicación diferida. Como señala Lázaro Carreter (1987: 160), «la inasistencia del autor al acto comunicativo implica que no existe un contexto necesariamente compartido por el destinatario y el emisor. Pero, si, por definición, el contexto es preciso para que la comunicación se produzca, ¿dónde habremos de buscarlo? Solo en un lugar: en la obra misma. Ésta, la obra, comporta su propio contexto». Por esta razón, en el nivel gramatical, por ejemplo, los elementos deícticos de una lengua casi siempre se tornan elementos de referencia intratextual al ser usados en la escritura¹³; es la llamada *deixis textual*, mediante la cual se señalan y se organizan los segmentos y unidades del discurso, pues es el propio texto el que se convierte en marco espacio-temporal que ayuda a descifrar la referencia del elemento deíctico.

Sí parece pertinente, sin embargo, conocer otro tipo de contexto para entender la

¹³ Cabe recordar que la deixis consiste en la gramaticalización de los elementos situacionales pertinentes para la comunicación, sean personas, objetos, lugares, momentos o acontecimientos. Los pronombres personales, los adverbios pronominales (*así, ahí, entonces...*), los morfemas temporales y personales del verbo, entre otras unidades, tienen capacidad deíctica y sirven para señalar diferentes elementos del contexto, de ahí que se hable de deixis personal, espacial, temporal, social o, como ya se ha mencionado, textual.

configuración del texto literario¹⁴; es lo que antes mencionaba como experiencia previa o conocimiento de los factores contextuales que determinaron la producción y recepción de textos similares. Nos referimos al *contexto intertextual* o el conjunto de textos producidos a lo largo de la historia, la tradición discursiva a cuyas pautas se ha de adecuar un texto concreto para ser apropiado en cada situación (Calsamiglia y Tusón 1999: 109)¹⁵. Y esta reflexión nos lleva a tratar el concepto de género discursivo, el cual abarca tanto las manifestaciones orales cotidianas (la conversación es el género por antonomasia de la comunicación humana) como los elaborados productos de la literatura. Cuando hablamos de literatura, este contexto intertextual —usualmente denominado «contexto literario»— abarca todas aquellas obras representativas de un género literario o de alguna de sus ramificaciones o hibridaciones, cuyo conocimiento es compartido en cierta medida por los autores y los lectores, que al enfrentarse con un nuevo texto aplican dicho conocimiento como un marco de expectativas que pueden cumplirse o no. De esta manera, el contenido, la estructura y el lenguaje, principalmente, se correlacionan para dar lugar a un género determinado según las circunstancias sociales, históricas y culturales de un momento dado¹⁶, a pesar de que en muchas ocasiones sea muy difícil cerrar la definición de algunos

¹⁴ No insistiremos en otras definiciones y subclasificaciones del contexto porque no son pertinentes para entender el tipo de textos que forman el corpus de este estudio, aunque puede consultarse Myrkin (1987 [1978]), entre otros trabajos.

¹⁵ Ya se ha señalado la intertextualidad como una de las condiciones propuestas por Beaugrande y Dressler (1997 [1981]) para definir el texto: es muy difícil encontrar manifestaciones lingüísticas que no dependan de otras manifestaciones lingüísticas anteriores que ofrecen un patrón para el comportamiento verbal de los hablantes.

¹⁶ En términos muy parecidos entienden Calsamiglia y Tusón (1999: 260) cómo se conforma cualquier tipo de género discursivo —sea literario o no—, qué coincidencia de factores dan lugar a un género: «[...] Un

géneros y puedan encontrarse obras que solo tangencialmente permitan ser incluidas dentro de una categoría genérica. Así lo explica Lázaro Carreter (1987: 166-167):

El emisor, normalmente, se ve obligado a elegir su mensaje entre los tipos de géneros que la tradición le ofrece. [...] La norma literal ha ido creando un largo repertorio de constricciones, para que el mensaje quede estructurado y para que el receptor perciba lúcida o subliminalmente la estructura. Frente a la norma literal, las restantes normas son en gran medida invertebradas. Y la percepción de la norma —otro rasgo diferencial [de la literatura]— se constituye en elemento imprescindible para el desciframiento.

El concepto de género literario es capital para entender las particularidades lingüísticas de una obra determinada, ya que existe una conexión directa entre el género y el registro lingüístico¹⁷, no solo en la literatura, sino también en las demás modalidades lingüísticas, sean orales o escritas. Para Bajtín (1985 [1979]: 252):

En cualquier esfera existen y se aplican sus propios géneros, que responden a las condiciones específicas de una esfera dada; a los géneros les corresponden diferentes estilos. Una función determinada (científica,

género concreto se puede describir o analizar en términos de la manera específica en que se concretan y se articulan el resto de los componentes [de un evento comunicativo]: la situación, los participantes, las finalidades o funciones, la organización estructural interna, el tono, los instrumentos verbales y las normas de interacción y de interpretación que caracterizan y regulan una clase de eventos». Dominique Maingueneau (1996, *Les termes clés de l'analyse du discours*, París, Seuil, p. 44) menciona entre estos componentes el soporte y el medio de difusión. Resulta muy pertinente en el caso de la novela sentimental, ya que sus obras más representativas fueron compuestas en el lapso entre la introducción y la extensión del libro impreso en España. De hecho, algunos críticos han relacionado ciertos cambios estilísticos de los autores sentimentales con este hito histórico-cultural (Blay 1992: 209-210).

¹⁷ En el apartado 1.3. precisaremos la noción de registro y su vinculación con el género.

técnica, periodística, oficial, cotidiana) y unas condiciones determinadas, específicas para cada esfera de la comunicación discursiva, generan determinados géneros, es decir, unos tipos temáticos, composicionales y estilísticos de enunciados determinados y relativamente estables.

Según la perspectiva de Bajtín, el punto de arranque de un género hay que buscarlo en el plano social, pues es cada esfera de actividad social la que promueve unos usos comunicativos determinados, dando lugar al género prototípico de dicha esfera. Por esta razón, conocer el ámbito social en el que se emplea un género es primordial para definir el género¹⁸.

En resumen, el género es un patrón que incluye entre sus componentes la situación comunicativa, el tema o contenido tratado y el estilo lingüístico o registro. Si nuestro objetivo es comprender por qué se produce la variación lingüística, por qué un texto posee características lingüísticas que lo singularizan y al mismo tiempo lo aproximan a otros ejemplares textuales, formando junto con ellos productos pertenecientes a un determinado género; si este es nuestro objetivo, será indispensable conocer la correlación de factores extratextuales y temáticos que propician dicha variación lingüística.

¹⁸ No voy a ahondar más en la caracterización del concepto de género y su aplicación en los estudios lingüísticos y literarios pues no es necesario para cumplir con los objetivos analíticos de este trabajo; solo mencionaremos su estrecha relación con el concepto de tipo textual o discursivo manejado por la Lingüística del Texto (Brown y Yule 1983, por ejemplo, emplean los términos «género» y «tipo discursivo» indistintamente), si bien su tratamiento oscila más hacia lo lingüístico, mientras que la noción de género suele explicarse preferentemente en términos sociales y culturales. Diferentes disciplinas se han ocupado de definirlo (el folklore, la etnografía de la comunicación, la retórica, la lingüística...) y los siguientes trabajos (además de los ya citados de Bajtín y Maingueneau) pueden bastar para alcanzar una comprensión profunda de este concepto: Horst Isenberg (1978), Duranti y Goodwin (1992), Martin y Rose (2008), García Berrio y Huerta Calvo (1992), Gumperz y Hymes (1972).

1.2.2. ELEMENTOS RELACIONALES

Los elementos relacionales de la comunicación se basan en conceptualizaciones subjetivas que dan lugar a pautas o comportamientos regulares. No son informaciones imparciales y medibles, sino conocimientos o experiencias interiorizados por los individuos y modelados según su subjetividad, aun cuando puedan ser compartidos por un gran número de personas.

1.2.2.1. LA INFORMACIÓN PRAGMÁTICA

Entre los componentes comunicativos relacionales se encuentra la *información pragmática*: se refiere al universo mental de los hablantes, al «[...] conjunto de conocimientos, creencias, supuestos, opiniones y sentimientos de un individuo en un momento cualquiera de la interacción verbal» (Escandell Vidal 1996: 31). Esta información también puede descomponerse en varios subtipos (Dik 1989): el conocimiento global del mundo (*información pragmática general*), el conocimiento adquirido durante la interacción comunicativa (*información pragmática situacional*) y el conocimiento extraído del contexto verbal precedente (*información pragmática contextual*). En términos muy similares explican Brown y Yule (1993: 108-109) este conjunto de conocimientos. Rememorando las hipótesis de Venneman (1975), sostienen que emisores y receptores comparten un *bagaje presuposicional* que engloba los conocimientos generales, el contexto situacional y el co-texto. Aunque los participantes en un acto comunicativo posean diferentes tipos y cantidades de información pragmática, sus intervenciones suelen estar guiadas por la presuposición de que comparten alguna parcela informativa; es decir, el emisor configura su texto a partir de la certeza o la intuición de que existe un *bagaje* común entre él y el destinatario, aunque sus suposiciones puedan fallar. No puede obviarse, sin embargo, que en muchas ocasiones es precisamente la información pragmática no

compartida la que instiga la comunicación, como sucede en los actos de habla asertivos, cuando queremos transmitir información no conocida por el receptor.

1.2.2.2. LA INTENCIÓN

El siguiente elemento relacional en que nos detendremos es la *intención*, que ya hemos mencionado al tratar los niveles de textualidad. Escandell Vidal (1996: 34) la define como «la relación entre el emisor y su información pragmática de un lado, y el destinatario y el entorno, del otro. Se manifiesta siempre como una relación dinámica, de voluntad de cambio». Es esta voluntad de cambio la principal característica de lo que los lingüistas entienden por intención, pues todo texto tiene implícito el deseo de su emisor de actuar sobre la realidad y los sujetos de su entorno, por más que a menudo este deseo le resulte poco claro. Además, para la correcta interpretación del texto, el destinatario también deberá descifrar cuál es la intención que lo motiva.

1.2.2.3. LA RELACIÓN SOCIAL ENTRE EMISOR Y RECEPTOR

Finalmente, Escandell Vidal (1996: 36-37) señala que la relación social entre los participantes en el evento comunicativo será un factor clave para entender algunos aspectos de la configuración del texto como el registro o las formas de tratamiento, pues ya se ha comentado que el emisor siempre construye el mensaje a la medida de su destinatario. Aspectos como la edad, el sexo, la jerarquía o el conocimiento previo son datos a tener en cuenta para entender el tipo de relación social que existe entre los participantes del acto comunicativo.

1.3. LA TEORÍA DEL REGISTRO

El concepto de registro¹⁹ se refiere a un tipo concreto de variación lingüística, así que es conveniente comenzar este apartado deslindando los diferentes tipos de variación que pueden producirse entre los hablantes de una lengua. Existen varios ámbitos de variación:

- a) Variación diatópica: según la procedencia geográfica del hablante.
- b) Variación diastrática: según los parámetros sociológicos que definen al hablante (edad, sexo, clase social...).
- c) Variación diafásica: según la situación comunicativa.

El concepto de registro se refiere al tercero de estos ámbitos, ya que representa la variación lingüística correlacionada con los factores del contexto comunicativo (tratados en los apartados anteriores). La selección lingüística llevada a cabo por un hablante en cada evento comunicativo está condicionada por las características de sus participantes, las coordenadas espacio-temporales, los diferentes contextos, la información pragmática, la intención y el tema desarrollado. Por supuesto, en diferentes situaciones los factores relevantes para definir el tipo de evento comunicativo y sus particularidades lingüísticas no siempre coincidirán; y, al mismo tiempo, determinados contenidos y formas de expresión son más transitados en ciertas situaciones. El registro sería, por tanto, los rasgos que

¹⁹ En muchos estudios se emplea el término *estilo* como equivalente al concepto aquí denominado *registro*. Por ejemplo, Enkvist (1987 [1985]: 136) señala entre las acepciones de la palabra *estilo* manejadas en las investigaciones lingüísticas y retóricas «[...] una variante condicionada por la situación. En situaciones diferentes, las personas se expresan de formas distintas, y el estilo es aquella variante de la lengua que se asocia a una categoría específica de situación».

caracterizan la selección lingüística realizada por un hablante según la situación en que se produce el acto comunicativo. Es muy difícil, sin embargo, señalar rasgos lingüísticos exclusivos de una situación; en primer lugar, porque no abundan las situaciones comunicativas prototípicas; siempre se producen ligeras variaciones de una situación a otra, o intersecciones entre varias situaciones modélicas. En segundo lugar, porque los rasgos lingüísticos se distribuyen, en general, por nivel de frecuencia, no por presencia o ausencia. Es decir, «los registros no constituyen entidades discretas, con fronteras claras, sino que se dan en un *continuum*, según el mayor o menor grado de presencia de rasgos singulares» (Calsamiglia y Blancafort 1999: 326).

Si el registro está determinado por la situación comunicativa, en los casos en que esta situación queda desdibujada, el registro empleado puede ayudar a precisar algunos componentes situacionales. Es paradigmático este uso en la literatura, en que la variación del registro permite caracterizar a diferentes personajes y diferentes situaciones (Calsamiglia y Blancafort 1999: 329).

En el marco de la Sociolingüística, Ferguson (1994) ha entendido que el registro, junto con el género y el dialecto, son conceptos que se refieren a tipos de convencionalización lingüística. Es decir, se trata de variaciones lingüísticas que se rigen por la asociación convencionalizada de las formas lingüísticas a otros parámetros no lingüísticos: el origen geográfico de los hablantes (variación dialectal); las situaciones de uso y sus componentes (registro); y la combinación de situación, tema y macroestructura (género). En todos estos casos, el origen de la convencionalización es la repetición.

El género es un concepto de larga tradición, desde la *Poética* de Aristóteles y su aplicación a los textos literarios hasta las actuales corrientes de análisis del discurso y de la conversación, para las que es también aplicable a las manifestaciones de la lengua oral o de

los textos escritos no literarios, con el sentido general de ‘tipo de discurso’ (Hymes 1972: 59-60). En opinión de Ferguson, la formación de un género surge de la recurrencia de ciertas correlaciones: «A message type that recurs regularly in a community (in terms of semantic content, participants, occasions of use, and so on) will tend over time to develop an identifying internal structure, differentiated from other message types in the repertoire of the community». Desde este punto de vista, son géneros tanto las adivinanzas como los sermones religiosos o los diferentes tipos de textos jurídicos. Si en el caso del registro es la situación comunicativa el principal parámetro que explica la variación, en el caso del género hay que añadir los factores sociales, históricos y culturales de cada comunidad, teniendo en cuenta que muchas veces tales factores son compartidos por varias comunidades lingüísticas.

En cuanto a la conformación de un registro, Ferguson (1994: 20) la explica mediante este principio: «A communication situation that recurs regularly in a society (in terms of participants, setting, communicative functions, and so forth) will tend over time to develop identifying markers of language structure and language use, different from the language of other communication situations». Aunque Enkvist (1987 [1985]) emplee la palabra *estilo*, su concepto de este término se refiere a lo que aquí estamos denominando *registro*. Sirvan, por tanto, sus palabras para describir cómo los hablantes experimentan las situaciones para aprehender las variaciones del registro apropiadas:

[...] Los estilos son producto de una determinada elección de expresiones determinada por la situación. Un hablante o escritor opta por un estilo eligiendo entre varias alternativas a la luz de una situación específica. También podemos adoptar este método para describir lo que sucede en un receptor, oyente o lector. La persona que conoce una lengua ha acumulado una gran experiencia de lengua contextualizada y situacionalizada. [...] Tiene una gran habilidad para aplicar esas

experiencias pasadas de lengua contextualizada a las condiciones presentes. Cuando quiera oiga o lea un texto nuevo, lo confronta con experiencias pasadas relevantes, crea expectativas sobre lo que vendrá a continuación, registra si se cumplen o no tales expectativas, y forma sus impresiones sobre el estilo del texto como resultado del incremento de estos procesos combinados (137)²⁰.

Cuando las personas participan en las mismas situaciones de comunicación de forma reiterada, suelen emplear formas lingüísticas similares, ya sea en el nivel fónico, léxico o morfo-sintáctico: se repiten los rasgos fónicos, se repite el vocabulario —porque se repiten las entidades e ideas en esa situación comunicativa— y se repiten las construcciones sintácticas y los rasgos morfológicos, de tal manera que estas formas lingüísticas repetidas llegan a convertirse en marcas del registro²¹.

Todos los componentes extralingüísticos que repercuten sobre la comunicación verbal han sido clasificados por M. A. K. Halliday en tres grandes grupos: el campo, el tenor y el modo. Enseguida se verá a qué factores se refiere cada una de estas etiquetas.

1.3.1. EL CAMPO

El campo es, esencialmente, el tema tratado en un texto o discurso, aunque también se refiere a la esfera de actividad (grupal, profesional) de los participantes en la

²⁰ Es conveniente precisar, sin embargo, que no todos los hablantes poseen el mismo tipo y la misma cantidad de experiencias de lengua contextualizada.

²¹ Así define Enkvist (1987 [1985]: 139) el concepto de *marca de estilo* o de registro: «[...] Un elemento, proceso o estructura describable lingüísticamente cuya densidad, esto es, el número de ocurrencias respecto a alguna medida adecuada de longitud del texto, es significativamente distinta, o significativamente similar, a la densidad correspondiente de un texto definido como estilísticamente relevante, o “norma”».

comunicación. Ambos componentes se asocian porque es habitual que exista una conexión entre el contenido desarrollado y la actividad social de los participantes. Es lógico que un médico y su paciente hablen de los síntomas, el diagnóstico y los tratamientos de una enfermedad, por ejemplo. No obstante, es preciso advertir de la dificultad de señalar contenidos exclusivos de esferas concretas; todo tema es susceptible de ser tratado en situaciones muy variadas, aun cuando sea el tópico predilecto en ciertas situaciones. Así, dos personas pueden comentar las causas del cáncer de piel sin que ello implique que se trate de un médico y su paciente. Esta flexibilidad en el vínculo entre tema y esfera de actividad permite que se produzcan transferencias de un ámbito social a otro, o de un ámbito específico a otro general. Hoy, por ejemplo, es habitual la extensión al lenguaje cotidiano de multitud de términos científicos del campo de la salud: casi todo el mundo sabe qué es el *ácido omega 3*, una *crema exfoliante*, etc.

1.3.2. EL TENOR

Se trata de una categoría amplia que incluye diferentes componentes contextuales. Todo lo referente a los participantes en la comunicación se denomina *tenor personal*. Incluye los individuos que establecen comunicación, su identidad, su posición y el grado de involucración en el texto. Las fórmulas de cortesía están directamente condicionadas por este factor, así como el empleo de estructuras de personalización (deícticos, referencias léxicas de persona, marcadores de modalización) y despersonalización (pasiva y construcción impersonal, tercera persona).

En segundo lugar, el *tenor interpersonal* hace referencia a la relación de proximidad/distancia o de jerarquía/solidaridad entre los participantes en la comunicación, delimitada en función de criterios sociales o de conocimientos y experiencias compartidos. Retomando el ejemplo citado en el apartado anterior, en la esfera de la medicina, existe

una relación jerárquica entre médico y paciente —el médico se sitúa en el nivel superior respecto al paciente— y además hay una distancia marcada por la falta de conocimientos compartidos. De ahí que el médico exprese la información de modo divulgativo, en términos accesibles para el paciente, prescindiendo, por ejemplo, del léxico más especializado. Su posición jerárquica superior se manifiesta en el uso de ciertas construcciones sintácticas: es normal que use el imperativo u otras estructuras para expresar recomendación y consejo a fin de indicar al paciente qué tratamiento ha de seguir.

Por último, el *tenor funcional* es el término empleado para señalar las intenciones que guían las actuaciones lingüísticas de los hablantes. Estas intenciones pueden tener una naturaleza muy diversa, puesto que atañen tanto al tipo de función comunicativa (conativa, expresiva, referencial, etc. Ver Jakobson 1984), como a la intención implícita o fuerza ilocutiva de cada acto de habla (provocar, informar, ordenar... Ver Austin 1982 [1962], Searle 1980 [1969]), y también al propósito último de la comunicación (los efectos perlocutivos de la comunicación, las consecuencias que el discurso de un hablante produce sobre su interlocutor o su auditorio). Además, el tipo de secuencia discursiva también está determinado por la intención del emisor: para conseguir sus objetivos, el hablante puede narrar, argumentar, describir o exponer.

Puede observarse, por consiguiente, que el tenor del discurso ejerce una notable influencia no solo en los niveles léxico, sintáctico y morfológico del discurso, sino también en su organización.

1.3.3. EL MODO

Con esta denominación se han considerado las diferentes formas de vehicular la comunicación, es decir, el canal usado para transmitir el mensaje. La primera gran diferenciación dentro del modo separa la transmisión oral y la escrita, pero son muy

numerosas y variadas las formas en que un texto o discurso pueden transmitirse y que prefiguran el registro que debe emplearse:

Desde la lengua o variedad usada como vehículo, el canal directo o mediatizado (radio, TV, teléfono, correo electrónico, papel impreso, grabación, etc.), el formato a escala mayor (prospecto, instancia, revista, libro, periódico...) o menor (columnas, listados, tipografías...); hasta la combinación con otros códigos semióticos que constituyen canales acompañantes (fotografías, imágenes, esquemas, fórmulas, tablas) e incluso el género discursivo considerado como esquema organizativo por el que se canaliza la comunicación (carta, programa de televisión, discurso inaugural, etc.) (Calsamiglia y Blancafort 1999: 330).

CAPÍTULO 2. CARACTERIZACIÓN PRAGMÁTICA DE LA NOVELA SENTIMENTAL

En esta sección se atiende a todos aquellos aspectos pragmáticos que ayudan a explicar las características lingüísticas y el estilo empleado en la ficción sentimental. Estos aspectos, tal y como hemos pormenorizado en los apartados precedentes, se refieren al perfil de los autores, el tipo de público receptor, los rasgos definidores de los personajes, los temas que se tratan, la finalidad, la relación con otros géneros y obras y el modo de difusión de los textos. El objetivo no es otro que enmarcar el uso de la elipsis gramatical dentro de un registro lingüístico delimitado a partir de estos condicionantes pragmáticos y textuales y, en última instancia, descubrir si existe una correspondencia entre determinadas estructuras o recursos lingüísticos y algunos de estos condicionantes.

La acomodación del estilo de habla o escritura a los diferentes factores envueltos en el proceso de comunicación es un principio universalmente aceptado que conlleva para el estudioso la observación de varios aspectos: la caracterización y relación entre emisor y receptor (*tenor o estilo del discurso*, que da lugar a la distinción entre un discurso formal y un discurso coloquial), la descripción del tema o la materia tratada (*campo del discurso*) o la atención al *modo del discurso* (oral o escrito) (Halliday 1982 [1978])²². En lo referente a la caracterización de emisor y receptor, será conveniente tener en cuenta ciertas dimensiones sociológicas como el estatus social o el nivel de instrucción, aspectos que cobran especial relevancia para la definición del estilo de los textos estudiados. Se

²² Cf. también Calsamiglia y Tusón (2004 [2002]: 325-336).

consideran, por tanto, aspectos adscritos tanto a la vertiente diafásica como al nivel diastrático de la comunicación lingüística. Por supuesto, la finalidad estética de este tipo de textos será otra condición determinante del estilo del lenguaje utilizado. Todos estos factores influirán de una u otra manera en el lenguaje de los textos, ya que «existe una correlación [...] entre los rasgos situacionales mencionados y una serie de constantes lingüísticas y no lingüísticas, matizadas a su vez por las características propias de los hablantes» (Briz (2001) [1998]: 26). Además, ya que la creación de cualquier texto de intenciones literarias o estéticas presupone una dependencia respecto de la tradición a la que se vincula, no pueden desdeñarse en el análisis aspectos del contexto histórico-cultural que puedan ayudar a comprender los recursos retóricos (estilísticos) aplicados en los textos, pues estos recursos están íntimamente relacionados con la aplicación de alguno de los fenómenos elípticos estimados en el análisis.

2.1. EL CONTEXTO INTERTEXTUAL

2.1.1. LA INDEFINICIÓN DEL GÉNERO

Se denomina ficción sentimental²³ a un grupo de obras en prosa que, a grandes rasgos, aúna ciertos componentes argumentales de las narraciones caballerescas con la reflexión en torno al sentimiento amoroso. La relevancia de la ficción sentimental en la literatura del siglo XV se acentúa si consideramos que se trata de «la única forma original de prosa de ficción desarrollada en la literatura castellana [a excepción de las colecciones de *exempla* y algunas reelaboraciones de la materia artúrica y la troyana] y entre los

²³ *Ficción sentimental* es la denominación preferida por Deyermond, aunque a lo largo de la historia crítica del género se han usado otras etiquetas como romance, novela, relato o narración sentimental.

géneros narrativos es el más importante en lo que se refiere a la cantidad y calidad» (Rohland de Langbehn 1999: 44)²⁴.

Uno de los aspectos que más controversia ha generado en la historia crítica de la novela sentimental ha sido la caracterización del género, si realmente existe un conjunto de obras cuyos rasgos definitorios sean compartidos hasta tal punto que pueda hablarse de un género autónomo y bien delimitado. La crítica literaria ha oscilado entre dos extremos: desde quienes consideran que se trata de un género propio e independiente, hasta los que opinan que no puede otorgarse dicha etiqueta al conjunto de obras calificadas de sentimentales (Samoná 1960, Whinnom 1972), pasando por aquellos investigadores que han visto en ellas un género híbrido, resultado de la confluencia de varias tradiciones literarias, o bien inserto en una tradición más amplia que lo subsume, las *artes amandi* medievales (Ynduráin 1984; Cátedra 1989; Gómez 1990; Cortijo Ocaña 2003)²⁵.

Si bien no cuenta entre los objetivos de este trabajo dilucidar de forma definitiva una cuestión que aún hoy no ha alcanzado una resolución satisfactoria para los principales especialistas, es necesario, no obstante, repasar cuáles han sido las principales hipótesis

²⁴ Es cierto que la narrativa sentimental castellana tiene unos rasgos que la diferencian de otros textos similares de Francia y, sobre todo, Italia; pero tampoco puede aseverarse que sea un género o subgénero completamente original debido a las interrelaciones que mantiene con otras formas de la prosa y del verso, como más adelante se verá.

²⁵ Trabajos recientes como los citados de Ynduráin, Gómez y Cortijo Ocaña reproducen esta hipótesis ya propuesta anteriormente por Webber (1958), para quien las obras sentimentales pertenecen a las *artes amatorias* medievales, que siguen la línea de la tradición ovidiana y entre las que se incluyen otros textos como el *Pamphilus*, el *De amore* de Andrea Capellanus, el *Libro de buen amor*, el *Bursario* de Rodríguez del Padrón o *La Celestina*.

vertidas en este sentido para lograr una comprensión argumentada de qué aspectos nucleares son compartidos por estas obras, qué relación hay entre estos aspectos y la realidad sociocultural que propició su nacimiento. Al analizar estas teorías sobre su vinculación con ciertas tradiciones literarias, las relaciones intertextuales entre las obras sentimentales y otros textos anteriores, podremos clarificar la conexión entre autores, receptores, textos y entorno histórico y sociocultural, de tal forma que sea posible proponer una definición sólida de la variedad diafásica que domina estas obras, ya que la metodología que hemos seguido requiere partir de estas cuestiones para enmarcar adecuadamente los fenómenos sintáctico-discursivos que son objeto de este estudio.

2.1.2. TRADICIONES LITERARIAS

Menéndez Pelayo (1905-1915) señaló que la mezcla de lo caballeresco y lo erótico de la ficción sentimental fue tomada de una combinación del *Amadís de Gaula* con la *Elegia di madonna Fiammetta* de Boccaccio. Piccolomini en su *Historia duobus amantibus* sería el que le añadiría la forma epistolar. Siguiendo más o menos las ideas de Menéndez Pelayo, la crítica posterior ha mantenido que la novela sentimental española es fruto de la influencia de la narrativa italiana (Boccaccio y Piccolomini), la literatura caballeresca y la provenzal, y se ha señalado más concretamente a la *Fiammetta* como modelo del lenguaje ampuloso y retórico que caracteriza a estas obras, añadiendo también la huella de la producción ovidiana —las *Heroidas* en especial— (Gili Gaya 1950, Samoná 1960, Varela 1965, Cvitanovic 1973, Durán 1973, Whinnom 1972, Gargano 1979, Parrilla 1985, Hernández Alonso 1987, Deyermond 1995, Rohland de Langbehn 1999, Cortijo Ocaña 2001). Estas tradiciones literarias no son estancas, ya que pueden encontrarse muchas interferencias y relaciones entre ellas.

a) *El amor cortés y la poesía de cancionero*. Los primeros acercamientos a la

genealogía de la novela sentimental han señalado que su origen se halla en la literatura cortesana del amor y la mujer (Cvitanovic 1973). El castellano sustituyó al gallego como lengua literaria, como se comprueba ya en el *Cancionero de Baena* (reinado de Enrique III). En este cancionero, uno de sus compositores, Macías, no solo aparece al final de la obra de Juan Rodríguez del Padrón, además fue su paisano y posiblemente mantuvieron algún trato personal. Y además de coincidir las ficciones sentimentales y la poesía cancioneril en el tema, en una misma sensibilidad subyacente al compartir elementos simbólicos y alegóricos (Cvitanovic 1973), también coinciden en la utilización del verso, pues muchos textos sentimentales llegan a construirse como *prosimetra* en los que la narración avanza en la prosa y el verso se reserva para arrojar luz sobre la interioridad emocional de los personajes²⁶.

En lo concerniente al tratamiento del amor cortés, Hernández Alonso (1987: 15 y ss.) acude a motivaciones socioculturales para explicar el interés por esta temática en los círculos palaciegos. Recordando a Huizinga (1967), recalca que se trata de un periodo de gran tensión erótica en el que la poesía lírica y sus convencionalismos cortesanos debieron de influir en las relaciones y costumbres sociales de la elite. Parece consecuente el trasvase de la filosofía *courtois* de la lírica a la narrativa, pues el mismo público cortesano lector y luego compilador de cancioneros será quien motive la aparición de la ficción sentimental. El amor cortés y toda su retahíla de formulismos y tópicos constituyeron una moda en boga durante varios siglos y eran materia harta conocida por este público: la deificación de la

²⁶ Véase Andrachuk (1980), donde se analiza la función de las poesías del *Siervo libre de amor* y su relación con el estilo de la lírica de cancionero.

mujer plasmada en un lenguaje sacro (la *religio amoris*); la posición de vasallaje del amante respecto a la dama requerida (la servidumbre de amor); el amor como fin en sí mismo, sin esperar recompensa, pasión que ennoblece y eleva la virtud del amante...

Parece evidente que el ambiente y la situación eran propicios para que naciera este tipo de novela; que la tradición poética, la sensibilidad de los posibles lectores de ellas, la idealización de lo terreno, el afán de evasión, y tantos otros factores típicos del siglo XV facilitaron la aparición de este nuevo modo de narración (Hernández Alonso 1987: 17).

Esta primera conexión con la poesía cancioneril desvela el ámbito social en el que nace la producción sentimental: los círculos aristocráticos. Además, se trata de un momento histórico en el que se producen nuevos cambios trascendentales en la concepción de la literatura y del papel del escritor:

Mención especial requiere la aparición de un escritor especializado que va en pos de la aventura y se erige en intérprete del texto personal que elabora; la preeminencia del *laicus litteratus* (Clanchy, 1979: 214— 220 y Lawrance, 1985 y 1988); el entendimiento de la escritura como un acto lúdico que sirve, al mismo tiempo, como factor de homogenización e identificación del grupo nobiliario, y de reconocimiento de la posición preeminente del escritor-letrado; la sacralización del texto escrito como vehículo de conocimiento y saber; la valoración del humanismo y, simultáneamente, la hegemonía de la lengua vulgar para la transmisión de la cultura y la eclosión de la literatura de entretenimiento; y la convivencia de la cultura de transmisión oral y escrita (Aybar Ramírez 2005: 12-13).

b) La literatura caballeresca. Durante los años de Juan II, las ficciones caballerescas reciben el influjo de la tradición del amor cortés a través de la poesía cancioneril y la literatura tratadística, manifestaciones ambas provenientes de las exigencias de la corte. Su creciente interés por el amor como componente privilegiado de las relaciones de cortesía

propició la infiltración del tema sentimental en el género caballeresco. Frente a la novela de caballerías —el género contiguo—, en que la acción avanza como sarta de episodios, en la novela sentimental la atención se centra en una situación amorosa con un desenlace frustrante.

Hay influjos recíprocos entre la ficción sentimental y la artúrica, como la huella de la obra de Juan de Flores en el *Tristán de Leonís* (1501) o las similitudes de ciertos episodios de la *Cárcel* y la *Mort Artu*²⁷: la denuncia de Persio vs. la de Avraín y Modret contra Ginebra y Lanzarote; la condena a muerte de Laureola y su aprisionamiento en la torre vs. la condena y el encierro de Ginebra; el rescate de Laureola llevado a cabo por Leriano vs. la salvación de Ginebra de morir en la hoguera gracias a la intervención de Lanzarote. La opinión de Deyermond (1993: 54) es firme respecto a esta influencia:

Me parece innegable que Diego de San Pedro tomó esta serie famosa de episodios de la *Mort Artu*, la parte final del ciclo artúrico, y la adaptó para sus propios fines artísticos. Esta conclusión se refuerza cuando pensamos en los nombres de personajes y lugares que se parecen a nombres citados en los textos artúricos franceses²⁸.

Pero no solo San Pedro fue conocedor de la literatura artúrica, sino que existen muchos datos documentales que acreditan la circulación de estas historias en la Península

²⁷ O *La mort d'Arthur*; se trata de una versión de Thomas Malory, aparecida en 1485, sobre la última etapa de la vida del rey Arturo.

²⁸ No obstante, la intención consciente de San Pedro no fue crear una novela de caballerías; así lo expresa —ha deducido la mayoría de la crítica— en esta frase de la *Cárcel*: «[...] por no detenerme en esto que parece cuento de historias viejas» (San Pedro 1492: 34; cito por la edición de Deyermond 1995), con la que pretende justificar su decisión de no describir con detalle el duelo entre Leriano y Persio.

durante la Edad Media. Martínez Latre (1989) cita los libros de caballerías del ciclo troyano y del bretón, de los que se toman famosas parejas de amantes, algunos episodios caballerescos y una localización exótica y poco precisa (Escocia, Macedonia...). La *Estoria de dos amadores*, que Juan Rodríguez insertó a modo de *exemplum* de su propia experiencia amorosa en el *Siervo libre de amor*, también parece haber sido tomada de la literatura caballeresca; procede posiblemente de un episodio de la novela francesa *Merlin*, aunque también tiene parecido con algunos motivos del *Amadís* (Lida de Malkiel 1978 [1952]).

c) *La narrativa italiana y las Heroidas de Ovidio*. En el apartado de las fuentes e influencias de la novela sentimental, Martínez Latre (1989) cita la narrativa italiana de Boccaccio y Piccolomini sobre todo. La influencia de las *Heroidas* de Ovidio llega también de la narrativa italiana por medio de la *Elegia di madonna Fiammetta* de Boccaccio y de la *Historia duobus amantibus* de Eneas Silvio Piccolomini, así como de otras obras europeas, como el influyente tratado de amor cortés *De amore libri tres* de Andreas Capellanus. Para Gómez Redondo (2002), la *Fiammetta* es el modelo que fija las claves narrativas y argumentales de todo el género sentimental español: la filosofía del amor cortés y el simbolismo sentimental del *dolce stil nuovo*, la introspección afectiva de la *Vita nuova* de Dante o el punto de vista autobiográfico de las *Heroidas* de Ovidio. Pero no todas las ficciones sentimentales revelan la impronta del texto boccacciano. Casi con seguridad, Rodríguez del Padrón, iniciador del género, tomó el recurso epistolar de la obra ovidiana, ya que fue él quien tradujo la obra al castellano (*Bursario*), e incluso compuso algunas cartas originales siguiendo el modelo latino (las cartas de Madreselva, Troilos y Breçaida). Sin embargo, según nota Lida de Malkiel (1978 [1952]), en el *Siervo libre de amor* no se observa influencia alguna de la *Fiammetta*, posiblemente, porque Rodríguez del Padrón rechazaba su ambiente burgués. Por su parte, Juan de Flores tomó como punto

de partida argumental la *Fiammetta* para su *Breve tratado de Grimalte y Gradissa*, que es una respuesta y una continuación a la obra italiana a partir de su lectura por parte de la protagonista femenina del texto de Flores. Otros textos boccaccianos funcionaron en parte como inspiradores de la narrativa sentimental española; es el caso del *Filocolo*, cuya fórmula es retomada por Flores en su *Historia de Griselda y Mirabella con la disputa de Torrellas y Braçayda*. Para Durán (1973), la principal distinción entre ambas obras se encuentra en la ambientación: *Grimalte y Gradissa* se incardinan en un ambiente burgués, coincidente con el de la *Fiammetta*. En *Griselda y Mirabella*, en cambio, la acción se desarrolla en un reino lejano, Escocia, y en un tiempo innominado; se trata de un entorno palaciego y exótico. En opinión de Durán, la diferente ambientación va a condicionar el tipo de amor relatado, más erótico en los ambientes burgueses y más sentimental en los cortesanos, así como la existencia de conflicto entre la servidumbre de amor (el sometimiento a la voluntad de la dama) y la servidumbre feudal (el respeto a la autoridad real) en el caso de relatos de ambientación aristocrática, frente a la falta de dicho conflicto cuando la narración se desenvuelve en un mundo burgués.

Tampoco parece haber huella en el *Siervo* de la *Historia duobus amantibus*, aun cuando los títulos de ambas obras coincidan y Juan Rodríguez conociera personalmente a Piccolomini por concurrir los dos al servicio del cardenal Cervantes:

Nada más opuesto a los caracteres desarrollados con observación realista, al adulterio como tema central, a las escenas lascivas y sórdidas exhibidas en el curso de la acción, a las conveniencias sociales que separan a los dos amantes, al amor nada heroico del protagonista, al importante papel del ambiente ciudadano, que el relato del hidalgo gallego con sus personajes que no son sino ideales abstractos de dama y caballero, con su ambiente nobiliario, con sus toques sobrenaturales, con su escenario de corte y de montaña, y en donde el amor de Ardanlier atropella la

desigualdad social y motiva la muerte de Liessa, a la que el enamorado no sobrevive (Lida de Malkiel 1978 [1952]: 36).

En la *Historia duobus amantibus* de Eneas Silvio Piccolomini, de carácter moralizante (que lo conecta con el *tratado*), como en muchas novelas sentimentales españolas, el marco narrativo que abre y cierra la obra es una carta a Mariano Sozino, en la que se expone la intención y el argumento. Tal argumento se desarrolla, entre el prólogo y el epílogo epistolar, como un proceso de cartas —al igual que en las ficciones sentimentales peninsulares— en el cual se analiza el desarrollo de la pasión amorosa entre los amantes. Sin embargo, la presencia de personajes humildes, el uso abundante del diálogo y otros elementos provenientes del estilo cómico o bajo, aleja la *Historia* del reiterado tono trágico y del estilo elevado de las posteriores novelas sentimentales. Como puede verse, las tradiciones literarias de las que se nutre la novela sentimental forman un complejo entramado de influencias mutuas.

d) *Las artes dictaminis*. Para la composición de epístolas los autores siguieron las recomendaciones de las *artes dictaminis* medievales, manuales para la composición de cartas que adquirieron gran desarrollo en la sociedad del siglo XV, pues en las cancillerías la carta se convirtió en un documento administrativo de primer orden. En el ámbito literario, desde la obra inaugural de la serie sentimental, la carta ha sido una constante en el género, tomada, como ya se ha mencionado, de las *Heroidas* de Ovidio. Además, un vistazo por las costumbres escriturarias de la época desvela que la práctica epistolar gozó de mucha popularidad en la sociedad española del siglo XV y, con la entrada del humanismo en la Península, la correspondencia epistolar se convirtió en una de las

principales vías de intercambio de ideas entre los intelectuales renacentistas²⁹. Cortijo Ocaña y Cortijo Ocaña (1998) se apoyan en diversos hechos —el más significativo para ellos es la mezcla de cartas ficticias y reales en diversos manuscritos del siglo XV y XVI conservados— para sostener que la proliferación de obras epistolares, catálogos de cartas amorosas en que se tratan los diversos tópicos del amor en la línea de las novelas sentimentales, responden a un hábito real de envío de cartas entre enamorados: «[...] Nos podemos preguntar si se carteaban los amantes entre sí en aquella época y qué grado de elaboración literaria tenían estas misivas, quizá influidas por la estilización de las cartas amorosas literarias» (73). Por ejemplo, algunos moralistas (catalanes como Bernat Metge o Eiximenis) del siglo XIV y XV reprendían a las mujeres —entre muchas otras cosas— la escritura de misivas amorosas, de modo que parece probable la existencia incipiente de una verdadera correspondencia amorosa con participación femenina, consecuencia del acceso de la mujer a la lectura y el ocio cortesanos³⁰.

Para terminar este apartado, citaremos otro grupo de tradiciones de influencia secundaria. Así, Whinnom (1972) señaló el influjo de la moral católica castellana, que

²⁹ Véase Pontón Gijón (2002).

³⁰ Uno de los testimonios más elocuentes que se conservan es la *Lletra amatòria* (en catalán, de principios del siglo XV), verdadera epístola de un desconocido enamorado a su dama, en la que se repiten los tópicos y el estilo enrevesado de las cartas amorosas de la ficción sentimental: «Como testigo de una práctica social, observamos que el enamorado pide respuesta a su amada y ello nos hace sospechar que el intercambio epistolar en estilo alto y sublime podría formar parte de los usos amorosos de la sociedad catalana a finales del siglo XIV y principios del siglo XV. Podemos también verlo como prueba de las condiciones sociales que permitirán la recepción de la ficción sentimental y fomentarán el auge del uso epistolar amoroso en el género» (Cortijo Ocaña y Cortijo Ocaña 1998: 78).

restringe los aspectos eróticos del amor cortés en estas narraciones (se rechaza el adulterio, no suele haber consumación del amor, la relación tiene un desenlace trágico), al contrario de lo que sucede en la prosa italiana. Además, este mismo autor cita la presencia de algunas teorías de los tratados médicos que vinculaban el amor con estados de locura y enajenación. Deyermond (1993) y Whinnom (1972) han resaltado la posible influencia de un grupo de obras de transición francesas en las que, combinando el verso y la prosa, se fusionaba la tradición ovidiana y la cortés, como las de Guillaume Machaut, Christine de Pisan o Jean Renart (siglos XIV y XV). Finalmente, Deyermond (1993) anota la relevancia de la seudobiografía erótica y Krause (1929), la del *tractatus* latino.

Según Deyermond (1993: 57-61), el autobiografismo se halla presente en otras obras muy leídas y conocidas en el siglo XV, como las *Confesiones* de San Agustín o el *Secretum* de Petrarca (principal heredero del texto agustiniano), que han dejado su rastro en la *Historia calamitatum* y las cartas que la acompañan³¹. Por otro lado, la fórmula autobiográfica está presente también en el género de la pseudoautobiografía erótica, al que pertenecen la *Vita nuova* de Dante, el *Livre du voir-dit* de Guillaume de Machaut, la *Prison amoureuse* de Jean Froissart o su parodia, el *Libro de buen amor* de Juan Ruiz. Sería, por tanto, otra fuente secundaria de la ficción sentimental castellana. Cortijo Ocaña (2001) y Gómez Redondo (2002) añaden a esta línea las traducciones peninsulares de la *Confessio amantis*, extenso poema escrito en inglés por John Gower a instancias de Ricardo II entre 1383 y 1390, cuya lectura es un ejemplo más del creciente interés por la materia amorosa

³¹ Se trata de la autobiografía sentimental de Abelardo y de las cartas intercambiadas con su amada Eloísa, las cuales, en su análisis de la intimidad emocional de la mujer, coinciden con muchas obras sentimentales y permiten postular la *Historia calamitatum* como fuente indirecta del género.

en la corte.

Cortijo Ocaña (2001) ha señalado otra fuente admisible para la tendencia al autobiografismo en la novela sentimental. Al tratar del contexto de gestación y recepción del género en el ámbito de la universidad salmantina y de la corte, este investigador detectó que existían obras muy tempranas (siglo XII) que pueden considerarse un precedente remoto del género sentimental. En este periodo, dentro del contexto universitario, surgió un gran número de obras pseudoautobiográficas que tratan el tema del amor al estilo ovidiano; también se hallan otras donde, bajo la forma de un tratado de epistolografía amorosa, se esconde un verdadero *ars amandi* burlesco (*Rota Veneris* o *Rueda del Amor* de Boncompagno da Signa es un buen ejemplo). Estas y otras obras pudieron ser fruto o estar influidas por la práctica retórica de la universidad salmantina.

Cortijo Ocaña (2001) estudia además la creación de obras próximas a lo sentimental en la corte valenciana de comienzos del siglo XVI, donde se promueve la literatura de *amore* como un reflejo de la suntuosa vida cortesana, con sus celebraciones y espectáculos. Esta teatralidad es precisamente un aspecto también presente en algunas novelas sentimentales, entre ellas, el *Triunfo de amor*, que «contiene elementos que semejan los que se incluyen en las *relaciones* de festejos palaciegos, con indicación-descripción de decorados o de movimientos de actores en escena» (Cortijo Ocaña 2001: 156).

A partir de esta red de relaciones se llega a una forma diferente de considerar el género sentimental, una visión más amplia donde quedaría integrado en un conjunto literario mayor, la literatura *de amore*: el género sentimental parece ser

[...] Corolario de temas y tonos *de amore* tardomedievales y del primer Renacimiento, cuyo carácter es en sí experimental, es decir, reúne o aún una serie de elementos que por sí solos pueden darse en otros géneros

y que no llegaron a culminar (o tener éxito) como *modo literario genérico* (Cortijo Ocaña 2001: 162).

No muy diferente es la opinión de Gómez (1990), que incluye la ficción sentimental entre las «artes de amores» que llegan al siglo XV desde la Antigüedad y la Edad Media. Como claros representantes de este grupo encontramos a Ovidio, el *De amore* de Andrea Capellanus o la comedia elegíaca. No se trata de un género determinado, sino más bien de una corriente temática o una «actitud ideológica»³². La existencia de esta corriente de literatura de amor es también validada por la opinión de otros estudiosos como Recio (1993), que defiende la proliferación de una literatura *de amore* en la Castilla del siglo XV, una corriente multiforme que es presentada por sus artífices bajo diferentes marbetes (*triunfo, infierno, paraíso, querella, sermón o misa*), toda una moda nacida por la veneración a los poetas italianos y que llega hasta entrado el siglo XVI. A pesar de la nomenclatura usada por los autores, muchas veces es difícil aclarar a qué grupo pertenece una obra particular.

El formulismo del *tractatus* clerical latino ha sido decisivo para la conformación estructural de algunas obras sentimentales (Krause 1929). Durante la Edad Media, el tratado didáctico-moral religioso conoció un gran desarrollo en España como medio en que difundir, en romance, la ideología y la moral cristianas. Asimismo, el panorama político y social del siglo XV estaba definido por la tensión por el poder entre los señores feudales y la monarquía. En este ambiente, se acrecienta el aprendizaje humanístico y clásico y el interés por las cuestiones de forma y estilo como manifestaciones del ideal caballeresco, y

³² Ynduráin (1984).

así se recoge en los cancioneros. En tiempos de Juan II las obras tratadísticas ocupadas en el análisis del amor y la condición femenina recibirán su impulso desde la corte y tomarán una obra boccacciana como modelo, el *De claris mulieribus*: es el caso del *Libro de las claras y virtuosas mujeres* de don Álvaro de Luna o el *Tratado en defensa de virtuosas mujeres* de Diego de Valera (Gómez Redondo 2002). Gómez (1990) también recalca la importancia del debate o *altercatio* en la configuración del género sentimental. Ya desde el *Siervo* observamos la disputa alegórica entre las potencias del alma y es el componente principal del *Veneris tribunal* de Escrivá, quien parte de una de las *questioni d'amore* debatidas en el *Filocolo* de Boccaccio. La polémica más reiterada en los libros sentimentales es la que enfrenta argumentos profeministas y misóginos, como sucede en la apología de Leriano en la *Cárcel* o el *Grisel y Mirabella* de Flores. La influencia del debate y otros géneros tratadísticos ha sido también remarcada por Cortijo Ocaña (2001), quien apuntó la relevancia del debate en la poesía cancioneril, otra de las fuentes primarias de la ficción sentimental.

Finalmente, Deyermond (1993) resalta dos líneas esenciales: los poemas alegóricos franceses, que fueron vertidos en los cancioneros españoles, a través de los cuales alcanza su influjo a la novela sentimental; y la utilización de motivos provenientes del folklore, como en la figura del salvaje, el amante frustrado que se retira a los campos y montes aquejado por el mal de amor. Rohland de Langbehn (1989a) coincide con Deyermond al considerar que las novelas sentimentales presentan abundantes concomitancias con los grandes poemas alegóricos de la primera mitad del s. XV: se dividen en unidades funcionales —y no en capítulos— que se encabezan por títulos; los personajes se expresan por medio de parlamentos continuados; y hay un autor que observa o presencia lo narrado. También para Lida de Malkiel (1952 [1978]) existe una conexión obvia entre la prosa sentimental y los poemas alegóricos, al menos en el *Siervo*: a pesar de que la crítica

decimonónica calificó el *Siervo* de novela, para esta autora la obra tiene una mayor vinculación con las alegorías amorosas en verso de la Francia de los siglos XIV y XV.

En conclusión, la novela sentimental se desvela como un producto naciente a partir de diversas tradiciones que en muchos casos presentan numerosos puntos de contacto. Por ejemplo, la ideología del amor cortés se halla presente no solo en la poesía de cancionero, sino también en la prosa caballeresca; por supuesto, la literatura ovidiana es otra de las fuentes que inciden en la concepción del amor presente en los textos sentimentales, aun cuando las particularidades de la moral peninsular abjuren de algunos de los tópicos ovidianos y trovadorescos que sí se aceptan en la literatura italiana y francesa. En cuanto al contenido, esta interrelación está fuera de duda; pero además hay que mencionar las relaciones formales que acercan la novela sentimental a ciertas tradiciones y obras anteriores: el tono autobiográfico de las obras ovidianas, de las *Confesiones* de San Agustín o del *Secretum* de Petrarca; las epístolas de las *Heroidas* o el intercambio epistolar adjuntado a la *Historia calamitatum*, así como las propias *artes dictaminis* medievales; o también los tratados erotológicos como el de Andrea Capellanus u otro tipo de literatura tratadística y controversial que explica los debates insertos en muchas obras sentimentales.

2.1.3. ¿CONCIENCIA DE GÉNERO?

Es de sobra conocido que en la Edad Media los géneros literarios no existían como tal, pues el antiguo sistema genérico de la retórica clásica ya había entrado en descomposición. Asimismo, la especial configuración estructural de las narraciones sentimentales no permite encajar estos textos dentro de ninguna categoría genérica medieval. No obstante, parece que los autores de novelas sentimentales tenían conciencia de escribir bajo la influencia de ciertas tradiciones literarias de diversa índole, pero no puede hablarse de conciencia de género en opinión de investigadores como Samoná

(1960). Para Deyermond (1993), sí existe una conciencia genérica entre los autores sentimentales, que se manifiesta en un aspecto a veces obviado: la elección del castellano. Solo el *Tratado e despidio de una dama en religión* fue escrito por un autor castellano, Fernando de la Torre, pero Juan Rodríguez del Padrón era gallego o Don Pedro, el condestable de Portugal, empezó su *Sátira de felice e infelice vida* en portugués y la terminó en castellano. Aunque no se conozca al autor de la *Triste deleytación*, su origen parece ser catalán. La preferencia por el castellano —aun cuando algunos autores tengan otro origen geográfico— parece dar fe de la existencia de un paradigma lingüístico compartido, pero, en última instancia, es consecuencia de la expansión de Castilla y de su prestigio cultural a partir del matrimonio de los Reyes Católicos. A nuestro juicio, esto no es suficiente para postular la ficción sentimental como género, aunque sí parece ser una actitud que demuestra que estos escritores se sentían inmersos en un mismo entorno cultural.

La conciencia de escribir dentro de una tradición se manifiesta en otros aspectos, como las referencias intertextuales de algunas obras, es decir, las menciones a autores y obras previas; por ejemplo, en la *Triste deleytación* se menciona a los protagonistas de la *Estoria de dos amadores* y a Rodríguez del Padrón. En la *Sátira* se halla un resumen argumental de la *Estoria*. La *Cárcel* toma elementos narrativos de sus predecesores: la censura a Pedro Torrellas (aparece antes en la *Triste deleytación*); el motivo alegórico de la cárcel (ya empleado en la *Sátira* y que también evoca la descripción del palacio del amor en la *Triste deleytación*); o la intervención del Deseo como guía alegórica del enamorado (también presente en la *Triste deleytación*). Después, la conciencia genérica se hace más patente, como se desprende de la continuación que Nicolás Núñez hizo de la *Cárcel*. Incluso en los similares recursos estilísticos empleados por los autores puede deducirse la existencia de dicha conciencia genérica:

Se puede hablar de la existencia de procedimientos dominantes que surgen al compartir la etapa lingüística y la forma poética y presentar similitudes en la temática. Así pues estas ficciones, y sobre todo, las consideradas por la crítica como las obras maestras: *Cárcel de amor* y *Grisel y Mirabella* adoptan un estilo prerrenacentista y utilizan con frecuencia usos sintácticos latinizantes, hipérbatos, verbo principal al final del período, etc. Estos recursos estilísticos aparecen igualmente en el epígono de la serie: *Proceso de cartas de amor*, utiliza una forma deliberadamente arcaizante por lo que el léxico será también artificioso, prestándose a alternar arcaísmos con fórmulas cultas (Martínez Latre 1989: 18).

2.1.4. CARACTERÍSTICAS GENÉRICAS DE LA FICCIÓN SENTIMENTAL

Varela (1970 [1965]) realizó una síntesis revisada de las características más notables compartidas por los textos sentimentales:

a) *Pretensión de autobiografismo*: el autor se presenta como protagonista que narra en primera persona su vivencia amorosa (*Siervo libre de amor*), como personaje testigo e instigador de la acción (*Cárcel de amor*) o como narrador en tercera persona de su propia historia (*Grimalte y Gradissa* de Juan de Flores³³). Sí que hay una equivalencia entre el estatus social del autor y de los personajes, generalmente ejemplares cortesanos.

b) *Tono quejumbroso y luctuoso*: ya estaba presente en la *Fiammetta*, pero también es una de las convenciones del amor cortés, el amante que exterioriza de forma exagerada sus emociones.

³³ Al comienzo de la obra, Flores advierte de que trocará su nombre por el de Grimalte, por lo que se trata de un relato autobiográfico narrado en tercera persona.

c) *Análisis de la psicología de los amantes y del proceso de enamoramiento*: se ha afirmado que estas obras suponen un primer sondeo de los vericuetos de la psicología femenina y masculina en el campo del amor, aunque Varela matiza este aserto con pasajes que ejemplifican que la profundidad del análisis sentimental es en ocasiones muy escasa:

El tipo de amor que exponen estas novelas se ajusta a las convenciones del amor cortés, concepción y práctica amorosas que, habiendo pasado por los dos Arciprestes, los Cancioneros y los grandes poetas del XV, tienen ya trescientos años de vida al ser acogidas por Rodríguez del Padrón y seguidores. Amor cortés implica divinización de la amada y del sentimiento amoroso mismo, sea cual fuere el límite impuesto por el argumento o las condiciones genéricas —teatro, poesía, novela— a las relaciones de los protagonistas. El amador se arrodilla humildemente ante una nueva señora: amor cortés implica, históricamente, feudalismo jerárquico, e ideológicamente, secularización del cristianismo medieval (12-13).

En las páginas 12 a 31, Varela hace un magnífico resumen del nacimiento, la ideología y las convenciones del amor cortés, y de cómo se refleja en las obras representantes de la ficción sentimental. Los protagonistas de las novelas sentimentales (reyes, príncipes, nobles) son caballeros pertenecientes a la orden del amor, conscientes de ser miembros de una clase selecta y superior, una orden entre caballerescas y religiosas que rinde un «vasallaje místico» al objeto amado. El amor es un sentimiento que se desenvuelve en el ámbito cortesano, por lo que va a ser un rasgo estamental, pero distintivo de una minoría selecta dentro de la clase aristocrática, la de los amadores. En la novela sentimental, estos amadores alcanzan la categoría de héroes trágicos, puesto que sus aspiraciones —aunque haya habido consumación del amor, como en el caso de Ardanlier y Liessa en la *Estoria de dos amadores* del *Siervo*— siempre sucumben ante la intervención de una fuerza externa (la salvaguarda de la honra, la oposición paterna, la traición de otro

personaje...) y este fracaso los conduce a la muerte o al apartamiento eremítico. De la experiencia cortés del amor como religión surge «[...] la emigración al área profana de términos lingüísticos —conceptuales o sentimentales— procedentes de la esfera religiosa. De aquí su retórica litúrgico-marial y sus expresiones irreverentes o blasfemas» (25).

Varela aprecia una disminución de los componentes caballerescos desde el *Siervo* hasta la obra de Flores, que considera como ingredientes ajenos al género: «En la [novela] caballeresca, la dama es un pretexto o acicate para el ejercicio de las armas; en la sentimental, la amada se merece, aunque no se consiga, por el servicio amoroso, y las armas son un pretexto para mostrar la pureza y fortaleza de ese sentimiento amoroso» (39). También observa un alejamiento de los recursos alegóricos desde San Pedro a Flores. El primero coincide con el iniciador Rodríguez del Padrón en la alegoría y el debate amoroso, pero Flores obvia la alegoría e introduce la cuestión de amor dentro de la narración. Además, la obra de Flores contiene un distanciamiento del convencionalismo cortés hacia terrenos más moralistas; ofrece una visión del amor bajo las constricciones de un código ascético, más realista en cuanto suprime la alegoría profana como elemento estructurante (Rodríguez del Padrón) u ornamental (San Pedro) de la narración.

El proceso de idealización del mundo caballeresco que culmina en la novela sentimental —y que se vislumbra antes en otras literaturas del gótico tardío europeo— puede ser fácilmente avalado si se analiza su vocabulario. Esta progresiva «estilización y secularización refinada» (43) se observa incluso en el semblante del caballero, enamorado cortés, de suaves maneras y trato sociable y afectuoso, y no el noble belicoso y de comportamiento épico-heroico. «Es decir, se pasa —como en nuestra literatura— de la esfera ético-caballeresca a la estético-psicológica» (43-44). Este soslayo del empaque épico del caballero se explica en España por su concreta situación político-social: se trata

de un momento en el que, a excepción de las órdenes de San Pedro y San Juan, la caballería peninsular camina hacia la extinción y el poder monárquico va aumentando, debilitando el papel de la nobleza feudal, en parte por la asunción de funciones de las órdenes caballerescas.

Da punto y final a su estudio con un párrafo conclusivo donde se reincide en cómo la ficción sentimental española es el espejo del espíritu de finales de la Edad Media:

Y, en conjunto, la novela sentimental se nos ofrece como un espléndido documento de la espiritualización de lo mundano que consuma el Gótico tardío con el paso de lo caballeresco a lo cortesano, al par que la temprana, quizá primera censura española al erotismo de Boccaccio. Es expresión, como decíamos, de un modo peculiar de singularizarse por medio de la expresión literaria del amor una minoría cortesana en el llamado otoño de la Edad Media. La melancolía empapa todas sus páginas. Como en las vastas naves góticas de fines del XV, sus retablos intrincados y profusos, sus suntuosos sepulcros, dos notas parecen distinguirse entre todas: estilización y melancolía (50-51).

Como ya se ha especificado a la hora de comentar las filiaciones literarias de la ficción sentimental, para muchos de sus representantes sirvieron de modelos inmediatos la *Elegia di Madonna Fiammetta* de Boccaccio y la *Historia duobus amantibus* de Piccolomini. En ambas obras aparecen elementos coincidentes: el amor a primera vista, la entrega de la mujer, las estratagemas para burlar la vigilancia del marido, la partida del amante después de los encuentros amorosos. Pero ambas obras disienten en cuanto al tipo de sentimiento que padecen sus protagonistas femeninas (a Fiammetta la mueve la pasión irrefrenable; a Lucrecia, protagonista de la *Historia*, el ansia de sentir un auténtico amor), lo que llevó a Durán (1973) a proponer dos etiquetas para las corrientes representadas por ambas novelas: la erótica y la propiamente sentimental. Pero esta diferenciación, además

de en el comportamiento amoroso de las protagonistas, se cimenta, a ojos de Durán, en otros aspectos que resumiremos a continuación:

a) *Los puntos de vista*: El uso de la primera persona en la *Fiammetta* tiene como modelo a Ovidio (quien además ejerce, desde luego, una influencia temática e ideológica) y confiere al relato una ilusión de verosimilitud o realismo. En cambio, en la *Historia duobus amantibus* de Piccolomini, se establece una distancia nítida entre narrador y personajes al sustentarse la historia en el proceso de cartas de los protagonistas, que permite el cambio de punto de vista sobre los hechos relatados. En el *Siervo libre de amor* encontramos los dos procedimientos, la primera persona en las partes en que Rodríguez del Padrón cuenta su vivencia sentimental y la tercera persona, el narrador omnisciente de la parte novelada que es la *Historia de dos amadores*. En el caso de San Pedro, la complejidad narrativa se multiplica con la intervención del autor-narrador como personaje activo —y decisivo— en el avance argumental de la *Cárcel de amor*. El autobiografismo del *Siervo* reaparece en la obra de Juan de Flores; concretamente en *Grimalte y Gradissa*, el autor advierte al comienzo de que cambiará su nombre por el de Grimalte, lo que le permite relatar la historia en tercera persona, enmascarando así un yo soterrado.

b) *Tratado latino y proceso de cartas*: Durán resalta la ausencia de preceptiva retórica en la España de los autores sentimentales. En cuanto a técnica narrativa, la herencia de estos autores provenía de la epopeya, aunque Boccaccio y Piccolomini fueron, desde luego, modelos indiscutibles, y a través de ellos llega a la novela sentimental española la impronta del tratadismo latino y del proceso de cartas, fórmulas ambas provenientes de la literatura latina clásica y postclásica. «En cierto modo, la historia de la novela sentimental española es la historia de cómo el *tractatus*, más medieval, aparece primero, cómo convive luego con el entonces novedoso proceso epistolar y cómo termina

por perder la partida» (48). Conocidos tratados castellanos serán la *Reprobación del amor mundano* del arcipreste de Talavera, el *Tratado en defensa de virtuosas mujeres* de Mosén Diego de Valera, el *Triunfo de las donas* de Rodríguez del Padrón o el *Sermón ordenado* de San Pedro. Como se ve, el tratado latino proveyó a los autores españoles del molde formal en el que desentrañar la problemática del amor mundano. El tratado presentaba un esquema tripartito, con exordio, cuerpo y epílogo. La reaparición de este esquema en el *Siervo* ha llevado a algún crítico a considerarlo un tratado (Krause 1952: 251), quedando excluida de esta consideración la *Estoria de dos amadores* inserta en él, la cual tiene una naturaleza plenamente novelesca y en la que se incluye, además, una carta (la enviada por Ardanlier a Yrena).

La forma epistolar en la historia de la literatura tiene un origen bastante remoto. En la literatura latina fueron las *Heroidas* de Ovidio las que introdujeron el recurso epistolar, presentando en ellas un atisbo de proceso de cartas. Y serán las *Heroidas* el precedente de Boccaccio, Piccolomini y nuestro Rodríguez del Padrón (traductor de la obra ovidiana en España con su *Bursario*). Pero en las letras hispánicas tendrán que llegar San Pedro y Flores para incorporar un auténtico proceso epistolar, con lo que el peso del tratado disminuye en la arquitectura del género sentimental. El desarrollo del recurso epistolar y la desaparición del formulismo del tratado darán lugar a la novela epistolar propiamente dicha, inaugurada en España por la obra de Juan de Segura *Processo de cartas* (1548), de la que también se suprimirán el componente alegórico y el debate al estilo del *Filocolo* boccacciano.

c) *El material alegórico y la cuestión de amor*: Los inicios de la alegoría son también ancestrales, desde las primeras interpretaciones alegóricas del Antiguo Testamento (allá por el siglo I antes de Cristo) a los *Moralia* de Plutarco (siglo II d. C.) o la alegoría

cristiana de Origen en su interpretación del *Cantar de los cantares* —de notable ascendiente en la iglesia occidental. Desde entonces, el uso de la alegoría como recurso literario se extendió imparable. En el ámbito concreto de la temática amorosa, el antecedente alegórico más influyente en Europa es el *Roman de la Rose*, cuyo conocimiento en la península está firmemente documentado y que ha sido mencionado como una de las fuentes —tal vez no la más pesada— de la poesía cancioneril. Sin embargo, Durán señala que la sombra del *Roman* y sus combates alegóricos no es perceptible en la novela sentimental española, aunque sí en otros géneros (recordemos, por ejemplo, la *Disputa del alma y del cuerpo*, del siglo XII). Y no es que en la novela sentimental estén ausentes estos enfrentamientos dialécticos, sino que aparecen desprovistos de cualquier revestimiento alegórico y, además, se concentran en polemizar sobre el amor y la defensa o el ataque a la mujer. A este tipo de debates se refiere el marbete de «cuestión de amor» usado por Durán.

Retornando al empleo de la alegoría en las literaturas romances, Durán cataloga tres plasmaciones literarias posibles para este recurso: 1) La alegoría se limita a una breve introducción y el resto de la obra sirve para explicarla y ejemplificarla (así la *Cárcel de amor*, cuyo modelo en este particular parece ser la introducción de los *Milagros de Berceo*). 2) Todo el texto es una alegoría que apenas se aclara (la *Divina Comedia* de Dante, por ejemplo). 3) La alegoría se desarrolla en el texto y el autor va explicando su significación (al modo de Rodríguez del Padrón en el *Siervo*). Ya se ha mencionado el *Roman de la Rose*, pero existe otra obra alegórica que parece haber repercutido en nuestros escritores, especialmente en San Pedro y su *Cárcel*: se trata de la *Prision d'amour* de Baudouin de Condé (s. XIII). No obstante, es el *Corbaccio* de Boccaccio el más influyente precedente en este sentido, también para la *Cárcel de amor*. La evolución del género sentimental supone, según Durán, un apartamiento de la alegoría y del debate amoroso

(además del desligamiento del formulismo del tratado, como ya se ha comentado más arriba).

Entre las conclusiones que Durán deriva de su análisis —algunas ya resumidas—, destacamos ahora la divergencia entre los modelos italianos y los representantes sentimentales españoles. En las novelas españolas la víctima es, ante todo, el hombre, no la mujer. Además, al no estar casadas las protagonistas, la novela sentimental elimina el planteamiento adulterino de las relaciones amorosas relatadas.

Finalmente, este estudioso concluye con una enumeración de las características genéricas mínimas de la novela sentimental, que permiten a su vez trazar una subdivisión dentro del género entre «novela erótica» y «novela propiamente sentimental» (62), aunque alguna obra transgreda algún punto de esta esquematización:

Novela erótica	Novela sentimental
1. Ambiente burgués	Ambiente aristocrático
2. Amor erótico	Amor sentimental
3. Ausencia de relaciones rey-amantes	Relaciones rey-amante
4. Desesperación (del amante)	Muerte (del amante)
5. Primera persona	Tercera persona

Aunque los argumentos de Durán y las diferenciaciones que establece entre el conjunto de obras que evalúa son válidos, su distinción entre novela erótica y sentimental despertó respuestas contrarias (Aybar Ramírez 2005: 109-110) y en la actualidad no es seguida por la crítica.

En su *Morfología de la novela* (1975), Antonio Prieto también se ocupó de la narrativa sentimental y enumeró una serie de elementos del género que a grandes rasgos coincide con lo que se ha ido repitiendo desde los primeros estudios: el valor confesional, el recurso epistolar, el conflicto amoroso de resultado trágico. Incluye una nueva característica, la mezcla de ficción y realidad, además de otras que considera, si no canónicas, al menos, distintivas de los relatos sentimentales: la forma autobiográfica (rasgo omnipresente en todas las definiciones del género); un público esencialmente femenino, la tensión dramática entre amor y muerte; la búsqueda de evasión y un sentido sacroprofano.

Hernández Alonso (1987) entiende el género como una combinación de poesía de cancionero y narraciones caballerescas centrada en la tópica del amor cortés y en el análisis de un amor frustrado. Entre sus notas están el idealismo extremo, el tono sentimental y quejumbroso y el elemento fantástico y alegórico. Hay en muchas de ellas una preferencia por la narración en primera persona, que llega a incluir al autor como narrador personaje o testigo de los hechos relatados. Son relatos generalmente protagonizados por caballeros y damas de cortes exóticas, reales o imaginarias, en los que se desgana el devenir de una pasión amorosa malograda. Hernández Alonso también apoya otro aspecto sobre el que suele haber consenso y que ha sido esgrimido como rasgo genérico de la ficción sentimental: las obras del grupo sentimental están destinadas a los grandes nobles de la corte y, en especial, a las damas cortesanas, que empiezan a despuntar como lectoras en una actividad antes casi reducida al sector masculino. Por eso quizás se incluyan numerosos discursos en defensa de la mujer bajo formas retóricas diversas; y tal vez también este tipo de público sea el que justifique la elección de un tipo de ambientación y de personajes. No obstante, la localización —parcamente descrita— y la cronología de estas historias suele ser muy imprecisa y solo en ocasiones recogen alguna alusión indirecta a un lugar o acontecimiento específico conocido por el autor (como sucede con la

peña del Padrón en el *Siervo* o el paso por Sierra Morena de San Pedro en la *Cárcel*, por ejemplo).

En cuanto al plano formal, estamos ante un género que es hibridación de múltiples formas retóricas y expresivas: hay mezcla de prosa y verso, de monólogos y diálogos, hay cartas, arengas, carteles de reto, plantos...

Dicho en otras palabras, en estas novelas encontramos un cuidadísimo ejercicio retórico y estilístico, en busca de una novedosa y coherente conjunción de elementos formales que se acople adecuadamente al contenido de las narraciones. Y todo ello en un estilo artificioso —excepto en las poesías—, rebuscado, altisonante y con una sintaxis latinizante en mayor o menor grado. Todo esto, junto con el conocimiento que tenemos de los destinatarios primeros de las obras, nos permite asegurar que eran obras dirigidas a minorías cultas y selectas. No son narraciones de carácter popular en ningún caso, sino obras muy trabajadas dirigidas a agradar a los nobles y a las personas más cultas, en las que se demuestra un dominio de la Retórica, una imaginación muy despierta y unos principios éticos, sociales y de nobleza gratos a las élites cultas del momento (Hernández Alonso 1987: 13-14).

En la ficción sentimental la atención se centra en una situación amorosa con un desenlace frustrante y aunque el tema esté muy limitado, los recursos formales que utiliza son muy variados, aunque siempre subordinados a esa intención temática global y siempre pertenecientes a un estilo elevado, pues el tono trágico y la dependencia del tratado y del debate medieval así lo estipulan, aun cuando no existan tratados poéticos y retóricos de la época que determinen el estilo de este género de obras, que en aquellos años constituían toda una innovación literaria. No hay elementos populares como refranes o frases hechas (que sí encontraremos después en la *Celestina*, por ejemplo).

Señala Deyermond (1995), en el estudio preliminar a su edición de *Cárcel de amor*,

que la novela sentimental es un subgénero de los cuentos —compilados en colecciones y engarzados gracias a una historia marco— y de la prosa de aventuras medievales, de los que la separa no solo la extensión —menor en el género sentimental—, sino además la preponderancia del plano psicológico y emocional de la trama sobre la peripecia externa —duelos, retos, batallas—, la cual aclararía la abundancia de cartas, poesías o monólogos como modelos textuales en los que se sostiene la narración, modelos estos que asimismo justifican el tono autobiográfico y la innovación narrativa que la crítica ha asociado a menudo a este género. Los personajes, los argumentos y los espacios —como en las novelas de caballerías— se alejan de la experiencia cotidiana del mundo de los lectores, con el que mantienen solo una relación simbólica. No obstante, un sector de la crítica ha preferido enlazar la novela sentimental con los tratados de amor medievales, considerándola «una especialización de la autobiografía epistolar en tratadismo amoroso» (Parrilla 1995: xlv). Martínez Latre (1989) llama la atención sobre la heterogeneidad estructural de la prosa sentimental, su composición de mosaico retórico al ser un compendio de alegoría, cartas de desafío, debates, cartas amorosas, composiciones poéticas y fiestas cortesanas, pero siempre centradas en el tema amoroso. Esta heterogeneidad ha empujado a estudiosos como Deyermond (1993) a proponer una lista reducida de rasgos genéricos compartidos: brevedad; predominio del análisis psicológico sobre la acción externa; visión trágica del amor; autobiografismo (narración en primera persona o narrador-personaje); inclusión de cartas o poesías. Esta serie de rasgos provendría de las fuentes primarias de la novela sentimental que ya mencioné más arriba (§ 2.1.2.): los libros de caballería artúricos, la ficción italiana (la *Fiammetta* sobre todo), la poesía de cancionero, las *Heroidas* de Ovidio y las *artes dictaminis*. Estas tradiciones explican las características centrales de la ficción sentimental peninsular, que, según Deyermond (1993) son:

a) *Las cartas*: ya se ha mencionado la utilización del recurso epistolar dentro de las ficciones sentimentales a partir de la influencia de las *Heroidas* ovidianas y su traducción al castellano por Rodríguez del Padrón. Son muy abundantes las cartas de desafío —como la de Leriano a Persio—, pero, sobre todo, la fórmula epistolar se presenta como el cauce preferido para la comunicación entre los enamorados, que permite al lector adentrarse en su psicología de un modo verosímil al no intervenir la voz del narrador. La carta llega incluso a cargarse de un simbolismo erótico, convirtiéndose casi en una metonimia de la amada (Leriano llega a beberse las cartas de Laureola). En cuanto al estilo de estas cartas,

[...] El afán de conmover a la dama, obliga a estos enamorados a la utilización de una determinada «elocutio» en sus epístolas o soliloquios: apóstrofes, interrogaciones retóricas, e incluso, abundante adjetivación, en muchas ocasiones antepuesta, que permite la amplificación y la redundancia («suma beldad», «lacrimosos ojos», «graciosas manos», «abrasado corazón», «dulces favores», «sobrado contentamiento», etc.). Nos hallamos ante un lenguaje de gran tensión erótica que a veces se tiñe de neoplatonismo (Martínez Latre 1989: 14).

Y es que tanto caballeros como damas conocen la fuerza de la carta como arma para la conquista amorosa, y no solo en el mundo ficticio de la novela sentimental, sino también en las propias cortes europeas donde las damas se encontraban protegidas con gran celo y la carta era en muchas ocasiones el único medio para acercarse a ellas (Kany 1937). La importancia estructural de la carta va ganando terreno desde la primera novela sentimental, el *Siervo*, hasta llegar al *Processo de cartas de amores*, donde el armazón es ya una correspondencia amorosa, inaugurando así la fórmula de la novela epistolar. Pero además del intercambio de cartas, suele ser frecuente el usar la forma epistolar como marco (en la *Cárcel*, por ejemplo). Casos especiales en los que las cartas adquieren la función de hacer avanzar la trama o sirven para vehicular una querrela o debate pueden encontrarse en

Grimalte y Gradissa y *Cuestión de amor*. La escritura de cartas de amor adquiere mayor presencia en la vida cortesana de los siglos XV y XVI, por eso empiezan a circular obras que ofrecían modelos de composición, como los pliegos sueltos de las *Cartas y coplas para requerir nuevos amores* (1522), que no puede incluirse dentro del canon sentimental porque no posee avance narrativo ni respuestas de la dama requerida.

b) *La autobiografía*: el término puede resultar confuso, pues no se refiere a una posible base biográfica para los asuntos ficcionalizados, sino a la adopción del punto de vista de la primera persona en el relato, o bien a la participación del narrador como personaje en la fábula. Pudieron servir de modelo (además de las obras autobiográficas o seudoautobiográficas citadas en el apartado anterior) las *Heroidas*, aunque también la *Fiammetta* de Boccaccio y la poesía cancioneril utilizan esta perspectiva. Sorprende, sin embargo, que en la prosa sentimental castellana no encontremos ningún ejemplo de narradora femenina a pesar de los precedentes ovidianos³⁴; esto no sucederá hasta después de que el género desaparezca diluido en narraciones de diferente cariz, como la portuguesa *Menina e moça* (1554) o el libro bizantino-caballeresco *Clareo y Florisea* (1552) (Deyermund 1993: 63-64).

c) *La visión trágica del amor*: de nuevo la obra de Boccaccio, las *Heroidas*, muchas poesías de cancionero y también las ficciones artúricas comparten este rasgo heredado después por el género sentimental. La expresión del dolor y el patetismo amoroso reflejado en diversos gestos y conductas de los personajes —los plantos de las madres, los llantos de los amigos— dará lugar a una reglamentación del comportamiento del enamorado: Los

³⁴ Las *Heroidas* son cartas de amor escritas por personajes femeninos de la mitología clásica.

lloros y las lágrimas, la enajenación, el apartamiento e incluso la muerte serán motivos constantes, llegando incluso a escenas de patetismo exacerbado, como la de Leriano bebiendo las cartas de Laureola, que Ynduráin (1988) ha interpretado en clave de parodia del cristianismo aludiendo a la posible ascendencia judía de San Pedro. Pero no hay que olvidar que no todo es ambiente luctuoso en la novela sentimental, que tiene también espacio para los pasajes festivos donde se recrean los momentos de ocio del cortesano.

La modernidad de las narraciones sentimentales ha sido cifrada por algunos especialistas en el juego metaficcional que muchas de ellas incorporan. Gerli (1989b) señala que se trata de textos «autorreflejantes» en los que se manipulan ciertos aspectos de la narración que sirven para representar la realidad; aspectos como la estructura, la caracterización de algunos personajes y el punto de vista narrativo son tratados de tal forma que suscitan una reflexión sobre las relaciones entre realidad y ficción. Estas novelas suelen optar por una narración en primera persona, confundiendo la figura del autor real con la del protagonista u otro actante del relato (testigo, ayudante), de tal forma que se forja un «pacto de fidelidad» con el lector (Martínez Latre 1989).

El análisis de la subjetividad de los enamorados será otro de los rasgos que reaparecen en las obras sentimentales. Suele haber en ellas un predominio de la psicología sentimental sobre la acción, de forma que el desarrollo argumental se demora por medio de diferentes tipos de discurso (cartas, monólogos, etc.) que sirven para hacer aflorar el interior de los protagonistas y los conflictos que se generan entre su sentimentalidad y los códigos de conducta impuestos por su entorno.

Un aspecto que suele reiterarse se halla en la referencia topográfica. En muchas ocasiones, los enamorados, presos de la enajenación amorosa, optan por retirarse de la vida mundana a paisajes montañosos y aislados, donde acaban transformándose en hombres

salvajes. Así ocurre, por ejemplo, con el personaje del Deseo en la *Cárcel*, a quien el *auctor* encuentra en Sierra Morena.

Aunque la figura de la alcahueta no se desarrolla en ninguna de estas obras, sí tienen relevancia argumental las intervenciones favorecedoras o desfavorecedoras de las relaciones entre los amantes, como la del *auctor* de la *Cárcel* o el amigo infiel en el *Siervo*.

Cortijo Ocaña (2001) lista los elementos constitutivos de la ficción sentimental, añadiendo algunos que no aparecen reseñados en trabajos anteriores sobre la definición del género:

a) *Lírica*: se trata de una narrativa lírica, aunque muchas de estas obras llegan a constituir auténticos *prosimetra*.

b) *Diálogo*: parece una consecuencia lógica dado el carácter dual del propio proceso amoroso. El intercambio de cartas entre los amantes ya es un proceso dialógico por sí. El empleo del proceso de cartas en estas obras, sumado a las referencias en otras obras y autores al contexto social en que se producen estos intercambios epistolares, induce a pensar en la existencia de una realidad extratextual³⁵.

c) *Debate*: no solo es consecuencia del precedente del debate medieval, sino que también el cancionero ofrece la congregación de las herencias dialogístico-tratadística y lírica en el ámbito social de la corte. «La ficción sentimental representa la superación

³⁵ En el apartado 2.1.2., p. 23 ya se ha referido la más que posible existencia de un intercambio real de misivas entre enamorados en el periodo de la ficción sentimental, así como el uso de la carta como medio de comunicación entre humanistas.

mediante la narrativa-lírica del debate *de amore cancioneril*» (296).

d) *Tratado*: está relacionado con el debate, pero su origen es escolástico, aunque en la ficción sentimental se traslada desde el contexto escolar al ámbito cortesano.

e) *Realidad social*: las novelas sentimentales suelen albergar referencias tanto al mundo nobiliario y el exotismo como a sucesos, localizaciones y personajes contemporáneos, pero se aprecia una tendencia hacia el realismo y el aburguesamiento que culminará con la *Celestina*, donde ya tendrán cabida incluso los estratos sociales más bajos.

f) *Paradoja del amor cortés*: para Cortijo Ocaña (2001), los textos sentimentales ponen por escrito la tensión entre filosofía *curtois* y realidad sentimental, que no es más que otra faceta del momento de crisis que se vive entre diferentes estamentos sociales a finales del Medievo:

¿Estamos ante un género nobiliar, aristocrático? Me parece que contestar afirmativamente es falsear el problema. De mayor interés es hacer abstracción, al menos teóricamente, del origen social de los autores y hablar de la ficción sentimental como un género que progresivamente incorpora una visión paradójica del amor que resulta en tensión, violencia, frustración, etc., a nivel literario. Que este enfoque sea trasunto de opiniones cargadas ideológicamente queda por demostrar, así como que el género sea exclusivamente aristocrático. Quienes defienden esto último suelen hablar de un mundo escapista, de un amor ideal, etc. (Boase 1978). Más bien (como Grieve ha mostrado, 1987) veo una confluencia de motivos literarios (alegorías, castillos, tribunales, paraísos de amor, mundos principescos. etc.) provenientes de varias tradiciones en los que paulatinamente aparece la noción de la ‘crisis’. Por ‘crisis’ entiendo la ruptura de la uniformidad y la homogeneidad. En un nivel discursivo la ruptura provoca la introducción de varias voces narrativas (yo, tú, él), entre

las que destaca la incorporación de la mujer, que pasa de una categoría afásica a un discurso reivindicativo o, al menos, problemático; en un nivel de la trama se produce la introducción de estratos sociales diferentes del exclusivamente noble (sirvientes, prostitutas, escolares, burgueses, etc.; Rohland 1989d). Los efectos creados son la polifonía y el perspectivismo. Y éstos se han de situar en un contexto social no homogéneo dominado poco a poco por la noción de crisis y choque brusco entre idealidad y realidad (298).

Esto podrá ser aplicable, según entiendo, a las continuaciones del género a lo largo del siglo XVI, pero no para las tres obras de mi estudio (o, al menos, no para el *Siervo* y la *Cárcel*).

g) *Parodia*: para Cortijo Ocaña (2001), estas novelas incluyen una representación irónica o incluso paródica de la sociedad de su tiempo, como sucede con el intercambio de roles propuesto en el *Triunfo*.

h) *Voz femenina*: las mujeres se expresan en cartas, en diálogos..., etc., tomando la voz como no sucedía en la poesía cancioneril o en el tratadismo y el debate de amor.

i) *Pseudoautobiografía-feminismo*: el supuesto autobiografismo de las ficciones sentimentales va disminuyendo paulatinamente al tiempo que se enriquece la polifonía de voces en el texto —especialmente la de la mujer—, sin que ello suponga en ningún caso contravenir la caracterización de la ficción sentimental como un «género cortesano masculino (que no antifeminista)» (299).

j) *Caracteres-individualidades*: la caracterización tópica de los personajes sentimentales hace pensar en ellos como «posibilidades retóricas de argumentación hechas carácter» (300). Es decir, los personajes representan comportamientos estipulados por la filosofía del amor cortés o encarnan argumentos dentro del debate amoroso, pero no llegan

a alcanzar individualidad.

k) *Enfrentamiento entre sexos*: es un motivo central del que se derivan muchos otros reiterados en los textos sentimentales, incluido el de las terceras o alcahuetas. Puede que el cada vez mayor papel de las mujeres en estas obras (como protagonistas o destinatarias explícitas) esté originado por el aumento del público femenino, especialmente interesado —como es lógico suponer— en estas deliberaciones sobre su condición en el proceso amoroso.

l) *Problematicidad del enfrentamiento*: la controversia sobre el papel de los sexos desvela la paradoja del amor cortés.

m) *Hereos paideia*: las novelas sentimentales pueden entenderse como tratados o manuales para amar, pero como los personajes de sus historias se mueven de acuerdo a los postulados del amor cortés, el éxito sentimental se presenta inalcanzable para los enamorados, con lo que el amor, así entendido, no es más que pura paradoja, contradicción y, por tanto, imposible de trasladar a la realidad.

2.1.4.1. SIERVO LIBRE DE AMOR

En *Servo libre de amor* «el autor se revela dependiente de una profusa tradición medieval y por otra parte abierto a la nueva corriente humanística» (Cvitanovic 1979: 113); en términos semejantes se expresa Prieto (1986), que considera aspectos como la estructura de la obra manifestación de un primer humanismo, mientras que Lida de Malkiel (1973 [1952]) veía en ella la mentalidad de un escritor medieval. Durán (1973: 19-20) la define como la conjugación de tres elementos, la autobiografía, la novela caballeresca y el componente sentimental. Por su parte, Prieto (1986) considera que se trata más bien de la conjunción de la lírica provenzal vertida en los cancioneros y la prosa de caballerías. Todas

estas definiciones encajan el *Siervo* dentro de la estela de filiaciones literarias comentadas en la sección 2.1.2.

Presenta una subdivisión interna en tres partes, reconocida por el propio autor, según diferentes posibilidades del amor: amar y ser amado, amar y no ser amado, y no amar ni ser amado. La narración en primera persona de estos tres estadios se presenta como una carta de lamentación dirigida por el autor a un amigo suyo, Gonzalo de Medina, juez de Mondoñedo. Entre el segundo y tercer estadio amoroso se intercala la *Estoria de dos amadores*, narración con finalidad ilustrativa y que bascula entre lo caballeresco y lo sentimental. Para Prieto (1976), el *Siervo* se estructura en cuatro partes integradas armónicamente: en la primera, el autor presenta la obra y explica la simbología de los tres caminos del amor; la segunda es la carta a su amigo; la tercera parte corresponde a la *Estoria de dos amantes*; y la última y cuarta parte abarca desde el despertar del autor tras el sueño sobre la historia de Ardanlier y Liessa hasta el final. Algunos investigadores, sin embargo, piensan que la obra está incompleta y que falta la tercera parte prometida al comienzo por el autor (Samoná 1962, Hernández Alonso 1970).

Como alegoría amorosa, las raíces del *Siervo* son de origen medieval, pero presenta innovaciones en tanto género literario que refleja la sociedad española de mediados del siglo XV. En cuanto al supuesto autobiografismo de la obra, las referencias de Rodríguez del Padrón son para Durán (1973), más que alusiones verídicas a sus experiencias vitales (sin negar en rotundo que puedan tener esta interpretación), expresión de las convenciones del amor cortés, tan bien recogidas en los cancioneros. Y, sin embargo, las «precisiones

convincientes» diseminadas en la primera parte y el recuerdo subyacente en la *Estoria* de la trágica muerte de doña Inés de Castro³⁶ confieren a la obra un halo de verosimilitud para el público español de mediados del siglo XV, sobre todo como público habituado a ficciones mucho más descomedidas. Elementos de origen aristotélico, virgiliano y, sobre todo, ovidiano son detectables, además de la influencia de la escolástica medieval en la dialéctica y la división tripartita de las vías que siguen el corazón, el libre albedrío y el entendimiento.

Desde la perspectiva del contenido, es evidente la conexión con la lírica cortesana, pero también con la tradición gallego-portuguesa o la poesía provenzal y francesa; las metáforas, hipérboles, antítesis y equívocos son recursos que colocan a Rodríguez del Padrón en la órbita de los cancioneros peninsulares del momento. Asimismo, es palpable la influencia de las alegorías amorosas en verso de origen francés y provenzal, como se observa en el lenguaje, los galicismos o las citas y notas en francés. La huella de la literatura italiana es más discutible; no hay, por ejemplo, alusión alguna a la *Fiammetta*; tal vez porque el ambiente burgués de la obra boccacciana no se correspondía con el ideal caballeresco-cortesano y sobrenatural del autor español. «La proyección boccacesca de la

³⁶ Menéndez Pelayo (1905-1915: t. II, 21). Para Lida de Malkiel (1978 [1952]), Rodríguez del Padrón compuso la *Estoria* fusionando elementos del *Baladro de Merlín* con la historia de doña Inés de Castro, ornamentando la narración con detalles del mundo cortesano y caballeresco e incluyendo referencias a personajes coetáneos. Doña Inés de Castro fue una dama que perteneció a una de las más influyentes familias de la Galicia del siglo XIV —compatriota, por tanto, de Rodríguez del Padrón. La leyenda cuenta que, casada con el infante don Pedro de Portugal sin que su matrimonio fuera legítimamente reconocido, fue mandada asesinar a puñaladas por el rey Alfonso IV el Bravo mientras don Pedro estaba de cacería y ella permanecía con sus hijos en el Monasterio de Santa Clara. Tras su muerte y al asumir el trono el infante don Pedro, la hizo declarar reina de Portugal.

obra de Juan Rodríguez consiste, en todo caso, en una oposición a los puntos de vista del italiano y se inscribe en la postura profeminista característica de los autores españoles de novelas sentimentales» (Cvitanovic 1979: 118)³⁷. Por supuesto, en la *Estoria* hay una fuerte conexión con la novela de caballerías, pero el hálito sentimental —con el amor como motivo central de la obra— la recubre por completo. Finalmente, en cuanto a la epístola como componente de la narración, Cvitanovic niega la influencia de Piccolomini debido a la proximidad de fechas entre los textos del autor italiano y Rodríguez del Padrón (1979: 119). Sea como fuere, nuestro autor fue el iniciador en España del uso de la epístola como elemento constitutivo de la narración.

Andrachuk (1980), opina que la obra fue compuesta cuando Rodríguez del Padrón ya había tomado el hábito religioso y había abandonado la vida mundana. En su producción señala dos vías, la del tratadismo (como en su obra *Triunfo de las donas*) y la del lirismo (en su poesía de cancionero). En el *Siervo* se produce —según entiende Andrachuk— la fusión de estas dos tendencias tanto en el tema como en la forma. La poesía cancioneril de Rodríguez del Padrón sigue los patrones de la lírica galaico-portuguesa, pero da al amor un tratamiento más pragmático y alejado de los presupuestos cortesés al introducir un tono didáctico, como también sucede en el *Siervo*. En su introducción, Rodríguez del Padrón explica que, guiado por un propósito ejemplificador y didáctico, va a explicar su propia experiencia sentimental en tres fases; esta estructura y finalidad, presentadas con tanta claridad en la introducción, hace manifiesta su dependencia respecto al tratado y sus convenciones.

³⁷ Igual opinan Gili Gaya (1965 [1950]), Durán (1973), Hernández Alonso (1983).

2.1.4.2. CÁRCEL DE AMOR

Juan de Flores y su *Grimalte* y *Gradissa* son el precedente hispano del recurso narrativo del autor como personaje-testigo en la *Cárcel*, mientras que los ambientes palaciegos, el escenario lejano y mítico, la ley de Escocia... son los elementos de *Grisel* y *Mirabella* de Flores que San Pedro retoma en sus obras sentimentales. La obra narra la trágica historia de Leriano y Laureola, en la que el autor-narrador participa como actante favorecedor del protagonista masculino, aunque sin mucho éxito, pues Leriano, rechazado por Laureola (que teme ser deshonrada si cede ante las súplicas de su enamorado), muere tras ingerir una copa de agua mezclada con las cartas escritas por la dama.

El proceso psicológico impulsado por el enamoramiento será tratado por San Pedro bajo el auspicio de las teorías humanistas, hermanando filosofía moral y religión cristiana bajo la fórmula de una alegoría desplegada en el marco de los cuentos de reyes y el mundo caballeresco gracias a diferentes andamiajes retóricos (cartas de desafío, soliloquios, plantos, arengas...). Esta pluralidad de discursos se suma al recurso del autor-testigo como garantes de la verosimilitud. El estilo elevado se fortalece en la obra de San Pedro con la tragedia amorosa desatada por la muerte de Leriano, subrayada por el planto de su madre, mientras que en el *Siervo* no puede hablarse de tonalidad trágica, pues la obra concluye con una enseñanza moral positiva sobre el amor.

Varios de los componentes retóricos de la *Cárcel*, así como su contenido especulativo en torno al amor, conectan la obra con la tradición del tratado. Sus vinculaciones con la *Fiammetta* se reducen a la forma autobiográfica y el final trágico y la huella de la *Historia de duobus amantibus* también está poco clara. De ahí que algunos críticos hayan propuesto otras fuentes para la obra sampedrino, entre ellas, la autobiografía y la epistolografía francesa (Guillaume de Machaut, Jean Froissart o Christine de Pisan).

Más clara es la presencia de la filosofía amorosa contenida en la poesía cancioneril, su estilo conceptuoso y el recurso alegórico, además del influjo de la ficción artúrica, en especial de la *Mort Artu*.

La configuración estructural de la *Cárcel* es compleja y se presenta como una combinación de diferentes unidades formales (cartas, lamentos, carteles de desafío, discursos, argumentaciones), lo que para algunos estudiosos es un síntoma de falta de coherencia interna, mientras que para otros estas unidades están bien ensambladas y no entorpecen el desarrollo de la narración.

En opinión de Cvitanovic (1973), la *Cárcel* presenta una continuidad con el *Tractado de Arnalte y Lucenda* de San Pedro (obra precedente, aparecida en 1491) respecto a contenidos y formas estilísticas. La ambientación es similar, el poder evocador del cromatismo está presente en ambas obras, existen pasajes dedicados al debate profeminista (los más citados por la crítica, las veinte razones en defensa de la mujer enunciadas por Leriano). En ambas obras se recurre a la epístola y también en ambas el motivo de la fama (especialmente en la mujer) es un valor que determina de forma sustancial el comportamiento amoroso, coartando el desarrollo de la relación entre los amantes. Otro punto en común es la concepción del amor como piedad; es decir, las concesiones de la amada no son muestras de amor, sino de conmiseración y lástima por el amante. En lo referente al estilo de ambas obras, ya Whinnom (1960) señaló diferencias, aunque las coincidencias son mayores por la reiteración de figuras de pensamiento, de recursos de *amplificatio* y *brevitas*. En todo caso, las diferencias estilísticas entre el *Arnalte* y la *Cárcel* son más cuantitativas que cualitativas.

2.1.4.3. TRIUNFO DE AMOR

La obra de Flores se presenta como una larga carta de relación en la que el autor da cuenta a las damas de la corte castellana de lo ocurrido en Persia desde la llegada del dios Amor. El autor usa varias denominaciones para definir su escrito: «paulina de amar» o «carta de apercevimiento» (Gargano 1981: 176), «breve suma» (175), es decir un resumen de los acontecimientos vividos y, al mismo tiempo, un aviso para las damas sobre la nueva ley de Amor³⁸, por la que a partir de ese momento deberán ser las mujeres las que lleven la iniciativa en el cortejo amoroso. El autor rechaza de este modo el ideal del amor cortés, dándole un giro irónico a la relación entre el caballero y la dama.

Como sucede en tantas obras del corpus sentimental, aparecen confundidos en el mismo plano de ficción y realidad personajes reales y personajes literarios (Medea, Rodríguez del Padrón, Macías). Pero Flores remeda otros recursos retóricos y estructurales de sus antecesores, como la presentación autobiográfica, el uso de cartas y debates o el marco epistolar que ya encontrábamos en el *Siervo*. Se trata de procedimientos que ayudan a fusionar el mundo ficcional y el mundo real, entre los cuales se mueven los personajes, los lectores y el autor:

De ahí la importancia que Flores da de manera progresiva en sus obras a las relaciones entre autor externo, ficción y lectores por una parte, y autor-narrador, "historia", personajes y lectores internos por otra, y a las interrelaciones entre ambos grupos. Son precisamente estas interrelaciones las que desvela, y al desvelarlas parodia, al mostrar la ambivalencia de los recursos que utiliza. Al hacer esto, Flores, en mi opinión, se adelanta en

³⁸ De ahí la denominación de «paulina de amar»; se produce un trasvase del lenguaje y la parafernalia religiosa que adquiere una connotación paródica, al nombrar al dios Amor «Papa-Amor» y considerar su mandato como una paulina (un documento papal).

más de un siglo al procedimiento que Cervantes desarrollará de forma más compleja en su famosa obra *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha* (Lacarra 1989: 230).

La obra posee unas características recurrentes en otras obras del género: el papel del debate retórico como estructura argumentativa de la obra, la presencia del punto de vista femenino, la función del autor como personaje-narrador-testigo. Pero el *Triunfo* posee además rasgos de experimentación que lo relacionan con multitud de géneros *de amore*, de tal manera que, como sucede con otras obras de Flores, parece «un compendio de las formas y estructuras *de amore* existentes hacia 1475 en la Península Ibérica» (Cortijo Ocaña 2001: 172). El propio Flores denomina a su obra *tratado* —de ahí sus conexiones con el debate y la *questión* amorosos—, aunque se presenta incluido en una carta-prólogo que el autor, paje palaciego, escribe a las damas de la corte hispana para apercibirlas de la nueva ley de amor, pues, como se descubre al final de la historia, Flores es en realidad un mensajero del dios Amor. De esta forma, la carta a las «enamoradas dueñas» no funciona solo como un prólogo, «sino que se inserta en la trama de la obra a modo de literatura dentro de la literatura» (Cortijo Ocaña 2001: 155) y la disquisición en torno al amor se incardina dentro de su contexto social, alejándose de la teorización casi escolástica que encontramos en otras obras como el *Siervo*.

Pero no todos los críticos están de acuerdo en incluir el *Triunfo* dentro del género sentimental. Entre ellos, Rohland de Langbehn (1999: 59 y ss.), quien lo excluye de su estudio por su alejamiento respecto al esquema narrativo —al esquema de la fábula— que caracteriza las obras canónicas del género; es decir, para esta autora, el *Triunfo* queda excluido de la nómina sentimental porque no tiene una intriga amorosa, ya que el contenido que se desarrolla es el juicio de Medea y los amantes sufridores contra el dios Amor. Tras la derrota en el juicio, Amor se autoinmola y libra a la humanidad de su

servidumbre, pero este hecho da lugar a una serie de catástrofes que provoca una lucha entre los enamorados vivos y los muertos. Tras la victoria de los primeros, Amor es perdonado, pero el dios decide invertir el antiguo orden y otorgar a las mujeres las riendas de la conquista amorosa, a pesar de las enconadas quejas de algunos representantes masculinos.

A pesar de que no exista una trama que relate el conflicto entre los amantes durante el proceso amoroso, el *Triunfo* comparte con otros textos sentimentales muchos aspectos, como la combinación de tradiciones heterogéneas, la disputa amorosa, la combinación de unidades retóricas diferentes, la fusión entre el plano real y el ficcional, y otros ya comentados. Por esta razón, y teniendo en cuenta que la mayoría de la crítica confiere al género sentimental una gran capacidad de permeabilidad y de hibridación de géneros y fórmulas retóricas, sí nos parece apropiado mantener la obra de Flores dentro del canon sentimental.

2.2. CRONOLOGÍA Y FASES DEL CORPUS SENTIMENTAL

No existe conformidad entre la crítica a la hora de delimitar la cronología de la prosa sentimental, pues ello depende directamente de cuántas obras se incluyan en su nómina. La cronología más aceptada abarca un periodo de creación desde 1440 (año de aparición de *Siervo libre de amor*) hasta aproximadamente 1550, año en que aparece el *Processo de cartas de amores* y *Quexa y aviso contra el amor* (dos obras enlazadas) de Juan de Segura (Rohland de Langbehn 1999, Deyermond 1995). Pero su difusión y su influencia sobre obras posteriores se extendieron, dentro y fuera de España, hasta el siglo XVII (en el

Quijote por citar un ejemplo notorio, puede observarse el influjo sentimental³⁹).

En cuanto al número de obras catalogadas como sentimentales, es variable de un estudioso a otro según los criterios que manejen. Uno de los pioneros en el estudio de la novela sentimental, Menéndez Pelayo (1905-1915), incluyó trece obras; la bibliografía de Whinnom (1983) llegó a albergar una veintena de títulos, algunos de ellos marginales al género⁴⁰. Cvitanovic (1973) redujo el número a nueve títulos, mientras que Durán (1973) solo consideró siete obras como propiamente sentimentales. Pero, en general, hay consenso en considerar cinco de estas obras como las más representativas del género sentimental: *Siervo libre de amor* de Juan Rodríguez del Padrón; de San Pedro, *Arnalte y Lucenda y Cárcel de amor*; y *Grisel y Mirabella y Grimalte y Gradissa* de Juan de Flores. El *Triunfo de amor* de Juan de Flores, sería un representante marginal de la ficción sentimental (Aybar Ramírez 2005: 22) porque carece de algunas de sus características nucleares, tal y

³⁹ Son especialmente perceptibles en la primera parte (por ejemplo, entre la historia de Cardenio y la *Cárcel*). Incluso en la *elocutio* pueden hallarse semejanzas, por ejemplo, en el empleo de la antítesis simétrica, presente también en *La Celestina* o Fray Antonio de Guevara. Pero, sobre todo, «en el *Quijote* reciben formulación peculiar dos fenómenos presentes en la novela sentimental del siglo XV: la novela dentro de la novela y el desplazamiento de la postura del narrador» (Cvitanovic 1979: 353).

⁴⁰ Las obras son: Juan Rodríguez del Padrón, *Siervo libre de amor*; Fernando de la Torre, *De un tratado e dispido de mosen Fernando a una dama de religión en la qual la amonesta*; Don Pedro de Portugal, *Sátira de felice e infelice vida*; la anónima *Triste deleytación*; Diego de San Pedro, *Tractado de amores de Arnalte y Lucenda y Cárcel de Amor*; Juan de Flores, *Grisel y Mirabella, Grimalte y Gradissa y Triunfo de Amor*; Luis de Lucena, *Repetición de amores*; Nicolás Núñez, la continuación de la *Cárcel de amor*; el anónimo e incompleto *Tratado de amores*; La coronación de la señora Gracisla, posiblemente de Juan de Flores; Pedro Manuel Ximénez de Urrea, *Penitencia de amor*; la anónima *Questión de amor*; el comendador Escrivá, *Quexa que da de su amiga ante el dios de Amor*; Coplas y cartas para requerir nuevos amores; Ludovico Scrivá, *Veneris tribunal*; Juan de Cardona, *Tratado notable de amor*; y Juan de Segura, *Processo de cartas de amores y Quexa y aviso contra Amor*.

cómo hemos detallado en el apartado precedente.

Hernández Alonso (1987) traza una breve trayectoria del género, desde sus orígenes con el *Siervo*, obra muy dependiente del tratadismo de la retórica clásica y medieval; pasando por la obra de San Pedro, menos artificiosa, mejor construida y con un mayor peso del recurso epistolar y del autor-personaje; hasta llegar a Juan de Flores, más moralista y con un mayor peso de la peripecia amorosa en detrimento de la caballeresca. A partir de la obra de San Pedro el componente alegórico de las ficciones sentimentales disminuye, hay una menor preocupación por la cuestión feminista y se fortalece la preferencia formal por la carta, que dará lugar a obras completamente epistolares (el *Processo de cartas* de Juan de Segura sería la primera), en las que el análisis del sentimiento amoroso arrincona definitivamente a los aspectos narrativos.

Rohland de Langbehn (1999) también propone 1440 y 1550 como las fechas que delimitan la horquilla temporal de creación de textos sentimentales y señala varias fases en el proceso evolutivo del género. La fase inicial de la novela sentimental (1440-1460) incluye el *Siervo* de Juan Rodríguez y la *Sátira de felice e infelice vida* del condestable don Pedro de Portugal, ambos pertenecientes a la tradición alegórica y con una interpretación moral del amor cortés. Puede observarse que el origen geográfico del género hay que situarlo en el noroeste peninsular, puesto que Flores era gallego y el condestable, portugués. En una segunda fase (1470-1492) se dieron a la luz las novelas de San Pedro y Flores, y quizás *Triste deleytación* —de autor anónimo, aunque posiblemente catalán—, en las que el componente narrativo se complica. Las novelas de esta fase central estarían caracterizadas por un matiz irónico que a veces es difícil de interpretar. Hay una laguna entre las obras de Rodríguez del Padrón y las de San Pedro, hueco que posiblemente esté ocupado por la anónima *Triste deleytación*, donde aparece mencionada la fecha de 1458;

la crítica más reciente ha fijado su composición alrededor de 1470, por lo que sería una obra de transición entre la primera y la segunda etapa de la ficción sentimental (Deyermond 1995: xvii). Por último, la fase de decadencia (1493-1550), desarrollada tras la *Celestina*, engloba una serie de textos en los que la fábula, la narración, apenas se desarrolla, limitándose al análisis reflexivo de los sentimientos, bien mediante la ampliación de los recursos del debate (por ejemplo, en *Questión de amor*) o bien concentrando el análisis de sentimientos en el molde epistolar (como en *Processo de cartas de amores*). También los elementos alegóricos parecen en estas obras desgajados del sentido global del texto, con un valor más nominal que interpretativo, más como juego cortesano que como elemento constitutivo. El declive de la ficción sentimental en este periodo parece estar propiciado por el auge de otros géneros narrativos (novela de caballerías, pastoril, picaresca, bizantina...), entre otros factores.

2.2.1. *SIERVO LIBRE DE AMOR*

La fecha de composición del *Siervo* se sitúa alrededor de 1440, aunque la *Estoria de dos amadores* que se incluye en ella debió de ser escrita en 1439 (según Hernández Alonso 1983). Las demás obras del autor, escritas probablemente entre 1438 y 1444, son *Cadira de honor*, *Triunfo de las donas*, *Diez mandamientos de amor* y *Siete gozos de amor*, además de otros textos de difícil atribución. Parece que después de ingresar en la orden franciscana, Rodríguez del Padrón abandonó la escritura.

2.2.2. *CÁRCEL DE AMOR*

La cronología de las obras sampedrinas no está exenta de problemas. En primer lugar, el *Tractado de amores de Arnalte e Lucenda* parece haberse escrito entre 1477 y 1491 (año en que fue impreso en Burgos por primera vez). Es imposible que fuera escrito antes de 1477 porque en el texto aparecen unos versos en honor de la reina Isabel. La

Cárcel de amor fue escrita entre 1483 y 1492 (Whinnom 1974), año este último en que apareció su primera edición en Sevilla. En esta obra se menciona el *Tractado* como anterior. Después, el *Desprecio de la fortuna* se compondría alrededor de 1495. Muestra un cambio de tema respecto a las otras dos obras, lo que sumado a algunas alusiones respecto a la vida pasada del autor induce a pensar que el *Desprecio* es posterior a la *Cárcel* y al *Tractado*. Además de estas obras en prosa, San Pedro escribió poesías a lo largo de su vida; algunas recogidas, por ejemplo, en el *Cancionero General* de Hernando del Castillo (1511). Composiciones poéticas son también su *Sermón ordenado por Diego de San Pedro* —posiblemente redactado entre el *Tractado* y la *Cárcel*— y *La Pasión trobada*, donde señala a los judíos como los villanos de la Pasión.

Las similitudes entre las obras de Diego de San Pedro y Juan de Flores produjeron un debate acerca de qué autor precedió al otro, pero los trabajos de Gwara (1988) y Parrilla (1988 y 1989) establecieron que Flores fue cronista de los Reyes Católicos al comienzo de su reinado (sería, por tanto, anterior a San Pedro). La proximidad temporal entre las obras de ambos hace suponer un conocimiento mutuo de sus textos, el cual podría apoyar la detección de características y motivos comunes o, más importante aún, la consideración del género sentimental como una pieza engarzada en la literatura finisecular sobre el amor entendida como un conjunto de referencias intertextuales. Por ejemplo, el parecido entre el *Grimalte* de Flores y la *Cárcel* hace pensar a Cortijo Ocaña (2001: 178) que la obra de San Pedro sea una respuesta a la de Flores.

2.2.3. TRIUNFO DE AMOR

Gargano (1981: 20-24) se ocupa de la datación del *Triunfo de amor* de Juan de Flores y parte sobre todo de las menciones internas del texto. Éstas son tan genéricas (el rey de Inglaterra, el duque de Borgoña...) que no permiten una datación precisa. Pero otras

mentiones son mejores para este propósito, por ejemplo, los dos nobles castellanos que acuden en defensa de Amor son el duque de Albuquerque y el duque de Alba, personajes de gran relieve político durante el reinado de Enrique IV y los primeros años del reinado de los Reyes Católicos. El primero de ellos fue posiblemente Beltrán de la Cueva, el presunto padre de Juana la Beltraneja; el segundo, tal vez fuera García Álvarez de Toledo, quien en 1470 obtuvo también el marquesado de Coria. Por tanto, se podría presumir que el *Triunfo* fue compuesto como muy tarde ese año, 1470.

Entre los amantes enviados por Francia para defender al dios Amor aparece el duque de Orleans. Puesto que en el texto se diferencia la persona del duque de Orleans de la del rey de Francia y el ducado de Orleans se asoció a la corona francesa a partir de 1498, el *Triunfo* hubo de ser compuesto antes de esta fecha.

Otro pasaje del *Triunfo* menciona el reino de Granada como territorio moro («[...] de Africa y Granada y todo el reino de Tuneç y Feç y Marruecos con Muluxenque y Alimacote de Malaga» (38-49)), por lo que hay que adelantar la fecha a algún año anterior a 1492. La referencia a Alimacote de Málaga sitúa el texto en un momento en que la ciudad aún no había sido conquistada, hecho que acaeció en 1487 bajo el mando de Fernando el Católico. Así que de nuevo hay que adelantar la fecha de composición del *Triunfo*. Por último, la referencia a Muluxenque como rey de Túnez (con este título aparece en el *Memorial de diversas hazañas* de Mosén Diego de Valera) parece aludir a Muhammad al-Sayh, quien fue sultán de Fez entre 1472 y 1504, aunque Gargano no da mucha fiabilidad a esta información, que, sin embargo, parece apoyar que fue compuesto después, al menos, de 1470. Por consiguiente, hay que localizar la composición del *Triunfo* en una frontera temporal que va de 1470 a 1487 o, en el peor de los casos, de 1470 a 1492.

Otras referencias del texto analizadas por Gargano tienen una interpretación mucho

más ambivalente (como la alusión al maestro don Alonso y al conde de Ribagorza, posiblemente el hermano de Fernando el Católico; o la mención de Lord John Talbot, conde de Shrewsbury, como “Talaborte”), pero ayudan a proponer 1485 como término *ante quem* del *Triunfo*. En conclusión, la fecha de composición propuesta por Gargano oscila entre 1470 y 1485.

2.3. EL CONTEXTO HISTÓRICO-CULTURAL

La ficción sentimental surge en un momento de transición desde la cultura bajomedieval hacia la cultura humanista y renacentista, el denominado «otoño de la Edad Media». Su cronología traza un arco desde 1440 –año aproximado de composición del *Siervo libre de amor*—hasta 1550 –con la aparición del último representante del corpus sentimental, el *Proceso de cartas de amores* de Juan de Segura. En Castilla, este periodo está marcado en su faceta política por los reinados de Juan II (1419-1454), Enrique IV (1454-1474) y los Reyes Católicos (1474-1516). Las tres obras que sirven de base para este estudio se enmarcan dentro de este periodo, en concreto, *Cárcel de amor* (1492) y *Triunfo de amor* (ca. 1470-1485) y sus autores pertenecen a los años de gobierno de los Reyes Católicos, mientras que el *Siervo libre de amor* (1440) y Rodríguez del Padrón corresponden al reinado de Juan II. El reinado de este monarca supuso la creación de un modelo cultural promotor de formas literarias y artísticas que reflejaban la ideología cortesana, la cual no tenía necesariamente que identificarse en exclusiva con el poder real.

Sólo don Álvaro de Luna entenderá esta necesidad e intentará llevarla a la práctica, enfrentándose a los linajes castellanos y a los infantes de Aragón, que responderán no sólo en el campo de batalla, sino mediante la producción de signos propagandísticos —salas, fiestas, torneos— y literarios, que incluyen manifiestos y cartas, traducciones y tratados, poemas cancioneriles y líneas narrativas, sostenidas por alegóricas

representaciones de los mundos que entran en disputa (Gómez Redondo 2002: 2191).

Con el reinado de los Reyes Católicos, empiezan a desaparecer en España los órdenes de caballería —a excepción de la de San Pedro y la de San Juan— y el poder se va centralizando en torno a la figura del rey, que absorbe las antiguas funciones de estos órdenes y los hace cada vez más innecesarios y caducas (Varela 1970). Quizás este hecho hizo que entre la más alta aristocracia se incrementara el interés por la literatura caballeresca. Se sabe que en el último tercio del siglo XV se produce en Castilla un interés por la caballería y arrasan ciertas modas asociadas a ella en la vida de la nobleza cortesana, tanto entre los hombres como entre las mujeres. Testimonio del interés por el mundo caballeresco son diversos ejemplares localizados en la biblioteca regia, entre ellos, algunos tratados o «espejos» como el *Doctrinal* de Alonso de Cartagena, o los *Claros varones de Castilla* de Hernando del Pulgar. También la literatura artúrica tuvo cabida en la biblioteca de Isabel de Castilla, donde se han encontrado la *Historia de Lanzarote*, *El baladro de Merlín* o *La demanda del Santo Grial*, entre otros títulos. La mera presencia de estas obras en la biblioteca de la reina no implica que las leyera —muchos títulos fueron probablemente heredados de su padre o de su hermano Enrique—, pero estudios como el de Chevalier (1968)⁴¹ corroboran la existencia de un significativo porcentaje femenino entre el público lector de los libros caballerescos.

El concepto de cortesía, que se extiende a la Península desde las cortes del sur de Francia —como Borgoña—, ofreció la base sobre la que se formó el código ideológico y

⁴¹ Puede consultarse también Marín (1991) y Fernández de Córdova Miralles (2002).

conductual del estamento aristocrático, el cual provee una caracterización precisa de la forma de ser y de actuar el cortesano en sus diversas facetas, como la manera de vestir, de gesticular y de hablar; esta reglamentación procede de aspectos sociales, rituales, éticos y estéticos creados de la confluencia de varias tradiciones desarrolladas desde los siglos XI al XV. En este periodo se fragua en la corte una heterogénea sociedad de clérigos, damas, letrados y caballeros. Los primeros crearon una literatura doctrinal que fusionaba la tradición clásica y los conceptos cristianos, mientras que los letrados resucitaron valores y virtudes de la antigüedad clásica a partir de la traducción de sus autores y obras (Fernández de Cordova Miralles 2002: 93-94). La asimilación del amor cortés se produce en Castilla en un primer momento por la influencia de los juglares occitanos (1135-1230) y después a través de la poesía galaico-portuguesa (1230-1330), para resurgir, finalmente, en las cortes europeas del otoño de la Edad Media. Los refinados comportamientos importados junto a la lírica *courtois* llegaron a constituir un auténtico juego de palacianos en el que participaban todos los miembros de la corte: los señores, los servidores nobles, los caballeros que acudían al palacio, las damas que allí vivían:

La poesía se convirtió así en un pasatiempo colectivo, gracias al establecimiento de una serie de recursos (disimulo del amor, velar el nombre de la dama, poesía de encargo) que permitían su publicidad, y contribuían a crear una ficción social cada vez más elaborada, una especie de juego de representación basado en la conversación y la exhibición poética durante los tiempos de ocio (Fernández de Córdova Miralles 2002: 96).

Así lo confirman los varios cancioneros que se recopilaron durante el reinado de los

Reyes Católicos: el *Cancionero General* de Hernando del Castillo, el de Gómez de Manrique y el de Juan del Encina; en el *Cancionero General* aparecen grandes representantes de la nobleza como Juan Téllez Girón, señor de Diego de San Pedro⁴², a quien también encontramos en este mismo cancionero. No solo la poesía cancioneril se hizo eco de estos rígidos comportamientos estipulados para la aristocracia, sino que obras de otra índole hicieron lo mismo, como puede corroborarse en la novela sentimental. El concepto de cortesía terciaba en todos los aspectos del comportamiento del cortesano que buscara el prestigio social: la creatividad y el cultivo de las letras, de la poesía, la indumentaria sofisticada y elegante, el trato ordinario con las mujeres, las habilidades caballerescas, el arte de la danza... Pero, además de a la vestimenta o los modales, el concepto de cortesía se aplicaba también a la conversación cotidiana; entre las habilidades que debía dominar el noble castellano, ya Alfonso X en sus *Partidas* señaló la importancia del aspecto físico, de la sabiduría y de la elocuencia (*Partidas*, II, IX, 27):

Todas ellas exigen el autocontrol y sometimiento a unas reglas, especialmente la lengua en todas sus posibilidades [...]. El signo que sirve para marcar la condición cortés se sitúa en la palabra, que así se presenta en dos vertientes: una negativa (“torpes, groseras, necias”) y otra positiva (“buenas” en cuanto a contenido y “apuestas” en cuanto a forma) (*Setenario*, Alfonso X) (Fernández de Córdova Miralles 2002: 93).

El dominio de la palabra —escrita o hablada— será un rasgo capital para definir al perfecto hombre de la corte (y también a la dama): «El galán debe dominar el *uso de la palabra*, que exige el dominio de la lengua y de las emociones, con vistas a agradar y no

⁴² Para una explicación de las relaciones entre ambos personajes véase el apartado 2.4.2 de este trabajo.

ofender a nadie. La importancia de esta habilidad es tal que llega a confundirse con el término “cortesanía”, definido por Palencia como “dulce burla y palabras de riso”» (Fernández de Córdova Miralles 2002: 116-117). Los testimonios de la época respecto a la importancia del bien hablar como cualidad cortesana son numerosos: Gaspar de Tejada (*Memorial de criança...*, pp. 482-483) o Alonso de Cartagena (*Doctrinal de caballeros...*, fol. 100 v.) pueden servir de ejemplo.

Las ceremonias y fiestas de la corte eran los eventos idóneos para el lucimiento cortesano, un juego a medias inspirado por el mundo de la caballería y por el mundo cortés. Esta situación, constatable desde el reinado de los últimos Trastámara, se mantuvo durante la época de los Reyes Católicos, quienes además impulsaron el mecenazgo de pensadores y literatos europeos (Lucio Marineo Sículo y Pedro Mártir de Anglería) a fin de dotar a la juventud cortesana de una formación con tintes humanistas. Fernando e Isabel restauraron las ceremonias cortesanas con el fin de afianzar su poder monárquico tras la crisis sucesoria de Enrique IV. Estas ceremonias conocían diversas manifestaciones en fiestas caballerescas y, especialmente, en rituales aristocráticos como las entradas reales, las fiestas de palacio y los bautizos y bodas de los infantes, que se desarrollaban según un sistema de formalismos que ya desde jóvenes se inculcaba a los representantes cortesanos de la nobleza y la alta oficialidad. Y es que en la corte se educaban los hijos de la alta nobleza, tanto las mujeres como los hombres. Entre los jóvenes varones existían dos grupos: los pajes y criados del rey, que eran los hijos de los altos oficiales (fueran nobles o no); y los donceles (siempre de origen noble), que se regían por un sistema militar bajo el mando del Alcaide de los Donceles. Toda esta juventud de pajes, criados y donceles recibía una profunda educación en los protocolos palaciegos, el latín y los deportes caballerescos (tañer, cantar, danzar, esgrima, tiro con arco...); además, los donceles recibían una formación extra con preceptores y maestros humanistas. También pertenecían a la corte un

buen número de dueñas (esto es, damas casadas) y doncellas (jóvenes no casadas a la espera de recibir una dote para poder contraer matrimonio) que también recibían una instrucción que incluía el estudio del latín (Fernández de Córdoba Miralles 2004: 65-66). Es interesante recordar que Diego de San Pedro compuso su *Cárcel de amor* a petición de Diego Hernández de Córdoba, el Alcaide de los Donceles. Considero que es posible que el autor escribiera su texto para un público de jóvenes aristócratas —especialmente femenino— que estaba recibiendo su educación en la corte, pudiendo funcionar la *Cárcel*, por tanto, como una especie de manual para su educación sentimental cortesana.

Para Gómez Redondo (2002), es la situación político-social del escenario cortesano en este momento la que favorece el surgimiento de una poesía propia, recogida en el *Cancionero de Baena*, el cual contiene un prólogo donde se define el perfil del cortesano como poeta y amador. Estos centros de interés reaparecen en la literatura tratadística, en la que se reflexiona sobre el amor y el papel de la mujer en la sociedad. Todo ello proporciona el sustrato cultural y la sensibilidad de los que se nutrirá la novela sentimental, aunque hay que añadir todavía un aspecto no literario para comprender este marco, «una casuística real de personajes cronísticos que descubren el fondo de sus peripecias amorosas y de sus relaciones sentimentales. Sin estas historias verdaderas no podría entenderse el complejo mundo de la ficción sentimental» (Gómez Redondo 2002: 3154-3155). La profusa literatura de cancionero de estos años no pudo producirse sin la existencia de un gran grupo de cortesanos que, reunidos en los campamentos fronterizos con Granada o las casas señoriales de Peñafiel o Valladolid, dedicarían sus versos a las damas de la reina. En este grupo heterogéneo encontramos a jóvenes aristócratas como Juan Téllez Girón o Gómez Manrique, poetas, humanistas como Pedro Mártir de Anglería y Lucio Marineo Sículo, o escritores de ficciones sentimentales como Diego de San Pedro y Juan de Flores, el cronista de los Reyes Católicos (Fernández de Córdoba Miralles 2004: 67).

En todo caso, este panorama social y cultural permite entender muchas de las características de la novela sentimental, las motivaciones que dieron lugar a su aparición, las dedicatorias que encabezan los textos y el estilo refinado que adopta su lenguaje.

2.3.1. LA RETÓRICA Y LA LENGUA

En la etapa precedente a la conformación del español áureo se produce una transformación en la que las viejas formas van siendo sustituidas sutilmente. Así por ejemplo, dejan de componerse cantares y sus materias empiezan a ser vertidas en los romances, que tomaron de la lírica galaico-portuguesa la métrica octosilábica regular. De la tradición galaico-portuguesa provienen también estrofas de arte mayor como la octava. «Con esas dos invenciones métricas, la lengua española había encontrado su propio ritmo en frases o hemistiquios de 6 y 8 sílabas [...]» (Menéndez Pidal 2005: 594). El mejor exponente de la prosa de este periodo, el canciller Pero López de Ayala, presenta una actitud de repulsa a las nuevas modas estilísticas que hacen prevalecer la agudeza y la sutileza frente a la sencillez de la prosa medieval representada por don Juan Manuel.

Este cambio estilístico empezará a tomar cuerpo con la llegada del siglo XV, gracias sobre todo a la escuela sevillana representada por Francisco Imperial⁴³. Aunque esta escuela desapareció pronto por la falta de atención de la corte de Juan II, supuso un primer paso hacia la retórica de la artificiosidad, la cual culmina con la obra del Marqués de Santillana y de Juan de Mena, y es el resultado de un renacimiento del estudio de la

⁴³ Empiezan a aparecer temas renacentistas, se percibe el influjo de Dante y su alegoría, el italianismo léxico empieza a ser frecuente, así como las voces abstractas personificadas (*Cautela*, *Onestad*, *Segurança*...).

literatura clásica entre los miembros de las clases nobiliaria y eclesiástica. Se ha producido, según Pidal, el paso de una cultura literaria oral a una literatura de lectura solitaria, de ahí que sean factibles las complicaciones estilísticas, pues la oralidad requería un estilo sencillo en el que el mensaje fuera rápidamente comprensible, mientras que la lectura permite una reflexión sobre lo escrito. La admiración y la lectura de las obras clásicas dan lugar a ciertos fenómenos estilísticos, por ejemplo, la sustitución de vocablos comunes por alusiones clásicas o por denominaciones metafóricas. Y es que la mirada hacia la Antigüedad ya no se hace con fines didácticos, sino para encontrar un nuevo arsenal estilístico, ornamental, por lo que el latinismo y las varias formas de alusión mitológica se convertirán en la principal arma de la nueva escritura.

La teoría de los tres estilos reformulada por el marqués de Santillana en su *Prohemio* determina que el estilo sublime solo es alcanzado por los escritores grecolatinos, y que la lengua romance únicamente puede aspirar al estilo mediocre. De ahí que los escritores del cuatrocientos se lancen a una imitación exacerbada de la literatura antigua y que la profusión de latinismos esté motivada por aspiraciones estéticas, frente al latinismo del siglo XIII, que perseguía una finalidad más práctica (traducción de vocablos, nominación de nuevos conceptos, etc.). Este cambio es también notable en la prosa literaria que, a la zaga de la magnificencia de las lenguas clásicas, tiende hacia un latinismo y un rebuscamiento extremados, especialmente en la prodigalidad del hipérbaton. Los *Doce trabajos de Hércules* (1417) o la traducción de la *Eneida* (1428) realizados por don Enrique de Villena son buena muestra de este estilo artificioso y son «los que dieron el modelo a toda la prosa que aspiró a mayor altura artística en los 40 años siguientes» (Menéndez Pidal 2005: 605), cuyos rasgos más notables son:

- a) Posposición del verbo.

b) Oraciones de infinitivo (*accusativus cum infinitivo*).

c) Participios de presente⁴⁴.

d) Hipérbaton.

e) Figura etimológica (repetición de voces con la misma raíz, como «su gran culpa lo desculpa»). Era un recurso típico de la retórica medieval.

f) Supresión de la conjunción completiva *que* tras verbos de opinión, pensamiento, voluntad.

g) Comparación con frases adverbiales (*así como*, *bien como*) y con el adverbio *así* más adjetivos y adverbios a imitación del italiano *così* (“así virilmente que era maravilla”, “así contento que...”).

h) Uso de parejas de sinónimos.

A estos rasgos señalados por el maestro Pidal, podemos añadir:

i) Simetría y paralelismo en la construcción oracional.

j) Subordinación causal con *como* + subjuntivo a imitación del *cum* histórico latino.

k) Construcciones absolutas con gerundio y participio.

⁴⁴ En *Siervo libre de amor* encontramos bastantes ejemplos:

- [...] *E hechura de sus propias manos, tendió muy sin piedat las muy lindas suyas, en grand estrago de sus cabellos, hilos de oro pareçientes, tyrando dellos muy syn dolor.*

1) Frecuente adjetivación y tendencia a la anteposición del adjetivo.

Pidal correlaciona esta época de artificiosidad y de omnipresentes alusiones a la Antigüedad, la pasión por la lectura de los clásicos, con un nuevo panorama social basado en la concepción antropocéntrica del mundo —alejada del dogma escolástico—, que promueve el goce de la vida y afecta, inevitablemente, a las costumbres, que en el ámbito de la corte, derivaron hacia un refinamiento extremado, como ya hemos puntualizado en el apartado anterior. Esta exquisitez de la vida aristocrática coincide cronológicamente con la «retórica elocuencia» (Menéndez Pidal 2005: 626) y cesa después. El florecimiento de la cortesanía durante el reinado de Juan II denota la huella extranjerizante; así se observa en la adopción de neologismos de origen francés (*dama* en lugar del castizo *dueña*); también se manifiesta este refinamiento en otros aspectos léxicos como el uso de vocablos latinos y alcanza incluso a la órbita religiosa, con el empleo de multitud de expresiones y fórmulas eclesiásticas en el tratamiento de temas profanos como el amor. Estas características son extensibles a otras literaturas europeas: «Es el siglo del petrarquismo erudito y amanerado en Italia; es el siglo de los *nobles rhétoriciens*, los *grands rhétoriciens* franceses, una generación más tardíos que los escritores españoles de la *retórica elocuencia* [...]» (Menéndez Pidal 2005: 632).

En varias ocasiones insiste Pidal en que esta retórica artificiosa no quedó circunscrita a la literatura y que la complejidad expresiva alcanzó la lengua conversacional, de ahí que muchos neologismos pasaran al habla. Sostiene su opinión en las palabras de Rabí Mosé Arragel de Guadalajara en su proemio a la traducción de la *Biblia* (1422-30). Pero esta exportación del estilo literario al conversacional de la gente distinguida no se redujo al latinismo y al tecnicismo, sino que supuso otros ornatos como las simlicadencias y las rimas. No se trata de un recurso tan novedoso, ya que también estuvo en boga su empleo

en el latín medieval, hasta tal punto que incluso en los contratos de compraventa aparece:

El Arcipreste de Talavera, lo mismo que pone similitudines en la prosa de su *Cobrbacho* (1438), las pone cuando imita la charla popular de las mujerzuelas, acompañada con refranes rimados que sugieren y apoyan las otras asonancias de propia invención de la hablante. Es muy probable que esta práctica de rimas existiese también en la conversación retórica de los hablantes cultos aludidos por el rabí Mosé Arragel, pues la veremos reaparecer en el diálogo cortesano de la *Celestina* y del *Cortesano* de don Luis Milán (Menéndez Pidal 2005: 641).

Y más adelante, al tratar la *Celestina*, vuelve a insistir:

[...] No son ornato literario de extravagante irrealidad, como la crítica los juzga, sino estilo realmente usual en la conversación de las damas y caballeros de aquel tiempo en que la afición a los cancioneros y el arte de trovar formaban parte de las buenas maneras, y en que alguna afectación artificiosa de la época anterior se prolongaba con tenacidad, llegando su boga hasta cuarenta años más tarde, cuando don Luis Milán pone semejantes periodos rimados en las conversaciones cruzadas entre los cortesanos de la virreina de Valencia doña Germana de Foix (677-678).

Este periodo de retoricismo, latinismo y exquisitez verbal cesará con el advenimiento de los Reyes Católicos, cuyo primer año de reinado coincide con la aparición de la imprenta en la Península. Ambos hechos coadyuvieron a fraguar la uniformidad de la lengua literaria, que experimentó un giro hacia la naturalidad, paralelo al auge del humanismo y el conocimiento comprensivo de la literatura clásica (que antes era poco más que una fuente de ornamentación). En este nuevo horizonte, los esfuerzos de la reina Isabel por promover el estudio del latín y de la literatura clásica y su criterio estético cifrado en la expresión «buen gusto» jugaron un papel decisivo en la vida cultural y, por añadidura, en la conformación del español áureo.

Como punto y final a este apartado, una vez bosquejadas las tendencias estilísticas del periodo que nos ocupa, referidas principalmente al léxico y la construcción sintáctica, resta aún por presentar otras características de la lengua cuatrocentista: aquellas referidas a las particularidades estructurales de los diversos niveles de análisis lingüístico. Las particularidades del nivel fónico (Penny 1993), en primer lugar, son:

a) Vacilación en el timbre de las vocales átonas.

b) La coexistencia de *f-* (procedente de la *F-* del latín) y *h-*, aunque ya a finales del siglo XV se consuma la sustitución de la primera por la segunda.

c) Alternancia de *-t* y *-d*.

d) Ensordecimiento de los fonemas sibilantes y palatales y confusión de sus grafías. En Andalucía, hay que añadir la confusión de las sibilantes dentales y alveolares, origen de los fenómenos de seseo y ceceo.

e) Indistinción de las labiales sonoras /b/ y /v/ en Castilla y oscilación en su representación gráfica.

f) Consonantización de /j/ e inicio de su confusión con la líquida palatal.

En el nivel morfosintáctico, además de lo dicho un poco más arriba, pueden señalarse estas características (Eberenz 2004; Girón Alconchel 2004):

a) Consolidación del uso de *nosotros* y *vosotros*.

b) Desaparición de *vos* como fórmula de cortesía en favor de nuevas construcciones a partir del esquema <*vuestro* + sustantivo abstracto de dignidad>.

c) Aféresis en el pronombre *vos* (> *os*).

d) Eliminación del uso transitivo de *aver* y consagración de sus funciones como auxiliar de los tiempos compuestos; ya en el s. XV el participio de los tiempos compuestos con *aver* deja de concordar con el CD.

e) Como consecuencia de la transformación funcional de *aver*, cae en desuso el empleo de *ser* como auxiliar de los verbos intransitivos y se fija como auxiliar de la pasiva.

f) A finales del s. XV empieza a extenderse la pasiva con *se* a los verbos intransitivos, lo que dará lugar a la construcción impersonal activa con verbos transitivos e intransitivos ya en el XVI.

g) También en el s. XV el participio de los tiempos compuestos con *aver* deja de concordar con el CD.

h) Distinción de los usos atributivos de *ser* y *estar*.

i) Abandono de los adverbios anafóricos *y*, *ende*, de la preposición *so* y de la conjunción *ca*⁴⁵.

j) *Mas*, *maguer* (*que*) y *comoquier* *que* siguen menguando en su uso, mientras que *aunque* aumenta. Al mismo tiempo, surgen otros conectores: *puesto que*, *dado que*, *no obstante que*, *no embargante que*, etc.

⁴⁵ Respecto al uso de *ca*, todavía en *Siervo* se localizan algunos ejemplos:

- [...] *Sy algún pensamiento a creer me lo induzía, yo de mi me corría, y menos sabio me juzgava, otorgando la vista a los presentes, mayores de mi, de que más presumía; ca de mi al no sentía, saluo que la grand hermosura e desigualdat del estado le fazía venir en acatamiento de mi.*

Estas consideraciones lingüísticas en torno a la lengua del cuatrocientos —sin ser exhaustivas— son indispensables para acometer el análisis que nos ayude a comprobar el uso de la elipsis gramatical en los textos estudiado. Pero quedan aún por tratar otros factores para terminar de tejer el entramado de condicionantes que modelan la prosa literaria ejemplificada en las tres obras que constituyen nuestro corpus.

2.4. LOS AUTORES

Parece que los autores sentimentales, si no todos tuvieron un origen noble, al menos fueron todos miembros de los círculos cortesanos del prerrenacimiento hispano, si se da credibilidad a las dedicatorias y prólogos introductorios. Los tres autores que aquí interesan, aunque sean escasos los datos fiables conocidos, aceptan esta caracterización: Rodríguez del Padrón fue un noble gallego; San Pedro, un alto funcionario al servicio de los Téllez-Girón; Flores, cronista de los Reyes Católicos. Son todos hombres de cultura, conocedores de la vida de la corte, de sus ceremonias, sus intereses y sus códigos de conducta. Aunque no provengan de una misma zona geográfica, los tres están vinculados a las cortes castellanas y es el castellano la lengua que eligen para sus textos. La producción literaria de estos escritores se explica por las particularidades sociales y culturales de este periodo: «Nos hallamos ante una sociedad aristocrática, —que como observará C. Parrilla— en la segunda mitad del siglo XV inspira y apoya, con un impulso potenciado por la aparición de la imprenta, al letrado que, como funcionario o “palaciano” dedica su actividad a las letras» (Martínez Latre 1989: 9).

2.4.1. JUAN RODRÍGUEZ DEL PADRÓN

Juan Rodríguez del Padrón o de la Cámara fue un hidalgo —posiblemente sin fortuna— que nació tal vez a finales del siglo XIV (Lida de Malkiel 1978 [1952], Cvitanovic 1973, Durán 1973, Hernández Alonso 1987) en algún pueblo de Galicia —así

lo declara él mismo al final de sus *Siete gozos de amor*—, quizá Padrón u otro cercano como La Rocha, del que procedía el poeta Macías y donde se desarrolla la *Estoria de dos amadores*. Precisamente de Galicia tomará la literatura castellana diversos temas, procedimientos y recursos literarios. De la intervención del poeta Macías al final de la *Estoria*, Lida de Malkiel (1978 [1952]) deduce que pudo haber un trato personal entre ambos escritores. Su muerte se fecha a mediados del siglo XV. No parece solida la afirmación de que Rodríguez del Padrón sirviera de paje en la corte de Juan II (Lida de Malkiel 1978 [1952]) porque no existe documentación que lo acredite, pero sí que estuvo al servicio del cardenal Juan de Cervantes⁴⁶, en el que coincidió con Eneas Silvio Piccolomini (autor de la *Historia duobus amantibus* y futuro papa Pío II). Al servicio del cardenal acudió al Concilio de Basilea y viajó por Italia, Suiza y otras cortes de Europa central y oriental, hasta que en 1441 tomó el hábito franciscano en Jerusalén. Después de su peregrinación a tierra santa, parece que volvió a Galicia como fraile franciscano en el monasterio de Herbón, el cual ayudó a fundar y donde pasaría el resto de su vida: «hay, así, una profunda vocación religiosa en la vida de Juan Rodríguez, opuesta a la legendaria imagen que, de sus andanzas cortesanas y amorosas, enseguida comenzó a propalarse» (Gómez Redondo 2002: 3267-3268).

Esta imagen legendaria de la vida de Rodríguez del Padrón magnifica hechos no comprobables y poco verosímiles, como la supuesta aventura cortesana a la que alude en alguna de sus poesías y en el mismo *Siervo*. Estas informaciones proceden de una *Vida del*

⁴⁶ El cardenal Juan de Cervantes fue quien ofició la ceremonia de coronación de Enrique IV, sucesor de Juan II. Así se refuerza la tesis de que Rodríguez del Padrón estuvo vinculado a la corte castellana.

trovador Juan Rodríguez del Padrón, publicada por Pedro José Pidal en 1839 (ibíd.)⁴⁷. Dicha biografía fantástica (García 1989) da al autor del *Siervo* un origen aragonés, lo presenta como modelo de caballería y gentileza, amante de dos reinas —tal vez doña Juana de Portugal, esposa de Enrique IV, o doña María, mujer de Juan II—, muerto a manos de los franceses al intentar huir a Inglaterra después de dejar embarazada a la reina de Francia. Lida de Malkiel (1978 [1952]), Cvitanovic (1973) —de manera más atenuada— opinan que la mentalidad y la obra de Rodríguez del Padrón pertenecen a la Edad Media y apenas hay atisbos del espíritu del Renacimiento, aunque no todos los estudiosos están de acuerdo:

La hidalguía de su ascendencia, un arrogante tradicionalismo y resistencia a las nuevas ideas; su trayectoria, como la expresión típica del vivir medieval en el seno de las costumbres palaciegas, su disposición a los requerimientos de un público aristocrático, su conformismo... alejado de la cultura humanística, su educación clásica y escolástica en un espíritu netamente medieval, componen, entre otros, los rasgos generalmente aceptados y dignos de crédito de la biografía y de la obra de Juan Rodríguez (Cvitanovic 1973: 59-60).

Lida de Malkiel insiste en presentar la personalidad de Rodríguez del Padrón como la de un hidalgo orgulloso de su extracción social, próximo a los valores del feudalismo medieval y contrario a la centralización del poder en la monarquía:

[...] En las páginas del hidalgo gallego no se refleja otro ambiente que el de la alta nobleza, no sólo la de España, sino la de muchas cortes de Europa, [...] pues la casta noble se sentía solidaria, por cima de las fronteras nacionales. [...] A boca llena habla Juan Rodríguez de

⁴⁷ Esta biografía ya era conocida en el siglo XVI.

emperadores, reyes, príncipes y magnates, enaltecidos por la pompa ceremoniosa que da vistoso prestigio a cada uno de sus actos (1978 [1952]: 27-28).

En cuanto a las menciones autobiográficas que Rodríguez del Padrón incluye en sus obras, además de la peripecia amorosa fracasada que sirve de punto de arranque al *Siervo* —sea verídica o no—, Rodríguez del Padrón refleja otras experiencias personales. Así, por ejemplo, la *Estoria* se desarrolla por diversos reinos y países europeos conocidos por el autor gracias a los viajes que realizó con el cardenal Cervantes: la corte de Francia y la corte imperial. La geografía natal de Juan Rodríguez adquiere un relieve especial al ser la peña del Padrón el lugar donde Ardanlier y Liessa construyen su secreto palacio. Además, convierte al poeta Macías —paisano suyo y posiblemente amigo y conocido— en el personaje que resuelve el encantamiento de este palacio. «Macías sirve, así, de eficaz punto de conexión entre esta ficción caballeresca y sentimental, y la realidad en la que se encuentra el autor “recitando” la *Estoria*» (Gómez Redondo 2002: 3321).

Como fundador del género sentimental, Rodríguez del Padrón supo imprimir a sus composiciones notas que reaparecería en los representantes posteriores de estas ficciones, derivadas de la conjugación de la vida nobiliaria tras su paso por la corte de Juan II y de la ideología moralista y religiosa inspirada por el servicio al cardenal Cervantes. Sus preocupaciones intelectuales encajan en el modelo cultural de su época: poesía amorosa, defensa de la mujer, definición de la nobleza...; pero, al mismo tiempo, estas preocupaciones están impregnadas de una visión moral y religiosa (Gómez Redondo 2002). Se trata, en definitiva, de la obra de un hidalgo con formación letrada, con un vasto bagaje de experiencias cortesanas y vocación religiosa. A partir de sus escritos puede deducirse que recibió una educación clásica y escolástica, que era aficionado a la heráldica, la astronomía y la astrología. En su red de relaciones sociales destacan personajes

renombrados como Eneas Silvio Piccolomini o Gonzalo de Medina (quien fue juez de Mondoñedo y llegó después a ostentar los cargos de arcediano de Olmedo y de beneficiado de San Miguel de Oya). El momento histórico que vivió Rodríguez del Padrón estuvo dominado por las tensiones entre la monarquía y la nobleza feudal en su lucha por mantener el poder, pero no hay referencia alguna en sus obras a las circunstancias históricas de ese periodo: el reinado de Juan II, de Enrique IV, la lucha entre los infantes aragoneses o don Álvaro de Luna.

2.4.2. DIEGO DE SAN PEDRO

Su biografía es bastante incierta porque existen pocos documentos que avalen los datos que pueden extraerse de sus obras. La incertidumbre aumenta al constatar la existencia de tres personajes homónimos (un bachiller, un teniente, un judío converso) en la villa de Peñafiel —lugar donde nació el autor de la *Cárcel*—, posiblemente con relaciones de parentesco entre sí (Hernández Alonso 1987: 43). Parece seguro que participó en la campaña de Granada junto al Alcaide de los Donceles (de la familia de los Fernández de Córdoba), a petición del cual compuso la *Cárcel de amor*⁴⁸.

La fiabilidad de las informaciones aportadas por algunos críticos (Cotarelo y Mori 1927, Gili Gaya 1950) es escasa por la confusión que ha creado la existencia documentada de personajes homónimos (Whinnom 1965: 255-258). Es cierto que sirvió a la familia de los Girón (maestres de Calatrava y condes de Ureña), que tuvo relación con el Alcaide de

⁴⁸ Así parece corroborarlo una alusión al comienzo de la *Cárcel*: «Después de hecha la guerra del año pasado [...] por unos valles hondos y oscuros que se hacen en la Sierra Morena [...]» (edic. de Parrilla 1995: 4).

los donceles Diego Fernández de Córdoba (a quien dedica la *Cárcel*) y con doña Marina Manuel, influyente dama de la corte de Isabel la Católica (mencionada en el prólogo de la *Cárcel* y a quien dedicó su *Sermón*).

Un estudio pionero en torno a la problemática biografía de San Pedro fue el de Cotarelo y Mori (1927). En él se asegura que San Pedro fue durante mucho tiempo teniente de la villa de Peñafiel (Valladolid) por orden de don Pedro Girón, maestre de Calatrava⁴⁹. Tras la muerte de Pedro Girón, pasó a estar al servicio de sus hijos, los condes de Ureña, don Alfonso y don Juan Téllez Girón, a quienes menciona en la dedicatoria de su *Desprecio de la fortuna*, —escrito según Gili Gaya (1967 [1950]) después de 1483— y a cuyo servicio estuvo también durante un tiempo Juan del Encina. Partiendo de las consideraciones de Gili Gaya puede suponerse que San Pedro nació alrededor de 1430, coincidiendo con el acceso al poder de Don Álvaro de Luna; su adolescencia y juventud pasaron durante parte del reinado de Juan II; y finalmente, su madurez literaria y vital se desarrolla durante el gobierno de los Reyes Católicos (Gili Gaya 1967 [1950]: 124). Según Hernández Alonso (1987), como caballero del conde de Ureña, San Pedro vio cómo su señor apoyó en un principio las pretensiones sucesorias de Juana la Beltraneja para pactar después con la reina Isabel.

Uno de los aspectos biográficos de San Pedro que más controversia ha levantado entre la crítica es su posible origen converso. Así lo cree Cotarelo y Mori y así lo han creído muchos investigadores a lo largo del devenir crítico de sus textos, pero no existen testimonios irrefutables que lo certifiquen. Hernández Alonso (1987: 44) cree que no hay

⁴⁹ Se sabe por la documentación que en 1466 ejercía este cargo.

en sus textos ningún tipo de indicio que permita suponer que era converso. Para Cvitanovic, la filiación conversa de San Pedro no es definitiva «[...] pero sin duda su obra inclina a verlo desde un ángulo de *heterodoxia* que resulta significativa» (1973: 125).

Además de ficciones sentimentales como el *Tratado de amores de Arnalte* y *Lucenda*, la *Cárcel de amor*, San Pedro escribió el ya mencionado poema didáctico *Desprecio de la Fortuna* —compuesto tras la *Cárcel*—; la *Pasión trovada* (impresa en 1492); el *Sermón* sobre las leyes del amor, escrito a petición de unas damas, posiblemente, entre la redacción del *Arnalte* y de la *Cárcel*; y también compuso a lo largo de su vida poesías cortas que fueron incluidas por Hernando del Castillo en el *Cancionero General* (1511).

Se desconoce cuándo murió San Pedro, aunque ocurrió seguro después de 1496 y posiblemente ya entrado el siglo XVI (Hernández Alonso 1987); de algunos pasajes de su *Desprecio de la Fortuna* podemos deducir que alcanzó la vejez, un poco descontento de su obra anterior. A su muerte San Pedro se encontraba ya fuera de la corte e ignorado por la nueva generación de literatos. «Vemos así que el perfil biográfico no puede ser más coincidente con el de Flores: hombres de letras, burócratas al servicio de nobles letrados, inmersos en el mundo cortés de refinamiento de cortes aristócratas de la época de los Reyes Católicos y en una época de crisis política» (Cortijo Ocaña 2001: 164).

2.4.3. JUAN DE FLORES

La biografía conocida de este autor es muy escasa e imprecisa, como pasa con la mayoría de sus contemporáneos, incluidos Rodríguez del Padrón y San Pedro. Fue posiblemente un noble castellano de gran cultura. Su familia, según testimonio del propio Juan de Flores, recibió el favor de los Reyes Católicos y parece que él mismo se movió en el entorno de los monarcas, como señaló muy tempranamente Matulka (1931: 445-451),

apoyándose en que Alonso de Córdoba, el autor de las poesías del *Grimalte* y *Gradisa* de Flores, perteneció a la corte de Juan II de Aragón y luego de Fernando de Aragón, lo que apoyaría la cercanía de Flores a la corte de los Reyes Católicos⁵⁰. Además, el poeta Pedro Torrellas, que aparece como personaje en *Grisel* y *Mirabella*, también perteneció a la corte de Juan II de Aragón. Así parecen corroborarlo Gwara (1988) y Parrilla (1988 y 1989), quienes identifican a Flores como autor de la *Crónica incompleta de los Reyes Católicos*.

Los intentos de identificar a Juan de Flores han seguido otros caminos. Beltrán de Heredia (1966) encontró algunos documentos de la Universidad de Salamanca que hablaban de un Juan de Flores, clérigo sevillano, que fue capellán de Juan II de Castilla. A partir de 1437 acompañó a Italia al prior del Santo Sepulcro del Toro, Pedro González, y no volvió a España hasta 1442. En noviembre de 1445 pide el beneficio de Santa María de la Rambla, en la diócesis de Córdoba. Entre los documentos reportados por Beltrán de Heredia sobresale uno en que se habla de un conflicto entre Juan de Flores y un tal Juan de Jerez por la cantoría de Tuy, que permanecía vacante porque su titular, Juan Rodríguez del Padrón, había tomado las órdenes menores en el monasterio del Monte Sión en Jerusalén.

En realidad no hay ninguna referencia directa que justifique la identificación entre este clérigo sevillano y el autor del *Triunfo de amor*. Además, los años de los documentos (todos fechados entre 1442 y 1445) no coinciden exactamente con el periodo de composición del *Triunfo de amor*, ni el propuesto por Gargano (1981) ni el establecido por

⁵⁰ Esta identificación del personaje de Alonso de Córdoba es del todo hipotética, por lo que el paralelismo trazado por Matulka entre Flores y este personaje le parece a Gargano «quasi del tutto gratuito» (1981: 26).

Matulka (1931) para las otras dos obras de Flores.

Por su parte, Parrilla (1988 y 1989) le otorga varias identidades posibles: un escribano de cámara (alrededor del año 1465); un secretario de posible origen catalán, enviado en misión papal (*ca.* 1484); o tal vez un Juan de Flores toledano acreditado en documentos de 1477 a 1480. Beltrán de Heredia (1970) señaló la existencia de otro homónimo, rector de la Universidad de Salamanca en 1478. Por último, Beltrán de Heredia (1970), Gargano (1981) y Parrilla (1988 y 1989) nombran a un salmantino cronista de los Reyes Católicos desde 1476. La conclusión última de Gwara (1996) es la identificación del autor del *Triunfo de amor* con un corregidor y pesquisidor al servicio de los Reyes Católicos a través de las familias Osorio y Álvarez de Toledo a partir de 1470 hasta 1495 aproximadamente. Para este investigador, Juan de Flores habría sido un hombre de acción y honor, ligado a las cortes de la alta nobleza sin pertenecer a la aristocracia, de solvencia económica, que fue soldado, administrador, cortesano, escritor y cantor (1988: 221-222). En conclusión, esta información, aunque no sea definitiva, sitúa a nuestro autor

[...] Entre la alta aristocracia castellana (duques de Alba) y la corte aragonesa (Alonso de Córdoba, Pere Torrellas, Fernando el Católico). Su posición de cronista se relaciona con la de testigo de la corte y sociedad de su época (desde un punto de vista político, social y militar). A la vez, se distingue claramente de figuras como el marqués de Santillana o el Condestable de Portugal, y viene a emparentarse con la de letrados del tipo Juan de Mena y Juan del Encina, a la vez co-habitadores de la corte y lo suficientemente distanciados de ella por su posición social como para ser considerados funcionarios, hombres de letras, educadores o ‘entertainers’ (Gwara 1988: 142).

2.5. LOS LECTORES

En íntima relación con la configuración de los textos literarios se encuentra la

imagen mental que el autor empírico de un texto se forja de su lector modelo. En el caso de la prosa sentimental, parece fácil reconocer las características de este público, aquel para el que los creadores eligieron los contenidos y las formas más apropiadas a fin de lograr su satisfacción estética e ideológica. El perfil del lector implícito de un texto literario puede obtenerse a partir de las informaciones indirectas que nos transmite la selección operada sobre las unidades de cualquier nivel textual; pero en el caso concreto de la ficción sentimental, a este grupo de informaciones subyacentes hay que sumar la mención explícita del receptor intencional que se recoge en las dedicatorias de muchas obras sentimentales. El conocimiento de este auditorio implícito y explícito también ayuda a entender las características de los autores y las motivaciones y propósitos de sus textos, para así conocer el signo de las elecciones que han dado fruto a su particular idiosincrasia. Las relaciones entre autor y público —inmersos en un medio sociocultural que los determina a ambos— son el primer impulso que da su naturaleza particular al texto.

Hay que hacer recapitulación de la situación histórica y cultural comentada en el apartado 2.3. para poder precisar los rasgos que definen al lector de novelas sentimentales de los siglos XV y XVI. Se trata de un periodo en que la alta nobleza recién ascendida y en buena parte próxima o perteneciente a la aristocracia cortesana, ve con inquietud la aparición de un grupo social, el letrado, que progresivamente va acrecentando su papel social.

Durante el reinado de los Reyes Católicos el nivel cultural de los reinos hispánicos aumenta, se va formando una élite funcional que soporta el aparato administrativo del estado, un fuerte patriciado urbano, y unos grupos oligárquicos o de presión que dominan los resortes del poder. La ideología aristocrática y sus códigos literarios de expresión se convierten ahora en un sistema de valoración y proyección de los intereses enfrentados por los que se mueven estos sectores emergentes (Aybar

Ramírez 2005: 916).

Esta nueva nobleza, nacida en un ambiente de crisis y devaluación de los antiguos ideales caballerescos del Medievo, de descomposición de sus bases socio-económicas y culturales, siente necesidad de una literatura de entretenimiento que calme su nostalgia de ese desaparecido mundo con el que se identifica (Lawrance 1988). Esta aristocracia cimera es la que conforma el grupo de recepción de la ficción sentimental hispánica.

Tal como mencionan los propios autores en sus prólogos y dedicatorias, los receptores explícitos de la novela sentimental eran nobles de la alta aristocracia, en muchos casos mujeres, con escasa formación humanística pero con una gran cultura cortesana. El interés por la cortesanía y por el amor como sentimiento identitario de las clases más elevadas se vio fortalecido por el aumento de estos lectores cortesanos y femeninos, lo cual hizo centrar la atención temática de las narraciones caballerescas en la profundización del sentimiento amoroso. Aunque estemos ante narraciones diseñadas para este auditorio en particular, no obstante, este no fue su público exclusivo —principalmente después del establecimiento de la imprenta—, expansión recepcional que probada por las múltiples ediciones y traducciones de que fueron objeto las obras más conspicuas del género (Rohland de Langbehn 1999).

Lawrance (1988) apuntó la transformación del gusto literario de la baja Edad Media debido a la aparición de un nuevo público lector, de carácter laico y cortesano, a partir de la apertura del saber y la cultura desde los monasterios y universidades hacia los sectores no religiosos. Asimismo, la promoción de la cultura dentro de las cortes peninsulares, más acuciada durante el reinado de los Reyes Católicos, gracias sobre todo a la intervención de la reina Isabel, dio un gran empuje a la creación de este público aristocrático dedicado activa y pasivamente a las letras, entre el que se hallaba un nutrido grupo de mujeres

(Lapesa 1997: 274-275). Además, la implantación de la imprenta fue otro factor coadyuvante en la extensión del hábito lector. No se puede negar que el género sentimental fue modelado a partir de las expectativas estéticas de este nuevo público (Gómez 1990: 528-529).

El dato más accesible para sostener este juicio se halla en las dedicatorias de los textos, que tienen como destinatarios a grandes señores y damas de la nobleza; a veces se trata de un destinatario específico mencionado por su nombre, pero en otras ocasiones el destinatario es colectivo. Muchas de estas obras están dedicadas a mujeres de la corte: la anónima *Cuestión de amor* está dedicada a Bona Sforza, hija de Isabel de Aragón. La *Sátira* del Condestable está dedicada a su hermana, Isabel de Portugal. El *Arnalte* de San Pedro está dedicado a las damas de Isabel la Católica. La *Penitencia de amor* está dedicada a la condesa de Aranda, madre del autor, Urrea. O Juan de Flores dedica el *Grisel* y *Mirabella* y el *Grimalte* y *Gradissa* a una amiga. La determinación que este público femenino ejerció sobre el género se manifiesta en aspectos como el mismo argumento de las obras o la caracterización del héroe sentimental como amante constante y leal hasta la muerte. Un ejemplo: Juan de Cardona escribe en su *Tratado llamado Notable de Amor* (1516) que la motivación para escribir la obra es la opinión de doña Potenciana de Moncada, quien «ha oído dezir, que los más hombres que tratan de amores, después de ganada la voluntad de la dama, se rresfrían y se dexan y buscan pequeñas causas para lo hazer; o otros que, visto que las damas a quien sirben se entretienen en sus honrras, luego que a poco tiempo no consiguen el provecho de su intención; se degustan y dan de mano a

los amores» (65-66)⁵¹. De esta forma queda patente el cercano vínculo que hay entre la composición de las obras y la educación sentimental de la mujer (Gómez 1990). Otro ejemplo lo encontramos en el *Grimalte y Gradissa* de Flores, que es una respuesta y continuación a la *Fiammetta* a partir de la lectura que de la obra boccacciana hace una mujer, el personaje de Gradissa.

Esto no quita que la intención de los autores sea alcanzar a un público más amplio, pero siempre perteneciente al círculo cortesano; un público que —como dice Aybar Ramírez (2005: 912)— «[...] maneja la cultura cortesana, y, a menudo, se convierte en actor de ese mundo representado (*Grisel y Mirabella, Cárcel y Cuestión*)». No obstante, sería un error pensar que se trata de un auditorio homogéneo en cuanto a intereses, ideología y gustos estéticos. Más bien estamos ante un público que agrupa a diferentes sectores de las clases elevadas: la nueva nobleza aristocrática y los emergentes oligarcas de la administración, en su mayoría, hombres de letras que buscan ascender hasta los círculos principales de la corte y que comparten con la alta nobleza sus aspiraciones e ideales. En definitiva, la ficción sentimental está diseñada para agradar a las clases dominantes y, por tanto, los temas, la ambientación, los personajes sentimentales y el lenguaje en que se expresan están diseñados a partir de los gustos e intereses de estos sectores de la sociedad⁵².

El auditorio expreso al que se dirigen los autores sentimentales cuenta, además, con

⁵¹ Cito por la edición de Fernández Jiménez (1982b).

⁵² Para Wardropper (1953 ápuđ Parrilla 1995: LII), la ideología ejemplificada en *Cárcel de amor* se vincularía con la nostalgia de la clase noble por los entonces desaparecidos códigos del heroísmo, la caballería y el amor cortesano. Esta es también la hipótesis apoyada por Rodríguez Puértolas (1989: 48-51).

otra particularidad novedosa: por primera vez en las letras hispanas, estamos ante una narrativa destinada en buena parte a un lector femenino⁵³, como coinciden todos los críticos, por ejemplo Alvar, Gómez Moreno y Gómez Redondo (1991: 178). Quizá sea esta la razón por la que se incluyen en muchos textos sentimentales discursos y disputas en defensa de la mujer, actitud que contrasta con la corriente misógina de otros textos de la época como el *Corbaccio* boccacciano. También la predilección por el discurso epistolar y el contenido amoroso parecen estar determinados por los gustos y los hábitos del público femenino. Ya mencioné en el apartado 2.1.2., p. 54 las opiniones de Cortijo Ocaña y Cortijo Ocaña (1998) sobre la existencia de una práctica epistolar real entre enamorados en las cortes catalanas de los siglos XIV y XV, en parte motivada por el aumento del público femenino y del interés en torno a la problemática del amor.

Marín (1991) analiza la presencia de la mujer entre el público lector de los libros de caballerías, aunque también incluye algunas apreciaciones sobre la recepción femenina de la novela sentimental y la poesía de cancionero. Es en el siglo XII donde surge en las cortes de Provenza y Francia la dama culta aficionada y promotora de la literatura: Leonor de Aquitania, María de Champagne o Aalis de Blois. En España también encontramos testimonios de mujeres de la aristocracia que fueron, durante los siglos XV y XVI, grandes lectoras, entre las que destaca la reina Isabel la Católica, la reina Germana de Foix en la corte valenciana o Isabel de Valois. Los principales estudios sobre los lectores en la Edad

⁵³ A pesar del éxito de lectores, irrefutable por el número de reediciones y traducciones de que gozaron las novelas sentimentales, no se puede negar que, al menos en su concepción «estas novelitas van destinadas a la lectura femenina y cortesana, principalmente; pero, en realidad, entretuvieron el ocio y modelaron el temple de autores llamados Lope, Cervantes, Castiglione, Ribeiro, Ariosto» (Varela 1970: 4).

Media están generalmente de acuerdo en que durante el periodo medieval fueron las mujeres quienes constituyeron la mayoría del auditorio literario⁵⁴. Así se explican las recomendaciones de muchos autores moralistas o eclesiásticos del XVI (Antonio de Guevara, Fray Luis de Granada, etc.) sobre la conveniencia de que las mujeres abandonaran la lectura de los libros sentimentales y de caballerías en favor de la Biblia y otros libros devocionales, amonestación que delata indirectamente la presencia de un numeroso público femenino. Parece que los autores eran conscientes del interés que despertaba este género de obras entre las mujeres y por eso muchos se las dedican e incluso amoldan a sus gustos los contenidos y las formas literarias.

Pero repasemos ahora qué dicen exactamente estas dedicatorias, prestando atención especial a las tres obras que analizo en este trabajo. Rodríguez del Padrón, dedica el *Siervo libre de amor* a su amigo Gonzalo de Medina, juez de Mondoñedo (sustituto de Rodríguez del Padrón cuando éste tomó el hábito franciscano), a cuyas peticiones, vertidas en una serie de cartas, parece contestar la escritura del *Siervo*⁵⁵ (67). Nuestro autor se presenta a sí mismo y a su amigo como «eguales en bien amar» (ibíd.), descripción con la que —opina Prieto (1986: 43)— se delimita el «mundo *courtois*» al que pertenece el *Siervo*, su autor y su auditorio ideal, pues ese «bien amar» será una de las facetas características del cortesano. Las condiciones que definen a este destinatario explícito determinan muchos aspectos de la obra, como el propio Rodríguez del Padrón reconoce al justificar la elección de un estilo específico como medio de agradar a su amigo-receptor: «Mas como tu seas

⁵⁴ Auerbach (1969: 287), Zumthor (1972: 30 y ss.), Ruiz Doménec (1986: 383), Chevalier (1976: 83).

⁵⁵ Citado por la edición de Prieto (1986).

otro Virgilio e segundo Tulio Cicerone, príncipes de la eloquencia, non confiando del mi symple ingenio seguiré el estilo a ty agradable, de los antiguos Omero, Publio Caro, Perseo, Seneca, Ovidio [...]» (67). En el caso del *Bursario* (la traducción que Rodríguez del Padrón realizó de las *Heroidas*), el receptor explícito es femenino; la dedicatoria va para las «dueñas o señoras», utilizando una expresión que reaparecerá en otros títulos sentimentales como el *Triunfo de amor* («enamoradas dueñas») y que retoma la fórmula empleada por Boccaccio en su *Fiammetta* («innamorate donne»).

Cárcel de amor está dedicada a Diego Hernández, «alcaide de los donzeles y de otros cavalleros cortesanos» (3), célebre por haber hecho prisionero a Boabdil en la batalla de Lucena. Parrilla (1995: xxxvii-xxxviii) aclara las relaciones de servidumbre cortesana entre San Pedro y Diego Hernández⁵⁶ que explican esta dedicatoria y fortalecen aún más la concepción de la novela sentimental como género intencionadamente aristocrático. Para Prieto (1975: 293-295), este sería un «receptor-símbolo» que permite contextualizar el auditorio de San Pedro dentro de un mundo cortés. Como reconoce el autor en el prólogo, la escritura de la *Cárcel* estuvo motivada por la petición directa de Diego Hernández: «Porque de vuestra merced me fue dicho que devía hazer alguna obra al estilo de una oración que enbíé a doña Marina Manuel» (edic. de Parrilla 1995b: 3). Según Whinnom (1974), doña Marina Manuel fue descendiente de don Juan Manuel y la «oración» a la que se refiere San Pedro podría ser su *Sermón*; esta dama formó parte del círculo de la reina Isabel y gozó de gran fama, como certifica una carta amorosa dirigida a ella en el

⁵⁶ En el apartado correspondiente al perfil de los autores (2.4) se desarrollan las relaciones entre estos y los destinatarios de sus dedicatorias, por lo que no las repetiremos aquí.

Cancionero general. Pero además, su mención en el prólogo de la *Cárcel* está motivada porque se trata de una dama emparentada con los Téllez-Girón —señores de San Pedro—, como también lo estaba Diego Hernández de Córdoba.

Que San Pedro escribía para un lector ideal cortesano se constata de nuevo al comprobar las dedicatorias y las referencias a sus lectores en otras obras suyas, que destapan también la existencia de un gran sector de mujeres entre su público, conformado por las damas pertenecientes al círculo cortesano de la reina Isabel la Católica (Parrilla 1995: xliii-xliv); a estas damas va también dedicado sus *Tractado de amores de Arnalte y Lucenda* y *Sermón*. En la dedicatoria a las damas de la Reina con que empieza *Arnalte y Lucenda*, San Pedro insiste en la necesidad de agradar y aprovechar. En primer lugar, el autor afirma que escribe por mandado; su público son la Reina y sus damas, a quienes quiere entretener; persigue un «gentil estilo» que guste a este público. A partir de las palabras de San Pedro podemos deducir que su texto se dirigía a un público muy reducido y con unas características específicas: está compuesto por mujeres de la corte a las que hay que entretener, por eso se confeccionan obras de gran retoricismo, con temática amorosa y espacios y personajes exóticos y caballerescos, en las que la moralidad queda salvaguardada apenas por el final trágico del amor y la intención ejemplarizante expresada literalmente por los autores. El paso de un destinatario masculino a otro femenino parece ser un aspecto que distingue las primeras obras sentimentales de las correspondientes a la segunda etapa de creación del género:

La diferencia más notable que puede hallarse en este proceder entre la obra de Juan Rodríguez y las obras de Flores y San Pedro, amén de algunos otros especímenes, es que ha variado el receptor interno de los escritos. Pues si hombres-amigos, casi hermanos, eran los confidentes en el *Siervo* y en el *Tratado de cómo al hombre es necesario amar*, ahora serán las mujeres las que artificiosamente componen la audiencia lectora de *Triste*

delectación y de las obras de Flores y de San Pedro, según se nos informa en los proemios (Parrilla 2001: 15).

En último lugar, el *Triunfo de amor* de Juan de Flores se presenta como una larga carta de relación (73-75) en la que el autor se dibuja a sí mismo como «trotero» que viaja a lugares lejanos para buscar noticias que complazcan a las «enamoradas dueñas» a quienes se dirige solo con la humilde intención —aparentemente— de agradarlas y ser leído por ellas, única forma posible que el autor ve de poder ser recibido en las cortes donde estas damas deambulan. A diferencia del *Siervo* y de la *Cárcel*, en el texto de Flores no encontramos referencia a ningún destinatario concreto, aunque la pertenencia de su auditorio al entorno cortesano y su perfil femenino es explícito.

En Flores se aprecian otras intromisiones desde el ambiente político-social en que se escribe su *Triunfo*. Para Cortijo Ocaña (2001), en esta obra se ofrece una visión paternalista del poder monárquico; en la *Cárcel*, aunque la figura del rey quede representada por su comportamiento cruel, los elogios de San Pedro a la reina Isabel en el *Arnalte* desvelan, como en el caso de Flores, una «politización literaria relacionada con la corte de los Reyes Católicos» (Cortijo Ocaña 2001: 171). De este modo, queda bastante claro quiénes van a ser los lectores primeros de estas ficciones: las más altas esferas de la aristocracia. Por esta razón el autor incluye la pintura detallada de los exquisitos ambientes donde habita esta alta aristocracia y se describen fiestas, justas y otras ceremonias cortesanas que pueden ser reconocidas con facilidad por el lector ideal al que se dedica el texto.

2.6. LOS TEMAS

Como no hay consenso al postular una serie fija de rasgos compartidos por cada uno de los ejemplares del variable catálogo sentimental, para algunos investigadores la única

característica capaz de definir el género que se trata de historias amorosas que se centran en los estados emocionales y psicológicos de los personajes y tienen un desenlace funesto. Pero el tratamiento que el amor recibe en estos textos presenta algunas originalidades respecto a las tradiciones de las que se nutren. Como recuerda Canet Vallés (1992), el amor, según la Retórica clásica, era considerado una pasión inferior, propia de la comedia, de personajes de baja condición y, por tanto, expresada en estilo bajo:

El gramático Diómedes asigna a los *amores* al estilo cómico; Isidoro de Sevilla habla de los *amores meretricium* como objeto propio de la comedia, etc. Gran parte de la literatura amorosa medieval pertenece a esta tradición, que nace con los *Ars amatoria* y el *corpus eroticum* ovidiano, utilizando algunas veces la forma autobiográfica como marco narrativo. [...] El amor, definido como pasión y no como arte, genera otra corriente literaria, la de la *aegritudo*, basada en la tradición médica de la ‘enfermedad del amor’, y que podemos rastrear desde las tragedias griegas [...], pasando por las *Heroidas* y *Metamorfosis* de Ovidio hasta las tragedias de Séneca (Canet Vallés 1992: 228)⁵⁷.

Y será a partir de esta segunda corriente de la que surgirá en la Edad Media la plasmación ficcional del amor fuera de los cauces cómicos, especialmente gracias a la producción de Boccaccio, sobre todo, la *Fiammetta*, el *Filocolo* y el *Corbaccio*. En estas obras se analizan las causas y las consecuencias del amor y el proceso psicológico que viven los amantes, pero adoptando un estilo heroico para enmarcar esta temática en una esfera social elevada, aunque sin cuajar de manera definitiva el tono trágico que luego veremos en los textos sentimentales hispanos (Canet Vallés 1992: 230). La elevación del

⁵⁷ Ya Whinnom (1972) incluyó el tratamiento del amor como enfermedad en los tratados médicos medievales como otra de las fuentes de la ficción sentimental.

tema amoroso hacia el nivel trágico toma como instrumento principal la contextualización dentro de ambientes aristocráticos y refinados; así se observa al considerar quiénes son los protagonistas de estas obras, todos miembros de las más altas esferas de poder (Leriano es hijo de un duque), reyes (el rey de Persia en el *Triunfo*) o hijos de reyes (Laureola, Ardanlier, Liessa, Yrena). Se refuerza así la conexión entre la temática amorosa y el estamento nobiliario que se consuma en las composiciones sentimentales.

El tratamiento del amor en la ficción sentimental, tal como ha heredado de las tradiciones en que se inspira, se aproxima mucho al de los postulados de la lírica trovadoresca. No obstante, algunos de los elementos corteseros no cuajaron en nuestra prosa sentimental, como el que la dama sea casada (el amor adúltero), aspecto que sí desarrollan Boccaccio y Piccolomini, con gran sensualidad además. La causa estaría en que «la mayor severidad de la aristocracia castellana rechazaba las ficciones imaginativas basadas en este aspecto del amor cortesano» (Gili Gaya 1965 [1950]: xviii), una aristocracia de moral y hábitos más atemperados. De ahí que los autores opten por narrar un amor que se torna imposible por otras razones diferentes al matrimonio de la dama: el sentimiento de pudor, del honor, la oposición paterna, entre otros. Por ejemplo, en el caso de la protagonista femenina de *Cárcel de amor*, Laureola, parece ser la preocupación por la honra —esto es, la fama, la opinión ajena— lo que impide a la dama aceptar las pretensiones de Leriano, y es tal el peso de la honra en el desarrollo argumental de la obra que para Gili Gaya (1965 [1950]) se puede considerar un antecedente del tratamiento que este motivo recibió después en el teatro del siglo de oro.

La *Estoria de dos amadores* inserta en *Siervo libre de amor* tiene un final trágico al morir sus dos protagonistas, Ardanlier y Liessa, «fallecidos por bien amar», pero en la que el amor llega a la consumación (recordamos que el rey Creos mata a Liessa pero también al

hijo que lleva en el vientre). Por su parte, en *Cárcel de amor* Leriano padece un trágico final al morir por no recibir el galardón de Laureola. Estos y otros ejemplos dan buena cuenta del papel principal que la muerte ocupa en la temática sentimental y sirven para atestiguar la presencia de la muerte en la cultura medieval, como bien demuestran las danzas de la muerte desde finales del XIV y todo el siglo XV. Sin embargo, en la novela sentimental la muerte está cargada de un significado más estilizado: es la vía de escape ante el amor frustrado. Este aspecto manifiesta como «la novela sentimental es un género de transición precisamente por el hecho de que sus recursos expresivos, sus modalidades de sensibilidad y sus contenidos no responden, como se ha pretendido demostrar, netamente a la Edad Media» (Cvitanovic 1973: 29).

Cvitanovic (1973) enumera una serie de motivos argumentales que se repiten en las obras representantes del género sentimental:

a) La esclavitud de amor: La lealtad del amante a la dama, en actitud de permanente servicio, sin importarle la recompensa, incluso por encima de la lealtad a la autoridad. Todo el vocabulario testimonia esta visión del amor. «Esta esclavitud se formula como consecuencia del carácter inaccesible de la amada que aniquila toda esperanza, o por el poder de la “ventura”, o por la “fatalidad”, o por contingencias que los autores ni siquiera consideran dignas de mención o a las que apenas aluden» (Cvitanovic 1973: 316-317).

b) El amigo indiscreto: De función trascendente para la trama, pero muy vagamente perfilado como personaje. Tenemos un ejemplo en el *Siervo*, donde el desliz del amigo del autor es el que propicia el enfado y rechazo de la dama.

c) La enajenación amorosa y el suicidio: Bien representados en la figura de Leriano en *Cárcel de amor*. Allí vemos al protagonista prisionero de la cárcel alegórica,

completamente alienado de su condición cortesana por causa del rechazo amoroso, que será también el motivo de la muerte del amante frustrado.

Como podemos ver, el debate o tratado en torno al amor que constituyen estas novelas está siempre protagonizado por unos caracteres estereotipados que, tanto por su comportamiento como por los ambientes donde se mueven, podemos definir como una estilización de la realidad que conocen los receptores ideales. La asociación del tema amoroso a unos personajes y una ambientación aristocráticos, sumado al enfoque trágico que tienen la mayoría de las obras sentimentales, propició la adopción de una prosa acorde con estos parámetros, un estilo culto y extremadamente refinado.

2.7. EL CANAL

La novela sentimental aparece y se desarrolla en un momento en el que los hábitos de lectura y escritura iban a verse fuertemente afectados por varios acontecimientos. Desde el siglo XV, la cultura escrita sale por fin de los monasterios y comienza a ser accesible para el público secular, a pesar de que sigue existiendo una cantidad ingente de burgueses y nobles analfabetos. A esto hay que añadir otro factor trascendental que revolucionó la literatura y sus procesos de composición y recepción: la imprenta. La nueva técnica llegó a la Península alrededor de 1472 de manos de impresores alemanes como Juan Párix de Heidelberg (Martín Abad 2003, Norton 1997). La mejora y expansión de las técnicas de impresión modificaron el concepto de literatura, hasta entonces muy vinculada a la oralidad y sus procedimientos. La extensión de la imprenta no supuso la desaparición inmediata del manuscrito ni de la lectura grupal en voz alta, sino que durante un tiempo convivieron el libro impreso y el manuscrito, al menos, hasta finales del siglo XVI. En la ficción sentimental, nacida a la par que este cambio trascendental, se refleja la transición de una cultura literaria oral a una cultura literaria escrita (Wright 2003); en ella «convive el

audire con el *legere*» (Aybar Ramírez 2005: 911) y por esa razón pueden detectarse en los textos sentimentales muchos procedimientos propios de la oralidad⁵⁸. Aunque la lectura y la escritura impresa ampliaron exponencialmente su empleo en la sociedad de la baja Edad Media, la cultura literaria del medievo seguía marcada por la oralidad, y esta orientación hacia lo oral se vio fortalecida por las artes retóricas, las cuales constituían materia nuclear de las universidades y en las que sin duda estaban bien instruidos los escritores sentimentales, que aplicaron modelos académicos y poéticos al componer sus obras (Wright 2003: 285-286 y 299). La dependencia de los textos sentimentales respecto a las artes retóricas se palpa con claridad en diferentes niveles de composición, si bien es en el nivel estilístico donde mejor se aprecia la impronta de la oralidad: los periodos equilibrados y rítmicos apoyados en asonancias, repeticiones y antítesis; expresiones formulaicas; verbos de audición para interpelar al público; ironía; hibridación de diferentes tipos de discursos convencionalizados, entre los que sobresalen la «fabla», la disputa y el debate alegórico como géneros típicamente asociados a manifestaciones orales, en los que la kinesia (*actio*) y la modulación vocal (*pronuntiatio*) ayudan a aumentar el efecto perlocutivo sobre el auditorio (Aybar Ramírez 2005: 911). Las propias intervenciones de muchos personajes, con una retórica de gran intensidad y prolija ornamentación, parecen buscar un mayor dramatismo dentro de situaciones culturales repetidas. Se trata de un lenguaje muy elaborado que busca diferentes efectos sonoros, más perceptibles en una lectura en voz alta. Por eso la prosa sentimental se configura como una prosa rítmica, articulada a partir de frases y periodos equilibrados según patrones rítmicos a través de una puntuación que busca captar las pausas del hablar, de figuras acústicas como la aliteración,

⁵⁸ Para un estudio de las marcas y recursos de la oralidad puede consultarse Ong (1987).

la *annominatio*, la *traductio* y el *polyptoton*. Las frases paralelísticas y rítmicas en que se organiza el discurso sentimental adquieren muchas veces un carácter sentencioso o proverbial que posee una funcionalidad proveniente también de la tradición oral al otorgar autoridad al personaje que las emplea, el cual, normalmente, persigue con su discurso convencer o persuadir; por esta razón son más abundantes en los diferentes tipos de discurso directo que podemos encontrar en las ficciones sentimentales, principalmente cartas, debates y parlamentos.

Otros recursos de oralidad fuera del orden estilístico se refieren al uso de frases deícticas del tipo «y mirad que tan malicioso era» (*Grisel*, 367) o «he aquí Yrena» (*Siervo*, 101), aunque no abundan mucho en las novelas sentimentales. O el empleo de epítetos, tan típico en la literatura juglaresca, y que tiene una frecuencia insólita en el *Siervo* —donde prácticamente cada sustantivo posee un adjetivo calificativo antepuesto— pero escasean en la *Cárcel*, en la que el autor opta preferentemente por posponer el adjetivo al sustantivo. Los efectos dramáticos de la prosa sentimental —aspecto que también tiene su origen en la cultura oral— se manifiestan en procedimientos como la apóstrofe, la exclamación, la pregunta retórica, etc., así como en el uso de «frases corpóreas» (Wright 2003: 297-298), esto es, expresiones que describen movimientos y gestos para ayudar a materializar la emoción de los personajes, y que podían servir de indicaciones para una lectura dramatizada de la obra. Así lo cree Wright, para quien las obras sentimentales pudieron estar ideadas para lecturas dramáticas o incluso «teatros leídos» (311), pues incluyen muchas formas retóricas apropiadas para la recitación o interpretación: son muy numerosos los debates, poemas y otras formas de discursos directos. La descripción de espectáculos cortesanos como justas y diferentes ceremonias, las citadas frases corpóreas son otros recursos dramáticos que podemos encontrar en las ficciones sentimentales, así como su corta extensión. Esta última consideración es compartida por Martínez Latre (1989: 18): la

brevedad de los textos sentimentales se debe posiblemente a que eran leídos «en voz alta ante una selecta audiencia de receptores (damas y caballeros de la corte), como entretenimiento durante sus reuniones sociales».

En muchas ficciones sentimentales, entre ellas el *Siervo*, se incorporan composiciones poéticas que, en algunos casos, han llegado a convertir el texto en un *prosimetrum*. Este procedimiento también puede explicarse a partir del tipo de lectura, pues la versificación puede ser otra consecuencia de la lectura en voz alta de las ficciones sentimentales:

Es más, la autonomía de muchos poemas, —creaciones de otros como los de Alonso de Córdoba en *Grimalte y Gradissa*—, su circulación independiente —como la panegírica mariana de *Las siete angustias de nuestra Señora* en *Arnalte y Lucenda*—, o su evocación de tradiciones poéticas populares y trovadorescas —como las de la lírica gallego-portuguesa y el empleo de versos del poeta Macías en el *Siervo libre de amor*—, manifiesta una fluidez característica de un ambiente oral (Wright 2003: 301).

El estilo y la organización retórica de las ficciones sentimentales nos proveen de multitud de ejemplos de esta cultura de la oralidad. En cambio, la *Cárcel* —cuya fecha de composición se aproxima más a la implantación de la imprenta en la Península— parece menos sensible a la huella de la oralidad y presenta una reducción de los conceptos acústicos que encontramos en *Arnalte*, pero mantiene el uso de periodos equilibrados y rítmicos y de frases de tono sentencioso, características que desvelan una conexión con la oralidad. A este respecto, dice Blay (1992: 209-210):

El abandono de muchos de los conceptos acústicos y de la prosa rimada, característicos en *Arnalte*, en pro de un mayor interés por las técnicas de la *abbreviatio* en *Cárcel de Amor*, se justificaría, en buena

medida por la aceleración que la transmisión impresa hacía posible respecto al proceso de lectura. La nueva prosa conscientemente breve de la *Cárcel* resulta asimismo más densa y de una complejidad mayor, por lo que se adecuaría perfectamente al nuevo tipo de lectores, proveyéndoles de mayor cantidad de información y más detalladamente, en un lapsus de tiempo más breve.

Para Weissberger (1983), por la datación aceptada para las dos ficciones sentimentales de San Pedro, puede suponerse que las diferencias de estilo estuvieran motivadas en parte por estar destinada la *Cárcel* a la publicación en la imprenta, mientras que el *Arnalte* fue escrito años antes de su impresión. Este dato no conlleva, sin embargo, que San Pedro escribiera para un público de lectores silentes, sino que, al igual que la *Celestina*, fue primeramente leída en voz alta ante un grupo de personas. No obstante, sí podría indicar que San Pedro —inmerso en ese tránsito de una cultura oral a otra escrita— fuera consciente del cambio de estilo de lectura al que su obra tendría que adecuarse, de ahí que redujera ciertos recursos, sobre todo acústicos, y simplificara el estilo de la *Cárcel*.

Las mismas apreciaciones sobre los nuevos hábitos de lectura tuvieron que ser compartidas por Juan de Flores, quien escribió sus dos ficciones sentimentales más famosas casi por los mismos años que San Pedro. Es cierto que su estilo es menos ornamental, pero conserva expresiones dramáticas y frases de estilo proverbial, además de poseer un tono polemicista que se acentúa en los debates y disputas insertos en sus textos. Precisamente, la tonalidad polémica de muchas ficciones sentimentales es considerada por Wright (2003) otro síntoma de oralidad latente en el texto escrito. Se trata de una característica relacionada con la dependencia de las retóricas, pues estas son en muchos aspectos manuales de argumentación. La propia trama de las ficciones se basa en relaciones de tensión (padre-hija, razón-pasión, etc.) y son muy frecuentes los debates y las apologías, como ya hemos señalado más arriba.

Un rasgo profusamente analizado por los estudiosos de la novela sentimental ha sido la presencia ficcionalizada de autor y público en los textos. Se trata, en opinión de Wright (2003), de un modo de ayudar a los lectores a superar la barrera entre ficción y realidad en un momento en el que la transmisión impresa y la lectura individual de las narraciones rompían el vínculo físico entre autor y receptor.

Por consiguiente, el paso gradual de la lectura en voz alta, para un auditorio, hacia la lectura individual, en silencio, fue uno de los factores más influyentes en la transformación del estilo de los textos literarios, que no hay que achacar únicamente a la irrupción del humanismo, impulsado por los Reyes Católicos, como hace Whinnom (1960), sino también a la revolución que la imprenta supuso para la composición, transmisión y lectura de los textos.

2.8. EL PROPÓSITO

Es un tópico de la literatura medieval revestir cualquier tipo de composición literaria de una doble finalidad sintetizada en la máxima horaciana del *docere et delectare*; la novela sentimental no es original en este aspecto, pues su escritura está determinada por este doble propósito, como declaran explícitamente sus autores:

Effiçiones, digo, al poético fyn de aprouechar y venir a t́y en plazer con las fablas que quieren seguir lo que naturaleza no puede sofrir aprouechar con el seso alegórico que trahe consigo la ruda letra [...] (*Siervo*).

[...] Y recuenta primero la caída y fortuna d'este Dios de los amores, ante que diga de sus felicidades; y va dirigido a todas las enamoradas dueñas, para que el tiempo vicioso se ocupen en leer los casos tristes que a este señor en esta nuestra vida acaecieron (*Triunfo*).

Y [...] vengo acompañado de novelas, por que por órlas gozéis

(ibíd..) ⁵⁹.

Si, por un lado, la ficción sentimental busca servir de entretenimiento cortesano, nunca pierde de vista, sin embargo, que sus contenidos y sus argumentos no deben contravenir la moral que domina su tiempo. Es más, la propia elección del tema central de estas obras, la polémica en torno al amor y el comportamiento amoroso de hombres y mujeres nobles, desvela su parcial naturaleza aleccionadora. Precisamente, este impulso doctrinal de muchas obras sentimentales ha sido uno de los argumentos para vincular el grupo sentimental con el tratado.

En la narrativa italiana esta intención también está declarada por sus autores (así en la *Fiammetta*⁶⁰ o en la *Historia duobus amantibus*), aunque las disimilitudes entre la moralidad italiana y la hispana justifican el rechazo de ciertos motivos argumentales como el adulterio (Gili Gaya 1965 [1950]: xviii y Whinnom 1972). No obstante, tanto en la ficción italiana como en la española, este propósito moralizante explica la presentación de sus textos como historias verdaderas por medio de procedimientos narrativos diferentes (autobiografías, historias vividas por el autor como testigo)⁶¹, pues la verosimilitud derivada de presentarlas como experiencias personales fortalece su carácter admonitorio. Con estos procedimientos, los autores llevan a cabo una fusión entre el plano real y el

⁵⁹ En el caso de *Triunfo de amor*, la lección al auditorio se presenta de forma irónica, mostrando las contradicciones del código cortés mediante una fábula que intercambia los roles de hombres y mujeres en el proceso amoroso.

⁶⁰ La motivación de Fiammetta para contar su historia es influir en el público femenino, ofrecerle una enseñanza sobre el amor.

⁶¹ Los diversos papeles actanciales del autor: el autor-protagonista del *Siervo*, el autor-personaje del *Triunfo* o el autor-testigo de la *Cárcel*.

ficticio, fortaleciendo así el pacto de credibilidad con los lectores. La mención de localizaciones reales —próxima en ocasiones a la geografía del receptor ideal—, de figuras históricas conocidas y de personajes y obras literarias leídas por el auditorio directo son también recursos que ayudan a enraizar el mundo ficcional de los textos sentimentales en la realidad de sus lectores potenciales, logrando así un mayor calado de su mensaje ejemplarizante. Para Canet Vallés (1992), el *Siervo* retoma la autobiografía epistolar usando una combinación del marco narrativo de la *Historia duobus amantibus* y de la intención moralizante de la *Fiammetta* de Boccaccio, pero, a diferencia de las novelas sentimentales del segundo periodo del género (como la *Cárcel*), la obra de Rodríguez del Padrón no presenta un desarrollo trágico, pues el arrepentimiento del amante desemboca en «una evaluación moralmente positiva de toda la vivencia. El didactismo subyacente convierte a la vivencia amorosa en prueba moral» (Rohland de Langbehn 1989a: 233).

El uso de la alegoría es quizás la expresión más ostensible del principio moralizador que mueve a los autores sentimentales «a través de un tamiz de cristianización medieval» (Rohland de Langbehn 1989a: 322), aunque el mundo clásico empieza a despuntar en el hombre del siglo XV como algo más que una trillada fuente de autoridad. Sin embargo, muchas veces esta intención doctrinal y moralista resulta más tópica, retórica, que sincera. La actitud de los autores sentimentales manifiesta el paso hacia la modernidad del Renacimiento en cuanto el didactismo está cada vez más arrinconado en favor de los intereses estéticos. En este sentido, la conjunción de lo ético y lo estético es una constante de la novela sentimental. Si, por un lado, la elección del tema está determinada por el afán ejemplarizante, muchos aspectos retóricos denotan un preciosismo y una afectación causados por la búsqueda de la belleza, incluso la elección de elementos exóticos, pintorescos o maravillosos:

La teoría retórica medieval e incluso los modelos medievales influyen en Rodríguez del Padrón, San Pedro y Flores, pero ya el segundo se distancia parcialmente de esta vertiente, por lo menos en el *Sermón*, según ha señalado Whinnom, en un estilo que carece virtualmente de pretensiones y de ornamentos de estilo. Con todo, la línea general implica una persistente intromisión de la retórica en el estilo y, a veces, esta relación es de causalidad, condiciona, promueve y también limita los horizontes narrativos (Rohland de Langbehn 1989a: 320-321).

La realización o consumación del amor —más o menos platónica, o más o menos sensual— es el motor que impulsa a los héroes sentimentales masculinos, mientras que, por su parte, las mujeres luchan por evitar esta consumación, por eso, las intervenciones de ambos están impregnadas de una retórica argumentativa que busca convencer a su oponente dialéctico. Dicho de forma más resumida, el propósito de los personajes sentimentales es, básicamente, la persuasión, y esta finalidad va a guiar la utilización de unos determinados recursos retóricos y estilísticos en sus discursos, en muchas ocasiones, tomados de las convenciones retóricas propias de las diferentes modalidades de *disputatio*.

Finalmente, si recordamos las dedicatorias, las introducciones o las cartas-prólogo que encabezan las ficciones sentimentales, nos daremos cuenta de que sus autores están en buena medida motivados por unos intereses no siempre declarados. Quieren agradar a sus compañeros, a sus señores o a sus reyes, a los más altos estamentos de la aristocracia, sí, pero no solo para proporcionarles un elegante entretenimiento acorde con su estilo de vida cortesano: uno de los propósitos tácitos de los autores sentimentales puede ser la búsqueda de aceptación y estima dentro de esa sociedad cortesana.

2.9. EL CO-TEXTO O DOMINIO DEL DISCURSO: PERSONAJES Y ESCENARIOS DE LA FICCIÓN SENTIMENTAL

Ya se ha mencionado en varios lugares de este trabajo cómo la novela sentimental lleva a cabo una fusión entre la realidad y la ficción mediante varios procedimientos narrativos, especialmente aquellos que afectan a la función del autor dentro de sus historias. La elección y caracterización de los personajes puede describirse a partir de varias categorías: autor-personaje; personajes históricos (pertenecientes al ambiente nobiliario de los escritores y los lectores); personajes literarios (tomados de una tradición cultural compartida entre lectores y autores); personajes alegóricos (recurso motivado por la influencia de la poesía cancioneril y el tratadismo medieval) y personajes aristocráticos (los más importantes, pues suelen ser los protagonistas de la narración). En lo referente a la ambientación, además de algunos escenarios alegóricos (la cárcel de San Pedro, los senderos arbolados de Rodríguez del Padrón en el *Siervo*, etc.), hay una mezcla de lugares exóticos (Persia, Macedonia, Escocia...) y otros más próximos a la realidad de los lectores (la peña del Padrón, Peñafiel, Sierra Morena...), pero, en general, aparte de estas menciones específicas de la geografía peninsular, la localización de la narrativa sentimental suele ser vaga e imprecisa.

La narración en primera persona del *Siervo*, que nos presenta la historia como un acontecimiento verídico, vivido por su autor-narrador; la presencia de Diego de San Pedro en la *Cárcel* como personaje-testigo que narra la historia y participa en ella; o el papel de Juan de Flores como mensajero del dios Amor en el *Triunfo*, son diferentes modalidades de esta estrategia narrativa que busca anclar la historia relatada en la realidad de sus receptores explícitos. Los autores-personajes de estas obras poseen todos un contorno que los encuadra dentro del contexto de la corte; son hombres letrados de gran cultura y maneras gentiles que pertenecen —salvando algunas distancias— al mismo ámbito social en el que se mueven los aristocráticos protagonistas de sus composiciones, los cuales no son más que un reflejo selecto de los propios receptores explícitos de estos relatos: en el

Siervo, Ardanlier es hijo del rey Creos de Mondoya; Liessa, del gran señor de Lira; y la infanta Yrena es hija del rey de Francia. En la *Cárcel*, Leriano es hijo del duque Guersio y Laureola es la hija del rey de Macedonia. En el *Triunfo*, Amor elige al rey de Persia para ser su portavoz. Este es un rasgo compartido por las obras del grupo sentimental, en las que los personajes son estereotipos cortesanos, representaciones idealizadas del caballero y la dama, que cumplen diversos papeles en la trama.

Aunque es admisible la caracterización de la novela sentimental como género de evasión⁶², la naturaleza aristocrática que le confieren tanto el tema como los personajes y los espacios es análoga a la de los autores sentimentales y sus lectores ideales. Las cualidades que retratan a los personajes, los ambientes en que actúan, no pueden definirse siempre como realistas, pero sí constituyen una depurada estilización del escenario aristocrático del cuatrocientos a partir de sus rasgos más exquisitos y de los conflictos entre sus anquilosados códigos de conducta, estilización que es aplicable igualmente al lenguaje con que los personajes se manifiestan. Como dice Aybar Ramírez (2005: 816 y 819) los personajes quedan descritos a partir de su nombre propio, del estilo de su hablar y de los moldes discursivos que eligen para vehicular su pensamiento, pero las características con que se les describen son siempre abstractas y esquemáticas y no tienen más valor que el de perfilar el ámbito cultural y social al que pertenecen. Esta caracterización arquetípica de los personajes les resta individualidad y humanidad y los presenta más bien como baluartes

⁶² La localización de estas narraciones así lo sugiere, en su mayoría, ambientadas en mundos remotos: sucede en *Cárcel de amor*, en la que, aparte del anclaje inicial en Sierra Morena, la acción se desarrolla en Macedonia; o también en *Triunfo de amor*, donde el conflicto se sitúa en Persia. Esto otorga al autor una mayor libertad a la hora de fabular sucesos poco creíbles, pues, como se trata de geografías lejanas y desconocidas por los lectores, el pacto de credibilidad entre autor y lector se mantiene incólume.

de una idea, representantes de una postura del ideario amoroso-cortés (Cortijo Ocaña 2001: 300). En palabras de Rohland de Langbehn (1999: 70), los personajes «son reducidos a una situación y a un enunciado típico, como si se tratara todavía de personificaciones alegóricas». Como ejemplo pueden citarse no solo los discursos pronunciados por las figuras alegóricas —como la Discreción y el Entendimiento en el *Siervo* o el Deseo en la *Cárcel*—, también la apología de Lariano al final de la *Cárcel*.

En ocasiones, los personajes de la novela sentimental comparten con los receptores textuales su papel de lector. Es lo que ocurre, por ejemplo, en el *Grimalte* y *Gradisa* de Flores, donde la indistinción entre mundo real y mundo ficcional se fortalece a partir del conocimiento explícito que los personajes poseen de otras obras literarias anteriores (Weissberger 1983). Para Chas (1994) la *Cárcel de amor* ofrece un primer intento de la prosa moderna, y sus aspectos técnicos desvelan que pertenece a un género de experimentación narrativa. Dos de estos aspectos técnicos se refieren a la configuración de universos ficcionales y a su estructura metaficcional. Algunos teóricos de la literatura consideran que existen cuatro tipos de universos ficcionales: el maravilloso, el realista, el fantástico y el híbrido. En la *Cárcel*, Chas detecta la existencia de un universo realista y un universo alegórico o maravilloso, siendo el primero (la narración) el que explica al segundo (la alegoría introductoria de la cárcel), aunque ambos se encuentren imbricados y no haya una separación nítida entre ellos. Por ejemplo, al comienzo de la obra, el autor se adentra en los montes de Sierra Morena (ficción realista), donde encuentra a un personaje alegórico, el Deseo, custodio del cautivo de amor (ficción maravillosa).

Pero al hablar de mundo realista se debe precisar que no se trata de un correlato exacto del mundo real, sino que en él se selecciona y se da preponderancia a unos contenidos y actitudes reconocibles por el lector real; es un universo en el que sobresale la

emoción, un mundo sentimental regido por una fuerte convencionalización. A pesar de tratarse de un universo realista —que se sustenta en leyes del mundo extraliterario—, la *Cárcel* y otras obras de su género prefieren situarse en lugares exóticos y lejanos. Así, la obra de San Pedro se enmarca en Macedonia, aunque el punto de partida sea Sierra Morena y al final del relato San Pedro regrese a Peñafiel. La indeterminación temporal también coadyuva a crear una sensación de lejanía; en la *Cárcel*, hay una mención verídica a una guerra inmediatamente anterior —que para Whinnom (1972) es la guerra de Granada— pero ninguna otra información cronológica ayuda a situar la historia narrada. A diferencia de las novelas de caballerías, los pasajes bélicos se desarrollan sin intervención alguna del elemento maravilloso, con una actitud más próxima al de las crónicas que al de, por ejemplo, el *Amadís* o *El caballero Çifar*, lo que fortalece la definición de la novela sentimental como género que propende más al realismo que al idealismo; no obstante, la ambientación lejana y mítica sí conecta en ocasiones con los textos caballerescos, como sucede con la mención en la *Cárcel* de lugares y nombres propios aparecidos en los relatos artúricos⁶³. Es innegable que tanto en la *Cárcel* como en los demás representantes del corpus sentimental se produce una potente idealización, por ejemplo, en personajes como Leriano, perfecto enamorado y caballero. Por eso no puede considerarse la novela

⁶³ Algunos motivos argumentales de la *Cárcel de amor*, ciertos nombres de personajes y de localizaciones fueron posiblemente tomados de la *Mort Artu*, cuyo conocimiento en la Península está corroborado a partir de algunas traducciones. Por ejemplo, Laureola resuena a *Laurette au Blanc Chief* o *Laurette de Brebaz*, nombres procedentes de la novela artúrica (Deyermund 1993: 54); y Leriano pudo haber sido tomado del caballero *Leriador* de la *Historia de Merlín* (Parrilla 1995: 9, n. 8). Los ecos de los nombres de los protagonistas sentimentales recuerdan otras tradiciones además de la artúrica; el nombre de Liessa en el *Siervo libre de amor*, por ejemplo, pudo haber sido tomado del *Roman de la Rose* o de la lírica galaico-portuguesa (Prieto 1986: 84, n. 45).

sentimental como un reflejo de la sociedad cortesana española del siglo XV, sino como una depuración de esta sociedad, concentrada en el análisis de la sentimentalidad humana, de la psicología del amor (Whinnom 1988:65-66).

Es en el universo alegórico de la *Cárcel* —entremezclado con ese otro mundo realista depurado— donde irrumpe lo sobrenatural, que es, no obstante, sentido con extrañeza por el *auctor*, como si de este modo nos avisara de que se está adentrando en un mundo maravilloso distinto del mundo real del que procede; al menos, esta es la sensación que busca provocar en el lector el texto, a pesar de que él ya sabe que en realidad se trata de dos mundos de ficción. Este mundo maravilloso, como conocemos después gracias a las explicaciones de Leriano, es un mundo alegórico en que cada personaje, cada objeto y cada característica posee un significado: «Se trata de la alegorización del sentimiento amoroso. Refleja, plásticamente, la psicología de un personaje enamorado» (Chas 1994: 97). En el *Triunfo*, también lo sobrenatural irrumpe casi desde el comienzo por medio de la resurrección de los amantes muertos que Medea lleva a cabo gracias a un ungüento mágico. Por su parte, en el *Siervo* lo maravilloso sirve para poner punto y final a la historia de Ardanlier y Liessa cuando el poeta Macías aparece para deshacer el sortilegio del palacio de los dos amadores.

El segundo aspecto que mencionaba más arriba, la estructura metaficcional, se refiere a la inserción del propio autor y de sus supuestas experiencias personales en el texto, es decir, al autobiografismo explícito o encubierto, efectivo o impostado, característica que ha sido señalada reiteradas veces como uno de los recursos distintivos de la ficción sentimental. Hace bien Chas (1994) en no usar el término autobiografismo, que es ambiguo en literatura y también innecesario para la interpretación. Se trata más bien de la creación de dos ficciones, una de las cuales se presenta como biográfica con el fin de crear en el

lector la ilusión de veracidad. Es precisamente en este juego metaficcional donde Chas concentra la modernidad de la *Cárcel de amor*. En el *Siervo*, Rodríguez del Padrón también refleja experiencias personales. Así, por ejemplo, la *Estoria de dos amadores* se desarrolla por diversos reinos y países europeos conocidos por el autor gracias a los viajes que realizó con el cardenal Cervantes (la corte de Francia y la corte imperial) y la geografía natal de Juan Rodríguez adquiere un relieve especial al ser la peña del Padrón el lugar donde Ardanlier y Liessa construyen su secreto palacio. Además, el autor convierte al poeta Macías —paisano suyo y posiblemente amigo y conocido— en el personaje que resuelve el encantamiento de este palacio. «Macías sirve, así, de eficaz punto de conexión entre esta ficción caballeresca y sentimental, y la realidad en la que se encuentra el autor “recitando” la *Estoria*» (Gómez Redondo 2002: 3321). Rodríguez del Padrón, sin buscar retratar con detalle y realismo el entorno del que procede, no evita tampoco una ambientación acorde con su estatus socio-cultural:

En las páginas del hidalgo gallego no se refleja otro ambiente que el de la alta nobleza, no sólo la de España, sino la de muchas cortes de Europa [...], pues la casta noble se sentía solidaria, por cima de las frontera nacionales. [...] A boca llena habla Juan Rodríguez de emperadores, reyes, príncipes y magnates, enaltecidos por la pompa ceremoniosa que da vistoso prestigio a cada uno de sus actos (Lida de Malkiel 1978 [1952]: 27-28).

En cuanto al texto de Flores, éste recurre a estrategias similares para llevar a cabo ese juego metaficcional que encontramos en el *Siervo*, la *Cárcel* y tantas otras obras sentimentales. En su *Triunfo de amor* aparecen en el mismo plano de ficción-realidad personajes conocidos por los lectores, ya sea porque pertenecen a una tradición literaria

que se presupone acreditada entre el público potencial (personajes mitológicos como Medea; personajes históricos, como Rodríguez del Padrón o Macías, que aparecen como embajadores del dios Amor⁶⁴), o bien porque son nombres relevantes de la realidad del siglo XV. En lo referente a la ambientación, el mundo palaciego quedará minuciosamente descrito en sus fiestas, recepciones, justas y representaciones teatrales, en un ambiente de refinamiento extremo, lo cual aporta una nota de realismo que se diluye entre tantos otros aspectos idealistas que se observan en el texto, como la localización exótica (la acción comienza en Asia y Frigia). Esta representación detallada del ambiente aristocrático y la combinación de personajes ficticios y reales hace sospechar que en determinados pasajes, Flores lleva a cabo una composición *à clef* inspirado por su asistencia a numerosas recepciones cortesanas (Cortijo Ocaña 2001: 159), ya que, además de cronista, nuestro autor estuvo al servicio de los Osorio y Álvarez de Toledo (ibíd.: 140 y 152). Este realismo mundano que aporta la ambientación, aleja la obra de Flores del tono simbólico o alegórico de la *Cárcel* o el *Siervo*. No obstante, hay que reconocer que, en general, la localización —parcamente descrita— y la cronología de todas estas historias suele ser muy imprecisa y solo en ocasiones recogen alguna alusión directa a un lugar o acontecimiento específico conocido por el autor: la peña del Padrón en el *Siervo*; el paso por Sierra Morena y el retorno a Peñafiel de San Pedro en la *Cárcel*...

En conclusión, puede afirmarse que las ficciones sentimentales proponen una conciliación entre los autores, los personajes, los lectores y los escenarios por donde

⁶⁴ «Y de la otra parte del Dios de Amor vinieron dos caballeros amantes, que de su partido quedaron, que siempre su constancia dura entre aquéllos. Fueron el uno Juhán Rodríguez del Padrón y el otro Macías», (Gargano 1981: 118).

transitan, incluyéndolos a todos dentro de una ficción narrativa que se nutre de muchos aspectos de la realidad histórica y cultural compartida por escritores y público para crear un universo de esencia aristocrática, elitista y suntuoso. Se produce en estas ficciones una equivalencia entre el perfil socio-cultural de autores, personajes y lectores ideales, puesto que todos se presentan en los textos como figuras pertenecientes a la órbita de la aristocracia cortesana, habituados a las ceremonias y pasatiempos palaciegos como las justas o las representaciones teatrales. Tanto sus comportamientos como su estilo de habla pretenden cumplir con el estereotipo de cortesano galante. Por eso sostiene Gómez Redondo (2002: 3153) que los textos sentimentales tuvieron que sustentarse en una «realidad sentimental» que sirvió de fuente a sus personajes y a los conflictos argumentales que relatan:

De este modo, antes que la “ficción sentimental” tiene que existir una “realidad sentimental” que alimente historias y aliente a personajes, recortados con el perfil de unas vivencias ciertas y de unas experiencias verdaderas que pueden descubrirse a nada que se examine el friso cronístico de la primera mitad del siglo XV; ahí es donde se encuentran los gérmenes de estas narraciones, así como las pautas (literarias y doctrinales) a que obedecerán sus protagonistas.

2.10. EL ESTILO DE LA PROSA SENTIMENTAL

En este apartado haremos recapitulación de las ideas principales vertidas en las páginas precedentes para proponer una definición exacta y bien argumentada de los rasgos que caracterizan el estilo de la lengua de las tres obras sentimentales que utilizo como corpus en este estudio. Para delimitar el estilo es indispensable acudir a una serie de parámetros pragmáticos; en primer lugar, el autor y el receptor. En los apartados 2.4. y 2.5. se llegó a una caracterización del perfil de los autores y el auditorio de estos textos que los sitúa en la escena de la aristocracia tardomedieval hispánica. Tanto los escritores

sentimentales como su público compartían una ideología procedente de la tradición *courtois*, la cual, como se ha demostrado en el apartado 2.3., no solo ocupó buena parte de la producción literaria culta de ese periodo, sino que llegó a convertirse en un código de comportamiento dentro de los sectores más refinados de la sociedad cortesana. Se trata de autores cultivados, letrados, y estrechamente relacionados con las altas esferas de la nobleza. Así, Rodríguez del Padrón fue un hidalgo gallego que llegó a ocupar cargos de relevancia dentro de la iglesia castellana del siglo XV. Juan de Flores, por su parte, fue casi con seguridad el cronista de los Reyes Católicos. Por último, Diego de San Pedro estuvo al servicio de uno de los linajes nobiliarios de mayor influencia de su tiempo, los Téllez-Girón.

Dentro de su red social, las obras compuestas por estos escritores tenían la finalidad de cumplir las expectativas de entretenimiento cortesano, por eso pueden concebirse como una de las expresiones literarias de la cultura cortesana, de la misma manera en que también quedó plasmada en otras formas como la poesía de cancionero, los tratados, la prosa de caballerías...: se trata, en definitiva, de diferentes manifestaciones de las *artes de amar*, ya que el amor fue uno de los centros temáticos que más alentó el interés del cortesano. Concretamente, estos textos están diseñados para satisfacer a un pequeño espectro dentro de ese universo de caballeros y doncellas que ostentan la cultura cortés como una señal de clase. Son ficciones dirigidas especialmente a las dueñas y doncellas de la corte regia, lógico si consideramos la posición privilegiada que ocupaba la mujer dentro del sistema del amor cortés y, sobre todo, si añadimos que en este periodo el número de mujeres lectoras se incrementó en la Península gracias sobre todo a la apertura de la cultura escrita desde los monasterios a la población laica, a la mediación de la reina Isabel en la formación de sus cortesanos, a la aparición del libro impreso y a la consiguiente extensión del hábito de lectura individual. En todo caso, tras revisar las dedicatorias de estas obras,

queda claro que estaban intencionalmente dirigidas a un público cortesano y culto, interesado por la problemática del amor y las contradicciones que la filosofía cortés planteaba al pretender integrarla junto a otros códigos de conducta como el del honor, la virtud y la caballería en la realidad social en que vivía el estamento nobiliario en la España de los siglos XV y XVI (Wardropper 1953: 192)⁶⁵. Es además un público de maneras y comportamientos sumamente distinguidos y exquisitos en sus diversas facetas (vestimenta, entretenimiento, gestos, formas de hablar...). Para obtener una caracterización de este público y esta nómina de literatos, ha sido preciso describir cómo era el entorno en que se desenvolvían y explicar, a grandes rasgos, los acontecimientos políticos y culturales que determinaron dicho entorno, como hemos hecho en el apartado 2.3.

Si los autores buscaban agradar y ser aceptados dentro de este ambiente, sus obras debían adaptarse a las expectativas estéticas e ideológicas de este público. Esta adaptación afecta también al estilo de lengua de estas narraciones, haciendo que la prosa sentimental sea un perfecto exponente de la variedad más culta y ornamentada de todas las que se puedan encontrar en su época. Aunque el advenimiento de los Reyes Católicos supusiera un avance hacia el humanismo y un abandono de los excesos expresivos del periodo inmediatamente anterior, en cualquier caso estamos ante un producto verbal altamente refinado, opuesto a cualquier manifestación natural de la lengua. A la elaboración que cualquier texto escrito con intenciones literarias conlleva, hay que sumar en este caso que se trata de obras conscientemente dedicadas a un público que se complace en ver reflejadas

⁶⁵ Un hecho cultural que parece claro en todas las ficciones sentimentales es que su reflejo de un mundo mítico y legendario, henchido de ideales caballerescos, contrasta con la realidad empírica en que fueron escritas (Blay 1992).

hasta la quintaesencia las maneras distintivas de su estatus elitista.

Pero no solo los semblantes del autor y del receptor ayudan a llegar a esta conclusión. Todos los componentes implicados en este tipo de comunicación literaria están íntimamente relacionados. Aunque hacer comentarios en cuanto al canal de difusión del texto literario pueda parecer baladí a la hora de entender las particularidades de la lengua de una obra, en el caso concreto de la ficción sentimental, al coincidir con la invención de la imprenta y las consecuencias que este acontecimiento generó en la cultura literaria, podemos observar que el estilo de los autores sufrió el impacto de estas transformaciones en la modalidad de lectura.

En cuanto al contexto intertextual de la ficción sentimental, ya hemos revisado las diferentes tradiciones literarias de las que bebieron los autores para la conformación de este género híbrido, todas ellas tradiciones cultas (Ovidio, Boccaccio, Piccolomini, la poesía de cancionero, la literatura tratadística, las narraciones caballerescas, las *artes dictaminis*)⁶⁶. Por otro lado, ya sabemos que en la Edad Media no existió una teorización completa y coherente del sistema de los niveles de estilo. Si el sistema de los tres estilos propuesto por el Marqués de Santillana⁶⁷ apartaba al estilo ínfimo, propio de la comedia y

⁶⁶ Hay algunos elementos que sí parecen provenir del folclore, como la figura del salvaje (Deyermond 1993).

⁶⁷ «La teoría de la época no elaboró un sistema completo de los niveles de estilo. En el “Proemio” de Santillana toda producción en lengua vulgar elaborada con arte se caracteriza como de estilo mediocre. Sin embargo, una división de niveles de estilo se reconoce en la expresión “metro elevado” utilizado en la *Comedia de Ponza copla 101*, y se puede describir como estilo de versos largos, con neologismos, comparaciones cultas, figuras elocutivas. Aunque el *Siervo libre* y la *Sátira* se encuentran en el límite temático entre alegoría seria y la más liviana alegoría de amor, se trasladó a su prosa el nivel elevado que

de los personajes humildes, el tratamiento del amor y, además, toda obra compuesta en romance no podía superar el estilo mediocre, con la novela sentimental tanto la lengua como el tema reciben un trato del todo sublime, para lo cual se debe primero elevar el amor al nivel de lo trágico; la ambientación, los personajes, el lenguaje en el que se expresan y el desenlace fatídico de la historia son los instrumentos para lograrlo. El estilo verbal —que es el que aquí interesa— es también uno de los medios más fácil y rápidamente perceptibles con los que enaltecer el estatus trágico de la obra. En el caso concreto de los autores sentimentales, optan por una prosa compleja, con tendencia al latinismo sintáctico y discursivo, con una ornamentación profusa, a veces sobrecargada de diferentes figuras elocutivas, con referencias y menciones cultas y librescas. Para Rohland de Langbehn (1989a), a falta de un modelo dentro de la prosa castellana que pudiera servir a los autores sentimentales para la composición de sus textos en un estilo acorde con las intenciones elitistas que los guiaban, fue el estilo alegórico el que les proveyó —en ese primer momento de surgimiento del género— del semillero expresivo apropiado. No solo en la presentación alegórica de conceptos se constata, por tanto, la impronta de la literatura alegórica, pues también la retórica elocutiva de la ficción sentimental recibió su influjo. Por último, el prurito de componer unos textos en un estilo sublime, afecta también a la elección de unidades discursivas en que se estructuran. La composición de un estilo

caracteriza el estilo alegórico. Por ello sus autores buscan un nivel de ornato difícil y rehúyen toda semejanza de sus expresiones con situaciones en la vida. Sus unidades discursivas se definen en la búsqueda de un estilo elaborado por medio de discursos y cartas, adaptado a la temática alegórica. Este nivel de estilo característico para la novela sentimental por su origen en la alegoría, se conserva cuando en la segunda mitad del siglo XV se define el desarrollo trágico de la fábula, que determinará posteriormente a todo el grupo» (Rohland de Langbehn 1989a: 234).

elevado explica la exclusión del diálogo a favor de discursos y cartas retóricamente estructurados y ornamentados con el objetivo de defender una argumentación, esté justificada o no por el hilo narrativo.

CAPÍTULO 3. TEORÍAS ACTUALES EN TORNO A LA ELIPSIS

Como una de las manifestaciones más evidentes de la ley universal de economía en el lenguaje, la elipsis afecta a todos los niveles de la lengua, ya que pueden omitirse tanto fonemas o palabras como enunciados completos. A esta diversidad de fenómenos, hay que añadir la multiplicidad de explicaciones proporcionada por las diferentes escuelas lingüísticas:

Desde el siglo XVI, y bajo la visión de F. Sánchez de las Brozas, hasta los planteamientos actuales del fenómeno, pasando por todo el funcionalismo y el generativismo en sus distintas versiones, la elipsis desde un punto de vista sintáctico se ha erigido en un fenómeno gramatical de interesantes explicaciones y provocadoras controversias. (Paredes Duarte 2004: 74).

Sin embargo, hay que recordar que con igual fuerza este interés afloró también en el campo de la retórica, enfoque que sigue siendo, junto a la perspectiva gramatical, una de las dos líneas esenciales en la investigación de los hechos de omisión y supresión en el lenguaje⁶⁸, pues es innegable el valor estilístico que la elipsis adquiere en muchos contextos, sirviendo a las necesidades expresivas del hablante. Este complejo panorama teórico ha originado una profusa terminología que complica la comprensión de las

⁶⁸ Según Martí Sánchez (1995-1996: 428) esta doble orientación ha sobrevivido hasta la actualidad: «La dualidad en el examen de la elipsis se mantiene en nuestros tiempos [...]. La postura gramatical conserva su nombre, la retórica lo ha cambiado por el más moderno de pragmático-discursiva». Para un resumen de las diferentes figuras de estilo vinculadas con la noción de elipsis, cf. Paredes Duarte (2004: 11-39), donde la autora incluye una tabla en la que se catalogan y definen estas figuras, intentando clarificar y aunar los diversos términos empleados por la tradición retórica.

omisiones lingüísticas. Pero el resultado más negativo que este interés desmesurado ha producido es el abuso que del concepto de elipsis hicieron los gramáticos logicistas, que llegaron a utilizarlo «como regla *ad hoc* para resolver problemas de solución desconocida» (Gutiérrez Ordóñez 1994a: 22), por lo que han sido innumerables las voces que han clamado a favor de una teoría restrictiva de la elipsis, que han abogado por la necesidad de precisar unas reglas que delimiten un empleo sólidamente fundamentado en el análisis lingüístico⁶⁹. Estos principios metodológicos restrictivos abarcan varios aspectos: las deficiencias de otras hipótesis para explicar algunos hechos lingüísticos, la inalteración del significado o del esquema sintáctico de la expresión cuando se repone el elemento omitido, el requerimiento de un componente no expresado para completar coherentemente la estructura oracional, etc. Otros principios son más generales y constituyen axiomas universales del pensamiento científico, como es la preferencia por la hipótesis más sencilla de entre todas las aportadas para explicar un fenómeno dado. Según este principio, el lingüista tendrá que optar por el análisis elíptico cuando no exista una regla gramatical más sencilla que explique el texto examinado, «cuando su no uso [de la elipsis] obliga a definir funciones, etiquetas nuevas, etc., que complican excesivamente la teoría» (Rodríguez Díez 1983: 115).

Con el objetivo de adscribir este trabajo a la tan reclamada postura restrictiva en las indagaciones acerca del uso de la elipsis en el español, en los siguiente epígrafes se revisarán algunas de las posiciones que mayor repercusión han tenido en la lingüística

⁶⁹ Es célebre la denominada *elipsofobia* de Otto Jespersen, por citar una de las posiciones adversas a la elipsis más contundente.

española actual, para proponer tras este examen mi propia clasificación con vistas al análisis de los textos base del estudio. En primer lugar se definen los conceptos de elipsis gramatical y de elipsis cohesiva, y se aclaran los parentescos entre ambos tipos. A continuación, se condensan dos de las propuestas de clasificación más extendidas hoy, la primera de ellas puramente sintáctica, limitada a los casos de elipsis oracional; la segunda propuesta, en cambio, se centra en aquellos casos en que la elipsis se constituye en mecanismo de cohesión textual. Al hilo de esta exposición, no se excusarán algunas matizaciones de otros gramáticos respecto a algunos tipos de elipsis de caracterización controvertida, a fin de depurar una taxonomía final que sea fiel al prurito de la demandada teoría restrictiva de la elipsis.

3.1. ELIPSIS GRAMATICAL O SINTÁCTICA FRENTE A ELIPSIS TEXTUAL O COHESIVA

Al definir la elipsis gramatical, los gramáticos funcionalistas han sostenido que se trata de un tipo de elisión que afecta a algún funtivo de la estructura sintáctica sin mermar el grado de información aportado por el enunciado, puesto que la omisión recae sobre elementos que ya han aparecido en el contexto verbal o cuya presencia puede deducirse sin dificultad del contexto situacional. Para Rodríguez Díez:

En el nivel en que se efectúa el análisis sintáctico hablaremos de elipsis cuando un elemento (un funtivo: verbo, sustantivo, adjetivo o adverbio, o un funcional, transpositor o conector) falta porque las propias reglas de la sintaxis, que en ese enunciado concreto se actualizan, exigen la presencia de ese elemento elidido (1991: 9).

Esta omisión, además, no conlleva ninguna alteración en el significado o, mejor dicho, en la designación del enunciado, puesto que el significado pragmático del enunciado elíptico sí puede ser diferente del significado pragmático del enunciado no elíptico cuando

es viable la doble opción. La heterogeneidad de fenómenos de elisión ha originado una copiosa terminología de tecnicismos que en ocasiones solapan unos conceptos con otros, lo que posiblemente se explique además por la confusión de implicaciones semánticas y sintácticas involucradas en dichos fenómenos, tales como la referencia del elemento elíptico, la posibilidad de restitución de este elemento en la estructura sintáctica, su argumentalidad semántica y sintáctica o la relación de concordancia con algún otro elemento explícito de la estructura oracional. Buena parte de la terminología en torno al concepto de elipsis ha sido recopilada por Paredes Duarte (2004: 59-75); a continuación se entresacan algunos de los vocablos más utilizados, dejando a un lado las numerosas acuñaciones creadas a partir del término *elipsis* y sus derivados:

1. *Truncamiento*: es un término proveniente de los estudios sobre léxico que en manos de la gramática generativa ha pasado a designar, en el nivel sintáctico, un proceso de transformación que produce la omisión del segmento final de la oración.

2. *Catálisis*: la glosemática hjelmsleviana acuñó este vocablo para significar el posible proceso de reconstrucción de enunciados tras algunos fenómenos de elisión. No todos los enunciados con ausencia de algún argumento pueden tratarse como enunciados elípticos, ni en todos los enunciados elípticos se puede catalizar el elemento omitido. Pueden separarse claramente ambos conceptos, elipsis y catálisis, caracterizando el primero de ellos como la omisión de algún o algunos elementos y el segundo, como la restitución de tales elementos elididos. Por eso, como recuerda Gutiérrez Ordóñez, «toda catálisis presupone una elipsis previa, aunque no toda elipsis reclame catálisis⁷⁰» (1997:

⁷⁰ Como veremos más adelante al tratar la elipsis del sujeto del infinitivo.

322). Así lo indica también Paredes Duarte, quien define la catálisis como «el procedimiento contrario a la elipsis, es decir, la reposición de lo elidido para llegar al discurso completo» (2004: 65). Pero no ha de entenderse esta reposición o restitución en sentido estricto, pues no se trata de rellenar el hueco de la elipsis con una expresión exacta del contexto verbal, sino, como aclara Hernández Alonso (2006: 80), de «la reconstrucción de un sincretismo, irresoluble, de todas las posibilidades que podrían recomponer la frase dándole el mismo sentido. Se trata, pues, de un procedimiento teórico que configura un paradigma sincrético —de varias posibilidades— para actualizar la función o las funciones no actualizadas».

3. *Supresión o transformación por delección*: estas son dos expresiones a las que han recurrido los gramáticos generativistas para referirse a la eliminación de los SSNN repetidos —formalmente idénticos— de una construcción oracional.

4. *Sobreentendido*: tras el cotejo de definiciones divulgadas acerca de este término lingüístico, la autora lo clasifica como una etiqueta más general que la elipsis; tiene un carácter opcional y permite reponer el elemento suprimido, por lo que la elipsis puede entenderse como una de las variedades de sobreentendido.

5. *Signo 0*: este marbete —de cuna estructuralista saussureana— delimita aquellos casos de sobreentendido en que la elisión es obligatoria y no permite reconstruir la forma plena del enunciado.

6. *No realización*: es también un concepto bastante amplio que se refiere a cualquier ausencia de información no exigida por la estructura del enunciado. La separación entre no realización y elipsis ha sido trazada con nitidez por Jiménez Juliá en su artículo sobre la elipsis nominal (1991). Para este autor, la no realización consiste en la no expresión de un

elemento opcional de la estructura sintáctica de la oración, por ejemplo, la falta de un adyacente circunstancial, puesto que en el caso de que la unidad no expresada tenga un estatus obligatorio, nuclear o argumental, su ausencia es siempre considerada como un ejemplo de elipsis sintáctica o gramatical. La argumentalidad de los constituyentes omitidos, por tanto, es el criterio que distingue la no realización de la elipsis, aunque a veces es difícil sostener con seguridad cuándo un complemento no argumental está no realizado y cuándo ha sido elidido. En conclusión, solo unas categorías funcionales argumentales son susceptibles de ser elididas, a saber, el sujeto, el complemento directo y el indirecto, el suplemento, el verbo y el núcleo del SN⁷¹.

Estos son tan solo algunos de los términos empleados para hablar de ciertas clases de omisión vinculadas con el esquema sintáctico de la oración. Entre todos ellos, los conceptos de *catálisis* y *no realización* habrán de ser retenidos porque más adelante servirán para clarificar la pertinencia de etiquetar como casos de elipsis gramatical fenómenos como la impersonalidad o la realización intransitiva de ciertos verbos opcionalmente implementables.

⁷¹ Pero también —como más adelante se argumentará durante mi exposición de las tipologías de elipsis— puede darse la situación contraria: a veces un complemento argumental no aparece fonéticamente expresado en la oración y es imposible encontrar un antecedente o cualquier otra marca formal que permita recuperar su contenido léxico o gramatical, por lo que el análisis se debería inclinar más hacia la no realización que hacia la hipótesis de la elipsis de un complemento inespecífico o genérico implícito. El problema de la omisión de un complemento argumental proviene del dogmatismo con que se ha entendido a menudo el concepto de argumentalidad: más que de una noción explicable en términos contrapuestos de presencia o ausencia, se trata de una característica que admite diversos grados. Así por ejemplo, aunque el objeto directo o el sujeto son caracterizados como argumentos del verbo, no todos los objetos ni todos los sujetos son argumentales, por lo que habrá situaciones en que la ausencia de cualquiera de ellos merezca ser analizada más como un caso de no realización que de elipsis.

Ya se ha comentado que desde la perspectiva gramatical, dos han sido los factores a los que de manera constante se ha apelado para delimitar el concepto de elipsis: por un lado, la recuperabilidad del elemento suprimido⁷² —sin provocar una modificación de la sintaxis o del significado referencial del enunciado original no elíptico—; por otro, la necesidad de acudir obligatoriamente a estos elementos para reconstruir el significado y la estructura de la secuencia en su totalidad (*requisitos sintáctico y semántico*)⁷³. Estas dos condiciones han servido para excluir del estudio del lenguaje algunos fenómenos de omisión de información; pero también puede encararse una distinción de todas estas modalidades de elipsis prestando atención a las fuentes que viabilizan la identificación y la recuperabilidad del componente omitido (Flórez 1984), es decir, a los tipos de contextos que proveen al enunciado elíptico de la información no expresada verbalmente. Examinemos los siguientes textos:

1. — *Tres, por favor.* (Dice alguien ante una taquilla de venta de entradas)

2. A: — *¿Te obligó a pedirle excusas?*

B: — *No se atrevió.*

⁷² «El principio general que rige la distribución de las unidades sin realización fonética es el de recuperabilidad. Una unidad vacía es recuperable si su contenido puede ser interpretado a partir de la información presente en su misma oración» (Hernanz y Brucart 1987: 112).

⁷³ Las aserciones en torno a este criterio son innumerables. A las opiniones ya citadas podemos añadir la de Martí Sánchez (1995-1996: 423): «Una distinción necesaria es la que separa la elipsis, como un fenómeno de la estructura de los enunciados, y el fenómeno genérico de la omisión. De omisión puede hablarse en fonología y en morfología léxica, con el acortamiento (*clipping*) que experimentan algunas palabras. También, aunque ya en otro sentido, puede hablarse de omisión, diferenciadamente de la elipsis, para todo lo relativo a las implicaturas pragmáticas, que tanto dependen de las máximas conversacionales y de cortesía».

3. *Mi jefe me iba a despedir, pero no se atrevió* (ápud Flórez 1984).

En todos ellos es palpable que se ha omitido algún contenido necesario para la completa comprensión del mensaje; no obstante, no se puede afirmar que en todos se haya desencadenado un proceso de elisión sintáctica. En el primer ejemplo estamos ante un caso indudable de elipsis dependiente del *contexto situacional*, del entorno en que se produce el acto comunicativo, en el que se ven envueltos factores de índole pragmática⁷⁴. En este tipo de usos, frecuentes y normales en el hablar cotidiano, no está convenientemente justificada la existencia de una elipsis sintáctica: el enunciado en sí es completo en el nivel estructural, a pesar de su fuerte dependencia situacional; además, no puede reponerse en él ningún elemento concreto (*¿Deme, puede darme, etc.?*). Muchos enunciados percibidos como incompletos tienen su explicación en su dependencia de este tipo de contextos extralingüísticos, sin que haya que recurrir a ninguna categoría funcional elíptica para completar o reconstruir una supuesta estructura plena implícita. En este grupo encajarían enunciados como los títulos de los libros, los pies de las fotografías⁷⁵, las interjecciones, los refranes, etc. Todos estos son casos que quedan descartados del estudio de la elipsis gramatical.

⁷⁴ Jiménez Juliá (1991: 226), recordando la distinción de A. L. Thomas (1979) entre *elipsis*, *elisión* y *no realización*, trata esta clase de enunciados como una muestra de *elisión situacional*, en la que la omisión o ausencia de elementos se explica por los «usos convencionales de la lengua»; la elisión consistiría en «la ausencia de información cuya expresión explícita se ha hecho innecesaria por convenciones del hablar, ya sean éstas generalizadas (elisión convencional) o adscritas a situaciones concretas (elisión situacional)». Por su parte, Bosque (1989) ha denominado este tipo de construcciones *fragmentos*; sobre ellas volveremos más adelante.

⁷⁵ Fuertemente dependientes de lo que Brucart llama *contextos de demostración deíctica* (1999b: 2797).

Por otro lado, la conversación, el diálogo, es un campo abonado para la aparición de ejemplos de elipsis dependientes del *contexto lingüístico discursivo*. Este tipo de elipsis textuales o discursivas suponen una de las posibilidades funcionales aceptadas por algunas clases de elipsis gramaticales, como más adelante se verá, amparada en la esencial naturaleza fórica de este fenómeno lingüístico, que permite que la omisión de constituyentes en un segmento de lengua dado comporte un enlace cohesivo entre diversas partes del texto o la oración. Aunque Paredes Duarte (2004) identifica elipsis textual y elipsis sintáctica en sus variantes⁷⁶, está claro que existen algunos tipos de elipsis sintáctica o gramatical de uso exclusivamente oracional, que, por tanto, no pueden funcionar como recursos de conexión entre enunciados; es el caso, por ejemplo, de las oraciones de infinitivo en las que el sujeto se omite obligatoriamente por ser correferencial con algún SN del predicado principal (*Juan quería Ø ir al cine*). Al valor textual de cohesión habría que sumar su incidencia sobre la organización informativa del enunciado (Flórez 1984, Hernández Terrés 1984, Mederos Martín 1988), ya que la elipsis permite la omisión de la información temática, cediendo así el total del decurso expresivo a la información remática o nueva. Además, la elipsis impide que la aparición de un constituyente del enunciado difumine la relevancia que debe tener la información que el hablante quiere resaltar; es decir, «el efecto producido por la elipsis parece consistir en aislar un tema o un rema» (Hernández Terrés 1984: 221).

⁷⁶ «En este marco concreto de la lingüística textual, los tipos de elipsis más estudiadas [*sic*] han sido la elipsis nominal, la elipsis verbal, la elipsis en coordinadas y subordinadas y la elipsis pregunta-respuesta, es decir, todas aquellas manifestaciones del mecanismo más analizadas por la tradición gramatical en el ámbito de la sintaxis, que, en la actualidad, se examinan bajo enfoques distintos» (Paredes Duarte 2004: 83).

Por último, el tercer ejemplo presenta una muestra paradigmática de elisión sintáctica o gramatical, circunscrita al *contexto lingüístico oracional*. Este grupo representa la modalidad de elisión de material lingüístico más gramaticalizada en la lengua, lo cual restringe grandemente las posibilidades de reposición del constituyente sintáctico elíptico, que llega a ser agramatical en algunos casos. Parece ser que existe, por tanto, una relación directa entre el tipo de contexto en que se produce la elipsis y las posibilidades de restitución material del elemento elíptico, como sostiene Flórez, para quien:

El carácter opcional de la elipsis depende del tipo de contexto que la haya motivado; es un fenómeno extremadamente opcional si la motivación la da el contexto situacional [...]. Cuando la elipsis tiene su motivación en un contexto discursivo [...], es recomendable; es decir, es menos opcional que en el caso anterior usar la oración elíptica que la no elíptica, a no ser que se trate de un caso enfático. En el caso de que la elipsis sea motivada por un contexto oracional, se reducen las posibilidades de no usar la oración elíptica y en algunos casos se reducen a cero [...]. (1984: 213).

Estos tres contextos han propiciado la distinción de tres variedades generales de elipsis lingüística⁷⁷: la *elipsis situacional*, la *elipsis textual* y la *elipsis gramatical*⁷⁸. Es admisible pensar, como Flórez, que la obligatoriedad de la elipsis parece estar fuertemente motivada por su circunscripción al nivel oracional —más aún en el sintagmático—, por lo

⁷⁷ Esta clasificación tripartita está también recogida en Rodríguez Díez (1991: 9-10) y se asemeja a la ofrecida por Quirk y otros (1985). También Brucart (1999b), como más adelante se ampliará, acepta tres clases de elipsis según el tipo de contexto proveedor del constituyente omitido. Asimismo, Gutiérrez Ordóñez (1997: 305) admite una separación entre *elipsis oracional* y *elipsis textual*.

⁷⁸ De nuevo encontramos etiquetas diferentes para estos tres conceptos de elipsis: *elipsis sintáctica*, *elipsis indefinida*, *omisión no anafórica*, *elipsis cohesiva*, etc.

que puede sostenerse que cuando la elipsis no es opcional por estar exigida por las normas gramaticales de la lengua, su poder como mecanismo cohesivo se debilita o desaparece, ya que entonces elipsis y antecedente comparten el espacio de la misma oración. Cuando la elipsis se apoya en el contexto lingüístico discursivo, su opcionabilidad es más alta, aunque se sigue percibiendo la variante no elíptica como marcada. Por último, cuando la elipsis tiene un valor deíctico al estar garantizada su interpretación por el contexto situacional, su mayor grado de opcionabilidad queda refrendado por una amplia variabilidad en la reposición del enunciado elíptico, y entonces no representa ningún ejemplo de elipsis cohesiva. Por otro lado, no deben tratarse como casos de elipsis aquellos enunciados que dependen directamente del contexto situacional para su comprensión o de otro tipo de información derivada del conocimiento de las reglas del sistema lingüístico y de las condiciones pragmáticas que caracterizan los diversos tipos de actos comunicativos, algunos muy ritualizados. Si lo que se suprime o no se dice queda fuera del contexto lingüístico, no se puede analizar como si existiera una estructura lingüística —sintáctica— subyacente; no se puede tratar como un fenómeno estructural aquello que no produce ninguna manifestación en la materialidad sintáctica del acto lingüístico. Por este motivo, no es adecuado abogar por una elipsis que explique enunciados consistentes en títulos, carteles, etc.

Puede esclarecerse el porqué de la exclusión de la elipsis situacional o contextual del estudio de los mecanismos de cohesión acudiendo a la noción de *foricidad*: la elipsis siempre señala hacia otro lugar, ya sea dentro (*endofórica*) o fuera del texto (*exofórica*). Parece lógico pensar que solo la elipsis endofórica puede ejercer una fuerza cohesiva entre enunciados, ya que si la indicación fuera deíctica no podría establecer ningún tipo de engarce entre unidades del texto. Por consiguiente, la dependencia *cotextual* otorga a la elipsis un gran poder como mecanismo discursivo de cohesión, por lo que la ubicación de

la elipsis en el campo de estudio de la lingüística textual está justificada. Aunque el modo habitual con que se ha tratado la elipsis dentro de las diferentes escuelas gramaticales ha constreñido su empleo a las fronteras de la oración, en las muestras lingüísticas textuales —orales o escritas— la elipsis suele trascender estos estrechos límites y adquirir un valor discursivo semejante al de la anáfora pronominal o la repetición, permitiendo la progresión temática del discurso.

En conclusión, la elipsis cohesiva se define por ser una función textual disponible para algunas variantes de elipsis sintáctica o gramatical: su rasgo principal es la conexión de dos enunciados diferentes a través de la relación fórica establecida entre el hueco elíptico y su antecedente discursivo⁷⁹. Los estudios hispánicos más exhaustivos dedicados a la elipsis (Mederos Martín 1988, Rodríguez Díez 1991, Brucart 1999b y Gallego 2011) concuerdan en señalar que siempre que la omisión y el elemento omitido se encuentren en oraciones diferentes, es posible hablar de elipsis textual —por tanto, cohesiva—, y han recalcado además la propensión de los textos dialogados a ofrecer un gran número de ejemplos de esta clase de elipsis⁸⁰. En cuanto a la elipsis gramatical, también se admite que un componente estructural elíptico pueda ser repuesto a partir del contexto verbal o

⁷⁹ «Ahora bien [...], ambos modos se necesitan. La elipsis oracional no puede entenderse ni explicarse al margen del texto, sus entornos y las finalidades comunicativas. Pero tampoco puede explicarse la elipsis haciéndose solo referencia a estos factores, sin tener en cuenta la estructura oracional» (Martí Sánchez 1995: 434); palabras estas que de nuevo remarcan la estrecha conexión existente entre la elipsis sintáctica y cohesión.

⁸⁰ Cf. López (2000), donde se analizan ejemplos de elipsis cohesivas en diferentes lenguas como el inglés, el español o el italiano, a partir de los tipos distinguidos por la metodología generativista (truncamiento, elipsis del SN y elipsis del SV); casi todos los ejemplos aducidos para ilustrar los usos discursivos-cohesivos de la elipsis pertenecen a intercambios dialogales, normalmente al par pregunta-respuesta.

situacional; el problema surge cuando se propone la presencia de un constituyente vacío en la estructura que no puede ser completado ni por la información del entorno oracional o discursivo ni por la información ofrecida por la situación comunicativa⁸¹. Bajo mi punto de vista, este género de ausencia habría de entenderse más como un caso de no realización que como un tipo de elipsis que implique la presencia soterrada de una categoría vacía, de un constituyente sintáctico omitido en la realización formal del enunciado⁸².

Estas observaciones referidas a la relación entre elipsis y contexto sirven para delimitar con mayor claridad qué tipos de elisiones serán consideradas en el presente estudio con el fin de alcanzar los objetivos formulados, el examen de las elipsis gramaticales y las elipsis con valor cohesivo en algunas muestras de la prosa literaria del cuatrocientos español. Cuando en los apartados siguientes se pase revista a la tipología propuesta por Brucart, estas observaciones servirán para dilucidar el estatus de algunas variedades discutibles de elipsis, como son la falta de sujeto en las construcciones impersonales o la no realización del objeto directo de algunos verbos transitivos. La posición adoptada en el presente estudio puede ser tachada de marcadamente formalista, pues la meta pretendida busca indagar en las omisiones lingüísticas sintácticas y su posible uso discursivo, no en las ausencias explicables en el nivel de interpretativo o en la supuesta configuración sintáctica de elementos solo presentes, en un enunciado dado, en la valencia

⁸¹ Algunos autores han denominado este tipo de ausencia *elipsis indefinida* (Shopen 1973 ápod Mederos Martín 1988: 133-135; ápod Jiménez Juliá 1994: 225, n. 5; ápod Flórez 1984: 199-202), y prefieren descartarla del estudio de la elipsis lingüística.

⁸² Aunque en la gramática generativa, por ejemplo, se ha asumido la presencia de *pronombres vacíos* o *nulos* o de *argumentos implícitos* de carácter inespecífico y genérico que avalarían la existencia de una categoría elíptica también en estos contextos.

semántica de un verbo concreto. Por esta razón considero más prudente tomar como punto de partida el presupuesto teórico de que no todo elemento argumental desde la perspectiva semántica o temática debe tener necesariamente un reflejo en la estructura gramatical.

3.2. REQUISITOS DE LA ELIPSIS

En las siguientes páginas hemos querido concentrar y aglutinar el contenido de varios trabajos: los estudios de Brucart (1987, 1999b) y Mederos Martín (1988) sobre los procesos de elipsis en el español actual presentes en el nivel de la estructura oracional y en el de la cohesión de enunciados en los textos. También hemos tenido en cuenta algunas consideraciones recogidas en otras monografías recientes sobre el tema, como Gallego (2011). Hemos prescindido en todo lo posible de las cuestiones teóricas y especulativas, para ajustar este resumen a las explicaciones de las diferentes estructuras elípticas aceptadas por el español, los entornos sintácticos proclives al uso de la elipsis y sus restricciones. No obstante, dada la acentuada orientación generativista de los trabajos de Brucart, se hacen necesarias algunas precisiones acerca de aquellos planteamientos elementales de esta escuela lingüística concernientes a la elipsis.

3.2.1. LA ELIPSIS EN LA GRAMÁTICA GENERATIVA

La gramática generativa transformacional concibió dos maneras de entender la operatividad de la elipsis; por un lado, como una transformación por supresión de elementos en el paso de la *estructura profunda* hacia la *estructura superficial*; por otro lado, según el *modelo de rección y ligamiento*, también se ha argumentado a favor de categorías vacías existentes en la propia estructura profunda. Esta diversa localización de la elipsis conlleva dos modos diferentes de afrontar el fenómeno; primero, la elipsis sería una regla más del componente transformacional, consistente en el borrado fonológico o la delección de material léxico presente en la estructura profunda para evitar la redundancia

formal en la estructura superficial; pero también la elipsis puede caracterizarse como un tipo más de categoría sintáctica, un pronombre o proverbio vacíos, carentes de estructura sintáctica interna pero con la capacidad de mostración anafórica de los pronombres con soporte fonético. Sea cual sea la teoría explicativa elegida, lo significativo y relevante para mis propósitos se encuentra en la clasificación de las variedades de elipsis gramaticales observadas por la gramática generativa, aunque en estas premisas iniciales reside ya alguno de los inconvenientes que más adelante reseñaremos en relación con varios de los tipos aceptados por Brucart. Esta clasificación abarca principalmente las elipsis de índole nominal y las elipsis verbales, y solo tiene en cuenta los usos oracionales, sin ahondar en su valor como mecanismo de cohesión textual⁸³.

3.2.2. LA ELIPSIS SEGÚN MEDEROS MARTÍN

Por el contrario, Mederos Martín sí se centra en averiguar cómo funciona la elipsis como mecanismo lingüístico favorecedor de la cohesión. Aunque muchos de los tipos por él distinguidos coinciden con los señalados por Brucart para la elipsis sintáctica —ya que algunos de ellos, como ya se ha comentado, admiten usos discursivos—, otras clases de elipsis definidas como cohesivas atañen casi en exclusividad a los textos dialogados, amparadas en las intervenciones consecutivas de dos interlocutores, que quedan vinculadas, en parte, gracias a la elipsis de uno o varios elementos constituyentes de la

⁸³ Para una visión general de la gramática generativa y sus hipótesis y nociones capitales, cf. Lorenzo y Longa (1996). Una síntesis de la tipología relativa a las categorías vacías y su justificación teórica en el generativismo puede encontrarse en Longa (1993). Un trabajo excelente sobre la pertinencia de las categorías nominales elípticas es el de Garcerán Infantes (2003). En la bibliografía en inglés, son imprescindibles los trabajos de Chomsky y Lasnik (1995) y Lasnik (1999, 2003).

intervención de un interlocutor, recuperables por estar presentes en la intervención anterior de otro interlocutor. Elipsis de esta naturaleza no merecen ser estudiadas en esta investigación, ya que los textos que se proponen para el análisis son esencialmente narrativos, aunque también incluyan numerosas cartas, composiciones en verso o pasajes argumentativos; las pocas ocasiones en que se recurre al diálogo, este consiste más bien en una yuxtaposición de monólogos. Por otro lado, la taxonomía propuesta por Mederos Martín —en la que, a grandes rasgos, sigue las diferenciaciones de Halliday y Hasan (1976)— es bastante irregular y distingue, mezclando categorías, estructuras sintácticas y la recuperabilidad del componente elíptico como criterio clasificador, la *elipsis nominal*, la *elipsis verbal* y la *elipsis comparativa*, así como la *elipsis anafórica* y la *no anafórica*⁸⁴.

Aunque hay que agradecer a Mederos Martín su esfuerzo por dar a la lingüística del texto en español un manual integral sobre la cohesión y sus recursos, debe reconocerse que el capítulo dedicado a la elipsis adolece en muchas partes de un exceso de explicaciones morfológicas y semánticas que no ayudan a entender cómo funciona la cohesión a través de la elipsis o por qué algunas variedades son cohesivas y otras no pueden serlo nunca.

3.2.3. LA ELIPSIS SEGÚN BRUCART

- La obligatoriedad sintáctica:

Brucart, como muchos otros que se han ocupado de la elipsis y sus condiciones de

⁸⁴ La elipsis anafórica coincide con lo que Brucart (1999b: 2795-2798) —siguiendo a Lyons (1968)— distingue como elipsis contextual dependiente del contexto discursivo y elipsis gramatical —en la mayoría de sus variantes. La elipsis no anafórica corresponde a la elipsis contextual dependiente del entorno situacional. Gallego (2011) las separa como *elipsis gramatical* y *elipsis contextual* respectivamente.

aparición, sostiene que es necesario hablar de elipsis únicamente allí donde lo que se omite es un constituyente obligatorio en el nivel sintáctico. De esta manera, los complementos adjuntos, debido a su naturaleza opcional, no serán susceptibles de aceptar procesos de elisión⁸⁵. La motivación estructural de la elipsis sirve también de argumento a favor de la existencia de las categorías elípticas, ya que sin aceptar la aparición de un elemento elíptico, muchos enunciados contravendrían las más elementales reglas de la sintaxis; por ejemplo, en una oración como *Él irá al cine y yo al concierto*, si no supusiéramos la elipsis del verbo *iré* en el segundo segmento coordinado, sería difícil explicar la relación entre *yo* y *al concierto*.

- La recuperación del componente elíptico:

Este gramático reconoce la recuperación del elemento elíptico como otro de los requisitos necesarios y llama la atención sobre el comportamiento diferente de las categorías eludibles en cuanto a las alteraciones morfológicas que en ocasiones se producen en la catálisis del elemento omitido. Así por ejemplo, en las elipsis verbales pueden darse diferencias de persona y número o incluso de modo, pero no de tiempo:

- *María viaja a México hoy mismo y Pedro Ø mañana / *María viajó a México ayer y Pedro mañana.*

- *Si quieres Ø, te ayudo* (ápud Brucart 1999b: 2790).

⁸⁵ En Hernanz y Brucart (1987: 113-114) también se alega como justificación de la categoría vacía las motivaciones derivadas de la estructura temática, criterio que sirve de apoyo para formular la noción de *argumento implícito*, muy discutible, sin embargo, desde un punto de vista sintáctico *stricto sensu*.

Cuando lo que se omite es un sustantivo o un adjetivo, el comportamiento de ambas categorías es disímil en lo referente a las posibilidades de variación morfológica de género entre la unidad elíptica y su antecedente:

- **La hija de María tiene mejor carácter que el Ø de Julia.*
- *Pedro está harto de su jefe y María Ø de todos sus empleados* (ibíd.).

Aunque este autor recalca la necesidad de que la unidad omitida pueda ser identificada de forma unívoca por el oyente, ya sea a través del contexto verbal o del situacional, en su clasificación de la elipsis sintáctica admite algunas construcciones en que dicha identificación no se logra⁸⁶. Tal como define Brucart estos fenómenos elípticos, el análisis de la elipsis con valor cohesivo quedaría restringido a los contextos en que el antecedente y la elipsis aparecen en enunciados diferentes, denominados por Brucart (1999b) casos de *elipsis contextual discursiva*⁸⁷.

- Elipsis total y elipsis parcial:

El alcance del proceso de elisión constituye un aspecto relevante más para la clasificación de las elipsis. Si bien podemos encontrar situaciones en que la expresión elidida esté constituida por un sintagma autónomo y completo —como ocurre, por ejemplo, en la elipsis del sujeto, en las que lo que se omite es todo un SN—, lo más frecuente es que la elipsis afecte solo al núcleo del SN o al núcleo del SV, situación esta

⁸⁶ Nos referimos de nuevo a las oraciones impersonales y a las variantes intransitivas de verbos bivalentes como *leer*, *comer*, etc., que más adelante se revisarán.

⁸⁷ Véase la nota 84.

última en la que además se pueden omitir otros complementos del núcleo mientras al menos uno de ellos permanezca expresado; este complemento —o complementos— que funciona como indicador de la unidad elidida se denomina *resto* y el lugar ocupado por la elipsis se conoce como *hueco*. En el primer caso estamos ante un fenómeno de *elipsis total*, mientras que en el segundo, se trata de un proceso de *elipsis parcial*. Como en seguida veremos, la mayoría de las estructuras sintácticas que Brucart estudia bajo los epígrafes de elipsis verbal y elipsis nominal son ejemplos de elipsis parciales.

- La condición de paralelismo:

Hay que puntualizar un último rasgo prototípico y crucial de los procesos de elipsis gramatical. De la comparación de la variedad de estructuras que aceptan la elipsis, Brucart —como han advertido otros gramáticos— sostiene que la supresión de unidades estructurales está favorecida en gran medida por un paralelismo entre los componentes sintácticos del segmento que incluye la elipsis y los de aquel que contiene su antecedente; este paralelismo incluso llega a ser una condición inexcusable para la realización de determinados procedimientos de elisión, especialmente de aquellos que implican elipsis parciales, mientras que en la elipsis de los argumentos no es imprescindible esta condición estructural. Esta noción de paralelismo tiene además una dimensión léxico-semántica, ya que se refiere también a la identidad (aunque se permitan algunas modificaciones morfológicas) entre hueco elíptico y antecedente, aun cuando no implique una identidad referencial estricta⁸⁸. Tal vez pueda explicarse el diferente comportamiento en la elipsis

⁸⁸ En RAE (2009: 1204 y ss.) se denomina *anáfora de sentido* a este fenómeno de identidad no estricta, borrosa o imprecisa entre expresión anafórica y antecedente nominal, como en *Mi compañero de pupitre*

parcial y total gracias al potencial identificador de los morfemas personales del verbo y los clíticos objetivos, el cual podría restar valor al paralelismo de estructuras como garante de la identificación del componente elíptico. Mientras que las elipsis parciales necesitan de complementos que atestigüen su presencia implícita en la estructura, las elipsis totales denuncian su existencia gracias solo a la indicación realizada mediante elementos morfemáticos o cercanos a los morfemas. Puede pensarse también que este fenómeno obedezca a un diferente grado de gramaticalización en cuanto a estos dos tipos de elipsis, más avanzado en el caso de la elipsis total. Tampoco coinciden ambos tipos en lo referente a la función de contraste entre complementos realizados que actúan como hueco; tal contraste destaca en las estructuras que presentan casos de elipsis parcial, frente a las elipsis totales, que por sí mismas no favorecen contraposición alguna.

- Clíticos y elipsis

Creemos interesante mencionar, para terminar, una última cuestión abordada por Brucart, aunque no comporte nuevas distinciones en la catalogación examinada. Se trata de la relación entre la pronominalización mediante clíticos y la elipsis, fenómenos que a veces pueden presentarse al hablante como dos alternativas diferentes a la repetición del sintagma léxico pleno siempre que el componente omitido posea en español un pronombre clítico que pueda reemplazarlo. El objeto directo y el indirecto son los únicos argumentos que en español pueden sustituirse por clíticos, y es esta la solución predilecta para evitar la repetición de un objeto ya mencionado en el discurso. De la misma forma, también se

entregó ayer su trabajo de literatura, pero yo no lo entregaré hasta pasado mañana o en Tú estás contento con tu trabajo y yo también (lo estoy con el mío).

prefiere, a la ausencia total de un objeto directo oracional, el empleo de la proforma *hacerlo*, que en algunos verbos se perfila como la única opción posible junto con la pronominalización, quedando descartada la posibilidad de la elipsis:

- **Le dije que podría llegar hasta la cima, pero no consiguió.*⁸⁹

- *Le dije que podría llegar hasta la cima, pero no lo consiguió.*

- *Le dije que podría llegar hasta la cima, pero no consiguió hacerlo.*

3.3. LA ELIPSIS VERBAL

La elipsis verbal se configura como una de las plasmaciones de la elipsis parcial, puesto que lo que se omite es el núcleo del SV, el verbo, aunque otros complementos del predicado puedan también acompañarle. La gramática generativa ha propuesto varias clases de elisión del SV, algunas muy similares en lo referente al carácter de los constituyentes elididos, pero que presentan un comportamiento significativamente dispar respecto al tipo de estructuras sintácticas en que pueden emplearse, la clase de relación fórica que aceptan o su capacidad para participar de funciones discursivas. Estas clases de elipsis verbal estudiadas por Brucart (1999b) son el *vaciado*, la *reducción del SV coordinado*, la *elisión del SV con partícula de polaridad*, la *anáfora de complemento nulo*, el *truncamiento* y las *estructuras predicativas de verbo ausente*.

Mederos Martín (1988), en los apartados dedicados a la elipsis verbal, repasa especialmente las omisiones generadas en el diálogo, muchas de ellas imposibles de hallar

⁸⁹ Esta restricción no afecta a los verbos que admiten la anáfora de complemento nulo (v. 3.3.4.).

en un discurso monológico. No obstante, podemos encontrar algunos de los tipos de elipsis estudiados por Brucart en el apartado que Mederos dedica a las elipsis en el discurso de un mismo hablante, aunque mantiene los términos originales del inglés para cada fenómeno y sus explicaciones son vagas, muy generales, y no llegan a alcanzar la profundidad de las del gramático catalán. Además, algunos de los ejemplos que ofrece son bastante dudosos en cuanto a la presencia de un verbo elíptico —*Los veraneantes consumieron mucho pescado esta temporada y la pasada* (1988: 205)—, e incluso se confunden en categorías diferentes esquemas pertenecientes a un mismo tipo de elipsis verbal; así cuando da como ejemplo de reducción del SV coordinado —término empleado por Brucart— una oración como *Juan vino, y Pedro (también)* (ibíd.), que encaja en el fenómeno descrito como elisión del SV con partícula de polaridad⁹⁰, el cual es ilustrado por Mederos Martín a través de ejemplos como *El paramécio no tenía futuro; pero la hidra, sí* (206). Es obvio que la única discrepancia entre ambas oraciones es el tipo de coordinación establecida entre sus miembros, circunstancia que no se prefigura como criterio clasificador de las modalidades elipsis verbal. Por todo esto, en las siguientes secciones seguiremos la tipología de Brucart (1999b), acudiendo solo en momentos puntuales al estudio de Mederos Martín (1988) o a la más reciente monografía de Gallego (2011).

3.3.1. EL VACIADO

El vaciado (*gapping* en inglés) Es un fenómeno circunscrito al nivel oracional⁹¹ y

⁹⁰ «La cláusula elíptica es idéntica a la precedente salvo en un elemento distinto del verbo y en una pieza que implique polaridad» (Mederos Martín 1988: 206).

⁹¹ Los usos discursivos del vaciado son infrecuentes y quedan limitados a contextos dialogados en que un interlocutor completa la intervención precedente de otro interlocutor continuando la estructura sintáctica

según Mederos Martín (1988: 207), más frecuente en el lenguaje elaborado y literario que en el habla espontánea. Consiste en la elisión obligatoria del núcleo verbal —y de alguno de sus argumentos o adjuntos, opcionalmente—, siempre que haya al menos otro de sus complementos realizado fonéticamente. La relación entre hueco elíptico y resto del vaciado solo puede ser anafórica, nunca catafórica: *Luisa fue a París para participar en un congreso* y *María Ø para asistir a una reunión de psicólogos*. Diversas estructuras con una organización paralela de sus miembros constitutivos proporcionan el entorno sintáctico idóneo para este fenómeno de elisión:

- Oraciones coordinadas copulativas: *Luisa fue a París para participar en un congreso* y *María Ø para asistir a una reunión de psicólogos*.

- Oraciones coordinadas adversativas: *Elisa tiene mucho genio, pero Luis todavía Ø más*.

- Oraciones comparativas: *Luis cuida a su madre mucho mejor que Antonia Ø a la suya*.

- Comparaciones implícitas (*construcciones pseudocomparativas*) a través de otras estructuras oracionales (*antes que*, algunas oraciones condicionales, etc.):

- *Yo llegué a mi casa antes que Pedro Ø a la oficina*. (*Antes* permite establecer una comparación tácita entre dos momentos).

iniciada por dicha intervención; «lo que Hudson (1976) denomina, “coordinaciones escindidas”» (Brucart 1999b: 2814).

- *Juan trata a su gato con el mismo cuidado que María Ø al suyo.* (Operador comparativo implícito *con el mismo cuidado*).

- *Yo encontraba problemas allí donde Pedro Ø facilidades.* (Oración relativa especificativa).

- *Si yo merezco un aplauso, tú Ø una ovación.* (Oración condicional)⁹².

• Oraciones yuxtapuestas paralelísticas: *Luis odia las acelgas; yo, Ø el brécol.*

De este catálogo de esquemas oracionales se deduce que el paralelismo no implica una simetría jerárquica de los miembros oracionales que contienen los elementos correlacionados, como se aprecia en la diferente naturaleza, coordinada o subordinada, de las estructuras que aceptan el vaciado, ya que incluso algunas modalidades de oraciones de relativo⁹³ —a pesar de su alto nivel de incrustación— muy próximas semánticamente a las comparaciones aceptan este tipo de elipsis⁹⁴. Este paralelismo se refiere a la equivalencia funcional de los constituyentes formalmente realizados de los dos segmentos proposicionales, estén vinculados bien mediante coordinación bien mediante

⁹² Nótese que en todos estos ejemplos es posible una paráfrasis comparativa.

⁹³ Esencialmente aquellas que acuden a los adverbios relativos. Consúltese el epígrafe 3.3.1.1. (p. 185 y ss.), en el que se trata el caso de las relativas modales con *como*.

⁹⁴ Esto es cierto a pesar de la terminología tradicional que etiqueta a las construcciones comparativas y condicionales como oraciones subordinadas adverbiales. El carácter paralelístico de tales estructuras ha llevado a gramáticos como Narbona (1989) a optar por el concepto de *interordinación* antes que seguir tratándolas como casos de subordinación. Para Hernández Alonso (1993: 95) también «parece evidente que no tiene sentido mantener la calificación de oración “subordinada adverbial comparativa” para el segmento encabezado por *que*».

subordinación; es decir, se requiere una identidad entre los componentes del miembro en que se encuentra la categoría elíptica y entre los constituyentes que actúan como resto en cuanto a la función sintáctica desempeñada en su oración⁹⁵, por lo que enunciados como *¿Quién imitó a María y a quién Ø Pedro?* (Brucart 1999b: 2816) son agramaticales debido a esta falta de equivalencia funcional.

Señala el autor que una peculiaridad estructural más del vaciado reside en su reticencia a aceptar la presencia de *operadores de polaridad* (*sí, no, también, tampoco*) precediendo al hueco elíptico; es decir, la polaridad de la oración antecedente y de la que presenta el vaciado debe ser la misma: **Luis no hacía crucigramas, pero Pedro sí jeroglíficos*⁹⁶, frente a *Luis no hacía crucigramas ni Pedro jeroglíficos*.

Según Brucart, para que el verbo pueda ser vaciado, el hueco que origina nunca debe ocupar la primera posición del segmento estructural del que forma parte, por lo que en las oraciones de vaciado en que la omisión del verbo está acompañada de la supresión del sujeto —que normalmente ocupa la posición inicial en la oración—, la elisión solo está permitida si al hueco le precede otro elemento; normalmente, un complemento tematizado ocupa tal posición: *En Barcelona, Luis vive en la Diagonal y en Madrid, Ø en la Castellana*. Este ejemplo, en el que el sujeto de ambos miembros coordinados son correferentes —por eso su segunda mención debe ser omitida—, nos parece bastante

⁹⁵ «Ambas [la oración del antecedente y la oración del vaciado] deben contener los mismos constituyentes funcionales y los elementos fonéticamente realizados en la oración de vaciado deben contrastar con los que desempeñan la misma función en la oración antecedente» (Brucart 1999b: 2813).

⁹⁶ No obstante, quizás un sondeo de las actitudes lingüísticas de los hablantes no otorgaría un resultado contrario a la gramaticalidad para ejemplos como este.

confuso por aproximarse muy de cerca a las oraciones que Hernanz y Brucart (1987) y Brucart (1987, 1999b) ofrecen para ilustrar los fenómenos de reducción de SSVV coordinados:

- *María estudió ruso en 1971 e Ø inglés en 1972.* (Hernanz y Brucart 1987: 136.

Ejemplo de reducción).

- *En 1971, Chomsky estudió el turco y en 1972, Ø el amhárico.* (Brucart 1987: 111.

Ejemplo de reducción).

La controversia analítica que la comparación de estos ejemplos suscita proviene del contexto de vaciado en el que Brucart observa una elipsis del sujeto del segundo conjunto coordinado debido a su correferencialidad con el sujeto del primer conjunto⁹⁷. Aunque el autor reitera insistentemente que el vaciado es un fenómeno de ámbito oracional y defiende que no es necesario postular una categoría vacía de sujeto en el segundo miembro de las oraciones comparadas⁹⁸ —si así fuera, estaríamos ante una estructura oracional—, en

⁹⁷ En Brucart (1999b: 2818): «Por lo tanto, cabe concluir que lo que resulta obligatorio en el vaciado no es propiamente la presencia del sujeto, sino la de un elemento capaz de preceder al hueco». Frente a Brucart (1987: 118): «En contraposición con los ejemplos de vaciado, en los que hay dos sujetos, reducción de coordinada [*sic*] presenta solamente uno, común para ambos predicados». No se piense, sin embargo, que se trata de una contradicción del gramático catalán; en realidad, la conclusión a la que llevan estas dos aserciones es que la diferencia entre vaciado y reducción reside en la aceptación de que el hueco elíptico ocupe una posición inicial en el segundo miembro coordinado, ya tengan un mismo sujeto las cláusulas conectadas o dos sujetos diferentes. Pero si esto fuera así, entonces ¿dónde quedaría su afirmación de que el vaciado se produce en el nivel de la oración y la reducción en el nivel del sintagma?

⁹⁸ El argumento definitivo lo aportan aquellas lenguas que, como el inglés o el francés, a pesar de no permitir la omisión del sujeto, en contextos de coordinación de SSVV no consienten la segunda mención del sujeto correferencial (Brucart 1987: 114, Hernanz y Brucart 1987: 136-137).

ejemplos como *En Barcelona, Luis vivía en la Diagonal y en Madrid, Ø en la Castellana* el único análisis adecuado es el de reducción de SSVV y no de vaciado, como Brucart prefiere. En suma, la separación entre reducción y vaciado no hay que buscarla en la posición de los constituyentes realizados respecto al hueco de la elipsis ni tampoco en la presencia de dos sujetos o de un solo sujeto en ambos segmentos coordinados, sino en el número de categorías vacías incluidas en el hueco elíptico: mientras que en el vaciado este hueco encierra al verbo y a alguno o algunos de sus complementos —lo que favorece la lectura de oraciones coordinadas—, en la reducción, por el contrario, el hueco está formado por el verbo en solitario —y entonces la interpretación es de coordinación de predicados, de SSVV. Esto conduce a tratar como un proceso de reducción de SSVV ejemplos como *En Barcelona, Luis vivía en la Diagonal y en Madrid, en la Castellana*.

De las escasas líneas que Mederos Martín dedica al vaciado⁹⁹, sobresale su definición de este procedimiento, que para él se caracteriza por la aparición de dos constituyentes como resto contrastivo de la elipsis (1988: 206). Pero este rasgo no coincide con lo que sucede en los ejemplos comparados —Brucart tampoco está de acuerdo, según lo visto—; también en la reducción del SV coordinado pueden aparecer dos complementos en el segmento en que se aplica la elipsis.

Finalmente, merece la pena mencionar un esquema de coordinación de predicados muy frecuente, el cual afecta principalmente a los verbos modales y a los demás verbos que aceptan la anáfora de complemento nulo (*empezar a, lograr, aceptar...*), como vemos

⁹⁹ Mederos mantiene la terminología original en inglés al tratar estos fenómenos de elipsis verbal (vaciado: *gapping*).

en ejemplos como:

- *Antonio quería levantarse y María quedarse acostada.*
- *Antonio quería levantarse y ponerse a trabajar de inmediato.*

En la primera oración, parece legítimo suponer que se ha producido la elipsis del núcleo del predicado, ya que solo así es posible explicar la relación sintáctica entre *María* y *quedarse acostada*. En cambio, en la segunda los infinitivos se coordinan formando un SN compuesto que complementa al núcleo *querer*. Aunque esta diferencia entre ambas construcciones parezca indiscutible, puede cuestionarse si la primera de ellas, con elipsis verbal, es un caso de vaciado o si se trata de otro tipo de elipsis verbal, en concreto, de una reducción de SSVV coordinados; pero esta duda se despeja rápido en cuanto observamos que tenemos claramente una coordinación de oraciones y no de sintagmas.

3.3.1.1. EL VACIADO Y LAS CONSTRUCCIONES COMPARATIVAS Y PSEUDOCOMPARATIVAS

Las apreciaciones vertidas en la sección anterior tienen un carácter general que debe ser precisado en el momento de analizar los fenómenos de vaciado en las construcciones comparativas. Los análisis gramaticales de las últimas décadas muestran un gran desacuerdo respecto a la existencia de elipsis en este tipo de construcciones, una cuestión sobre la que se han planteado, en general, dos hipótesis contrapuestas: en oraciones como *Jorge es más alto que su hermano*, o bien se produce la elipsis del verbo y el adjetivo en la coda comparativa, o bien estamos ante una coordinación de sintagmas y el significado completo de la oración se reconstruye gracias a ciertas inferencias que el hablante y el oyente llevan a cabo, un proceso interpretativo basado en el significado de cada uno de los constituyentes explícitos. Sin embargo, ambas hipótesis presentan numerosos conflictos:

Los análisis que acuden a la elipsis requieren menos unidades sintácticas que los que la evitan, pero, en cambio, exigen borrar segmentos en posiciones sintácticas en las que estos procesos no suelen aplicarse, tal como se ha explicado. Cabe pensar, en este sentido, en los procesos que serían necesarios para obtener oraciones como las citadas *Marta había dedicado más horas que su amiga a preparar el examen de Física* (§ 45. 4. b) o *Mucha más gente ha leído obras de Lorca que de Galdós* (§ 45. 5. f). Otro problema del análisis de la elipsis es el hecho de que no limita el paradigma de los segmentos omisibles, lo que podría dar lugar a un número de secuencias mucho mayor de las que objetivamente se obtienen. Las opciones del tipo 2 [las basadas en inferencias] requieren, a su vez, recursos sintácticos e interpretativos mucho más abstractos y de considerable complejidad formal. Como se ha señalado, unos y otros análisis se debaten en diversos foros de la gramática contemporánea (RAE 2009: 3391).

Entre los defensores de la primera opción se encuentra Brucart, para quien «[...] todas las oraciones comparativas cuyo segundo término aparece introducido por *que* contienen una oración elíptica con al menos un elemento contrastivo que actúa de resto y con un hueco que contiene toda la información léxica reiterada» (1999b: 2815). Normalmente, el verbo de los dos miembros de la comparativa suele coincidir y, por tanto, se omite; aunque también la entidad base de la comparación suele ser elidida con enorme frecuencia:

- *Pedro corrigió más exámenes que Ø María [exámenes corrigió].*
- *Pedro tiene más discos que compactos posee María.*
- *Pedro tiene más discos que Ø compactos [tiene].*

Pero siempre es necesario que al menos aparezca en el segundo término un elemento que actúe como *resto contrastivo*; en relación con este aspecto, Brucart comenta la

frecuencia con que en las comparativas este resto queda reducido a un único elemento, situación que no es posible en la coordinación de oraciones: **Pedro corrigió exámenes y María Ø*. Este es precisamente uno de los argumentos de Brucart para negar al *que* comparativo el valor de coordinante¹⁰⁰.

No faltan tampoco partidarios de la segunda opción; por ejemplo, Sáez del Álamo (1999: 1147-1152) desestima la elipsis verbal en las comparativas que recurren como segundo miembro comparativo a lo que él llama *codas frasales sin elipsis* y *codas frasales de apariencia elíptica*:

- *Juan compró más libros que tebeos.*

- *Juan compró más libros que Luis.*

El primero de estos ejemplos ilustra las codas frasales sin elipsis, para las que el autor propone un análisis de coordinación de sintagmas correlativos; el valor coordinante del *que* emerge en este punto como criterio explicativo¹⁰¹. En las codas frasales de

¹⁰⁰ En Brucart (2003: 40-41) se apuesta por asignar a este *que* un comportamiento propio de las preposiciones en aquellas comparativas con codas sintagmáticas, del tipo *Compró más revistas que libros*, pues demuestra que su análisis como nexos coordinantes colisiona con diversas pruebas y principios propios de la coordinación; por lo demás, tratarlo como un nexo subordinante tampoco le parece apropiado porque introduce elementos sintagmáticos, no oracionales.

¹⁰¹ También Alarcos (1994: 342) considera que en ejemplos como éste «el recurso a la elipsis es a veces innecesario. En *Tenía más libros selectos que abundantes* no parece que la secuencia *más selectos que abundantes*, adyacente adjetivo de *libros*, sea resultado de una elipsis de la improbable oración *Tenía libros más selectos que los tenía abundantes*». Cf. también RAE (2009: 3391), donde también se propone un valor conectivo para *que*: «Desde este punto de vista, *más alto que su hermano* en *Jorge es más alto que su hermano* es un grupo adjetival. La estructura del segmento *que su hermano* (“conjunción + grupo nominal”)

apariencia elíptica, —ejemplificadas en la segunda de las oraciones anteriores—, Sáez del Álamo tampoco aprecia ningún constituyente elíptico, porque considera de nuevo al *que* como coordinante, que esta vez une los dos correlatos isofuncionales, *Juan y Luis*. Es un proceso muy similar al de las codas frasales sin elipsis; mientras que en ellas la correlación coordinante afecta al elemento modificado por el cuantificador, en las comparativas con codas aparentemente elípticas la correlación coordina a dos miembros no afectados por la cuantificación comparativa. Aunque parece plausible considerar las codas sin elipsis como casos de coordinación correlativa, creemos que no es igualmente aceptable el tratamiento de sujetos correlativos coordinados que Sáez del Álamo sugiere para las estructuras comparativas con codas frasales de apariencia elíptica. En primer lugar, el verbo, en singular, no concuerda con el teórico sujeto coordinado¹⁰²; además, si el segundo SN no es sujeto del verbo principal, habría que suponer entonces un verbo elíptico para explicar su función de sujeto; por último, no parece existir en español ningún tipo de construcción que admita la separación de los dos miembros de un sintagma coordinado¹⁰³. Por tanto, en mi

guarda relación con la de *sino el martes* en oraciones como *El cartero no llegó el lunes, sino el martes*, en la que no es obvio que se dé un proceso de elipsis».

¹⁰² Es cierto que existen numerosas excepciones en la concordancia sujeto-verbo amparadas en constricciones semánticas, como sucede en la concordancia *ad sensum* de algunos sujetos singulares de verbos en plural o la concordancia variable de los sujetos coordinados según sean animados o inanimados, concretos o abstractos (Camacho 1999:2648-2652; Martínez 1999: 2754-2762), amén de otros factores gramaticales. Sin embargo, en nuestra opinión, ninguna de estas excepciones es aplicable a los ejemplos comentados.

¹⁰³ Préstese atención al hecho de que en *Juan compró más libros que tebeos* la coda *que tebeos* forma un bloque con *más libros*, es decir, son dos miembros isocategoriales e isofuncionales, ubicados a ambos lados del elemento coordinante *que*, e integrados en un constituyente sintagmático unitario, que desempeña una función sintáctica única regida por un mismo predicado. Parece poco probable que en *Juan compró más libros que Luis* se pueda sugerir que *Luis* y *Juan* cumplan todas estas condiciones de coordinación

análisis la estructura examinada se contabiliza como un ejemplo de vaciado¹⁰⁴, puesto que, aunque se pueda admitir una función coordinante para *que*, esta no opera únicamente sobre los sintagmas sujetos, sino que vincula dos estructuras oracionales, la segunda de ellas con su verbo y su complemento directo —según los ejemplos comentados— elididos¹⁰⁵.

La misma argumentación es aplicable a las comparativas de igualdad con *como*: cuando el elemento cuantificado y el introducido por *como* son isofuncionales, el bloque sintáctico que ambos forman puede analizarse como una coordinación correlativa, que descarta la posibilidad del vaciado verbal (*Juan compró tantos libros como revistas*). Y al contrario, cuando estos dos elementos no desempeñan la misma función respecto al verbo, sí es imprescindible acudir a una categoría verbal elíptica que justifique la función del elemento introducido por *como* (*Juan compró tantos libros como Luis*). De esta manera, en el primer caso el segmento con *como* tiene valor sintagmático (sin elipsis del verbo) y en el segundo, en cambio, tiene valor oracional (con vaciado). De modo similar, cuando los

mencionadas. Para un examen de los rasgos constitutivos de las estructuras coordinadas en español, cf. Jiménez Juliá (1987), Camacho (1999) y especialmente Franchini (1986: 154-164), trabajo este último en el que se tratan aquellos casos especiales en que la linealidad de las construcciones coordinadas se rompe debido a la figura del hipérbaton, aunque al tratarse de un fenómeno exclusivamente literario, marginal y arcaico no invalida el principio de la contigüidad obligatoria de los elementos coordinados.

¹⁰⁴ Brucart, aunque admite el análisis alternativo sin elipsis, coincide en tratar estas oraciones como ejemplos de vaciado (1999b: 2814-2815).

¹⁰⁵ Aunque el camino que recorre la argumentación de Brucart (1999b y 2003) es distinto al nuestro, hemos llegado a las mismas conclusiones analíticas respecto a la legitimación del vaciado en estas construcciones. No obstante, se trata de una conclusión no definitiva, puesto que tampoco consigue explicar todos sus aspectos sintácticos y semánticos. Por ejemplo, si esta elipsis verbal se define como vaciado, no se entiende que en el miembro oracional que contiene el hueco pueda expresarse únicamente el sujeto, ya que el vaciado necesita que al menos un componente del predicado esté también realizado fonéticamente.

segmentos comparados a través de la correlación de igualdad recogen dos o más complementos o adjuntos diferentes —lo que Sáez del Álamo (1999) denomina *codas plurisintagmáticas*—, también es forzoso apelar a la elipsis del verbo para explicar el vínculo sintáctico entre los constituyentes del segundo miembro¹⁰⁶: *Pedro regala tantos claveles a su novia en primavera como Ø Luis a su madre*. Sin embargo, Gutiérrez Ordóñez (1994a: 53-55) se decanta por analizar el *como* en el primer tipo de construcciones como un transpositor adverbial que capacita al segmento que encabeza para funcionar como adyacente de su correlato con *tanto*.

Restricciones diferentes presenta las oraciones *comparativas relativas*, las comparaciones que recurren al esquema <más...de...> (*comparativas relativas*), como en *Pedro corrigió más exámenes de los que corrigió María*, donde no es posible omitir toda la información léxica redundante porque la oración de relativo exige la presencia explícita de su núcleo verbal¹⁰⁷. Tal vez pueda aducirse también como impedimento para el vaciado del verbo el que no se trate de una estructura paralelística, ya que la segunda entidad comparada, *María*, aparece como un constituyente integrado en la oración de relativo (*de los que corrigió María*), ocupando una posición jerárquica inferior a la que ocupa el segmento que contiene la primera entidad comparada, *Pedro*; de manera que el paralelismo

¹⁰⁶ Este autor considera de nuevo que se trata de un fenómeno de correlación: los sintagmas de la coda se coordinan con sus correlatos del primer miembro comparativo a través del verbo regente explícito. Para una perspectiva diacrónica de estas construcciones, v. Cano Aguilar (1995: 55), donde apunta que este fenómeno puede documentarse en cualquier periodo de la historia del español.

¹⁰⁷ Aun así, se encuentran excepciones a esta regla general, como se señala en RAE (2009: 3412-3413): *Ella hacía en un día lo que* (= ‘lo mismo que’) *nosotros Ø* (= *hacíamos*) *en una semana*, *Trabaja como todo el mundo Ø* (= *trabaja*).

estructural entre los dos miembros oracionales no se cumple en este tipo de comparación (Brucart 1999b: 2815). De este modo se apoya de nuevo la idea de que el vaciado es un fenómeno oracional que no está permitido en aquellos entornos en que la elipsis implique a un miembro sintagmático¹⁰⁸.

Sáez del Álamo (1999) señala que existe un tipo de codas clausales con relativo (concordante o no concordante) que sí presentan elipsis del verbo:

- *Juan compró más libros de lo que yo pensaba.*

- *Juan compró más libros de los que yo pensaba.*

Aunque Sáez del Álamo no lo explica, parece claro que en este caso estamos ante una anáfora de complemento nulo: *Juan compró más libros de los que yo pensaba [que compraría]*. Se elide el verbo (o la oración completiva) seleccionado como CD del verbo principal por coincidir con el núcleo del primer miembro de la comparación. También es posible la anáfora de complemento nulo cuando la comparativa es de igualdad y usa *como*:

¹⁰⁸ Como indica (Brucart 2003), estas oraciones pueden parecerse equivalentes a otras como *Compró más revistas que las que compraste tú*. Dejando a un lado las diferencias semánticas, la coda de esta oración comparativa propia debe analizarse como un SN con núcleo elíptico modificado por una oración de relativo, como demuestra que pueda sustituirse el artículo por un demostrativo, introducir un numeral entre el artículo y el relativo o, simplemente, eliminar la relativa:

- *Compró más revistas que esas que compraste tú.*

- *Compró más revistas que las cuatro que compraste tú.*

- *Compró más revistas que esas.*

Por el contrario, en las codas de las comparativas relativas, la combinación de artículo y relativo forma un pronombre relativo y por eso no es posible sustituir el artículo por un demostrativo, introducir un numeral o eliminar la relativa (al menos, sin alterar drásticamente el significado de la oración).

*Juan compró tantos libros como yo pensaba*¹⁰⁹.

Otro caso de interpretación problemática en cuanto a la elipsis lo representan construcciones como:

- *La niña es tan guapa como su madre.* (Comparativa de igualdad).

- *La niña es guapa como su madre.* (Relativa modal)¹¹⁰.

- *La niña es como su madre.* (Circunstancial modal).

Relacionadas con las *comparativas de igualdad* —que emplean la correlación <*tan, tanto, tanta, etc., ... como...*> para la expresión de la comparación—, oraciones como la del segundo ejemplo admiten un análisis sintáctico doble: si bien pueden interpretarse como oraciones comparativas «con un alto grado de reducciones» (Gutiérrez Ordóñez 1994b: 15)¹¹¹, también es posible tratarlas como simples oraciones de relativo de verbo elíptico —acompañado o no por otros complementos—, alternativa esta última que parece preferible porque es un análisis más simple, además de por la postura restrictiva que se ha adoptado en este trabajo en cuanto al reconocimiento de los fenómenos de elisión, pero, sobre todo, por el valor modal que también puede adquirir *como*. La diferencia entre las

¹⁰⁹ En estos casos, la elipsis está propiciada por el verbo, no por la estructura oracional.

¹¹⁰ También en este tipo de oraciones es necesario aplicar el vaciado del verbo del segmento que introduce *como* cuando coincide con el verbo principal.

¹¹¹ Se refiere el autor a que entonces habría que suponer que se trata de una construcción comparativa de igualdad *abreviada*, en la que la partícula *tan*, el adjetivo base de la comparación y el verbo del segundo miembro comparativo se habrían elidido. También Cano Aguilar (1995: 35) apuesta por un análisis de comparativa con partícula intensificativa elíptica, aunque admite que «el contexto y los efectos de sentido individuales» pueden inclinar la interpretación hacia la clase de las relativas modales.

llamadas por Gutiérrez Ordóñez (1994b) relativas modales y las circunstanciales modales radica en la presencia de un antecedente para el relativo *como*, esto es, en sentido estricto, ambas son estructuras relativas, las primeras, relativas semilibres y las segundas, relativas libres. Sea cual sea la segmentación sintáctica elegida, parece innegable la aplicación del vaciado del verbo en estas estructuras relativas, lo que concuerda con el juicio de Brucart respecto a este procedimiento en cierto tipo de oraciones de relativo que implican una comparación¹¹².

Dentro de lo que algunos autores han denominado *construcciones pseudocomparativas* (Gutiérrez Ordóñez 1994b, Sáez del Álamo 1999), basadas en la secuencia *<más...que...>* —característica que las aproxima formalmente a las comparativas—, es posible también rastrear algunas estructuras que plantean una interpretación ambigua en cuanto a la presencia de elementos elípticos. Entre ellas, las *pseudocomparativas aditivas*¹¹³, presentan dudas respecto a la existencia de un sustantivo

¹¹² Como en otras estructuras de vaciado, el hueco puede incluir otros complementos además del verbo: —La niña tiene el pelo como su madre \emptyset [tiene el pelo]—, otro indicio más de que se trata de oraciones de vaciado. Y sin embargo, parece claro que el segmento con *como* —aunque se acepte el vaciado y, por tanto, su naturaleza oracional— es una construcción relativa modal —perteneciente, por tanto, a la clase de las subordinadas adverbiales—, de función predicativa dentro de la oración matriz. Según Gutiérrez Ordóñez, a pesar de la similitud con las comparativas de igualdad, «es evidente que también desaparecen algunos de los rasgos más representativos de nuestras construcciones [las comparativas de igualdad]: Desaparece la noción de *grado*. Permanece el concepto de *similitud* (mantenido por el significado de *como*), pero ya no hay comparación sobre un eje *menos-igual-más* [...]. El comportamiento del transpositor muestra diferencias. Dado que el *como comparativo* no es anafórico ni ejerce función, permite la presencia dentro del segundo segmento de magnitudes gemelas al término intensificado. Esto no ocurre en las construcciones que analizamos [las comparativas modales]» (1994b: 13).

¹¹³ En Brucart (2003) se defiende que las construcciones comparativas son un subtipo de las oraciones aditivas y sustractivas.

implícito modificado por el cuantificador *más*. Gutiérrez Ordóñez (1994b: 30-32) considera que bajo este esquema pueden darse dos variantes formales, una plena y otra *abreviada*¹¹⁴ en la que un término hiperordinado respecto al sustantivo introducido por *que* debe ser sobreentendido:

- *Compró más muebles que una silla.* (Variante plena).

- *Compró más que una silla.* (Variante abreviada).

A pesar de que Gutiérrez Ordóñez manifieste que las aditivas abreviadas son variantes elípticas de su correlato estructural pleno, no podemos estar de acuerdo porque no se ajustan a los requisitos de la elipsis que hemos señalado: obsérvese que en tales circunstancias la recuperabilidad del elemento omitido sería en realidad extremadamente arbitraria¹¹⁵. Con todo, tampoco parece creerlo así Gutiérrez Ordóñez, para quien «cuando se produce la elipsis del término determinado por *más* este cuantificador asume sus funciones» (1994b: 37); es decir, en una oración como *Compró más que una silla* el adverbio pasaría a actuar como núcleo pronominal de la construcción y no habría que

¹¹⁴ Sáez del Álamo las denomina *aditivas truncadas* (1999: 1169-1170).

¹¹⁵ ¿Por qué hay que suponer que en una oración como *Compró más que una silla* el término implícito es *muebles*? No se puede negar que la indeterminación léxica de *más* en las variantes abreviadas aporta un matiz intensificativo sobre las cualidades del sustantivo expreso, que desaparece al deducir la presencia subyacente de un sustantivo hiperonímico; nótese que ante una oración como la anterior, en realidad, no se interpreta necesariamente que comprara otros muebles además de una silla. Más claro puede verse este matiz y la insostenibilidad de la restitución de un sustantivo omitido en ejemplos como *Eres más que un amigo*. Por este motivo creemos que la situación es similar a lo que sucede en estas estructuras cuando se construyen con adjetivos (*Es más que rica*), en las que Gutiérrez Ordóñez reconoce que «es imposible introducir un sustantivo genérico entre *más* y *que*» (1994b: 45).

acudir a la presencia implícita de una categoría sustantiva determinada por él. En vista de este razonamiento, no parece adecuado hablar de elipsis en las oraciones aditivas, en las que, simplemente, no se ha realizado un sustantivo de aparición potencial.

En cuanto a una posible elipsis verbal en su segundo miembro —particularidad más relevante en este momento de mi exposición— tampoco estas oraciones legitiman el análisis de un verbo elíptico en el miembro encabezado por *que*; se trata, como sostiene Gutiérrez Ordóñez, de una coordinación de sintagmas¹¹⁶, y este segmento no tiene valor oracional. Merece la pena referir cómo la negación de estas estructuras aditivas origina un cambio de significado radical de la estructura, que de expresar el valor semántico de adición pasa a expresar una restricción máxima¹¹⁷ sobre el número de entidades de un conjunto, aproximándose al significado de exclusión¹¹⁸: *Juan no compró más libro que «La Busca»*.

Otro género de estructuras pseudocomparativas son las *correctivas*, en las que —según Gutiérrez Ordóñez (1994b: 48)— no es necesario señalar elipsis alguna, no se debe suponer que se ha generado un proceso de vaciado del verbo del segundo miembro:

¹¹⁶ «Acabamos de sostener que los dos segmentos que constituyen el meollo de una estructura aditiva son coordinados [...]. La partícula *que* no encaja dentro de ninguna de las casillas estudiadas: ni es completivo (/que¹/), ni relativo (/que²/), ni comparativo, ni consecutivo. Caben dos opciones en torno a la función del *que*: o bien es transpositor del segundo segmento, o bien es coordinador. Esta segunda alternativa es más coherente con las exigencias formales e incluso semánticas [...]» (Gutiérrez Ordóñez 1994b: 37-38).

¹¹⁷ Sáez del Álamo las estudia bajo la etiqueta de *pseudocomparativas restrictivas*, catalogándolas como uno de los tres grandes tipos de estructuras pseudocomparativas del español (1999: 1170-1173).

¹¹⁸ «Ya no se trata de secuencias que expresen suma, sino exclusión, o mejor, *exclusividad*» (Gutiérrez Ordóñez 1994b: 40).

- *Parece un dios, más (bien) que un hombre.*

- *Es astuto, más (bien) que inteligente.*

- *Gruñe, más (bien) que canta.*

Por último, otro grupo de pseudocomparativas se denomina *de exclusión* (Gutiérrez Ordóñez 1994b), emparentadas formalmente con las *comparativas temporales*¹¹⁹ por recurrir al mismo tipo de secuencia para expresar la relación de exclusión (*antes que*, *primero que*, aunque también *mejor que* puede ser utilizado), con la salvedad de que en las *exclusivas* los dos miembros de la secuencia aparecen diseminados, precediendo el adverbio a la unidad preferida:

- *Estudia Lengua antes que Historia.* (Temporal).

- *Antes estudia Lengua que Historia.* (Excluyente).

En apariencia, podría entenderse que estas oraciones de exclusión acogen un proceso elíptico de vaciado verbal o de reducción del SV coordinado. Sin embargo, como bien explica Gutiérrez Ordóñez, se trata en realidad de una coordinación de constituyentes oracionales, pues, al analizar este tipo de estructuras, hallamos en ellas una conexión de elementos isocategoriales e isofuncionales, distribuidos en dos miembros paralelos que

¹¹⁹ Como un tipo especial de comparativa por su relación con las oraciones temporales, las *comparativas temporales* (*antes que*, *primero que*, *después que*) presentan otro ejemplo de vaciado del verbo y los complementos reiterados del segundo miembro comparativo (Gutiérrez Ordóñez 1994b: 56-58):

- *Manolo se levanta antes que Ø su mujer [se levanta].*

- *Induráin llegó primero que ø Bugno [llegó].*

funcionan en conjunto como un bloque funcional (1994b: 54-55); estaríamos ante un nuevo caso de coordinación binaria como el propuesto para las pseudocomparativas correctivas. Pero ocurre que se pueden citar ejemplos en los que esta relación isocategorial y la equivalencia funcional no pueden aducirse como pruebas que permitan hablar de coordinación a menos que se acuda al vaciado verbal; la argumentación es similar a la desarrollada antes al tratar las elipsis en las oraciones comparativas. Son oraciones en las que para validar la coordinación sustentada en el esquema correlativo <antes...que...> ha de reconstruirse un SV implícito constituido por el verbo y otros complementos mencionados en el brazo inicial del esquema pseudocomparativo: *Antes se marcha Pedro a estudiar al extranjero que Juan*. En este ejemplo, por tanto, sería necesario restituir el verbo y los dos complementos de la primera oración. Con todo, existe también la posibilidad de alterar el orden de los constituyentes del miembro inicial haciendo aparecer de forma consecutiva ambos sujetos: *Antes se marcha a estudiar al extranjero Pedro que Juan*. De esta forma sí se aceptaría la caracterización de las dos unidades conectadas por *que* como bloque funcional unitario creado por la coordinación de sus componentes, aunque seguiría sin explicarse por qué entonces el verbo no concuerda con el supuesto sujeto plural. Por tanto, la aceptación del vaciado permite dar una explicación más coherente a las relaciones estructurales entre los componentes de esta construcción, aunque no resuelve todos los interrogantes¹²⁰.

Dada la complejidad del análisis esbozado para estas construcciones, es conveniente

¹²⁰ La presencia de elementos elípticos en las construcciones comparativas también es tratada en RAE (2009: 3384-3385, 3390-3391, 3392, 3396, 3406, 3409-3410, 3412 y 3424-3425).

presentar una breve clasificación de aquellos tipos en los que defendemos la aplicación del vaciado:

1. Oraciones comparativas propias de igualdad (*tan... como*) y de desigualdad (*más / menos... que*):

a) Cudas sintagmáticas sin elipsis (para Sáez del Álamo, *codas frasales sin elipsis*):

- *Juan compró más / menos revistas que libros.*

- *Más chicos que chicas compraron ese libro.*

- *Juan compró tantas revistas como libros.*

Posiblemente *que* funciona como coordinante (Sáez del Álamo 1999, Gutiérrez Ordóñez 1994^a), aunque no se descarte de pleno su análisis como preposición (Gallego 2011). Entiendo que el segmento cuantificado y el introducido por *que* forman un bloque unitario que desempeña una única función respecto al verbo explícito de la oración matriz.

b) Cudas oracionales con elipsis:

b. 1) Cudas oracionales con un solo constituyente fonéticamente realizado (*codas frasales de apariencia elíptica* según Sáez del Álamo):

- *Juan compró más revistas que María.*

Es necesario suponer que se ha producido el vaciado de algunos constituyentes de la coda comparativa para explicar qué función desempeña *María*. Si antes se coordinaban dos constituyentes sintagmáticos, ahora se coordinan dos oraciones, la segunda de ella con algunos componentes elípticos para evitar la redundancia léxica.

b. 2) Cudas oracionales con varios constituyentes fonéticamente realizados (las llamadas por Sáez del Álamo *cudas plurisintagmáticas*):

- *Juan compró más revistas que María libros.*

La única diferencia con las oraciones anteriores está en que ahora la coda incluye dos constituyentes oracionales fonéticamente realizados.

2. Oraciones comparativas relativas:

- *Juan compró más libros de los que compró María.*

En ellas la coda es una oración de relativo introducida por *de*. Es imposible elidir el verbo porque las oraciones de relativo no admiten este tipo de elipsis. Para Sáez del Álamo son el único tipo de coda clausal presente en las construcciones comparativas.

3. Oraciones pseudocomparativas:

a) Aditivas

b) Correctivas

d) De exclusión

No hay elipsis en ningún tipo de ellas, excepto en las pseudocomparativas de exclusión, pero solo cuando la coda contiene al sujeto de su oración: *Antes se marcha Pedro a estudiar al extranjero que Juan.*

3.3.2. LA REDUCCIÓN DEL SINTAGMA VERBAL COORDINADO

Ya se han mencionado algunos rasgos de este fenómeno en el apartado anterior porque es un tipo de elisión muy similar al vaciado, con la diferencia de que la reducción

se produce entre SSVV coordinados¹²¹ y afecta solo al núcleo verbal, sin que el hueco englobe a ningún otro complemento del verbo. El lugar que ocupa el hueco de la elipsis en la reducción también difiere del que ocupa en el vaciado; en la reducción se supone la presencia de un núcleo verbal elíptico al frente del segundo miembro coordinado, mientras que en las oraciones coordinadas en las que se produce el vaciado no se permite al hueco ocupar el lugar inicial de su oración. Obsérvese que en los siguientes ejemplos, los complementos de ambos miembros coordinados mantienen una correlación funcional:

- *María estudió ruso en Moscú y Ø alemán en Berlín.*

- *El decano convocó a las doce a los estudiantes y Ø a la una a los profesores.*

- *Luis enviaba rosas a Elena y Ø gardenias a Elisa.*

Para algunos autores, estas secuencias no presentan ningún elemento elíptico e interpretan que estamos ante simples casos de coordinación de sintagmas (RAE 2009: 2442-2444). Es necesario suponer que se trata de dos SSVV coordinados con el segundo de sus núcleos omitidos, pues en caso contrario se vulneraría el principio básico de la coordinación: ésta debe ejercerse sobre constituyentes unitarios. Que los constituyentes de los miembros supuestamente coordinados puedan aparecer diseminados en la oración es prueba de que no forman una estructura unitaria; son segmentos sintácticos distintos, con funciones distintas. Mientras que si se optara por la hipótesis de la coordinación sin elipsis la segmentación sería [*María*] [*estudió [ruso en Moscú] y [alemán en Berlín]*], con todos

¹²¹ Es posible que la coordinación de los sintagmas no se formalice a través de una conjunción coordinante, si no que se manifieste por simple yuxtaposición: *Unos días se levantaba a las cinco; otros, a las siete* (RAE 2009: 2444).

los problemas que se acaban de mencionar si se elige este análisis, la hipótesis de la elipsis daría lugar a otra segmentación, [María] [estudió [ruso] [en Moscú] y Ø [alemán] [en Berlín]], más adecuada a los principios de la sintaxis¹²².

Estos esquemas de elipsis por reducción se producen, no en oraciones diferentes, si no en diferentes sintagmas. Es decir, la reducción supone que estamos ante una oración cuyo predicado se manifiesta como dos sintagmas coordinados, mientras que en el vaciado la elipsis se produce en un esquema de oraciones coordinadas que comparten un mismo verbo y alguno o algunos de sus complementos. La cercanía de la reducción al vaciado aumenta en algunos contextos en que la ambigüedad del análisis es casi irresoluble. Es lo que sucede cuando un SN no animado puede interpretarse indistintamente como sujeto o como complemento directo de un predicado: *La cinta transportadora trasladó el motor a la plataforma y el robot al camión*. Si suponemos que la categoría elíptica se encuentra justo después del nexos conjuntivo, su lectura es la de reducción de coordinada; pero si la elipsis se localiza después de *el robot*, se trata de un caso de vaciado. Esta ambigüedad normalmente se resuelve seleccionando la lectura más simple, la reducción del SV (Brucart 1999b: 2821)¹²³.

Aunque el mismo tecnicismo que nombra esta variedad de elipsis verbal la circunscribe a casos de coordinación, ya se arguyó más arriba que algunas de las

¹²² Gallego (2011) no menciona en su monografía este tipo de elipsis verbal, bien porque la considere una modalidad de vaciado o porque prefiera analizar estas construcciones como simples coordinaciones de complementos.

¹²³ En algunos casos, la entonación hace preferir la lectura de vaciado cuando se realiza una inflexión entre los dos constituyentes del segundo miembro coordinado.

construcciones comparativas también aceptan la reducción del SV: así sucede en ejemplos como *Luis compró tantos claveles a su madre en primavera como Ø rosas a su novia en verano*, donde la categoría elíptica que sigue al *como* —ocupando una posición inicial en el segmento que contiene la elipsis del verbo— se refiere únicamente al verbo, por lo que es preferible hablar aquí de reducción de SSVV coordinados que de vaciado, ya que se trata de la coordinación de dos sintagmas verbales, no de la coordinación de las oraciones.

Por último, al ser un tipo de elipsis operante en el nivel sintagmático, no podrá funcionar como conexión textual, en lo que coincide con el vaciado. Además, la relación fórica entre categoría elíptica y antecedente solo puede ser anafórica, nunca catafórica, comportamiento que de nuevo lo acerca al vaciado.

3.3.3. LA ELISIÓN DEL SINTAGMA VERBAL CON PARTÍCULA DE POLARIDAD Y LAS PROFORMAS ORACIONALES

Esta modalidad de elipsis verbal consiste en la supresión del sintagma verbal y sus argumentos y adjuntos, permitida por la aparición de una partícula de polaridad (*sí, no, también, tampoco*) que actúa como resto y que además conecta la polaridad del segundo miembro oracional con la del primero¹²⁴:

- *Luis gana mucho dinero y María también Ø.*

Sería un caso de elipsis total, pues se suprimen todos los constituyentes del predicado y no es habitual la expresión de ninguno de los complementos del SV con partícula de

¹²⁴ El hueco afecta al predicado y no al sujeto; es decir, el sujeto no queda integrado en el hueco del predicado, aunque a veces, debido a otras reglas gramaticales, también pueda elidirse.

polaridad, al contrario de la pauta seguida en la elipsis por vaciado, donde alguno o algunos de los complementos del predicado debe ser expresado y, en cambio, no se admite la negación (RAE 2009: 3710). Además de las partículas de polaridad citadas, otros términos negativos pueden funcionar como adverbios de polaridad; tal es el caso de *nunca* y *jamás*:

- *María siempre come pasteles pero Ana nunca* (Sánchez López 1999: 2626).

Este tipo de elipsis puede aplicarse en oraciones yuxtapuestas o coordinadas de tipo copulativo, adversativo o disyuntivo, y también en el diálogo:

- *Ella estaba de acuerdo, pero él no Ø.*

- *¿Reparaste la avería o no Ø?*

- *Tuve deseos de abrazarlo, pero me contuve. Él no Ø.*

- A: —*Llévame, antes me llevabas.*

B: —*Pues ahora no Ø, ¿estamos?* (RAE 2009: 3709, 3710).

En general, cualquier tipo de estructura oracional bimembre en que sus segmentos constitutivos tengan una organización paralela puede aceptar este tipo de elipsis, aunque con la restricción —como sucede en las demás modalidades de elipsis verbal— de que no sean estructuras subordinadas, en las que es obligatorio repetir el verbo:

- **Marta friega porque su hermano no Ø.*

- **Uno hace todo lo que el otro no Ø.*

- **He leído estos días un libro que tú no Ø.* (RAE 2009: 3710).

Este tipo de elipsis adquiere valor discursivo cuando la relación entre el antecedente y la categoría elíptica implica a enunciados independientes (yuxtaposiciones o diferentes intervenciones en un diálogo, por ejemplo). Su clara diferenciación respecto al vaciado y a la reducción descansa en las restricciones sintácticas que caracterizan su empleo: en estas oraciones elípticas no es posible la aparición de ningún complemento o adjunto del predicado, exceptuando el operador de polaridad que funciona como resto. Además, nunca puede darse una relación catafórica entre antecedente y hueco si la elisión del SV con partícula de polaridad pertenece al nivel discursivo; para que la catáfora sea válida, otra condición es que el nexos empleado sea *pero* y el operador de polaridad sea *sí* o *no*: *Luis dice que no, pero Pedro habla inglés con bastante fluidez*. En cambio, tanto el vaciado como la reducción de SSVV coordinados están incapacitados para aparecer en construcciones de relación referencial catafórica entre el hueco elíptico y su antecedente.

Las oraciones del antecedente y de la categoría elidida pueden funcionar como subordinadas completivas, ya sea por separado o conjuntamente, pero solo cuando el verbo introductor pertenece a la clase semántica de los asertivos débiles (*creer, considerar, decir*) (Brucart 1999b: 2826):

- *María tiene razón, pero Antonio cree que no Ø [tiene razón].*

- **María tiene razón, pero Antonio lamenta que no Ø [tenga razón].*¹²⁵

Existen usos discursivos de las partículas de polaridad en los que adquieren valor de proforma oracional (remiten anafóricamente a toda la oración anterior), porque entonces el

¹²⁵ Este fenómeno puede ocurrir en construcciones paralelas como las indicadas para el vaciado.

hueco elíptico abarca tanto al predicado como al sujeto; estas construcciones elípticas, pueden ir acompañadas de algún elemento adjunto. El contexto habitual presenta la proforma oracional como respuesta a una pregunta anterior —que funciona como oración antecedente— o como señal de conformidad o disconformidad con lo expresado por el interlocutor, pudiendo ir acompañada de algún adjunto que la modifique:

- A: — *¿Has leído la última novela de Mendoza?*

B: — *Sí / Sí que la he leído.*

- A: — *No está mal este restaurante.*

B: — *No, nada mal.*¹²⁶ (Brucart 1999b: 2834).

Algunos autores separan estos usos de los operadores —relacionados con los denominados por Bosque (1984) *fragmentos*¹²⁷— de aquellos en los que interviene una elisión del SV, aunque no todos los gramáticos aceptan esta distinción (RAE 2009: 3711 y ss., 2353-2354). La primera prueba que se aduce para no considerarlos casos de elipsis sintáctica está en el drástico reajuste deíctico que conllevan los ejemplos con proformas oracionales, frente a lo que sucede en la elisión del SV, donde esta adaptación afecta solo a la información personal:

- A: — *¿Vienes?*

¹²⁶ Adviértase que para la reproducción del contenido de las proformas oracionales se requiere —aunque no siempre es así— una adaptación de los rasgos deícticos contenidos en la oración antecedente (en la respuesta del primer ejemplo, la reconstrucción necesaria sería *la he leído*, usando la 2ª persona del plural).

¹²⁷ Puede consultarse también RAE (2009: 3550).

B: — *No (voy).*¹²⁸

- *María vendrá a la fiesta, pero yo no Ø [vendré].*

Para diferenciar en estos contextos dialogales las proformas oracionales de la elisión del sintagma verbal con partícula de polaridad la evidencia definitiva se encuentra en la presencia explícita del sujeto en los ejemplos de elisión, que obliga a descartar el carácter oracional del operador y a interpretar solo un SV implícito:

- A: — *¿Alguien va al supermercado esta tarde?*

B: — *No, yo no Ø [voy al supermercado esta tarde].*

Pero también es posible hallar usos discursivos de las proformas oracionales fuera del diálogo. Montolío (1999) señala cómo las oraciones condicionales a veces pueden ofrecer una prótasis elíptica, constituida únicamente por la proforma; denomina a estas estructuras *procondicionantes* y las asocia a un registro coloquial:

- A: — *Nos llevamos mal y además se ha enamorado de otro hombre.*

B: — *Entonces Ø, creo que sí acabaréis separados.*

- *Yo ya lo sabía; si no Ø, no habría actuado como lo hice.* (Montolío 1999: 3712-3713).

En el primer ejemplo, el adverbio *entonces* adquiere valor de proforma condicional y

¹²⁸ Este ejemplo está extraído de Sánchez López (1999: 2625), estudio en el que también se aborda la descripción de los procesos de elisión del SV con partículas negativas (cf. especialmente 2624-2626).

permite recuperar anafóricamente una información aparecida en el enunciado previo a modo de suposición, la cual sirve como marco interpretativo de la apódosis. La misma función tiene en el segundo enunciado la conjunción *si no*¹²⁹, que además modifica la polaridad del enunciado con que se vincula; es decir, si el enunciado previo es afirmativo, el procondicionante *si no* lo convierte en una suposición elíptica negativa, y si fuera negativo, lo transformaría en una oración elíptica afirmativa:

- *Yo no lo sabía; si no Ø, no habría actuado como lo hice*¹³⁰.

Montolío destaca la frecuencia con que estas oraciones condicionales de prótasis elíptica se conectan con otra oración condicional previa, de tal forma que el procondicionante *si no* recoge de forma elíptica la prótasis de la oración condicional que le antecede: *Si la película es buena, la gente irá a verla, si no Ø, no*. «La estructura [*si p q; <si no>, no q*] constituye un mecanismo de exposición útil cuando se desean contrastar opciones posibles [...]» (Montolío 1999: 3713).

Las oraciones condicionales —y también las concesivas— pueden a veces presentarse sin apódosis explícita (RAE 2009: 3547-3550), como en *Si yo te contara...*, donde la prótasis se deja en suspenso y el destinatario tiene que suponer o deducir aproximadamente el contenido de la apódosis. Son las llamadas *oraciones truncadas o suspendidas*, que no hay que confundir con los fenómenos de truncamiento tratados en este

¹²⁹ Una diferencia clara entre *entonces* y *si no* como procondicionantes se encuentra en la incapacidad del primero para aceptar la catálisis del enunciado presupuesto, mientras que *si no* permite la restitución de dicho enunciado.

¹³⁰ La prótasis elíptica equivaldría a la prótasis plena ‘si lo hubiera sabido’.

epígrafe. Son expresiones estereotipadas, aunque muchas veces estas prótasis no están lexicalizadas. Se trata de oraciones suspendidas que no necesitan de la reconstrucción de una apódosis elíptica para completar su significado, es decir, son oraciones que no necesitan la elipsis gramatical para explicar su construcción, ya sea porque se trate de oraciones lexicalizadas —como sucede en refranes del tipo *Aunque la mona se vista de seda...*—, ya sea porque se trate de un tipo de omisión determinado por la pragmática, aunque se encuentren ejemplos en que la apódosis omitida puede ser recuperada del discurso previo. «Las condicionales suspendidas construidas de esta forma constituyen un recurso frecuente de la lengua poética, como en *¡Si me llamas, sí, / si me llamas* (Salinas, *Voz*), pero también del discurso dramático y de otras formas de expresión literaria» (RAE 2009: 3547).

Por último, no deben confundirse los casos de elisión del SV con partícula de polaridad con las construcciones de *negación correctiva*¹³¹, en las que más que una relación entre oraciones —la segunda de ellas, con la elipsis del predicado— se produce una coordinación de sintagmas o una aposición, aunque no todos los autores estén de acuerdo y sigan proponiendo un análisis elíptico en ejemplos como:

- *No hablé con Juan, sino con Luisa.*

- *Usted, y no su jefe, es el único culpable.* (RAE 2009: 3711).

- *Juan vive en Madrid, aunque no en el barrio que tú crees.*

¹³¹ La bibliografía en inglés ha denominado estas construcciones *stripping* ('desnudamiento') (ápuđ Gallego 2011: 49).

- *Le regalé flores, pero no rosas.* (Sánchez López 1999: 2579).

Como se ve en los ejemplos, conjunciones como *sino*, *y*, *pero*, *aunque* pueden introducir estos sintagmas correctivos. En español antiguo también era posible el empleo de *antes*:

- *Los fillos... non eran de leal matrimonio, antes fechos en adulterio* [Heredia, 1221, ápod Llorens 1929].

Los ejemplos citados poseen una estructura sintáctica diferente a otros aparentemente idénticos en los que sí existe elipsis; es el contraste que se observa entre *Juan avisó a Luis, pero no a Javier* (negación correctiva) y *Juan avisó a Luis, pero a Javier no Ø* (ibíd.). La misma argumentación se aplica cuando el adverbio es el afirmativo *sí*, de forma que solo cuando aparece al final de la oración puede hablarse de elipsis: *Si le cae en la piel no es dolorosa de momento, pero después sí Ø* (RAE 2009: 3007).

Estas y otras construcciones con *sino* manifiestan un valor de excepción, restricción o exclusión que adquieren una interpretación presuposicional (Sánchez López 1999: 2577-2580). Por tanto, no creemos que en ningún caso estas construcciones requieran de una elipsis gramatical para explicar su estructura y su sentido:

- *¿Quién sino él puede haber pronunciado conferencia tan interesante?*

- *El silencio no fue interrumpido sino por una sola observación del guía.*

- *Quien no tiene solo un ojo, ¡mira a cuánto peligro anda! Un ánima sola ni canta ni llora* (Celestina VII, p. 92).

- *No quiero sino que me dejéis en paz.*

En el corpus estudiado encontramos numerosos ejemplos de estas construcciones correctivas:

- *¡E devierasgelo estrañar, y no consentyr; desuiar, y no dar en consejo! (Siervo libre de amor).*

- *Pero ya tu véas en mi tribulación que no tengo poder para sentir otro mal sino el mío. (Cárcel de amor).*

- *¡O cuánto bueno! te sería morir a tu consentimiento, por medio culpado y no, enteramente por malo conocido. (Triunfo de amor).*

3.3.4. LA ANÁFORA DE COMPLEMENTO NULO

La anáfora de complemento nulo (del inglés *null complement anaphora*) se presenta en construcciones oracionales cuyo núcleo verbal está ocupado por un verbo en forma personal que selecciona como argumento (complemento directo, indirecto o preposicional) una oración de infinitivo —o una subordinada con el verbo conjugado— elíptica, que ya ha sido mencionada en la oración anterior (anáfora): *Luis fue al acto; María, en cambio, no pudo Ø [ir al acto].* O en la oración siguiente (catáfora): *Si puedo Ø, voy.*

La inclusión de esta modalidad de elisión en el grupo de la elipsis verbal se justifica por el estatus categorial del elemento omitido, que siempre queda representado por un segmento de naturaleza predicativa (un infinitivo o una oración subordinada). Tal vez esta limitación explique que muchos de los predicados que participan en anáforas de complemento nulo no acepten la sustitución del complemento por el pronombre neutro

lo¹³², sino únicamente por la proforma verbal *hacerlo*.

Brucart (1999b) —siguiendo a Bosque (1984)— intenta agrupar los predicados que admiten este tipo de elipsis:

- a) Verbos que expresan modalidad: *poder, deber, querer*.
- b) Verbos aspectuales: *acabar de, empezar a, volver...*
- c) Algunos verbos que expresan predisposición, actitud o propósito (*admitir, aceptar, decidir, etc.*).
- d) Verbos que expresan permiso, colaboración o influencia en la actitud de otros (*autorizar, ayudar, enseñar, etc.*); y algunos verbos pronominales como *abstenerse de, adherirse a, disgustarse por, olvidarse de, etc.* Precisamente son estos verbos pronominales, de significado causativo psicológico, los que tienden a elidir con mayor frecuencia su complemento preposicional, así como los verbos que seleccionan al mismo tiempo un CPR y un CD o un CI, como *autorizar, ayudar, informar, disuadir, enseñar, incitar, invitar, obligar, persuadir, quejarse...* (Brucart 1999b: 2841).

Pero no todos los verbos de la misma clase semántica admiten este tipo de elipsis:

- **Ella deseaba ir al cine, pero él no deseaba.*

- *Él insistía en ir al cine, pero ella no quería Ø.* (RAE 2009: 2127).

¹³² No obstante, algunos verbos como *hacer*, que tampoco permiten esta pronominalización (*Me hizo correr* > **Me lo hizo*), están incapacitados para entrar a formar parte de estructuras de anáfora de complemento nulo: *No quería ir a la excursión, pero mi madre me obligó / *hizo* (Brucart 1999b: 2840).

Al igual que sucede con predicados como *incautarse de*, *aspirar a* o *depender de*, que, debido a razones léxicas, sintácticas y pragmáticas, tampoco la admiten. En ambos casos, encontrar una explicación aceptable aún sigue siendo difícil, lo cual ha empujado «a muchos de los gramáticos que han estudiado estas construcciones a tratarlas como un ejemplo de elipsis contextual, sometida a condiciones léxicas, semánticas y pragmáticas más que gramaticales» (Brucart 1999b: 2841)¹³³.

A estas dificultades hay que añadir la sutil frontera que separa los CPR y los complementos circunstanciales o CC, los primeros definidos como complementos argumentales, centrales u obligatorios, y los segundos, como complementos adjuntos, marginales o prescindibles. Así, al comparar *Residir en Madrid* y *Tenderse en la cama*, parece que el primer verbo tiene una mayor necesidad semántica del complemento locativo, mientras que el segundo acepta más fácilmente la no realización de su complemento, pero es difícil encontrar pruebas objetivas que respalden la calificación del primero de los complementos como regido y del segundo como circunstancial (RAE 2009: 2724), y, precisamente, supone una distinción trascendental para validar la anáfora de complemento nulo, a pesar de que todavía hoy no existe un criterio definitivo¹³⁴. El

¹³³ Castro Paredes (2001) reflexiona sobre la variabilidad en la restitución del componente omitido en los procesos de anáfora de complemento nulo, su recuperabilidad a través de diferentes representaciones de la categoría sintáctica a la que corresponde (oración de infinitivo u oración con *que*), lo que considera un indicio de que al menos este tipo de elipsis «plantea la cuestión de si los instrumentos lingüísticos son suficientes para dar cuenta del fenómeno» (87). También Bosque (1984: 176-177) considera que este tipo de elipsis «entrarían, al menos en parte, en el grupo de las que están regidas por principios pragmáticos, y no por factores estrictamente sintácticos o incluso semánticos».

¹³⁴ Una síntesis de los factores y las pruebas que ayudan a diferenciar complementos argumentales y adjuntos puede encontrarse en Cano (1999), Santiago Guervós (2007) o RAE (2009: 2912-2910).

problema de la obligatoriedad del CPR es similar al del CD: como en los verbos transitivos, se trata de un problema explicable por la semántica de los predicados y por ello habrá algunos que nunca aparecerán con este tipo de complementos, otros que rijan necesariamente un CPR (*consistir, constar, asociar, alternar...*), y en otros más su realización será opcional (*hablar, pensar, soñar, etc.*):

- *Surgió el tema de la corrupción, y Juan se puso a hablar con mucho apasionamiento.*

- *La cosa no tiene arreglo; así que no pienses más, o te volverás loco*

- *¡Ay! Si no soñarás tanto.* (Cano 1999: 1811-1813)¹³⁵.

De esta situación se puede deducir que la obligatoriedad o centralidad del complemento preposicional depende del significado de cada verbo en particular y ha de establecerse, como defiende Cano, «caso por caso».

Aunque muchos gramáticos asocian los CPR a la transitividad, se detectan diferencias en la elipsis de los CPR y los CD. Adelantemos de forma breve algunas ideas relevantes que se desarrollan en el apartado 3.4.1.2 sobre la elipsis del CD: a excepción de algunos contextos sintácticos muy reducidos, la elipsis del CD en español no puede producirse porque siempre acude en representación de este complemento el pronombre

¹³⁵ Estos ejemplos son equiparables a los llamados *usos absolutos* de los verbos transitivos, en los que la existencia de un CD puede deducirse pragmáticamente (del contexto discursivo, de la situación, de los saberes compartidos, del conocimiento del mundo, etc.), pero no es prueba suficiente de su existencia sintáctica (v. 3.4.1.2).

átono: *No reconoció a la chica, aunque ya se la habían presentado*. Por el contrario, el CPR puede elidirse sin dejar ningún sustituto en la oración, dando lugar a un auténtico proceso de elipsis: *Tenía que comprar pan, pero no se acordó Ø*. Y en otras ocasiones, — tal y como se ha consignado un poco más arriba— la falta de CPR no ha de interpretarse como un caso de elipsis, sino de no realización, aunque pragmáticamente pueda deducirse de forma aproximada. Pero bajo ciertas condiciones estructurales, la elipsis del CPR es inviable y solo se acepta su sustitución pronominal: *Después de conocer a Marta, Juan hablaba de ella todo el día*¹³⁶. Una explicación podría ser que la sustitución pronominal esté favorecida por la categoría del antecedente del CPR: si el antecedente anafórico del CPR es un SN se prefiere la sustitución mediante pronombre; mientras que si este antecedente es un infinitivo o una oración subordinada, el CPR puede elidirse totalmente y, en el caso de optar por la sustitución, el sustituto preferente sería la proforma verbal *hacerlo*:

- *Tenía que llamar a Juan, pero se olvidó Ø [de hacerlo]*.

- *Tenía que llamar a Juan, pero se olvidó de él*.

- *Vio a Juan, pero se olvidó Ø [de haber visto a Juan]*.

- *Vio a Juan, pero se olvidó de él*.

Algunos predicados afines a la anáfora de complemento nulo han producido sustantivos o adjetivos derivados que heredan sus estructuras argumentales, como en

¹³⁶ Por supuesto que es posible eliminar el CPR, pero entonces la oración cambia de sentido, como sucede en los usos absolutos de los verbos transitivos.

dependen / *dependiente* / *dependencia de otros* (RAE 2009: 2715-2716). Pero que estos sustantivos y adjetivos no se acompañen de los complementos marcados por su estructura temática no debe —sostenemos— interpretarse como un verdadero proceso de elipsis, sino de ausencias permitidas por la interpretación pragmático-discursiva de los enunciados y amparadas en ocasiones en la función anafórica del artículo determinado (o de otro determinante definido), el cual presenta al sustantivo o adjetivo como un sintagma actualizado, conocido, mencionado en el discurso previo¹³⁷. Además, la estructura del SN y del SAdj español no exige la presencia obligatoria de un adyacente modificador del núcleo y, como hemos dicho, la elipsis opera siempre sobre elementos argumentales y obligatorios de la estructura sintáctica.

Como ya apuntábamos más arriba, existen algunos contextos en que la anáfora de complemento nulo no posee ningún antecedente verbal, por lo que la información a la que alude debe deducirse del entorno comunicativo:

- [A está hablando por teléfono y B le urge para que finalice la conversación]

*B: - ¿Acabas ya?*¹³⁸

Dejando a un lado estos usos contextuales o pragmáticos, propiciados por la conversación y el diálogo, y que, a nuestro juicio, no suponen auténticos casos de elipsis gramatical, pueden encontrarse ejemplos numerosos de anáfora de complemento nulo en

¹³⁷ Quiero decir que es el artículo, y no un adyacente elíptico, el que funciona como elemento anafórico señalando la relación de su SN con una expresión anterior.

¹³⁸ Se trataría de «enunciados de control pragmático del objeto» (Brucart 1999b: 2840).

los mismos esquemas oracionales de organización paralelística propuestos para el vaciado, pero también en construcciones de subordinación:

- *Si no quisiera ir a la excursión, mi madre me obligaría Ø.*

- *Aunque mi rango no me permitiese entrar en aquella zona, el capitán me había autorizado Ø.*

- *No asistió a la reunión porque se le olvidó Ø.*

- *Compró tantos libros como pudo Ø.*

Sin embargo, un hecho sintáctico que restringe fuertemente la anáfora de complemento nulo es la estructura pasiva, como muestra el contraste entre las tres siguientes oraciones —extraídas también de Brucart (1999b: 2842)—:

- *Se intentó abrir las puertas, pero no se logró Ø.* (Oración impersonal).

- *Las puertas se intentaron franquear, pero no se lograron abrir.* (Oración pasiva sin anáfora de complemento nulo).

- **Las puertas se intentaron abrir, pero no se lograron Ø.* (Oración pasiva con anáfora de complemento nulo).

Aunque Brucart no se ocupa de este aspecto, la anáfora de complemento nulo puede servir de enlace interoracional, según se ha podido observar en algunos ejemplos anteriores, por lo que puede estudiarse como un procedimiento de elipsis cohesiva: *Quería irse a estudiar al extranjero cuando acabara la carrera. Como para entonces no tenía dinero, al final no pudo Ø.* Parece que cuanto más alejados se hallen antecedente y hueco elíptico, la aceptabilidad de la estructura elíptica disminuye y se prefiere la sustitución por

hacerlo a la elipsis¹³⁹.

Para terminar este epígrafe, recordemos que en el apartado 3.3.1.1., p. 182, señalábamos el apunte de Sáez del Álamo (1999) sobre la elipsis en las codas de las oraciones comparativas relativas, que consideramos un ejemplo de anáfora de complemento nulo:

- *Juan compró más libros de lo que yo pensaba [que compraría].*

- *Juan compró más libros de los que yo pensaba [que compraría].*

3.3.5. EL TRUNCAMIENTO

Si observamos las siguientes oraciones, se percibe inmediatamente que tras el interrogativo se echan en falta algunos elementos ya mencionados en la oración precedente:

- *Antonia compró un libro, pero no sé de qué autor.*

- *Ayer habló con alguien, pero no pude ver con quién.*

- *Sus amigos estuvieron de vacaciones a Tailandia, pero no recuerdo cuándo.*

Este tipo de elipsis¹⁴⁰ se denomina *truncamiento* y consiste en la expresión de una

¹³⁹ No entraremos en la discusión de si la anáfora de complemento nulo supone un auténtico caso de elipsis (entendida como borrado fonológico de un constituyente sintáctico con contenido semántico y estructura sintáctica interna) o si el hueco elíptico está recubierto por un pronombre nulo (sin contenido semántico ni estructura sintáctica interna), pues, en ambos casos, entiendo que estamos ante un proceso de elipsis, con independencia de la caracterización categorial que se le dé al constituyente elíptico. Algunos argumentos en torno a esta polémica pueden consultarse en Gallego (2011: 61-64).

oración interrogativa indirecta solo a través del pronombre interrogativo que la caracteriza, sin expresar el resto de elementos que configuran la estructura de dicha oración porque ya han aparecido en la oración anterior, la cual normalmente suele mantener una relación adversativa con la oración truncada. Además, el pronombre interrogativo debe tener como antecedente en la oración precedente a un elemento isofuncional de naturaleza inespecífica o elíptica: *Alguien me habló, pero no recuerdo quién* Ø¹⁴¹ (Brucart 1999b: 2843).

Una restricción respecto al antecedente del sintagma interrogativo señala que cuando ese argumento es el sujeto, nunca puede ser un sujeto elíptico —que siempre recibe una lectura específica en español. En el caso de las oraciones impersonales con verbo en 3ª persona del plural (**Han llamado a la puerta, pero no sé quién(es)*), Brucart opina que la remisión del pronombre interrogativo a un sujeto implícito de realización léxica inadmisible deviene una estructura agramatical (1999b: 2844).

Cuestión problemática en torno al truncamiento es aquella que busca aclarar su uso con antecedente elíptico de naturaleza argumental:

- *Luis comió, pero no recuerdo qué.*

- *Luis comió algo, pero no recuerdo qué.*

¹⁴⁰ Para algunos autores no se trata de un caso de elipsis sintáctica, sino de elipsis contextual, basándose en el comportamiento sintáctico contrapuesto de estos segmentos y las oraciones interrogativas indirectas (Brucart 1999b: 2845-2846). Este razonamiento conlleva la categorización sintagmática del segmento formado por el pronombre interrogativo y el rechazo de categorías elípticas en él.

¹⁴¹ Es posible también el truncamiento con antecedente discursivo: «A: —*Ya veo que has cambiado de coche.* B: —*Sí. ¿Sabes por qué* Ø?» (Brucart 1999b: 2843).

- **Luis contó, pero no recuerdo qué.*

- *Luis contó algo, pero no recuerdo qué.*

Del cotejo de estos ejemplos, Brucart deduce que «algunos predicados permiten que ciertos argumentos se realicen implícitamente» (1999b: 2845) según las características semánticas de tales predicados¹⁴². La validez de esta aseveración será discutida en próximos apartados, en los que se examinará la pertinencia de proponer la elipsis de algunos argumentos como el sujeto en las oraciones impersonales o el complemento directo.

Asunto controvertido es también determinar la categoría sintagmática u oracional de la secuencia truncada, es decir, dilucidar si se debe analizar el sintagma interrogativo como complemento del miembro oracional en que aparece o bien como complemento de una oración elíptica de la que el interrogativo actuaría como único resto. Argumentos contrapuestos avalan ambas posiciones (Brucart 1999b: 2845-2846), que, sin embargo, pueden ser acomodadas si se interpreta este tipo de elipsis como un fenómeno contextual de carácter sintagmático:

- *Se peleó con alguien, pero no me dijo [SP con quién].*

¹⁴² Gallego (2011: 51-54) propone un argumento implícito (no un constituyente elíptico) en función de CD en el ejemplo *Han comido, aunque no me dijeron qué*. Nosotros nos decantamos por pensar que sí existe un CD elíptico con antecedente catafórico, precisamente el pronombre interrogativo; la inespecificidad de este CD elíptico queda señalada a partir del consecuente interrogativo y su elipsis se admite porque es un CD interno, relacionado semánticamente con su verbo (*comer comida, cantar canciones...*).

- *Se peleó con alguien, pero no me dijo [Oración [SP con quién] Ø].*

De esta forma, se prefiere el primer análisis sobre el segundo, sin que haya necesidad de suponer que en estas construcciones exista una serie de categorías vacías que respalden el carácter oracional del segmento interrogativo. Y, sin embargo, esta hipótesis no explicaría por qué solo los verbos que admiten una oración completiva interrogativa indirecta pueden concurrir con oraciones truncadas. Brucart acude de nuevo a motivaciones semánticas para explicar esta restricción y validar al mismo tiempo el estatus oracional del segmento truncado, alegando que se trata de un componente (pronombre interrogativo) que posee un contenido proposicional por definición. Los verbos que aceptarían el truncamiento, por consiguiente, son aquellos que exigen un valor proposicional de sus complementos:

- *Pedro no me dijo la hora del concierto.* (El SN completivo tiene valor proposicional).

- *?*Pedro no me dijo el concierto.* (El SN completivo no tiene valor proposicional) (Brucart 1999b: 2846).

Esta hipótesis aclararía además la diferente plasmación de la función sintáctica del interrogativo, que simultáneamente actúa como complemento del verbo regente y como complemento del verbo elíptico de su oración implícita: *Se peleó con alguien, pero no me dijo con quién*¹⁴³. De esta forma se llega a la conclusión de que el segmento truncado tiene

¹⁴³ En este ejemplo el uso de la preposición *con* antecediendo al interrogativo estaría justificado por la función del interrogativo dentro de la oración elíptica

naturaleza oracional y, por tanto, es legítimo proponer la existencia de categorías sintácticas vacías.

3.3.6. LAS ESTRUCTURAS PREDICATIVAS SIN NÚCLEO VERBAL

Existe en español un grupo bastante heterogéneo de construcciones que a pesar de encajar en la estructura sujeto-predicado, no contienen ningún verbo flexionado. Brucart las denomina *estructuras predicativas de verbo ausente*. Por su parte, la *Nueva Gramática* de la RAE (2009: 2895) denomina este conjunto de estructuras *construcciones absolutas* y las define como «unidades de predicación que establecen una relación atributiva entre un elemento nominal y algún atributo que se predica de él sin que medie entre ellos un verbo en forma personal». Estas construcciones suelen aparecer desgajadas de la oración principal, funcionando como modificador externo, o bien se integran en la oración principal —normalmente, cuando están precedidas de preposición—, o incluso pueden funcionar como estructuras autónomas. Para su clasificación, Brucart (1999b: 2847-2850) toma como punto de partida las distinciones propuestas por Gutiérrez Ordóñez (1992):

- *Frases nominales puras*: el verbo implícito es de tipo atributivo; son frases que expresan verdades atemporales: *Año de nieves, año de bienes*. Suele tratarse de refranes, aforismos y otras frases similares fuertemente.

- *Frases nominales exclamativas*: son estructuras atributivas con verbo implícito que se utilizan para expresar juicios de valor: *¡Magnífica, la última película de Amenábar!* También es posible encontrar este mismo esquema con modalidad interrogativa: *¿Con*

*patatas, el bistec?, ¿Presumido, Luis?*¹⁴⁴.

- *Frases nominales exclamativas con patrón fijo*: Normalmente se trata de predicados con valor yusivo o de imprecación: *¡A la horca con él!*, *¡A la porra con tu hermano!*, etc. El esquema formal de estas construcciones presenta dos sintagmas preposicionales, el primero introducido por *a* y el segundo, por *con*; el primero expresa la meta —en sentido lato— y el segundo, la entidad que debe llegar hasta ella.

- *Cláusula de participio con sujeto concordado*: son oraciones de participio absoluto que no están subordinadas a ningún predicado principal, lo que impide una interpretación temporal específica del participio: *Prohibidos los anabolizantes*¹⁴⁵. Estas construcciones absolutas independientes son muy frecuentes en los titulares de prensa. En este mismo contexto, son también usuales los esquemas atributivos sin verbo que se plasman en una estructura bimembre <SUJ – ATR> o <ATR – SUJ>:

- *El Presidente en China Continental*.

- *Dos de los heridos en el accidente de ayer, en coma*.

- *Barack Obama, nuevo presidente de Estados Unidos*. (RAE 2009: 2906-2907).

Pero también en el lenguaje poético es normal encontrar esquemas similares sin verbo, con un significado cercado al de las oraciones copulativas identificativas, como en

¹⁴⁴ Más información sobre estas construcciones puede encontrarse en RAE (2009: 2908 y 3206-3211).

¹⁴⁵ En la sección dedicada a la elipsis del sujeto de las formas no personales del verbo (3.4.1.1.3.) se amplía el análisis de las cláusulas absolutas participiales.

el verso gongorino «[...] media luna las armas de su frente / y el Sol todo los rayos de su pelo».

No pretendo zanjar aquí el debate sobre si es acertado suponer que bajo la estructura sintáctica de cada uno de estos tipos de frases se encuentra una categoría verbal vacía, aunque parece claro que, al menos en el caso de las frases nominales puras, se trata más bien de fórmulas convencionalizadas, refranes o frases idiomáticas, fuertemente tipificadas en la lengua —algunas más que otras—, por lo que proponer en el análisis sintáctico la presencia del verbo elíptico parece innecesario para explicar su naturaleza sintáctica y la relación entre sus componentes, aunque sí pueda aceptarse una conexión atributiva no materializada entre ellos, más interpretativa que sintáctica: si desde el punto de vista del significado es indudable que estamos ante estructuras con un valor predicativo, en el plano de la sintaxis no es preciso proponer un verbo elíptico porque se trata de expresiones fosilizadas. Las cláusulas de participio concordado, por ejemplo, sí contienen un verbo —el participio— y un SN sujeto paciente, aunque otros análisis prefieran considerar que también en ellas hay un verbo copulativo implícito que sirve de auxiliar para la perífrasis pasiva. En cuanto a las frases nominales exclamativas con patrón fijo, tampoco parecen requerir un núcleo verbal elíptico, porque son construcciones asentadas por convención, como sucede aproximadamente con los refranes. Por último, las frases nominales exclamativas e interrogativas tampoco requieren un verbo vacío en su esquema sintáctico para explicar la relación atributiva entre sus constituyentes explícitos, pues la falta de un verbo sumada a una entonación particular, con ciertas inflexiones tonales y pausas, desencadenan en el hablante el proceso interpretativo que les otorga sentido pleno. Es necesario recalcar que estas construcciones no cumplen con algunos de los requisitos de la elipsis gramatical: no hay paralelismo ni posibilidad de recuperar el constituyente elíptico. Por todas estas razones, nos sumamos a las opiniones de Hernández Alonso:

Mas no todos los enunciados carentes de algún elemento para construir la “estructura oracional canónica” deben entenderse como elípticos. Así no es posible interpretar a la luz de la elipsis los enunciados del hablar *sinpráctico* y del *sinfísico*, estudiados por Bühler; ni los imperativos aislados (*calla,...*) ni las frases que solo expresan acontecimientos (*truena*), ni aquellas frases nominales o adverbiales que situacionalmente quedan claras y muestran completad semántica y comunicativa (*¡Eh, aquí!*) etc. (2006: 85).

Las raras interpretaciones de la interjección y las estructuras impersonales como elípticas no merecen comentario. En realidad son enunciados sintéticos que expresan lo que quiere expresar el enunciador. Su transformación en oraciones de diverso tipo es un mero ejercicio de imaginación, que nada tiene que ver con la comunicación (2006: 86).

3.4. LA ELIPSIS NOMINAL

Existen dos variedades generales de elipsis nominal, correspondientes a la división entre elipsis total y elipsis parcial:

a) La elipsis de los componentes argumentales de la oración (elipsis total): *Antonio dice que Ø no vendrán* [elipsis del sujeto *ellos, -as*].

b) La elipsis del núcleo de un SN (elipsis parcial): *Antonio dice que los Ø de María no vendrán*¹⁴⁶ [elipsis de un sustantivo nuclear determinado por el artículo y la frase preposicional].

¹⁴⁶ Otra vez se puede corroborar, como sucedía entre el vaciado y la reducción, que la diferencia esencial parece brotar del distinto estatus estructural, nivel sintáctico, de los segmentos que recogen el antecedente y el hueco en los fenómenos de elipsis.

En el primer caso, la omisión del sujeto está permitida por la indicación que la flexión verbal ofrece para restituir el SN del contexto. En el segundo, en cambio, esta indicación está contenida en la información gramatical soportada por el artículo *los*, el cual es —en opinión de Brucart— un determinante de un núcleo sustantivo vacío. Sin embargo, hay otras vías de análisis para el artículo en este tipo de estructuras sin sustantivo nuclear explícito, como se verá más adelante.

3.4.1. LA ELIPSIS DE LOS ARGUMENTOS: CONTEXTOS SINTÁCTICOS

Brucart (1999b: 2851) establece siete contextos estructurales en los que un proceso de elipsis permite omitir un constituyente argumental de la oración, algunos muy discutibles desde una perspectiva estrictamente sintáctica, aunque se encuentren razones relacionadas con la estructura temática de los predicados para avalar su existencia:

a) Sujeto de oración con verbo flexionado: \emptyset *No vendrán.*

b) Sujeto impersonal argumental:

- *En este estudio \emptyset se trabaja bien.*

- *\emptyset Han llamado a la puerta.*

c) Sujeto impersonal no argumental: \emptyset *Llueve.*

d) Sujeto de verbo en forma no personal: *Juan intentaba \emptyset decírselo a María.*

e) Argumento identificado por un pronombre clítico: *Le dieron un libro \emptyset .*

f) Argumento implícito: *Eso induce \emptyset a pensar que la noticia es falsa.*

g) Objeto específico de infinitivo:

- *El informe que archivé sin leer Ø fue este.*

- *Es un libro muy difícil de traducir Ø.*

A continuación analizaremos estas estructuras con más detalle.

3.4.1.1. LA ELIPSIS DEL SUJETO

3.4.1.1.1. El sujeto de las oraciones impersonales

El principio teórico que fija la estructura <SN + SV> como molde constitutivo de toda oración, hace derivar a la gramática generativa hacia una explicación de las estructuras impersonales poco satisfactoria. Según este enfoque, las oraciones con verbos meteorológicos o designadores de fenómenos naturales o las construcciones impersonales —ya sea marcada esta impersonalidad con el uso de *se* o de la tercera persona del plural— contienen, en su estructura profunda, un sujeto indeterminado omitido en la estructura superficial, equivalente a un pronombre neutro. Opiniones a favor de un agente tácito (*los dioses, la naturaleza*) o cognado (*la lluvia, la nieve*) en este tipo de predicados abundan desde antiguo; así lo indica, por ejemplo, Bello (1981 [1847]). Para Lope Blanch (1981), son *verbos cognados* formados a partir de un sustantivo, y no al contrario —verbos con un sustantivo cognado—; o dicho de otra manera, se trata de verbos que se originaron a partir de un sustantivo que funciona semánticamente como su sujeto y que queda integrado en el semema del verbo, por lo que no cabría la necesidad de proponer un sujeto léxico elíptico para explicar su sintaxis. No hay que perder de vista la posibilidad de que estos predicados, en contextos figurados o metafóricos mayormente, sí aparezcan acompañados de un sujeto léxico: *El día amaneció nublado, Le llovieron las críticas*, etc. Incluso hay quien propone la presencia de un sujeto elíptico expletivo en las oraciones impersonales construidas con *haber* o las soportadas en estructuras del tipo <*es necesario, parece, resulta* + infinitivo /

oración completiva con *que*¹⁴⁷. Esta es la posición de Brucart (1999b: 2850-2854), quien, como ya se ha consignado, diferencia entre la elipsis del *sujeto impersonal argumental* y del *sujeto impersonal no argumental*. Sin embargo, a nuestro juicio, no es necesario hablar de categoría elíptica en estas oraciones, puesto que para confirmar la interpretación inespecífica no es indispensable suponer un sujeto léxico elíptico indefinido del tipo *algo*, *alguien*, *cualquiera*, etc. Es precisamente la inexistencia de sujeto, su no realización, lo que encauza al oyente hacia una interpretación indeterminada o genérica (en las oraciones impersonales con verbos agentivos) o hacia un desentendimiento total en cuanto a la busca de un sujeto semántico (para los verbos inagentivos). Hernández Terrés es categórico en cuanto a la valoración de explicaciones de este tenor: «Semejantes planteamientos muerden la cola de la historia de la lingüística aceptando las ingenuidades de la gramática tradicional de corte logicista» (1984: 229). Y en términos semejantes se expresa Hernández Alonso (2006: 84):

El gran error de todas las concepciones tradicionales y aun generativistas ha consistido en creer que la comunicación, que la concepción del mundo, del pensamiento, de los sentimientos, de las pulsiones, de las actividades discursivas, debía acomodarse a la estructura lógico-semántica dual “sujeto-predicado” y éste, a su vez, a la de “verbo-complemento”. Este planteamiento, del *Organon* aristotélico, difundido y mitificado por la Escolástica y otros muchos, ha sido el culpable de las viejas interpretaciones de la elipsis. ¿Quién y por qué se ha impuesto “el

¹⁴⁷ Es cierto que pueden encontrarse este tipo de construcciones con sujeto pronominal explícito — normalmente el neutro *ello*— en el español antiguo (*Ello es cierto que cuando llegaron allí pocos años después los acolhuas, encontraron ya fundada por los tepanecas la ciudad de Atzcapotzalco*) o en algunas variedades del español de América (*Ello parece que no hay azúcar*) (RAE 2009: 2554-2555).

dogma” de que en una lengua, al menos en las flexivas, todo enunciado debe obligatoriamente construirse a la luz de esa estructura /S. V. O./? Esa construcción, de entrada, es metalingüística, no aparece en la realidad cotidiana de la lengua; es artificial, una auténtica quimera que ha rodado durante siglos y milenios. Y por poco que nos asomemos a la lengua veremos que son mucho más abundantes las construcciones ajenas a esa mencionada que las que siguen sus moldes.

Si de nuevo contrastamos con detenimiento las tres estructuras posibles, veremos que un diferente significado informativo emana de cada una:

- *Luis llama a la puerta.*

- *Alguien llama a la puerta.*

- *Llaman a la puerta.*

Frente a la primera de ellas, que presenta una simple aseveración de un hecho y de las entidades implicadas en él, en la segunda se realza la indeterminación del agente, mientras que en la última el foco informativo se concentra en la acción, sin dar importancia al agente¹⁴⁸. Cuando se recurre a la secuencia con verbo en 3ª persona del plural puede fácilmente demostrarse que el rasgo plural no refiere a una pluralidad de entidades, como se ve en: *Te han llamado por teléfono. Era tu hermana* (RAE 2009: 2553). El significado que aquí adquiere el rasgo de plural parece ser el de señalar el carácter humano e

¹⁴⁸ A esta argumentación hay que añadir que, en el caso de que existiera elipsis de un sujeto en las oraciones impersonales del tipo *llaman a la puerta*, esta no cumpliría con el principio de foricidad. Si la elipsis es un mecanismo para no sobrecargar el discurso con repeticiones de entidades ya mencionadas por medio del mecanismo de la referencia fórica, en oraciones de este tipo no se produce esta funcionalidad.

indefinido o genérico del posible agente, ya que la elección del singular daría lugar a una interpretación específica del sujeto (RAE 2009: 3078): *Te han llamado por teléfono / Te ha llamado por teléfono*. Aunque mucho autores consideren que en estas oraciones hay un sujeto tácito —incluida RAE (2009)—, la imposibilidad de reponer dicho sujeto —manteniendo la lectura inespecífica— nos inclina a descartar la existencia de un sujeto elíptico.

En el caso de los verbos meteorológicos o existenciales, la tesis para apoyar en español la existencia subyacente de un sujeto no argumental parte del comportamiento de otras lenguas en las que este tipo de predicados se realizan con un sujeto pronominal neutro —como en inglés, *It is raining*— o por la concordancia que se establece entre el verbo y un posible complemento, como en: *Llueve recio*; aquí, la elección de la 3ª persona del singular y del género y número del adjetivo se justifican acudiendo a un sujeto pronominal nulo, equivalente al neutro *ello*¹⁴⁹. Pero otros autores —a los que nos sumamos— prefieren explicar la selección de los rasgos concordantes a partir del estatus no marcado de la tercera persona y del masculino singular en español. Ninguna otra prueba —aparte de algunos razonamientos semánticos— se aduce para confirmar este tipo de ausencia en la estructura sintáctica¹⁵⁰.

3.4.1.1.2. El sujeto en las oraciones personales

En el ámbito hispánico, la omisión del sujeto del verbo flexionado ha recibido dos

¹⁴⁹ Se considera, en consecuencia, según este punto de vista, que el género del adjetivo *recio* en estos ejemplos es el neutro, y no el masculino.

¹⁵⁰ Un resumen de estas cuestiones puede consultarse en RAE (2009: 2555).

interpretaciones principales, recogidas por Brucart (1987: 188)¹⁵¹. En primer lugar, autores como Alcina y Blecua (1975) son partidarios de considerar la existencia de un *sujeto tácito* o *elíptico* que puede recuperarse a partir de la concordancia con los morfemas personales del verbo. Por otro lado, voces próximas al estructuralismo rechazan la existencia de la elipsis del sujeto porque quedaría representado por estos mismos morfemas verbales (Seco 1972), que funcionan como elementos anafóricos que señalan al sujeto léxico o pronominal. Gallego (2011) propone una posibilidad cercana a la señalada por Alcina y Blecua, pero más afín a las posturas generativistas en torno a la elipsis, consistente en la presencia de un pronombre nulo como sujeto de la oración, cuya referencia puede recuperarse gracias a la concordancia con los morfemas verbales. Tal como este autor define la elipsis¹⁵², la ausencia de sujeto en las oraciones finitas no representaría un caso de elipsis, pues se dan ejemplos en los que no es viable encontrar un antecedente discursivo válido para el sujeto elíptico y solo los morfemas del verbo permiten al hablante bosquejar cuál es¹⁵³.

¹⁵¹ Puede consultarse también Fernández Soriano (1999: 1225 y ss.), RAE (2009: 2547-2559) o Gallego (2011: 65-69).

¹⁵² Se trata de un fenómeno de borrado fonológico amparado en factores discursivos como la recuperabilidad de la información léxica y referencial del componente elíptico.

¹⁵³ El argumento de Gallego (2011: 65-69) se fundamenta en que no se puede hablar de elipsis cuando no hay relación posible entre constituyente elíptico y antecedente discursivo; por tanto, ejemplos como *Vio a sus amigos*, donde no tenemos antecedente para el sujeto, no es un caso de elipsis; si gracias a la información aportada por los morfemas verbales, el hablante puede conocer los rasgos gramaticales del sujeto, sin embargo desconocerá sus rasgos semánticos al no haber antecedente en el contexto. Pero su razonamiento nos parece fácilmente rebatible en este punto, pues una frase aislada como la que él propone como ejemplo no suele producirse en el uso lingüístico, en el que tarde o temprano, ya sea en el contexto verbal o en el situacional, aparece una entidad que actúa como antecedente del sujeto omitido. A pesar de esta objeción,

A día de hoy sigue sin haber consenso entre los gramáticos. Brucart (1999b: 2801) defiende que la existencia ocasional de sujeto en formas del verbo carentes de morfemas personales —especialmente el infinitivo— hace preferir la interpretación de un sujeto elíptico en las oraciones de núcleo conjugado. Y al contrario, la existencia de núcleos verbales finitos que no concuerdan con ningún SN del contexto que pueda ser su agente —es decir, la existencia de oraciones impersonales¹⁵⁴— parece contradecir la supuesta capacidad de los morfemas verbales de persona para representar por sí mismos a un sujeto léxico. Es correcto que los morfemas no siempre reproducen los rasgos de género y número de un SN presente en el contexto y recuperable, pero no estoy de acuerdo en que esta limitación apoye la existencia de sujetos elípticos. En primer lugar, los morfemas personales del verbo son morfemas ligados, el verbo no puede prescindir de ellos, por lo que su presencia no implica *per se* la existencia de sujeto. Por tanto, la diferencia en el comportamiento de estos morfemas en oraciones con sujeto (presente o ausente) y en oraciones impersonales se explica por su capacidad de remisión anafórica o deíctica, solo efectiva en el primer caso; se admite que no existe ninguna marca formal de dicha relación (pues los morfemas por sí mismos no son indicio suficiente de que la relación fórica se produzca), por lo que los hablantes tendrán que llevar a cabo una interpretación discursiva de los morfemas, buscando en el contexto previo un antecedente referencial; si no se localiza un antecedente válido, los morfemas pierden su fuerza identificativa, la oración no

coincido con él en otorgar a los morfemas verbales la capacidad para representar la información gramatical distintiva del sujeto y descartar al sujeto del verbo finito como categoría participante en los procesos de elipsis.

¹⁵⁴ Ya se trate de oraciones con verbos climatológicos, con verbos en tercera persona del plural o en tercera persona del singular acompañados de la marca *se*.

tiene sujeto y es impersonal, mientras que si los hablantes encuentran un SN adecuado al significado del verbo y al sentido textual, los morfemas devienen en sustitutos gramaticales del sujeto, de modo similar a otros sustitutos gramaticales, como los pronombres o los clíticos. En conclusión, hablar de elipsis en este tipo de oraciones parece superfluo porque los morfemas sustituyen al sujeto y gracias a su información de persona y número orientan la relación fórica para la detección adecuada del antecedente.

3.4.1.1.3. La elipsis del sujeto de las formas no personales del verbo

3.4.1.1.3.1. El sujeto del infinitivo

Existe cierta controversia respecto al sujeto elíptico de las completivas subjetivas y objetivas cuando éstas subordinadas quedan representadas por un infinitivo¹⁵⁵ (Hernanz y Brucart 1987: 117-127), la cual es extensible a las otras formas no personales del verbo, el gerundio y el participio. Ciertamente, el sujeto del infinitivo, del gerundio y del participio plantea algunos problemas porque son mayoría los contextos en que su elisión no conlleva ninguna marca, ningún resto —morfológico o sintáctico— que sirva de indicador de la categoría elíptica, excepto en el caso del participio. Cuando hablamos del sujeto de la oración conjugada, los morfemas del verbo funcionan como identificadores anafóricos, pero la deficiencia morfológica de las formas no personales —salvo el participio— hace inviable esta remisión; la identificación del sujeto, en los casos en que se elide, se sostiene

¹⁵⁵ El sujeto elíptico del verbo finito se denomina *PRO* en el marco del generativismo, donde —al igual que sucede con el sujeto elíptico del verbo finito— se propone la correspondencia de este sujeto con un pronombre caracterizado en cuanto a sus rasgos de persona y número a partir de la información aportada por su antecedente controlador (Garcerán Infantes 2003: 12), el cual es identificado gracias la relación de coreferencialidad.

únicamente en una relación de correferencialidad con algún SN del contexto discursivo y dado que esta relación fórica correferencial no puede ser originada por la forma verbal¹⁵⁶, se necesita apelar a un constituyente elíptico que asuma la capacidad de referir anafóricamente a un antecedente del contexto discursivo.

Aunque infinitivos, gerundios y participios no posean las desinencias de persona de las formas finitas, bajo ciertas condiciones pueden verse acompañados de un sujeto léxico o pronominal pospuesto¹⁵⁷: *Al llegar los chicos a la plaza, los vecinos comenzaron a reír*. La elipsis de su sujeto debe diferenciarse de otros tipos de ausencias, de modo similar a la distinción propuesta entre oraciones personales e impersonales. Hernanz (1999) diferencia cinco situaciones¹⁵⁸:

1. El sujeto se elide por ser correferencial con algún SN argumental de la oración principal (sujeto, complemento directo o indirecto)¹⁵⁹. Este SN funciona como antecedente o controlador¹⁶⁰ del sujeto del infinitivo: *María desea dejar Ø el tabaco*. La mayoría de los

¹⁵⁶ Es decir, un verbo no es una unidad gramatical y como tal no puede vehicular la capacidad fórica que permita identificar a su sujeto eventual en el discurso, al contrario de las palabras gramaticales que funcionan como sustitutos anafóricos, como los pronombres, los cuantificadores o los clíticos.

¹⁵⁷ Alarcos prefiere llamarlo *adyacente temático*, puesto que no existe concordancia morfológica entre él y el verbo (1994: 144), a pesar de que el participio sí exhibe esta concordancia.

¹⁵⁸ V. también Rodríguez Ramalle (2008: 15-17), donde se sintetizan los primeros cuatro contextos comentados.

¹⁵⁹ Para un examen de la alternancia y distribución de oraciones de infinitivo y oraciones con verbo flexionado como cláusulas subordinadas, cf. Fernández Soriano (1999: 1228-1229).

¹⁶⁰ La noción de *controlador* está extraída de la *teoría del control* perfilada por la gramática generativa, la cual explica las relaciones entre el verbo regente, la entidad elíptica y su antecedente. Para Hernanz (1999), son los papeles semánticos o temáticos asociados a los diferentes argumentos realizados los que condicionan

verbos completivos admiten la distribución verbo finito / verbo infinito, prefijada por el criterio de correferencialidad del sujeto de la oración regida con algún argumento de la oración regente: *Me gustaría acostarme Ø temprano / Me gustaría que los niños se acostaran temprano*¹⁶¹. Cuando el infinitivo aparece incrustado en un segmento adverbial, su sujeto se omite cuando existe correferencialidad con algún SN del predicado principal, que no ha de desempeñar necesariamente una función argumental: puede tratarse de un SN término preposicional (*Al llegar Ø a París, los sueños de Julia se desvanecieron*) o incluso de un pronombre (*Al hablar Ø, su pipa despedía nubecitas de humo*)¹⁶². En estas construcciones puede ocurrir —como en los ejemplos citados— que la relación entre categoría vacía y expresión plena sea catafórica.

Pero la regla general que determina que el sujeto del infinitivo sea correferente con algún argumento del predicado regente surge en el español moderno, por eso encontramos ejemplos anteriores al siglo XVII en los que se emplea el infinitivo en lugar de una oración completiva introducida por *que* y con núcleo verbal flexionado aunque el sujeto de esta

el control sobre el sujeto del infinitivo: «no son factores estructurales, sino estrictamente léxicos, en íntima conexión con las características semánticas del verbo principal, los que ejercen un papel decisivo en la selección del SN controlador» (2215); «son los papeles semánticos o temáticos más que las funciones sintácticas la base apropiada para fundamentar las relaciones de control» (2216). La existencia de un antecedente controlador del sujeto del infinitivo se reduce a las estructuras completivas, no a las adverbiales ni relativas (2220-2222). La misma opinión se recoge en RAE (2009: 1996-2003).

¹⁶¹ No obstante, Hernanz registra un grupo de verbos que no admiten una completiva con núcleo flexionado, como *abstenerse (de)*, *acertar (a)*, *acostumbrar (a)*, *aprender (a)*, *arrepentirse (de)*, *dedicarse (a)*, etc. Son ejemplos de la llamada *restricción de sujeto idéntico*: el significado de estos predicados reclama que el sujeto de la oración principal y la subordinada sean correferenciales, por lo que no se admite una oración con verbo conjugado que posibilite insertar otro sujeto distinto del principal (1999: 2218-2220).

¹⁶² También los ejemplos están tomados de Hernanz (1999: 2221).

oración subordinada no sea correferente con ningún argumento de la oración principal (Girón Alconchel 2004: 879): *Es cierto no poderse negar alguna disculpa a esta falta*¹⁶³.

2. El sujeto nocional del infinitivo aparece expresado sintácticamente como CD (caso acusativo) del predicado principal, tal como indica la preposición *a* que le precede, construcción que suele concurrir con verbos causativos y de percepción sensible¹⁶⁴. En este caso, el infinitivo funciona como un predicativo de este complemento (Alarcos 1970, 1994: 311-312): *Vimos al jardinero regar las plantas*. A pesar de este análisis sintáctico, Hernanz defiende una segmentación distinta —correspondiente a la que se aplica al sujeto en acusativo del infinitivo latino, planteada por la RAE (1973) y preferida aún por RAE (2009: 2004)—, que considera al SN y al infinitivo como un bloque que implementa de forma conjunta al verbo regente. Sin embargo, no considero apropiado este análisis en tanto es posible separar la oración de infinitivo y su sujeto nocional: *Vimos regar las plantas al jardinero, al jardinero vimos regar las plantas...* En este caso, como en los comentados en el punto anterior, de nuevo el sujeto elíptico del infinitivo es correferente con un argumento de la oración principal y, por tanto, su catalización no es admisible: *Vimos al jardinero regar Ø las plantas*.

3. El infinitivo va seguido de un SN en caso nominativo (sin preposición) que funciona como su sujeto —semántico y sintáctico—:

¹⁶³ El ejemplo procede también de Girón Alconchel (2004: 879), tomado de *El hombre práctico o discursos varios sobre su conocimiento y enseñanzas* de Francisco Gutiérrez de los Ríos Córdova (1686).

¹⁶⁴ Puede consultarse RAE (2009: 2003-2015) para un resumen de las principales líneas de análisis que esta construcción ha suscitado en nuestra tradición gramatical.

- *Al salir yo de casa, llovía a cántaros.*

- *El tener que ganarse uno la vida de tan joven ayuda a madurar.*

El sujeto expreso del infinitivo suele ser especialmente frecuente, y casi siempre en posición pospuesta, cuando éste se incardina en un complemento adverbial o una oración subordinada no argumentales. También se expresa el sujeto cuando el infinitivo, a modo de adyacente, se incluye en un SN, como en *la necesidad de identificarse los ciudadanos frente a la autoridad, la conveniencia de ir todos juntos* (RAE 2009: 1992-1994).

4. El sujeto del infinitivo no aparece expresado en la oración, por lo que una interpretación genérica o indefinida —similar a la otorgada a algunos tipos de oraciones impersonales como *Dicen que María no vendrá a la fiesta*— se proyecta sobre esta construcción: *Es muy saludable levantarse temprano*. No hay elipsis, sino simple ausencia de sujeto, la cual favorece la lectura genérica.

5. Se dan casos de falso control en estructuras del tipo <parecer + infinitivo>, en las que la oscilación entre el infinitivo y el verbo flexionado no se admite:

- *Las niñas parecen tener razón.*

- **Las niñas parecen que tienen razón.*

- **Las niñas parecen que la vidente tiene razón.*

Hernanz —y también Brucart (1999b: 2844-2845, 2853-2855)— acepta la existencia de un *argumento implícito* —justificado a partir de las características semánticas del verbo regente— en las construcciones de infinitivo de lectura indeterminada o genérica, el cual funcionaría como controlador del sujeto del infinitivo: *El buen tiempo invita Ø a Ø quedarse aquí el fin de semana*. Sin embargo, esta solución explicativa no parece muy

aceptable si adoptamos la perspectiva de Hernández Terrés (1984: 238) sobre estos *comodines terminales*: creer en la existencia de un argumento implícito que determina la interpretación referencial que ha de darse a otro argumento no realizado se aproxima demasiado a visiones logicistas de la gramática y supone, además, una explicación más complicada que la admisión de una lectura indeterminada o genérica por la simple ausencia de sujeto y de antecedente controlador. No existe ningún indicio formal de que ambas categorías, antecedente controlador y sujeto del infinitivo, participen en la configuración estructural de la oración.

Hay que aclarar además que la presencia de un pronombre correferente con el sujeto de la principal en la oración de infinitivo no debe ser analizada como su sujeto, y así se ratifica al comprobar la imposibilidad de sustituir esta expresión por un sintagma no pronominal o al constatar la aparición de estas mismas formas pronominales en cláusulas que no rigen infinitivo: *Julia quería telefonear ella (misma) / Julia telefoneó ella (misma)*. Este sintagma redundante tiene un claro matiz de énfasis, pero no es legítimo su análisis como sujeto léxico del infinitivo; se trata de un pronombre enfático que equivaldría a un predicativo del sujeto como *personalmente* o *sin ayuda* (RAE 2009: 1995).

La existencia del sujeto elíptico del infinitivo puede corroborarse a partir de la concordancia de algunos complementos con el sujeto elíptico implícito, especialmente el predicativo del sujeto: *Salir Ø derrotados de aquel combate fue traumático* o *A Luisa le prohibieron viajar Ø sola*. Otras veces encontramos más de un antecedente posible para el sujeto elíptico del infinitivo, dando lugar a contextos de ambigüedad interpretativa, como en *Luis le propuso a María irse Ø a Nueva York*, donde podemos suponer que el antecedente es el sujeto de la principal, el objeto indirecto o ambos conjuntamente (Hernanz y Brucart 1987: 125-126).

De los cinco casos analizados por Hernanz (1999), solo dos (1. y 2.) representan fenómenos de elipsis del sujeto del infinitivo; la existencia de un constituyente borrado en estos dos contextos se fundamenta en la referencia compartida por tal constituyente elíptico y algún SN —argumental o no— perteneciente a la oración matriz (requisito de recuperabilidad). Aunque en muchos casos la elipsis ayuda a conectar enunciados, teniendo en cuenta que la relación entre el sujeto elíptico del infinitivo y su antecedente controlador se enmarca dentro de un esquema oracional de subordinación, dicha relación no podrá por sí misma funcionar como enlace entre enunciados y, por consiguiente, no poseerá fuerza cohesiva.

3.4.1.1.3.2. *El sujeto del gerundio*

En cuanto al estatus oracional del gerundio, Fernández Lagunilla (1999: 3454-3459) determina que son aquellos que funcionan como adjuntos externos¹⁶⁵ los que suelen llevar sujeto y, por tanto, constituir un esquema oracional. Esta observación se refrenda por medio de otras pruebas sintácticas, como la adjunción de complementos temporales del gerundio, solo permitida en sus empleos oracionales: *Aun teniendo que madrugar hoy, ayer me acosté muy tarde*. No obstante, es posible, aunque menos frecuente, que los gerundios integrados como adjuntos en sus oraciones también puedan tener sujeto y otros complementos, como en *Todas esas cosas ocurrieron siendo yo estudiante* o *Eso solo se arregla hablando tú con ella* (ápud RAE 2009: 2054).

¹⁶⁵ Modificadores oracionales externos a la oración misma, separados de ella mediante una pausa representada en la escritura por la coma. Pero al analizar textos antiguos vemos cómo muchas veces la puntuación y el orden de los constituyentes oracionales hace difícil señalar cuándo el gerundio es adyacente oracional o desempeña una función dentro de la oración.

Cuando el sujeto del gerundio es elíptico, su interpretación referencial presenta semejanzas con las particularidades comentadas en torno al sujeto del infinitivo. Así, ya se trate de un sujeto realizado o elíptico, puede coincidir o no con el de la principal o con alguno de sus complementos:

- *María vio el accidente estando Ø regando las plantas.*

- *A Luis le sobrevino el infarto estando Ø cenando en casa.*

- *Estando María regando las plantas, sucedió el accidente.*

- *Estando Pedro cenando en su casa, le sobrevino el infarto a Luis.* (ápu^d Fernández Lagunilla 1999: 3465-3466).

En ocasiones el antecedente referencial del sujeto elíptico del gerundio puede situarse en una oración diferente a la suya, con lo que el vínculo entre sujeto elíptico y antecedente proporciona una conexión discursiva entre las dos oraciones: *Todo depende de la calidad de las lámparas. Siendo buenas, nunca tiene uno problemas de imagen* (ápu^d RAE 2009: 2058).

Se dan ejemplos en los que al gerundio lo acompaña un pronombre personal que no debe ser confundido con su sujeto, tal como sucede también en el caso del infinitivo. Se trata de pronombres enfáticos, a veces acompañados por adjetivos como *solo* o *mismo*, si bien no todos los gramáticos están de acuerdo en considerar estos sintagmas como complementos y no como sujetos (RAE 2009: 2055): *Finalmente el poeta imita narrando él solo y hablando siempre él mismo, ya en favor de la virtud, ya en menosprecio del vicio.*

Como sucedía también con los infinitivos, puede darse el caso de que el gerundio no posea sujeto y de este modo se desencadena una interpretación genérica o universal de la

oración del gerundio; el morfema impersonal *se* aparece entonces para indicar este hecho (Fernández Lagunilla 1999: 3465-3466): *Aun viviéndose mejor en el campo, yo prefiero la ciudad.*

Para terminar, cabe recoger una última posibilidad referida a aquellos casos en que el sujeto elíptico del gerundio no concuerda con el sujeto ni con ningún complemento de la oración principal: *Aun cantándoles una nana, los niños no se durmieron.*

En este trabajo hemos preferido descartar como fenómenos de elipsis aquellos casos en que es imposible determinar la referencia del sujeto no realizado de un predicado que no aporta ningún indicio formal para justificar la existencia sintáctica de dicho argumento y al no ofrecer el contexto verbal ningún elemento que pueda actuar como antecedente referencial. Algunos autores, en cambio, han optado por definir las categorías elípticas como pronombres vacíos, de tal manera que cuando se produce una elipsis de interpretación genérica, detrás se encontraría un pronombre de tercera persona vacío. En este trabajo, por el contrario, se prefiere no hablar de elipsis si no hay antecedente expreso en el discurso previo, tanto en el caso del gerundio como en el del infinitivo o los esquemas impersonales, pues, recordemos, se ha delimitado la elipsis como un recurso al servicio de la economía lingüística basado en relaciones discursivas de foricidad. Así que cuando el gerundio no esté acompañado por un SN sujeto y no exista antecedente en la oración principal o en otra del contexto verbal inmediato que desvele el contenido referido a dicha categoría vacía, o no se exprese un complemento en la oración de gerundio que pueda funcionar como huella de su presencia implícita —como puede ser un complemento predicativo—, hemos optado por descartar el análisis elíptico, aunque desde la perspectiva nocional o psicológica se pueda intuir un sujeto no realizado en la construcción de gerundio.

3.4.1.1.3.3. *El sujeto del participio*

Los participios de los verbos transitivos e inacusativos pueden funcionar como núcleos verbales¹⁶⁶ de estructuras oracionales bimembres con sujetos explícitos pospuestos a la forma verbal, que pueden ser o no correferentes con algún elemento nominal del predicado principal. Se trata de las llamadas *construcciones absolutas*, que normalmente se vinculan a una oración principal a modo de adyacente externo con valor adverbial — mayormente temporal, aunque pueden coexistir otros sentidos adverbiales—:

- *Dicho esto, concluyó la sesión.*

- *Restaurada la estatua, volvió a ser ubicada en su emplazamiento original* (ápuđ Hernanz y Suñer 1999: 2541-2542).

Aunque no se empleen nexos explícitos que marquen la relación semántica con la oración principal, es posible que concurren adverbios o locuciones como *una vez, después de, ya, apenas...* antecediendo al participio:

- *Apenas dicho esto...* (ápuđ Hernanz y Suñer 1999: 2543).

Cuando la construcción absoluta se apoya en un participio derivado de un verbo

¹⁶⁶ En RAE (2009: 2895) se analizan estas construcciones como estructuras predicativas en las que se establece una relación de atribución entre el participio (que funciona como atributo) y el sujeto, «sin que medie entre ellos un verbo en forma personal». Por mi parte, entiendo que en las construcciones absolutas la relación atributiva no requiere de un posible verbo copulativo implícito, pues la naturaleza verbal del participio ya sirve de indicador del valor oracional de la construcción. En cualquier caso, si se aceptara que existe un verbo copulativo elíptico, el participio formaría con él núcleo verbal y funcionaría como resto o residuo del auxiliar elidido, siendo interpretada la secuencia como una perífrasis, y no como una oración atributiva.

transitivo, adquiere un carácter pasivo y su sujeto se interpreta como sujeto paciente: *Restaurada la estatua* ('una vez la estatua fue restaurada'). Con participios provenientes de verbos inacusativos, el significado de la estructura es plenamente activo: *nacido el bebé* ('una vez nació el bebé') (ibíd.).

No es habitual que este tipo de construcciones aparezcan sin sujeto sintáctico¹⁶⁷. Cuando esto sucede, algunos gramáticos (cf. Hernanz y Suñer 1999: 2546-2548) han advertido un comportamiento dispar al del resto de construcciones absolutas, visible sobre todo en su mayor movilidad dentro de la oración con que se relacionan y en que no precisan la referencia del sustantivo antecedente de su sujeto, es decir, no son equiparables a adyacentes restrictivos o especificativos, sino que desempeñan funciones adverbiales, a veces marcadas explícitamente por modificadores como *una vez*, *aun*, *totalmente*, *completamente*...

Dejamos aparte otras construcciones absolutas sustentadas en adjetivos y adverbios que, a pesar de no tener sujeto explícito, se alejan de la interpretación adverbial asociada a las construcciones absolutas y poseen una interpretación semántica equiparable a la de una relativa explicativa, como *la maestra, amable y cordial, jugaba con los niños* (ápu *d* Hernanz y Suñer 1999: 2547)¹⁶⁸, y cuyo estatus oracional es puesto en tela de juicio por

¹⁶⁷ No es habitual pero sí posible cuando el sustantivo ha sido mencionado en el contexto discursivo previo (Alarcos 1994: 148-149): *Concedido (el permiso), puso manos a la obra*. De esta manera, Alarcos parece apoyar implícitamente que pueda establecerse entre el sujeto elíptico de la construcción de participio absoluto y su antecedente una relación fórica que vaya más allá de la oración y permita así hablar de cohesión interoracional.

¹⁶⁸ Un resumen de estas cuestiones puede consultarse también en RAE (2009: 2895-2897).

algunos gramáticos, que ven en ella un predominio de su naturaleza adjetiva sobre la verbal, que permite equipararlas a un complemento predicativo del sujeto:

- *Aterido por el frío, el borracho hablaba solo en una esquina.*

- *Cansados de tanto llorar, los niños finalmente se durmieron.*

3.4.1.1.4. Conclusiones respecto a la elipsis del sujeto en español

Después de repasar algunas de las posiciones de la gramática española actual respecto a los fenómenos de elisión del sujeto, pueden extraerse varias conclusiones metodológicas que servirán para fundamentar el análisis realizado en este trabajo. Brucart (1999b) planteó cuatro posibilidades de elipsis del sujeto:

1. La primera de ellas se refiere al análisis de los sujetos de los verbos finitos, subordinados o no. Se ha descartado como un proceso elíptico amparándonos en la capacidad de los morfemas para referir anafóricamente al sujeto léxico.

2. Si la ausencia de sujeto se constata en las denominadas construcciones impersonales, bien porque el verbo aparezca en 3ª persona del plural, bien porque el morfema *se* haga explícita dicha impersonalidad, no será necesario recurrir a ninguna categoría elíptica o a un pronombre vacío equivalente a un sujeto indeterminado del tipo *alguien* en el análisis sintáctico; aunque semántica o conceptualmente esta interpretación pueda ser adecuada¹⁶⁹, su validez desde el punto de vista sintáctico es dudosa. Se trataría, sencillamente, de una posibilidad no consumada, de un caso de no realización.

¹⁶⁹ Aunque también es bastante criticable —como ya hemos afirmado más arriba— sostener una consonancia semántica entre la estructura sin sujeto y la oración con sujeto indeterminado *alguien*.

3. Más claro parece el caso de los verbos semánticamente impersonales, como los verbos meteorológicos. Aunque los morfemas verbales hagan posible que el hablante busque un sujeto que concuerde con ellos —y de hecho en algunos contextos figurados es posible un uso personal de tales predicados—, no existe equivalencia estructural, semántica o informativa entre estas construcciones con y sin sujeto léxico.

4. Respecto al sujeto de los infinitivos, gerundios y participios, se acepta que estas formas verbales pueden aparecer con un sujeto expreso; pero también puede formularse un análisis sintáctico con sujeto elíptico cuando sea posible buscar un antecedente en el contexto que haga factible su identificación. Cuando no haya un antecedente adecuado, se entenderá que nos encontramos ante un caso de no realización del sujeto, dando lugar a un predicado de significado genérico o indeterminado, equiparable al propuesto para las construcciones impersonales.

Estos razonamientos —en especial los que atañen a las construcciones impersonales— conducen hacia una opinión reprobatoria del concepto tradicional de oración, en el que se sustentan los enfoques gramaticales que proponen la existencia de categorías vacías en los contextos sintácticos comentados¹⁷⁰: la lingüística debería abolir el axioma analítico que formula la existencia de una estructura bimembre <sujeto + predicado> en todo enunciado, oración o frase, el cual se fundamenta en una noción logicista del lenguaje y ha llegado hasta la actualidad bajo los métodos del

¹⁷⁰ Recuerda Rodríguez Díez que esta posición reprobatoria es precisamente la de la lingüística estructural, «al analizar la naturaleza y componentes de la oración y sentirse obligada a rechazar la elipsis como procedimiento reductor de todo tipo de enunciados a uno o dos fundamentales: el que distingue dos elementos, S + P, o bien tres, S + Cópula + P» (1983: 103).

generativismo¹⁷¹, cuyas reglas acerca del componente transformacional del lenguaje — mecanismo intermediario entre una estructura profunda (estructura ideal representada por la abstracción <sujeto + predicado>) y una estructura superficial (emisión real, producto final del proceso lingüístico)— acumulan bastantes inconsistencias y vacíos explicativos, en especial cuando abordan el empleo de la elipsis¹⁷². Estoy de acuerdo en que «la ausencia de una unidad puede contribuir a la significación de lo que se dice, pero el error está en transformar una ausencia en una presencia nula: un hombre soltero no se define como un hombre casado con una mujer 0»¹⁷³.

3.4.1.2. LOS USOS INTRANSITIVOS DE LOS VERBOS TRANSITIVOS Y LA CUESTIÓN DE LOS ARGUMENTOS IMPLÍCITOS

¹⁷¹ También Morillo Velarde y Rodríguez Rodríguez asocian la utilización metodológica de la elipsis a una vertiente más filosófica y abstracta que ha vertebrado una parcela importante de la historia de la lingüística: «las tendencias de carácter hipotético deductivo recurren con frecuencia a ella como procedimiento explicativo, cuando no la sitúan en el centro mismo de su concepción del lenguaje, como sucede en la corriente de pensamiento que, partiendo de la escuela analogista, continúa en los ‘modistae’ medievales, Scalígero y El Brocense en el Renacimiento, Port-Royal y la gramática racionalista en los siglos XVII y XVIII y eclosiona en las diversas versiones de la gramática generativo-transformativa (GGT) en este siglo, así como en las nuevas disciplinas que tuvieron su origen en aquélla, como la pragmática o la lingüística cognitiva» (1999: 6).

¹⁷² La gran crítica de Hernández Terrés a la gramática generativa reside en «la aceptación a priori de la existencia de una serie de categorías y microestructuras relacionantes sobre las que no se entra en discusión alguna dado que constituyen los datos primarios de los que se parte para el establecimiento del modelo generativo [...]. Esta falta de rigor, más aún, de definición precisa alguna, en lo que a las categorías gramaticales manejadas en las reglas de rescritura se refiere, es una de las causas de que en la teoría de la elipsis que funciona en la Gramática Generativa, se puedan señalar muchos de los mismos defectos que ya vimos criticados con respecto a la gramática tradicional [...]» (1984: 227-228).

¹⁷³ Así recuerda Rodríguez Díez (1983: 111) un pensamiento de Buyssens (1970) al profundizar en la validez del concepto de signo cero.

Una situación similar a la de las oraciones impersonales sucede en aquellas otras en que un verbo tradicionalmente calificado de transitivo aparece sin complemento realizado. En tales circunstancias, la gramática tradicional determinó la presencia de un *objeto cognado* o *interno*¹⁷⁴; también la gramática generativa ha propuesto la existencia de un *argumento implícito*, de un *objeto elíptico indefinido (algo)* (Hernández Terrés 1984: 210; Brucart 1999b: 2853; Gallego 2011: 25-26). Esta formulación sintáctica, junto con la representada por las construcciones impersonales, son explicadas a partir de unos *comodines terminales* que permitirían reconstruir la estructura profunda subyacente, para así hacer encajar toda oración en el esquema apriorístico de <SUJ + V> para los verbos intransitivos y <SUJ + V + CD> para los verbos transitivos¹⁷⁵.

Más acertada parece a ojos de Hernández Terrés —con quien concidimos— la propuesta de Cano Aguilar (1981) acerca de los *empleos absolutos* de los verbos transitivos, muy similar en algunos aspectos a las opiniones de Alarcos (1994)¹⁷⁶, y que

¹⁷⁴ Se entiende por objeto cognado aquel que está emparentado morfológicamente con el verbo, como beber una bebida (RAE 2009: 2617-2618).

¹⁷⁵ «¿De dónde viene la necesidad de elaborar un comodín terminal a las categorías principales (SN sujeto, SN Obj.)? Evidentemente, del concepto previo de función sintáctica que opera sobre la creencia de que el SV requiere siempre un SN sujeto y que el Vt (verbo transitivo) requiere siempre un SN objeto; lo cual no es otra cosa que la repetición del más rancio planteamiento de la gramática tradicional según el cual si el verbo indica una acción, ésta siempre es realizada por alguien, y si el verbo es transitivo siempre ha de llevar un complemento directo [...]» (Hernández Terrés 1984: 238).

¹⁷⁶ «Cuando la actividad denotada por la raíz verbal requiere la especificación aportada por el sustantivo que funciona como objeto directo, se considera el verbo transitivo; en caso contrario, el verbo es intransitivo. No obstante, tal clasificación no responde a rasgos especiales del contenido de la raíz verbal, porque en general la presencia o ausencia del objeto depende de la voluntad o intención comunicativa del hablante. [...]

puede condensarse en la idea de asociar la transitividad a la estructura oracional antes que a las características semánticas del verbo; es decir, es un fenómeno que se realiza en la oración¹⁷⁷, un proceso operante en el nivel sintáctico, no en el semántico, determinado, además, por condicionantes pragmáticos que encauzan al hablante hacia la elección de tal o cual estructura sintáctica. Aunque sea la valencia del verbo la que suscite un determinado tipo de estructura argumental, esta no se realiza más que en el nivel de la sintaxis; es decir, semánticamente un verbo puede tener un complemento directo, un complemento indirecto..., pero la existencia potencial en el nivel semántico de estos argumentos no implica su obligatoriedad en el nivel sintáctico y, por consiguiente, tampoco exige su realización fonética. Por esta razón, la aparición de un verbo sin CD cuando pudiera llevarlo no impone siempre una lectura elíptica, ya que, además, estos dos esquemas vehiculan diferentes contenidos informativos: en un enunciado como *Juan lee* la atención se concentra sobre el proceso mismo de leer y parece superfluo hacer explícito un supuesto complemento omitido, lo cual, además de arbitrario y subjetivo, produciría una

La mayoría de los verbos pueden aparecer con o sin objeto directo, según lo que se quiera comunicar» (Alarcos 1994: 281).

¹⁷⁷ Esta hipótesis, avalada también por Alcina y Bleca (1975), sustenta la división propuesta por Cano Aguilar (1981) entre verbos *monovalenciales* (solo aparecen en un tipo de estructura, ya sea transitiva o intransitiva) y verbos *bivalenciales* (presentes en ambos tipos de esquemas oracionales). En su estudio sobre las manifestaciones diacrónicas del CI, Company (2009) también se acoge a la distinción entre *transitividad léxica* y *transitividad sintáctica* (RAE 1973: § 3. 5. 1., Thompson y Hopper 2001): la primera se refiere a la posibilidad de que un verbo aparezca con CD aunque en el discurso este complemento no esté formalizado; la transitividad sintáctica, en cambio, es la frecuencia real con que un verbo es usado con CD explícito. Esta autora solo tiene en cuenta en el análisis de su corpus el segundo tipo de transitividad —aplicable también para el CI—, puesto que la transitividad léxica es tan solo una posibilidad que puede realizarse o no en el uso concreto de los verbos.

modificación del sentido de la oración, porque no puede aceptarse que oraciones como *Juan lee* y *Juan lee un libro* o *Juan lee algo*¹⁷⁸ sean sinónimas. Así lo ha notado también Moreno Cabrera (1987: 49), para quien «está claro que el verbo con objeto cognado o interno es un sintagma orientado hacia una actividad, mientras que el sintagma verbal “hizo una silla” está más orientado hacia un objeto».

Para Campos (1999: 1527), habría que diferenciar dos niveles de aparición del CD, el material o fonético y el mental o interpretativo. En ejemplos como los recién comentados, considero cierto que no es necesario proponer una categoría sintáctica elíptica correspondiente al CD, pero no es menos real que, como estima Campos, cualquier hablante sobreentiende un CD como argumento temático del predicado. Otra opinión antagónica a la hipótesis del argumento implícito o comodín terminal defendida por Brucart o Hernanz la encontramos en las palabras de Jiménez Juliá al tratar la diferenciación entre elipsis y no realización:

[...] Toda elipsis, pues, implica a los elementos nucleares dentro de la estructura sintáctica de la que se trata, pudiendo arrastrar con ellos, o no, elementos no nucleares, tales como los complementos circunstanciales y similares. La no realización, en cambio, nunca implica este tipo de elementos, ya que incluso en casos donde puede parecer que se omite un constituyente nuclear como el complemento directo, en realidad se trata de la inexistencia de tal constituyente, por ser ésta una realización intransitiva de un verbo que también puede realizarse transitivamente (1991: 228).

Los usos absolutos de los verbos transitivos, por consiguiente, se plasman en

¹⁷⁸ Aunque no niego que ambas oraciones pudieran funcionar como sinónimas en algunos contextos muy específicos.

aquellos decursos sintácticos donde estos verbos no tienen CD explícito ni elíptico, ni tampoco se expresa ningún clítico que sirva de sustituto al CD léxico omitido, pues no hay en el discurso previo ningún antecedente para este complemento ausente. Podría pensarse que no estamos ante un empleo absoluto en oraciones como *Elena está leyendo pero no sé qué*. Algunas gramáticas defienden que en estos contextos existe un CD elíptico, de lectura indefinida, que sirve de antecedente a un pronombre interrogativo, como en (RAE 2009: 2612)¹⁷⁹; un CD elíptico que, a nuestro modo de ver, sería idéntico a un pronombre nulo o vacío, como los generativistas han defendido para la elipsis del sujeto de las oraciones impersonales. Aun cuando estos análisis puedan parecer sugerentes, creemos más apropiado defender que sencillamente no hay elipsis, al menos, tal y como ha sido definida en anteriores epígrafes de este trabajo, es decir, como un mecanismo de economía lingüística basado en la relación discursiva entre hueco y antecedente; en otras palabras, los huecos elípticos requieren un antecedente discursivo, pero no pueden servir ellos mismos como antecedentes para otros constituyentes oracionales, puesto que están vacíos de contenido semántico y referencial.

En otros entornos sintácticos y discursivos, sí es posible la elipsis del CD: Campos (1999: 1526-1529) llama la atención sobre la capacidad de la mayoría de verbos transitivos de elidir su CD cuando es indefinido, posibilidad no disponible cuando el CD es definido:

- A: *¿Necesitas dinero?*

B: *Sí, necesito, pero me da vergüenza pedir.*

¹⁷⁹ Nótese que en este ejemplo se produce además el truncamiento de la oración interrogativa: *Elena está leyendo Ø, pero no sé qué Ø*.

- A: *¿Necesitas el dinero?*

B: *Sí, lo necesito, pero me da vergüenza pedir(lo).*¹⁸⁰

Con todo, sí parece existir un conjunto no muy amplio de verbos que no admiten esta alternancia de usos transitivos e intransitivos (serían *verbos monovalenciales* según la terminología manejada por Cano Aguilar): los verbos que significan existencia, los copulativos, los verbos de movimiento (*llevar, traer*), de significado instrumental (*emplear, utilizar*) y los verbos relacionados semánticamente con *hacer* y *tener* (1981: 309). La explicación a esta expresión obligatoria del CD se halla en el amplio contenido léxico del verbo: mientras que verbos como *leer* o *comer* tienen un significado que ya incluye un CD en consonancia semántica, los verbos anteriores tienen un significado menos específico y necesitan que se restrinja la referencia de su CD¹⁸¹.

Gallego (2011: 68-69) señala otro grupo de verbos que, a pesar de ser transitivos, permiten la omisión del CD sin sustitución del clítico:

- *Esta navaja no corta.*

- *Ese líquido mancha.*

- *El alcohol cura.*

¹⁸⁰ Cf. también RAE (2009: 2598-2599).

¹⁸¹ No obstante, encontramos muchos verbos cuyo CD está fuertemente restringido y, sin embargo, no puede ser elidido, especialmente cuando verbo y CD constituyen una *colocación* (coaparición de dos voces con mucha frecuencia): *cometer un crimen, impartir clases...* (RAE 2009: 2614).

- *Su voz calma.*

- *Su reacción sorprende.*

No parece necesario hablar aquí de elipsis del CD. Estoy de acuerdo con Gallego (2011: 68) cuando sostiene que podría tratarse «de casos en los que los argumentos se recuperan de manera pragmática (es decir, por el contexto o por nuestro conocimiento del mundo), sin estar presentes en la sintaxis)».

Las restricciones semánticas que obligan a ciertos verbos a expresar su CD no operan en algunos entornos sintácticos, llamados *de objeto específico de infinitivo* (Brucart 1999b: 2851), en los que la elipsis del CD es obligatoria; se trata de aquellos decursos en que un infinitivo regido por una preposición está implementado por un objeto que se elide por ser correferencial con un SN del predicado principal: *Es un libro muy difícil de traducir Ø* o *El informe que archivé sin leer Ø fue este*. En estos esquemas, la elipsis del CD del infinitivo transitivo está restringida por la sintaxis de la construcción, ciertas condiciones sintácticas que afectan a los argumentos del infinitivo, no al CD. En ejemplos como los citados, el infinitivo, integrado en un grupo verbal, se interpreta como un infinitivo pasivo a pesar de tener forma activa (RAE 2009: 1980-1991). Al aparecer mencionado en la oración principal el sujeto paciente del infinitivo de lectura pasiva, no se admite su repetición como argumento sintáctico del infinitivo, según la regla general que determina la expresión u omisión del sujeto del infinitivo en español actual¹⁸². Sin embargo, otros gramáticos consideran que estos infinitivos son realmente activos y están acompañados de un CD

¹⁸² V. 3.4.1.1.3.1.

elíptico. Así se pretende explicar la alternancia observada en la lengua oral no estándar entre *difícil de encontrar* y *difícil de encontrarlo*, aunque la segunda de estas variantes no sea considerada correcta (RAE 2009: 1982). La posibilidad de que estos infinitivos puedan tener un complemento agente (*fácil de abordar por cualquiera que tenga experiencia; imposible hoy día de resolver por nadie*) nos hace decantarnos por la primera de estas hipótesis: estamos ante infinitivos de valor pasivo con sujeto paciente elíptico. No se trata, por consiguiente, de un tipo de elipsis del CD, sino de elipsis del SUJ del infinitivo.

En el fondo, la cuestión de la elipsis o no realización de algunas funciones sintácticas consideradas nucleares está conectada con la determinación que la estructura semántica de los verbos ejerce sobre la codificación en el nivel de la sintaxis. Como alega Mederos Martín, «puede ocurrir que para algún argumento de la valencia semántica [de un verbo] la asignación de función gramatical sea optativa. En tal caso, el argumento semántico que queda abierto, recibirá su interpretación del contexto verbal o de enunciación» (1988: 208). Pero también sucede a veces que no existe elemento alguno en el contexto que permita su identificación; es lo que encontramos, por ejemplo, en oraciones como *Juan recibió una carta*, donde no se dice quién es el remitente, entidad que parece ser central en la base semántica del verbo (‘alguien recibe algo de alguien’). Mederos Martín (1988: 134) defiende que el verbo de esta oración, *recibir*, responde a una estructura temática trimembre, con tres argumentos correspondientes a la meta, el origen y el tema («la entidad que experimenta el cambio»); sin embargo, puede parecer inadecuado a los datos sintácticos suscribir que existe un complemento elíptico de origen en casos como este, el cual —cree este investigador—:

Nos sitúa en uno de los límites de la elipsis. Se podría argüir que la elipsis no definida¹⁸³ no es propiamente un caso de elipsis, sino de no realización de una posibilidad. Es una ausencia que debería distinguirse de la elipsis, ya que en ésta se debe dar siempre la recuperabilidad de algo definido (1988: 135).

Tras examinar brevemente la casuística de la expresión y omisión del CD en español, podemos concluir que solo parece admisible un tipo de elipsis del CD, pues en todos los demás casos, o bien estamos ante la no realización del CD o bien el clítico aparece como sustituto gramatical. El único contexto en que la elipsis total del CD se produce es aquel en que el CD antecedente es un CD indefinido, es decir, un SN escueto, que no esté modificado por el artículo u otro determinante definido¹⁸⁴.

La relación entre CD y CPR (complemento preposicional regido) ha sido puesta de relieve por diversos gramáticos, entendiendo este último como una manifestación prepositiva de la transitividad. Al tratarse de un argumento seleccionado por la valencia semántica del verbo, su ausencia puede interpretarse como un caso de elipsis. Esta discusión se aborda de forma específica en la sección 3.3.4., dedicada a la anáfora de complemento nulo, pues cuando el CPR se elide, su categoría es verbal (infinitivo u oración subordinada), no es nominal.

En lo que respecta al CI, la mayoría de gramáticos apoyan una distinción

¹⁸³ Como ya se reseñó antes (v. nota 81), con esta etiqueta denomina Shopen (1973) el fenómeno de la no realización. Mederos Martín (1988: 133-135) comenta las tipologías propuestas por este lingüista.

¹⁸⁴ En su monografía sobre la elipsis, Gallego (2011) no tiene en cuenta estas construcciones, por lo que rechaza la existencia de elipsis del CD en español.

fundamental entre aquellos CI argumentales y los que no lo son, los llamados *dativos*. Según la relación de dependencia con la estructura semántica del verbo, puede hablarse de una gradación o *continuum* de CI más o menos argumentales. Company (2009: 483) reconoce cuatro tipos categoriales de CI:

- a) Objeto indirecto, dativo argumental y central.
- b) Dativo superfluo: *Et lavava la ropa a ciertos moços...*
- c) Dativo intensificador: *¡Ándale!, ¡híjole!*
- d) Dativo pragmático: *Me sacó diez en matemáticas la niña.*

Esta autora prefiere reservar la etiqueta *objeto indirecto* solo para los dativos argumentales y centrales¹⁸⁵. El diferente peso sintáctico de dativos y objetos indirectos explica que puedan concurrir ambos complementos en la misma oración: *Me le dieron una buena felpa al ladrón* (ibíd.). La posibilidad de coaparición también ayuda a diferenciar el CI de otras categorías sintácticas semántica y formalmente limítrofes:

- a) Complementos circunstanciales de finalidad y beneficio con *para*.
- b) Reflexivos y voz media.
- c) Objeto Directo (da lugar al leísmo, laísmo y loísmo).
- d) Dativo posesivo: *Me duele la cabeza.*

¹⁸⁵ En este trabajo se usará el marbete *complemento indirecto* o *CI*.

e) Frases adverbiales de valor locativo.

La manifestación formal del CI más utilizada es el clítico, en todas las etapas del español. Esta preferencia por el clítico

[...] Confirma una característica tipológica básica de los DAT [dativos] en la mayoría de las lenguas, y es que por lo regular hacen referencia a entidades fácilmente identificables y recuperables en el discurso, esto es, conllevan información conocida, previamente presentada en el texto, compartida por hablante y oyente, lo cual confiere a los DAT persistencia referencial y un elevado carácter topical (Company 2009: 493).

Sea cual sea la representación categorial del CI, en lo que respecta a su elipsis, podemos defender la misma hipótesis general que para el CD: su manifestación clítica hace innecesario suponer que existe como argumento elíptico porque el pronombre átono puede representarlo por sí mismo.

3.4.1.2.1. Duplicación de objetos y elipsis

Se ha argüido que los clíticos son autosuficientes para representar en la oración las funciones de CD y CI, pero esta afirmación suscita inmediatamente una nueva cuestión: ¿Cómo hay que interpretar entonces la aparición simultánea del complemento pleno y del clítico?

A la hora de tratar la expresión de los objetos directo e indirecto mediante clíticos, se plantean preguntas y respuestas similares a las expuestas en el apartado de la elipsis del sujeto del verbo conjugado. Por otra parte, la valoración de la elipsis del CD y del CI conecta con algunos problemas clásicos en la investigación sincrónica y diacrónica, como son la duplicación del objeto, cuál es el elemento nuclear y cuál es la copia —la frase léxica o el pronombre átono—, la progresiva extensión de la duplicación del CI o los

cambios en la colocación de los átonos. Ateniéndonos a los fines analíticos de este estudio, cuestiones como el orden del CD y del CI en concurrencia, la posición de los clíticos, etc., son poco relevantes. En cambio, la duplicación y la capacidad de los clíticos para representar por sí mismos las funciones de CD y CI son aspectos esenciales a la hora de determinar si existe algún tipo de elipsis en estas estructuras.

Encontramos en la bibliografía hispánica multitud de estudios que han defendido el estatus morfemático de los clíticos en español. Roca (1996), siguiendo la hipótesis de la *conjugación objetiva* secundada por autores como Llorente y Mondéjar (1974), Suñer (1988) o García-Miguel (1991), trata de las diferencias existentes entre los clíticos dativos y acusativos en español que inciden sobre su categorización como morfemas objetivos o como determinantes, respectivamente. En Fernández Soriano (1999: 1253-1260) se condensan los criterios esgrimidos en la defensa de los clíticos como morfemas, tales como la atonicidad, la especialización respecto a la categoría gramatical de la palabra a la que se adjunta —siempre el verbo—, su rígida posición en las combinaciones de clíticos o la capacidad de producir alteraciones fonológicas en los verbos (por ejemplo, *seville* del español medieval o *márchesen* en el español coloquial actual); pero sobre todo destaca la posible duplicación pronominal —la coaparición del átono y del complemento pleno¹⁸⁶— como aval de su estatus afijal. También Luján (1999: 1291) apuesta por el tratamiento de los clíticos como morfemas objetivos, que servirían como indicios formales de la categoría

¹⁸⁶ En posición preverbal, el CD y el CI —sea pronominal o léxico— a veces queda desgajado del resto de la oración, ocupando una posición temática externa, como en *A tu hija ¿qué le piensas decir?* (RAE 2009: 1244). Se trata de construcciones dislocadas, tematizaciones del objeto en las que no es acertado hablar de doblado o duplicación del objeto, ya que este se encuentra fuera de la oración.

implícita correspondiente. Por el contrario, autores como Garcerán Infantes (2001, 2003) rechazan, en virtud de argumentos y formulaciones generativistas, la proposición de categorías vacías objetivas en las oraciones en que participan los clíticos acusativos o dativos por considerar que en ellos ya concurren los rasgos flexivos y el papel temático de la categoría nominal léxica omitida. Esta última será la explicación seguida en este trabajo, pues si en el caso del sujeto del verbo finito se prefirió atribuir a los morfemas personales del verbo la función de referir anafóricamente al sujeto léxico o pronominal, también los clíticos con más razón —ya sean considerados morfemas libres o pronombres— pueden representar a sus correspondientes complementos plenos gracias a su facultad para indicar un proceso de referencia fórica, sin importar que dichos complementos pertenezcan a la categoría del sustantivo, del pronombre o de la oración.

Aunque creemos que hay razones suficientes para que hoy consideremos a los clíticos objetivos como morfemas, no sucede lo mismo en el español de épocas pasadas. Rivero (1986a, 1986b, 1986c) consideró que en el español antiguo los pronombres átonos eran constituyentes sintácticos equiparables a los SSNN, por eso aparecían en las mismas posiciones (preverbal o posverbal). Sin embargo, los modernos átonos se habrían convertido en morfemas ligados al verbo, por lo que su posición depende de las características morfológicas del verbo (proclíticos cuando el verbo está en forma personal y enclíticos cuando su forma es el imperativo, el gerundio o el infinitivo). Por su parte, los antiguos átonos solo estaban limitados por su falta de tonicidad y así se explica que no pudieran aparecer al principio de la oración. Por contra, en el español actual, cuando el

objeto antepuesto es un SN, es obligatoria la duplicación mediante el clítico¹⁸⁷, condición no necesaria en etapas anteriores. Además, en el supuesto de que el objeto fuera un SP pronominal en posición posverbal, el español antiguo no estaba sometido a la actual restricción de la duplicación obligatoria (hoy no se considera gramatical una oración como *vieron a él* o *a él vieron*). Todo ello corrobora que los pronombres átonos y los SSNN que funcionaban como objeto podían situarse delante o detrás del verbo, tenían las mismas propiedades sintácticas distribucionales y un grado similar de independencia sintáctica, al contrario que los átonos actuales, lo que aproxima estos últimos a la categoría de morfemas y valida el análisis de los átonos del español antiguo como sustitutos de pleno derecho de los complementos plenos.

Puede considerarse una contradicción que el sistema lingüístico del español manifieste un comportamiento tan enfrentado al criterio de economía como es la duplicación de los objetos. Pero los estudios diacrónicos han demostrado que a lo largo de la historia del español la duplicación ha ostentado diferentes papeles, ayudando en unos casos a expresar determinados contenidos pragmáticos y discursivos (focalización, topicalización) y sirviendo como índice funcional en otros (refuerzo sintáctico del objeto)¹⁸⁸. Cuando la duplicación se produce, el clítico actúa como copia del sintagma

¹⁸⁷ Sí es posible la expresión del CD o del CI solo mediante el pronombre tónico precedido de *a* —es decir, la no duplicación— cuando se trata de construcciones de anteposición focalizadora: *A él y solo a él debe todo lo que tiene*; este fenómeno es más frecuente en la 3ª persona y en los registros formales (RAE 2009: 1245)..

¹⁸⁸ Puede consultarse Company (2009: 513 y ss.).

pleno¹⁸⁹; pero cuando este sintagma falta, el clítico asume su representación funcional en la oración, permitiendo, gracias a su fuerza fórica, la recuperación de la información semántica y referencial del objeto¹⁹⁰.

3.4.2. LA ELIPSIS DEL NÚCLEO NOMINAL: CONDICIONES ESTRUCTURALES

Brucart (1999b: 2855-2856) se ocupa de las restricciones gramaticales que limitan el empleo de la elipsis del núcleo del SN. También la RAE en su última gramática (2009: 1121-1128) ofrece un resumen de las principales líneas analíticas de este tipo de elisión en el ámbito hispánico¹⁹¹. Como regla general, este procedimiento solo es posible si el determinante del núcleo permanece realizado en el sintagma, aunque opcionalmente, también pueden aparecer los demás adjuntos, si bien existen algunas limitaciones respecto a la expresión de estos adjuntos según el tipo de determinante del núcleo elíptico. Una excepción a este principio general se encuentra, como señala Leonetti (1999: 819), en aquellos contextos en que el núcleo elidido remite a un antecedente no determinado (los llamados *grupos nominales escuetos*). Es posible que entonces el SN sin núcleo no tenga

¹⁸⁹ No hay acuerdo sobre si, en los casos de duplicación, el objeto está representado por el SN léxico o pronominal y el clítico es su copia (Company 2001, García-Miguel 1991, Gutiérrez Ordóñez 1999) o, al contrario, el sintagma pleno es la copia del clítico (Bogard 1992, 1996). A nuestro modo de ver, resulta más admisible considerar los clíticos como simples marcas morfológicas de la presencia del objeto léxico o pronominal.

¹⁹⁰ Obviamente, la capacidad fórica, o mejor dicho, endofórica, es típica de las formas de 3ª p., pero en los textos escritos también la 1ª y 2ª p. pueden ostentar un valor endofórico por encima de su valor deíctico habitual.

¹⁹¹ RAE (2009) prefiere analizar estas estructuras como casos de elipsis porque esa parece ser la postura mayoritaria entre los gramáticos actuales, aunque no llega a rechazar del todo aquellas otras hipótesis que optan por no hablar de elipsis en las construcciones nominales sin núcleo expreso introducidas por *el*, *un*, *ningún...* porque otorgan un valor pronominal al determinante.

un determinante, pero en ese caso sí deberá aparecer algún adyacente del nombre fonéticamente realizado; este adyacente ha de tener carácter especificativo o ser un adjetivo relacional, de tal manera que permita clasificar personas o cosas dentro de una categoría, presentando tal clasificación como una oposición dentro de la oración:

- *No había leído novelas de Cela, pero sí había leído Ø de Delibes.*

- *Hoy no tengo pimientos amarillos, pero tengo Ø rojos, si quiere.*

Como sucede con otros tipos de elipsis (sobre todo, el vaciado), los grupos nominales de núcleo elíptico tienden a usarse con mayor frecuencia en contextos de contraste o paralelismo, en los que la construcción elíptica conecta con un antecedente discursivo, quedando de manifiesto el contraste entre ambos a través de los adyacentes que los acompañan. En opinión de Mederos Martín (1988: 150) «podemos decir que [el hueco elíptico] teóricamente puede presuponer todos los restantes elementos del antecedente, siempre que no los rechace la presencia de uno de la misma clase en la frase nominal elíptica».

Una segunda restricción señala que si el determinante que actúa como resto es el artículo, se requiere la aparición de algún complemento más; en el caso de que este complemento sea un SP, la preposición introductora nunca podrá ser otra que *de*, condición que no es necesaria cuando se trata de un determinante distinto del artículo: *Aquel* / **El con el que hablaste el otro día*. (Leonetti 1999: 818)¹⁹².

¹⁹² Caso diferente es aquel en que la secuencia <artículo + SP> es fruto de un proceso de (cuasi) lexicalización (*los sin techo*). Y tampoco debe haber confusión con aquellos otros casos donde el SP en

Cuando la relación entre el hueco elíptico del SN y el antecedente que lo completa es catafórica, ambos deben localizarse en la misma oración y además el sintagma que incluye al núcleo elíptico ha de ser definido (no es admisible con el artículo *un, una...*, por ejemplo): *Los Ø de María son los padres más generosos del mundo*¹⁹³. Por tanto, la elipsis catafórica del núcleo del SN no admite usos discursivos.

Otra condición estructural afecta a la concordancia entre sustantivo elíptico y antecedente. La identidad de género es obligatoria, mientras que el rasgo de número puede variar:

- * *La hija de María es más inteligente que el Ø de Antonia.*
- *El hijo de María es más inteligente que los Ø de Antonia.*

Pero algunos entornos sintáctico-semánticos permiten transgredir la regla general de concordancia de género, como se ve en *De todos los hermanos Del Valle, Clara era la Ø que tenía más resistencia e interés para escuchar los cuentos de su tío* (RAE 2009: 1123), donde la elipsis se acepta porque entre el antecedente explícito (masculino singular) y el sustantivo elíptico (femenino singular) se establece una relación partitiva o inclusiva.

realidad complementa a un SAdj (*los hasta hace poco desconocidos documentos*). Además, cuando el SP con *de* tiene valor partitivo, la aceptabilidad de la elipsis es muy cuestionable (*? La de tus hermanas que juega al tenis*), pero es admisible cuando el determinante es el demostrativo *aquel* (*Aquellos de vosotros que están libres de culpa*) (Leonetti 1999: 822).

¹⁹³ Como en el ejemplo, las construcciones atributivas son las que con más facilidad aceptan la elipsis del núcleo nominal con referencia catafórica (Brucart 1999b: 2859-2860). RAE (2009: 1121) añade que también es posible la catáfora cuando la oración contiene un complemento predicativo (*Tengo a los Ø de Mendoza por unos vinos excelentes*).

Cuando el determinante del SN elíptico es el artículo determinado, existe cierto grado de intolerancia a la hora de aceptar adyacentes pertenecientes a determinadas clases semánticas. Para Leonetti (1999: 821), los adjetivos valorativos o elativos, los superlativos absolutos, los comparativos y los sintagmas adjetivos encabezados por *tan* y *bastante* no pueden combinarse con el artículo definido para formar SSNN de núcleo elíptico:

- ?* *La película mediocre atrajo a más público que la estupenda.*
- * *Los libros caros y los carísimos.*
- * *Los más caros que los míos.*
- * *Los tan caros / * Los bastante caros.*

Pero la limitación más importante es aquella que supone el rechazo de los adyacentes explicativos o apositivos debido a la atonicidad del artículo. Parece que solo los adjetivos de lectura restrictiva —y las demás estructuras adyacentes del sustantivo con ese mismo significado— pueden aparecer en este tipo de construcciones elípticas.

Un último contexto prototípico de elipsis del núcleo nominal se localiza en las construcciones partitivas, en las que se elide el núcleo nominal porque ya aparece explícitamente en la coda o complemento partitivo con *de*: *Una de las mejores novelas de ese escritor* (RAE 2009: 1123)¹⁹⁴. Y también, aunque con menor frecuencia, es posible lo contrario, elidir el sustantivo de la coda porque ya es mencionado como núcleo del grupo

¹⁹⁴ Según los análisis que defiende para los determinantes diferentes del artículo, en este ejemplo no hay elipsis del núcleo del SN porque el indefinido *uno* funciona como pronombre.

nominal: *Una novela de las mejores de ese escritor*. En estas construcciones, la elipsis tiene un alcance endofórico, es decir, la relación entre elemento elíptico y antecedente discursivo se produce dentro de un mismo sintagma. Estas afirmaciones no son aplicables cuando el sustantivo nuclear es un cuantificador partitivo (*mayoría, mitad, tercera parte, veinte por ciento...*), construcciones estas en las que es obligatorio que el sustantivo partitivo funcione como núcleo del grupo nominal y que el sustantivo que expresa la clase de entidad afectada por la relación partitiva también se realice formalmente en la coda: *La mayoría de los candidatos*. En el caso de que las construcciones partitivas aparezcan sin coda (sin complemento con *de*), es necesaria su recuperabilidad a partir del contexto verbal, siendo, por tanto, otro entorno prototípico de elipsis: *La base de la nobleza española son los hidalgos. La mayoría Ø son pobres [Ø = los hidalgos]* (RAE 2009: 1127). Como se observa, lo que se recupera es el SP completo, no solo un sustantivo. Por otra parte, la tan frecuente concordancia *ad sensum* entre el sustantivo del complemento partitivo y el verbo de la oración (que no concuerda con el cuantificador sustantivo núcleo de la expresión) pone de manifiesto la presencia tácita del sustantivo: *La mayoría son pobres* frente a *La mayoría es pobre*.

A pesar de estas consideraciones que parecen definir con nitidez el dominio sintáctico de la elipsis del núcleo del SN, la cuestión del papel del artículo y de otros determinantes surge de inmediato. Para Brucart (1999b) y Leonetti (1999), en las estructuras de elipsis nominal, el funcionamiento del artículo y de los demás determinantes se diferencia debido a sus particularidades fonológicas, que hacen del artículo una palabra clítica que necesita apoyarse fónicamente en otros componentes de su sintagma, mientras que los demás determinantes, gracias a su tonicidad, aceptan aparecer de forma independiente en su sintagma, en lo que se ha denominado uso pronominal de los determinantes. Contrariamente, algunos gramáticos han puesto en duda la pertenencia del

artículo a la clase de los determinantes, o que existan dos categorías de demostrativos y otros cuantificadores, una adjetiva y otra pronominal. A continuación revisaremos las principales hipótesis en torno al estatus del artículo y los demás determinantes, los diferentes parámetros sintácticos y semánticos que los separan y la aceptabilidad del doble paradigma de los demostrativos en virtud de sus usos adjetivos y pronominales.

3.4.2.1. EL ARTÍCULO

La *Nueva gramática de la lengua española* (RAE 2009: 1023-1082) sigue decantándose por categorizar al artículo como un determinante de valor eminentemente identificador. Su función principal consiste en «especificar si lo designado por el sustantivo o el grupo nominal constituye o no información consabida»; en otras palabras, el artículo sirve para marcar la definitud o la individuación del referente mentado por el nombre al que acompaña. Pero el artículo, usual acompañante del sustantivo, también puede combinarse con sintagmas adjetivos, sintagmas preposicionales con *de* y con oraciones de relativo sin núcleo nominal expreso; aunque su valor sea diferente al de estas últimas construcciones, el artículo también puede preceder al infinitivo y a oraciones sustantivas con *que*. Mederos Martín (1988: 154) recoge las tres soluciones principales que dentro de la gramática hispánica se han propuesto acerca del estatus del artículo en construcciones sin sustantivo expreso:

En primer lugar, están quienes sostienen (Bello, Fernández, Pottier) que el artículo funciona como término primario o núcleo. Otros (Alarcos 1978: 172) consideran que el adjetivo se ha sustantivado mediante el artículo, y, por último, están quienes suponen que tanto el artículo como el adjetivo o cualquier otro segmento no sustantivo que acompañe al artículo mantienen su carácter de modificadores dependientes bien del sustantivo presente en la estructura profunda y elidido en la superficial (Lázaro 1980: 58) o bien de un elemento nulo, de una laguna en la estructura.

A continuación repasaremos estas tres interpretaciones con vistas a clarificar qué estructuras han de ser tenidas por casos de elipsis del núcleo nominal del SN cuando el determinante es el artículo *el, la, los, las, lo*.

3.4.2.1.1. El artículo como determinante

La gramática tradicional considera que el artículo es un determinante, pues es conmutable por algunos de ellos, con los que también comparte un contenido similar. Pero, como señala Álvarez Martínez (1986), no siempre es posible la conmutación (*hay algunos curiosos* / **hay los curiosos*). Otra razón contraria a esta equiparación sería su incapacidad para funcionar como término primario, mientras que, por ejemplo, los demostrativos sí pueden serlo (*la camisa es bonita* / **la es bonita*, frente a *esta camisa es bonita* / *esta es bonita*). Es decir, el artículo no puede ser núcleo sintagmático, por mucho que algunos gramáticos opten por otorgarle este análisis cuando precede a un adjetivo o a una oración de relativo (Bello, Fernández Ramírez, Pottier, Lapesa), pues no puede aparecer en la frase sin un complemento adyacente, debido a su carencia de tonicidad, que lo convierte en un elemento dependiente, necesitado de una palabra tónica que lo siga para formar con ella grupo acentual. Esta limitación lo despoja de una característica fundamental de los núcleos nominales prototípicos, su independencia estructural, la posibilidad de desempeñar un papel sintáctico sin necesidad de otro elemento. Ni siquiera cuando el artículo es el neutro *lo* puede hablarse de pronombre¹⁹⁵. En estos casos, el neutro *lo* y el adjetivo o sintagma equivalente determinado por él forman un bloque sustantivo, sin necesidad de suponer un núcleo elíptico —imposible de reconstruir—; el artículo *lo* hace viable la

¹⁹⁵ RAE (2009) continúa integrando la forma neutra *lo* en el paradigma del artículo.

transcategorización del sintagma adjetival a sustantivo, ya sea este un SP, un adjetivo o una oración de relativo:

- *No recordaba lo de María.*

- *A Samuel le gusta lo verde.*

- *No recordaba lo que le pasó a María.*

Para Álvarez Martínez (1986: 66), el artículo puede incluirse entre los determinantes solo si con esta etiqueta «se engloban todas las unidades lingüísticas (adjetivos determinativos, los morfemas nominales género, número y artículo, las oraciones de relativo, calificativos...) que sirven para delimitar, precisar y determinar un concepto (teniendo presente que son unidades diversas en su funcionamiento y categoría) [...]». Su propuesta es, por tanto, de base semántica y no atendería a la función.

3.4.2.1.2. El artículo como transpositor

Gutiérrez Ordóñez, quien también repasa las posiciones encontradas respecto a la naturaleza del artículo (1994c, 1997: 229-255), respalda su función como transpositor y desecha la opción de la elipsis a partir, precisamente, de la existencia del neutro *lo*: «Defender la tesis de la elipsis presupone sostener que el paradigma del artículo se restringe a las formas con variación formal /el, la, los, las/, mientras que la unidad neutra se adscribe al paradigma pronominal» (1997: 245). También Jiménez Juliá (1991: 232-234) —acudiendo a consideraciones de índole semántica más que sintáctica—, considera que el artículo es un *nominalizador* y que los SSNN sin sustantivo son una modalidad de no realización que afecta a elementos nucleares. En términos similares se expresa Rodríguez Díez (1991: 10, 1983: 114), para quien, cuando el artículo se combina con un adjetivo calificativo, no es necesario catalizar ningún sustantivo porque entonces actúa como un

sustantivador¹⁹⁶.

3.4.2.1.3. El artículo como morfema

De modo similar a la consideración de los pronombres átonos como morfemas objetivos del verbo, no amalgamados a la forma verbal (como sí sucede con los morfemas subjetivos), el artículo ha sido visto como un morfema libre cuya función radica en señalar la concordancia de género y número del sustantivo¹⁹⁷, y que debe estar obligatoriamente presente en ciertos contextos sintácticos, por ejemplo, cuando el sustantivo al que determina es contable, singular y aparece en función de sujeto. Aunque hay precedentes en la historia de la Lingüística, en el ámbito hispánico ha sido Alarcos (1967: 166-177) quien

¹⁹⁶ Las palabras de Rodríguez Díez pueden parecer algo confusas, pues admite que hay un sustantivo elidido pero que esta elipsis se produce en virtud del potencial sustantivador del artículo: «Así, en el ejemplo: ‘el vestido blanco es barato, pero el verde me gusta más’ no es necesario interpolar vestido en la segunda oración, aunque evidentemente está elidido: ‘el vestido blanco es barato, pero el vestido verde me gusta más’ ya que en nuestra gramática funcional hay una regla según la cual el artículo t[r]anspone a un adjetivo (p. ej.: ‘el verde’) capacitándolo para funcionar como sustantivo y desemp[e]ñar, como en este ejemplo, la función de sujeto» (1983: 114). A mi entender, lo que Rodríguez Díez trata de explicar es la diferente exigencia gramatical que subyace bajo diferentes fenómenos y estructuras elípticas: por ejemplo, en *Los apresaron por imprudentes* (Rodríguez Díez 1983: 114), es imprescindible, según este autor, suponer un verbo copulativo elíptico que permita explicar cómo el adjetivo *imprudentes* puede funcionar como término del SP; por el contrario, en oraciones como *El vestido blanco es barato, pero el verde me gusta más*, la necesidad de catalizar un sustantivo desaparece desde el punto de vista de la norma gramatical porque el artículo permite en estos casos que interpretemos que el adjetivo ha asumido el papel nuclear del sustantivo. No obstante, sobre la estructura del SP y la aceptación de adjetivos y otras categorías como términos preposicionales, cf. Pavón Lucero (1999: 569-575), trabajo en el que no se propone la existencia de elipsis de un verbo copulativo, aunque se acepta que este tipo de SSPP mantienen una relación atributiva con algún otro constituyente de la oración.

¹⁹⁷ La RAE (2009: 1023-1982) no está conforme con el análisis del artículo como morfema de concordancia porque otras unidades pueden también hacer explícitos los rasgos de género y número cuando no son transparentes en el sustantivo.

mejor ha defendido el estatus morfemático del artículo, alegando las siguientes razones:

- a) Es un elemento dependiente siempre de un sustantivo o unidad sustantivada.
- b) Nunca se puede combinar con curva de entonación, por lo que no es un sintagma.
- c) Forma parte de un inventario limitado.
- d) No puede desempeñar ninguna función sintáctica.
- e) Es un simple transpositor que permite a los adjetivos funcionar como sustantivos y a los nombres comunes, como nombres propios.

Algunos estudios diacrónicos sostienen que a lo largo del tiempo el artículo se ha morfematizado y hoy es un signo plenamente gramatical. Así, Lapesa (1972 [1966]) trae a colación ejemplos de Cervantes como *los con que iba* (frente a la configuración actual *con los que iba*), donde la oración de relativo funciona como SUJ o como CD, de ahí que la preposición señale la función del relativo dentro de su misma cláusula y no la función de la cláusula de relativo respecto al predicado principal. Por eso parece que

[...] Se trata más bien de un intento por parte de algunos autores de indicar, con las unidades lingüísticas, este hecho —que la preposición solo afecta al relativo—. Sin embargo, eso no permite, a nuestro juicio, hablar del artículo como antecedente del relativo, al menos en el español actual, ya que este morfema nominal no actúa como cualquier antecedente:

- *venían los con que tenía que trabajar* / **venían los*,

mientras que sí es posible:

- *venían aquellos con los que tenía que trabajar* / *venían aquellos*.

La morfematización del artículo se produjo paralelamente a la de los morfemas objetivos y, por tanto, a la de los pronombres personales latinos

me, nos, te, etc. (éstos con función anafórica solamente) (Álvarez Martínez 1986: 70).

Por su parte, Leonetti (1999) se muestra contrario a aceptar que el artículo sea un morfema por los siguientes motivos:

a) Es posible intercalar otros componentes entre el artículo y el sustantivo, circunstancia no permitida en el comportamiento de los afijos: *El tantas veces mencionado romance entre...*

b) El artículo puede modificar a núcleos nominales elípticos, estando acompañado en este caso de un SAdj, un SP, una oración de relativo o una oración sustantiva; o incluso puede ir seguido de estos complementos sin que exista un sustantivo explícito o implícito:

[...] Y esta posibilidad no resulta compatible con el supuesto estatuto de morfema, ya que un verdadero afijo no se combinaría con una base tácita o elíptica (como debería hacer en los casos de elipsis nominal del tipo *la más brillante* o *los de Venecia*) ni tampoco con bases de categorías heterogéneas (no nominales, en este caso: por ejemplo, una oración completa en *El [que sucediera aquello] no nos tomó por sorpresa*) (Leonetti 1999: 807).

Que el artículo actúe como morfema transpositor en los casos en que aparece seguido de un SAdj, SP o una oración de relativo no parece la explicación más acertada para todos los ejemplos, pues existen algunos en que el contexto discursivo condiciona la gramaticalidad de la secuencia <artículo + SAdj>: * *La hija de María tiene mejor carácter que el de Antonia*. Si en esta oración el artículo *el* sustantivara al adyacente *de Antonia*, no sería preciso que el género de este SN coincidiera con el del precedente *la hija de María*, ya que esto supondría aceptar que la sustantivación mediante el artículo está ligada a factores discursivos (la anáfora), lo que no es muy plausible si se observan los ejemplos en

que la sustantivación parece la explicación más sencilla y, en cambio, es imposible encontrar un antecedente en el discurso previo (como sucede con el neutro *lo*, tal y como definiendo en este trabajo); mientras que, en el caso de la elipsis, los factores discursivos se avienen perfectamente con sus manifestaciones prototípicas (no repetición, contraste, paralelismo).

La polémica aún hoy no está resuelta. No queda claro si el artículo posibilita la transposición de segmentos no sustantivos o es una consecuencia de la sustantivación de estos segmentos. En el caso de nominalizaciones lexicalizadas, podemos encontrar ejemplos en que el artículo es prescindible (*culpar a inocentes*). La RAE (2009: 1028-1029) tampoco zanja este debate y se decanta por una solución de compromiso al analizar las construcciones de artículo sin núcleo nominal explícito: «En esta obra se adopta, como norma general, el análisis que acepta un elemento tácito en estos contextos, pero se entiende a la vez que la otra opción, que interpreta estas expresiones como pronominales, da lugar a resultados equivalentes».

La hipótesis seguida en este trabajo sostiene que el artículo puede actuar como transpositor de segmentos no sustantivos sin que esta función entre en contradicción con su capacidad para determinar a núcleos elípticos: serán la configuración sintáctica particular y la existencia de un antecedente contextual los criterios principales para deslindar cuándo estamos ante una construcción sustantivada y cuándo ante un esquema elíptico.

3.4.2.1.4. El artículo en estructuras de elipsis nominal

Para terminar este apartado, sintetizaremos todas las ideas relevantes para tratar como casos de elipsis algunos SN sin núcleo determinados por el artículo *el, la, los, las, lo*.

El artículo neutro no puede concurrir en estructuras de núcleo nominal elíptico, pues

es imposible catalizar un sustantivo neutro, que no existe en español. Su función preferente es transponer a categoría sustantiva adjetivos, sintagmas preposicionales y oraciones de relativo: siempre aparece en la primera posición del miembro al que pertenece, anunciando de esta forma que el elemento que le sigue es sintácticamente un sustantivo. No cabe en la categoría del pronombre¹⁹⁸ porque, aunque su contenido gramatical así lo sugiera, su combinatoria sintáctica lo aleja de dicha categoría (no puede ser unidad estructuralmente independiente, no tiene movilidad dentro de la oración a la que pertenece). Parece que *lo* se comporta más como un clítico morfemático destinado a marcar la sustantivación, como defiende Alarcos (1967) o Álvarez Martínez (1986).

Por su parte, los artículos masculinos y femeninos suelen usarse en construcciones de contraste que son un terreno abonado para la elipsis y es por ello que aparecen con una frecuencia muy alta en grupos nominales con núcleo elíptico donde los modificadores especificativos pueden ser expresados mediante oraciones de relativo, sintagmas preposicionales o adjetivos:

- *Acudieron todos los vecinos. Los Ø que Rafael conocía le preguntaron qué había pasado.*

- *Acudieron los vecinos del quinto y los Ø del sexto.*

¹⁹⁸ Esta es la opinión que, partiendo de Bello (1847) han apoyado gramáticos como Fernández Ramírez (1987 [1951]), Luján (1972), Lázaro Carreter (1975), Alcina y Blecua (1975), Bosque y Moreno (1990). Más conciliador, Leonetti (1999: 834) zanja el asunto adscribiéndose a la hipótesis de que *lo* «puede considerarse como la variante débil y átona de la forma *ello* [...], y al mismo tiempo como un artículo definido integrado en el mismo paradigma que *el* y *la*».

- *Acudieron los vecinos nuevos y los Ø antiguos.*

En estas construcciones, la elipsis suele tener un alcance anafórico y es posible, lógicamente, recuperar o catalizar el sustantivo elidido. Además, se trata de un tipo de elipsis proclive a traspasar las fronteras oracionales, sirviendo de mecanismo cohesivo.

En mi opinión, es tan acertada la hipótesis del artículo como sustantivador como su análisis como determinante de un núcleo nominal elíptico. La función como transpositor sustantivo o como determinante dependerá del contexto sintáctico y discursivo. En algunos ejemplos parece claro que la estructura <artículo + SAdj> mantiene una relación de dependencia anafórica con un elemento nominal anterior que permite esclarecer el contenido léxico del núcleo nominal elidido y que explica las características morfológicas de los adyacentes explícitos de dicho núcleo elíptico. La oración citada por Brucart (* *La hija de María tiene mejor carácter que el de Antonia*) ejemplifica este contexto sintáctico-discursivo a la perfección: la elipsis aparece en enunciados u oraciones con una organización interna en paralelo.

En otras ocasiones, en cambio, el artículo actúa claramente como sustantivador, pues no se encuentra ningún sustantivo en el discurso circundante que permita recuperar un supuesto núcleo nominal elíptico. No me refiero únicamente al empleo del sustantivo neutro *lo*, pues también sus variantes femeninas y masculinas pueden coaparecer con unidades adjetivales sin antecedente nominal. Así sucede en adjetivos y secuencias equivalentes nominalizados (*los rojos, las mayúsculas, los de derechas*), que actúan como expresiones fijas, lexicalizadas; o en oraciones de relativo sin antecedente (las llamadas relativas semilibres).

En el caso del artículo precedente al infinitivo (*el saber*), en ningún caso puede

hablarse de elipsis, ni tampoco cuando antecede a un adverbio (*el ayer*).

Finalmente, cuando el artículo introduce una oración completiva con *que*, es preferible no proponer una elipsis gramatical, pues son fenómenos de elipsis léxica que están en vías de gramaticalizarse como construcciones completivas factitivas (*el hecho de que*) o cuantitativas (*la cantidad de*).

3.4.2.2. LOS DEMOSTRATIVOS

El artículo definido español procede del demostrativo latino *ille, illa, illud*, de donde también procede el pronombre personal de tercera persona. Esta serie del demostrativo latino, a la que se adhiere la partícula de refuerzo *ac*, también dio lugar a otros demostrativos del español, *aquel, aquella, aquello*. Asimismo, las otras dos series deícticas de los demostrativos españoles, *este, esta, esto* y *ese, esa, eso*, tienen de nuevo su origen en las formas demostrativas del latín *iste, ista, istud* y del enfático *ipse, ipsa, ipsum*. La relación etimológica entre artículo y demostrativo explica algunas de sus características comunes¹⁹⁹.

Los demostrativos e indefinidos se acogen generalmente a las mismas pautas de correferencia que el artículo definido (RAE 2009: 1124), pero, a nuestro juicio, los procedimientos de elipsis no siguen las mismas condiciones. Lo dicho sobre el artículo, las restricciones de su empleo en estructuras de elipsis nominal, no es aplicable a los demás determinantes, especialmente demostrativos e indefinidos, debido a que estos son tónicos y

¹⁹⁹ Un resumen de la evolución del sistema de demostrativos latinos al sistema español puede consultarse en Penny (1993: 144-146), González Rolán (2007).

pueden ser sintácticamente independientes y aparecer en la oración sin ningún otro adyacente; y, al contrario que el artículo, también pueden ir seguidos de complementos explicativos (no restrictivos) y de SSPP con preposiciones diferentes a *de*:

- *Este / Aquel, que me ha gustado,...*

- *Este / Aquel con crema* (Leonetti 1999: 823).

Tradicionalmente, los determinantes se han clasificado según la clase sintáctica a la que pertenecen. Se trata de una clasificación controvertida, en primer lugar, por la distinción entre determinantes y adjetivos: en ejemplos como *este libro, aquella idea*, algunos gramáticos hablan de determinantes y otros de adjetivos; son adjetivos desde el punto de vista morfológico, por sus rasgos de género y número y la concordancia con el sustantivo, pero en el plano sintáctico y semántico son distintos de los adjetivos léxicos. Por eso, según la RAE (2009: 1269-1335), están más cerca de los artículos que de los adjetivos (como los primeros, convierten los sustantivos en expresiones referenciales). La clasificación de estas palabras es también problemática por una segunda razón: algunos autores consideran que los pronombres demostrativos masculino y femenino son en realidad determinantes de un núcleo nominal vacío o elíptico. De nuevo la RAE (2009: 1279) se muestra partidaria de una solución intermedia:

«Los dos análisis esbozados se considerarán aquí equivalentes. El primero tiene la ventaja de que simplifica el número de unidades, ya que no obliga a duplicar las clases de palabras (es decir, a distinguir entre *este* determinante y *este* pronombre; *esa* determinante y *esa* pronombre, etc.). Presenta, en cambio, el inconveniente de que no permite proporcionar fácilmente un contenido léxico para el núcleo nominal tácito que seguiría a ciertos determinantes, como a *aquel* en el texto siguiente: *Todo aquel que sea amante del*

pasado [...] no puede dejar de visitar una muestra tan atractiva y plena de interés histórico (ABC Cultural 22/11/1991)».

Por consiguiente, la RAE prefiere la «opción simplificadora, pero también se acepta la otra como equivalente» (2009: 1279) y así admite que los demostrativos masculino y femenino de un grupo nominal sin núcleo formalizado puedan seguir interpretándose como pronombres.

El análisis del artículo en aquellas construcciones sin núcleo nominal expreso se relaciona estrechamente con la interpretación adjetival o pronominal de los determinantes en los SSNN caracterizados como elípticos. Señala Leonetti (1999) que el carácter clítico del artículo hace necesaria la presencia de algún complemento que le sirva de apoyo fónico. En esto contrasta con los demostrativos y casi todos los cuantificadores, que pueden aparecer solos y funcionar con independencia (usos pronominales).

Álvarez Martínez (1986) trata el análisis de la construcción <demostrativo+adjetivo> (*Me gustaron dos camisas, pero al final solo me compré esta blanca*). Admite dos posibles interpretaciones: el demostrativo es núcleo y el adjetivo es su adyacente, o bien el adjetivo, gracias a la transposición realizada por el demostrativo, funciona como núcleo del SN y está determinado por el demostrativo. Esta segunda opción no le parece viable, ya que la variante adjetiva de otros determinantes —como los indefinidos— no puede usarse antecediendo a un adjetivo: **Se recibió algún dibujado* (no pueden formar un SN unitario; la forma adjetiva *algún* no puede combinarse con un adjetivo, tiene que usarse la variante pronominal *alguno*, por lo que el adjetivo sería su adyacente, no el núcleo sustantivado).

Autores de influyentes opiniones en nuestra gramática, como Alarcos (1994: 88-92), han entendido que estas unidades pertenecen a una única categoría, la de los adjetivos,

formando un paradigma único que comparte con el resto de miembros de la categoría la capacidad de participar en procesos de sustantivación, con la salvedad de que su especial contenido semántico (definitud y deixis) los exime de necesitar el artículo para ser transpuestos. De alguna manera, así se sigue admitiendo la doble naturaleza de los determinantes sin tener que postular también una duplicación de su paradigma.

Mientras que para Eguren (1999), el demostrativo masculino y femenino puede funcionar como determinante o como pronombre, pero el neutro solo puede ser pronombre, por el contrario, Brucart (1999b: 2856-2859) se decanta por considerar estas unidades — artículo y demás determinativos— como adyacentes del núcleo elíptico basándose, fundamentalmente, en el carácter antieconómico de la propuesta de una duplicación de categorías en el orden de los determinantes²⁰⁰. Hay que detallar, sin embargo, que este autor no se detiene a considerar el caso de las formas neutras, que no presentan la alternancia entre SN elíptico y SN pleno que sí admiten los demás géneros, puesto que no es posible insertar un sustantivo neutro que rellene el supuesto hueco elíptico.

Rigau (1999: 359-360) dedica un pequeño apartado a la elipsis en este trabajo sobre los modificadores del sustantivo. Esta autora analiza los sintagmas nominales sin núcleo como fenómenos elípticos tanto en el caso del artículo y del demostrativo como de los demás determinantes:

a) *La catedral de Managua y la de León.*

²⁰⁰ Leonetti (1999: 818-823), en este trabajo monográfico sobre el artículo, es partidario también de la elipsis del núcleo del SN.

b) *Chaqueta, cómprate una de lana.*

c) *Esta de color azul.*

d) *El de los mineros es un oficio peligroso.*

Se observa en estas oraciones que estos SSNN sin núcleo nominal también aceptan usos deícticos (c) y usos catafóricos (d). Aunque acepte la condición de estructuras elípticas de estos ejemplos, Rigau (1999: 328) sostiene que se trata de usos pronominales de los demostrativos, entendiendo que se trata de pronombres «en el sentido de que no requiere complemento».

Por último, Gallego (2011) recoge las argumentaciones de Brucart (1999b) y Bosque (1989) para defender la elipsis en estas construcciones y apostar por la simplificación del paradigma de los determinantes y cuantificadores aceptando su categorización como adjetivos, aunque en su razonamiento —igual que Brucart (1999b)— no tiene en cuenta el caso de las formas neutras.

Todas estas controversias de orden teórico, aún vigentes y no solucionadas, deben ser superadas a la hora de intentar llevar a cabo un análisis práctico. Por ello, aunque existen argumentos poderosos para apoyar la existencia de un SN elíptico modificado por los demostrativos y otros cuantificadores, en mi examen seguiremos considerando que esta clase de palabras gramaticales ostenta una doble categorización sintáctica y, por tanto, que en sus usos pronominales no se requiere un núcleo elíptico que justifique la estructura sintáctica del SN ni la relación fórica con el antecedente, en tanto asumimos que el demostrativo o el cuantificador desempeñan la función de núcleo y contienen en su significado gramatical la noción de foricidad necesaria para señalar a su antecedente.

No parece aceptable postular un valor fórico al demostrativo cuando aparece en

posición pospuesta al sustantivo. En este caso, ni siquiera hay consenso sobre su estatus categorial. No es determinante, pero tampoco es adjetivo restrictivo, pues modifica a todo el grupo nominal y no solo al sustantivo:

- *Yo quería que nos fuéramos de la casa esta vieja y de madera.*

- *¿Se acuerda, compañero Rodríguez, del cuchillo cocinero ese?*

Para algunos gramáticos, en esta posición el demostrativo mantiene con el resto del grupo nominal una relación apositiva especificativa equiparable a la de *mi amigo Justo*, por lo que la segmentación estructural sería *[la gente] [esta]* y no *[la] [gente esta]*. La función del demostrativo parece aquí la misma de un pronombre, pero esta explicación tampoco convence a todos los gramáticos (cf. RAE 2009: 1306).

En la evolución del sistema de demostrativos del español, pueden señalarse algunos hitos de interés para mi estudio. En primer lugar, dentro del paradigma de los demostrativos, el español medieval incluía las formas enfáticas *aqueste* y *aquese*, que siguieron usándose durante el reinado de los Reyes Católicos, aunque su empleo es ya muy reducido en la *Celestina* (Girón Alconchel 2004: 864)²⁰¹.

²⁰¹ En *Siervo* hay seis ocurrencias:

- *Profundo río Archirón, que es el apartamiento de aquesta vida.*
- *Las ligeras ánimas, syn los graues cuerpos, de aquesta a la otra vida.*
- *Respondió en aquestas palabras, con arrebatado furor.*
- *E diziendo aquestas palabras en esquivo clamor.*
- *Del grand Rey d[e] España venían en prueba de aquesta aventura.*

La combinación <demostrativo + posesivo> (*este su amigo*) era habitual hasta el siglo XVIII y hoy se considera arcaica. También era posible en el español antiguo la secuencia <artículo + posesivo> (*la mi casa*), totalmente desterrada de las variedades actuales del español.

3.4.2.3. OTROS DETERMINANTES DEL SINTAGMA NOMINAL

3.4.2.3.1. Los cuantificadores

Los cuantificadores pueden clasificarse en dos grandes grupos (Rigau 1999): los universales o fuertes, que se refieren al total de miembros de la clase mencionada por el sustantivo al que modifican, y los no universales o débiles, que no se refieren a la totalidad de entidades del grupo expresado por el sustantivo. En el primer grupo están *ningún, todo, cada, sendos o ambos* mientras que *un* (que puede actuar como cuantificador o como artículo indeterminado), *algún, bastantes, mucho, poco, demasiado, otro, varios, cualquiera, más, menos, tanto*²⁰² y los numerales (cardinales y ordinales) pertenecen al

- *Donzellas de aquella deuisa, repartydas por aquesta fygura.*

En *Triunfo*, otras cinco:

- *La reina Dido sacó una bordadura de aquestas letras.*

- *Yo alegre y contento quiero aquesta liviana pena que vosotros queréis.*

- *Y dexar a todos los bivos tan libres de aquesta pasión, que no aya quien ame.*

- *Y no penséis que aquestos fuesen sayones o pregoneros.*

- *Si alguna pena de aqueste morir se me sigue.*

En *Cárcel* no hay ningún caso.

²⁰² El empleo de los comparativos en estructuras elípticas recibe un tratamiento más prolijo en la sección dedicada a la elipsis verbal, puesto que se trata de los modificadores propios de las oraciones comparativas,

grupo de los no universales o débiles. Casi todos estos cuantificadores pueden ser utilizados en SSNN sin núcleo nominal explícito bajo las condiciones discursivas ya mencionadas para el artículo definido: debe haber un nombre recuperable a partir del contexto gracias a una relación anafórica. Pero, a diferencia de lo que sucede con el artículo definido, estos cuantificadores, debido a su tonicidad, pueden aparecer en solitario en su SN, sin que haya otro complemento adyacente en su sintagma: *Marta compró muchas novelas, pero solo leyó dos / algunas.*

No todos los cuantificadores admiten un uso pronominal, como sucede con los distributivos *sendos* o *cada*, excepto en construcciones un tanto fijas o inmovilizadas como *dos litros de cada*, en las que no es necesario que exista un antecedente contextual para poder sobreentender *dos litros de cada clase / tipo* (Rigau 1999: 333). *Ambos* podía usarse en el español antiguo acompañado de un pronombre tónico plural o de un SN definido, como en *ambos ellos* o *ambas las cosas* (Rigau 1999: 334). Pero cuando funciona como pronombre, se observa con claridad que es imposible proponer un sustantivo elíptico: *Juan y Pedro no pudieron asistir a la fiesta; ?ambos Ø [¿chicos / estudiantes...?] estaban castigados por sus padres.*

A finales del siglo XV y principios del XVI tiene lugar la reestructuración del sistema de los indefinidos existenciales. Desde finales del siglo XV aumenta notablemente la frecuencia de *nadie* para expresar inexistencia personal en detrimento de *ninguno*, fenómeno que también se da entre el par *alguien-alguno* para expresar existencia personal

aunque puedan aparecer como meros cuantificadores: *Antonio compró solo un libro, pero María compró más.*

indeterminada, aunque con menor intensidad. El pronombre indefinido negativo de cosa conocía durante la Edad Media diversas manifestaciones: *nada, cosa, ninguna cosa, cosa alguna, algo*; la primera de ellas será la que se imponga desde finales del siglo XV. En la primera mitad del XVI, el pronombre indefinido de persona *hombre* —y sus variantes *ombre, ome*— empieza a caer en desuso, siendo sustituido por *uno*. Estos cambios coinciden con la desaparición de *otri(e)* para expresar alteridad personal y *ál* para alteridad de cosa (ya a principios del siglo XVI se consideraban un arcaísmo), que se usaban además en locuciones como *lo ál* ('lo otro') y correlaciones como *lo uno... lo ál*. Aunque a finales del XV y principios del XVI su uso se sienta como arcaico, aún se pueden encontrar ejemplos hasta incluso principios del XVII²⁰³ (Eberenz 2004: 617, Girón Alconchel 2004: 864-865).

Los cuantificadores que no implican una relación anafórica no pueden encabezar grupos nominales sin sustantivo núcleo, como sucede con *cierto, cada, todo* ni *sendos*: * *Cierta noche de junio* y *cierta Ø de julio* (RAE 2009: 1124)²⁰⁴. *Demasiado*, que empezó a

²⁰³ En *Triunfo* no hay ejemplos. En *Siervo*, un ejemplo:

- *Ca de mi al no sentía, saluo que la grand hermosura.*

En *Cárcel* se cuenta también un solo ejemplo:

- *Assí que por ser della favorecido y no por ál lo pensé.*

²⁰⁴ Este podría ser otro argumento a favor del estatus pronominal de los cuantificadores y determinantes: si la elipsis es un proceso que implica anáfora, ¿por qué su función anafórica no es suficiente para permitir este uso en cuantificadores como *cierto, cada, todo* o *sendos*? En el ejemplo citado (* *Cierta noche de junio* y *cierta Ø de julio*) parecen cumplirse los requisitos propuestos para legitimar la elipsis (paralelismo, recuperabilidad, información conocida / nueva...), pero aún así no es admisible. A esto se puede añadir que algunos cuantificadores también se usan como adverbios, formando, por tanto, una clase gramatical de tres categorías (adjetiva, nominal y adverbial).

usarse como adjetivo desde el siglo XV, adquiere la función adverbial de circunstancial del verbo a partir del XVI.

3.4.2.3.2. Los relativos, interrogativos y exclamativos

En época de Nebrija se fija el relativo compuesto *el cual*, que desde entonces no puede usarse sin el artículo determinado porque este «se había gramaticalizado como un afijo flexivo en esta forma innovadora» (Girón Alconchel 2004: 871), aunque no sucede igual con la secuencia <artículo + *que*>, no reconocida como relativo compuesto hasta Bello, aun cuando en la actualidad se siga debatiendo en torno a la función del artículo en estas secuencias. *Quien* puede referir a antecedentes de persona y de cosa hasta el siglo XVII aproximadamente, pero siempre se utiliza como pronombre, sin posibilidad de que acompañe a un sustantivo.

En cuanto a los exclamativos e interrogativos *qué* y *cuánto/-a/-os/-as*, como sucede con la mayoría de determinantes, pueden aparecer ya como modificadores de un SN, ya como unidades autónomas, referidas o no a un sustantivo antecedente. El interrogativo *cuál* / *cuáles* aparece siempre —al menos en las variedades peninsulares estándares del español actual— como pronombre, es decir, sin un sustantivo expreso, aunque mantenga una relación de dependencia fórica con algún SN presente en el contexto verbal. Pero no era así en el español antiguo, en el que *cuál* podía desempeñar el papel de determinante del sustantivo (como se puede observar en el corpus de este trabajo).

3.4.2.3.3. Los posesivos

Como ocurre con los demás cuantificadores, no hay acuerdo sobre la existencia de elipsis nominal cuando el posesivo es prenominal (RAE 2009: 1124, 1352-1353). El carácter átono de los posesivos prenominales no explica por qué no aceptan concurrir en un SN sin núcleo explícito a menos que el artículo les anteceda, ya que los posesivos

prenominales de 1ª persona plural (*nuestro, vuestro...*) son tónicos y se avienen a la misma restricción:

- * *Tu libro de filosofía y mi Ø de historia.*
- * *Nuestros libros de filosofía y vuestros Ø de historia.* (RAE 2009: 1124).
- *Tu libro de filosofía y el Ø mío de historia.*
- *Nuestros libros de filosofía y los Ø vuestros de historia.*

Se observa que los posesivos posnominales sí pueden usarse en SSNN sin núcleo expreso, pero únicamente si también es formalizado algún determinante (no solo el artículo definido). Estos ejemplos contrastan con lo que sucede en las oraciones atributivas como *Ese libro es mío*, donde el posesivo no necesita un artículo que lo preceda, el cual, por otro lado, cambia el significado del SN en que aparece: *Ese libro es el mío* expresa identificación, mientras que en la oración precedente el posesivo sin artículo expresa mera propiedad.

Puede que la explicación del diferente comportamiento de los posesivos frente a otros determinantes esté en el contenido de persona que transmiten. En todo caso, a falta de un análisis satisfactorio, proponer un sustantivo elíptico en estas construcciones no parece la opción más cauta.

Para terminar, es interesante una última consideración diacrónica en torno al uso del artículo antepositivo porque los textos que se analizan en este trabajo se encuadran entre 1440 y 1492. Como ya anticipábamos un poco antes, en el español preclásico se eliminó la opción del artículo antepositivo; según Eberenz (2004: 617), es posible que desapareciera ya de la variedad hablada en el siglo XIV, mientras que su desaparición de la lengua escrita

no se consumó hasta después de 1450 aproximadamente.

3.4.2.4. CONCLUSIONES RESPECTO A LA ELIPSIS DEL NÚCLEO NOMINAL

Para resumir este apartado, en primer lugar hay que insistir en el comportamiento especial del artículo frente a otros determinantes: el artículo puede determinar a un sustantivo elíptico solo cuando otro modificador restrictivo del núcleo coaparezca en el sintagma, pero este requisito no es obligatorio con otro tipo de determinantes debido a su tonicidad, que les permite desempeñar funciones de pronombre (o incluso adverbios, según el tipo) y poseer autonomía sintáctica. Si sumamos esta independencia estructural al contenido anafórico que incluye el significado gramatical de los demostrativos y gran parte de los demás cuantificadores, no parece necesario hablar de elipsis de núcleos sustantivos. Admitida la categorización de los demostrativos y la mayor parte de los cuantificadores como pronombres cuando no determinan a un sustantivo, no sucede lo mismo con otros cuantificadores, como *cada*, pues no pueden comparecer en SSNN sin núcleo porque no expresan relación de foricidad y, por tanto, son siempre adjetivos determinativos.

3.5. RESUMEN DE LOS TIPOS DE ELIPSIS ANALIZADOS

A modo de síntesis se incluye una tabla con los tipos de elipsis que se tendrán en cuenta en el análisis del corpus:

ELIPSIS VERBAL	ELIPSIS NOMINAL	
1. Vaciado 2. Reducción de SSVV coordinados	1. Elipsis del sujeto del verbo no personal	1. 1. Del sujeto del infinitivo
		1. 2. Del sujeto del gerundio
		1. 3. Del sujeto del participio

3. Elisión del SV con partícula de polaridad	2. Elipsis del núcleo del SN
4. Anáfora de complemento nulo	
5. Truncamiento	

CAPÍTULO 4. LA ELIPSIS GRAMATICAL EN *SIERVO LIBRE DE AMOR*

Esta obra de Juan Rodríguez del Padrón nos ha llegado en un único manuscrito incompleto de finales del siglo XV²⁰⁵. Existen seis ediciones críticas de *Siervo libre de amor*: la realizada por Manuel Murguía en 1862; la de Antonio Paz y Melia en 1884; la edición hecha por Francisco Serrano Puente y prologada por Antonio Prieto, de 1976; la de César Hernández Alonso en 1982; la edición bilingüe (español-italiano) de Carla de Nigris, publicada en 1999²⁰⁶; la realizada por Rafael Herrera Guillén para la Biblioteca Saavedra Fajardo en 2004 y la contenida en la tesis de Enric Dolz i Ferrer, también de 2004. Para la transcripción del texto hemos utilizado la edición de Serrano, aunque también hemos manejado las ediciones de Hernández Alonso y Dolz i Ferrer, especialmente cuando la puntuación de la primera nos resultaba contraria al sentido del texto o lo oscurecía²⁰⁷. El problema de la puntuación es fundamental para la comprensión del texto y afecta de manera significativa a nuestro análisis, basado en la sintaxis y el sentido textual, que son el punto de partida para la comprensión de los procesos de elipsis gramatical, ya que influyen en aspectos como la identificación del antecedente o la capacidad cohesiva de la elipsis.

²⁰⁵ Ms. 6052 de la Biblioteca Nacional de Madrid. Para una descripción del documento, v. Dolz i Ferrer (2004: 312 y ss.).

²⁰⁶ Aunque no nos ha sido posible consultar esta edición, los comentarios de Dolz i Ferrer (2004) sobre la libertad con que se aparta del manuscrito original en aras de hacer más comprensible el sentido nos hace pensar que no es la edición más adecuada para un estudio lingüístico formal como este —basado en la sintaxis y las relaciones fóricas entre las diferentes partes de un texto— y que la consulta de las ediciones de Serrano Puente, Hernández Alonso y Dolz i Ferrer permiten una lectura más fiel a la intención del autor.

²⁰⁷ También se han considerado las ediciones recogidas en *ADMYTE*, tanto para el caso de *Siervo libre de amor* como para *Cárcel de amor* y *Triunfo de amor*.

En otro orden de cosas, hemos creído conveniente dejar fuera del análisis las poesías que se intercalan en *Siervo*, puesto que este trabajo se centra en la prosa literaria del siglo XV ejemplificada en las novelas sentimentales.

4.1. ELIPSIS VERBAL EN SIERVO LIBRE DE AMOR

4.1.1. VACIADO

Se han localizado 15 casos de vaciado verbal en *Siervo libre de amor* en cuatro tipos de construcciones oracionales diferentes²⁰⁸:

Coordinadas copulativas	6
Comparativas	1
Relativas modales	1
Yuxtapuestas	7
TOTAL	15

Del (1) al (6) encontramos vaciados que se producen en oraciones coordinadas copulativas:

²⁰⁸ No refiero la edición impresa de donde proceden los ejemplos porque se pueden consultar en la edición digitalizada que acompaña la tesis realizando una simple búsqueda automática. Además, gracias al programa *Simple Concordance Program* se pueden extraer todos los ejemplos asociados a un mismo fenómeno de elipsis, siendo de nuevo innecesaria la consulta de las ediciones impresas.

(1) *E asy vergonçado [...] escriuo a ty, cuyo ruego es mandamiento, e plegaria Ø disciplina a mi no poderoso de ty fuyr.*

(2) *Porque el más digno de los dos contrarios más claro viniese en vista del otro, e por consiguiente la dignitat suya Ø en grand despreçio y menoscabo de mí.*

(3) *Que la furia de aquel no te sea merçed, y merçed Ø dolor perdurable.*

(4) *Entre los enemigos ha de ser breue la fabla y luenga Ø la enemistat.*

(5) *E toda la corte fue luego contristada, e más Ø la señora Infante, prisionera y presa.*

(6) *E convenía al aventurero ser fuerte y leal en el primer grado; e tocar al segundo por comparatyuo; e dende Ø al terçero por superlativo.*

De ellos, los ejemplos (1), (2), (3), (4) y (6) presentan el vaciado del núcleo del predicado, sin que el hueco incluya a ningún otro componente oracional.

El ejemplo (5) parece dudoso en cuanto si se produce vaciado o elisión con partícula de polaridad: *e más* puede funcionar como un adverbio intensificador, con una función similar a la de una partícula de polaridad positiva; pero es más simple su análisis como adverbio de cantidad que funciona como resto del vaciado, que en esta ocasión solo afecta al verbo.

La estructura oracional de (6) se configura como una coordinación de tres sujetos de naturaleza oracional; en ellos, el infinitivo funciona como núcleo predicativo y está acompañado de varios complementos. Solo en el tercer sujeto es válida la elipsis, en este caso, del infinitivo *tocar* que rige el resto de constituyentes. En ningún caso es necesario suponer que se repite de forma elíptica el verbo rector al comienzo de cada sujeto coordinado.

El ejemplo (7) representa el único caso localizado en *Siervo* de vaciado en construcción comparativa, en concreto en construcción comparativa de igualdad:

(7) *Esta vía de no amar ni ser amado no es tan seguida como la espaçiosa de amar bien y ser amado, ni como la deçiente de bien amar syn ser amado Ø.*

En ella, la coda comparativa está compuesta por dos sujetos coordinados por el nexo copulativo *ni*.

La oración (8) ejemplifica las construcciones pseudocomparativas que se estudiaron en el apartado 3.3.1.1.:

(8) *Ley es y buena justiçia quel empeçiente sola muera vna vez, como el ynoçente Ø.*

Por el sentido global del enunciado, no parece que se trate de una comparativa de igualdad, sino de una construcción circunstancial o una relativa modal.

Los ejemplos (9), (10), (11) y (12) ilustran el vaciado en oraciones yuxtapuestas de valor copulativo:

(9) *Puesto al revés la empresa de los tres bastidores, por medio dellos Ø la espada sangrienta.*

(10) *E grandes príncipes affricanos, de Asya y Europa, reyes, duques, condes [...] venían en prueba de aquesta aventura: los caualleros Ø, desseando auer gloria de gentileza, fortaleza y de lealtat; las damas Ø, de fé y lealtat, gentileza y grand fermosura.*

(11) *Preguntava a los montañeros, e burlavan de mí; Ø a los fyeros saluajes, y no me respondían; Ø a los auseles que dulçemente cantavan, e luego, entravan en silençio.*

(12) *Según dize el philósopho, el punto Ø vna hora, la hora Ø vn día, el día vn año me pareçía.*

Podría objetarse que el ejemplo (9) no supone ningún tipo de elipsis y que se trata, más bien, de una cláusula absoluta, pero por su paralelismo con la primera cláusula de participio, parece que estamos ante una elipsis del participio en el segundo miembro. El ejemplo (10) tiene interés porque el segundo vaciado parece abarcar más constituyentes que el primero: si en el primer vaciado el hueco es *venían*, en el segundo es *venían desseando auer gloria*. Otro aspecto a remarcar es la concatenación de dos vaciados, que se produce en los ejemplos (10), (11) y (12). En este último sobresale además la relación catafórica en que se sustenta la elipsis, la cual está restringida en el caso del vaciado, como se ha señalado en el apartado 3.3.1. Pero muchas veces la expresividad o las tendencias estilísticas de un periodo o de un género trastocan las normas sintácticas, como parece

suceder aquí, donde el latinismo que favorece la posición final del verbo es el que origina la catáfora.

Una de las exigencias estructurales del vaciado es la organización paralela de los constituyentes del miembro oracional vaciado y del que contiene su antecedente, de manera que la elipsis de los constituyentes ya mencionados en la primera oración permite poner de realce los constituyentes explícitos —que introducen la nueva información— de la oración vaciada y contraponerlos a sus correlatos en la oración anterior. Más adelante veremos que tanto en *Cárcel de amor* como en *Triunfo* es frecuente que estos efectos del vaciado se potencien mediante el recurso a la antítesis, a la contraposición léxico-semántica entre los elementos explícitos de la primera y la segunda oración. En los ejemplos de *Siervo* no encontramos esta antítesis más que en (4) entre los adjetivos *breue* y *luenga*, y en (12) entre los sustantivos *empeçiente* e *inoçente*. El autor se inclina asimismo por otros recursos léxicos como la concatenación de los miembros oracionales mediante la repetición total de un SN —como en (3) y (12)—; otras veces no parece que la oración vaciada aporte ninguna información nueva, siendo simplemente una repetición de la oración precedente —obsérvese la práctica sinonimia de (1) entre los SSNN *ruego* y *plegaria*, y *mandamiento* y *disciplina*—; y otras, no hay ni contraste ni equivalencia semántica, sino que las oraciones coordinadas con vaciado se suceden para dar forma a una enumeración gradativa —visible en los predicados *se burlavan*, *no me respondían* y *entravan en silençio* del ejemplo (11). En definitiva, a pesar de que el vaciado no sea muy usado en *Siervo libre de amor*, puede decirse que en él no se produce el paralelismo léxico-semántico tan acusado que veremos después en *Cárcel* y *Triunfo de amor*.

4.1.2. REDUCCIÓN DE SSVV COORDINADOS

Se han contabilizado 4 ejemplos de este tipo de elipsis verbal, principalmente en

oraciones coordinadas (3 casos), de acuerdo con el contexto sintáctico prototípico que se señaló en el apartado 3.3.2:

- (13) *Cuya vista rreçibe en el logar de la mía, e Ø el seso de aquella en logar de my postrymera fabla.*
- (14) *Dando sus oydos a la triste embaxada, e la vista Ø con el sentido a la amargosa epístola.*
- (15) *E ninguno passava al primer aloje [...] syn ser conquistador y leal amador; e no syn menos afán, Ø al segundo albergue.*

Pero también se produce la reducción en SSVV yuxtapuestos, como en (16):

- (16) *¡E deviérasgelo estrañar, y no consentyr; Ø desuiar, y no dar en consejo!*

Donde el SV *estrañar, y no consentir* se yuxtapone al SV *desuiar, y no dar en consejo*. En cada uno de estos SSVV encontramos un sintagma correctivo (*y no consentir, y no dar en consejo*) que afecta al infinitivo que funciona como complemento o base léxica de la perífrasis con *deber*. Por otro lado, la elipsis de los CCDD de estos sintagmas presenta la peculiaridad de no recurrir a los clíticos correspondientes, comportamiento que se repite en otros ejemplos, donde una perífrasis modal contiene varios infinitivos coordinados pero sus clíticos se adhieren al auxiliar sin que se repitan en los siguientes infinitivos²⁰⁹. Se mencionó en el apartado anterior que se dan casos en que la elipsis verbal se produce entre oraciones que no suponen más que una paráfrasis la una de la otra, una repetición al servicio de la *amplificatio* retórica característica del género sentimental; en (16) podemos ver de nuevo este procedimiento urdido por la casi equivalencia entre los constituyentes explícitos de las oraciones yuxtapuestas.

²⁰⁹ Dado que hemos descartado incluir en el estudio la elipsis del CD y del CI, este comentario tiene una función meramente testimonial.

4.1.3. ELISIÓN DEL SV CON PARTÍCULA DE POLARIDAD

Al igual que hemos visto en los anteriores tipos de elipsis verbal, los ejemplos son de nuevo muy escasos, apenas dos ocurrencias:

(17) *E luego, después de la salua, vyno en demanda de mis aventuras; e yo esso mesmo Ø en recuenta de aquéllas.*

(18) *Plansera fue Liessa, y también Lamidoras Ø, por el barrunto de la caça que mostrauan los ventores.*

En la catalización del verbo de (17) es necesario modificar la persona del verbo para hacerla concordar con el sujeto de 1ª p. sg. Pero lo más llamativo es el uso de la expresión identificativa *esso mesmo*. Eberenz (1994: 10) lo considera una expresión nominal que se ha lexicalizado como adverbio y que «expresa similitud, el hecho de que la oración introducida por él ofrece una información en algún punto idéntica a la que precede. Respecto a sus funciones sintácticas, prevalece la de adjunto. Así, cuando *eso mismo* focaliza un adjetivo, un sustantivo o un verbo, opera como equivalente del actual *también*». Por tanto, es legítimo agrupar este ejemplo junto a los fenómenos de elisión del SV con partícula de polaridad, en los que adverbios como *sí*, *no*, *también* y *tampoco* son los que originan la elisión.

En (18) el aspecto más peculiar es la anteposición del miembro oracional con elipsis, que, como un inciso, antecede al complemento de causa de la oración sin elipsis.

4.1.4. ANÁFORA DE COMPLEMENTO NULO

Hay solo dos ejemplos de anáfora de complemento nulo, uno de ellos propiciado por el empleo del verbo modal *poder*:

(19) *¿[...] Que por ty muriendo saluo sería, e syn ty biuiendo solo vn día desseando morir no podría Ø?*

Como es habitual en la prosa del cuatrocientos y más si cabe en el género

sentimental, la alteración del orden de los constituyentes, con el habitual desplazamiento del verbo a la posición final de la oración, podría suscitar dudas respecto a si realmente se produce la anáfora y el infinitivo *morir* —analizado como complemento del gerundio *desseando*— es el antecedente del complemento elíptico, o bien este infinitivo se ha antepuesto a su verbo regente, el modal *poder*. Si hacemos una paráfrasis recolocando los componentes de las oraciones coordinadas, esta última opción no parece válida: ‘Que muriendo por ti estaría a salvo y viviendo sin ti solo un día, aunque deseara morir, no podría Ø’. No obstante, no negamos rotundamente la aceptabilidad de una paráfrasis diferente que apoye el análisis sin anáfora: ‘Que muriendo por ti estaría a salvo y viviendo sin ti solo un día, aunque [lo] deseara, no podría morir’²¹⁰. Aunque el sentido del enunciado no varíe, la configuración sintáctica es ciertamente distinta y afecta de forma directa a la consideración de la elipsis. El orden de los constituyentes oracionales y su segmentación —fijada muchas veces por las pausas obligadas de la puntuación— son aspectos que indican de modo trascendental en el análisis de las modalidades de elipsis, y así se observa en este ejemplo de *Siervo*, donde es precisamente la ausencia de puntuación la que crea la ambigüedad sobre el nivel oracional en el que funciona el infinitivo *morir*.

(20) *Otorgas que muera: bien me plaze Ø, mas de tu mano que de persona biua.*

Este segundo ejemplo es bastante más evidente; en él, la anáfora de complemento nulo permite elidir el sujeto de *plaze*, que se corresponde con la oración completiva del verbo *otorgas*. Hemos dicho que la elipsis afecta al sujeto del verbo, y no al complemento:

²¹⁰ En nuestra opinión, esta paráfrasis requiere la presencia del clítico catafórico *lo* y sería, por tanto, poco fiel al texto original, por eso se ha preferido la primera lectura del enunciado, con anáfora de complemento nulo.

aun cuando este tipo de elipsis suela darse en el complemento de verbos transitivos y en el complemento preposicional regido, parece admisible que en los verbos obligatoriamente pronominales (como *gustar, encantar, doler...*), en los que el sujeto tiene cualidades un tanto atípicas para tal categoría funcional (es frecuente su valor proposicional, normalmente se pospone al verbo...), pueda suponerse que estamos ante un proceso de elipsis verbal equivalente a la anáfora de complemento nulo y no ante la simple ausencia del sujeto.

Antes de concluir este apartado, es interesante incluir unas breves observaciones sobre algunos ejemplos²¹¹ dudosos en cuanto a la presencia de verbos elípticos y sobre otros que, a pesar de no contener elipsis verbal alguna, pueden servir de punto de comparación para otros ejemplos similares donde la elipsis sí se produce.

(a) *Farás de mí encomien(z)[d]a al lleno de themor Periteo, que deçendiendo en el tenebroso reyno de Pluton en rovo de su muger Proserpyna, que mucho amaua, fue condenado a siempre tener vna grandíssyma roca que está sobre su cabeça ya, ya por caher. Otrosy al cargado de peso Çésifo; al viejo hambriento Tántaro, muerto de sed; al priuado de la vista Fyneo, perseguido de las crueles Arpías; a las hijas de Danao, griego, condenadas [a] secar la laguna infernal con vanos açetres que no trahen suelo; a las hyjas de Cadyno.*

No hay elipsis verbal en este fragmento pues se trata de una enumeración asindética, una yuxtaposición de complementos indirectos, a pesar de la ruptura de la estructura

²¹¹ Los ejemplos con elipsis se han marcado con numeración; para los ejemplos dudosos o los que no presentan ningún caso de elipsis se han listado alfabéticamente.

sintáctica general producida por la intercalación de varias aposiciones y oraciones explicativas. Esta estructura general puede simplificarse así: ‘Harás de mí encomienda a X, a Y, a Z...’.

(b) *A las hyjas de Cadyno, rey, acompañadas de las tres furias, Thesyfone y Aleto y Megera, que por mandado de Minus y Radamante, lugarteniente del alto Pluton, prinçipe de los nueve çercos, donde purgan las ánimas sus graues delitos, por medio de los quales es la derecha vía a los campos Ylíasos. Se oyó bien cierto que antes del quarto çerco donde penan los que mueren por bien amar, te será vedado el paso.*

La oración (b) *que por mandado de Minus y Radamante* parece una oración subordinada relativa, pero ¿dónde está su núcleo? No parece haber elipsis verbal, ya que no hay verbo en el contexto que pueda servir de antecedente, además de que este tipo de oraciones no admiten la elipsis de su verbo. La mejor lectura de este oscuro fragmento, teniendo en cuenta su sentido y el mito al que hace referencia, es aquella que omite la conjunción o partícula *que* del análisis: las tres furias acompañan a las hijas de Cadino por mandato de Minus y Radamante, lugartenientes de Pluton, jueces que tenían que decidir cómo las almas debían expurgar sus pecados mediante los castigos infligidos por las furias.

(c) *Otorgas que muera: bien me plaze, mas de tu mano que de persona biua. A ty, por dar el señorío de mi, que de nuevo no tyenes: a mi, la lealtat, enemiga de la trayción.*

(d) *Mas el furioso rey Croes, cruel más que las fieras animalias brutas.*

En (d) interpretamos que estamos ante una cláusula absoluta, una aposición adjetiva, que incluye una comparación sin verbo explícito. ¿Hay elipsis del verbo *ser*? No es posible, ya que en el contexto verbal no encontramos un antecedente apropiado. Se trata más bien de una estructura predicativa sin verbo que funciona como aposición explicativa

del SN *el furioso rey Croes* y que se configura como construcción comparativa de superioridad.

(e) *Del secreto palaçio, con muchas palabras, a la hora quel tu Ardanlier falleçió el spíritu.*

(f) *De la nuestra çibdat de Colonia, reynante en nos la braua furia, a la hora que grand voluntat nos requiere de te conquistar.*

Los enunciados de (e) y (f) son despedidas con que concluyen las cartas. No tienen verbo, pero aún así no podemos hablar de elipsis por tratarse de frases formulaicas, fijadas para este género textual.

Por último, se ha preferido descartar el ejemplo siguiente:

(g) *Trayendo fiçiones, según los gentiles nobles, de dioses dañados e deesas, no porque yo sea honrrador de aquellos, mas pregonero del su grand error, y syeruo yndigno del alto Jhesús. Eficçiones, digo, al poético fyn de aprouechar y venir a ty en plazer [...].*

Como el periodo se alarga demasiado, hay que repetir el sustantivo para retomar la oración que no se ha culminado. El sustantivo *eficçiones* se repite, por tanto, debido al alargamiento producido por la inclusión de la subordinada causal. Surge entonces la duda de si se puede analizar la oración tras el punto como una mera aposición o como una yuxtaposición de un SV cuyo núcleo está elíptico, tratándose, en ese caso, de una reducción de SSVV coordinados, pues se repite el sujeto y el verbo. La paráfrasis hace preferible esta opción analítica: ‘trayendo ficciones de dioses y diosas dañados [...], ficciones para el poético fin de aprovechar y venir en placer a ti...’.

4.2. ELIPSIS NOMINAL EN SIERVO LIBRE DE AMOR

4.2.1. ELIPSIS DEL SUJETO DEL VERBO NO PERSONAL

La enorme frecuencia de este tipo de elipsis (254 ocurrencias) hace preferible que nuestros comentarios se detengan solo en los ejemplos más representativos, los más peculiares o de difícil interpretación.

4.2.1.1. ELIPSIS DEL SUJETO DEL INFINITIVO

Del total de 155 ocurrencias, 6 son catafóricas, aunque pueden proponerse objeciones a este análisis: la reiteración constante de los actantes del discurso a través de diferentes categorías gramaticales (pronombres personales rectos y oblicuos, clíticos, posesivos) y funciones sintácticas (sujeto, CD, CI, CC...) puede confundir la identificación del antecedente del constituyente elíptico. Pero en seguida analizaremos con detalle estos posibles ejemplos catafóricos. Para organizar los numerosos ejemplos de este tipo de elipsis, seguiremos las explicaciones del apartado 3.4.1.1.3.1, donde se diferencian dos estructuras generales de infinitivo con sujeto elíptico: aquellas en las que este sujeto es correferente con algún SN del predicado rector —sea argumental o no— y aquellas otras donde la correferencia se fija con el CD del verbo principal, del que el infinitivo es el PVO. Entre las primeras se distinguen a su vez los infinitivos completivos —en función de CD, ATR o SUJ— y los infinitivos que funcionan como término de un SP.

Infinitivo completivo	39 %
Infinitivo PVO del CD	10 %
Infinitivo término del SP	51 %

Entre todos los ejemplos localizados, nos detendremos, inicialmente, en aquellos que pueden considerarse casos de elipsis catafórica, (21)-(27):

(21) *Sy algún pensamiento a creer cØ me lo induzía, yo de mi me corría.*

(22) *¡O[h] mi buen señor, y qué daño fazes de tý en trocar Ø la libertat que en tu naçimiento te dio naturaleza, por tan poco plazer que demostrarte cØ quiso fortuna, syn otorgar Ø el alcance.*

(23) *Cuyo(r) pavor sy[n] más pensar cØ, forçó luego mi coraçón a dezirme Ø esta cançión.*

(24) *E quanto más fauor sentía, mayor dolor me quexava, por sentyr Ø lo que sentia en no lo poder Ø complir. E veyendo , syn más lo dezir cØ, que ninguno remediar me podía [...].*

(25) *[...]Eligiendo vn amigo discreto; el qual, syn venir en cierta sabiduría, denegóme la creençia; e desque prometyda, vino en grandes loores de mí, por saber yo amar, y sentyr yo ser amado de alta señora; amonestándome por la ley de amistad consagrada, no tardar Ø instante ni hora embiarle Ø vna de mis epístolas.*

(26) *¿Por qué asý fuera de piedat apartar cØ quisiste de la humana vida?*

(27) *E por complir cØ el mandamiento del que malo ouiera trespasar, cubierto de negro [...], toma la secreta llave.*

Cuando en estas oraciones el infinitivo actúa como CD del predicado principal, su sujeto es correferente con el del verbo regente y la catáfora se produce por la posposición de este verbo y de su sujeto explícito, como en (22), o su sujeto gramatical, como en (26). En (21), el infinitivo es término de un CPR y en los restantes, forma parte de un SP con función adverbial que se antepone al predicado principal, aunque en (23) la lectura sea ambivalente: hemos preferido entender que el sujeto de *pensar* se refiere al SN posterior *mi coraçón*. Alguna dificultad presenta también (24): el sujeto de *dezir* no puede tener antecedente anafórico porque solo podría ser el sujeto elíptico del gerundio *veyendo*, pero la teoría de la elipsis no aprueba la aceptabilidad de antecedentes elípticos. Entonces, el controlador del sujeto elíptico debe localizarse en el segmento posterior, el clítico acusativo *me*, dando lugar a la catáfora. En cualquier caso, todas estas elipsis catafóricas encuentran su explicación en la asiduidad del hipérbaton como rasgo de estilo. Por lo demás, el sujeto del infinitivo suele correferir junto a algún SN del predicado principal, sobre todo el sujeto, según la regla general.

Como ya se señaló en el apartado 3.4.1.1.3.1, en construcciones como (28) los infinitivos *fallyr* y *seguir* han de interpretarse como pasivos por el sentido de la oración; solo así se justifica la presencia de un sujeto elíptico:

(28) *Esta vía de no amar ni ser amado [...], por la qual syguen muy pocos, por ser Ø la más ligera de fallyr Ø y más graue de seguir Ø.*

La lectura pasiva se prefiere a la activa por la existencia de un agente adecuado para los infinitivos en el contexto verbal inmediato (el SN *muy pocos*). Muy próximas a estas construcciones están las de (29) y (30), donde el posible agente del infinitivo con valor pasivo se formaliza como clítico dativo del verbo copulativo regente:

(29) *Y partydos con su liçencia, que muy graue le fue de otorgar Ø.*

(30) *Avido el cogeit, que duro le fue de alcançar Ø, siguió la derecha vía.*

Si se optara por la lectura activa, los infinitivos no tendrían sujeto elíptico, sino que la acción expresada por ellos tendría una aplicación general o indeterminada, al no ofrecer el contexto un SN apropiado para desempeñar una función agentiva respecto al infinitivo. Esto sucede con frecuencia en *Siervo*, por ejemplo, en los infinitivos de (h) y (i):

(h) *Luego por todo el Ymperio, sus reynos, ducados, condados, prinçipados y tierras, mandó aclarar su contrario, capital enemigo del rey Croes de Mondoya.*

(i) *Las dos sepulturas que la señora Infante mandara obrar de quatro virtuosas piedras.*

Se da un número significativo de ejemplos donde la localización exacta del antecedente del sujeto elíptico se ve entorpecida por diversos factores. En primer lugar, puede no haber contigüidad entre los predicados del sujeto elíptico y de su antecedente; además, cabe la posibilidad de que aparezcan otros candidatos a antecedente controlador, distintos SSNN con características morfológicas y semánticas adecuadas al sujeto elíptico.

Obsérvense ejemplos como (25), donde los antecedentes referenciales de los sujetos elípticos de *amonestándome* y *tardar* y *embiar* no se expresan en el entorno textual contiguo a estas formas verbales, por eso la aclaración de sus referentes es difícil. El sujeto del gerundio es *vn amigo discreto*; el de los infinitivos es *yo*. Como se observa en el enunciado, ninguno de los antecedentes se presenta en una oración o un sintagma inmediatamente precedente al de la elipsis. También en (31) se ilustran los obstáculos que entorpecen la identificación inequívoca del antecedente del sujeto, en esta ocasión, de los infinitivos *saluar* y *guardar*, pues si la vecindad de los SSNN *pavor* y *vergüença* puede señalarlos como antecedentes —y también el sentido: ‘lo que pavor y vergüença en ninguno otorgaron revelar no menos por salvarme *ellos* de la muerte que por guardar *ellos* a la que...’—, la puntuación que separa su predicado del infinitivo parece indicar que el SP que lo contiene funciona como complemento de la oración principal (cuyo núcleo verbal es *haze*) y que, por consiguiente, el antecedente de los infinitivos es la 1ª p. sg. a la que remite el clítico *me*:

(31) *Y la instancia de tus epístolas, oy me haze escreuir Ø lo que pavor y vergüença en ningúnd otorgaron revelar Ø, no menos por saluar Ø a mí de la muerte pauorosa, que por guardar Ø la que por sóla beldat, discreción, loor y alteza, amor me mandó seguir Ø.*

Otros ejemplos similares son (32) o (33):

(32) [...] *Vn solo hijo, que más no avia, enduzido por ty rrobar Ø a mi, su padre, e fuyr Ø a las glotas e concauidades de los montes, por más acreçentarme Ø la pena!*

(33) *La antigua dueña, cubyerta de duelo, era a la po(m)pa en alto estrado, del triste color de sus vestiduras, ordenando sus hijas en esta reguarda: dos, a las buidas diestra y siniestra; e dos que guardavan el castil dauante, e las otras dos el alcaçar de proa, e vna a la gabia, a la mayor alteza, comendando a las otras compañías, por no fazer Ø muestra que todas fuesen so sotacubierta.*

Por último, en (34) el controlador del sujeto elíptico del infinitivo *venir* es *sotiles*

geométricos, aunque la conjunción *e* desorienta el análisis sintáctico; su presencia se debe casi con seguridad a la longitud del periodo oracional, en el que la contigüidad SUJ-V se rompe por la inserción de varias construcciones apositivas²¹²:

(34) *E en la mayor soledat hyzo venir Ø de la antyga çibdat Venera, que es en los fynes de la pequeña França, oy llamada Gallizia, del señor rey d['E]spaña, el quarto de sus muy nobles reynos, e muy sotiles geométricos que por marauillosa arte rrompieron vna esquiua rroca.*

Aunque no sea la estructura prevalente, se detectan bastantes casos de construcciones de infinitivo seleccionados cuyo sujeto se formaliza como CD del verbo principal; es decir, el infinitivo desempeña el papel de PVO del CD. Con algunos predicados, esta construcción es hoy atípica, como se ve en (35) o (36):

(35) *Esparveres, açores gentyles y pelegrynos, falcones, que se çevan en todas rraleas, saluo en gallynas y gallos monteses, que algunos dizen faysanes, conoçiéndolas venir Ø de aquellas que fueron criadas en el palacio encantado.*

(36) *Que ynfynitos [...] verdaderamente los affyrman beuir Ø.*

Otras veces, en cambio, parece que el SN se presenta sintácticamente como el sujeto explícito del infinitivo, según la posición que ocupa y la ausencia de preposición *a* como marca de persona —(37), (38):

(37) *El qual, syntiendo fallyr Ø el su buen amigo [...] derribó las tres coronas imperiales con el poderoso çetro.*

(38) *Otros, por lo contrario, dizen que los treze canes, vyendo fallyr Ø el su obedecido señor, çercaron de todas partes las dos tumbas rricas.*

Hay que tener presente, no obstante, que en esta etapa del idioma el uso de la preposición *a* como marca de CD personal aún no se había generalizado y que el

²¹² Podría tratarse también de un error del copista y que estemos en realidad ante una preposición *a* indicadora de la función acusativa del SN.

hipérbaton es uno de los ornamentos estilísticos más recurrentes. Recuperamos el ejemplo (34), ya comentado, donde tampoco el controlador del sujeto elíptico está marcado por preposición alguna.

La construcción con infinitivo que domina en *Siervo* es aquella en que forma parte de un SP. Este sintagma suele funcionar como CC de la oración principal; ya lo vimos en (28), y también en (39) o (40):

(39) *Que perdý por amor la principal causa de mi perdiçión. Digo perder Ø, quan perdý favor de lynda señora en tiempo que es el amor comienço de gentileza, que no deviera perder, por no venir Ø en complimiento de amor.*

(40) *No dubdo yo, sy tu no vienes en condiçión que hazes con él perpetua paz, syn más contender Ø, que la furia de aquel no te sea merçed.*

Pero no son escasas las ocasiones en que el SP es CAdy de un sustantivo o un adjetivo, como *de aprovechar* y *venir* en (41) o *de lo dezir* en (42):

(41) *Eficçiones, digo, al poético fyn de aprouechar Ø y venir Ø a ty en plazer con las fablas que quieren seguir Ø lo que naturaleza no puede sofrir; aprouechar Ø con el seso alegórico que trahe consigo la ruda letra²¹³.*

(42) *E yo, temeroso amador, careçiendo de los bienes que me induzían amar Ø, más y más pauor oviese e verguença de lo dezir Ø.*

Pero resaltaremos el caso de (43):

(43) *Escriuio a ty, cuyo ruego es mandamiento, e plegaria disciplina a mi no poderoso de ty fuyr Ø.*

El infinitivo *fuyr* de esta oración complementa al adjetivo *poderoso* como lo haría si

²¹³ Repito la puntuación de la edición de Dolz i Ferrer, con una pausa media entre *no puede sofrir* y *aprouechar*, porque refleja mejor el sentido del enunciado: la oración sustantiva con el infinitivo *aprouechar* no es sino una aposición explicativa a la primera mención de este verbo ('ficciones, digo, al poético fin de aprovechar con el seso alegórico que trae consigo la ruda letra y venir a ti en plazer con las fablas que quieren seguir lo que naturaleza no puede sufrir').

estuviéramos ante un verbo y no ante un adjetivo. Se trata de una construcción extraña, ya que, si bien los adjetivos deverbales pueden seleccionar complementos derivados de la estructura argumental heredada del verbo del que proceden, estos complementos suelen asociarse al adjetivo mediante alguna preposición.

El esquema <preposición + infinitivo> también puede actuar como CPR, según se observa en (44) —*esforzarse en*—:

(44) *Esfuérçate en pensar Ø lo que creo pensarás: yo aver sydo bien affortunado, aunque agora me vees en contrallo; e por amar Ø, alcançar Ø lo que mayores de mi deseavan.*

O también en los citados ejemplos (42)²¹⁴ y (21) —*induzir a*. De acuerdo con la pauta general, se prefiere el infinitivo a la oración flexionada cuando su sujeto coincide con el del verbo principal u, ocasionalmente, con otro complemento del verbo, que puede ser el CI como en (45):

(45) *Al trabajado Rey bien plogo de los seguir Ø, dubdando la casta de los perros que conoçer Ø quería.*

Por lo demás, el verbo que selecciona al infinitivo exige aquí la preposición *de*, aunque no siempre ostenta el mismo régimen²¹⁵. Son muy abundantes los SP formados por <*sin* + infinitivo>, a veces como meros complementos modales o PVOs, como en (46)²¹⁶:

(46) *Devrías te avergonçar de no me querer Ø seguir Ø, e syn ser Ø apremiado, asy te luego*

²¹⁴ No existe preposición *a* en este caso, pensamos que debido a su asimilación a la vocal inicial del infinitivo *amar*, aunque podría tratarse de una alternancia en el régimen constructivo del predicado *inducir*.

²¹⁵ Así lo veremos en *Cárcel de amor*, donde el mismo verbo es usado sin preposición, quedando el infinitivo materializado como sujeto del verbo *placer*, aunque la variante preposicional también se documenta.

²¹⁶ Parece defendible concederle un matiz concesivo a esta construcción.

rendir Ø por catyuo de quien hasta aquí eras tan grand enemigo.

Pero otras con un sentido equivalente a la construcción condicional con *si no*, según vemos en (24), (25) y también en (47) o (48):

(47) *Porque él no podía vengar el amigo, syn quedar Ø su capital enemigo.*

(48) *E ninguno passava al primer alojé [...] syn ser Ø conquistador y leal amador.*

La función cohesiva de este tipo de elipsis nominal es exigua porque en la mayoría de los casos la relación entre antecedente y categoría elíptica se enmarca en las fronteras de la oración, sin lograr trasponer dicho límite para servir de enlace entre enunciados. La causa de esta carencia cohesiva se torna clara si recordamos que la referencia a las personas protagonistas del discurso suele reiterarse a través de marcas gramaticales con presencia fonética, tales como pronombres personales o desinencias del verbo, a las que se suma la elipsis —elemento gramatical sin presencia fonética o material—, sirviendo, como otro eslabón más, para reforzar la cadena referencial que ayuda a hilvanar el texto. Este mismo hecho explica la dificultad para dirimir la interpretación anafórica o catafórica del antecedente del sujeto elíptico, pues encontramos ejemplos donde el sujeto gramatical del verbo —es decir, sus desinencias personales— puede cumplir el papel de antecedente.

4.2.1.2. ELIPSIS DEL SUJETO DEL GERUNDIO

El corpus ha dado un total de 69 ocurrencias de elipsis del sujeto del gerundio, entre ellas, 16 en las que la remisión de la categoría elíptica sigue una dirección catafórica. Los gerundios con sujeto —elíptico o explícito—, aquellos que no se integran en la oración flexionada porque la modifican como un adyacente externo, pueden manifestar diversos sentidos, correspondientes, *grosso modo*, con las llamadas oraciones adverbiales, a excepción de los gerundios modales y locativos, que se consideran adyacentes internos y no pueden tener sujeto explícito. Así, podemos clasificar las oraciones de gerundio en

temporales, condicionales, concesivas y causales. Hay que añadir el gerundio ilativo, que no expresa ningún contenido adverbial, si no mera continuidad de sentidos entre la oración finita y la del gerundio. En *Siervo* encontramos todos estos tipos: condicional —(49), (50)²¹⁷—, concesivo —(50), (51)—, e ilativo —(52), (53), (54)—:

(49) *La que por sola beldat, discreción, loor y alteza amor me mandó seguir porque syrviendo Ø, la excelencia del estado y grandeza del amor mostrasen en mi las grandes fuerças del themor.*²¹⁸

(50) *¿[...]Piensas condenar a mí, que por ty muriendo Ø saluo sería, e syn ty biuiendo Ø solo vn día desseando Ø morir no podría?*

(51) *En el palacio encantado, en cuyas faldas, no tocando cØ al jardín o verjel, paçían los coseres.*²¹⁹

(52) *Arribé con grand fortuna a los tres caminos [...], que trayendo Ø mis lientos pasos por verdura, syn ningún esperança de amor, secauan las yeruas donde alcançauan mis pisadas.*²²⁰

(53) *Toma la secreta llave, e gridando, solo con Baudyn el esclavo, va por la errada selua, e siguiendo Ø el contino affan.*²²¹

(54) *Es forçado que dexes el pesado cuerpo que no sufre la ligera ñaue, y te deseredes de la humana vida, offreçiéndote Ø a las penas que allá sufren los amadores.*

²¹⁷ Los gerundios *muriendo* y *biuiendo* tienen un sentido condicional, mientras que *desseando* se ajusta a la interpretación concesiva: ‘piensas condenarme a mí, que si muriera por ti sería salvo y si viviera sin ti, aunque deseara morir, no podría’.

²¹⁸ Sigo la puntuación de Dolz i Ferrer (2004) porque se amolda mejor al sentido del enunciado: ‘[...] amor me mandó seguir para que, sirviendo[la], la excelencia del estado y grandeza del amor mostrasen en mi las grandes fuerzas del temor’. El controlador del sujeto elíptico del gerundio, el clítico dativo *me*, se localiza en la oración principal, mientras que el gerundio se incluye en la oración final a modo de adyacente externo de valor condicional.

²¹⁹ Entendemos el enunciado así: ‘los coseres pacían en las faldas del palacio encantado, aunque sin tocar —o dañar— el jardín o el vergel’.

²²⁰ La partícula *que* parece servir de simple enlace ilativo —no es un relativo ni una conjunción completiva ni comparativa— que refuerza ese mismo valor en el gerundio.

²²¹ También aquí el valor ilativo del gerundio se refuerza por medio del conector *e*.

Aunque parecen abundar más los causales:

(55) *E yo, temeroso amador, careciendo Ø de los bienes que me induzían amar, más y más pavor oviese e vergüença de lo dezir.*

(56) *Farás de mí encomien(z)[d]a al lleno de themor Periteo, que deçendiendo Ø en el tenebroso reyno de Pluton en rovo de su muger Proserpyna, que mucho amaua, fue condenado [...].*

(57) *Al trabajado Rey bien plogo de los seguir, dubdando Ø la casta de los perros que conoçer quería.*

Y los temporales:

(58) *Y menos sabio me juzgava, otorgando Ø la vista a los presentes, mayores de mi.*

(59) *Que su voluntat no era de jamás aquella desuiar a que [e]l árbol de Venus, deesa de amores, bien amando cØ le demostrara.*

(60) *Quiso ventura que vyniendo cØ de passo de la antiga çibdat de Venera, quanto vna legua del secreto palacio, vio venir los tres canes.*

Si bien el sentido no es siempre nítido, como en la siguiente oración, donde parece oscilar entre el temporal y el condicional, o incluso el causal:

(61) *Agramente sospirava, menbrándome Ø el acostumbrado viaje por las fablas de las altas moradas, palacios e torres de milinda señora.*

Además, existen en *Siervo* bastantes ejemplos de gerundios independientes cuyo sentido se corresponde al de una forma de pretérito²²², casi siempre con sujeto explícito:

(j) *El menos fiable, que es desleal amigo, avnque avnque fengía todo el contrario, trabajando venir; yo no sabidor, por destierro de mi impunançia de aquélla, haziendo*

²²² Así lo señala Dolz i Ferrer (2004) en nota a pie de página, «el gerundio adquiere aquí, como en otras ocasiones a lo largo del texto, el valor de forma personal de pasado».

*pasajes mill vezes al día.*²²³

(k) *E en punto escrymió la cruel espada contra la adfortunada Lyessa; la qual, agramente llorando, fincada la rodilla delante de[é]l gritando y diziendo tales temerosas palabras.*

Estos gerundios son interpretables como formas de pretérito indefinido y tienen sujeto explícito, el SN *el menos fiable* y el relativo *la qual* respectivamente. Frente a ellos, el siguiente sí tiene un sujeto elíptico:

(62) *E veyendo cØ, syn más lo dezir, que ninguno remediar me podía, al piadoso maestro de Nero inventor de las crueldades eligiendo Ø vn amigo discreto.*

La construcción más habitual presenta al antecedente del sujeto elíptico como sujeto gramatical de la oración principal, es decir, son los morfemas personales del verbo los que suelen guiar la interpretación referencial de esta categoría elíptica, sin que se perciban diferencias entre las elipsis catafóricas y anafóricas:

(63) *Todos días remenbrándome cØ lo pasado, me daua a la siguiente contemplación.*

(64) *Vino en grandes loores de mí [...]; amonestándome Ø por la ley de amistad consagrada, no tardar instante ni hora embiarle vna de mis epístolas.*

(65) *Mas como tu seas otro Virgilio e segundo Tulio Ciçero, príncipes de la eloquença, non confiando cØ del mi symple ingenio, seguiré el estilo, a ty agradable, de los antiguos.*

Como la referencia aportada por los morfemas personales del verbo flexionado es imprecisa, la identificación exacta del referente obliga a remontarse más atrás en el texto hasta localizar un SN léxico que concrete el contenido semántico de ambos tipos de sujeto,

²²³ Recordemos que se etiquetan con una lista alfabética solo los ejemplos que no se han marcado en el análisis porque no contienen ningún fenómeno de elipsis estudiado.

el elíptico y el gramatical:

(66) *Plansera fue Liessa, y también Lamidoras, por el barrunto de la caça que mostrauan los ventores, vañados en la fresca sangre; e al son de los caualllos quel Rey traía, con acuçiosos passos vanle a rrecebyr, cuydando Ø que allí venía el desseado Ardanlier.*

Aunque mucho menos numerosos, las oraciones de *Siervo* también brindan ejemplos de construcciones de gerundio cuyo sujeto elíptico está controlado por un SUJ léxico —(67)—, un SUJ pronominal indefinido —(68)—, un pronombre relativo en función de SUJ —(69)— o un clítico de CI, como en el ya mencionado ejemplo (49):

(67) *Dando cØ fyn a las dolorosas palabras, el ynfamado de grand crueldat tendió la aguda espada.*

(68) *Que algunos dizen faysanes, conoçiéndolas Ø venir de aquellas que fueron criadas en el palacio encantado.*

(69) *El qual, segúnd parece, haziendo Ø la vía para entrar a la çibdat de Venera en busca de ty, entreoyó la grida de los canes.*²²⁴

Todos estos antecedentes controladores son constituyentes argumentales de la oración principal finita, lo cual no debe conducirnos a limitar las relaciones de control entre sujeto elíptico del gerundio y antecedente referencial al ámbito que media entre el adyacente oracional externo y la oración modificada por él, ya que —aunque sean raros— se encuentran enunciados donde el controlador parece situarse en una oración subordinada integrada en el segmento oracional nucleado por esta forma no personal, observable en (62). Este enunciado —que reproducimos completo según la puntuación de Gargano

²²⁴ En este ejemplo se aprecia la misma construcción circular que se documenta ampliamente en *Cárcel y Triunfo* en las oraciones de infinitivo; en ella, el sujeto del verbo principal se antepone a la oración subordinada, la cual queda cercada por el sujeto en su margen izquierdo y por el verbo en el derecho, impidiendo de este modo que la relación entre sujeto elíptico y antecedente sea catafórica.

(1986)²²⁵— contiene dos gerundios, el primero de ellos es causal y se relaciona con el segundo gerundio, que es independiente y tiene valor de pretérito. No obstante, al no tener un sujeto explícito este segundo gerundio, hay que buscar el controlador de ambos sujetos en otro lugar. El sentido nos dice que comparten un sujeto de 1ª p. sg. y es el clítico acusativo que se inserta en la oración completiva dependiente del gerundio *veyendo* el único indicio gramatical que se ajusta a tal referencia.

Frente a las oraciones de infinitivo, cuya colocación está más restringida cuando funcionan como argumentos del verbo (SUJ, CD, PVO), las oraciones de gerundio gozan de mayor libertad de posición debido a la naturaleza adjunta u opcional que les otorga su función adverbial-circunstancial. En consecuencia, es comprensible que la catáfora tenga una incidencia significativa en este tipo de construcciones de sujeto elíptico; de hecho, 16 de los 69 ejemplos localizados son claramente catafóricos:

(70) *En cuya busca, pasando cØ los grandes alpes de mis pensamientos, deçendiendo cØ a los sombreros valles de mis primeros motus, arribando cØ a las faldas de mi esquiva contemplación, al fallyr de las pisadas, preguntava a los montañeros.*

(71) *Vagando cØ por la desierta e solitaria contemplación, arribé con grand fortuna a los tres caminos.*

(72) *Y mirando cØ en la corteza de las árbores, fallaua deusado mi mote en fyn de los dos lemes.*

(73) *E siguiendo cØ en la grand corte del muy poderoso rey de Françia, después de grandes fazañas por él cometidas, y grand strago hecho en los yngleses, fue requestado de amor de la ynfante Yrena.*

Pero las tendencias estilísticas del periodo —en concreto, las figuras de construcción como el hipérbaton— favorecen la catáfora en contextos sintácticos donde el orden de

²²⁵ Dolz i Ferrer (2004) extiende un poco más el periodo: «[...] eligiendo un amigo discreto pasando entre muchos, solo secreto de mis pensamientos». Pero su diversa interpretación no afecta a la construcción que comentamos.

constituyentes no se ajusta a los patrones usuales. Y, al contrario, se aprecian otras predilecciones estilísticas que anulan la referencia catafórica que el desplazamiento habitual del verbo al final de la oración produciría, y así se documentan bastantes construcciones en que la catáfora no cristaliza debido a la separación del verbo finito y su sujeto, los cuales rodean a la oración del gerundio, situándose el sujeto explícito en posición inmediatamente anterior a ella, de la misma forma que notamos en el caso del control del sujeto elíptico del infinitivo:

(74) *El qual, syntiendo Ø fallyr el su buen amigo, por cuya destreza oviera cobrado el rrealme de Buemia, de que el rrey de Polonia de grandes tiempos le ouira forçado, e meytat de la rrica sala que en grand largueza aquel día el grand duque Durno y el conde Grandier y el príncipe de Mirana y el marqués de las Playas, embaxadores de los rreynos de Almaçia, Daçia y Traçia y Polonia, derribó las tres coronas imperiales con el poderoso çetro.*

(75) *Fasta grand cuento de años quel buen Maçias, gadisán del águila, ancido en las faldas de[e]ssa agra montaña, por su grand gentileza, lealtat, destreza y grand fortaleza, viniendo Ø en conquista del primer alojé, dyó franco paso al segundo albergue.*

(76) *Otros, por lo contrario, dizen que los treze canes, vyendo Ø fallyr el su obedçido señor, çercaron de todas partes las dos tumbas rricas.*

Este patrón estilístico a veces se acompaña de la inclusión de incisos y aposiciones explicativos que alargan el periodo y aumentan la distancia entre sujeto y verbo principales. Estos comentarios pueden formar parte de la oración de gerundio, como en (74), o de la oración principal, como en (75). A excepción del ejemplo (51) y (74), de valor concesivo y causal respectivamente, estas elipsis catafóricas se fraguan en oraciones de gerundio de valor temporal, como ocurre en general, sin importar que el vínculo entre controlador y elemento elíptico sea catafórico o anafórico.

Precisamente, el alargamiento del periodo oracional es uno de los principales obstáculos para identificar al antecedente, como observamos en (77):

(77) *Piensas asy entrar esentamente en la casa de Pluton, dios infernal, según hizo Eneas, hyjo de la deesa, por cuyo mandado la sabia Sebilla le aconpañava, e por más que le segurava, temiendo cØ las penas e paurosos monstruos que andauan por las Astigias, no padeçió que la fuerte espada no tendiese, según dize Vergilio, Eneydas, contra las sombras infernales.*

Es necesario reproducir el pasaje para comprender el sentido global del enunciado y poder otorgar una interpretación apropiada del sujeto elíptico del gerundio. Esta forma no personal es el núcleo de una oración circunstancial de valor causal que funciona como modificador externo de la oración principal, que en este caso sucede a la del gerundio. Como de nuevo el controlador es el sujeto gramatical del verbo principal, el vínculo de control tiene carácter catafórico. La extensión del enunciado así como el hipérbaton son un obstáculo para la interpretación del sujeto elíptico. Aparecen en número considerable ejemplos en los que media una distancia significativa entre sujeto elíptico y controlador:

(78) *Vyno a él con la secreta llaue, cubierta de vn manto escuro, rrico, doblado de ballestas muy lyndas, turquis, cercadas de letras antiguas que dezían de la vna parte: ESPE YR ME; de la otra: NEC SONLE MENTE; rrogándole Ø por gentileza que en su membrança le pluguiese de la catyuar.*

La complejidad y longitud de los periodos oracionales del *Siervo*, sumados al uso del hipérbaton y de algunas construcciones latinizantes, oscurecen la interpretación hasta tal punto que en ocasiones es muy complicado desentrañar las relaciones de referencia entre los elementos explícitos y elípticos. Esto sucede en (79), donde no queda claro si es la *linda señora* quien no aparece, oculta en sus torres, o si es el autor el que no aparece y se oculta, de manera que no es posible determinar cuál es la referencia del sujeto elíptico del gerundio *trasponiendo*²²⁶:

(79) *E torres de mi linda señora, donde era en guarda de mí, fasta, trasponiendo Ø, no pareçer.*

O en (80):

(80) *E después de muchas fablas que la señora Ynfante mouió por le detener, alegre rreçibió franca dadyva de la muy desseada paz. Y partydos con su liçencia, que muy graue le fue de otorgar, caminando Ø contynuo, passando Ø a la muy alta corte del muy esclareçido Emperador,*

²²⁶ Según Dolz i Ferrer (2004) su significado es ‘ocultarse; volver o torcer hacia algún camino’.

donde por sus grandes hechos el rey de Polonia, aduersario enemigo de aquel, fue tres vezes rroto y vencido en campo.

Que interpretamos así: ‘Y partidos Ardanlier y Liesa con la licencia de la infante, caminando sin parar y pasando a la muy alta corte...’. La dificultad procede, además de la separación entre sujeto y antecedente, de que la oración de participio no contenga sujeto explícito que pudiera controlar la referencia del sujeto del gerundio. En el caso del participio, su concordancia parece indicar que el sujeto se refiere a Ardanlier y Liesa, aunque bien podría referirse únicamente a Ardanlier, cuya presencia se deduce del pronombre *le* seleccionado por el infinitivo *detener*, y que reaparece en el texto posterior a través del posesivo *sus*, habida cuenta de que resultaría extraño que los hechos por los que fue vencido el rey de Polonia hubieran sido llevados a cabo también por Liesa.

Aunque no sucede demasiado a menudo, la referencia del sujeto elíptico del gerundio y, por consiguiente, el sentido global del enunciado en que aparece, pueden verse enturbiadas por la aplicación de otras elipsis:

(81) *Entrados a la postrymera cámara, dando cØ sus oydos a la triste embaxada, e la vista con el sentido a la amargosa epístola, mensagera de aquél, e hechura de sus propias manos, tendió muy sin piedat las muy lindas suyas.*

El sujeto gramatical del verbo *tendió* es el que controla al correspondiente elíptico del gerundio. Pero, la misma forma no personal carece de materialización en la segunda oración coordinada mediante *e*, la cual no tiene ni sujeto ni verbo explícitos. De modo semejante, en (82) no debe interpretarse el SN *los caualleros* como el sujeto explícito del gerundio causal, ya que en realidad estamos ante una estructura doblemente elíptica: se

produce el vaciado del verbo finito²²⁷, *venían*, del que este SN es el sujeto y a la vez controlador del sujeto elíptico del gerundio:

(82) *E grandes príncipes affricanos [...], lyndas damas de leuante y poniente [...] venían en prueba de aquesta aventura: los caualleros, desseando Ø auer gloria de gentileza, fortaleza y de lealtat; las damas, de fé y lealtat, gentileza y grand fermosura.*

En último lugar, tampoco la elipsis del sujeto del gerundio parece servir de enlace cohesivo por sí misma, como se advirtió en el caso del infinitivo, pues las relaciones de control quedan enmarcadas siempre en los límites de la oración y el constituyente que sirve de antecedente del sujeto elíptico suele ubicarse en la oración finita modificada o complementada por la oración no personal. Esta aseveración no pretende descartar todo el potencial cohesivo de la elipsis, puesto que los elementos elípticos suelen formar parte de una cadena referencial en la que cada eslabón puede tener diferentes realizaciones materiales (sustantivos, pronombres, desinencias..) o inmateriales (elipsis). Solo encontramos un ejemplo en que podría hablarse de cohesión debido a la puntuación que separa las oraciones de gerundio de las oraciones finitas que contienen al antecedente del sujeto elíptico:

(83) *[...] E muy sotiles geométricos que [...] obraron vn secreto palçio [...] donde solitario biuía. E siguiendo Ø el arte plazible de los caçadores, andando Ø por los tenebrosos valles en guarda del peligroso passo que vedaua a los caualleros andantes, trasponiendo Ø los collados en pos de los saluajes, e muchas vezes con grand quexo apremiados, entravan al soterrano palaçio, a morir delante su bien quista señora. E cumpliendo Ø los siete años que byuía en aquel solo desierto, dados a la vida solitaria, su padre, rey Croes, rrey de Mondoya, desterrado de vn solo hhijo que tanto amava, no tardó embiar en su alçance por estrangeras partidas.*

Si analizamos con detalle el sentido de este pasaje²²⁸ nos damos cuenta de que, a

²²⁷ V. 4.1.1, ejemplo (10).

²²⁸ Habría que remontarse aún más atrás para dilucidar que el referente de la 3ª p. sg. se refiere a Ardanlier.

pesar de la puntuación, estas oraciones de gerundio dependen de la oración finita anterior, cuyo sujeto gramatical controla al de las formas no personales. Por tanto, puede proponerse que la relación entre categoría elíptica y antecedente tiene valor cohesivo. Así vemos que los componentes gramaticales, léxicos y elípticos conforman tres eslabones de una misma cadena referencial.

4.2.1.3. ELIPSIS DEL SUJETO DEL PARTICIPIO

Se producen 21 ocurrencias de estas construcciones elípticas, de las que 11 son de tipo catafórico. La alta frecuencia de la catáfora se entiende porque la disposición normal de estas cláusulas de participio —aun cuando posean una gran movilidad en su enunciado— las sitúa en posición precedente a la oración flexionada a la que modifica, la cual suele contener el SN, casi siempre el sujeto, que controla la referencia del sujeto elíptico del participio:

(84) *E tendida cØ en el suelo, dio el trabajado espíritu.*

(85) *E después de una grand hora, a los fuertes gemidos, sospiros y quejas traspueto cØ, rrecordó vynniendo en estas palabras.*

(86) *E falleçidos cØ del spíritu, los cuerpos no sensibles mudáronse en fynas piedras.*

En las secciones dedicadas al estudio de las construcciones de infinitivo y gerundio con sujeto elíptico ya notamos la abundancia de ejemplos en los que la catáfora se suspendía por la anteposición del sujeto principal —controlador del correspondiente elíptico de la forma no verbal— a la oración no flexionada, produciendo un orden circular de los constituyentes del enunciado, una estructura desmembrada que abraza a la oración del infinitivo o gerundio. Este mismo procedimiento estilístico se descubre en las cláusulas de participio de *Siervo*, aunque no con la frecuencia de las correspondientes construcciones con infinitivo o gerundio:

(87) *E mi libre aluedrío, guardián de los caminos, que son todos pensamientos, partido Ø de la compañía, no tardó seguir la descendiente vía.*

(88) *Que pasó al reyno de las tyniebras, donde las medias partes, brasadas Ø de las biuas llamas, tornaron oscuras.*

Tanto en los ejemplos catafóricos como en los anafóricos se contabilizan construcciones en las que el sujeto gramatical principal actúa de controlador de la referencia del sujeto elíptico del participio —v. (84), (85) para la elipsis catafórica, donde es más usual; o (95) para la anafórica, mucho menos corriente—, pero son más abundantes los casos donde el controlador es el sujeto léxico del predicado flexionado, según vemos en (86), (87) o (88), independientemente de la dirección del vínculo referencial. Menos habituales son aquellas configuraciones que presentan elipsis controladas por un constituyente con función distinta a la del sujeto, o por categorías diferentes al sustantivo o a los morfemas personales del verbo; véase el ejemplo (89), donde el controlador es el pronombre relativo *que* en función de sujeto²²⁹; o el ejemplo (90), con un sujeto elíptico controlado por el CD —*la creença*— de la oración principal. En (91), el sujeto elíptico plural refiere a las dos personas aparecidas en el enunciado anterior, la infanta Irena —representada por el relativo sujeto *la qual*— y el ayo Lamidoras —mencionado por el sustantivo en función de CD. En (92) el controlador del sujeto elíptico no es un SN de primera jerarquía de la oración principal y, por supuesto, no se trata del sujeto, que se refiere al rey Croes, pues solo puede ser él quien atravesase el cuerpo de Liesa después de haberla ofendido y maltratado con sus palabras; el sustantivo controlador se incluye como CAdy de un circunstancial de la principal:

²²⁹ Nos referimos al sujeto del participio *ayrado*.

(89) *E guardado cØ por el entendimiento, que de grandes días ayrado Ø de mi, solo andaua por la montaña, rogáuale que no dubdase de lo seguir.*

(90) *El qual, syn venir en cierta sabiduría, denegóme la creença; e desdeque prometyda Ø, vino en grandes loores de mí, por saber yo amar.*

(91) *La qual, viendo a Lamidoras venir con la secreta llave, respiró en grand plazer, cuydando ser venido el cuya venida era tan desseada. Entrados Ø a la postrymera cámara, dando sus oydos a la triste embaxada, e la vista con el sentido a la amargosa epístola, mensagera de aquél, e hechura de sus propias manos, tendió muy sin piedat las muy lindas suyas.*

(92) *E después de offendida cØ y muy maltratada cØ de sus odiosas palabras, estendió la real espada que no has por conoçer, dentro ynoçente cuerpo de la syn ventura Lyessa.*

Sin embargo, la identificación del controlador no es siempre tan meridiana a causa de la complejidad de la prosa de Rodríguez del Padrón, caracterizada por la extensión, el hipérbaton y el abuso de estructuras explicativas en diferentes esquemas sintácticos:

(93) *Donde corre aquel rio Letheo, cuyas aguas, venido Ø en gusto del furioso amador, trahen consigo la oluidança.*

La rareza de (93) reside en la concordancia del participio no con el sustantivo antepuesto —el sujeto nominal de la oración de relativo posesiva— sino con el sujeto de la oración anterior, a la que la relativa complementa.

(94) *E solo cuydado Ø de no lo poder mostrar el intrínseco fuego que ardía entre mi, me contrastava.*

El ejemplo (94) es ambiguo: ¿cuál es el sujeto de *contrastava*? A pesar de contravenir la puntuación del editor, nos inclinamos a considerar que se trata del SN *el intrínseco fuego que ardía entre mi*. La cláusula de participio tendría un sentido causal: ‘el intrínseco fuego que ardía en mí me contrastaba porque solo me preocupaba no poder mostrarlo’. La misma dificultad se percibe en (89), porque tampoco queda claro cuál es la referencia exacta del sujeto elíptico, ya que existe más de un SN con rasgos morfológicos y

léxicos que pueda cumplir tal papel²³⁰. En esta ocasión, la ambigüedad oscila entre la primera persona (es el autor-narrador el amparado por el entendimiento) y la tercera persona (referida al libre albedrío, quien sería el que está guardado por el entendimiento), provocada por el sincretismo en el paradigma del pretérito imperfecto, cuyo sujeto gramatical es el controlador del sujeto elíptico del participio. El sentido parece decir que es el entendimiento quien le ruega al libre albedrío que lo siga y abandone la vía de la desesperación para llegar hasta el río Leteo y beber de sus aguas para así olvidar el desengaño amoroso. El sujeto del participio *guardado* se refiere al autor, por lo que la elipsis tiene valor catafórico. En cambio, el participio *ayrado* tiene por sujeto al entendimiento, reproducido en posición anterior a la cláusula de participio por medio del relativo *que*.

Es preciso reproducir el largo pasaje de (95) para comprender cuál es la referencia del sujeto elíptico del participio *partydos*:

(95) *E por mandado de la plazentera Lyessa, el plazible Ardanlier no tardó complyr su mandamiento. E después de muchas fablas que la señora Ynfante mouió por le detener, alegre rreçibió franca dadyva de la muy desseada paz. Y partydos Ø con su liçencia, que muy graue le fue de otorgar, caminando contynuo, passando a la muy alta corte del muy esclareçido Emperador.*

El antecedente controlador hay que localizarlo en los enunciados previos, ya que se refiere a Ardanlier y Liesa. Por tanto, también en (95) es lícito hablar de elipsis cohesiva. Este no es el único caso en que encontraremos lazos de cohesión entre enunciados gracias a la elipsis del sujeto del participio. El largo fragmento del ya comentado ejemplo (91) sirve para corroborar que el antecedente del sujeto elíptico de la oración de participio se

²³⁰ Dada la extensión del fragmento, recomendamos consultar la versión digitalizada para comprobar las relaciones de referencia aquí comentadas.

ubica en la oración precedente y no en la oración a la que modifica el participio, dando lugar la elipsis a un enlace cohesivo entre enunciados. Estas elipsis que ayudan a estrechar los vínculos entre los enunciados no son nada habituales, pero, aun cuando la conexión no traspase este límite, la elipsis ayuda a veces a conectar los miembros oracionales de un periodo compuesto, como vemos en (96), donde la remisión del sujeto elíptico a *candado* incrementa la ligazón entre las dos oraciones coordinadas copulativas:

(96) *Mandó obrar vn sotil candado de fyno oro, poblado de vertuosas piedras que no reçebían estyma; y çerrado Ø en el cuello de la mano syniestra, a la hora de partyr, vyno a él con la secreta llaue.*

(97) *Passados Ø de la trabajosa vida a la perpetua gloria que poseen los leales amadores, aquellos que por bien amar son coronados del alto Cupido y tyenen las primeras syllas a la diestra parte de la deesa, el dessentydo Lamidoras, vañado en lágrimas, su cara desfecha [...].*

El participio de (97), de valor temporal, no tiene un sujeto que corriera con ningún SN del predicado principal. El rastro morfológico dejado por la forma no personal señala a un antecedente plural, en este caso, según el sentido del pasaje, los dos amantes muertos, por lo que hay que acudir al párrafo anterior para localizar un antecedente válido, teniendo así la elipsis anafórica fuerza cohesiva.

En el apartado 3.4.1.1.3.3 indicamos que las construcciones absolutas pueden estar encabezadas por adverbios y locuciones que ayudan a precisar su valor adverbial. Esto es lo que encontramos en (90), (92), (98)-(100), ejemplos donde los adverbios y locuciones *desque, después de, luego que* en (90), (92), (98)²³¹ y (99) especifican el tipo de modificación temporal realizada por la cláusula absoluta, mientras que *asy* en (100) parece remarcar su sentido causal:

²³¹ El caso de (98) también sirve para ilustrar otro caso de elipsis cohesiva del sujeto del participio.

(98) *E desde passados cØ en arredradas partydas, vestían de vn fyno adamasco, ricas sayas de Borgoña, cotas de nueva guisa.*

(99) *E luego que tornada cØ en sy, después del esquivo planto y dolorosa laumentación, hizo de sy proferta a la muy clara Vesta, deesa de la castidat.*

(100) *E asy errado cØ por las malezas, mudado cØ en las más altas árboles de mi escura maginança, por devisar algún poblado, fálleme ribera del grand mar.*

La única correlación observable entre el uso de estos modificadores y la elipsis del sujeto del participio se refiere a la relación catafórica entre controlador y constituyente elíptico, pues en todos los casos estos adverbios y locuciones concurren en cláusulas absolutas antepuestas a la principal que contiene el antecedente controlador, aunque, de todos modos, como mencionamos al comienzo de este apartado, esta disposición suele ser la más empleada en *Siervo*.

4.2.2. ELIPSIS DEL NÚCLEO DEL SN

Once son los casos de elipsis del núcleo del SN localizados en *Siervo libre de amor*, y entre ellos solo tres —(101), (103), (105)— establecen una relación de catáfora con su SN consecuente. La elipsis se produce en tres tipos distintos de estructuras sintagmáticas nominales:

<Artículo + núcleo elíptico + adjetivo>	8
<Artículo + núcleo elíptico + SP>	2
<Núcleo elíptico + SP>	1
TOTAL	11

- <Artículo + núcleo elíptico + adjetivo>:

(101) *El ruyseñor que a la sazón cantaua, trocó el breue cØ con el triste atrono.*

(102) *Esta vía de no amar ni ser amado no es tan seguida como la espaçiosa Ø de amar bien y ser amado, ni como la deçiente Ø de bien amar syn ser amado, por do siguen los más, por quanto van*

cuesta ayuso, en contrario de la muy agra Ø de no amar ni ser amado, por la qual syguen muy pocos, por ser la Ø más ligera de fallyr y más graue de seguir.

(103) *Porque el cØ más digno de los dos contrarios más claro viniese en vista del otro.*

Es habitual que se produzca la elipsis del núcleo del SN determinado por un SP que se refiera a la clase o grupo de la que el SN expresa uno o varios de sus individuos o elementos integrantes, según vemos en la construcción superlativa de (103).

(104) *E ninguno passava al primer alojé, donde era el sepulchro de Lamidoras, syn ser conquistador y leal amador; e no syn menos afán, al segundo albergue, donde era la tumba muy alta de la muy generosa Yrena. E convenía al aventurero ser fuerte y leal en el primer grado; e tocar al segundo por comparatyuo; e dende al terçero por superlativo; el qual otorgava el fyrme Padrón, guarda mayor de las dos sepulturas, donde eran sepultados los muy más leales Ø.*

En (104) se requiere reproducir las oraciones previas para entender que no es aceptable suponer que el antecedente del núcleo nominal elíptico es el sustantivo *aventurero*, sino *conquistador y amador*, pues el SN se refiere a Ardanlier y Liesa, los dos únicos amantes que están enterrados en el último albergue.

(105) *Le embié ofrecer por estrenas la presente cØ, en romano vulgar fymada: Recebyd alegremente, / mi señora, por estrenas / la presente. / La presente cançión mía / vos embía / en vuestro lugar d'España [...].*

En (105) ha sido necesario reproducir parte de la canción que sigue a la oración con elipsis porque ahí se localiza el referente catafórico del nombre elíptico, pero no se ha tenido en cuenta la elipsis del núcleo nominal del mismo sintagma *la presente* en la canción, pues el estudio se centra en la elipsis gramatical en la prosa culta del siglo XV. No obstante, es plausible considerar que el sintagma no presenta elipsis alguna, sino que *la presente* es un SAdj nominalizado, cuyo significado es equivalente al de ‘carta’ o ‘epístola’, como se comprueba en el siguiente ejemplo, donde no existe antecedente nominal para un posible núcleo elíptico modificado por el adjetivo *presente*:

(a) *A él llamo en condenaçión mía, sy la presente careçe de verdat, a ty, cuya vista rreçibe en el logar de la mía, e el seso de aquella en logar de my postrymera fabla.*

Se trata de un adjetivo que no se ha lexicalizado completamente, por eso a veces aparece acompañando al sustantivo *epístola*, como en:

(b) *E a grand priesa mandó escreuir al muy odioso rrey Croes la presente epístola de rrequesta, pregonera de la enemistat. «Rey Croes, no te maravilles sy la presente no diga a ty las saludes, como seas nuestro capital enemigo».*

No parece apropiado proponer que el sintagma *la presente* que aparece en la carta enviada por el emperador de Hungría pueda tener como antecedente nominal de su núcleo elíptico el sustantivo *epístola* presente en el texto anterior que anuncia la carta, ya que se trata de dos textos independientes y, por tanto, la carta no puede tener en cuenta el texto del narrador para la configuración de sus relaciones de referencia.

De modo semejante, en el siguiente pasaje, el complemento *con otra breve de creença rogadora* se refiere asimismo a un tipo de epístola, sin que se pueda apoyar un sustantivo elíptico recuperable contextualmente:

(c) *Por la semblante vía le mandó passar con otra breve de creença rogadora, en boz de aquel muy alto rey de Vngría, señor del Imperio, allende del triste caso, aver recomendadas la ynoçente ánima de Lyessa con la trabajada suya.*

E igual que sucede con el adjetivo *presente*, también es posible localizar ejemplos donde el adjetivo *breve* complementa al sustantivo nuclear *letra*:

(d) [...] *Donde a los xxi días, cubierto de luto, buelta en contrario la llagada empresa, hizo creença con la breue letra, complida de relación de lo pasado, al muy esclarecido Emperador.*

Recordemos que la elipsis del núcleo nominal suele estar motivada por el paralelismo contrastivo entre el segmento sintáctico con elipsis y aquel otro, normalmente precedente, que contiene al antecedente nominal. La falta de contraste y de antecedente nominal explícito en estos ejemplos hace preferir la interpretación sin

elipsis.

- <Artículo + núcleo elíptico + SP>:

(106) *Sygueuse la primera Ø de bien amar y ser amado.*

En el caso de (106), el núcleo elíptico está doblemente modificado, por el adjetivo *primera* y por el SP *de bien amar y ser amado*.

(107) *De la vna parte releuando el escudo, mostrante en su verde campo la honça dorada, con el rey de las fieras, antigua devisa: la honça de lira, en campo enir o azul, y el Ø de Mondoya, juntas las armas de Ardanlier y Lyessa.*

Coincidimos con Dolz i Ferrer cuando interpreta que la elipsis del núcleo del SN *el de Mondoya* se refiere a ‘león’, es decir, a *el rey de las fieras*; así, al igual que *la honça dorada* está con *el rey de las fieras*, *la honça de lira* está con ‘el rey de las fieras de Mondoya’.

- <Núcleo elíptico + SP>:

(108) [...] *Fyгурado por el verde arrayhan, plantado en la espaçiosa vía que dizen Ø de bien amar.*

El complemento adyacente *de bien amar* en (108) debe vincularse a un núcleo sustantivo, en este caso, elíptico, cuyo referente es *vía*. A diferencia de lo que ocurre en los demás ejemplos, este último no presenta el artículo determinado, pero la elipsis está permitida por la adjunción del complemento adyacente con la preposición *de*. El resto de los ejemplos son más arquetípicos y siguen el esquema <artículo + núcleo elíptico + complemento adyacente>, perteneciendo este adyacente a la categoría de SAdj o de SP, sin que se haya localizado ningún ejemplo en el que el adyacente sea una oración de relativo. La principal motivación de la elipsis del núcleo reside en el contraste fijado entre las expresiones que funcionan como resto, según vemos en (101), pero la mayoría de los ejemplos indica que no se trata de un requisito. Además, no siempre el autor opta por la elipsis del núcleo del SN, a pesar de que pueda resultar totalmente redundante, como

sucede en (e):

(e) *El profundo río Archirón, que es el apartamiento de aquesta vida, que no recebe otro passo sy no el passo de la muerte.*

Más difícil de explicar son los ejemplos que hemos catalogado como elipsis catafórica del núcleo sustantivo en (101), (103), (105). En el primero la catáfora se desencadena por motivaciones claramente retóricas. Pero el ejemplo (105) es dudoso debido a que en otros pasajes el adjetivo femenino *presente* parece funcionar como un sustantivo de pleno derecho, con el sentido de ‘carta, epístola, letra’.

En cuanto al posible valor cohesivo de la elipsis del núcleo nominal, es posible que ayude conectar enunciados independientes, tal y como se observa en (104), (105) y (106). En (104), la fuerza cohesiva se origina por la distancia discursiva que hay que desandar para recuperar el antecedente del núcleo elíptico. Los ejemplos (105) y (106) son diferentes en tanto el antecedente se localiza en un texto independiente: en el primero, el consecuente o antecedente catafórico está en el poema que sigue; mientras que en el segundo, la elipsis se produce en el título que anuncia la siguiente parte del tratado y su antecedente se halla en el texto previo, el final de la introducción. Pero en la mayoría de los casos, la elipsis nominal se incardina en los límites del predicado verbal —(101), (102), (103), (107), (108)— o la distancia entre antecedente y núcleo elíptico no transita más allá de la coordinación de oraciones, como en (102).

CAPÍTULO 5. LA ELIPSIS GRAMATICAL EN *CÁRCEL DE AMOR*

La primera edición de *Cárcel de amor* data de 1492, salida de la imprenta sevillana fundada por un grupo de tipógrafos alemanes. De esta edición se conserva un único ejemplar en la Biblioteca Nacional de Madrid²³². Desde entonces, la obra de San Pedro ha conocido innumerables ediciones y traducciones, si bien los editores modernos han tomado como punto de partida la edición de 1492²³³: Foulché-Delbosc (1904), Menéndez Pelayo (1907), Rubió Balaguer (1941), Gili Gaya (1950, 1958, 1967), Whinnom (1971, 1979), Moreno Báez (1977, 1984), Corfis (1987) y Parrilla (1995). Esta última es la que hemos transcrito para nuestro estudio.

5.1. ELIPSIS VERBAL EN *CÁRCEL DE AMOR*

5.1.1. VACIADO

Se han localizado 91 ocurrencias de vaciado del verbo en diferentes tipos de construcciones oracionales:

Coordinadas copulativas	44
Coordinadas disyuntivas	1
Comparativas	34

²³² Su signatura es I-2134.

²³³ Un exhaustivo estudio del *stemma* genealógico del texto puede consultarse en Corfis (1978).

Pseudocomparativas	1
Yuxtapuestas	11
TOTAL	91

a) En coordinadas copulativas:

Los ejemplos (129)-(127) ilustran el vaciado en construcciones coordinadas copulativas.

(109) *Para cometer al que lo levava faltávame aparejo y para rogalle Ø merescimiento.*

(110) *Pintada cada una de su color: la una Ø de leonado y la otra Ø de negro y la otra Ø de pardillo.*

(111) *Diráse que heziste osadía, y si no, Ø que pensaste locura.*

(112) *Tú serás libre de la prisión y yo Ø de tantas desaventuras.*

(113) *La primera y más principal sería tu muerte; la otra, Ø que me quitarías a mí la mayor onrra.*

(114) *Mi sofrimiento es tan delicado y mis penas Ø tan crueles.*

(115) *Los salvos temen su condición y los malos Ø su justicia.*

(116) *Por donde es escusado el miedo y Ø devida la osadía.*

(117) *Lo primero della se pasó en inocencia y lo del conocimiento Ø en dolor.*

(118) *Me huye la sangre del corazón y la razón Ø del juizio.*

(119) *Que ni loor pueda crecella ni malicia Ø apocalla segund su propiedad.*

(120) *Hoy dexas de dezirte hijo y yo Ø de más llamarme madre.*

(121) *Porque quando amor prende, haze el corazón constante, y quando lo dexa libre, Ø mudable.*

Entre estos ejemplos destacan aquellos en los que se enlazan dos vaciados consecutivos en una construcción coordinada copulativa de tres miembros oracionales, como en (122)-(125):

(122) *La una es Tristeza y la otra Ø Congoxa y la otra Ø Trabajo.*

(123) *El corazón está sin fuerça, y el alma Ø sin poder, y el juizio Ø sin memoria.*

(124) *Los ciegos deseavan vista por verte, y los mudos Ø habla por alabarte, y los pobres Ø riqueza por servirte.*

(125) *Unos por no deservir al rey dixieran que era mal hecho, y otros, por asegurar su hazienda, Ø que lo devía dexar, y otros por ser el caso peligroso, Ø que no lo devía enprender.*

Incluso encontramos una oración copulativa de cuatro miembros con tres vaciados en (126); en ella, el CD de cada miembro se transforma en SUJ del siguiente, y así la concatenación entre cada oración coordinada se acentúa:

(126) *Que tu hermosura causó el afición, y el afición Ø el deseo, y el deseo Ø la pena, y la pena Ø el atrevimiento.*

En ocasiones, la posición de los constituyentes incide directamente sobre el alcance de la elipsis verbal; así en (127), donde la anteposición al verbo principal del complemento de frecuencia *a las vezes* permite suponer que en el segundo predicado coordinado el hueco elíptico contiene los mismos elementos precedidos por el complemento:

(127) *A las vezes creía que lo hacía de sabida, y a las vezes Ø de desamorada.*

Es decir, hay que entender que la elipsis afecta a *creía que lo hacía*, y no a *que lo hacía*. El aspecto más significativo es que el vaciado parece traspasar los límites de subordinación e integración de sintagmas, operando sobre parte del CD regido por el verbo *creer* (la oración completiva *que lo hacía de sabida*), manteniéndose formalizado el complemento *de desamorada* como resto del predicado vaciado. Pero se trata en realidad de un «caso doble de vaciado»²³⁴, en palabras de Brucart (1999b: 2819), donde se produce

²³⁴ En el análisis del corpus hemos empleado a veces la etiqueta de vaciado doble para referirnos a aquellas oraciones con más de dos miembros coordinados con vaciado verbal, fenómeno mucho más frecuente que el vaciado doble en oraciones relacionadas por subordinación.

una elipsis en el predicado principal y una segunda elipsis en el predicado subordinado.

El vaciado de (128) se justifica por la presencia del sintagma adverbial cuantificativo *no menos*, que junto a *de los virtuosos* funciona como resto del hueco elíptico formado por el verbo y el predicativos del primer predicado:

(128) *Háxense enemigos dellas y no menos Ø de los virtuosos.*

En la mayoría de los ejemplos, la elipsis del verbo subraya el contraste léxico entre los componentes expresos, o mejor dicho, el contraste que el vaciado produce entre los elementos formalmente realizados se intensifica mediante su oposición semántica:

(129) *En siguille había peligro y en dexalle Ø flaqueza. (Seguille – dexalle, peligro – flaqueza).*

(130) *Érale la compañía aborrecible y la soledad Ø agradable. (Compañía – soledad, aborrecible – agradable).*

La equivalencia semántica de las dos oraciones coordinadas de (129) (la segunda no es más que una repetición antitética de la primera) otorga al vaciado un carácter puramente estilístico, ya que en casos como este no puede defenderse su uso como instrumento al servicio de la economía²³⁵. Se trata de una variedad de *amplificatio* —una *amplificatio* redundante—, ya vista al comentar la elipsis verbal en *Siervo libre de amor*. Otros ejemplos son:

²³⁵ Por el contrario, el autor puede optar por la repetición total o sinonímica del verbo, demostrándose así que la repetición es también una fórmula retórica muy transitada para la intensificación de ideas:

- *El uno trae la cuita con que coma y el otro trae la desesperanza en que viene el manjar y el otro trae la tribulación.*

- *Tú serás llamado padre cruel y yo seré dicha hija inocente.*

(131) *El que pide el parecer queda sin cargo, y quien ge lo da no Ø sin culpa. (Pide – da, sin cargo - sin culpa).*

(132) *La priesa es dañosa y la tardança Ø segura. (Priesa – tardança, dañosa – segura).*

(133) *Mi sangre ocupará poco lugar, y tu crueza Ø toda la tierra. (Poco lugar – toda la tierra).*

En otras ocasiones el contraste se produce entre la 1ª y 2ª p. sg.:

(134) *Que ni tú te quexes de ti por lo que no heziste, ni yo Ø por lo que pudieras hazer.*

(135) *Buena obra que tú me podrás hazer y yo Ø recibir.*

(136) *Ya tú tienes lo que deseavas y yo Ø lo que temía.*

O entre la 1ª, la 2ª y la 3ª p. sg. (137):

(137) *Porque tú seas alabada y yo Ø buen mensajero y el cativo Leriano Ø libre.*

Entre la 1ª y la 3ª p. sg. (138):

(138) *Yo estava harta de ser biva y él Ø en edad de bevir.*

O bien entre el masculino y el femenino de la 3ª p. sg. (139):

(139) *Ni él sabié qué dezir ni ella Ø qué responder.*

Estas personas suelen referir a los protagonistas de la narración, Leriano y Laureola, y a veces su referencia no se manifiesta solo por medio de pronombres personales, sino también mediante SSNN modificados por un posesivo:

(140) *Su ruego fue de lástima y mi obediencia Ø de compasión.*

(141) *Ella quedará libre de culpa y tu onra no Ø de vergüença.*

Es inusual e inesperado el uso del vaciado en oraciones coordinadas que no comparten la misma polaridad, como en (141), pero también en el ya citado (131) o en los dos ejemplos que siguen, —(142), (143)—, pues se trata de una situación vedada para esta

elipsis verbal en la lengua actual, que en este caso prefiere optar por la elisión con partícula de polaridad²³⁶:

(142) *Las aguas reverdecen la tierra y mis lágrimas nunca Ø tu esperança.*

(143) *Porque su castidad fuese loada y su bondad no Ø escurecida.*

Como suele ser habitual en el vaciado, la catálisis no siempre permite recuperar el verbo con la misma de persona y número, y así se observa en (134)-(139), entre tantos otros.

En general, estamos ante enunciados muy repensados en los que la ornamentación estilística afecta a varios niveles lingüísticos: el léxico, con la pertenencia del vocabulario del enunciado a un mismo campo semántico (los sentimientos, el honor, el valor..., en definitiva, los tópicos propios del género sentimental) y sus relaciones de antonimia (léxica y gramatical)²³⁷; y el nivel sintáctico, con la organización paralela de los componentes oracionales (a veces totalmente exacta). Ambos factores propician el vaciado del verbo, dando lugar a enunciado muy elaborados.

b) En coordinadas disyuntivas:

(144) *[...] He dudado sobre cuál haré antes: desterrar a ti de la tierra o Ø a mí de mi fama.*

En esta única ocurrencia del vaciado en construcciones disyuntivas nos encontramos

²³⁶ Recordemos que en la elisión del SV con partícula de polaridad el único componente explícito que se permite en el predicado con elipsis es la partícula. Por eso, ejemplos como (117) no pueden definirse como un caso de vaciado: aunque se pudiera argumentar que el cuantificador *nunca* funciona como partícula de polaridad negativa, el SUJ y el CD explícitos hacen encajar mejor la oración en los parámetros propuestos para el vaciado verbal.

²³⁷ El contraste se ejerce entre unidades léxicas y unidades gramaticales (las personas del discurso).

que la oración vaciada y la que contiene su antecedente verbal (el infinitivo *desterrar*) funcionan juntas como aposición explicativa del interrogativo *quál*. Así lo entiende Suñer (1999: 2159), para quien «las preguntas indirectas pueden coaparecer con disyunciones apositivas» como en *Mara [preguntó / dijo] que quién, (o sea) Juan o Pedro, la ayudaría*. Estas estructuras apositivas son relativamente frecuentes en *Cárcel de amor*.

c) En oraciones comparativas:

- Comparativas de superioridad:

- (145) *Más culpa tiene en ello mi olvido que mi querer Ø.*
- (146) *Que mejor le estará la dichosa muerte que la desesperada vida Ø.*
- (147) *Más ufana le dava la gloria secreta que la onrra pública Ø.*
- (148) *Mayor sería mi fortuna que tu malicia Ø si la culpa que me cargas con maldad [...].*
- (149) *Es de más estima la onrra della que la vida tuya Ø.*
- (150) *Que siento yo mayor tormento en el pensamiento dellas que tú en ellas mismas Ø.*
- (151) *Más poder ha tenido tu ventura para condenarte que tu inocencia Ø para hazerte salva.*
- (152) *Puede más la muchedunbre de mis pecados que el merecimiento de tu justedad Ø.*
- (153) *Pero como sea más estimada la virtud que la muchedunbre Ø.*
- (154) *Que muy mayores son los galardones de las vitorias que las ocasiones de los peligros Ø.*
- (155) *Porque en mis idas avía más peligro para ella que esperança para mi despacho Ø.*
- (156) *Que mejor me es a mí muriendo ser dicha madre de tales hijos, que biviendo muger de otro marido Ø.*
- (157) *Más hay en una que loar con verdad que no en todas Ø que afear con malicia.*
- (158) *Que mejor me estuviera ser llamada con tu vida, madre del rudo, que no a ti, por tu fin, Ø hijo que fue de la sola Ø.*
- (159) *Porque podrán más mis pecados que la razón que tengo para no bivar Ø.*
- (160) *Más poder tuviera mi deseo que fuerça la muerte Ø.*
- (161) *De lo que me certificó más el tiento de las manos que la lunbre de la vista Ø, segund las tinieblas do estava.*

Son abundantes las comparativas de superioridad en las que solo el sujeto aparece realizado fonéticamente en la coda, por eso el hueco elíptico engloba a todos los componentes explícitos del predicado principal, como vemos en (145)-(149), (152)-(154), (159) y (161). En estas oraciones detectamos un rasgo organizativo al que ya aludimos cuando abordamos las comparativas de igualdad con codas de un elemento: se prefiere situar el sujeto del predicado principal en adyacencia al sujeto de la coda comparativa para enfatizar el paralelismo contrastivo entre ambos constituyentes, de tal manera que el segmento cuantificado por el elemento de grado siempre inicia la oración comparativa. Esta última peculiaridad, la posición inicial del segmento cuantificado, parece ser una tendencia general en todas las comparativas de *Cárcel de amor*, independientemente del tipo de comparación y del carácter de la coda.

Casi a la par, pero con una incidencia un poco menor que las comparativas de superioridad con codas de un solo constituyente, las codas plurisintagmáticas de interpretación oracional quedan representadas por los ejemplos (150), (151), (155)-(158), (160). En (157) y (158) observamos un adverbio de negación que no parece incidir sobre la polaridad del miembro oracional en que aparece; se trata, por tanto, de un *no* expletivo surgido por la concurrencia del *que* comparativo y el *que* completivo o debido a que, como dice Herrero Ruiz de Loizaga (2005: 484), «psicológicamente hay una negación del segundo miembro, a un deseo de poner de relieve la idea de exclusión del segundo elemento de la estructura comparativa»²³⁸. El ejemplo (157) sirve además para apreciar de

²³⁸ En cuanto a la cronología de este empleo del adverbio de negación, Herrero Ruiz de Loizaga (2005: 483-485) señala que es muy frecuente en la Edad Media, también en *La Celestina* pero no en el *Romancero*. En el siglo XVI comienza su declive, sobre todo en la segunda mitad, aunque todavía hoy sigue usándose, si

nuevo el esfuerzo compositivo en aras de lograr el paralelismo estricto entre los componentes de la oración, tanto en el nivel léxico como en el sintáctico y organizativo (*una / todas, loar / afear, con verdad / con malicia*).

- Comparativas de igualdad:

(162) *Assí que harás tú tanto en quitalle la muerte como Dios Ø en darle la vida.*

(163) *Antes tan devida es la justicia como la clemencia Ø.*

(164) *Desea tanto la libertad de la presa como tú mismo Ø.*

(165) *Si no tuviese sabido ser tan devido vengar las desonrras como perdonar las culpas Ø.*

(166) *No terná tan crueles las manos como el rey Ø la condición.*

(167) *Tan conveniente te es la piedad de padre como el rigor de justo Ø.*

(168) *Tan conveniente es la mudança en las cosas dañosas como la firmeza Ø en las onestas.*

(169) *Donde hallé otro guardador que me hizo las preguntas del primero; y después que supo de mí lo que el otro Ø, diome lugar a que entrase.*

(170) *Pues si la remedias te da causa que puedas hazer lo mismo que Dios Ø.*

(171) *Viendo ser tan justo que mi grandeza te posiese miedo, como su mal Ø osadía.*

En el ejemplo (162) la catálisis del verbo de la coda oracional implica modificar su desinencia temporal (*como Dios hizo en darle la vida*). (163)-(165) y (167) contienen una coda con un solo componente, el sujeto, por lo que hay que recuperar todo el predicado de la oración matriz. Llama la atención que en (165) y (167) los dos sujetos —del primer miembro comparativo y de su coda— aparezcan en posiciones contiguas. Algo similar sucede en (168), donde los constituyentes explícitos de la oración matriz y la coda

bien su empleo está casi reducido a la lengua hablada. Una descripción de las condiciones de uso del *no* expletivo en las comparativas y otros tipos de oraciones puede consultarse en Sánchez López (1999: 2627-2630).

comparativa son vecinos en el decurso oracional, posiblemente para realzar el contraste léxico entre ellos reforzando el paralelismo estructural (*vengar – perdonar, piedad – rigor, mudança – firmeza, dañosas - justas*). Las llamadas por Sáez del Álamo (1999) *codas plurisintagmáticas* tienen su ejemplificación en (166), (168) y (171); en este trabajo se ha defendido el estatus oracional de dichas codas apelando al vaciado del verbo y su predicativo.

La oración (170) es una comparativa de igualdad propia donde la comparación se establece entre individuos, no entre grados o cantidades (Sáez del Álamo 1999: 1166). Funcionalmente, entiendo que la coda comparativa (*lo mismo que Dios*) desempeña el papel sintáctico de CD del predicado regente (*puedas hazer*) y, en cuanto a su estructura sintáctica interna, considero que se formula como una oración de relativo con vaciado (\emptyset = sabía de mí)²³⁹.

Por su parte, la oración (169) se aviene perfectamente a las explicaciones propuestas para la anterior, siendo la única diferencia entre ambas la ausencia del adjetivo identificativo *mismo*.

- Comparativas de inferioridad:

(172) *No les está el perdón menos bien a los poderosos quando son deservidos que \emptyset a los pequeños la vengança quando son injuriados.*

(173) *Porque no tienen menos fuerça mis defensas que confiança sus porfías \emptyset .*

²³⁹ Una explicación de las relaciones entre las oraciones de relativo y las comparativas se encuentra en Brucart (1999a: 479 y ss.) y Sáez del Álamo (1999). Sobre estas oraciones de relativo sin verbo también puede consultarse RAE (2009: 3412-3413).

(174) *No sería menos favorecida la desvirtud en los malos que la nobleza en los buenos Ø.*

(175) *No sería menos culpante que Leriano Ø en mi desonra.*

(176) *Que no con menos razón el rey deviera hazella que la reina Ø pedilla.*

(177) *No menos deven temer los inocentes la ventura que los culpados Ø la ley.*

Es interesante que todos los ejemplos sean negativos (<*no menos...que*>). Esta negación acerca el significado de la estructura al de las comparaciones de igualdad (Herrero Ruiz de Loizaga 2005: 489). Coda plurisintagmáticas oracionales son los ejemplos (172)-(174), (176) y (177), mientras que (175) presenta en su coda un solo constituyente realizado, el sujeto. Cuando las codas comparativas incluyen más de un constituyente, su posición y la antítesis semántica entre ellos realza el paralelismo entre los dos miembros de la comparación, como ya hemos visto que sucede en los casos de vaciado comentados anteriormente: *poderosos – pequeños, perdón – vengança, desvirtud – nobleza, malos – buenos, inocentes – culpados...*

d) En construcciones pseudocomparativas:

(178) *Que antes se vee en ellas la pequeña manzilla que en las baxas la grand fealdad Ø.*

El adverbio temporal *antes* de (178) forma correlación con *que*, dando lugar a dos miembros paralelos que parecen expresar un sentido comparativo más que propiamente temporal de anterioridad. La elipsis queda legitimada gracias a que la coda introducida por *que* contiene dos constituyentes que reclaman un verbo para completar la estructura oracional del segmento, el precedente *se vee*. Al detenernos en los elementos explícitos de la oración, vemos de nuevo la intención de contraste léxico entre los dos segmentos oracionales en el uso de los adjetivos *pequeña* y *grand*.

e) En oraciones yuxtapuestas:

(179) *Mi fe dezía que osase; tu grandeza Ø que temiese.*

(180) *Las armas que a mí son de señalar sean a la brida, segund nuestra costunbre; nosotros Ø armados de todas pieças, los cavallos Ø con cubiertas y cuello y testera, lanças Ø iguales y Ø sendas espadas, sin ninguna otra arma.*

(181) *Quando estava sola veíala pensativa; quando estava aconpañada, Ø no muy alegre.*

(182) [...] *Por dos inconvenientes que hallé; el uno era porque nuestro secreto se ponía a peligro en fiarla de nadie; el otro, Ø porque las lástimas della le pudieran causar tal aceleración que [...].*

(183) *Y todos te suplican que me hayas merced: el alma Ø por lo que sufre, la vida Ø por lo que padece, el corazón Ø por lo que pasa, el sentido Ø por lo que siente.*

La yuxtaposición de (179) establece claramente una coordinación, pero no queda tan claro si tiene valor copulativo o adversativo. En cualquier caso, se trata de un ejemplo idéntico a tantos otros de los comentados en las oraciones copulativas: la catálisis no requiere la modificación de los rasgos morfológicos del verbo y los complementos explícitos del predicado mantienen una relación semántica de oposición.

El ejemplo (180) es dudoso: pueden ser casos de vaciado del verbo *ser*, o bien se puede interpretar que los segmentos yuxtapuestos son construcciones absolutas.

Las oraciones yuxtapuestas de (181) se han incluido en la categoría de vaciado porque el hueco elíptico engloba dos constituyentes, el verbo y su CD, el clítico femenino *la*.

Por último, en (182) tenemos una construcción habitual en *Cárcel*, la aposición explicativa de naturaleza oracional. La aposición está formada en este caso por dos oraciones yuxtapuestas distributivas con verbo copulativo explícito en su primer miembro coordinado y elíptico en el segundo. La misma explicación es aplicable a (183), donde la aposición está formada de cuatro oraciones yuxtapuestas que concretan la referencia del cuantificador *todos*.

Antes de concluir este apartado, comentaremos brevemente algunos enunciados de difícil análisis en cuanto a la existencia de vaciado y señalaremos las razones de su

exclusión. Se pueden encontrar construcciones con elipsis desarrolladas sobre el esquema <no... más... que>, pero, como sucede con las oraciones comparativas propias, no siempre el *que* introduce segmentos con elipsis:

(l) *No ay pecado más abominable ni más grave de perdonar que el desconocimiento.*

Esta oración tiene un sentido restrictivo: <no... más... que> parece ser una correlación equiparable a *solamente*. La coda no presenta elipsis porque, aunque se deduzca un verbo subyacente, no es recuperable del contexto verbal, puesto que la catálisis debería ser de un verbo copulativo, no del existencial *ay* (núcleo explícito del primer miembro de la comparación).

(m) *Se llaman la una Ansia y la otra Passión.*

Aunque parece haber concordancia entre el verbo plural y el sujeto coordinado, en (m) la existencia de sendos predicativos del sujeto podría hacer preferir el análisis elíptico, aunque otra alternativa es posible: hay un sujeto plural omitido, un verbo plural y un predicativo también plural pero a la vez compuesto de dos sustantivos introducidos cada uno por los pronombres *la una* y *la otra* para marcar su correlación con las entidades individuales que, sumadas, forman el sujeto plural; de esta manera no hay lugar a la confusión en cuanto a la relación entre predicativos y sujetos, marcando que los predicativos se aplican de manera disjunta a cada entidad del sujeto plural omitido (es decir, ‘una se llama X y otra se llama Y’, y no ‘ellas se llaman X e Y [al mismo tiempo]’).

(n) *Y que esto todas las mugeres deven assí tener, en muy más manera las de real nacimiento, en las quales assí ponen los ojos todas las gentes.*

La locución *en muy más manera* de (n) es equiparable a un adverbio focalizador que

funciona como marcador particularizador²⁴⁰, del tipo *especialmente* o *sobre todo*. Construcciones como esta no deben considerarse casos de elipsis verbal, ya que el sintagma introducido por la locución no supone ninguna construcción oracional: es un sintagma particularizador que expresa un comentario para limitar la referencia del SN *todas las mugeres* y la acción asociada a ellas a un grupo específico, por eso tiene movilidad dentro del enunciado y podría situarse tras el SN sujeto. Funciona, por tanto, como una aposición.

(o) *¿Qué dirás?: que recibió tu carta y recibida me afrentó con amenazas de muerte.*

(p) *Oye veinte razones por donde me proferí a provar que los honbres a las mugeres somos obligados; de las quales la primera es porque [...]. La segunda razón es porque [...]. La tercera, porque de la tenplança nos hazen dinos [...]. La quarta es porque [...]. La quinta razón es porque [...]. La sesta razón es porque [...]. La setena razón es porque [...]. La otava razón, porque nos hazen contenplativos [...]. La novena razón es porque [...].*

(q) *En las autorizadas por santas, por tres razones no quiero hablar. La primera, porque [...]. La segunda, porque la Iglesia [...]. La tercera, por no poner en tan malas palabras tan ecelente bondad.*

Oraciones como (o) están muy próximas a aquellas definidas por Camacho (1999:

²⁴⁰ Sobre este tipo de marcadores puede consultarse Martín Zorraquino y Portolés Lázaro (1999:4142-4143) y Kovacci (1999: 775-776).

2673 y ss.) como construcciones distributivas coordinadas con antecedente, usadas para distribuir los elementos coordinados respecto a un mismo antecedente:

- *Llegaron tres familias: una de Trujillo, otra de Tucumán y la otra de Pisco* (ibíd.).

El antecedente pertenece a la categoría nominal (*tres familias*) y la distribución se marca con un elemento anafórico (pronominal, deíctico o de otro tipo), que suele ser *uno*, *alguno*, *otro*. Según Camacho, «la relación sintáctica entre el antecedente y los elementos distribuidores coordinados parece ser apositiva», aunque en algunos casos dichos elementos parecen tener propiedades semiargumentales. Ciertamente, se trata de aposiciones, de construcciones yuxtapuestas a los sintagmas modificados por ellas, que introducen una concreción exhaustiva de la entidad o entidades expresadas en la oración antecedente. Pero no trata este autor la cuestión de si es necesario hablar de elipsis en estas aposiciones distributivas; al observar su estructura interna, se aprecia en muchos casos que contienen constituyentes cuya interrelación sintáctico-semántica parece ser de tipo atributivo, pero esta situación no obliga a postular necesariamente su manifestación sintáctica por medio de un verbo copulativo elíptico, pues ya hemos visto que existen multitud de estructuras absolutas que manifiestan una relación atributiva entre sus constituyentes sin que se localice en el contexto un verbo que pueda servir de antecedente para un supuesto núcleo predicativo elíptico. En estos casos, la relación atributiva entre los constituyentes realizados se produce de forma implícita. Pero veamos con detenimiento qué sucede en los ejemplos del corpus manejado. La mayoría de los ejemplos no expresan su núcleo verbal, pero sí hay un antecedente válido para él en la oración comentada por la construcción apositiva —(110), (183). Podría suceder —como en (q)— que se dieran aposiciones compuestas de segmentos yuxtapuestos sin núcleo explícito que no encontraran un antecedente adecuado a tal núcleo; este último contexto puede analizarse

sin acudir a la elipsis como soporte explicativo gracias a las predicaciones implícitas tan habituales en las cláusulas absolutas o las frases nominales.

Tanto (p) como (q) se analizan como aposiciones enumerativas en las que los ordinales *la primera*, *la segunda*, etc., introducen de forma consecutiva cada miembro de la enumeración; estos miembros apositivos no siempre manifiestan su núcleo verbal de forma explícita, pero solo cuando hay presente en el contexto verbal previo algún verbo apropiado para ser el antecedente del núcleo elíptico podremos hablar de vaciado verbal. Por tanto, el ejemplo (q) no muestra un verbo elíptico, sino que tendremos que analizarlo como una frase nominal en que la relación atributiva queda implícita, pues no hay antecedente que legitime la elipsis de un núcleo atributivo. Un análisis casi idéntico explica la estructura de (o), donde a la interrogación directa se pospone una aposición explicativa del interrogativo *qué*, formada por dos oraciones completivas coordinadas.

Como sucede también en los otros textos del corpus, es frecuente que las oraciones comparativas no contengan ningún constituyente elíptico porque el paralelismo contrastivo entre ellos, vagamente antitético, lo impide; es decir, el autor forja una contraposición semántica entre los componentes sintácticos de cada miembro de la estructura paralela, como se observa en (r) entre *prisión – victoria*, *ella – él*, *dolerse- gloriarse*:

(r) *Pues tornando a Leriano, que más de su prisión della se dolía que de la vitoria dél se gloriava.*

5.1.2. REDUCCIÓN DE SSVV COORDINADOS

Aparecen en *Cárcel de amor* 48 ejemplos de reducción en distintos esquemas oracionales.

Coordinadas copulativas	39
Condicionales	1
Yuxtapuestas	6
Pseudocomparativas	2
TOTAL	48

a) En construcciones coordinadas copulativas:

La mayor parte de los ejemplos encajan en el molde característico de la reducción: $SUJ + [(V + \text{Argumento} + \text{Adjunto}) <\text{nexo coordinante}> (V \emptyset + \text{Argumento} + \text{Adjunto})]$, aunque la oración puede tener más de un complemento adjunto sin alterar la estructura de este esquema prototípico, como en (186). Los complementos argumentales de los verbos pueden corresponder a distintas funciones sintácticas nucleares, principalmente al CD —(184)-(187), (193)-(195), (200), (202), (203), (206), (210), (211), (212), (213) y (216)— y también al ATR, pero con menor frecuencia —(197), (198), (201), (204) y (209). En (199) los dos complementos realizados tienen carácter argumental: el primero es un CPR y el segundo, un CD. La argumentalidad de todos los complementos expresos también sucede en (213) o (215), donde estos complementos funcionan como CD y su PVO; y en (214), donde son CD y CI. Pero también el verbo puede no ser transitivo y son entonces complementos no argumentales los que aparecen realizados en los dos predicados coordinados, como en (192). De la descripción funcional de los complementos formalmente realizados en las construcciones con reducción se puede deducir que no existe ningún requerimiento de argumentalidad o centralidad, aunque la elipsis es más frecuente cuando alguno de los complementos explícitos está regido por el verbo.

- (184) *Por librar mi rudeza de juizios y Ø mi espíritu de trabajos.*
- (185) *Levava en la mano izquierda un escudo de azero muy fuerte, y Ø en la derecha una imagen femenil entallada.*
- (186) *Trae el agua del corazón a los ojos y Ø de los ojos a la boca.*
- (187) *Hallava áspero lo que respondía y Ø sin aspereza lo que mostraba.*
- (188) *Bolvíase súbito colorada y Ø después amarilla, tornávase ronca su boz.*
- (189) *Que comencé tenprano a dolerme y Ø tarde a quexarme.*
- (190) *Mill vezes pensé venir a darte remedio y otras tantas Ø darte la sepultura.*
- (191) *Tenía tal alteración y Ø tan sin aliento la habla como si esperara sentencia de muerte.*
- (192) *Iva a buen tiempo para llorarlo y Ø tarde para darle remedio.*
- (193) *Que recibieras por lo hecho fin en la vida y Ø manzilla en la fama.*
- (194) *Que quienquiera oviera envidia de lo que obravan y Ø compasión de lo que padecían.*
- (195) *Dexarías a ella condenada y Ø a ti desonrrado.*
- (196) *Si a bien salen las cosas son alabadas por buenas, y si Ø a mal, Ø avidas por desvariadas.*

La oración de (196) es bastante singular si la comparamos con las demás porque está formada por dos oraciones condicionales coordinadas copulativas. Como las condicionales son oraciones bimembres, se produce una reducción verbal doble en la segunda prótasis y apódosis coordinadas. Esta elipsis doble produce un efecto de rebuscamiento compositivo, también intensificado por la contraposición semántica entre los componentes formalizados, práctica que no parece tan recurrente en las construcciones con reducción verbal como en las que acogen un verbo vaciado, aunque desde luego que se localizan abundantes ejemplos, como (198). Incluso se encuentran oraciones con reducción en las que el contraste se manifiesta a través de las personas gramaticales, como en (195), (201), (202), (204), (205).

- (197) *Sería de los comarcanos despreciado y de los naturales Ø desobedecido, y de todos Ø mal estimado.*

También al abordar el vaciado en *Cárcel de amor* hemos visto oraciones en que se

produce más de una elipsis verbal en el enunciado. El mismo fenómeno observamos en (197), donde el nexos y coordina tres predicados copulativos, los dos últimos con reducción del núcleo. Los atributos copulativos de los tres predicados no expresan contraposición semántica alguna, sino que, al contrario, parece darse cierta equivalencia semántica entre ellos por el cariz negativo que comparten; mientras que, por su parte, los complementos agentes expresan una progresión de su alcance referencial, el último de los cuales —el cuantificador universal *todos*— incluye la referencia de los dos complementos agentes anteriores (*los comarcanos*, es decir, los que viven en territorios vecinos, y *los naturales*, los habitantes propios de la región).

(198) *Siendo derecha, la justicia es alabada, y si es favorable, Ø aborrecida.*

(199) *No pongas en peligro tu vida y Ø en disputa mi onrra.*

En el ejemplo (199) la reducción de núcleos verbales coordinados parece un recurso superfluo por la equivalencia semántica de los constituyentes expresos *en peligro* y *en disputa*, que, aunque no sean totalmente sinónimos, podrían haberse simplificado en un único verbo, dando lugar a una oración simple con dos CCDD coordinados. Si la elipsis verbal es una práctica habitual en *Cárcel de amor*, no lo son menos otros procedimientos contrarios de *amplificatio*, como tenemos en este caso con la repetición cuasi sinonímica que se establece entre los complementos de régimen del verbo *poner*, la misma que se observa en otros ejemplos aquí citados, como (209).

(200) *Que veo el testimonio cierto y el juicio Ø no acabado.*

(201) *Tú serás muerta sin justicia y de mí Ø llorada con razón.*

(202) *Tu fin acabará dos vidas, Ø la tuya sin causa y Ø la mía por derecho.*

Es interesante (202) en tanto la reducción es doble y se produce en el interior de dos aposiciones explicativas coordinadas del SN precedente, *dos vidas*.

(203) *¡[...] El qual dexará el padre culpado y Ø la madre con dolor y Ø la hija sin salud y Ø el reino sin eredera!*

Como en el ejemplo precedente, también (203) ilustra un proceso doble de reducción de núcleos predicativos.

(204) *Que es breve en los días y Ø larga en los trabajos.*

(205) *Estuvo toda aquella noche enterrando los muertos y Ø loando los bivos.*

(206) *Y el rey tuvo a su hija por libre y Ø a Leriano por desculpado.*

(207) *Pues no te pido cosa a tu onrra fea ni Ø a ti grave.*

(208) *Que se puede sentir y no Ø mostrar.*

(209) *Y será perdonada con razón y Ø alabada con verdad.*

(210) *Assí que biviendo causarás que me juzguen agradecida, y muriendo Ø que me tengan por mal acondicionada.*

(211) *Que de mi trabajo sacava pena para mí y no Ø remedio para Leriano.*

En (211) puede razonarse que no estamos ante un predicado con reducción, sino ante una negación correctiva con múltiples constituyentes, de modo semejante a como se argumentó para no incluir estas construcciones negativas en la elisión con partícula de polaridad. Si la elisión con partícula queda descartada, sin embargo, la existencia de varios constituyentes explícitos sugiere que hay un verbo elíptico de facto en correferencia con el verbo explícito del primer predicado coordinado. Igual sucede en (212), donde el esquema funcional es idéntico al de (211), donde tenemos un CD seguido de un complemento con *para*:

(212) *Porque crea mi fe la que tuvo merecer para causalla y Ø no voluntad para satisfazella.*

(213) *Y no solamente a los torpes hazen discretos, mas a los mismos discretos Ø más sotiles.*

En (213) la correlación conjuntiva <no solamente... mas...>, equivalente a la actual <no solamente... sino (también)>, es la que conecta el predicado reducido con el predicado pleno.

(214) *Porque crecen las fuerças a los braceros, y Ø la maña a los luchadores, y Ø la ligereza a los que voltean.*

(215) *Tenía ya turbada la lengua y Ø la vista casi perdida.*

(216) *A unos matas por malicia y a otros Ø por envidia.*

b) En oraciones condicionales:

(217) *Lo qual si a los grandes onbres es devido, más y muy más Ø a las generosas mugeres.*

(218) *El empleo del adverbio cuantificador en la apódosis provee a la oración de un sentido próximo a la comparación, además de corroborar la presencia del verbo elíptico al que modifica.*

c) Yuxtaposición:

(219) *Si el rey no me salva, espero la muerte; si tú me delibras, Ø la de ti y de los tuyos.*

(220) *Tu fin acabará dos vidas, Ø la tuya sin causa y Ø la mía por derecho.*

(221) *Porque en todo el tiempo el corazón se deve ocupar en nobleza; en el hecho Ø con las manos; en la soledad Ø con los pensamientos; en conpañía Ø con las palabras, como agora hazemos.*

De las oraciones yuxtapuestas con reducción verbal destaca la motivada por el paralelismo entre las dos apódosis de las oraciones condicionales yuxtapuestas de (219). En (220) se produce el vaciado en la aposición explicativa compuesta del SN *dos vidas*. Si en la aposición no concurrieran los complementos causales *sin causa* y *por derecho* no sería preciso apelar a un verbo elíptico que explicara qué relación sintáctica existe entre dichos complementos y los SSNN *la tuya* y *la mía*. Por esta razón, antes parece que la aposición sirve de comentario explicativo a todo el predicado y no solo a su CD: ‘tu fin acabará dos vidas, es decir, acabará la tuya sin causa y acabará la mía por derecho’. En (221) es válida la misma argumentación, con la salvedad de que aquí la reducción es triple porque la aposición contiene tres SSVV yuxtapuestos. Por su parte, el ejemplo (219) presenta una fórmula más predecible: aunque se yuxtapongan dos oraciones condicionales y la reducción se desencadene por el paralelismo entre las dos apódosis, es un caso típico de reducción en tanto el hueco elíptico acoge un solo constituyente funcional y se

mantienen como resto de la elipsis dos complementos del verbo, en este caso, las prótasis condicionales que funcionan como modificador oracional y los CCDD: [SUJ²⁴¹] + [Prótasis condicional + V + CD] <coordinación yuxtapuesta> [SUJ] + [Prótasis condicional + V Ø + CD]. Compárese con:

- *María estudió inglés en Londres y Ø francés en París.*

Cuya estructura puede formularse así: [SUJ] + [V + CD + CC] <coordinación copulativa> [SUJ] + [Prótasis condicional + V Ø + CD + CC].

d) Construcción pseudocomparativa:

No se han localizado ejemplos de oraciones comparativas con reducción. Algunas oraciones podrían parecer dudosas en este sentido, pero han sido descartadas apelando a la función coordinativa de *que* y a la contigüidad de los sujetos de los miembros comparativos, que presentan la peculiaridad de ser sujetos atípicos, sujetos oracionales que aparecen en construcciones atributivas formadas por <ser + adjetivo valorativo> o un verbo de significado afín al adjetivo, como en:

(s) *Más te conviene bevir para que sufras que morir para que no penes.*

(t) *Quánto más me conviene ser llamado rey justo que perdonador culpado.*

(u) *Así que te será más provechoso emendarte por mi contradición que avergonzarte por tu perseverança.*

²⁴¹ En este caso, los sujetos no están formalmente realizados más que a través de los morfemas del verbo.

En otras ocasiones, a pesar de la separación de los constituyentes explícitos, se ha preferido no considerar que entre ellos media un verbo elíptico debido a que su dislocación a la izquierda del enunciado los sitúa en una posición no normal en esa construcción oracional:

(v) *De cuyo respeto les somos más obligados que por ninguna razón de las dichas ni de quantas se puedan dezir.*

También han sido desechadas construcciones pseudocomparativas como las de (w) y (x) porque se ha analizado el CC de finalidad como un complemento adjunto o no argumental del correspondiente adjetivo precedente²⁴².

(w) *Querría ser discreto para alabar tu seso como poderoso para remediar tu mal.*

(x) *Que las razones más más te serán en enxemplo para que calles que castigo para que penes.*

Pero, al contrario de las oraciones comparativas, de las que no se han encontrado ejemplos que contengan de manera inequívoca una reducción de núcleos verbales coordinados, sí se ha detectado el fenómeno en algunas oraciones pseudocomparativas:

(222) *Antes pusiera las manos en mí para acabar la vida que Ø en el papel para començar a escrevirte.*

(223) *Antes devrías querer tu pena con mi onrra que Ø tu remedio con mi culpa.*

Para concluir esta sección, citaremos un último ejemplo a primera vista incierto

²⁴² Para la distinción entre complementos argumentales y adjuntos del adjetivo, consúltase Bosque (1999b: 236-237).

respecto a la existencia de reducción verbal:

(y) *Y con este miedo, la mano en el papel, puse el corazón en el cielo.*

La ambigüedad de esta construcción sin verbo surge de que, por un lado, podría considerarse que hay un verbo elíptico correferente con el de la oración siguiente, encajando en el modelo de la reducción de SSVV coordinados. Sin embargo, este análisis colisiona con uno de los requisitos trazados para este fenómeno de elipsis verbal, que determina obligatoriamente la dirección anafórica del vínculo entre la categoría elíptica y su referente explícito. Por este motivo, es admisible —y pensamos, preferible— considerarla simplemente como una construcción absoluta de valor predicativo referida al sujeto del verbo flexionado.

5.1.3. ELISIÓN DEL SV CON PARTÍCULA DE POLARIDAD

Como sucedía con este procedimiento en *Siervo libre de amor*, tampoco en *Cárcel* son muy usuales; solo se han documentado 5 casos.

(224) *Si algund bien quisieses hazerme, no lo tardes; si no Ø, podrá ser que tengas tienpo de arrepentirte.*

(225) *Y que esto todas las mugeres deven assí tener, en muy más manera las de real nacimiento Ø.*

(226) *Que sea esta la postrimera vez que en este caso me hables; si no Ø, podrá ser que te arepientas.*

(227) *Que su propósito de Laureola se podrá mudar y tu firmeza nunca Ø.*

(228) *Si libras a Laureola diráse que heziste osadía, y si no Ø, que pensaste locura.*

Hay tres ocurrencias de elisión con la proforma condicional *si no*, (224), (226) y (228). Se ha catalogado el ejemplo (225) como un caso de elisión con partícula asumiendo que la locución adverbial *en muy más manera* expresa el mismo sentido discursivo que el actual operador de concreción o particularizador *en especial*. Este operador discursivo introduce en el enunciado una particularización a la que el evento o situación descrita se

adecua mejor que a la generalidad de la que forma parte. Aunque Brucart u otros autores consultados no aborden este tipo de fenómeno, nos parece defendible que estamos ante un tipo de elipsis equiparable a la motivada por una partícula de polaridad positiva como *también*, aunque el significado de la expresión desencadenante de la elipsis —la locución *en muy más manera*— va más allá de la mera adición. Si se acepta su equivalencia con el operador *en especial* y que este operador conecta dos enunciados, es necesario explicar la estructura del segundo de ellos, compuesto por un único constituyente, el SN *las de real nacimiento*. Es en este punto donde surge la disyuntiva, ya que si parece posible proponer que el segmento introducido por la locución adverbial tiene carácter oracional y contiene, por tanto, un predicado elíptico, puede ser válido también entender que este segmento funciona como aposición explicativa del SN *todas las mugeres*.

Recordemos que no deben considerarse casos de elisión con partícula oraciones como:

(z) *Y como semejantes autos se acostunbran en Macedonia hazer por carteles y no en presencia del rey, enbió en uno Persio a Leriano las razones siguientes.*

En ella, el SN coordinado *no en presencia del rey* no debe interpretarse como una elisión del SV con partícula de polaridad negativa; se trata de una negación correctiva, según se especificó en el 3.3.3. (p. 199 y ss.).

5.1.4. ANÁFORA DE COMPLEMENTO NULO

Se han contabilizado 34 casos de anáfora; en general, todos ellos encajan en los parámetros fijados para este procedimiento en el 3.3.4.

(229) *Supliquéle con la mayor cortesía que pude Ø me quisiese dezir quién era.*

(230) *Por dolerme de ti segund yo deviera Ø y tú merecías Ø.*

- (231) *Podría ya dezir lo que quisiese Ø.*
- (232) *No recibirás la pena que merecías Ø.*
- (233) *Fueran estimadas y tenidas segund merecen Ø.*
- (234) *Podrás dezir que cómo pensé escrevirte; no te maravilles Ø, que tu hermosura causó el afición.*
- (235) *Y si esto no quisieres hazer por quien debes Ø [...].*
- (236) *He dubdado sobre cuál haré antes: desterrar a ti de la tierra o a mí de mi fama en darte lugar que digas lo que quisieres Ø.*
- (237) *El trabajo que por mí has recebido y el deseo que te he visto me obligavan a ofrecer por ti la vida todas las vezes que fuera menester Ø.*
- (238) *[...] Me obligavan a ofrecer por ti la vida todas las vezes que fuera menester; mas, pues lo menos della me queda de bevir, séate satisfacción lo que quisiera Ø y no lo que puedo Ø.*
- (239) *Dirás que cómo tan presto [...] desfalleció mi sofrimiento; no te debes maravillar Ø, que tu poca esperança y mi mucha pasión [...].*
- (240) *Que no sabía responderle como yo devía Ø y quien él era.*
- (241) *Vinieron los cavalleros cada uno aconpañado y favorecido como merecía Ø.*
- (242) *Y de mi vida y lo mío ordena lo que quisieres Ø.*
- (243) *La respuesta del rey no fue tan dulce como deviera Ø.*
- (244) *Porque fueses alegre como yo deseo Ø y loado como tú mereces Ø.*
- (245) *No te escrivo tan largo como quisiera Ø por proveer lo que a tu vida cumple.*
- (246) *Partíme con la mayor priesa que pude Ø.*
- (247) *Yo hize lo que devía Ø segund piadosa, y tengo lo que merezco Ø segund desdichada.*
- (248) *Porque el corazón de cuyo es el caso no puede estar sin ira o cobdicia o afición o deseo o otras cosas semejantes, para determinar como deve Ø.*
- (249) *Aunque fuese poca paga [...], la qual yo te daría como devo Ø si la quisieses de mi hazienda y no de mi onrra.*
- (250) *Ternás en el reino toda la parte que quisieres Ø.*
- (251) *Cada uno aguzava el seso lo mejor que podía Ø.*
- (252) *Los firmes enamorados, para abonarse con las que sirven, buscan todas las formas que pueden Ø.*
- (253) *Y no sólo nos aprovechan en hazernos usar la franqueza como devemos Ø.*
- (254) *Porque como tratamos a cada uno como merece Ø, cada uno nos da lo que merecemos.*

(255) *Para que las loadas las virtudes desta nación fueran tratadas segund merecen Ø.*

(256) *Más poder tuviera mi deseo que fuerça la muerte; mas para librarte della, ni tu fortuna quiso Ø, ni yo, triste, pude Ø.*

(257) *Me obligavan a ofrecer por ti la vida todas las vezes que fuera menester Ø.*

Además de los verbos modales habituales en la anáfora de complemento nulo (*querer, deber, poder*), también aparecen otros como *desear, merecer, maravillarse* o la estructura atributiva *ser menester*.

	Ejemplos	Ocurrencias
<i>Querer</i>	(231), (236), (238), (242), (245), (250), (256)	7
<i>Dever</i>	(230), (235), (240), (243), (247)- (249), (253)	8
<i>Poder</i>	(229), (238), (246), (251), (252), (256)	6
<i>Merecer</i>	(230), (232), (233), (241), (244), (247)-(249), (253)	9
<i>Desear</i>	(244)	1
<i>Maravillarse</i>	(234), (239)	2
<i>Ser menester</i>	(237), (257)	2

Si se considera un caso de anáfora complemento nulo la elipsis de la oración completiva (ya sea con *que* o con infinitivo) dependiente de verbos como *poder, querer, acordarse de, obligar a...*, parece legítimo suponer que el mismo fenómeno sucede con la

construcción *ser menester* de (237) y (89), cuyo significado equivale al de *necesitar*, aun cuando, en sentido estricto, la oración elíptica funciona como sujeto de la estructura copulativa. Sin embargo, es un sujeto atípico, tanto por su carácter oracional como por su posición y, en relación a las pautas fijadas para la anáfora, el ejemplo se ajusta a la perfección. Por tanto, lo hemos interpretado como un caso de anáfora de complemento nulo.

Las estructuras oracionales más frecuentes presentan el verbo con complemento elíptico como predicado de una oración de relativo, bien con antecedente —(229), (232), (237), (246), (250), (252), (257)— o sin antecedente —(231), (235), (236), (238), (242), (247). También son habituales las construcciones modales con *como* —(240), (241), (244), (248), (249), (253), (254)— y *segund* —(230), (233), (247), (255). E incluso se da la anáfora en dos oraciones comparativas de igualdad con *<tan... como>* —(243) y (245). El único verbo con régimen preposicional, *maravillarse de*, en las dos ocasiones en que aparece se yuxtapone a la oración que contiene el antecedente de su complemento elíptico, en una construcción idéntica: el núcleo verbal de la primera oración es una forma del verbo *dezir* seguido de una oración interrogativa indirecta con *cómo* y a esta oración se yuxtapone, con un sentido cercano al adversativo, la oración con *maravillarse*. Por lo demás, es posible que se coordinen dos predicados con anáfora de complemento nulo; tal es el caso de (230), (238), (244), (247) y (256).

El alcance de la anáfora, qué elementos se han de catalizar y qué modificaciones implica la catálisis son aspectos a tener en cuenta a la hora de describir el funcionamiento de este proceso elíptico. Tal y como se dijo en el apartado correspondiente, la catálisis del complemento oracional puede suponer la adaptación de la referencia de persona, la cual a veces da lugar a una oración flexionada con *<que + subjuntivo>* y otras, a una oración

completiva de infinitivo; así en (230), donde tenemos los dos resultados: *Por dolerme de ti segund yo deviera [dolerme] y tú merecías [que yo me doliera]*. El contexto habitual es aquel en que el complemento nulo es un predicado formado por el verbo y algún argumento (normalmente el CD o el CI), aunque también su alcance puede ser mayor, refiriéndose a toda la oración precedente, como sucede en (256), al menos en el caso del complemento elíptico de *quiso*, donde el sentido global del enunciado apunta en esa dirección: ‘Ni tu fortuna quiso [que tuviera más poder mi deseo que fuerça la muerte]. En el caso de *pude*, segundo verbo afectado por la elipsis, la referencia anafórica no es tan transparente y parece que el complemento nulo no es el mismo que para el verbo *quiso*: ‘Ni yo, triste, pude [librarte de ella]’. E incluso es factible la interpretación que otorga al complemento nulo un antecedente pragmático-discursivo, dada la drástica reformulación morfo-sintáctica que supondría el reconstruir para el verbo *pude* el mismo antecedente que para *quiso*: ‘Ni yo, triste, pude [hacer que mi deseo tuviera más poder que fuerça la muerte]’. Pero no es este el único ejemplo donde se suscitan dudas respecto a la interpretación del antecedente anafórico del complemento nulo. En concreto, en (234) es dable pensar que el antecedente del complemento nulo de *te maravilles* es toda la oración interrogativa indirecta previa (*cómo pensé escrevirte*) o bien que solo se refiere a parte de esta oración, el infinitivo completivo *escrevirte*. En (238), en cambio, la ambigüedad surge de la distancia que separa los complementos de los predicados coordinados *quisiera* y *puedo* de su antecedente compartido, ya que hay que localizarlo en la oración anterior (el predicado *ofrecer la vida*), mediando entre ellos incluso otra anáfora de complemento nulo con el mismo antecedente (la anáfora del sujeto de *fuera menester*). De modo similar al señalado para (256), la oración de (241) presenta la dificultad de explicar el drástico reajuste que exige la catálisis del complemento elíptico, además de surgir problemas de concordancia entre el predicado antecedente y el predicado elíptico, puesto que *merecía*

concuera con *cada uno* —y no con *los cavalleros*—, de manera que se deduce que el predicado antecedente del complemento nulo ha de referirse a *acompañado y favorecido*, siendo la paráfrasis con complemento catalizado ‘vinieron los cavalleros cada uno acompañado y favorecido como merecía [ser acompañado y favorecido]’, pero no existe verbo copulativo en el antecedente que valide esta reconstrucción. Todas estas razones indican que el complemento oracional de *merecía* tiene carácter pragmático-discursivo y no es admisible hablar de elipsis gramatical.

5.1.5. TRUNCAMIENTO

Este es el único ejemplo de truncamiento en las tres obras analizadas:

(258) *Si te plaze matarme por voluntad, óbralo, que por justicia no tienes por qué Ø.*

Como señalábamos en el 3.3.5., este tipo de elipsis gramatical suele suceder entre oraciones coordinadas adversativas, la segunda de ellas con elipsis de la oración interrogativa indirecta —a excepción del pronombre interrogativo que la representa—, tal y como vemos aquí, donde el nexos *que* también parece dotar de sentido adversativo a la coordinación entre la primera oración condicional y la segunda con elipsis. En este ejemplo, el predicado elíptico se corresponde con la apódosis condicional de la primera oración, *óbralo*, aunque en su reposición es necesario amoldar sus características morfosintácticas a las exigencias estructurales de la oración truncada y catalizar un infinitivo en lugar del imperativo: ‘si te plaze matarme por voluntad, óbralo, que por justicia no tienes por qué [obrarlo]’. No obstante, el uso de *por qué* con el verbo *tener* es especial en tanto se trata de un predicado que no selecciona una auténtica oración interrogativa indirecta, o en palabras de Suñer (1999: 2155 y ss.), una «pregunta indirecta verdadera» —en oposición a las «preguntas indirectas impropias—, puesto que construcciones como *no tener por qué* o *no haber por qué* no introducen una pregunta, sino

que aseveran una proposición. Además de esta diferencia semántica, se añade una importante diferencia sintáctica entre los predicados que rigen una pregunta indirecta verdadera y aquellos otros que seleccionan una pregunta indirecta impropia, pues solo los primeros pueden incluir un *que* completivo entre el verbo y el pronombre interrogativo:

- *Le preguntaron que a quién invitó Susi al concierto.*

- * *Todo el mundo confesó que cuánto habían perdido en el casino*²⁴³.

El principal requisito para que se produzca el truncamiento es que el interrogativo reproduzca el régimen del complemento antecedente con que se relaciona. Esto es, un verbo como *hablar* puede seleccionar un complemento de tema o asunto con *de* y un complemento introducido por *con* para expresar el interlocutor; si la oración truncada repite como interrogativa uno de estos complementos, lógicamente, se necesita que el régimen preposicional sea el mismo:

- *Habló con Juan, pero no sé de qué Ø.*

La extrañeza del ejemplo de *Cárcel* radica en cómo entender la coexistencia del complemento *por justicia* y la interrogativa indirecta de causa también con *por*, que con otros predicados resulta agramatical:

- * *Habló con Juan, pero de música no sé de qué.*

Esta incongruencia hace pensar que en realidad estamos ante un giro verbal (<*no*

²⁴³ Estos dos ejemplos son también de Suñer (*óp. cit.*).

tener por qué + infinitivo>) donde el interrogativo forma parte de una estructura gramaticalizada y su función no es la de un complemento causal al uso²⁴⁴.

Para explicar la práctica inexistencia de ejemplos de truncamiento en el corpus considerado se echan en falta otros estudios que permitan establecer la cronología del fenómeno, cuándo surge o en qué tipo de textos se documenta con más frecuencia y si su comportamiento sigue las mismas pautas que en la lengua actual.

5.2. ELIPSIS NOMINAL EN *CÁRCEL DE AMOR*

5.2.1. ELIPSIS DEL SUJETO DEL VERBO NO PERSONAL

5.2.1.1. ELIPSIS DEL SUJETO DEL INFINITIVO

En total, se producen 598 ocurrencias de la elipsis del sujeto del infinitivo en *Cárcel*, de los que 62 son catafóricas. Dada la cantidad de datos, solo recuperaremos aquellos que ayuden a ilustrar las estructuras y fenómenos más representativos del texto.

Infinitivo término del SP	61 %
Infinitivo completivo	34 %
Infinitivo PVO	5 %

²⁴⁴ Puede que el hecho de que *tener* no seleccione una verdadera pregunta indirecta explique la formación de esta construcción, pero, al no haber encontrado en la bibliografía ninguna información que corrobore este posible vínculo, es una cuestión que queda por resolver.

INFINITIVOS EN FUNCIÓN DE SUJ	
<i>ser</i>	(328), (329)
<i>parecer</i>	(330), (331)
<i>doler</i>	(332)
<i>desplazer</i>	(333)
<i>estar</i>	(265)
<i>figurar</i>	(269)
<i>convenir</i>	(272)
<i>conplir</i>	(273)
<i>placer</i>	(276)
<i>ser menester</i>	(281)
<i>acaecer</i>	(283)

INFINITIVOS EN FUNCIÓN DE PVO	
<i>parecer</i>	(340)
<i>ver</i>	(341), (342) o (343)
<i>oír</i>	(344)
<i>sentir</i>	(345)

INFINITIVOS EN FUNCIÓN DE CD	
<i>entender</i>	(335)
<i>mandar</i>	(350)
<i>querer</i>	(353)
<i>creer</i>	(338), (339)
<i>haver por mejor</i>	(266)
<i>pensar</i>	(267)
<i>acordar</i>	(268)
<i>tomar por</i>	(270)
<i>esperar</i>	(271)
<i>hallar</i>	(274)
<i>osar</i>	(275)
<i>desear</i>	(277)
<i>saber</i>	(278), (279)
<i>merecer</i>	(280)
<i>consentir</i>	(282)

<i>hazer</i>	(348), (335), (349)
<i>dexar</i>	(351), (352)
<i>mandar</i>	(337)

- (259) *He plazer de mostrarte Ø mi escusación con justas causas por salvarme.*
- (260) *No he avido menos plazer de oírte Ø que dolor de verte Ø.*
- (261) *Y después de besalle cØ las manos recibí su carta.*
- (262) *E Galio tenía adereçada, y después de besalle cØ las manos otra vez fue a ayudar Ø.*
- (263) *Ara Suria, y llegado allá, después de besar cØ las manos a Laureola supliquéle lo.*
- (264) *Sino para desear Ø morir Ø, para vengarme Ø dél, tomallas he prestadas de la enemistad que le tengo²⁴⁵.*
- (265) *No me fallesce conoscimiento para ver Ø cuánto me estaría mejor preciarme Ø de lo que callase que arepentirme Ø de lo que dixiese.*
- (266) *Pensé hazerla, haviendo por mejor errar Ø en el dezir que en el desobedecer.*
- (267) *Quando pensava ponerlas Ø en poder de algún suyo, temía que serían vistas.*
- (268) *Y también acordé endereçarla Ø a vuestra merced porque la favorezca.*
- (269) *No hazer cØ el ruego de aquel que assí padecía figurávaseme inhumanidad.*
- (270) *Y después que rebolví el pensamiento en muchos acuerdos, tomé por el mejor ponerle Ø en alguna plática.*
- (271) *Este preso que lievo a la cárcel de Amor, donde con solo morir se espera librar Ø.*
- (272) *Pero que me convenía dexar Ø las armas primero que entrase.*
- (273) *Y también para mirar la forma del aposentamiento, por saber Ø dónde me conplía ir Ø o estar Ø o aguardar Ø para el negocio.*

²⁴⁵ No se han tenido en cuenta los infinitivos que participan en las formas perifrásticas del futuro, como el que encontramos en (264): *tomallas he prestadas*.

(274) *Y buscadas todas las maneras que me avían de aprovechar, hallé la más aparejada comunicarme Ø con algunos mancebos cortesanos de los principales que allí veía.*

(275) *En sus muestras hallava licencia para que osase dezir Ø.*

(276) *Pero si tanta merced quisieses hazerme que a estas razones te pluguiese responder Ø.*

(277) *Pero si su voluntad por no enojarte Ø desea sufrir Ø, su alma por no padecer Ø querría quejarse.*

(278) *En tu virtud tengo esperança que, segund la usas, no sabrás hazer Ø otra cosa.*

(279) *Traía tantas rebueltas en el corazón que no sabía qué responderme Ø.*

(280) *Si la bondad no merece ser Ø justificada, en verdad tú eres injusto juez.*

(281) *No era menester dezirme cØ las razones por que los poderosos deven recibir consejo, porque aquellas y otras que dexastes de dezir tengo yo conocidas.*

(282) *Y puesto que su constitución no le consintiese mucho hablar Ø.*

(283) *Que a las vezes acaece hallar Ø en su presto acordar lo que nosotros con muy largo estudio y diligencias buscamos.*

El esquema oracional más frecuente es aquel que presenta el infinitivo como término de un SP (365 ocurrencias) y precisamente, casi la totalidad de las elipsis catafóricas tiene lugar en este esquema (59 de 65 casos).

Gran parte de los ejemplos del esquema <preposición + infinitivo> tiene la función de circunstanciales de la oración, pero no faltan los que constituyen complementos regidos por el verbo, como se comprueba en (284), (285), (286):

(284) *N los ojos la lengua, más entendía en mirar Ø maravillas que en hazer Ø preguntas.*

(285) *Tiduras amarillas que se trabaja por quitarme Ø la vida, se llama Desesperar.*

(286) *Por dos cosas me culpo de haverme Ø tanto detenido contigo.*

O por locuciones verbales como <tener gana de + infinitivo> en (287) o <tener lugar de + infinitivo> en (288):

(287) *Deves tener más gana de morir Ø que de hablar Ø.*

(288) *Donde Leriano tuvo lugar de mostrar Ø su virtud.*

El ejemplo (289) también ilustra el esquema <V + CPR>, donde el complemento

regido es en este caso un infinitivo introducido por la preposición *de*; su peculiaridad radica en que se opte por el infinitivo a pesar de que su sujeto no coincida con el del predicado regente:

(289) *No os maravilléis de assí no hazello Ø, que veo el testimonio cierto.*

Pero también adjetivos y sustantivos pueden estar modificados por SSPP con un infinitivo como término preposicional si las características semánticas de los núcleos lo permiten. Cuando esto sucede, el complemento puede estar exigido —como en (290) o (291)— o bien ser un complemento opcional —(292), (293)—, igual que sucede con los verbos, ya que en ocasiones estos adjetivos y sustantivos proceden de verbos y heredan su estructura argumental:

(290) *Pero no contento con dezírgelo Ø aquella vez, todas las que la veía ge lo suplicava.*

(291) *Pues eres obligado a ser Ø igual en derecho.*

(292) *Pues me puse en ella más por necesidad de obedescer Ø que con voluntad de escrevir Ø.*

(293) *El qual, como me vio atónito de ver Ø cosas de tales misterios.*

Por su parte, las oraciones (294)-(297) nos muestran SSPP de función circunstancial, en concreto, complementos de finalidad introducidos por *a* con verbos de movimiento²⁴⁶ del tipo *salir*, *ir*, *adelantarse* o *venir*²⁴⁷:

²⁴⁶ No obstante, hay razones para considerar estos complementos como CPR de los verbos de movimiento.

²⁴⁷ Hay que distinguir el sentido de dirección de *venir* del que expresa la perífrasis <venir a + infinitivo> (en *DRAE*, ‘dicho de una cosa que se esperaba o se temía: suceder finalmente’; en *DCRLC*, ‘alcanzar, lograr’): «Que por no selles aborrecibles para venir Ø a ser desamados, somos tenplados en el comer y en el beber».

(294) *Todos los grandes señores y mancebos cortesanos salieron a recibirle Ø.*

(295) *Díxole que en despachando se fuese a ayuntar Ø con él.*

(296) *Mandó aquel mismo caudillo que él y los que con él fuesen se adelantasen a la celada a cavalgar Ø.*

(297) *Y por satisfacerme acordé de venir a verte Ø.*

Este mismo contenido puede ser expresado mediante las preposiciones *por* y *para*, según podemos ver en (298)²⁴⁸ y (299) respectivamente, o en (300), donde se coordinan dos oraciones con CC de finalidad, el primero expresado por la preposición *por* y el segundo por *para*:

(298) *Assí que por conplir cØ su mandamiento pensé hazerla.*

(299) *Aunque me falta sofrimiento para callar Ø, no me fallesce conoscimiento para ver Ø.*

(300) *Fui a palacio por ver Ø el trato y estilo de la gente cortesana, y también para mirar Ø la forma del aposentamiento.*

Son más habituales los complementos con *por*, pero no siempre queda claro si prevalece el sentido final o el causal. De hecho, son los SSPP con *por* los que mejor se prestan a la construcción catafórica, dada la relativa frecuencia con que se anteponen al principio de su oración, según ejemplifica también (298). Además de la preposición *por*, si no es común al menos sí se constata el uso de *con* para introducir complementos de causa; es el caso de (301):

(301) *Este preso que lievo a la cárcel de Amor, donde con solo morir Ø se espera librar Ø.*

Otros circunstanciales con infinitivo son de lugar en (302) con preposición *en*; de

²⁴⁸ La mayoría de las veces es difícil distinguir el sentido final del casual cuando la preposición es *por*.

tiempo en (303) con la misma preposición, o con *al* en (305) o *después de* en (304)²⁴⁹. La locución preposicional *en lugar de* —ejemplo (306)— también selecciona una oración de infinitivo con sujeto elíptico correferente con el del predicado principal, aunque su clasificación como circunstancial y su sentido sean controvertidos (v. Hernanz 1999: 2330-2332):

(302) *En siguille Ø había peligro y en dexalle Ø flaqueza.*

(303) *Assí que harás tú tanto en quitalle Ø la muerte como Dios en darle Ø la vida.*

(304) *Y después de besalle Ø las manos recibí su carta.*

(305) *Porque al salir Ø en los cavallos no recibiese daño.*

(306) *Pero como los primeros movimientos no se puedan en los honbres escusar, en lugar de desviallos cØ con la razón, confirmélos con la voluntad.*

En muchos de estos ejemplos citados, en los que el infinitivo constituye una oración subordinada adverbial no seleccionada por el predicado principal, es normal que se produzca la catáfora, pues se trata de los constituyentes oracionales con mayor libertad de posición.

Es posible, aunque no abunde, que el infinitivo encabezado por la preposición *de* se integre en un SP que funciona como sujeto de un verbo de afección de construcción pronominal, como *plazer* en (307):

(307) *Porque tú la traes plázeme de tomarla Ø.*

En otras ocasiones, el SP introducido por *de* es un complemento argumental de un verbo cuyo régimen actual no exige preposición, siendo el complemento, entonces, un CD;

²⁴⁹ No se localizan ejemplos de complementos de tiempo introducidos por *antes de* o *antes que*. Los ejemplos con *antes que* tienen sentido pseudocomparativo excluyente, no temporal: «Sienpre tove por costunbre de servir Ø antes que inportunar Ø».

es lo que sucede con *acordar de* (con el sentido de ‘decidir’) en (308), (309) y (310), frente a (311), donde no hay preposición:

(308) *Y tengo acordado de no hazer Ø lo uno de compasión tuya.*

(309) *Acordé de ge la dar Ø.*

(310) *Ida la carta de Laureola acordé de partirme Ø para Leriano.*

(311) *Y tanbién acordé endereçarla Ø a vuestra merced porque la favorezca.*

Otros predicados son *prometer* en (312), *determinar* en (313), *pensar* en (314)²⁵⁰ o *acordar* en (315)²⁵¹:

(312) *Yo prometo de nunca olvidar Ø.*

(313) [...] *Es mi fe, que determinó de sufrir Ø el dolor de su pena por bien de su mal.*

(314) *Efenderme Ø la entrada, pensé de ir Ø en orden de guerra; y con tal pensamiento, h.*

(315) *Y llegado donde estava, acordé de ge la dar Ø.*

Y viceversa, encontramos verbos que rigen un complemento con preposición que, sin embargo, no presentan dicha preposición en el texto, como en (316)²⁵², donde a *obligar* le falta la preposición *a* que hoy selecciona necesariamente²⁵³:

(316) *Tanto me ha obligado amarte Ø tu nobleza, que avría tu remedio por.*

Otros cambios de régimen son habituales, por ejemplo, la alternancia preposicional entre *en* y *por* en los complementos seleccionados por el predicado *trabajar* en el

²⁵⁰ También se localizan ejemplos sin preposición, como (267).

²⁵¹ Compárese con el ejemplo (268), donde el mismo verbo, con la acepción de ‘determinar o resolver deliberadamente’, no exige preposición.

²⁵² Es posible que la preposición se haya asimilado a la vocal inicial del infinitivo *amar*.

²⁵³ V. n. 214.

mencionado (285) o en el siguiente (317):

(317) *Respuesta no la esperes ni trabages en pedirla Ø.*

Según se argumentó en el 3.4.1.1.3, la existencia del sujeto elíptico de las formas no personales encuentra un apoyo sintáctico en la aparición de otros complementos concordantes con tal sujeto. Así en (318), donde la presencia del sujeto elíptico queda refrendada por el PVO concordante *sola*; y en (319), por el ATR *piadosos*:

(318) *Los quales, de compasión, viéndome quedar Ø sola, por aconpañadores me diste.*

(319) *Si fueran tan obligados a ser Ø piadosos como leales.*

En (320) o (321) se observa un esquema habitual: la relación entre sujeto elíptico y antecedente explícito —el sujeto principal— es anafórica gracias a la interposición del segmento con infinitivo entre el verbo principal y su sujeto:

(320) *Unos por no deservir Ø al rey dixieran que era mal hecho, y otros, por asegurar Ø su hacienda, que lo debía dexar.*

(321) *Los firmes enamorados, para abonarse Ø con las que sirven, buscan [...].*

En *Triunfo* veremos también cómo, a pesar de la colocación del verbo principal al final del periodo oracional, la catáfora no se gesta debido a la anteposición del sujeto explícito principal —controlador del correspondiente al infinitivo, generalmente— a la posición inicial. Sin embargo, San Pedro no parece ser tan devoto de esta modalidad organizativa como el autor de *Triunfo*.

A veces el SN antecedente está representado por un clítico que se adhiere al infinitivo cuando éste es un verbo reflexivo, como en (322):

(322) *Que para ello le requería; y por no detenerme Ø en las prolixidades que en este caso pasaron.*

Parece baladí distinguir aquí si se trata de una elipsis catafórica o anafórica, dada la adjunción del clítico al infinitivo. Más frecuente es que el clítico antecedente sea

complemento del predicado principal como en (323) o (324):

(323) *Aunque me falta sofrimiento para callar Ø, no me fallesce conoscimiento para ver Ø cuánto me estaría mejor preciarme Ø.*

(324) *Que se me ofrecen más cosas para no poder Ø conplirlo.*

Pero sucede a menudo que la identificación del antecedente del sujeto elíptico es ambivalente. Así ocurre en (325), donde no queda claro si el antecedente es *yo* o *tú* ('al saber tú que yo te escribo, me huye la sangre' 'al saber yo que yo te escribo, me huye la sangre'):

(325) *No responderé a todas las cosas de tu carta, porque en saber Ø que te escribo me huye la sangre.*

Como ya se advirtió en el *Siervo*, existen también en *Cárcel* infinitivos cuyo sujeto elíptico se ha de interpretar como paciente, tal y como sucede en (326): 'así como tus razones fueron temerosas para ser dichas, así son graves para ser perdonadas':

(326) *Así como fueron tus razones temerosas de dezir Ø, assí son graves de perdonar Ø.*

Aunque pueda parecer la misma construcción, este ejemplo no es equivalente al de (327), donde el infinitivo tiene un claro valor pasivo-reflejo, como indica la marca *se* adjuntada a él, siendo el antecedente de su sujeto el SN *semejantes favores*:

(327) *Porque semejantes favores desean publicarse Ø, teniendo más acatamiento a la vitoria dello.*

Un análisis diferenciado merecen las construcciones de infinitivo completo, distinguiendo aquellas en que la oración de infinitivo funciona como SUJ o CD, por un lado, de las construcciones en que el infinitivo es equiparable a un PVO. Entre los usos del infinitivo completo son mayoría aquellos en los que esta forma verbal sirve de CD o de SUJ al verbo rector. Siguiendo a Hernanz (1999: 2272-2274), los predicados que seleccionan un infinitivo como SUJ pueden agruparse en cuatro clases: los verbos de afección (*gustar, importar, molestar...*), los verbos transitivos de significado causativo

(*agravar, crear, ocasionar...*), los verbos de significado próximo al causativo y con dos argumentos (*animar, ayudar, obligar...*) y el verbo copulativo *ser*.

Cuando el infinitivo es SUJ, el verbo principal es copulativo en (328), (329):

(328) *Mándamela dar, que muy mejor es morir Ø por tu causa que bevir Ø sin tu esperança.*

(329) *Doso del mayor bien desta vida, que es averte Ø visto, fuera bienaventurado en no oír c.*

Si bien las oraciones copulativas no contienen ningún SN que pueda servir de controlador del sujeto elíptico, se descarta la interpretación impersonal o genérica por ser posible localizarlo en el contexto verbal inmediato.

También puede seleccionar al infinitivo como argumento sujeto un verbo de opinión como *parecer*²⁵⁴, según se observa en (330) y (331), o los predicados de afección *doler* en (332) y *desplazer* en (333), todos ellos con un clítico dativo que actúa como controlador del sujeto elíptico:

(330) *Dexar cØ el camino que levava parecíame desvarío.*

(331) *Pareciéndole inhumanidad perder Ø por tan poco precio un onbre tal.*

(332) *Ía, el corazón en el cielo; no te duela dexar Ø lo que se acaba por lo que permanece; quiere.*

(333) *Morir cØ no creas que me desplaze.*

El ejemplo (332) ilustra el uso del verbo de afección *doler* sin régimen preposicional, concordando con el infinitivo sujeto. La alternancia entre el régimen completivo y el preposicional del verbo *doler* parece estar determinada por las características léxicas del argumento: cuando es un predicado, se prefiere la estructura completiva, mientras que en el caso de que el argumento se refiera a una persona, el verbo exige un régimen preposicional

²⁵⁴ Para la diferencia entre los usos copulativos y predicativos de *parecer*, v. Fernández Leborans (1999: 2441-2454).

con *de*; compárese el ejemplo anterior con (334):

(334) *Era tener Ø libre de sentimiento, por dolerme Ø de ti segund yo deviera y tú merecías.*

Algunos predicados transitivos también presentan oscilación entre el régimen transitivo y el preposicional, como le sucede al verbo *entender* con la acepción de ‘tener intención o mostrar voluntad de hacer algo’, contrastable en los ejemplos (335) y (336):

(335) *Te entiendo matar Ø o echar Ø del canpo, o lo que digo hazer Ø confesar Ø por tu boca.*

(336) *Si más entiendes en procurar Ø su libertad, buscando remedio para él hallarás peligro para ti.*

Como sucede con *entender*, los predicados transitivos que seleccionan una oración de infinitivo como CD suelen adscribirse al campo semántico de la cognición y la voluntad, como *creer, pensar, saber, hallar, haver por mejor, tener por o querer, desear, entender, mandar, dexar, osar, consentir*. El verbo *mandar* ha sido doblemente incluido entre los predicados que seleccionan un infinitivo como CD y un infinitivo como PVO. El ejemplo (337) ofrece un uso transitivo de este predicado, con el sentido de ‘ordenar’, siendo el clítico dativo *le* el controlador del sujeto elíptico del infinitivo que actúa como CD; es decir, estamos ante un predicado biactancial, sintetizable en el esquema <V + CI + CD>:

(337) *Mandóle ir Ø a una villa suya*²⁵⁵.

Ya notamos anteriormente²⁵⁶ que no siempre la elección de la oración flexionada y la oración de infinitivo sigue las pautas actuales. En la oración de (338) de nuevo vemos una

²⁵⁵ Compárese con esta oración en que se prefiere por la oración flexionada en subjuntivo: «Mandó a un capitán suyo con cient onbres darmas que fuese a la posada de Persio».

²⁵⁶ Ya se notó el mismo fenómeno en el ejemplo (289).

construcción donde, en lugar de la oración flexionada, se opta por el infinitivo a pesar de que no comparte el mismo sujeto del verbo que lo rige, en este caso el gerundio *creyendo*:

(338) *Que vistas las cosas desta tu cárcel, yo dubdava de mi salvación, creyendo ser Ø hechas más por arte diabólica.*

La misma construcción con el verbo *creer* se desarrolla en (339):

(339) *Julia [...], muger de Ponpeo [...], que trayendo un día sus vestiduras sangrientas, creyendo ser Ø muerto, caída en tierra súpitamente murió.*

En ambos casos, se incumple la restricción del sujeto idéntico²⁵⁷, ya que el verbo *creer* no comparte sujeto con el infinitivo, oscureciendo el entendimiento del pasaje al obligar a buscar un antecedente controlador en el contexto verbal anterior. Y, al contrario, se localizan oraciones en que se prefiere la construcción con verbo personal a la del infinitivo cuando el sujeto no coincide con el del predicado principal, contrariamente al uso actual e incumpléndose, en sentido inverso, la norma de la reducción del sujeto idéntico:

(aa) *Yo, que de tales cosas justamente me maravillava, ni savía dellas qué pensase ni de mí qué hiziese.*

(bb) *No sabía qué camino siguiese.*

Es posible que la pasiva, en el primer caso, y el pronombre interrogativo, en el segundo, determinen la aplicación de la norma del sujeto idéntico.

Cuando el infinitivo es complementivo, puede suceder que su función sintáctica sea la de PVO del CD o del SUJ del verbo regente. En (340), por ejemplo, el verbo *parecer* presenta

²⁵⁷ Esto es, la elección de la estructura completiva con <que + verbo flexionado> cuando los sujetos principal y subordinado no coinciden.

al infinitivo como PVO del sujeto *torre*:

(340) *Torre de altura tan grande que me parecía llegar Ø al cielo.*

En otras ocasiones, el sujeto del infinitivo está controlado por el clítico acusativo del predicado principal con *ver*, que suele aparecer como núcleo de este tipo de construcciones, según se aprecia en (341), (342) o (343):

(341) *Digo porque de tu pena te veo gloriar Ø.*

(342) *Erança de socorro; y como me vio venir Ø en batalla de tan hermosa gente, conoc.*

(343) *Y jurasen al rey que vieron hablar cØ a Leriano con Laureola en lugares sospechos.*

Estructura idéntica encontramos en (344), donde la única diferencia es que el verbo de percepción es *oír* y el antecedente del sujeto elíptico no es un clítico, sino el relativo *que*; asimismo en (345), con el verbo *sentir* en la acepción que lo incluye entre los verbos de percepción sensible:

(344) *Las dos velas que oyes velar Ø con tal recaudo son Desdicha y Desamor;.*

(345) *Acordé de irme Ø, y sintiéndome ir Ø dixo: « Cataquí el gualardón que.*

En ocasiones es dable entender que el SN léxico que sigue al infinitivo funciona como su SUJ explícito —y no como CD del verbo principal—, basándonos en su posición y en la falta de preposición *a*, según se constata en (346) y (347):

(346) *Vi salir a mi encuentro [...] un cavallero assí feroz de presencia.*

(347) *Y viendo yo ser aquel consejo de más peligro que esperança.*

Sin embargo, este tipo de configuración sintáctica no recibe un análisis diferente al de los ejemplos comentados en el párrafo anterior, puesto que se ha mantenido el análisis del SN como CD del verbo principal.

Son abundantes las oraciones en las que el infinitivo es PVO del CD seleccionado por el verbo causativo *hazer* (16 ocurrencias), como se puede apreciar en el anterior (335),

(348), o (349):

(348) *Mándasme, señor, que haga saber Ø a Laureola cuál te vi.*

(349) *O, te mataré o haré desdezir Ø o echaré del campo sobre ello.*

En ocasiones la interpretación se ve estorbada, como en (335), porque se elide el verbo que rige a *hazer confesar* y el CD de *hazer* (‘quiero hacerte confesar lo que digo por tu boca’), y aun por el uso de dos infinitivos con sujetos distintos (*hazer* yo y *confesar* tú: ‘quiero hacer que confieses’). En el capítulo siguiente, que es réplica de Leriano al cartel de Persio —de donde procede el ejemplo anterior—, el joven caballero retoma la construcción usada por Persio para lanzar su amenaza en (349).

También presentan un sujeto elíptico los infinitivos dependientes del causativo *dexar* en (351) y (352), los cuales, al igual que *hazer*, están controlados por el clítico acusativo:

(350) *Mi entendimiento y mi razón y mi memoria y mi voluntad, los quales mandó Amor parescer Ø en su presencia antes que me sentenciase.*

(351) *Lo qual conocerías si la saña te dexase ver Ø la verdad.*

(352) *Pues como por la corte y todo el reino se publicase que Leriano se dexava morir Ø.*

Respecto al ejemplo (350) —frente a lo comentado anteriormente sobre el ejemplo (337)— también ostenta un valor causativo que lo aproxima a *hazer*; el hecho de que el controlador del infinitivo esté representado por un SN léxico sin preposición *a* anima a interpretarlo como un CD al que el infinitivo modifica, y no como un CI, ocupando el infinitivo, en consecuencia, el hueco funcional del PVO.

Antes de concluir, se precisa mencionar algunas notas respecto a la categoría y la función del controlador del sujeto elíptico del infinitivo, las relaciones de catáfora y la fuerza cohesiva de la elipsis del sujeto del infinitivo.

En general, no parece haber restricciones de categoría y función para los controladores de los sujetos elípticos cuando los infinitivos se integran en un SP, pues

encontramos una variabilidad total: pueden ser pronombres personales o tónicos, posesivos, relativos, SN plenos, morfemas personales del verbo; y también alternan libremente en su función. No obstante, cuando el infinitivo es completivo, hay ciertas restricciones. Ya hemos señalado que cuando el infinitivo es sujeto, el controlador puede ser cualquier SN que aparezca en el predicado principal, incluso un posesivo. No obstante, cuando se trata de un predicado copulativo, la lectura personal del infinitivo no está tan clara. Algo similar sucede con la construcción copulativa *ser menester*, que recibiría una interpretación genérica o indeterminada si no fuera por la aparición flexionada del mismo verbo no personal (*dezir*) en la oración causal que lo sigue, cuyo sujeto gramatical reúne las condiciones semánticas para controlar al sujeto elíptico. Si el verbo principal, en cambio, es un verbo de afección con dativo obligatorio, es este dativo —mayormente representado por un clítico— el que actúa de controlador del sujeto elíptico. El mismo comportamiento se observa cuando el verbo principal es copulativo y concurre en la oración un clítico dativo. Por su parte, los infinitivos que funcionan como CD, no siempre siguen la norma de correferencia con el sujeto principal, según se mencionó más arriba, pero la categoría del controlador también es versátil, si bien tiene que ser siempre núcleo nominal, quedando excluidos los posesivos y otros determinantes de significación personal como posibles antecedentes controladores del sujeto elíptico. Gracias a la heterogeneidad de funciones y categorías de que puede revestirse el antecedente se constata que «son los papeles semánticos o temáticos más que las funciones sintácticas la base apropiada para fundamentar las relaciones de control» (Hernanz 1999: 2216). O, dicho de otro modo, la identificación del antecedente controlador del sujeto elíptico depende de la estructura argumental de los predicados más que de las reglas sintácticas que rigen su materialización y vinculación en la oración.

Respecto a la catáfora en los infinitivos completivos, ya sean PVOs, CCDD o SUJs,

no suele producirse en muchas ocasiones, al contrario de lo que sucede con los infinitivos insertos en el SP, ya que la anteposición del infinitivo —salvo cuando el verbo principal es copulativos— rompe el orden normal de la organización de constituyentes oracionales, aunque el gusto por el hipérbaton haga admisible esta alteración, como ya apuntamos al enfrentar los datos de *Siervo*. El ejemplo (353) y los ya comentados (330) y (333) muestran este tipo de elipsis catafórica, si bien en los dos últimos, en los que el infinitivo es el sujeto, la posición de este al inicio de la oración no comporta una alteración tan brusca como en el caso de los infinitivos en función de CD o PVO:

(353) *Recibas una carta suya, y si leella cØ quisieres, a él harás merced por.*

Es más, en el caso de los infinitivos-PVOs dependientes de un verbo de percepción y controlados por un SN léxico con función transitiva, la posposición de dicho antecedente controlador al infinitivo no se percibe como una distorsión forzada del orden normal, según se comprueba en (343). Por el contrario, dado que los SSPP de función adverbial son los componentes oracionales con mayor libertad de posición en el decurso oracional, es lógico que este esquema sintáctico favorezca la catáfora.

Son prácticamente inexistentes los ejemplos en que se pueda aseverar sin dudas que la elipsis del sujeto del infinitivo tiene valor discursivo y sirve de enlace cohesivo. Uno de ellos es (354):

(354) *La tercera, por no poner Ø en tan malas palabras tan ecelente bondad.*

En él, el sujeto del infinitivo *poner* remite a la 1ª p. sg., en este caso, Leriano, que es quien está ofreciendo tres argumentos para no recurrir a las mujeres santificadas por la iglesia como ejemplos para su defensa del género femenino. Este tipo de elipsis se produce gracias a la reiteración de la estructura sintáctica como introducción de cada una de las razones, por eso es fácil retornar en el texto y recuperar el antecedente del sujeto elíptico, que en este caso se halla en la oración *en las autorizadas por santas, por tres razones no*

quiero hablar; a falta de sujeto léxico explícito, es el sujeto gramatical (los morfemas de persona del verbo *quiero*) el que actúa como antecedente. Pero es necesario recordar que se trata de una estructura más compleja en cuanto a la aplicación de la elipsis, pues ya se trajo a colación este mismo ejemplo en el apartado 5.1.1 al analizar el vaciado verbal en *Cárcel*.

Para finalizar, citaremos algunos ejemplos donde no puede avalarse la existencia de un sujeto elíptico del infinitivo:

(cc) *El que viste traer preso yo soy.*

(dd) *Y otro día de mañana mandóme llamar*

Aquí el infinitivo no puede tener sujeto porque no existe en el contexto ningún SN con las condiciones semánticas apropiadas para servir de controlador del sujeto elíptico; la interpretación de un posible agente es, entonces, de indeterminación. El empleo de esta construcción con infinitivo genérico o indeterminado es bastante habitual en *Cárcel*.

5.2.1.2. ELIPSIS DEL SUJETO DEL GERUNDIO

Hemos encontrado 133 ocurrencias de este tipo de elipsis nominal en *Cárcel de amor*. De este total, 51 casos presentan un vínculo catafórico entre el sujeto elíptico y el controlador referencial. Los gerundios adjuntos externos pueden expresar diversos contenidos circunstanciales: temporal, causal, concesivo y condicional, además del valor ilativo cuando entre la cláusula de gerundio y la oración finita no existe más relación que la continuidad o adición de sentidos. Los gerundios temporales y causales son con diferencia los más utilizados en *Cárcel*. Ejemplos de gerundio temporal son:

(355) *Yo, que en aquella sazón [...], estove quedo, trastornando Ø en el corazón diversas consideraciones.*

(356) *Y como nunca perdona, viendo Ø desplegadas las velas de mi deseo, púsome en el estado que vees.*

(357) *Dirás, oyendo Ø tal desesperança, que so movable.*

Mientras que tienen sentido causal las oraciones de gerundio de los siguientes ejemplos:

(358) *Assí que por conplir su mandamiento pensé hazerla, haviendo Ø por mejor errar en el dezir que en el desobedecer.*

(359) *Y por proveer en mi fatiga forçaste tu voluntad, juzgando Ø por los trabajos pasados y por la cuita presente que yo ternía de bevir poca esperança.*

(360) *Que vistas las cosas desta tu cárcel, yo dubdava de mi salvación, creyendo Ø ser hechas más por arte diabólica que por condición enamorada.*

Pero es normal que se produzcan interferencias entre el sentido causal y el temporal:

(361) *Es mi Juizio, el qual, viendo Ø que vo con desesperación a matarme, dízeme que no lo haga.*

Se localizan además bastantes gerundios condicionales con sujeto elíptico:

(362) *Mas si el pesar te avié de dar pena, no lo quiero, que pues nunca biviendo cØ te hize servicio, no sería justo que moriendo cØ te causase enojo.*

(363) *Por cierto, señor, turbio y ciego consejo puede ninguno dar a sí mismo siendo Ø ocupado de saña o pasión.*

(364) *Perdonando cØ a Laureola sería causa de otras mayores maldades que en esfuerço de mi perdón se harían.*

Y también en ellos es habitual que colisionen el sentido condicional y el temporal:

(365) *Juzgándola Ø me alegrava; oyéndola Ø me entristecía.*

(366) *Pero con todo eso, viéndola cØ movable, creía su desamor, porque quando amor prende, haze el coraçón constante.*

Pero a veces es posible fijar sin dudas el sentido condicional gracias a algunos indicios presentes en el contexto verbal²⁵⁸, como sucede en el ejemplo (367), donde el

²⁵⁸ Para un resumen de los indicadores del sentido condicional, v. Fernández Lagunilla (1999: 3474-3476).

valor condicional del gerundio se ve confirmado gracias al paralelismo que lo iguala a la siguiente oración explícitamente condicional:

(367) *Siendo cø derecha, la justicia es alabada, y si es favorable, aborrecida.*

Mucho menos frecuentes son los gerundios oracionales de significación concesiva; de hecho, solo hemos documentado dos casos de sentido incuestionablemente concesivo:

(368) *Si más entiendes en procurar su libertad, buscando Ø remedio para él hallarás peligro para ti.*

(369) *Y dexando cØ esto a tu consejo, que sabrás lo mejor, oye el galardón que tengo por el bien que te hize.*

No tan escasos como los concesivos pero mucho menos usados que los temporales o causales son los gerundios ilativos:

(370) *Díxete que se esforçase a escrevir a Laureola, proferiéndome Ø a dalle la carta.*

(371) *Y como Leriano vido a sobreora tal rebato, no sabiendo Ø qué cosa fuese, púsose a una ventana de la torre.*

(372) *Toviste osada desvergüença para enamorarte de Laureola, con la qual en su cámara, después de acostado el rey, diversas vezes has hablado, escureciendo Ø por seguir tu condición tu claro linage.*

(373) *Y como el tienpo le ponía necesidad para que Leriano saliese al canpo, començólo a hazer, esforçando Ø los suyos con animosas palabras, quedando Ø sienpre en la reçaga, sufriendo Ø la multitud de los enemigos con mucha firmeza de coraçón.*

En (371) hemos interpretado que el gerundio es ilativo porque continúa el sentido causal de la oración anterior: ‘Y como Leriano vio a sobrehora tal rebato y no sabía qué era, se puso en una ventana de la torre’. En (372) y (373) las oraciones de gerundio parecen sugerir un sentido añadido al de la mera continuidad. En el primer ejemplo, la circunstancia expresada por el gerundio se sitúa en un momento cronológico posterior al de la oración finita, suscitando una interpretación consecutiva de la oración de gerundio. En

(373), el sentido de las cláusulas de gerundio oscila entre el modo y la adición²⁵⁹.

Aunque gran parte de los gramáticos no están de acuerdo²⁶⁰, algunos de estos gerundios ilativos parecen tener un sentido final:

(374) *Que escribiese a Laureola acordándole Ø lo que hizo por ella y extrañándole Ø su mudança.*

(375) *De las judías, Sarra, muger del padre Abraham, como fuese presa en poder del rey Faraón, defendiendo Ø su castidad con las armas de la oración rogó a Nuestro Señor la librase de sus manos.*

Y en otras ocasiones las cláusulas de gerundio se asemejan más a una oración de relativo explicativa:

(376) *Julia, hija del César, primero enperador en el mundo, siendo Ø muger de Ponpeo, en tanta manera lo amava, que trayendo un día sus vestiduras sangrientas [...], caída en tierra súpitamente murió.*

(377) *Doña Mari García, la beata, siendo Ø nacida en Toledo del mayor linaje de toda la cibdad, no quiso en su vida casar.*

El análisis de *Siervo* dejó ver que existían oraciones de gerundio que no podían vincularse sintácticamente a ninguna otra de su contexto y, más bien, mantenían una independencia que las asemejaba a las oraciones finitas de pasado. No encontramos ejemplos tan nítidos en *Cárcel*, pero a veces los gerundios que hemos clasificado como

²⁵⁹ Nos decantamos por el segundo apoyándonos en la perífrasis aspectual *començólo a hazer*, pues se refiere al principio de la batalla, al momento en que Leriano entra en liza, pero las acciones expresadas por los gerundios parecen señalar momentos posteriores del combate. Las pruebas aducidas para determinar si la oración de gerundio es modal, aunque no son concluyentes, no son consistentes con una circunstancia modal: ?‘El modo en que Leriano comenzó a salir al campo fue esforzando a los suyos, quedando siempre en la rezaga, sufriendo la multitud de los enemigos...’.

²⁶⁰ V. Galán (1992) y Garrido Medina (1993).

ilativos parecen constituir también oraciones autónomas²⁶¹:

(378) *Después de hecha la guerra del año pasado, viniendo cØ a tener el invierno a mi pobre reposo, pasando cØ una mañana, quando ya el sol quería esclarecer la tierra [...], vi salir a mi encuentro [...], un cavallero.*

Después de comentar los tipos semánticos de las oraciones de gerundio con sujeto elíptico, cabe preguntarse acerca de las características de los elementos de control, es decir, de las unidades sustantivas que actúan como antecedentes referenciales de los sujetos elípticos. El controlador del sujeto elíptico puede ser un SN léxico, *Leriano, sus mismos familiares y un cavallero llamado Tefeo* en los ejemplos siguientes:

(379) *Aunque Leriano, segund su grave sentimiento, se quisiera más estender, usando cØ de la discreción y no de la pena no escribió más largamente.*

(380) *Sus mismos familiares les tratan y buscan la muerte, usando Ø con ellos lo que dellos aprendieron.*

(381) *Y como un cavallero llamado Tefeo fuese grande amigo de Leriano, viendo Ø que su mal era de enamorada pasión [...], díxole infinitos males de las mugeres.*

Puede ser además un pronombre personal sujeto, aunque la oración flexionada no se sitúe en una posición contigua a la cláusula de gerundio:

(382) *Si a Laureola dava por libre segund lo que vido, él no lo estava de enojo, porque Leriano pensó de servilla, aviendo Ø por culpado su pensamiento, aunque no lo fuese su entención.*

O bien un sujeto pronominal indefinido, como en el ya citado ejemplo (363), o un posesivo:

(383) *Mal esperança teman los tuyos en ti viéndote Ø cruel contra mí.*

²⁶¹ No obstante, es admisible el análisis que sostiene que tanto *viniendo* como *pasando* son gerundios temporales, aunque no con la misma significación, ya que el primero no es simultáneo a la acción principal —la de la oración *vi salir a mi encuentro*— y el segundo sí.

Pero el patrón más empleado es aquel que presenta al controlador del sujeto elíptico del gerundio como sujeto gramatical del predicado principal conjugado, igual que observamos en *Siervo*:

(384) *Quiere poner sus males en tu presencia, creyendo Ø, aunque por una parte te sea pesado, que por otra te causará compasión.*

Y también son abundantes las construcciones en las que el controlador es un pronombre relativo en función de sujeto:

(385) *Mucho fueron maravillados los que se hallaron presentes oyendo Ø el concierto que Leriano tuvo en su habla.*

Puede suceder incluso que el sujeto controlador no sea el de la oración principal que modifica o complementa la cláusula de gerundio, sino el sujeto gramatical de una oración completiva seleccionada por la principal, según podemos comprobar retomando el ejemplo (369).

Por contra, son muy escasos los gerundios cuyo sujeto está controlado por un clítico. Esto suele suceder cuando el predicado principal es un verbo de dativo obligatorio:

(386) *Podrá ser que te arepientas y que buscando cØ salud agena te falte remedio para la tuya.*

O sencillamente cuando el clítico (o el pronombre tónico) es el CI seleccionado por el predicado flexionado:

(387) *La otra, que me quitarías a mí la mayor onrra de todos los onbres, no pudiendo Ø salvarte.*

(388) *Temiendo cØ otro tanto les darás en exenplo de cualquier osadía.*

Incluso un pronombre inserto en un SP con función adverbial puede servir de

indicador de la referencia del sujeto elíptico del gerundio²⁶²:

(389) *Saliendo cØ un día de mi cámara vínose un can para mí y dio tan grandes aullidos que así me corté el cuerpo y la habla.*

Cuando el control del sujeto elíptico está ejercido por el sujeto gramatical o un pronombre personal, no puede defenderse que la referencia del antecedente sea más precisa que la del constituyente elíptico, por eso es preciso retroceder en el texto hasta encontrar un constituyente explícito más exacto. Porque ¿quién es *yo* o *ella*? En este sentido —retomando lo señalado para *Siervo*—, aunque la elipsis del sujeto del gerundio no tenga la capacidad por sí misma de unir enunciados, se presenta como un componente dentro de un proceso mayor que sí ayuda a cohesionar los textos; este tipo de elipsis supone una de las herramientas de los procesos de mantenimiento referencial. Cuando una nueva entidad se introduce en el discurso, la manifestación verbal que la presenta suele aportar suficiente información para ser distinguida entre las otras entidades que coaparecen en el contexto textual. Las siguientes apariciones de esta entidad ya no necesitan recurrir a una expresión semánticamente llena para que sea reconocida, por eso se vale de otras más vagas en su significado y ligeras en su soporte material; algunas de ellas pueden conectar enunciados —la pronominalización, el etiquetado nominal, la sinonimia...—, pero la elipsis no. Solo en tanto eslabón de las cadenas referenciales que cruzan el texto la elipsis participa en los mecanismos de cohesión.

Ni la función o la categoría del controlador, ni tampoco el significado del gerundio parecen afectar a las relaciones de catáfora y anáfora, que parecen estar determinadas por

²⁶² Además, el posesivo refuerza esta interpretación.

factores estilísticos. De este modo, se repite con frecuencia la estructura circular que ya notamos en *Siervo*. Es frecuente que el sujeto principal sea un relativo —casi siempre *el qual*—, al que sucede la oración de gerundio, a veces seguida o precedida de otras construcciones adverbiales oracionales, de incisos explicativos u oraciones relativas, para que, finalmente, el periodo quede cerrado por el predicado principal de núcleo flexionado. Esta disposición de los constituyentes del enunciado propicia la relación anafórica entre sujeto elíptico y controlador:

(390) *El qual, como me vio atónito de ver cosas de tales misterios, viendo Ø como estava en tienpo de poder pagarme con su habla lo poco que me devía, por darme algund descanso, mezclando las razones discretas con las lágrimas piadosas, comenzó en esta manera a dezirme.*

(391) *Acordé de ge la dar, la qual creyendo Ø que era de otra calidad, recebió, y començó y acabó de leer.*

La oración principal se separa en sujeto y predicado, circundando las diversas oraciones subordinadas adverbiales, entre ellas, la oración de gerundio externa de valor causal, cuyo sujeto elíptico está controlado por los relativos *el qual* y *la qual*, sujetos explícitos de sus respectivas oraciones finitas²⁶³. La misma estructura circular puede desarrollarse teniendo como antecedente explícito del sujeto elíptico a un demostrativo o un sustantivo, respectivamente:

(392) *Y estos, a las vezes, buscando Ø cómo se venguen hallan cómo se pierdan.*

(393) *Ester, siendo Ø levada a la catividad de Babilonia, por su virtuosa hermosura fue tomada para muger de Asuero.*

Si esta disposición circular que neutraliza la catáfora es frecuente, la incidencia de este tipo de relación referencial, sin embargo, es bastante acusada (51 de 133 ocurrencias)

²⁶³ Por otro lado, no se puede considerar que el gerundio *mezclando* de (390) tenga sujeto porque es un gerundio interno a la oración, que funciona como complemento modal del predicado.

y explicable por la libertad posicional de los adjuntos externos. Los gerundios temporales y causales son los que predominan en los ejemplos catafóricos, sin divergir en este punto de los ejemplos anafóricos:

(394) *Y así de poco en poco oye de ser conocido de Laureola, y aviendo cØ ya noticia de mí, por más participarme con ella, contávale las cosas maravillosas de España.*

(395) *Y confiando cØ en tu virtud, apremiado del dolor, quiere poner sus males en tu presencia.*

Aunque también encontramos en menor número gerundios catafóricos de sentido concesivo —(369)—, ilativo —(396)— y condicional —(397)—:

(396) *Aunque desigual tormento reciben, hanlo por descanso, justificándose cØ porque justamente padecen.*

(397) *Y como ellas de su natural son devotas, participando cØ con ellas es forçado que hagamos las obras que hazen.*

Gerundios anafóricos y catafóricos coinciden también respecto a las características morfológicas y sintácticas del controlador, que suele ser en ambos casos el sujeto gramatical de la oración flexionada, según vemos en los dos ejemplos anteriores.

A veces no está tan clara la relación del sujeto elíptico con su antecedente referencial porque el enunciado consta de varias oraciones subordinadas y puede que el gerundio modifique o complemente a una de estas oraciones subordinadas y no a la principal, como vemos en (398):

(398) *Pero como yo pensava otra cosa, viendo Ø en ella tales señales tenía en mi despacho alguna esperança.*

A pesar de la puntuación, opinamos que la oración de gerundio es un complemento temporal de la primera oración causal introducida por *como*: ‘Pero como yo pensaba otra cosa cuando veía en ella tales señales, tenía en mi despacho alguna esperanza’. Por tanto, la relación entre sujeto elíptico y controlador es anafórica. Además, el antecedente controlador es el sujeto pronominal de la oración causal.

Puede ocurrir que no haya correspondencia entre el sujeto elíptico del gerundio y el sujeto explícito de las oraciones finitas precedentes:

(399) *Si lo heziste por compasión que avías de Persio, tan justo fuera que la uvieras de mi onrra como de su vida, siendo Ø tu natural.*

Aquí es el posesivo de primera persona el que sirve de pista para interpretar la referencia de la categoría elíptica, pues no hay en el enunciado ningún sustantivo o equivalente correferente con el sujeto elíptico²⁶⁴.

La prosa de *Cárcel*, a pesar de su retoricismo, no presenta la oscuridad que encontrábamos en muchos pasajes de *Siervo*, derivada la mayoría de las veces de las contorsiones del hipérbaton. Por esta razón, son muy raros los enunciados donde la referencia del sujeto elíptico del gerundio no esté clara. Si bien a veces existe en el enunciado más de un elemento nominal con los rasgos semántico-pragmáticos apropiados para ser controlador y, además, ubicados en una posición aneja a la oración de gerundio, con lo que la confusión aumenta:

(400) *Julia, hija del César, primero enperador en el mundo, siendo muger de Ponpeo, en tanta manera lo amava, que trayendo Ø un día sus vestiduras sangrientas, creyendo Ø ser muerto, caída en tierra súpitamente murió.*

Así, vemos que los gerundios *trayendo* y *creyendo* no comparten el mismo sujeto (el primero se refiere a Pompeyo y el segundo a Julia) ni correferen ambos con el sujeto principal, sino que el primero correfiere con el clítico acusativo. Solo una lectura atenta hace posible la comprensión total del pasaje y puede aclarar sin ambages la referencia de

²⁶⁴ No obstante, en enunciados anteriores sí existen menciones explícitas de la persona que correfiere con este sujeto. Además, existe cierto grado de control pragmático, pues el título que precede al fragmento nos indica que Leriano es la voz que emite estas frases.

cada sujeto elíptico.

La tendencia al paralelismo es uno de los factores que favorecen la elipsis, por eso no es extraño encontrar enunciados en los que se ha producido un doble proceso elíptico:

(401) *Assí que biviendo Ø causarás que me juzguen agradecida, y muriendo Ø que me tengan por mal acondicionada.*

El sujeto del segundo de estos gerundios condicionales debería estar controlado por el sujeto gramatical del predicado finito, como sucede con el primero de ellos. Sin embargo, la reducción del núcleo²⁶⁵ del segundo miembro coordinado impide que podamos interpretar el sujeto elíptico con información contenida en su miembro oracional, por lo que hay que acudir a la primera oración coordinada para localizar un elemento nominal que pueda cumplir dicha labor. Pero no siempre la presencia de un segundo proceso elíptico dificulta la lectura del enunciado; es lo que sucede en el ejemplo (367), que comentamos más arriba, donde el vaciado del verbo copulativo no supone ningún obstáculo para la interpretación del sujeto elíptico porque su antecedente controlador es en este caso un SN léxico, y no el sujeto gramatical del predicado finito.

Los problemas para analizar las oraciones de gerundio e interpretar la ausencia del sujeto no se agotan aquí, pues encontramos bastantes oraciones en las que estas construcciones no parecen cumplir ninguna función circunstancial:

(402) *Y hablándote cØ verdad, la muerte, sin que tú me la dieses yo mismo me la daría.*

Más bien parece ostentar un sentido condicional y funcionar como un modificador externo que se refiere a la modalidad oracional más que a una circunstancia del predicado.

²⁶⁵ V. 5.1.2, ejemplo (210).

Entendemos, por tanto, que funciona de la misma manera que un marcador de modalidad asertiva, equiparable a adverbios o locuciones adverbiales de modalidad como *sinceramente*, *de verdad*, etc., utilizados para reforzar la asertividad del enunciado. Según Fernández Lagunilla (1999: 3482 y ss.) se trata de *gerundios ilocutivos*. Estos gerundios no pueden concurrir con un sujeto explícito, aunque esta autora sí defiende la existencia de un «sujeto tácito», a veces constatable a partir de la concordancia, como en *Siendo sincero/a, la fiesta resultó un fracaso* (1999: 3483)²⁶⁶. El siguiente ejemplo puede ayudar a segregar esta construcción de los esquemas oracionales con sujeto elíptico:

(403) *Púsose a una ventana de la torre, hablando Ø verdad, más con flaqueza de espíritu que con esperanza de socorro.*

No es posible localizar un antecedente que controle el supuesto sujeto elíptico del gerundio, aunque el lector sobreentiende que se trata del autor-narrador. El ejemplo podría servir para descartar la ausencia del sujeto como un tipo de elipsis gramatical. Se trata de un sujeto tácito, no elíptico, controlado pragmáticamente²⁶⁷. Clasificables entre los gerundios ilocutivos son también los gerundios de (404) y (405):

(404) *No quiero dezir lo que Laureola en todo esto sentía [...]. Pues tornando Ø a Leriano, que más de su prisión della se dolía que de la vitoria dél se gloriava.*

(405) *Respondióme que me dexase de enbaxadas de Leriano [...]. Pues bolviendo Ø a la reina, como supo que en la vida de Laureola no avía remedio, fuese a la prisión donde estava.*

En esta ocasión, la cláusula de gerundio actúa a modo de marcador textual, de la

²⁶⁶ No se entiende en este caso por qué la autora considera que este tipo de gerundio es un adjunto interno.

²⁶⁷ Insistimos en remarcar esta idea: se trata de gerundios que no tienen un sujeto elíptico, sino un sujeto tácito controlado pragmáticamente. No es necesario buscar un antecedente textual para interpretar el sujeto ausente, pues son las características pragmáticas relativas al modo narrativo las que dirigen su interpretación.

misma manera que un estructurador de la información; sirve al autor-narrador para reconducir el foco del relato hacia otro personaje mencionado previamente y que era el tema informativo del fragmento. A diferencia de (403), sí existe un antecedente controlador válido para un supuesto sujeto elíptico, referido al autor-narrador, cuya presencia se explicita en el enunciado inmediatamente anterior. Por tanto, podría decirse que el vínculo entre el sujeto elíptico y su referente explícito ayuda a conectar ambos enunciados y tiene, por consiguiente, fuerza cohesiva. Sin embargo, no en todos los casos el contexto verbal aporta ningún antecedente explícito para estos sujetos, por lo que la interpretación se obtiene gracias a la información pragmática, el conocimiento de que quien narra la historia es el autor-personaje:

(406) *Pues tornando Ø a Leriano, como ya ell alboroto llegó a oídos del rey.*

O es otro el personaje que enuncia el texto, como Leriano, en este caso:

(407) *Porque no menos nos dotan de las virtudes teologales que de las cardinales dichas, y tratando Ø de la primera, que es la fe, aunque algunos en ella dudadan, siendo Ø puestos en pensamiento enamorado creerían en Dios.*

Si bien es la información pragmática aportada por el texto precedente la que despeja la referencia del sujeto de estos gerundios, y no algún proceso de base gramatical-textual. En particular, los títulos que anuncian la voz protagonista del texto siguiente son la mejor ayuda para esta interpretación.

Este análisis es también aplicable a (408), con la diferencia de que aquí el gerundio funciona como un marcador recapitulativo (Martín Zorraquino 1999: 4133 y ss.):

(408) *Concluyendo Ø, él escribió para Laureola con mucha duda que no querría recibir su carta.*

Además, igual que en el ejemplo anterior, sería defendible la función cohesiva de la elipsis por localizarse el antecedente del sujeto elíptico (el autor-narrador) en el enunciado previo. En cambio, en (409) el controlador es el clítico de CI de la oración siguiente:

(409) *Concluyendo Ø, respondiíme al cabo que si más en aquello le hablava que causaría que se desmesurase contra mí.*

No obstante, aunque el contexto provea de un antecedente explícito, es la información pragmática la que ayuda a interpretar el sujeto implícito de estos gerundios, lo que, sumado a la posibilidad de que no exista antecedente contextual para el supuesto sujeto elíptico, nos hace descartar la agrupación de este tipo de ausencia entre los fenómenos de elipsis gramatical.

Para terminar este apartado, nos detendremos brevemente en las oraciones de gerundio que sí tienen un sujeto explícito. A veces se opta por expresar explícitamente el sujeto del gerundio cuando se trata de la primera mención del referente en el enunciado, como vemos en (410):

(410) *Después que respondió al cartel de Persio como es escrito, sabiendo el rey que estaban concertados en la batalla, aseguró el campo.*

Pero no siempre se trata de la primera mención, y entonces la expresión explícita del sujeto puede servir para desambiguar su referencia:

(ee) *Lo qual oyendo Leriano, acordándose Ø que era muger Laureola, afeó mucho a Tefeo porque en tal cosa hablava.*²⁶⁸

O para reforzar el efecto persuasivo de la petición formulada en el enunciado:

(ff) *No pongas en peligro tu vida y en disputa mi onrra, pues tanto la deseas, que se dirá muriendo tú que galardono los servicios quitando las vidas.*

²⁶⁸ El que haya tres referentes distintos para la 3ª p. sg. hace necesaria la mención explícita del sujeto del gerundio para una interpretación inequívoca.

Aunque no en todos los ejemplos se puede asegurar que se trata del sujeto del gerundio o del sujeto del verbo finito, aunque la puntuación del editor parezca decantarse por la primera opción:

(gg) *Y como, su madre siendo absente, sienpre le fuese el mal de Leriano negado, dando Ø más crédito a lo que temía que a lo que dezían, con ansia de amor maternal, partida de donde estava llegó a Susa en esta triste coyuntura.*

5.2.1.3. ELIPSIS DEL SUJETO DEL PARTICIPIO

Cuarenta son las ocurrencias encontradas de este tipo de elipsis en *Cárcel*, más de la mitad de tipo catafórico (24 ocurrencias). La catáfora se produce por la anteposición de la cláusula de participio a la principal. Esta disposición se adecua al valor temporal de la cláusula, que suele expresar anterioridad respecto a la principal, de ahí el predominio de la elipsis catafórica sobre la anafórica:

(411) *Y llegado cØ al aposentamiento de la casa, vi en medio della una silla de fuego.*

(412) *Y despedido cØ de él, partíme para Laureola.*

(413) *Y puesto cØ en el camino, puse un sobrescrito a su carta.*

El sentido temporal aleja la construcción de aquellas otras donde el participio desempeña la función de PVO y no podría poseer un sujeto propio:

(414) *Mandó que le sentasen en la cama, y sentado Ø, bevióselas en el agua y assí quedó contenta su voluntad.*

(415) *Caída Ø en tierra súpitamente murió.*

En (414) consideramos que se sentó y luego se bebió las cartas, no que se las bebió sentado. De la misma forma, en (415) prima el sentido temporal sobre el modal: ‘después de caer en tierra, súbitamente murió’; el participio no se refiere ni al modo ni a la causa de la muerte.

Aunque no es frecuente que la catáfora se vea neutralizada por la separación del sujeto y el predicado principales, que rodean a la cláusula de participio, sí que se han detectado al menos tres de estas estructuras circulares:

(416) *La qual, sabiendo la muerte dél, aquexada Ø de grave dolor, acabó sus días comiendo brasas por hazer sacrificio de sí misma.*

(417) *Palas o Minerva, vista Ø primeramente cerca de la laguna de Tritonio, nueva inventora de muchos oficios de los mugeriles y aun de algunos de los onbres, virgen bivio y acabó.*

Es extraño que se empleen adverbios y locuciones adverbiales para explicitar el sentido temporal de la construcción:

(418) *Pero, ya deliberado cØ, quise antes perderme por sobir que salvarme por estar.*

(419) *Con tanta firmeza lo amó que después de muerto Ø le dio sepultura en sus pechos.*

No obstante, en algunos casos es posible defender la adición de otro sentido adverbial al temporal que suelen ostentar estas construcciones, principalmente el causal:

(420) *Y enpachado cØ de mí mesmo por la dubda en que estuve, seguí la vía de aquel que quiso ayudarse de mí.*

(421) *Que como siendo penados pedimos con lágrimas y sospiros nuestro remedio, acostunbrados Ø en aquello, yendo a confesar nuestras culpas, así gemimos y lloramos que el perdón dellas merecemos.*²⁶⁹

En la mayoría de los casos el controlador es el sujeto gramatical de la oración principal a la que modifica la cláusula de participio; véanse los ejemplos ya citados (411)-(418), entre tantos otros. Aunque también existen configuraciones elípticas controladas por un pronombre relativo, como en el comentado ejemplo (416), o por un SN léxico en

²⁶⁹ Una paráfrasis aceptable puede ser ‘como nos acostumbramos a pedir [a las mujeres] con lágrimas y sospiros nuestro remedio, cuando vamos a confesar nuestras culpas, sabemos gemir y llorar de tal manera que finalmente logramos merecer el perdón’.

función de sujeto:

(422) *Fue preso en aquella buelta uno de los damnados que condenaron a Laureola; y puesto Ø en poder de Leriano, mandó que todas las maneras de tormento fuesen obradas en él hasta que dixese por qué levantó el testimonio.*²⁷⁰

Aunque son extraños son los ejemplos donde el antecedente —o consecuente— controlador desempeña una función sintáctica diferente al sujeto, los datos de *Cárcel* ofrecen algunos ejemplos donde el controlador es el CD de la oración principal:

(423) *Que recibió tu carta y recibida Ø me afrentó con amenazas de muerte.*

(424) *La pongas en su poder a vista de todo el mundo, en testimonio de su bondad y tu linpieza, y que recibida Ø, entretanto que el rey sabe lo uno y provee en lo otro, la ponga en Dala.*

(425) *Para lo qual le suplicava mandase juntar alguna gente para que, sacada cØ de la cárcel, la tomase en su poder y la pusiese a salvo.*

(426) *Y entrada cØ por la puerta todos quantos la veían le davan nuevas de su dolor.*

Solo en una ocasión el antecedente es CI en la oración flexionada:

(427) *Hizo llamar a su marido, y venido cØ donde ella estava, díxole.*

Aunque la concordancia del participio suele bastar para identificar al antecedente controlador de su sujeto elíptico, el análisis de *Siervo* demostró que es posible encontrar más de un SN con rasgos morfológicos y semánticos afines al de la categoría elíptica, suscitando algunas dudas en una primera lectura que pueden verse disipadas tras una segunda más atenta. Esto no sucede en *Cárcel*, pero puede producirse otro tipo de ambigüedades interpretativas. Así, es posible que la ambigüedad para señalar al antecedente resida en la posibilidad de asociar al constituyente elíptico un referente que

²⁷⁰ Es también interesante que el sujeto del participio no correfiera con el principal, como suele ser habitual.

aparece realizado en una posición anterior y posterior al mismo tiempo, es decir, la inseguridad surge al decidir si estamos ante una elipsis anafórica o catafórica. Es lo que se percibe precisamente en (427), y también en (428):

(428) *Y viendo yo ser aquel consejo de más peligro que esperança, puesto cØ con él en razón desviélo dél.*

Nosotros entendemos que el control referencial está ejercido por algún constituyente de la oración modificada por la cláusula de participio, por tanto, en el primer ejemplo, es el clítico de CI *le* el que dirige la referencia del sujeto elíptico; y en el segundo, el sujeto gramatical del núcleo verbal personal.

Una configuración singular se observa también en el anterior ejemplo (422), radicada en la localización del antecedente y la confusión que produce; aunque lo habitual es que sea el sujeto principal el que controle la referencia del sujeto elíptico del participio, aquí el control es ejercido por el SN de la oración anterior, *uno de los damnados que condenaron a Laureola*.

En otras ocasiones, el enunciado que contiene la cláusula de participio se complica por la inserción de otras subordinadas adverbiales, que, de esta manera, ayudan a realzar la propia interpretación adverbial de la cláusula absoluta:

(429) *Y subido cØ a donde estava el ya bienaventurado, quando le vi en manera mortal pensé que iva a buen tienpo para llorarlo.*

(430) *Y como para vella me fuese negada licencia, informado Ø de una cámara donde dormía, vi una ventana con una rexa.*²⁷¹

²⁷¹ El participio parece continuar el sentido de pasado expresado por la oración precedente y que se prolonga en la oración posterior.

(431) *Oyendo los que poco alcançan las fealdades dichas de las mugeres, arrepentidos Ø de haverse casado, danles mala vida.*²⁷²

En los dos últimos ejemplos, además, el participio parece continuar la línea temporal que cada construcción adverbial jalona. Así, en (430), puede proponerse la paráfrasis ‘Y como para verla me había sido negada la licencia, después me informé de la cámara donde dormía y vi una ventana con una reja’. Y en (431), ‘cuando los que poco alcanzan oyen las fealdades dichas de las mujeres, entonces se arrepienten de haberse casado y luego les dan mala vida’.

Son inexistentes en *Cárcel* ejemplos donde la elipsis del sujeto del participio pueda servir de enlace entre enunciados, ayudando a fortalecer la cohesión textual. Sí observamos algunos ejemplos donde el antecedente controlador se sitúa en una oración copulativa coordinada a la oración de núcleo personal que la cláusula de participio modifica, pero no puede hablarse más que de cohesión entre miembros oracionales y no entre enunciados:

(432) *Seguí mi camino; y allegado Ø a un alto donde se parecía la prisión, viendo los guardadores della mi seña, que era verde y colorada, en lugar de defenderse pusiéronse en huida.*

5.2.2. ELIPSIS DEL NÚCLEO DEL SN

El número de ocurrencias de este tipo de elipsis nominal en *Cárcel* (33 ocurrencias) supera con creces a las encontradas en *Siervo* (11 ocurrencias). Comentaremos los ejemplos según la estructura interna del SN con núcleo elíptico:

<Artículo + núcleo elíptico + adjetivo>	15
---	----

²⁷² Igual que antes, aquí el participio parece continuar el sentido del gerundio precedente: ‘si los que poco alcanzan oyen las fealdades de las mujeres, se arrepienten de haberse casado y les dan mala vida’.

<Artículo + núcleo elíptico + SP>	10
<Artículo + núcleo elíptico + <i>que</i> relativo>	5
<Núcleo elíptico + SP>	3
TOTAL	33

- <Artículo + núcleo elíptico + adjetivo>:

(433) *Levava en la mano izquierda un escudo de azero muy fuerte, y en la Ø derecha una imagen femenil.*

(434) *Labrada una torre de tres esquinas, la Ø más fuerte que se puede contemplan.*

(435) *Y buscadas todas las maneras que me avían de aprovechar, hallé la Ø más aparejada comunicarme con algunos.*

(436) *Serás entre las mugeres nacidas la Ø más alabada de quantas nacieron.*

(437) *Y que esto todas las mugeres deven assí tener, en muy más manera las Ø de real nacimiento, en las quales assí ponen los ojos todas las gentes, que antes se vee en ellas la pequeña manzilla que en las Ø baxas la grand fealdad.*

(438) *Sin ninguna otra arma de las Ø usadas.*

(439) *De mi voto el primer acuerdo que tomaste será el Ø postrero que obres.*

(440) *Y porque menos palabras de las Ø dichas bastavan segund tu clemencia.*

(441) *Donde estava el muro más flaco, ponía los más rezios cavalleros; donde avía aparejo para dar en el real, ponía los Ø más sueltos; donde veía más dispusición para entralle por traición o engaño, ponía los Ø más fieles.*

(442) *Tienen licencia de llegar a los oídos rudos tan bien como a los Ø discretos.*

(443) *Porque no menos nos dotan de las virtudes teologales que de las Ø cardinales dichas.*

(444) *Somos más obligados que por ninguna razón de las Ø dichas ni de quantas se puedan dezir.*

(445) *Nueva inventora de muchos oficios de los Ø mugeriles y aun de algunos de los onbres.*

La elipsis del núcleo del SN *los agenos* en (446) enturbia el sentido de la oración:

(446) *Por no sentirla, desea perder el juicio; por alabar tu hermosura, quería tener los Ø agenos y el suyo.*

Según se deduce de la interpretación de Parrilla (1995: 20, n. 2), se refiere al sustantivo *juizio*: «Esto es, querría ser capaz de expresarse con las opiniones favorables de

todo el mundo sobre la hermosura de Laureola, a las que uniría la suya propia».

- <Artículo + núcleo elíptico + SP>:

(447) *Dexé el camino de mi reposo por tomar el Ø de su trabajo.*

(448) *Y que esto todas las mugeres deven así tener, en muy más manera las Ø de real nacimiento.*

(449) *Que sola su bondad bastava, si toda la Ø del mundo se perdiese.*

(450) *El escándalo que andava entre su parentela y la Ø de Persio.*

(451) *Si el rey no me salva, espero la muerte; si tú me delibras, la Ø de ti y de los tuyos.*

(452) *Porque deseo que mueras en mi poder de dolor, por no verte morir en el Ø del verdugo por justicia.*

(453) *Rogóles que por cobdicia de la gloria de buenos no curasen de la Ø de bivos.*

(454) *Los amadores tanto acostunbran y sostienen la fe, que de usalla en el corazón conocen y creen con más firmeza la Ø de Dios.*

(455) *Por no poner en tan malas palabras tan ecelente bondad, en especial la Ø de Nuestra Señora.*

En el ejemplo (456), ¿cuál es el núcleo del SN *la de Dios*?

(456) *Que tanto nos damos a la contemplanción de la hermosura y gracias de quien amamos y tanto pensamos en nuestras pasiones, que quando queremos contemplan la Ø de Dios.*

Como ocurre en otros lugares, la elipsis no tiene una interpretación fácil y rápida: se entiende que es *la hermosura y gracias*, y así, una vez más, la elipsis tiene un antecedente que no aparece en el contexto verbal inmediatamente anterior, en el que, además, es posible encontrar otro antecedente válido desde el punto de vista morfosintáctico (*pasiones*). En este caso, es el paralelismo producido por el uso del sustantivo *contemplanción* y el verbo sinónimo *contemplan* el que resuelve la adjudicación de antecedente al núcleo elíptico.

- <Artículo + núcleo elíptico + relativo *que*>

(457) *Ningund mal me podrá venir que iguale con el Ø que me causa.*

(458) *Y como yo, triste, viese que aquel remedio me era contrario, busqué el Ø que creía que me era muy provechoso.*

(459) *Después de ti me será mayor muerte que la Ø que tú recibirás.*

(460) *Con el mayor llanto de todos los Ø que en el mundo son hechos.*

(461) *Pero no contento con dezírgelo aquella vez, todas las Ø que la veía ge lo suplicava.*

- <Núcleo elíptico + SP> (SN escueto):

(462) *Dé Dios tanta parte del cielo como mereces Ø de la tierra.*

(463) *Antes temo necesidad de ventura que Ø de cavalleros.*

(464) *Tanto amor y lágrimas de gozo como se derramaran Ø de dolor.*

CAPÍTULO 6. LA ELIPSIS GRAMATICAL EN *TRIUNFO DE AMOR*

Existe una única edición crítica de *Triunfo de amor*, la realizada por el hispanista italiano Antonio Gargano en 1981²⁷³. Se trata de una edición que deja mucho que desear en lo referente a la puntuación: se separan sujeto y verbo con comas; se escriben comas separando las oraciones de relativo de sus antecedentes, haciéndolas explicativas cuando tienen valor especificativo; también se hace esto con los adyacentes preposicionales de sustantivos y adverbios. Siendo la puntuación un aspecto trascendental para determinar algunos fenómenos de elipsis, hemos interpretado muchas estructuras según el sentido global del enunciado más que por el sentido que Gargano les otorga teniendo en cuenta la puntuación que utiliza.

6.1. ELIPSIS VERBAL EN *TRIUNFO DE AMOR*

6.1.1. VACIADO

La incidencia del vaciado en *Triunfo de amor* es bastante acusada y aparece en una gran variedad de construcciones oracionales, igual que hemos visto al analizar el fenómeno en *Cárcel de amor*. Las más frecuentes son oraciones coordinadas copulativas y comparativas, pero también se encuentra el vaciado en la yuxtaposición y en alguna oración adversativa y concesiva, así como en construcciones pseudocomparativas.

Coordinadas copulativas	53
-------------------------	----

²⁷³ La relación de los testimonios manuscritos de *Triunfo* puede consultarse en Gargano (1981: 13-19).

Coordinadas adversativas	1
Comparativas	36
Yuxtapuestas	17
Pseudocomparativas	8
Concesivas	1
TOTAL	116

a) En construcciones coordinadas copulativas:

La coordinación es uno de los contextos idóneos para el vaciado, por eso es tan frecuente. La construcción más habitual queda representada en ejemplos como (465), (466), (469)-(473), (479) y (481)-(483), donde se produce un paralelismo escrupuloso entre las dos oraciones coordinadas y la contraposición semántica (a veces un poco laxa) entre los constituyentes formalizados de ambas. Pero veamos los ejemplos y comentemos en detalle cómo se comporta el vaciado en ellos.

(465) *Mas como la tristeza es grande y la consolación Ø pequeña, mal puede el fijo muerto resucitar.*

(466) *Y la prissa fue tan grande y el consejo Ø tan tarde, que no tuvo tiempo.*

(467) *Y no solamente se deven saber sufrir los males, mas aun Ø desearlos como fe de fortaleza.*

<No solamente ... mas aun> es una conjunción correlativa equivalente al actual <no solamente... sino también> (Eberenz 1994: 14-16), que aporta una interpretación distributiva a los sintagmas que introduce (Camacho 1999: 2670 y ss.). En principio, podría pensarse que la oración tiene una estructura de coordinación sin elipsis porque la correlación conecta los infinitivos que aportan la base verbal a la perífrasis de obligación.

Pero entre ambos miembros coordinados se aprecia una diferencia fundamental que favorece la interpretación con vaciado: si en el primero estamos ante una estructura pasivo-refleja, como corrobora la concordancia en 3ª p. pl. del verbo y el sujeto (*los males*), en el segundo miembro oracional coordinado este sujeto se reformula como CD enclítico al infinitivo, obligándonos a suponer que esta segunda oración coordinada tiene una lectura impersonal desde el punto de vista sintáctico y que no estamos ante una simple coordinación de infinitivos dependientes de un mismo núcleo verbal.

(468) *Tú aún agora estarías por muger común, segunt las otras, y Ø muerta tu memoria.*

(469) *Al qual del un braço traía el rey de Persia y del otro Ø el rey de Ungría.*

En (469) el vaciado incluye al núcleo del predicado y su CD.

(470) *Unos están en la sperança del subir y los otros Ø en el temor del caer, como cada ora acaesce.*

Son habituales estas estructuras distributivas con los pronombres indefinidos *uno* y *otro* como en (470), donde, por otro lado, la elipsis se produce solo en el verbo, sin acoger a ningún otro constituyente del predicado.

(471) *La honra de las armas es el morir en ellas, y de los amores Ø padescer y fenescer en ellos.*

En (471), además del vaciado del núcleo copulativo, se elide también el núcleo del SN sujeto.

(472) *Y si en las otras cosas os viese discretamente regidos y en la mía Ø mal gobernados.*

La oración (472) es una prótasis condicional compuesta de dos oraciones coordinadas copulativas en la que se produce el vaciado del núcleo y del CD del segundo predicado. Obsérvese también el contraste semántico y el paralelismo organizativo de ambos miembros coordinados (*en las otras cosas / en la mía, discretamente regido / mal gobernados*).

(473) *Así que amor por mar y por tierra rebuelve con las sus manos como los esforzados ayan gloria y los covardes Ø pena.*

El tipo de estructura más sencilla y proclive al vaciado se ilustra en oraciones como (473), donde se coordinan copulativamente dos oraciones con la estructura <SUJ + V + complemento>. De nuevo, la contraposición semántica y la distribución análoga de los argumentos realizados es rigurosa, según el criterio de paralelismo que define al vaciado verbal, pero también por el estilo tan trabajado que caracteriza la prosa sentimental.

(474) *Y ellos a vosotras y vosotras a ellos, vuestro estudio es mejor agradaros; y de todo este negocio de amar Ø avido por muy bueno; y por todas las gentes, de mayor valor y saber, Ø escojida mi vida por muy dulce.*

La oración de (474) nos muestra un ejemplo de doble vaciado en un enunciado muy elaborado, constituido por tres miembros oracionales coordinados por el nexo *y*. La segunda de las oraciones coordinadas supone además un ejemplo de sujeto preposicional con *de*, ya que tanto el sentido como la concordancia con el participio y el adjetivo así lo indican.

(475) *Vinieron por embaxadores a España quatro cavalleros; dos Ø de parte del rey de Persia, que avían nombre el uno micer Danís y el otro Ø Flamesdán; y de la otra parte del Dios de Amor vinieron dos cavalleros amantes.*

En (475) tenemos una aposición distributiva explicativa del SN *quatro cavalleros*. Esta aposición está formada por dos oraciones coordinadas copulativas. Hemos optado por proponer el vaciado en la primera de estas oraciones porque se trata de un verbo recuperable del contexto previo y porque el mismo verbo está realizado formalmente en la segunda oración coordinada, tal vez debido a la distancia entre el hueco que dejaría la elipsis y su antecedente léxico.

(476) *Puesto que d'España grande pontifical allegasse, y de Alemaña Ø fustas y cavalleros mucho de loar. Y assí de todo el universo, cada tierra y provincia, Ø como más poderoso y rico pudo ir. Y toda la Murisma y Turquía y infinitos negros y otras gentes tan estrañas Ø; y Ø otros tan feos y rústicos, que en su vista parescía escusada cosa presumir de amar.*

Estamos ante lo que puede considerarse un largo periodo oracional, a pesar de la

puntuación, cuya trabazón se refuerza gracias a la conciencia de que existe un verbo subyacente en cada uno de los segmentos oracionales que conforman el enunciado. No se descarta, sin embargo, que al menos en los tres últimos pueda aceptarse una estructura atributiva sin verbo.

(477) *Y en la primera batalla fue puesto París y Troylus su hermano; y en la otra Ø Archiles y Ercoles; y en otra Ø Agamenón y Pirro; y en la otra Ø Tristán y Segurandes; y en otra Ø el rey don Rodrigo y Sacarus; y en la otra Ø Príamo y Leandro; y en la otra Ø Tarquino y Marco Anthonio; y en la otra Ø el rey Salamón y Sansón; y en la otra Ø Ypólito y Narcisso; y en la otra Ø el rey Artús y el rey Mares de Cornuala; y en otra Ø Galeote y Palomades; y en la otra Ø Fénix y Cadino su ermano; y en la otra Ø Ulixes y Diomedes; y en la otra Ø Polidamas y Menón y el duque Mistenes; y en la otra Ø Castor y Ypolus; y en la otra Ø el rey Rion y Olofernes; y en otra Ø los infantes de las Indias.*

(478) *En la primera ivan por capitanes la reina Dido y Medea; y en la otra Ø la reina Pantasilea y Polisena; y en la otra Ø la reina Yseo y la reina Ginebra; y en la otra Ø Daimira y la reina Elena; y en la otra Ø la reina Fedra y Lucrecia.*

En (477) y (478) el autor desarrolla sendas enumeraciones con las que describir la distribución de los contendientes en la batalla entre los defensores y los enemigos del dios Amor. La longitud de cada una de ellas aumenta, pensamos, la necesidad de vaciar el verbo —o el verbo y el predicativo en (478)— se incrementa por la cantidad de elementos enumerados; si no se produjera la elipsis, el enunciado resultaría repetitivo y más farragoso de lo que ya es.

(479) *Como se passaron ciertos cavalleros muertos a los bivos, y otros bivos Ø a los muertos.*

La oración de (479) se articula en una estructura típica del vaciado: <SUJ + V + complemento>, solo con el núcleo del predicado elidido.

(480) *Socorrieron a buen tiempo a los bivos, que casi perdidos por dexar el campo estavan y muchos de los castillos de las damas Ø entrados y grand parte de la artellería Ø perdida.*

Como en (474), aquí en (480) el vaciado es doble, afectando a las dos últimas oraciones coordinadas copulativas.

(481) *Y esta era la quexa que los agraviados de sus amigas tenían, y ellas Ø d'ellos.*

La oración compuesta coordinada tiene valor de reciprocidad y el hueco elíptico incluye al verbo y a su CD, que en la primera oración coordinada está representado por el relativo *que*.

(482) *Y solamente en casos de amar ellas son señoras y nosotros Ø muy obedientes siervos.*

(483) *Y son nuestras penas muy apresuradas y los remedios d'ellas Ø muy vagarosos.*

Se pueden aplicar a (482) y (483) los comentarios sobre (473) o (479).

(484) *Y el corazón [...] salga a puerto de luz, y la mano Ø al escribir y la lengua Ø a hablar las requiestas.*

Son numerosas las coordinaciones trimembres con doble vaciado, como aquí en (484) o en (474) o (480).

(485) *Y son cosas que se pueden ver, y poco o no nada Ø escribirse lo bueno d'ellas.*

La oración de (485) supone un caso limítrofe entre el vaciado y la elisión con partícula de polaridad. En primer lugar, no encaja en el vaciado porque los dos miembros coordinados no comparten la misma polaridad. Además, los adverbios *poco* y *nada* no tienen correlato contrastivo en la primera oración coordinada, cuando hemos visto insistentemente cómo el contraste entre los elementos explícitos de las oraciones con vaciado es un requisito para su legitimación. Por último, *poco* y *no nada*²⁷⁴ parecen actuar como adverbios de polaridad (v. 3.3.3., p. 193). Por todas estas razones, parece preferible catalogar la oración como un caso de elisión del SV con partícula de polaridad. No obstante, queda aún la duda de si no es más bien un sintagma correctivo y, en ese caso, no es necesario sugerir ningún tipo de elipsis verbal.

²⁷⁴ Respecto al uso y la cronología de *no nada* puede consultarse Eberenz (2000: 423-424).

(486) *Y los discretos hallaban su saber muy más crecido a penetrar los cielos; y los graciosos Ø tanto más en gran subidos, que se corrían acordándose de sus desgracias.*

La peculiaridad de (486) reside en que el vaciado requiere un reajuste que opera sobre la reflexividad del verbo; en otras palabras, son *los graciosos* los que se hallaban a ellos mismos en una mejor posición.

Los ejemplos (487)-(491) representan los únicos casos claros de vaciado catafórico en oraciones coordinadas copulativas.

(487) *Que, al cabo, tú por cØ maliciosa y yo por Dios, más adorado que nunca, espero quedar en ojos de las gentes.*

Una lectura aproximada de (487) este enunciado puede ser ‘espero quedar yo por Dios más adorado que nunca y que quedes tú por maliciosa’. La oración presenta varias peculiaridades frente a los casos de vaciado tal como los hemos definido. En primer lugar y principalmente, el vaciado del verbo *quedar* se sustenta en una relación catafórica. En segundo lugar, sin ser una característica excluida del todo en el vaciado, entre el SV explícito y el SV elíptico existen diferencias flexivas, ya que la catalización del elemento elíptico daría lugar a una oración completiva con subjuntivo como complemento directo del verbo *esperar* (‘espero *que quedes*’).

(488) *Y con la pena y muerte de todos yo muera, por que vosotros cØ vengados y ellos en descanso queden.*

(489) *Quedavan tan tibios y sin afición ninguna, tanto que no solamente los amantes cØ a sus amigos, mas los padres a los hijos aborrecían.*

(490) *Porque ellos como bivos cØ y los otros como muertos peleavan.*

(491) *Allí ni los pies cØ a la reverencia ni la lengua a la palabra no tuvieran manos.*

En estos ejemplos clasificados como vaciados catafóricos es la posposición del verbo, colocado al final de la oración, la que produce la catáfora. En general, este rasgo de estilo, junto al hipérbaton y otros tipos de alteración del orden de constituyentes, es el responsable de la interpretación catafórica de la mayoría de las elipsis verbales de *Cárcel*

de amor, y a veces da lugar a construcciones anómalas como la de (492):

(492) *La batalla que entre los vivos y los muertos cØ fue esta.*

Es una construcción un tanto extraña por no tener la oración de relativo especificativa verbo explícito. Si se formalizara, sería el verbo *fue*, que reaparece en posición contigua al hueco elíptico como verbo de la oración principal que rige a la subordinada relativa, situación que desencadena su elipsis. Si se cambiara la organización, la elipsis no sería necesaria: ‘esta fue la batalla que entre los vivos y los muertos fue’.

b) En construcciones comparativas:

- Comparativas de superioridad:

La gran mayoría de los ejemplos son de oraciones comparativas de superioridad, bien con el adjetivo comparativo sintético *mejor* o *mayor* (a veces modificado por el cuantificador *mu*y) o con el cuantificador de grado *más*.

(493) *Será mejor ser algo y conoceros que no nunca fazer nada ni serviros Ø.*

Hay ejemplos de *no* expletivo en las oraciones comparativas, como en (493) o (497), aunque se puede dar la salvedad de que en (493) el adverbio de negación se emplee como refuerzo de *nunca* y no se trate de un adverbio carente de función.

(494) *Y la más pobre cosa de aquella ciudad y tierra era de amor más rica que acá entre nosotros la más poderosa Ø.*

Ejemplos como (494) ilustran sin lugar a dudas la existencia de un constituyente verbal elíptico imprescindible para describir las relaciones sintácticas entre los constituyentes explícitos de la coda comparativas; en este caso, solo un verbo elíptico puede justificar que *acá entre nosotros* y *la más poderosa* son respectivamente CC de lugar y SUJ del verbo copulativo *era* y se relacionan a su vez con el ATR *rica de amor*, los

cuales se eliden por su coincidencia léxica con el verbo y el ATR del primer miembro comparativo.

(495) *Si querían estar con el Dios de Amor a razón y justicia, que allí se haría más complida que Ø en sus cielos y corte.*

(495) presenta una coda comparativa de un solo constituyente, un CC de lugar, que contrasta léxicamente con el adverbio *allí* del primer miembro comparativo. La posición disjunta de ambos circunstanciales induce a tratarlos como componentes de dos oraciones coordinadas en lugar de dos sintagmas coordinados.

(496) *No conocía a ninguno que mejor su causa defendiese que él mismo Ø.*

La coda de (496) está formada únicamente por el SUJ, por lo que habría que reconstruir todo el predicado presente en el primer miembro de la comparación.

(497) *Mejor es, y más honroso, que callando padescas, que no que provando por malo mueras Ø.*

(498) *Se davan más prisa que sus enemigos Ø.*

(497), (502)-(504) no parecen presentar ninguna elipsis, pues la contigüidad de las oraciones sustantivas —sujetos de los predicados copulativos— hace posible tratarlas como sujetos coordinados de un mismo verbo. Esta situación contrasta con otros ejemplos como (496), (499)-(501) donde la separación de los SSNN en función de SUJ hace preferible la lectura con elipsis verbal. Obsérvese asimismo que parecen ser los predicados copulativos aquellos que favorecen esta posición de los sujetos y, por consiguiente, su coordinación, aunque no siempre así, como vemos en (505). Un aspecto especial que singulariza (513) respecto a los ejemplos (496) y (499)-(501) y que además refuerza la existencia de elipsis verbal es la presencia de la locución adverbial *por ventura*, asimilable a un marcador oracional de modalidad, que exige, por tanto, una oración completa a la que modificar: se trata de un argumento más para corroborar que estamos ante un predicado elíptico y no ante una coordinación de constituyentes. Por su parte, en el ejemplo (498) la

ausencia de sujeto léxico o pronominal del primer miembro comparativo tampoco permite hablar de coordinación de sujetos, como ya se argumentó en el apartado correspondiente. En situaciones como esta, la estructura sintáctica se explica por la coordinación de oraciones, no de sintagmas, presentando la segunda de las coordinadas la elipsis de su predicado por coincidir con el de la primera oración coordinada. Que se trate de vaciado o de otro tipo de elipsis deberá ser discutido, pues el vaciado requiere la formalización de algún otro constituyente del predicado que funcione como resto de la elipsis, lo que no sucede en este tipo de construcciones como la de (498), que, además, son bastante frecuentes en nuestro corpus.

(499) *Que si sus bienes fuesen más que sus males* Ø.

(500) *Vistos sus yerros y males muy mayores que sus bienes* Ø.

(501) *Yo no quiero que su poder pueda más qu'el mío* Ø.

(502) *Muy mejor nos está el fenescer contigo, que quedar herederos de tus passiones y nuestras en tan angustiada vida* Ø.

(503) *Que es mejor ser algo que nunca aver nascido* Ø.

(504) *Es mejor tomar aventura en lo que está dudoso que tomar por cierta la desonrada vida que de la muerte de aquel señor nos queda por herencia* Ø.

(505) *Y hazer de los enemigos amigos era mayor ganar, que poner más a peligro pocas gentes a conquistar a muchas* Ø.

(506) *Oído por los muertos [...], con otro rostro más bivo resucitan, que con los melezinamientos de Medea* Ø.

A pesar del paralelismo aparente en (506) entre *con otro rostro* y *con los melezinamientos de Medea*, no estamos ante complementos isofuncionales (el primero es predicativo pero el segundo es CC causal), por lo que la coordinación sintagmática no sirve como criterio explicativo, más aún si nos detenemos a observar que no se puede proponer que la coda comparta el mismo núcleo verbal del primer miembro comparativo al expresar aquella un evento cronológicamente anterior: es decir, es preciso catalizar un verbo cuya flexión temporal no coincide con la de su antecedente, situación habitual en los casos de

vaciado.

(507) *Con aquellos vestidos pastoriles más ataviado que en la corte las francesas ropas Ø.*

(508) *Si alguno de los acá más loados [a] aquellas cosas de amor llevárame, en cuerpo y en ánima más corrido se hallara que labrador simple mirando los estrados de damas en las casas reales Ø.*

El paralelismo entre el primer miembro comparativo y la coda de (508) se sustenta en el contraste léxico de los sujetos explícitos (*alguno de los acá más loados y labrador simple*) y de las construcciones condicionales (introducida por *si* en el primer miembro y manifestada por medio del gerundio en la coda).

(509) *Conociendo que las damas d'España sean más fuertes que otras mugeres Ø de domar, y más retraídas y esquivas para obedecer la premia d'esta requiesta.*

(510) *Que mejor las pasará él y más sin pena que yo Ø, que soy de carne, que las siento.*

(511) *Los amantes muertos bien como muertos esperavan, porque, puesto que muchos, eran menos que los bivos Ø a cavallo y pocos y mal armados.*

(512) *Allí Archiles halló en las gentes de oy más impecibles guerreros que Ø en los de su memoria.*

En (512) podemos ver que el paralelismo no es exacto entre los dos miembros comparativos porque no hay correlación entre *en las gentes de hoy* y el correspondiente sintagma de la coda *en los de su memoria*, pues, como señala el artículo masculino plural, el antecedente del núcleo nominal elíptico es *guerreros* y no *gentes*.

(513) *Mas doliéndonos más de ti que por ventura tú mesmo Ø.*

(514) *Con nuestros males se alegra y más ledó que nunca cØ bive.*

En (514) el vaciado tiene valor catafórico, pues la coda comparativa *que nunca* se intercala entre los componentes del primer miembro comparativo. No es posible analizar la coda como constituyente sintagmático coordinado porque no hay en el primer miembro comparativo una expresión de tiempo que sirva de contrapunto al adverbio *nunca*, aunque ya el propio tiempo presente del verbo permite deducir una localización temporal distinta y

contrapuesta a la que se deduce para la coda, un ‘ahora’ implícito (no elíptico).

(515) *Porque ella tanto y más que ninguno cØ del amor estava agraviada.*

(516) *No conocía a ninguno que mejor su causa defendiese que él mismo, a quien tanto tocava, porque más que otro cØ los bienes que al mundo haze conocía.*

(517) *Porque muchos de quien ninguna memoria se hizo más famosas cosas que los muy famosos cØ hizieron.*

(518) *Y si alguno en más breve tiempo que los otros cØ, no se pudiendo defender más, vino las manos atadas a sus mandamientos.*

En las comparativas de superioridad de (515), (516) y (518) el vaciado también es catafórico, situación causada por la tendencia generalizada a situar el verbo al final de la oración, en un intento de imitar la organización sintáctica del latín. En (517) la tendencia a situar el verbo al final de la frase separa al predicado regente *hizieron* de su CD explícito, *más famosas cosas*, quedando la coda comparativa intercalada entre ambos constituyentes. Como el vaciado se produce en la coda comparativa y el hueco elíptico que produce acoge al verbo y al CD principales, no es posible clasificar el vaciado como anafórico o catafórico, pues su antecedente aparece separado en dos constituyentes, uno en posición anterior y otro en posición posterior al segmento oracional donde se efectúa la elipsis.

- Comparativas de igualdad:

(519) *Si se pudiese escribir que tan dulce fuese al oír como maravilloso al mirar Ø.*

Las construcciones comparativas en que la elipsis verbal es más evidente quedan representadas en ejemplos como (519), donde la coda plurisintagmática requiere de un verbo que justifique el vínculo sintáctico entre los componentes explícitos.

(520) *Ni es posible que tan bien parezca la pintura de sus palabras como la forma mesma Ø.*

(521) *Y en tan grand trabajo se hallaran allí los nuestros castellanos galanes como los del infierno oyendo la música del cielo Ø.*

(522) *Ante si alguna se retruxese, fingiendo honestidad segunt el tiempo passado, les estaría tan mal, como brahones Ø en tiempo que no se usan.*

El sujeto de la coda comparativa de (522), *brahones*, se contrapone al sujeto proposicional omitido del primer miembro comparativo; como sucede en tantas otras ocasiones, no es posible defender que se coordinan dos sujetos cuando uno de ellos no se ha formalizado léxica o pronominalmente y por esta razón es más plausible el análisis de coordinación de oraciones con vaciado verbal.

(523) *Estávase corrido con las razones de los otros e quedávale la boca tan amarga, como a donzellas que se asconden tras las camas de los novios Ø.*

(524) *Me parescen todas tan bien como a ellos el fuego Ø, que le toman en la mano y quémanse.*

(525) *Replicaron aquélla con tan grande esfuerço, como gentes sin necesidad alguna Ø.*

- Comparativas de inferioridad:

(526) *Y después que ya allegan a hablar, tienen menos acabado que al comienzo de sus passiones Ø.*

La función de *menos* en (526) parece adquirir un valor pronominal, ya que no existe en el contexto verbal un SN que pudiera funcionar como antecedente de un núcleo nominal elíptico modificado por el cuantificador de grado.

(527) *Y menos lástima es de aver del romero, que puede andar de puerta en puerta, que del cuitado envergonçante Ø, que ninguno sabe sus males.*

El análisis de coordinación de sintagmas parece preferible en ejemplos como (527), donde tenemos dos sujetos contiguos.

(528) *Antes por menos discreta y diestra en las gentilezas era tenuta la que en el requēstar más que las otras cØ se embaraçava.*

(528) ofrece uno de los pocos ejemplos de vaciado catafórico en oraciones compartivas de inferioridad, motivado por la posición final del verbo principal.

c) En construcciones pseudocomparativas:

(529) *Y así el más cercano que en veros y serviros se alle estímase en gloria, como Ø los sanctos más çercanos de Dios.*

- (530) *Pues que sus males avéislos de entender con el alma, como los secretos del cielo Ø.*
- (531) *No me atrevo a escribir en presencia, como Ø los que en vuestros palacios más dignos y más dispuestos se hallan.*
- (532) *No se conocerá hasta que la muerte os descubra, como a nosotros Ø, la culpa y ceguedad de vuestra inocencia.*
- (533) *Y al mensajero del triste amador que l'embía y nuestros servicios desdeñan, como los altos reyes Ø de sus menores siervos.*
- (534) *Y así yo, por mucho que me llore, si vosotras como Dios cØ no guarescéis mi mal, mi trabajo será en vano.*
- (535) *Este rey, bien así como Sant Johan cØ del Apocalipsis, del Dios de Amor hablava grandes segretos.*
- (536) *Mas como el más vicioso bivar ante que el bien ordenado cØ pereçe.*

Los ejemplos (529) y (532)-(535) presentan usos adverbiales-modales del relativo *como*, bien con antecedente —(529)-(531)— o sin antecedente. Dado el significado comparativo de *como*, incluimos en este apartado dedicado a las construcciones pseudocomparativas estas oraciones relativas modales, a pesar de que la perspectiva sintáctica no las incluya como estructuras propiamente comparativas. Estas oraciones adverbiales de modo introducidas por *como* existen desde los orígenes de la lengua (Herrero Ruiz de Loizaga 2005: 284 y ss.) y ya entonces era habitual que el segmento que introducían no contuviera ningún verbo explícito. «En estos casos nos hallamos de nuevo ante el problema de decidir si nos encontramos ante elipsis de un elemento verbal, o se trata de usos prepositivos de esta partícula. De hecho, no es frecuente que el verbo de la principal y el de la subordinada se repitan cuando son el mismo (con diferencias de persona y en su caso tiempo), aunque pueda darse el caso. [...]». En opinión de este autor, es aceptable la elipsis en estas construcciones siempre y cuando el verbo elíptico sea recuperable por coincidir con el de la oración principal, los elementos explícitos requieran de un apoyo verbal y su reposición no dé lugar a una oración agramatical. En parte estamos de acuerdo con él y por ello en este trabajo defendemos que, a diferencia de las comparativas con *como* —donde creemos que se produce una coordinación y, por tanto, no

siempre es necesario acudir a un verbo elíptico—, en los usos adverbiales y relativos de *como* la subordinación requiere la presencia de un verbo para explicar la función de los constituyentes formalizados que siguen a *como*.

En la oración subordinada modal de (534) la elipsis es catafórica al encontrarse la subordinada interpuesta entre el sujeto y el verbo de la principal, y el hueco elíptico abarca al verbo y al CD. La oración de (535) contiene una construcción modal-comparativa que recurre a la correlación continua *así como* precedida del adverbio *bien* para introducir el segundo miembro de la comparación, en este caso intercalado entre el sujeto y el predicado de la oración principal, de ahí la catáfora. En (529), en cambio, se recurre a la correlación disjunta *ansí... como*, donde el adverbio *ansí* se refiere catafóricamente a la oración modal con *como* (Herrero Ruiz de Loizaga 2005: 288). En (532), el hueco elíptico incluye toda la oración principal y es solo el CI explícito el constituyente que fija el contraste con la oración principal, de manera que casi se da una equivalencia casi exacta entre ambas. Además, al estar intercalada la oración de *como* entre el verbo principal y sus CCDD, podría entenderse que la elipsis tiene parte de valor catafórico. El ejemplo (533) es interesante si nos fijamos en los componentes que recoge el hueco elíptico, puesto que parece que además del verbo también se ha elidido parte del SN que funciona como CD del verbo principal: ‘los altos reyes [desdeñan el mensajero y los servicios] de sus menores siervos’. La elipsis parece clara, pero llama la atención el fuerte reajuste que necesita su catálisis.

En la oración (530) entendemos que *como* es un relativo modal que tiene por antecedente al SP *con el alma*, por lo que el vaciado afecta al núcleo verbal, la perífrasis de obligación *aver de entender*. La misma interpretación relativo-modal recibe *como* en (531).

En último lugar, la construcción pseudocomparativa de (536) se aproxima al

significado temporal gracias al nexa *ante que*. Señala García Fernández (1999: 3188-3189), solo cuando al adverbio no le sigue la preposición *de* la oración encaja en el esquema comparativo, con un sentido equivalente a *más pronto* y es posible que le siga un sustantivo, es decir, que se produzca la elipsis del predicado, cuando el verbo de la oración principal y de la subordinada coinciden. La elipsis del predicado queda refrendada en construcciones como la de (536) porque en la oración encabezada por *antes que* solo el sujeto aparece realizado y, además, la elipsis tiene valor catafórico por la posposición del verbo principal, situado al final de la oración. Es un ejemplo similar al (178) de *Cárcel de amor*, solo que allí el nexa pseudocomparativo se presenta de manera disjunta, como una correlación, y aquí se prefiere reunir el adverbio y la conjunción completiva.

d) En oraciones yuxtapuestas:

Las oraciones yuxtapuestas con vaciado tienen siempre un valor aditivo y se emplean preferentemente en enumeraciones, a veces muy extensas.

(537) *Tú, Amor, no sabes que eres engaño de engañadas [...], causa de vergonçoso segredo y después publicador d'él, tú Ø causa de continua tristeza.*

Puede pensarse que (537) no contiene ningún verbo elíptico, sino que es una cláusula absoluta, pues el enunciado es un apóstrofe ofensivo dirigido al dios amor, recurso retórico que favorece el empleo de frases sin verbo de diverso tipo.

(538) *Del Imperio de Gostantinopla con toda la Grescia fue Dardanes y Juhan de Marsella; del rey de Hongría Ø su mesmo principe y Felipo de Monte; del reino de Chiple con el maestro de Rodas Ø ellos mesmos en personas juntos en una esquadra: el rey de Escocia con el conde de Murnega eran de otra batalla; el rey de Inglaterra y Talaborte con una muy armada gente, con la provincia de Bretaña crescidamente avultavan; del Imperio de Alemaña Ø Phelipo de la Sierra y el Jaques Marinea; del reino de Francia Ø el conde de Tampas y el duque de Orliéns; del reino de Aragón Ø/ el maestre don Alonso y el conde de Ribagorça su hijo, y el conde de Pradas con las gentes d'este reino y provincias; con las de Navarra Ø el conde de Lerín y Dionisio; el duque de Milán y Marqués de Ferrara Ø con la señoría de Florença y Venescia, los quales con tan luzidas armas, penachos y paramentos de ningunos reinos fueron iguales; del reino de Nápoles Ø príncipe de Taranto con Genova y Roma y toda la otra Italia mobida so su bandera; el duque de Borgoña Ø con toda la baxa Alemaña, y éste fue entre los poderosos señor y el que más gruesa artellería llevó en su flota; y de los reinos de Castilla partieron por capitanes el dique de Alburquerque y el duque*

de Alva marqués de Coria, de la gente mejor a cavallo y de más nuevas invenciones de quantos allí parecieron, puesto que en riquezas otros los sobraron; del reino de Portugal Ø el duque de Guimaranes; de África y Granada y todo el reino de Tuneç y Feç y Marruecos Ø con Muluxenque y Alimacote de Málaga; Eripios y Guineos llevaron Alliquerra; de la Turquía Ø Afarax con el grand Alcamar del Soldán d'Alcácer, Membrequ y Olifer el Taborlán con el Morato vinieron en persona; de los Bárbaros y Tungaros Ø Tafasio y Ocreste; de las Indias fueron capitanes Daruso y Crecel; de las sierras de Armnia con todas sus provincias entorno vinieron por capitanes Cariste y Taneo; de todas las otras partes y provincias del mundo con estos capitanes se juntaron, con la nación que mejor su lenguaje entendiesen.

(539) *Fueron presos de los muertos [...] Salamón, Ypólito y Virgilio y Orfeo; de las damas Ø Dido, Fedra, con otras muchas señoras.*

(540) *Por que las gentes cØ libres de grand cativerio, cada uno señor de sí mesmo se halle.*

El vaciado de (540) se produce en la primera oración yuxtapuesta porque la falta de concordancia entre su sujeto y el verbo explícito del final obliga a interpretar que este último es núcleo de la segunda oración yuxtapuesta, con cuyo sujeto sí concuerda; la catáfora, es por tanto, el mejor análisis. Por otro lado, la catálisis del verbo, como en otros casos, conlleva un reajuste de la flexión de persona.

Generalmente, la yuxtaposición conecta dos miembros oracionales coordinados o subordinados, pero en (541) la relación entre los segmentos yuxtapuestos es sintagmática:

(541) *¡O cuántas mugeres en esta vida, unas cØ por feas y otras cØ por ser de baxa manera y pobres, pasan los días de la juventud sin hallar apenas hombre que las reqüestase.*

Son comunes las construcciones apositivas explicativas distributivas con los indefinidos *unos* y *otros* que sirven para aclarar la referencia de un interrogativo anterior, como sucede en (541). La estructura oracional interna de estas dos aposiciones coordinadas insta a recuperar parte de un predicado cuyos únicos constituyentes formalizados son los circunstanciales de causa *por feas* y *por ser de baxa manera* y *pobres*. Como hemos visto en otros ejemplos de vaciado catafórico, es la posición alterada de los componentes

oracionales la que desencadena la relación catafórica entre el hueco elíptico²⁷⁵ y su consecuente; en este caso, la interposición de la aposición entre el sujeto y el verbo principales. Puesto que en este ejemplo no se produce relación interoracional, pues la oración vaciada se adjunta al SN al que modifica sin mediación de ninguna clase de nexo o partícula, lo hemos clasificado entre las ocurrencias del vaciado en estructuras yuxtapuestas.

e) En oraciones adversativas y concesivas:

(542) *Ninguno agraviado entre sus gentes avía, mas todos Ø así satisfechos y alegres.*

Las dos oraciones coordinadas de (542) no tienen la misma polaridad, lo que promueve el análisis como elisión con partícula de polaridad, aun cuando no exista en el segundo miembro coordinado dicha partícula. Como sucede en tantas otras ocasiones, la elipsis verbal en el español del siglo XV no parece regirse por los mismos principios que se han propuesto para la lengua actual; de este modo, surge la disyuntiva de considerar este ejemplo un caso de vaciado atípico (pues no comparten la misma polaridad la oración con elipsis y la oración con su antecedente) o bien una elisión con partícula de polaridad igualmente atípica (pues no existe partícula).

(543) *Los amantes muertos bien como muertos esperavan, porque, puesto que cØ muchos, eran menos que los bivos a cavallo y pocos y mal armados.*

Por su parte, (543) presenta el vaciado en la oración concesiva introducida por *puesto que*, que al estar antepuesta a la oración con que se relaciona, origina la catáfora.

²⁷⁵ Un hueco elíptico bastante amplio: ‘pasan los días de la juventud sin hallar apenas hombre que las requéstase’.

6.1.2. REDUCCIÓN DE SSVV COORDINADOS

De esta modalidad de elipsis verbal se han contabilizado 24 ocurrencias en *Triunfo* en oraciones coordinadas copulativas (17 ocurrencias) y yuxtapuestas (7 ocurrencias).

Coordinadas copulativas	17
Yuxtapuestas	7
TOTAL	24

Casi todos los ejemplos se adecúan de forma prototípica a la reducción y sus parámetros. Estos ejemplos son (544)-(555) en los que encontramos siempre un predicado formado por su núcleo explícito y dos argumentos que contrastan con los dos argumentos del segundo predicado coordinado, aquel en que se produce el vaciado:

(544) *Y tu loca empresa te dará la pena y a mí Ø vengança.*

(545) *Ni hagas a ti solo tan justo y a nosotros Ø tan malos.*

(546) *Ni segunt su mudança podemos llamar los ricos pobres y los pobres Ø ricos.*

(547) *Y oy sois míos y mañana Ø ajenos.*

(548) *Que no se da pena a quien la meresce, ni gualardón Ø a quien sirve.*

(549) *Amor pone aire en el andar, y Ø presencia en el representar.*

(550) *Digo que lo tal me fue grandeza y a los batallantes Ø loor.*

(551) *Ni con este morir no tengo a vosotros por vencedores, ni a mí Ø por vencido.*

(552) *Y grand debate quedó entre estas dos huestes: a quién podían llamar vencidos y a cuáles Ø vencedores.*

(553) *Pues dizit si será buen Dios el que vuestros captiverios les diere, y a vos Ø el gozo de sus libertades.*

(554) *Así que para unos era la ley provechosa, y para otros Ø muy cruel y áspera.*

(555) *Que ya me conoscéis que sé yo muy bien serviros y muy mal Ø hablar ni pidiros mercedes.*

Otros ejemplos, en cambio, manifiestan algunas particularidades que los alejan de

este esquema prototípico, como en (556), donde el segmento oracional que contiene la elipsis del verbo es fruto de la *amplificatio*, en este caso, la repetición pronominal del SN *sus embaxadores* en el complemento conmitativo, presente en la oración anterior:

(556) *Acordó, sobre todas las cosas que deliberó, de enviarle sus embaxadores, y con ellos Ø una letra.*

De la serie de reducciones de predicados coordinados de (557) sobresale el cambio de género del predicativo concordante con el sujeto:

(557) *A unos parescía persona divina, a otros Ø umana; a unos Ø triste y a otros Ø alegre; a unos Ø esforzado y a otros Ø temeroso; a unos Ø el continente airado y a otros Ø amoroso.*

El enunciado se articula en cuatro oraciones yuxtapuestas distributivas marcadas por la correlación <*a unos... a otros*>; en la primera, el segmento con elipsis contiene un predicativo que concuerda en femenino con el sujeto ausente *persona*, mientras que en la segunda oración yuxtapuesta no es posible fijar la concordancia con el sujeto por estar ocupada la función del predicativo por dos adjetivos invariables en cuanto al género; pero al llegar a la tercera y cuarta oración yuxtapuestas, los predicativos ostentan el género masculino y pierden la concordancia con el sujeto explícito de la primera oración. No se trata de un fenómeno inusual, ni mucho menos, hasta tal punto que hace cuestionar la validez de la concordancia como prueba para legitimar la elipsis, al menos, en este periodo de lengua todavía marcado por cierta inestabilidad y variabilidad en los distintos niveles de análisis lingüístico.

De la oración (558) es reseñable el cambio de preposición del segundo de los argumentos explícitos en el segundo predicado coordinado (con preposición *de*, cuando en el primer predicado el complemento está introducido por *a*); de esta forma se rompe el paralelismo estricto que presentan la mayoría de los ejemplos:

(558) *Que eres muy bueno a tus enemigos, los que te aborrecen, y Ø muy enemigo de quien por*

amigo te llama.

La particularidad que presenta (559) proviene solo de la organización de los argumentos explícitos que se correlacionan en los dos predicados coordinados, pues en el primero se invierte el orden del núcleo y su modificador, dando lugar a un paralelismo simétrico entre ambos predicados²⁷⁶:

(559) *Porque estáis de la seta y engaños de Amor ciegos, y Ø amigos de vuestro capital enemigo.*

Asimismo, existe una disonancia en el significado de los complementos con *de*, que en el primero tiene valor de agente y en el segundo de relación; por tanto, el paralelismo es más formal que semántico.

Tampoco (560) se adhiere al paralelismo de constituyentes que se postula como factor propiciatorio de la reducción. Incluso podría parecer que no hay reducción, sino coordinación de sintagmas: ‘les mandó hacer un torneo y los rescritos en las cimeras’:

(560) *Mandóles hazer un torneo y justa, y en las cimeras en metro Ø los rescritos, por que él viese allí las quexas de los unos.*

Pero como el circunstancial de lugar *en las cimeras* solo afecta a *los rescritos*, se justifica que haya un verbo elíptico que explique por qué esta relación no afecta a *un torneo y justa*. De esta manera se concluye que *un torneo y justa*, por un lado, y *los rescritos*, por otro, son dos complementos directos que forman parte de diferentes predicados, el segundo de ellos, con núcleo elíptico.

Finalmente, el ejemplo (561) presenta una construcción y organización oracionales un poco más complicadas para explicar por qué se produce la reducción verbal:

²⁷⁶ Es un tipo de quiasmo, según la nomenclatura retórica.

(561) *Por trance en placeres y justa se combatían; y otras Ø en torneos, que por escriptura e por las manos pareciese quién más razón y verdad traía.*

Aunque, igual que en los casos atípicos comentados hasta ahora, no hay un paralelismo exacto entre los dos predicados coordinados, el principal argumento para defender la reducción se encuentra en el indefinido de alteridad *otras*, que a pesar de no tener antecedente, parece expresar circunstancias diferentes a las expresadas en el primer predicado coordinado.

Otras oraciones han sido descartadas como muestras de reducción aunque a primera vista pudiera parecer que coinciden con los ejemplos aceptados. Es el caso de:

(hh) *Porque las mesquinas gentes están incrédulas y de tu eregía hereges.*

Este ejemplo podría resultar ambivalente debido a la *variatio*, a la anteposición del complemento de causa *de tu eregía*. Antes que una reducción de SSVV coordinados es preferible considerar que la oración presenta un atributo compuesto cuyo segundo componente se disgrega de su sintagma por el uso, otra vez, del hipérbaton. Tampoco se ha aceptado la existencia de reducción de núcleos verbales coordinados en:

(ii) *De todas las otras partes y provincias del mundo con estos capitanes se juntaron, con la nación que mejor su lenguaje entendiesen.*

Donde se ha creído más prudente analizar la construcción como una aposición explicativa.

6.1.3. ELISIÓN DEL SV CON PARTÍCULA DE POLARIDAD

Apenas se han localizado dos casos inequívocos de elisión con partícula de polaridad:

(562) *Porque las cosas nobles, quanto más d'ellas se conosce, son en mayor estima tenidas, y así*

Ø *las mías bien examinadas*.

En este ejemplo hemos interpretado el adverbio *así* como una partícula de polaridad equivalente a *también*, de forma que la oración podría parafrasearse así: ‘porque las cosas nobles, cuanto más de ellas se conoce, son en mayor estima tenidas, también las mías *serán en mayor estima tenidas* bien examinadas’. Podría entenderse el adverbio *así* como un atributo del verbo copulativo elíptico, cuyo referente sería *tenidas en mayor estima*. Si se opta por el primer análisis, estaríamos ante un caso de elisión del SV con partícula de polaridad. Por el contrario, al interpretar *así* como un atributo, la elipsis se catalogaría como vaciado. La oración en conjunto tiene sentido comparativo, establece una comparación de igualdad entre *las cosas nobles* y las hechas por el dios Amor (ambas son dignas de estima), por lo que se trata de un tipo oracional proclive al vaciado verbal (*Luis cuida a su madre como Antonio Ø a la suya*). Pero la estructura oracional externa es la de una oración coordinada copulativa —lo que no excluye su significado comparativo—, que también es un contexto sintáctico propicio para este tipo de elipsis verbal. Presentados ambos análisis, hemos decidido decantarnos por la elisión del SV con partícula de polaridad, pues, por un lado, es extraño el vaciado parcial del SV que en lugar de eliminar el verbo y su atributo por ser correferentes prefiere elidir solo el verbo y reiterar el atributo por medio de una sustitución gramatical (el adverbio *así*). Además, desde el punto de vista del significado, el vaciado sucede en oraciones compuestas cuyos miembros expresan un contraste entre alguno o algunos de sus constituyentes²⁷⁷, situación que no se produce en este ejemplo, en el que ambos miembros tienen la misma polaridad y no hay contraposición alguna, sino que, al contrario, se fija un paralelismo equitativo entre los

²⁷⁷ Cf. con el ejemplo (544), «Y tu loca empresa te Ø dará la pena y a mí vengança».

hechos de nobleza y los hechos de Amor.

(563) *Y todos aquellos placeres y fiestas que nos encaresces por bueno, te es muy feo, y cosa donde grand culpa y ninguna gloria se te sigue; si no Ø dame alguno por aquellos tus placeres ganado.*

En (563) la elipsis de la prótasis condicional se produce recurriendo a la proforma *si no*, que permite elidir la oración compuesta previa que funciona como antecedente. Esta elipsis total sirve de anclaje cohesivo entre las dos oraciones yuxtapuestas (la primera, una oración compuesta coordinada y la segunda, la oración condicional). Pero no son nada frecuentes este tipo de elipsis con proforma en el corpus estudiado, tal vez porque —como opina Montolío (1999)— se trata de un fenómeno más propio del registro coloquial, mientras que la prosa sentimental se caracteriza por su fuerte elaboración retórica.

6.1.4. ANÁFORA DE COMPLEMENTO NULO

Once son las ocurrencias de esta modalidad de elipsis verbal en la obra de Juan de Flores. Como en seguida se verá, en dos de los ejemplos —(9) y (10)— el antecedente léxico del complemento elíptico aparece en una posición posterior a la del hueco, por lo que constituyen usos catafóricos de la anáfora de complemento nulo. Ejemplos como (564), (568), (569) o (571) son fáciles de analizar, pero en otros el sentido global es bastante hermético debido al empleo de hipérbatos o anástrofes. En cuanto al tipo de predicados que admiten la anáfora, aparecen los habituales verbos modales, *querer* —(564), (572), (574)— y *poder* —(568), (569), (571)—, así como la estructura copulativa con el adjetivo modal *posible* en (570); pero también aparecen otros verbos y estructuras verbales que, por diferentes motivos, son hoy atípicos con complemento elidido —(565), (566), (567) o (573).

(564) «No es en su mano hazerme mercedes, que aunque ellas quisiesen Ø, mi fortuna me lo quitaría».

(565) *Y en los tratos de una parte a otra fue demandado a los del real si querían estar con el Dios*

de Amor a razón y justicia, que allí se haría más complida que en sus cielos y corte; y si querían fuerça, que d'esta se defenderían fasta que unos de otros comiesen, antes que entregar su Dios. A esto los del real justificándose dixerón que a toda razón querían estar Ø, con tanto que se viesen las culpas y males que Cupido tenía fechos.

Para entender cómo se produce la anáfora de complemento nulo en (565) vale la pena reproducir un fragmento tan largo. Así se aprecia la distancia que separa el hueco elíptico de su antecedente, cuya relación funciona indudablemente como hilo de cohesión textual. Y así también se entiende la razón del análisis propuesto para la combinación de <estar con + SN personal>. Podría parecernos que nos encontramos aquí con un extraño caso de elipsis de un complemento no argumental del verbo, el circunstancial comitativo *con el Dios de Amor*. Más bien parece que la construcción verbal <estar con + SN personal> tiene el valor de una locución verbal equivalente en su significado a *apoyar* o *defender*²⁷⁸, adquiriendo el complemento la obligatoriedad propia de los complementos de régimen preposicional. Pero esta elipsis seguiría sin caer en los parámetros habituales señalados para la anáfora de complemento nulo, en la que se elide un complemento categorizado como infinitivo u oración flexionada. Por otro lado, no parece que hoy sea aceptable la elipsis de la base léxica de una locución verbal. Tal vez la elipsis del SP sea un indicio de que la locución aún no se ha consolidado y sus componentes no han perdido su independencia sintáctica.

Este mismo análisis es aplicable a *poner en grandes trabajos* en (566), que también parece comportarse como una locución verbal:

²⁷⁸ Aunque no hemos encontrado esta acepción en el *Dicc. Aut.*, sí que aparece la locución <estar con + SN personal> en el *DRAE*, que le da una acepción cercana a la que parece tener en el texto: «~ con alguien. 1. loc. verb. estar de acuerdo con él».

(566) *Y si vuestra umana condición por livianas cosas vos pone en grandes trabajos, que por mí os pongáis Ø, no lo he por mucho.*

(567) *Y media ora ante que sus contrarios en el campo se hallasen, ellos se hallaron Ø.*

En estos casos, hemos preferido tratar el fenómeno como un ejemplo de anáfora de complemento nulo, modalidad de elipsis que afecta, recordemos, a verbos como *olvidarse de*, *admitir*, *poder*. Aunque se ha clasificado como un subtipo de elipsis verbal, en ejemplos como los comentados el argumento elíptico tiene categoría nominal (SPrep + nombre).

(568) *Comiença pues con quantas fuerças pudieres Ø.*

(569) *Que de la fortuna o de otras maneras os vengán persecuciones, y con mis deleites os aparte quanto pueda Ø d'ellas.*

(570) *Se profirieron de ir en la defensa del su Dios de Amor, lo más ataviados y poderosos que posible les fuese Ø.*

En cuanto a la legitimidad del ejemplo (570), ya defendimos al tratar la anáfora en *Cárcel* que este proceso elíptico también se puede producir en estructuras atributivas formadas por <ser + adjetivo>, aunque en ellas el constituyente elíptico sea el sujeto oracional. Remito al epígrafe 5.1.4. (p. 341) para la argumentación en torno a este punto.

(571) *Mas ellos, haziéndose fuerça, defendíanse con las mejores razones y excusas que pueden Ø.*

(572) *Así pues los más constantes en el defender y otros más flacos en el sufrir se rinden, de la manera que con ellos ha acaescido: unos defenderse mucho y otros otorgarlo más presto que lo queríamos Ø.*

En (572) la anáfora se produce por la repetición del predicado dependiente de *querer* en el primer miembro comparativo. Se trata de una construcción comparativa hoy desaparecida, desbancada por la construcción romance con <de + artículo + relativo>, pero todavía frecuente hasta el siglo XV (Herrero Ruiz de Loizaga 2005: 481). En la oración del ejemplo no debe pensarse que el clítico *lo* representa al complemento de *querer*, sino que funciona precisamente como clítico de dicho complemento elíptico, el anterior *otorgar*.

(573) *Imperial alteza, gloria de la soberana beatitud, tu alta dignidad con título tan alto, que con tu magestad consiga cØ, nuestro rudo saber ençalçar no sabe.*

El pasaje, que expresa la *captatio benevolentiae* —preceptiva según el arte epistolar— desarrollando el tópico de la *humilitas*, es de difícil interpretación, pero una aproximación a su sentido global puede ser ‘Imperial alteza, gloria de la soberana beatitud, aunque nuestro rudo saber no sepa equiparar tu alta dignidad con título tan alto, consiga hacerlo con tu majestad’. Parece que el significado de *ensalzar* está aquí más próximo a ‘comparar, poner o elevar al mismo nivel’, y no a ‘loar, alabar’, justificándose así la aparición del complemento preposicional introducido por *con*, como podemos comprobar también en este ejemplo de principios del s. XV:

- *Dexémosnos agora estas palabras que no es cosa guisada ensalzar vn pobre cauallero con vn Rey Rico*²⁷⁹.

Según esta interpretación, tras el verbo *consiga* habría una elipsis del CD oracional cuyo referente explícito es la oración de infinitivo *ensalçar tu alta dignidad*. Tenemos, pues, una clara anomalía frente a la gramática actual de la anáfora de complemento nulo, ya que el verbo *conseguir* no admite hoy este tipo de elipsis y prefiere recuperar anafóricamente el complemento oracional elidido mediante el clítico *lo*: *María entrenó mucho para ganar la medalla, pero al final no lo consiguió*.

En último lugar, la transcripción de Fernández Jiménez en *ADMYTE* no recoge el

²⁷⁹ «Imperial alteza gloria de la soberana beatitud tu alta dignidad con titulo ta<n> alto q<ue> co<n> tu magestad consigua n<uest>ro rudo saber no sabe / porq<ue> turbados de la t<r>i'stissima nueua de la grand baxeza q<ue> en tu gloriosa persona se vehe nos hallamos ta<n> mal eloque<n>tes q<ue> aq<ue>lla gr<aci>a q<ue> para requestar nos mos-traste», *CORDE* [22/03/2011].

verbo *ençalçar*, pero esta lectura tampoco parece aclarar el sentido y la sintaxis del enunciado.

(574) *Porque si con humildat en esta nuestra letra, tan bien como queríamos cØ, no satisfazemos.*

El caso de (574) no ofrece tantas dificultades como el anterior y la anáfora, o más bien la catáfora de complemento nulo, es clara.

Para terminar este apartado, comentaremos algunos pasajes equívocos en cuanto al empleo de la anáfora de complemento nulo y explicaremos las razones de su exclusión.

(jj) *Mas yo no como quien recuenta aver oído, mas como quien vido lo que dize, quanto la eloqüencia me ayudare, segunt el caso grande, así como mejor pueda, quiero no se olvide esta pomposa batalla.*

En esta oración no está claro cuál es el antecedente del complemento de *poder*. Parece que se trata de un antecedente pragmático-contextual, no recuperable a partir de ningún constituyente explícito en particular. Como la recuperabilidad contextual es un requisito insoslayable de la elipsis gramatical y la información de este complemento implícito solo se obtiene a partir de interpretaciones discursivas, habría de excluir este ejemplo de las anáforas de complemento nulo.

(kk) *Las obras de vuestras manos han sido maravillosas, que ellas vos son paga, que en el mundo tan rico ni en los cielos tan poderoso que vuestro tan grand merescer satisfazer pueda, que yo no puedo, no siento quién lo pueda.*

La oración resulta confusa por el drástico hipérbaton que trastoca el orden de sus componentes. Una posible paráfrasis es ‘las obras de vuestras manos han sido (tan) maravillosas que ellas vos son paga, pues no siento quién, en el mundo tan rico ni en los cielos tan poderoso, pueda satisfacer vuestro gran merecer, pues yo no puedo’. *En el*

mundo tan rico ni en los cielos tan poderoso son adyacentes apositivos del relativo *quién*.

La anáfora de complemento nulo solo se aplica al verbo *puedo*, pero no a *pueda*, ya que en su caso el clítico *lo* sustituye al complemento.

6.2. ELIPSIS NOMINAL EN *TRIUNFO DE AMOR*

6.2.1. ELIPSIS DEL SUJETO DEL VERBO NO PERSONAL

6.2.1.1. ELIPSIS DEL SUJETO DEL INFINITIVO

El análisis del corpus ha arrojado un total de 611 ocurrencias de elipsis del sujeto del infinitivo, repartidas casi por igual entre los esquemas en que esta forma no personal funciona como término de un SP y las construcciones completivas. De esta cifra, tan solo 36 casos son catafóricos y apenas en una ocasión puede defenderse tímidamente que la elipsis suponga un enlace cohesivo entre enunciados.

Infinitivo término del SP	52 %
Infinitivo completivo	42 %
Infinitivo como PVO	6 %

- Infinitivo como término del SP:

(575) *Y por salvar cØ la vida tovo en poco de perder Ø la silla de su señorío.*

(576) *Y por aliviar cØ parte de su pena, adreçó muchas frechas.*

(577) *Mas por no salir cØ del començado caso lo cesso.*

(578) *Y yo con este temor de por mí solo bastar Ø a suplicaros Ø algo, para salir Ø de las necessidades en que me viese, vengo acompañado de novelas.*

- (579) *Así yo, cativa, por más servirte Ø, tengo tales gualardones.*
- (580) *Tan tristes y tan codiciosos de seguir Ø su vengança, porque ella la principal era en.*
- (581) *Mas ninguno pudo ser tan tibio en lo ver Ø, que en bivas llamas de amor no ardiese.*
- (582) [...] *A los bivos, que casi perdidos por dexar Ø el campo estaban.*
- (583) *Pareçca la cara alegre de aver Ø ganado.*
- (584) *Y todos aquellos pueblos desseosos de amar Ø començaron a alegrar los gestos.*
- (585) *Grand estado y mayor voluntat lugar tenga de luzir Ø en los mayores por mayor.*
- (586) *Me haze memoria, estilo y gracia para contar Ø esto que el seso no comprende!.*
- (587) *Fizo un proferimiento a todos de los vestir Ø en carne humana en edat de treinta años.*
- (588) *Que mi necessitat da ocasión de hazervos Ø paga de vuestros merescimientos.*
- (589) *El desseo que de me servir Ø avéis tenido se gane.*
- (590) *A todas las enamoradas dueñas, para que el tiempo vicioso se ocupen en leer Ø los casos tristes que a este señor en esta nuestra vida acaecieron.*
- (591) *Porque por mí mesmo no me atrevo a escribir Ø en presencia.*
- (592) *Y loaste de hazer Ø los simples agudos.*
- (593) *Y avían por gana de sufrir Ø en esta vida pena y en la otra.*
- (594) *Que he más gana de enxalçarvos Ø, que el menester de valerme Ø con vos me mueve.*
- (595) *De una voluntat fueron d'este acuerdo, de matar Ø a este Cupido.*
- (596) *Salvar Ø la vida tovo en poco de perder Ø la silla de su señorío.*
- (597) *Acordaron de venir Ø a este nuestro mundo para dar Ø muerte.*
- (598) *Fueron grandes amigos y juraron de ir Ø en personas, con todas sus gentes y puxança.*
- (599) *Buen consejo te sería de callar Ø, porque será escusar que yo calle.*
- (600) *Todos concordés se profirieron de ir Ø en la defensa del su Dios de Amor.*
- (601) *¿Quién diera allí testimonio aver Ø visto alguna pieça d'armas que al tiempo y gentileza afeasse[...]?*
- (602) *El que más huelga no halla momento adelantarse Ø. Quien oviese de loar los que allí crescidas.*
- (603) *Vosotros vos pusistes a la afrenta contra tan grandes y tan poderosos enemigos defenderme Ø.*
- (604) *¡Quanto más d'èssas os quexáredes padescer, más gozos sentís en sufrillas Ø!*

- (605) *Vuestras desdonadas razones en pensarlas Ø me ponen vergüenza.*
- (606) *Simpleza de mis flacas razones? Que en dizir Ø las hago menores.*
- (607) *Después de aver Ø tomado algunos días de plazo.*
- (608) *Poniendo en enxemplo la reina Dido, depués de aver Ø sacado lo que de Eneas querellava.*
- (609) *Pues él ansí en la ciudad de Frigia, después de averla Ø muy enfortalescido de las cosas para la guerra necessarias.*
- (610) *Todos los que de bien amar presumían, para aver Ø consejo y dar Ø respuesta a la embaxada.*
- (611) *Que aquella gracia que para reqüestar Ø nos mostraste.*
- (612) *Vencer Ø o alegre muerte para contigo morir Ø, de nuestra voluntad escogida.*
- (613) *Dios de Amor descendiese al nuestro mundo a valerse Ø de nos.*
- (614) *Por ver cØ esta nueva novedad de muerte enamorada.*
- (615) *Y bien que allá en vuestros cielos y corte le desterrásedes [...], comportámoslo por ser Ø fuera de nuestra jurisdicción y tierras.*
- (616) *Que agora sentís, a causa de quitaros Ø de amar Ø y ser amados Ø, de todas e.*
- (617) *Que unas so color de lo ver Ø, y otras con presumir Ø d'esforçadas [...] infinitas fueron las que allí se allegaron.*
- (618) *Y otras con presumir Ø d'esforçadas [...] infinitas fueron las que allí se allegaron.*
- (619) *Te matarían sin poner Ø en ti las manos.*
- (620) *Muchos y largos días trabajamos, sin conocer Ø señor a quien sirvamos.*
- (621) *Bienes que ella les dio, sin les dexar Ø año ni día acabar Ø en tal alegre bivar.*
- (622) *Allí se deleitavan los ojos de ver Ø gentes tan estrañas.*
- (623) *Y cada uno de los bivos buscavan por ver Ø aquellos de cuyas istorias más avían.*
- (624) *Me conviene ir Ø a muy apartadas tierras a traher Ø nuevas.*
- (625) *Donde mi estudio era mejor a Jasón aplazer Ø.*
- (626) *Y los que tienen y no tienen ganar Ø es mayor fatiga.*
- (627) *Tan espantados quedaron que con maravillarse Ø de quien él era le festejavan.*

Del infinitivo como término del SP hay 319 ocurrencias, entre las que se dan también la mayoría de los casos de catáfora (21 de 35), propiciados por la anteposición de un SP de función adverbial a la oración principal que contiene el antecedente del sujeto del

infinitivo, el cual suele ser también el sujeto gramatical del verbo principal, como se observa en (575), (576), (577). Entre ellos, imperan los introducidos por la preposición *por* —ya con sentido causal ya final—, como testimonian los tres ejemplos recién citados. La predisposición de la construcción preposicional a la catáfora es entendible si apuntamos que los SP de valor adverbial son los constituyentes con mayor movilidad en la oración. No obstante, es muy habitual que la catáfora no se produzca a causa de la separación del sujeto y del verbo principales, que se sitúan respectivamente al principio y al final de su miembro oracional, circundando al sintagma que contiene al infinitivo, según certifican los ejemplos (578), (579), (673).

Como sucede en *Siervo y Cárcel*, el SP que contiene al infinitivo puede desempeñar diversas funciones: complemento adyacente, complemento preposicional regido o complemento circunstancial.

Como ya notamos en *Cárcel*, los adjetivos (y participios) y sustantivos pueden poseer complementos preposicionales de naturaleza oracional cuando lo permiten sus propiedades semánticas, los cuales pueden ser argumentales o adjuntos. Además, cuando los adjetivos y sustantivos provienen de verbos, es posible que hereden sus complementos (sean adjuntos o centrales). Ejemplos de SSPP preposicionales que funcionan como CAdy del adjetivo (o del participio) los encontramos en (580), (581), (582); estos complementos del adjetivo a veces —pero no con mucha frecuencia— pueden ser heredados en casos como los de (583) o (584). Mientras que se localizan complementos del sustantivo en (585)

o (586)²⁸⁰ y en ejemplos como (587), (588), (589) puede considerarse el complemento como herencia del verbo del que procede el sustantivo; en particular, son una representación del CD correspondiente al verbo originario. En todos los casos analizados, el esquema <preposición + infinitivo> es la configuración sintáctica elegida cuando existe identidad semántica entre el sujeto del infinitivo y el agente del sustantivo o adjetivo rector, el cual puede deducirse a partir de la referencia expresada por algún SN del verbo principal, mayormente el sujeto. Cuando no se produce esta identidad, al igual que sucede en la lengua actual, se prefiere el esquema <SP + *que* + subjuntivo>²⁸¹.

La argumentalidad del SP da lugar también a CPR, como es el caso de (590), (591), (592). Puede suceder que el CPR esté regido por una locución verbal, como en <*aver por gana de* + infinitivo> en (593) o su variante <*aver gana de* + infinitivo> en (594), igual que apreciamos en los datos de *Cárcel de amor*.

Abundan los SP que funcionan como circunstanciales, sobre todo los de tiempo introducidos por la preposición *en* —(604), (605) o (606)²⁸²— o *después de* —(607), (608), (609)²⁸³. Son también numerosos los CCCC de finalidad con *para* —(610), (611), (612)— o *a* —esta última preposición se prefiere cuando el predicado principal es un verbo de

²⁸⁰ Frente a la mayoría de los ejemplos cotejados, en los que la preposición introductora del complemento del adjetivo o del sustantivo es *de*, en (586) la preposición es *para*.

²⁸¹ En Moreno de Alba (2009: 1334) se puntualiza que con los sustantivos deverbales procedentes de verbos de lengua (*anuncio, afirmación, declaración...*) el modo verbal elegido es el indicativo.

²⁸² En ocasiones el sentido temporal colisiona con el causal y es difícil deslindar cuál predomina en el enunciado.

²⁸³ Con antes que el sentido es el de una pseudocomparativa de exclusión: «Que d'ésta se defenderían fasta que unos de otros comiesen, antes que entregar Ø su Dios».

movimiento, según se ve en (613)—, y *por* —(614). De causa, con las preposiciones *de* —(622)—, *por* —(615)—, las locuciones *a causa de* en (616)²⁸⁴ o *so color de* (617), e incluso la preposición *con* en (618). Y los CCCC modales introducidos por diversas preposiciones²⁸⁵, ejemplificados en (627), (619), (620) o (621).

No se da un número importante de ocurrencias, pero sí se documenta al menos en una ocasión que el SP sirva de aposición explicativa a otro SP anterior, como en (595)²⁸⁶.

Igual que encontrábamos en *Siervo y Cárcel*, un SP introducido por *de* desempeña una función transitiva que hoy expresamos con un SN sin preposición. Esto se ilustra en las oraciones de (596), (597)²⁸⁷, (598). Incluso hallamos oraciones copulativas en las que el infinitivo completivo en función de sujeto está introducido por esta preposición, como en (599). Pero también se produce el fenómeno inverso, esto es, la alternancia entre el régimen preposicional —preferido en la lengua actual— y el transitivo, apreciable en el contraste entre los ejemplos (600) y (655), en los que el verbo *proferir* se construye con preposición *de* y sin preposición alguna respectivamente²⁸⁸. Asimismo, esta forma no

²⁸⁴ Señala Herrero Ruiz de Loizaga (2005: 363) que esta construcción no está documentada para el periodo medieval, pero sí para el clásico, donde aparece en textos de registro elevado.

²⁸⁵ Puede resultar complicado decantarse ante un análisis como CC de modo o como PVO con preposición.

²⁸⁶ Puede objetarse que se trata de un complemento del sustantivo *acuerdo*, aunque la puntuación del editor no parece sugerir esta segmentación.

²⁸⁷ En *DCRLC*, Cuervo señala que en el siglo XVI y XVII era frecuente el empleo de la preposición *de* para introducir el infinitivo que complementaba a *acordar* con esta acepción.

²⁸⁸ Aunque en *Triunfo* no se halle ningún ejemplo de este verbo con preposición *a* regida, sí lo encontramos en *Cárcel*: «Díxele que se esfuerçase a escrevir a Laureola, proferiéndome a dalle la carta».

personal puede estar inserta en un sintagma sin preposición cuando debiera llevarla por servir de adyacente a un sustantivo, como vemos en (601), ejemplo en el que el infinitivo forma una oración completiva que concreta el asunto referente al sustantivo *testimonio*; otros ejemplos son (602), (603).

En cuanto a la categoría del elemento controlador, hemos comprobado que puede ser un SN léxico, un sustantivo, según se observa en (622) y (623). También es posible que sea un pronombre personal tónico —(581), (579)— o átono —(624)—, un posesivo —(625)— o un relativo —(626)²⁸⁹. E incluso los morfemas personales del verbo principal pueden servir de antecedente al sujeto elíptico del infinitivo con una alta frecuencia, como sucede en (627). Sustantivos y pronombres personales antecedentes pueden desempeñar alguna de las funciones argumentales del predicado principal, esto es, pueden ser SUJ, CD o CI²⁹⁰.

En todos los esquemas comentados, en los que el infinitivo forma parte de un SP, la relación anafórica entre categoría elíptica y antecedente se produce dentro de los límites de la oración y no tiene capacidad de operar como enlace textual, ya que la entidad a la que refiere el sujeto elíptico se localiza siempre dentro de la oración con que se relaciona el SP, ya sea como CC, CPrep o CAdy.

- Infinitivos completivos:

En los párrafos que siguen nos centraremos en las oraciones en que el infinitivo con

²⁸⁹ Es admisible la lectura del infinitivo con valor sustantivo —entonces, sin sujeto—, si bien la ausencia del artículo como determinante hace preferir el análisis del infinitivo con sujeto elíptico.

²⁹⁰ Las desinencias de persona, evidentemente, solo pueden ser SUJ en su predicado.

sujeto elíptico es SUJ o CD del predicado principal, de las que se dan 254 ocurrencias. Nos ocuparemos, en primer lugar, de las oraciones completivas de SUJ, prestando atención a qué tipo de verbos seleccionan dichas oraciones, cuál es la categoría y la función del antecedente, si se da una relación de catáfora entre sujeto elíptico y controlador y si el vínculo referencial entre ambos posibilita la cohesión entre enunciados.

Todos los predicados que poseen un infinitivo como sujeto comparten la capacidad de aceptar un sujeto de significado proposicional. La diferencia entre ellos radica en la categoría y la función del elemento que controla el sujeto elíptico del infinitivo.

<i>Convenir</i>	(624)
<i>Ser</i>	(628), (629), (630), (631)
<i>Estar</i>	(632)
<i>Parecer</i>	(633)
<i>Doler</i>	(634)
<i>Dar</i>	(635)
<i>Hazer</i>	(636)
<i>Pesar</i>	(637)

(628) *Así mi escriptura por mal que le vaya con vosotras, señoras: será mejor ser Ø algo y conoceros Ø que no nunca fazer Ø nada ni serviros.*

(629) «No es en su mano hazerme Ø mercedes, que aunque ellas quisiesen [...]».

(630) *¡O cuánto bueno! Te sería morir Ø a tu consentimiento, por medio culpado.*

(631) *Que la vida que oy sufrimos, perderla Ø será ganar Ø.*

(632) *Muy mejor nos está el fenescer Ø contigo, que quedar Ø herederos de tus passiones.*

(633) *Ellos con mayor razón les pareció levantarse Ø con cruel enemiga contra este Dios de Cupido.*

(634) *Y aunque su muerte y perdimiento mucho nos duela, mucho más duele ser Ø hecho en mengua y vituperio de los que el mu.*

(635) *Sayar Ø locura, a la qual vuestro mal mirallo Ø nos da osadía; pues que aquí poco se pue.*

(636) *Y agora házesenos pena combatir Ø a gentes tan vencidas.*

(637) *Ø hazer; y tales d'ellos pesávales tener Ø un alma tan piadosa, la qual no les dexa.*

Para el análisis de los infinitivos como SUJ retomamos la clasificación de Hernanz (1999: 2272-2274) en cuatro grupos de verbos:

a) Verbos de afección del tipo *gustar, agradar...*, aquí representados por *convenir, doler y pesar*. En ellos, como corroboran nuestros datos, el antecedente controlador del sujeto elíptico es el dativo que suelen seleccionar estos predicados. En el caso de *doler* en (634), el sujeto del infinitivo está controlado por el sujeto léxico de la oración precedente con *aunque*, pues *doler* no ostenta la usual construcción con pronombre que podemos ver, precisamente, en la oración concesiva anterior. También ha de incluirse en este grupo el verbo *dar* de (635), que aparece en una construcción verbal que podría calificarse como locución, de modo similar a las locuciones *dar pena / vergüenza / miedo*, etc. A diferencia de lo que sucede con los verbos de afección, el controlador del sujeto elíptico del infinitivo es el posesivo *vuestro* que lo modifica; su aparición parece bloquear la capacidad del clítico dativo como controlador, acaparando dicha función referencial. Por otro lado, aunque el infinitivo esté determinado por el posesivo, el predominio de su naturaleza verbal se sustenta en la expresión de su CD *lo* y el PVO *mal*. También *parecer* en (633), en su uso con clítico dativo, con el sentido de ‘opinar, creer’, se comporta sintácticamente como los verbos de afección, es decir, selecciona un infinitivo como sujeto cuando existe

correferencia entre su sujeto y el clítico, mientras que se prefiere el correlato flexionado cuando no se gesta la correferencia²⁹¹. Por último, puede incorporarse a este grupo el verbo *hazer* de (636), donde el predicado rector selecciona un dativo pronominal que controla al sujeto elíptico del infinitivo, en una construcción equiparable a la de *gustar* o *parecer*²⁹²; el rasgo que separa ambas construcciones es el empleo del pronombre *se*, sin función, como sucede en ejemplos actuales como *Se le hace difícil conciliar el sueño*.

b) Verbos transitivos de significado causativo, como *agravar*, *crear*, *ocasionar*, *originar*, etc., de los que no se encuentran ejemplos en *Triunfo*.

c) Verbos de significado próximo al causativo y con dos argumentos, como *animar*, *ayudar* u *obligar*. Tampoco existen ejemplos en *Triunfo*.

d) Verbo *ser* más un atributo, ejemplificado en (628), con un clítico dativo como antecedente controlador; (629), cuyo sujeto tiene como antecedente al posesivo *su*; o (630), donde el control es ejercido por el dativo *te*. Incluso encontramos algún ejemplo donde el SUJ y el ATR del verbo copulativo se formalizan mediante el infinitivo, como en (631), en el que, además, hay que resaltar la localización del controlador dentro de la propia oración de infinitivo, en concreto, en la oración de relativo que modifica al CD del infinitivo. Aunque Hernanz no lo incluya en esta categoría, también el copulativo *estar* comparece en

²⁹¹ Hay que añadir otras restricciones para el uso del infinitivo, como son la pasiva, los verbos meteorológicos u otras expresiones impersonales (v. Hernanz 1999: 2234).

²⁹² En cuanto al significado de la expresión, puede parafrasearse como ‘causar pena’, ‘apenar’, así que el verbo mantiene parte del sentido causativo que posee en aquellas construcciones en que selecciona un infinitivo con sujeto en acusativo.

ejemplos como (632), cuya estructura es análoga a la trazada para (630), con la particularidad de que en el primero el infinitivo está determinado por el artículo, a pesar de lo cual se prefiere el análisis verbal por presentar un CC comitativo.

Los predicados que seleccionan un infinitivo en función de CD ofrecen más variedad léxica en *Triunfo*, aunque la mayoría tiene un significado afín: son verbos de pensamiento como *creer*, *saber*, *pensar*, *deliberar*, la locución *tener por* y sus variantes (que tienen el sentido de ‘considerar’), los verbos de voluntad *querer*, *desdeñar*, *esperar*; los verbos de comunicación *hablar*, *decir*, *recontar*, *rebtar*, *demandar*²⁹³ y otros como *mostrar*, *dissimular*, *proferirse*.

<i>querer</i>	(638), (639), (640)
<i>saber</i>	(641), (642)
<i>osar</i>	(643)
<i>hablar</i>	(644)
<i>pensar</i>	(645)
<i>esperar</i>	(646)

²⁹³ A pesar de esta agrupación, el significado de *demandar* parece aquí más próximo al de un verbo de mandato o permisión (‘suplicar’, ‘pedir’) que al de un verbo de comunicación.

<i>desdeñar</i>	(647)
<i>mostrar</i>	(648)
<i>tener por mucho</i>	(649)
<i>aver por poco</i>	(669)
<i>tener en afrenta</i>	(650)
<i>creer</i>	(651)
<i>decir</i>	(652)
<i>deliberar</i>	(653)
<i>recontar</i>	(654)
<i>proferirse</i>	(655)
<i>retar</i>	(656)
<i>dissimular</i>	(657)
<i>demandar</i>	(670)
<i>mandar</i>	(658), (659)

(638) *No quiso luego a las gentes descubrirse Ø , mas fuese a una escondida montaña.*

(639) *E aunque me queráis dezir Ø que mi necessitat da ocasión de hazervos.*

(640) *A quien él mucho más que a otro quiso manifestar Ø su gloria, este rey, bien así como Sant Joha.*

- (641) *No supo como defenderse Ø del grand poder de sus enemigos.*
- (642) *Y a lo que dizes que no sabes como dar comienço a mis maldades, ni menos le sé yo dar Ø a mis loores.*
- (643) *Mas nunca se hallaron tan poderosos que al campo osasen salir Ø a dar Ø batalla.*
- (644) *Más notable cosa podemos hablar aver visto Ø que más loable sea que ver Ø tan triunfo.*
- (645) *Y todas las maneras de servir puse en obra, pensando sobre tus flacos cimientos armar Ø perpetua torre.*
- (646) *Por Dios, más adorado que nunca, espero quedar Ø en ojos de las gentes.*
- (647) *Unos aman por servir Ø, y otros desdeñan ser Ø servidores; unos amando mueren, y otro.*
- (648) *Tú, agora, muestras tu causa civil sostenerla Ø con injuriosas palabras, aun en esto paresçe.*
- (649) *No tenemos por mucho conquistar Ø nuestro enemigo y vuestro.*
- (650) *Fueron todos tan alegres y tan esforzados que en tal caso mil vezes dar Ø batalla tenían en muy poca afrenta.*
- (651) *Porque allí verían si los cavalleros le dexarían de todo en todo morir Ø o, creyendo Ø aun con ellos acabar Ø.*
- (652) *Ninguno pues no diga ni escriba cosa aver Ø visto que a ésta se compare, que el seso y l.*
- (653) *Y pospuesto todo temor, deliberaron osar Ø ariscar Ø las vidas. Y luego, más con ir.*
- (654) *Mas yo no como quien recuenta aver Ø oído, mas como quien vido lo que dize.*
- (655) *A las quales cosas y razones mucho d'escribir, en mérito de sus merescimientos los está loando; con gana proferiéndose del menos suyo hazer Ø de los más el más a él accepto de quantos en esta vida grandes bienes y mercedes hizo.*
- (656) *Y quien con malicia riebta a las señoras grandes dar Ø parte de sí a personas de baxo estado, es la causa por encubrir su mal.*
- (657) *Ellas aunque lo entendían dissimulavan no entenderlos Ø.*
- (658) *Luego me mandáis ensillar y acaminar Ø por otras.*
- (659) *E él por pleito enojoso, mandóles hazer Ø un torneo y justa, y en las cimeras en metro.*

En casi todos los casos el controlador del infinitivo es el sujeto del verbo principal, a excepción de (658) y (659), donde el controlador es el dativo que selecciona el predicado principal, *mandar*. No obstante, su categoría puede variar, siendo pronombre personal —(640)—, pronombre indefinido —(647)—, pronombre relativo —(654)—, sustantivo —(651)— o incluso, más frecuentemente, los morfemas personales del verbo principal —

(638).

Como nos muestran (644), (645) o (651), es posible que el verbo matriz sea también una forma no personal, por lo que el controlador del sujeto elíptico pasa a ser el sujeto del predicado principal con núcleo flexionado. Semejante situación encontramos en (655), puesto que el verbo regente es un gerundio y al no tener sujeto gramatical hay que buscar otros candidatos que nos permitan deducir cuál es el sujeto elíptico del infinitivo; en este caso, el posesivo *suyo* o el pronombre *él* parecen orientar la interpretación referencial.

La construcción en que aparece el verbo *rebtar*²⁹⁴ en (656) es reseñable por su diferencia respecto al régimen actual, con preposición *a* para introducir el objeto del desafío, cuando en nuestro ejemplo el verbo no selecciona ninguna preposición para introducir su complemento. En dicho complemento el núcleo es el infinitivo *dar*, cuyo sujeto está controlado por el CD principal, el SN *a las señoras grandes*. No obstante, aquí el sentido del verbo parece alejarse también del actual; según Corominas (*DCECH*), el verbo procede del latín *RĒPŮTĀRE* a través de la forma *reptar* del occitano-catalán o del bajo latín de Francia, con el sentido de ‘culpar’, ‘acusar’, que es el que en este pasaje de *Triunfo* tiene.

En el caso de los infinitivos regidos por el verbo *saber*, observamos que se dan dos variantes en *Triunfo*: por un lado, la construcción interrogativa indirecta de (641) introducida por el adverbio *como*, que se repite en (642), donde también se usa la construcción completiva sin nexo introductorio.

²⁹⁴ Con la grafía *riebta* para la 3ªp. sg. del presente de indicativo.

Se documentan en *Triunfo* varios ejemplos de infinitivos independientes, es decir, sin que desempeñen función completiva respecto a un predicado matriz y sin que formen parte de un SP argumento o complemento de una oración principal. Tal es el caso de (660):

(660) *No hallavan día de que se loasen, salvo d' éste en que agora estavan, en tanta paç y amigable ermandad verse Ø unos con otros, maravillándose los bivos de los muertos.*

Su peculiaridad reside en que el sintagma con infinitivo es autónomo, se presenta en aposición a la oración previa, expresando la causa que explica dicha oración pero sin que haya ninguna marca explícita que indique esta relación de forma patente. Igual sucede en (661), donde no queda claro cuál es la función del infinitivo cuyo sujeto tiene como controlador al CI *a las ignocentes donzellas*:

(661) *¿Quién si no tú? das favor a las ignocentes donzellas robar Ø los averes del padre y irse a perder Ø con estraños hombres.*

A nuestro juicio, se trata de un SN que modifica al CI incluyendo una especificación causal ('das favor a las inocentes doncellas por robar...')²⁹⁵. El mismo análisis es aplicable a los ejemplos (662) o (663), en los que los infinitivos, aunque no están precedidos por preposición, parecen tener un valor adverbial:

(662) *Los amantes y los tahúres siguen una opinión deleitarse Ø en jugar Ø.*

(663) *¿Qué mayor desventura puede ser que la de los amantes tener Ø toda su vida oficio de mendiguar y pedir merced y limosna [...]?*

Estas construcciones difieren de la que encontramos en (664), porque mientras en las primeras parece haber integración del infinitivo en la oración de núcleo flexionado, las oraciones de infinitivo yuxtapuestas de (664) son una aposición explicativa del SN anterior

²⁹⁵ Esta interpretación se refrenda si acudimos a la respuesta del dios Amor a estas recriminaciones: «Y si dizes las mugeres a mi causa osar matar maridos, parientes y hijos [...]».

las grandes cosas que por mi servicio heziste, en el cual hay que localizar, además, el antecedente controlador del sujeto elíptico, que no puede ser otro sino los morfemas personales de su núcleo conjugado²⁹⁶:

(664) *Y si dizes de las grandes cosas que por mi servicio heziste: aquel ganar Ø del vellecino de oro, y el dexar Ø tu reino y aun tornar Ø al viejo padre de Jasón moço.*

La misma función apositiva explicativa puede proponerse para la oración de infinitivo de (665):

(665) *Porque yo el secreto de las voluntades veo ser grand pena: amar Ø y encubrir Ø la causa de su pasión.*

Además de por su carácter catafórico, el ejemplo (666) sobresale porque en él, en lugar del subjuntivo que se utiliza hoy como forma imperativa negativa, observamos el mismo contenido comunicativo expreado mediante el infinitivo independiente²⁹⁷:

(666) *Así que no querellaros cØ, mas gozaros cØ que de las sinrazones, que d'ellos tenéis rescibidas [...].*

Cuando el infinitivo es completivo su anteposición al verbo principal suele originar un orden de constituyentes forzado por el hipérbaton, como observamos en (667) o (668), donde, sin embargo, no se produce el vínculo catafórico debido a la anteposición del sujeto explícito del verbo conjugado:

(667) *Y quien loar Ø te quisiere, hallará tan flacas causas.*

(668) *Yo bevir Ø no querría sin su consentimiento.*

²⁹⁶ No se trata de infinitivos completivos, por eso no han sido incluidos en el recuento final de ocurrencias.

²⁹⁷ También hoy en los registros vulgares es frecuente el empleo del infinitivo en lugar de las formas de 2ª p. pl. del imperativo afirmativo.

No encontramos en *Triunfo* más que dos únicos ejemplos de infinitivo completo con sujeto de antecedente catafórico, (669) y (670):

(669) *Que servirte cØ en lo que, señor, pueda avré por poco.*

(670) *El pensar cØ quien yo era, ni mi real estado, ni mi valer, ni mirar como la mi generosa sangre y viejas canas de mi padre aviltava [...] era cada día demandada.*

En el primero, la oración de infinitivo es CD de la locución verbal que lo rige y en el segundo, parece funcionar como CD del núcleo perifrástico *era demandada*²⁹⁸. Aunque son corrientes las construcciones <infinitivo CD + verbo> —en las que el orden de las formas verbales es inverso a la organización usual <verbo + infinitivo CD—, la catáfora no llega a producirse porque, como ya se ha mencionado, el sujeto principal —controlador del sujeto del infinitivo— se ubica en posición anterior al infinitivo, de la manera en que sucede en (667) o (668). Este tipo de disposición circular de los componentes oracionales es análogo al señalado más arriba al comentar las relaciones de catáfora en los sujetos elípticos de los infinitivos incluidos en el SP (v. p. 416).

- Infinitivos como PVO

Treinta y ocho han sido las ocurrencias del infinitivo como PVO.

<i>ver</i>	(671), (672), (673)
------------	---------------------

²⁹⁸ Así parece indicarlo el sentido global del enunciado, basado en la lectura reflexiva o media de la perífrasis <ser + participio> (v. Arroyo Vega 2001: 122 y ss.): ‘me suplicaba que pensara quién era yo, mi real estado...’. De todas formas, la construcción es confusa y su análisis se complica si añadimos el sentido negativo que rodea a los infinitivos coordinados por *ni* o la longitud del periodo oracional.

<i>parescer</i>	(675)
<i>dexar</i>	(676), (677), (678), (679)
<i>hazer</i>	(680), (681), (682), (683)
<i>deñar</i>	(684)
<i>mandar</i>	(658)

(671) *Pues los cielos [...] los vemos en todos los momentos mover Ø.*

(672) *De veros Ø desesperadamente morir Ø, por quitaros Ø de tan manifiesto pe.*

(673) *Y si vosotros, por ganarme Ø, morís o padescéis, no está en mí la falta.*

(674) *Y quüistiones y afruentas y menguas os veo por casos de no nada sufrir Ø.*

(675) *Y aun porque el fin más pareció quedar Ø por ellos.*

(676) *Y antes, ellos mismos se dexarían morir Ø, que más al Amor la vida le otorgassen.*

(677) *Mas si esta desventura dexamos más adelante crescer Ø.*

(678) *Y vergonzosa cosa nos es dexarnos Ø así de gentes muertas sojuzgar Ø y vencer Ø.*

(679) *Si dizes que me das por consejo que calle y condempnar cØ me dexe.*

(680) *Y porque la saña de su mal, junta con su alto saber, le harían descubrir Ø todas las maldades que d'este su contrario se pudiesen buscar.*

(681) *A mí mesquina con ellas, has hecho matar Ø sus hijos mismos.*

(682) *A las gentes haríades tan aborreciblemente bivar Ø.*

(683) *Como en las batallas acaescer suele maravillosamente, haze razón y verdad en los pocos vencer Ø y desbaratar Ø la maldad y soberbia de los muchos.*

(684) *Rimas velando. Y no nos deñan ver Ø ni mirar Ø, y nuestras letras y embaxad.*

El antecedente controlador del SUJ elíptico es el CD y los predicados que seleccionan al infinitivo suelen pertenecer a la esfera de la percepción sensible, como también vimos en *Cárcel*, donde abunda la construcción con *ver*, aquí ejemplificada en

(671), (672) o (673). No aparecen a menudo PVOs del SUJ, esquema solo atestiguado con el verbo *parecer* en (675). También los verbos de significado causativo son usuales: *mandar* en (658), precedido del clítico *me*, que, ya se analice como dativo o como acusativo, es el controlador de los infinitivos *ensillar* y *acaminar*. *Hazer* en (680), (681), (682) o (683); en el primero, el controlador es el clítico dativo *le*; en el segundo, el pronombre tónico en su forma oblicua; y en el último es el SN léxico, *a las gentes*. En (683) el verbo *hazer* selecciona al infinitivo como PVO y el antecedente controlador del sujeto elíptico se halla en el SP del predicado principal *en los pocos*, cuando lo habitual es que sea un complemento acusativo, como sucede en los verbos de percepción (Hernanz 1999: 2247-2258).

Es preciso detenerse brevemente en las ocurrencias del verbo *dexar*, porque no en todas el análisis desvela la misma configuración sintáctica. En (676) el clítico *se* tiene valor reflexivo, funciona como CD del verbo principal y controla la interpretación del sujeto elíptico del infinitivo. En (677) el sujeto del infinitivo es el CD léxico del verbo *dexar*: ‘si dejamos crecer esta desventura’ / ‘si dejamos que ella crezca’. Por su parte, (678) presenta un análisis más complicado. En primer lugar, puede suponerse que los infinitivos no tienen sujeto; el pronombre enclítico *nos* en realidad CD de los infinitivos *sojuzgar* y *vencer* y no del verbo *dejar*. Según esta vía de análisis, el clítico no podría considerarse controlador del sujeto elíptico del infinitivo, de manera que no se aceptaría la existencia de ningún sujeto elíptico y el infinitivo tendría valor general o indeterminado: ‘dejar que nos sojuzguen y nos venzan’. Sin embargo, la proximidad de esta construcción a la pasiva (‘dejar que seamos sojuzgados y vencidos’) se refrenda gracias a la expresión del complemento agente *de gentes muertas*. Por esta razón, parece razonable considerar que *nos* puede ser complemento del núcleo flexionado y controlador del sujeto paciente del infinitivo con valor pasivo.

Destacamos, por último, el uso del verbo *deñar* (‘tener a alguno por digno’ según *Dicc. Aut.* o forma popular de *dignarse* según *DCRLC*) en (684), que también rige infinitivos con sujeto elíptico que funcionan como PVOs del CD clítico *nos*, antecedente controlador de tales sujetos.

- Catáfora

En cuanto a la catáfora, ya mencionamos más arriba que el esquema donde el infinitivo forma parte de un SP ofrece los casos más abundantes de este tipo de relación fórica (21 de 35 ocurrencias). Entre ellos, imperan los introducidos por la preposición *por* —ya con sentido causal ya final—, como testimonian las oraciones de (575), (576) o (577). La predisposición de la construcción preposicional a la catáfora es entendible si apuntamos que los SP de valor adverbial son los constituyentes con mayor movilidad en la oración, mientras que, por el contrario, cuando el infinitivo es completivo su anteposición al verbo principal suele originar un orden de constituyentes forzado por el hipérbaton, como observamos en (667) o (668), donde, sin embargo, no se produce el vínculo catafórico debido a la anteposición del sujeto explícito del verbo conjugado. No encontramos en *Triunfo* más que dos únicos ejemplos de infinitivo completivo con sujeto de antecedente catafórico, (669) y (670): en el primero, la oración de infinitivo es CD de la locución verbal que lo rige y en el segundo, parece funcionar como CD del núcleo perifrástico *era demandada*²⁹⁹.

²⁹⁹ Así parece indicarlo el sentido global del enunciado, basado en la lectura reflexiva o media de la perífrasis <ser + participio> (v. Arroyo Vega 2001: 122 y ss.): ‘me suplicaba que pensara quién era yo, mi

- Cohesión

Para cerrar el análisis de los sujetos elípticos de los infinitivos, queda señalar la nula potencia cohesiva de este esquema, tanto en infinitivos como término del SP como en infinitivos completivos, igual que apuntamos al tratar estas estructuras en *Siervo y Cárcel*, puesto que su antecedente se localiza en la oración principal con que se relacionan los sintagmas que albergan al infinitivo. Tal vez pueda defenderse la cohesión en (685):

(685) *La segunda por ser Ø persona que en estima de muy grand discreción.*

Donde la elipsis se produce por las mismas razones que comentábamos en *Cárcel*, por el uso de ordenadores del discurso y de la elipsis verbal reiterada al comienzo de cada miembro de la enumeración. Ni este ejemplo ni los demás datos del corpus avalan el valor cohesivo de la elipsis del sujeto del infinitivo.

6.2.1.2. ELIPSIS DEL SUJETO DEL GERUNDIO

Se produce un total 123 ocurrencias y solo 24 de ellas son catafóricas. Los tipos semánticos predominantes son el causal:

(686) *Y allí el su viejo padre en alegre juventud torné y todas las maneras de servir puse en obra, pensando Ø sobre tus flacos cimientos armar perpetua torre.*

(687) *Que apenas ante ninguno osava hablar, creyendo Ø que a todos era mi yerro público.*

(688) *Que nuestro soberano Júpiter, criándonos Ø a su semejanza, por excellencia nos dio poder sobre todas las cosas criadas.*

El temporal:

real estado...’. De todas formas, la construcción es confusa y su análisis se complica si añadimos el sentido negativo que rodea a los infinitivos coordinados por *ni* o la longitud del periodo oracional.

(689) *Que así como Jasón entró por mis palacios, siendo Ø de mí visto, tal me traspuse en el miralle que luego fui presa del mal.*

(690) *Y yo para el remedio d'él, aviéndolo Ø bien mirado, ningún otro conozco, sino hazeros, señoras, este agravio.*

(691) *Que la muerte en tan honroso tiempo nos tomasse, que adelante de la tu gloriosa persona amprándote cØ nos viniese.*

Y el ilativo:

(692) *Luego Medea, tomando Ø los días de plazo que menester le fazían, buscó tales yerbas materiales y licores.*

(693) *Como si fuera donzella virgen, así llorava el triste la pérdida de su virginidad; y así muy angustiado quexándose Ø de sí mesmo, porque tan mal recaudo avía puesto en su hazienda.*

(694) *Con grand diligencia y cuidado comencé a entender, mandando Ø solempnes fiestas aparejar para su recebimiento.*

A menudo el sentido ilativo de la oración de gerundio puede verse reforzado por otros indicios gramaticales, según vemos en (693), donde la continuidad entre las oraciones se explicita gracias al conector y. Más raro es que comparezca un nexos causal que explicita el sentido de la cláusula de gerundio:

(695) *Y porque tú, señor, como dios favoreciendo a ellas y haziendo Ø conosciendo agravio a nosotros, los tiempos passados ha estado nuestra justicia muerta.*

Frente a las oraciones de gerundio de valor causal, temporal o ilativo, escasean los ejemplos de sentido condicional claro:

(696) *Mas no sé a cuál palacio me vaya que me quieran, aviéndome Ø en el vuestro envejecido.*

(697) *Mas a nos de conosciendo y a vos de encubierto, sería salvando cØ a éste la vida condepnar la nuestra.*

(698) *Dexo a los discretos piensen qué sería, donde un mundo y otro en tal caso ante la presencia de su Dios harían, favoresciéndoles Ø todas las cosas que los juveniles años para en los casos de amar piden.*

Si en (696) podemos pensar que la relación con la oración principal es de causalidad, en (697) y (698) el sentido se remarca por el uso del condicional en las oraciones flexionadas.

Las construcciones de sentido concesivo se sitúan en un punto intermedio de frecuencia de empleo. Rara vez encontramos marcas que recalquen este valor adverbial, como el uso de *aun* en (701):

(699) *Pues que los que hoy biven recibiendo Ø mercedes coloran sus fealdades, ellos con mayor razón les pareció levantarse.*

(700) *Y tomat por honra, esperando Ø otras mayores, que aquel Dios a quien favor y ayuda fata aquí pidistes, agora vos la pide.*

(701) *Y son tus deleites unos muy diformes pecados, que aun teniendo cØ el rotro alegre biven en llama llorosa y triste.*

Es normal que se produzcan solapamientos de significado en las construcciones de gerundio y que sea muy difícil justificar su inclusión dentro de una clase semántica:

(702) *Ansí los enamorados en los muertos, tomando Ø enxemplo en nuestro mal bivar, paresciéndoles tiempo más conveniente para errar cuenta su señor, de quien grandes agravios y quejas tenían.*

La primera oración de gerundio tiene un sentido entre temporal y causal, mientras que el segundo³⁰⁰ parece ser equivalente a un predicado flexionado con sentido de pretérito, al igual que encontrábamos en *Siervo*. De este modo, una paráfrasis aceptable podría ser ‘así los enamorados muertos, como / cuando tomaron ejemplo en nuestro mal vivir, les pareció tiempo más conveniente para errar contra su señor’. En (703) el significado bascula entre el ilativo y el modal³⁰¹; en (704), entre el temporal y el

³⁰⁰ Este gerundio tiene sujeto explícito, pero lo comentamos por su valor de forma verbal finita.

³⁰¹ ‘La forma en que salió ante la vista de los jueces fue mostrando por su figura la muerte o desventura...’, o bien ‘salió ante la vista de los jueces y mostró por su figura la muerte o desventura...’. Nos inclinamos por el primer análisis, ya que la oración de gerundio parece ser una aposición explicativa del relativo-modal *quál*. Por tanto, si el gerundio es modal, se considera un adjunto interno a la oración que no puede tener sujeto propio.

condicional.

(703) *Es razón que diga cada uno d'ellos, damas y cavalleros, quál salió ante la vista de los juezes, mostrando Ø por figura la muerte o desaventura que por causa d'este amor avía passado.*

(704) *Y los graciosos tanto más en gran subidos, que se corrían acordándose Ø de sus desgracias.*

Es posible que el sentido de la oración de gerundio se oriente hacia parcelas semánticas que los gramáticos no reconocen como propias de estas estructuras:

(705) *Después de parecida esta gente, así por figura sus llagas y desventuras mostrando Ø a los juezes y otras personas, que caso tan grande miravan, de todos fue muy loada esta nueva invención de quejarse.*

En este sentido, el gerundio de (705) no tiene un significado nítido; puede entenderse como ilativo, modal o incluso parece ser parafraseable por una oración de relativo. O en (706) el gerundio con un sentido cercano al final, aunque los gramáticos no aceptan este valor en el gerundio. Por tanto, parece mejor tratarlo como un gerundio modal o ilativo sin más: 'que alguno hablase y publicase sus loores y noblezas'.

(706) *Al Dios de Amor fue preguntado si mandava que alguno en su nombre de los bivos hablasse, sus loores y noblezas publicando Ø.*

Se localizan varios ejemplos en los que la cláusula de gerundio se coordina con otras cláusulas absolutas:

(707) *Mas agora que el estado perdiendo cØ y después con esfuerço y distreza cobrado, él hará tener en mucho el tu pontifical, que ante en nada estimavas.*

La oración de gerundio causal se coordina a una oración de participio, de manera que el primero equivale a una oración temporal en presente, mientras que el participio, debido a su valor perfectivo, se asocia al pretérito. En el siguiente ejemplo, la oración de gerundio se coordina a una oración de infinitivo con preposición de sentido causal, siendo de esta forma que el significado de causa se extiende a la oración de gerundio:

(708) *Sobrámosles en pelear bivos contra muertos; y defendiendo Ø tan justa razón, que en ella morir esnos vitoria.*

Al analizar estas construcciones en *Cárcel de amor* se localizaron ejemplos donde su valor no se correspondía con el adverbial usualmente asociado a ellas, sino que desempeñaban una función textual equivalente a la de un marcador. También en *Triunfo de amor* hemos hallado un número significativo de ejemplos de esta función textual del gerundio:

(709) *Pues ¿qué diré de las luzidas damas, en cuyo pontifical toda la gloria del cielo y tierra estava? Y dexando Ø el loar d'esta maravillosa gente y prosiguiendo Ø mi propósito, ellos con los bivos mezclados, unos a otros profiriéndose, cada uno festejava a aquél o aquélla que más su voluntad a la suya era conforme.*

(710) *Y dexándome cØ de contar todas las passiones de los desfavorecidos, tornando cØ a los que con ellas prosperavan, digo que ellas[...].*

En (709) y (710) los gerundios sirven para estructurar el texto, en concreto, reconduciendo el relato hacia la narración de los acontecimientos protagonistas del pasaje; *dexando* concluye un subapartado temático, mientras que *prosiguiendo* o *tornando* reconducen la narración hacia un tópico ya mencionado previamente en el texto, sirviendo de marcas que ayudan a organizar la narración. Estos gerundios tienen como sujeto al autor-narrador, cuya presencia explícita solo se recupera del enunciado anterior o posterior. Por tanto, si fuera admisible la caracterización de este como sujeto elíptico, su relación con el antecedente controlador daría lugar a un enlace cohesivo entre enunciados. Por su parte, (711) contiene un gerundio que no modifica ni complementa a ninguna oración flexionada, sino que se usa como estructura introductora de ejemplos:

(711) *Y d'éstos enxemplo poniendo Ø a Salamón y Virgilio y otros semejantes.*

Si hubiera que buscar un controlador para su sujeto, habría que retroceder dos enunciados, por lo que la elipsis tendría valor cohesivo. Pero, recordando lo suscrito para *Cárcel*, hay que revisar la caracterización de este tipo de gerundios para determinar si realmente estamos ante una elipsis gramatical o una elipsis pragmática, un elemento omitido o ausente cuya información puede recuperarse a partir de la información

pragmática del texto; en este caso, la información pragmática se refiere a la entidad locutora del pasaje, Medea, cuya identidad se aclara por medio del título que lo encabeza (*Replica Medea contra el Amor*).

Por último, existen en *Triunfo* un número considerable de oraciones de gerundio que no parecen tener ningún vínculo sintáctico ni semántico con las oraciones de su contexto, más que la *consecutio temporum* que empuja a entenderlos como formas verbales con valor de pretérito, igual que señalamos en *Siervo*:

(712) *E puestos en sus ayuntamientos y consejo, muy tristes y confusos quedando cØ por el mal recaudo que en dar la muerte a Cupido se dieron, e aun temiéndose Ø d'él que, como Dios y poderoso, a tiempo salteado no llegasse que de su traición no tomase inienda.*

(713) *Así que, perdida aquella vergüença, duro freno de las mugeres, que fue a convidar, ofresçiéndome Ø a hombre jamás de mi conocido; y la más alta dádiva que muger umana dar pudo, le di.*

(714) *Y digo que ellos así en tan grandes fiestas aborreciendo el sueño y tornando Ø las noches días, y cada ora dando Ø a los ojos de la voluntat nueva gloria de plazer, en que se revealan, de manera que ya no sabían que deleite mudar.*

El patrón de control más empleado con diferencia es aquel donde el sujeto gramatical de la oración principal finita es el antecedente del sujeto elíptico del gerundio —v. ejemplos (686), (687), (694), entre otros—, igual que sucedía en *Siervo* y *Cárcel*. También se acostumbra a vincular el gerundio con una oración finita con sujeto pronominal, el cual controla al correspondiente elíptico; este sujeto pronominal puede estar representado por un pronombre personal, como en (690); o bien por un pronombre relativo, como en (699); un indefinido, como en (715) o un pronombre demostrativo, como en (716):

(715) *Y si alguno en más breve tiempo que los otros, no se pudiendo Ø defender más, vino las manos atadas a sus mandamientos [...], retraíase en algún apartado.*

(716) *Y aquéllos que en sus tierras [...], ayan grandes honras ganado, agora ¿queréis que, dando Ø lugar a vuestro cruel propósito, las pierdan?*

Tampoco es extraño que un SN léxico, un sustantivo, actúe de controlador, como hemos visto suceder en (688), (689) o (692), o en (717), donde el SN tiene un núcleo

elíptico (doble elipsis):

(717) *De manera que la muy alegre aviendo Ø gozado del fuego estaba toda embolcada en él.*

Si bien en estos ejemplos el SN es sujeto de una oración finita, puede ocurrir que se trate del sujeto de otra cláusula absoluta, según se comprueba en (718), donde el SN *las unas batallas y otras* es sujeto de la cláusula de participio y controlador del sujeto elíptico de la cláusula de gerundio:

(718) *Las unas batallas y otras puestas en concierto, estando Ø para romper, gentes especialmente a pie sin ninguna cuenta sobran los muertos a los vivos.*

No obstante, aunque no sea el procedimiento más empleado, el control referencial puede estar ejercido por un constituyente con otra función sintáctica distinta del sujeto dentro de la oración flexionada a la que modifica el gerundio. Este puede ser un CI:

(719) *Así los mis navegantes, de amor viendo Ø a otros en la mi mar anegados, les plaze con ellos morir.*

(720) *En tan grande aprieto los tentavan, que ni les valía orar, ni rezar, rogando Ø a Dios que los escapasse.*

(721) *Y ¡qué tanto los coraçones y esfuerço se nos dobla! Deseándonos Ø ya con los tus enemigos en estrecha guerra hallar.*

El CI puede tener una representación categorial heterogénea, ya que en (719) es un SN léxico sin marca de función (*los mis navegantes*), o un clítico en (720) y (721)³⁰². Asimismo, hemos localizado algún ejemplo en el que el controlador es el CD pronominal átono —*vos* en (722)—:

³⁰² En este último ejemplo, la enclisis de *nos* al gerundio no debe confundirnos para interpretarlo como un complemento de este verbo, pues se trata en realidad del clítico reflexivo del infinitivo *hallar*. Es el clítico *nos* de la oración finita anterior el que controla al sujeto elíptico.

(722) *Mas sin causa vos veo qüistionear, mover guerras, aboresciendo Ø plazible vida de paç.*

En los ejemplos contrastados hasta aquí, el controlador del sujeto elíptico es un constituyente de la oración principal, casi siempre el sujeto, aunque también puede serlo otro argumento sintáctico. Pero las relaciones de control ostentan una flexibilidad notable que permite que el sujeto tenga como antecedente un constituyente localizado en un nivel sintáctico inferior y que aparezca como complemento de otra función sintáctica de la oración principal o de la propia oración de gerundio:

(723) *Y los grandes cercos de muradas villas y casas fuertes, en las altas sierras edificadas, hallaste siendo Ø por nuestra industria y trabajo avidas.*

(724) *Y si os parece sobervia, esto que así nos oís, de vuestra compasión afligidos, doliéndonos Ø de veros desesperadamente morir, por quitaros de tan manifiesto peligro se haze.*

En (723), el gerundio es pasivo y la concordancia del participio indica que el sujeto es femenino, por lo que deducimos que se refiere al CAdy del CD principal, las *muradas villas y casas fuertes*³⁰³. Por su parte, en (724) el sujeto elíptico está controlado por el clítico de CI que se incluye en la oración de relativo que modifica al sujeto del verbo principal flexionado. Un esquema similar se aprecia en el citado ejemplo (712), donde los PVOs (*tristes y confusos*) del sujeto elíptico ya sirven de incidio de sus características morfológicas, pero el antecedente controlador es el sujeto gramatical de la oración de relativo que modifica al CC de causa incluido en la cláusula de gerundio. Esta flexibilidad tiene como consecuencia que la interpretación referencial del sujeto elíptico no se logre de una manera inmediata e inequívoca:

³⁰³ No es admisible considerar que es el sujeto de la cláusula de participio previa el que controla al correspondiente elíptico del infinitivo, pues también la cláusula de participio tiene un sujeto elíptico y una elipsis no puede estar controlada por otra elipsis.

(725) *Pues así cativando cØ gentes y señoreándose cØ mucho en el mundo, los amadores muertos no le dieron lugar que aquella solitaria vida toviese.*

El sujeto elíptico de (725) se refiere al dios Amor, al que se menciona explícitamente en la oración precedente. No obstante, como la oración de gerundio se haya conectada a la siguiente oración finita, modificándola como una subordinada adverbial externa, es preferible acotar las relaciones de control dentro de ese marco y considerar que el sujeto elíptico está controlado catafóricamente por el clítico de CI de la oración principal flexionada. Una primera lectura rápida, sin embargo, podría hacernos pensar que el sujeto elíptico está controlado por el sujeto explícito principal, ya que este esquema suele ser el más utilizado. Por consiguiente, en casos como este, la correferencia entre sujeto elíptico y antecedente controlador es un proceso deductivo que se apoya en el sentido global del enunciado, y no un mecanismo interpretativo rígidamente motivado por relaciones gramaticales y sintácticas.

Los problemas para despejar la referencia del sujeto elíptico no terminan aquí. Es posible que la ambigüedad esté motivada por la presencia en el contexto oracional de más de un candidato posible para ser antecedente controlador:

(726) *Pues ya así con grand triunfo mansamente entrando cØ por los muros de la reluziente ciutat, las grandes fiestas por todas las calles compuestas cessaron, porque los obradores d'ellas, embriagados en la vista del Dios Amor, tan espantados quedaron que con maravillarse de quien él era le festejavan.*

En (726) encontramos dos SSNN que podrían ser controladores del sujeto elíptico del gerundio temporal, *el Dios Amor* o *los obradores*, pero si las características gramaticales y semánticas de estos SSNN plantean esta disyuntiva, el sentido del pasaje indica que solo el primero puede ser el controlador adecuado. Otras veces, el contexto oracional sencillamente no contiene ningún referente capaz de ser sujeto de la oración de gerundio, como a veces sucede también con las oraciones de infinitivo:

(727) *Y la causa de aver tardado en esta paulina de amar es conociendo Ø que las damas d'España sean más fuertes que otras mugeres de domar.*

(728) *Y conociendo Ø vuestra castellana y estremada condición más que todas las provincias y nasciones de mugeres, se pone acá señaladamente mayor diligencia en vuestra paulina.*

La falta de un antecedente controlador apropiado otorga una interpretación indeterminada al gerundio, que es la opción que defendemos, pues no queda claro cuál podría ser el antecedente de un sujeto elíptico y, en el caso de (728), por que la oración de gerundio modifica a una oración pasiva refleja sin agente explícito.

Según la dirección del control referencial, hablaremos de elipsis anafórica o catafórica, pero, como a menudo existen dificultades para indicar cuál es el antecedente controlador, es lógico que estas dificultades afecten también a la clasificación de las elipsis en una de las dos categorías. Así, es posible que la dirección de la relación fórica no sea tan clara porque el contexto ofrece más de un elemento nominal capaz de servir de controlador del sujeto elíptico:

(729) *Y en tan poco espacio como tú, señor, nos muestras regir un mal tan grande, nuestro entendimiento no entiende donde cabe. Mas doliéndonos Ø más de ti que por ventura tú mismo, tu necesidad con amor y dolor dubló los coraçones de los tuyos.*

No consideramos que haya catáfora porque entendemos que el sujeto elíptico del gerundio se refiere a la 1ª p. pl, mencionada en la oración precedente a través del clítico de CI y del adjetivo posesivo. Pero aceptamos la validez de otra perspectiva de análisis que apunte que el sujeto elíptico se refiere catafóricamente a *los tuyos*, ya que existe coincidencia referencial entre ambas formas (*nosotros* y *los tuyos* se refieren a los siervos del Dios de Amor). Solo si optamos por el primer análisis la elipsis sería catafórica.

En otras ocasiones, la precedencia de la oración de gerundio al predicado flexionado con que se relaciona no desencadena la catáfora debido a la separación entre el sujeto principal y su predicado, entre los cuales se inserta la cláusula de gerundio, organizándose

el enunciado en una construcción circular que ya observamos en el análisis de *Siervo* y *Cárcel* y que en *Triunfo* se usa con mucha insistencia³⁰⁴:

(730) *Y Medea viéndolos Ø tan tristes y tan codiciosos de seguir su vengança, porque ella la principal era en aquel desseo, fizo un proferimiento.*

(731) *Y aquello que tú biviendo Ø tomaste por bueno, agora afeas.*

El valor semántico de la oración de gerundio no es un factor en correlación con la dirección del vínculo fórico, pues encontramos ejemplos anafóricos —v. (686)-(690), (692)-(696), (698)-(700), (702)-(706)— y catafóricos correspondiente a cada significado, causales, temporales, ilativos, condicionales³⁰⁵ y concesivos respectivamente:

(732) *Y dando cØ fe a su saber le rogaron, con desseosa codicia de cobrar la vida, que pusiesse en obra lo que les prometiera.*

(733) *Y pensando cØ mucho, halló que el rey de Persia era un poderoso señor y muy gracioso galán.*

(734) *Después de vista por todos la maravillosa obra de Medea, unos a otros mirándose cØ, como sueño en cosas imposibles de ser lo estimavan.*³⁰⁶

(735) *Y en esto, siempre muriendo cØ, nunca de pena descansáis y no quexáis su pasión.*

Antes de concluir, repasaremos algunos ejemplos donde no se produce la elipsis del sujeto de la oración de gerundio³⁰⁷:

(a) *Y fechas las medidas o reverencias al Dios y reyes que lo traían y ellos haziendo aquéllas, mirando bien de una parte a otra el estado de cada uno, Cupido con los señores que le*

³⁰⁴ La misma estructura se observa en muchos de los ejemplos ya comentados: (686), (688), (692), entre otros.

³⁰⁵ V. el ejemplo (697).

³⁰⁶ El sintagma *unos a otros* no puede analizarse como sujeto, tal y como demuestra el que pueda concurrir con un pronombre sujeto *ellos*.

³⁰⁷ Recordamos que los ejemplos no elípticos se listan de manera alfabética.

acompañaban se pusieron a una parte de las gradas y asentamientos de los juezes.

(b) *Pues, siendo la pasión insoportable, ¿qué mayor fatiga puede ser? que ver tan grandes aparejos de hombres muy dispuestos, de todas gracias complidos, y teniéndolos en las faldas de vuestros estrados, seáis como el rey Tántalo.*

(c) *Y después que el día todas las calles pasaron, y ellos a las ventanas poniéndose y quitándose como lo suelen hazer encerradas donzellas, y las damas mirando a unas partes y a otras con ojos más sueltos que el más ventanero galán del mundo los truxo jamás en corte, y ellas como discretas sabiendo que aquel trance avía de pasar por ellas con alegre gesto, como si siempre aquello tuvieran de costumbre, lo usaban.*

Sin realizar un análisis exhaustivo, la expresión del sujeto del gerundio parece estar condicionada por dos factores: la ambigüedad referencial del sujeto elíptico y la primera mención de entidades discursivas. Así vemos que en (a), la expresión del sujeto de *haciendo* es obligatoria porque la conjunción copulativa nos haría pensar que comparte el mismo agente de la primera oración coordinada; es decir, la mención explícita del sujeto es necesaria para deshacer la ambigüedad. En (b) se trata de la primera mención de cada entidad (en el primer caso, del evento representado por la oración completiva). Respecto a (c), el fragmento desarrolla el nuevo comportamiento invertido de los hombres y las mujeres en las relaciones de amor. Al basarse en la contraposición entre *ellos* y *ellas* (es decir, la misma persona gramatical), se precisa un elemento explícito que identifique inequívocamente a cada persona, pues ni las elipsis ni los sujetos gramaticales permiten marcar diferencias de género.

6.2.1.3. ELIPSIS DEL SUJETO DEL PARTICIPIO

Se producen 32 ocurrencias de esta modalidad de elipsis en *Triunfo de amor*. Como ya observamos en *Siervo y Cárcel*, las elipsis catafóricas también son habituales en *Triunfo* —10 ocurrencias—, aunque no llegan ni a la mitad del porcentaje total del fenómeno:

(736) *Y alterado cØ d'esta tan alegre bienandanza, estoy tan metido en ella que no sé si lo sueño o si lo veo.*

(737) *Porque turbados cØ de la tristísima nueva de la grand baxeza que en tu gloriosa persona se vee, nos hallamos tan mal eloquentes, que aquella gracia que para reqüestar nos mostraste, agora*

con la tal pena avemos perdido.

(738) *Y más del reposo y juicio que de la soberbia aconsejados cØ, hallaréis muy justo y conveniente lo que pidimos.*

Esta menor incidencia de la elipsis catafórica en *Triunfo* se explica por el uso de la estructura circular que separa sujeto y predicado principales mediante la inserción de la cláusula absoluta; esta disposición coloca al antecedente controlador del sujeto elíptico del participio —casi siempre con función de sujeto— en una posición anterior a esta cláusula absoluta:

(739) *Y las mugeres naturalmente covardes, encendidas Ø de tu fuego, tienen esfuerço para matar marido, parientes y amigos.*

(740) *Y aun las malicias, a mi causa favorecidas Ø, son graciosas al oír.*

(741) *Por que yo en tan honrosa vitoria venido Ø, en el cuitado del gualardón vuestro y alto merescer me occupe.*

Las construcciones absolutas de participio manifiestan un sentido temporal primario —derivado del valor perfectivo de la forma no personal— que a veces se solapa con otros significados adverbiales, sobre todo el causal³⁰⁸, como se ve en (737), (740), y también en (742) y (743):

(742) *Y si os paresce sobervia, esto que así nos oís, de vuestra compasión afligidos Ø, doliéndonos de veros desesperadamente morir, por quitaros de tan manifesto peligro se haze.*

(743) *No he por mucho el señorear, mas después de caído Ø, los enemigos vençer es honra entre las honras.*

O en el siguiente ejemplo, donde parece prevalecer el sentido concesivo:

³⁰⁸ No siempre puede defenderse sin reservas este sentido causal, deducible más por el sentido global del enunciado y el texto precedente que por la presencia de algún indicio léxico o gramatical que lo avale de manera explícita.

(744) *¡Quántas vezes! las grandes señoras, costreñidas Ø de las fuerças de amor, dexan de tomar aquel amante que en su querer han escogido.*

El sentido temporal puede verse reforzado o precisado mediante el uso de un adverbio o de una locución adverbial; así lo comprobamos en (745), (746) o (747):

(745) *Y así como se acercava el plazo que el Dios de Amor avía de morir, y aun más antes de cumplido Ø, casi fueron todos los suyos llegados.*

(746) *Mas agora que el estado perdiendo y después con esfuerço y distreza cobrado Ø, él hará tener en mucho el tu pontifical, que ante en nada estimavas.*

(747) *Y después de aposentado cØ en los alcáçres d'ella, maravilla era de ver con quanta homildad y acatamiento era de todos los mayores servido.*

En lo que refiere a la categoría y función del controlador, la construcción habitual — al menos en diez ocasiones— vincula la referencia del sujeto elíptico con el sujeto gramatical del predicado principal:

(748) *Muchas vezes a este punto he dexado la pluma, y tornándola a tomar, conmigo mesmo enojado Ø, porque tan bien como luzía, no la sé dar a entender.*

(749) *Ante creían que por ser muchos se ovieron floxamente, mas que puestos cØ otra vez en el campo verían en manos más apretadas las espadas vencidas.*

(750) *Enojado cØ de tanta paç, con desseo de batalla, y no teniendo con quien la aver, con tus siervos la moviste.*

Y la dirección del vínculo catafórico no incide de ningún modo sobre este parámetro, pues vemos que el sujeto gramatical controla al correspondiente elíptico tanto en construcciones anafóricas —(748)— como catafóricas —(749) y (750). Si bien el control gramatical es muy frecuente, su número no supera al control ejercido por SSNN léxicos en diversas funciones, CD en (751), CI en (752):

(751) *Buscó tales yerbas materiales y licores con que compusiese un tal ingüento, que puesto Ø en los defunctos cuerpos maravillosamente resucitasen.*

(752) *Mas como sea yerro al enemigo, después de preso Ø en la mano de sus contrarios, injuríarle, sea virtud, después de preso cØ, animarle.*³⁰⁹

Aunque son más los casos en que cumple la función de sujeto de la oración principal, según se observa en los citados ejemplos (739), (740) o (745).

Menos numerosos son los ejemplos en que el antecedente referencial es un pronombre personal, según se ve en (741), más arriba, o en (753) y (754):

(753) *Porque yo, empachado Ø de vuestra vergüença, he por bien que algún poste halle vuestra lengua.*

(754) *Digo que ellas, así en los estrados d'ellos asentadas Ø, no solamente, como el mandamiento se estendía, lo pusieron en obra.*

En todos ellos se trata de un pronombre tónico con función de sujeto, pero también es posible encontrar ejemplos de pronombres personales átonos que actúan como CI — (742)— o como CD —(755), (756)—:

(755) *Que mis mesmos hijos maté, por la culpa del padre, y despedaçados cØ los envié a poner en sus haldas.*

(756) *Y tentadas cØ de ti, que siempre a los más santos tientas, véncelas la fuerça de tu fuego.*

Incluso se encuentra algún ejemplo que presenta una oración de relativo como controlador:

(757) *Y las que esfuerço para andar a cavallo no tenían, sobre unos carros, castillos de madera, donde con todos los pertrechos metidas Ø, en la mayor prissa empecían sus contrarios.*

³⁰⁹ En ambas cláusulas el sujeto está controlado por el SN *al enemigo*, el cual desempeña la función de CI de la oración finita principal. Pero en el primer caso la elipsis es anafórica gracias al uso de la estructura circular que separa al constituyente de su predicado, mientras que en el segundo, es catafórica, pues no se produce dicha estructura circular. La peculiaridad de la construcción reside, no obstante, en que dicho constituyente controlador es el CI, cuando lo habitual es que sea el sujeto principal el que se disgregue de su oración para anteceder a la cláusula de participio.

Así que se puede afirmar que la categoría del antecedente controlador presenta una gran variabilidad —pronombre personal, relativo, sustantivo, sujeto gramatical—, mientras que su función suele ser la de sujeto u otra función argumental dentro de la oración principal a la que la cláusula modifica. Sin embargo, se localizan ejemplos esporádicos de construcciones que se alejan de este patrón. Por ejemplo, en (758) el antecedente es también sujeto de una cláusula absoluta de participio:

(758) *Entregado este señor de los vivos, enemigo de los muertos, en manos de sus contrarios, en estrechas cárceles puesto Ø, estaban ordenando qué muerte se le daría.*

O en (759) la cláusula absoluta no se vincula a ninguna oración de núcleo flexionado:

(759) *E puestos Ø en sus ayuntamientos y consejo, muy tristes y confusos quedando por el mal recaudo que en dar la muerte a Cupido se dieron, e aun temiéndose d'él que, como Dios y poderoso, a tiempo salteado no llegase que de su traición no tomase imienda.*

Al no haber ningún predicado flexionado parece que la cláusula de participio dependiera de la oración de gerundio que le sigue. El análisis anafórico de la elipsis se sustenta en este hecho, pues un constituyente elíptico no puede estar controlado por otro constituyente elíptico —en este caso, el sujeto elíptico del gerundio—, por eso la referencia del sujeto del participio se completa acudiendo al SN del enunciado anterior, *los amadores muertos*³¹⁰. Estos ejemplos sirven además para demostrar que no siempre la identificación del controlador es accesible con facilidad. Esto mismo sucede en (743), donde no queda claro si el sujeto elíptico tiene una referencia de tercera persona o, por el contrario, se trata de un predicado de interpretación genérica y, en consecuencia, la

³¹⁰ Es preferible acudir a la versión digitalizada para observar el entorno textual en que aparece el ejemplo y localizar su antecedente.

construcción carece de sujeto. Esta doble lectura está motivada por la presencia de un infinitivo como sujeto de la oración copulativa modificada por la cláusula absoluta. Asimismo, el enunciado tiene un significado sentencioso que avala esta lectura.

Para concluir, el análisis de *Triunfo* demuestra que no es la elipsis del sujeto del participio un mecanismo propiciatorio de la cohesión entre enunciados, aun cuando *Triunfo* ha ofrecido al menos tres ejemplos en los que puede defenderse esta función textual:

(760) *Que en nada a los que acá vevimos estimavan las grandes cosas d'estas gentes. Y venidas Ø a la noticia del Dios de Amor, el qual, muy triste de la prosperidad de sus contrarios, no supo como defenderse.*

(761) *En la más estraña forma se mostrava, qual yo comparar no sabría. Y después que ansí salido Ø de los ricos palacios, do preso estava [...].*

(762) *Y este nuestro mundo, por aver muchos que lo señorean y mandan, se perdía o esperaba del todo perescer; y agora, regidos Ø por uno, grand remedio para los presentes males se espera.*

En (760) la elipsis tiene valor cohesivo en tanto sirve de conexión entre su enunciado y el previo, el cual contiene al controlador, el SN *las grandes cosas d'estas gentes*³¹¹. El ejemplo (761) nos muestra un controlador —el sujeto gramatical— que se ubica en el enunciado anterior, aunque la conexión entre él y el enunciado que contiene la elipsis se marque también mediante el conector ilativo *y*. (762) presenta cierta ambigüedad en tanto no queda claro cuál es la referencia del sujeto elíptico. Si, por un lado, la concordancia del participio remite a un sujeto masculino plural, el contexto inmediato ofrece un SN con las características morfológicas apropiadas (*muchos que lo señorean y mandan*) que, sin embargo, no parece ser el sujeto que el sentido global del pasaje necesita para mantener su coherencia. A nuestro juicio, el sujeto elíptico se refiere a todos los presentes que coronan

³¹¹ Por otro lado, la oración de participio no modifica a ninguna oración finita sintácticamente independiente —como ya vimos en que ocurría en (759)—, sino que parece vincularse a la de relativo.

al Dios de Amor como su único señor. Por consiguiente, la elipsis tendría fuerza cohesiva, en tanto nos obliga a remontarnos algunos enunciados atrás para recuperar el antecedente adecuado.

6.2.2. ELIPSIS DEL NÚCLEO DEL SN

Hay 40 casos, de los que solo en uno —(769)— se produce la relación catafórica entre elemento elíptico y antecedente léxico.

<Artículo + núcleo elíptico + adjetivo>	18
<Artículo + núcleo elíptico + SP>	13
<Artículo + núcleo elíptico + <i>que</i> relativo>	5
<Núcleo elíptico + adjetivo>	2
<Núcleo elíptico + SP>	2
TOTAL	40

- <Artículo + núcleo elíptico + adjetivo>:

(763) *Y así a las mugeres que acá usadas de guerra eran, como amazonas y otras semejanes, davan cargo a las señoras de la governación de las Ø comunes.*

(764) *Mas como la voluntat alegre mejor que la Ø triste se ponga con mayor afición a las cosas.*

(765) *Mas aun las damas [...], cada una segunt su estado, venían; las Ø más luzidas qual encarecer no puedo.*

(766) *Y la más pobre cosa de aquella ciudad y tierra era de amor más rica que acá entre nosotros la Ø más poderosa .*

(767) *Que no solamente los reinos de mi padre señoreava, mas aun los Ø ágenos con mi grand nobleza hazía míos.*

(768) *Y de las damas, las Ø más excellentes y discretas fuistes más.*

Parece más acertado suponer que en (768) no hay elipsis, sino una dislocación del adyacente del sintagma superlativo ('las más excellentes y discretas de las damas'), en el

que el artículo funcionaría como partícula sustantivadora. De todas formas, este análisis no es definitivo porque, porque la elipsis del núcleo no nos parece descabellada: ‘las damas más excellentes y discretas de las damas / de entre las damas / de la categoría de las damas’. Y es que el primer sustantivo tiene un uso referencial, hace referencia a entidades concretas e individuadas, mientras que damas en el SP no tiene referencia concreta, sino que señala a la clase, a un tipo de entidad. Sin la dislocación del adyacente preposicional, la supuesta elipsis tendría valor catafórico, como sucede en (769):

(769) *Y no para te pidir mercedes en tiempo de necessidad somos aquí venidos, mas a entregarte los cø principales de tus enemigos.*

(770) *No sé que ventaja tuviérades las especiales damas ante las Ø comunes diformes.*

(771) *Y la una cara d'éstas tan alegre también le matava conlas sobra de mucho plazer, como avéis de creer que mataría la otra muy demasiada de triste. De manera que la Ø muy alegre aviendo gozado del fuego estava toda embolcada en él.*

(772) *Aunque aquí otra cosa entre las Ø perdidas no se gane.*

(773) *Responden los amantes muertos a los Ø bivos .*

(774) *El día largo y plazible despertava el esfuerzo de los corazones más muertos; y el Ø de los Ø esforzados más [de] justa o torneo que de afruenta alegramente nos mostrava los ledos y denodados gestos.*

En (774) la resolución de la elipsis da lugar a la paráfrasis plena ‘el (esfuerzo) de los (corazones) esforzados por la justa o torneo más que por la afrenta nos mostrava los ledos y denodados gestos’. El paralelismo contrastivo que habitualmente desencadena la elipsis del núcleo nominal también favorece esta interpretación.

(775) *Aunque d'esto se hiziera un tratado, no fuera entre los Ø buenos el Ø peor.*

(776) *Y quando los enamorados muertos oyeron la voluntad de los Ø bivos, pusiéronse a la respuesta.*

(777) *Era su bida tan dulce, que por golosina deseavan gustar la Ø amarga que avían dexado.*

(778) *Concluyo que la poca y mala vida que me queda tras la Ø buena que avéis muerto se muera.*

(779) *Y no para te pidir mercedes en tiempo de necessidad somos aquí venidos, mas a entregarte los cø principales de tus enemigos.*

- <Artículo + núcleo elíptico + SP>:

(780) *Que las magníficas cosas que en vuestros reinos por bien amar avéis fecho, que aquéllas con las Ø de agora se recuerden juntas.*

(781) *Donde treinta días solempnidades, de otra condición y grandeza que las Ø de acá por nosotros vistas, le hazen.*

(782) *Y siempre las cosas altas vencen a las Ø de menor condición.*

(783) *Estavan ordenando qué muerte se le daría; y buscavan alguna diferencia en ella a la Ø de los hombres.*

(784) *El día largo y plazible despertava el esfuerzo de los corazones más muertos; y el Ø de los Ø esforzados más [de] justa o torneo que de afrenta alegremente nos mostrava los ledos y denodados gestos³¹².*

(785) *Los amantes muertos, estos más principales atavíos de guerra, de aquella antigüidad de que ellos más se armavan, muy guarnida y apuestamente se pusieron; al cargo de las quales armas, de mayor altura, cantidad y peso, estrañamente a los Ø de oy hazían diferencia.*

Aunque puede resultar ambivalente, en (785) nos decantamos por analizar el antecedente del núcleo elíptico del SN como “estos más principales atavíos de guerra”, a pesar de se encuentre bastante lejos del elemento elíptico, puesto que “las quales armas” — que es un sinónimo de “atavíos de guerra”— no concuerda en género. Así se puede ver que en ocasiones las cadenas de referencia se forjan a partir de la combinación de recursos cohesivos diferentes: en este caso, elipsis y repetición sinonímica. Y así también vemos cómo en el español antiguo no se respeta a rajatabla la vecindad entre la elipsis y su antecedente.

(786) *Porque en los cuerpos grandes los altos hombres luzían como gentes salvages y de otro mundo. Con los Ø de oy facían tan grand diferencia que, sin traher divisas, unos entre otros eran bien conocidos.*

³¹² Repetimos aquí el ejemplo (774) porque contiene la elipsis del núcleo de un SN con estructura <artículo + núcleo elíptico + SP>, *los esforzados*, además de la ya mencionada elipsis del núcleo de un SN con estructura <artículo + núcleo elíptico + adjetivo>.

(787) *Y el conde de Pradas con las gentes d'este reino y provincias; con las Ø de Navarra el conde de Lerín y Dionisio.*

(788) *Allí Archiles halló en las gentes de oy más impecibles guerreros que en los Ø de su memoria.*

(789) *Y quando nuestro rostro vieren con la pena de nuestros trabajos más mortal y triste, luego el Ø de ellas con nuestros males se alegra.*

(790) *Pues, señor ¿qué mayor desventura puede ser que la Ø de los amantes tener toda su vida oficio de mendiguar [...]?*

(791) *Mayor milagro fuera el mío en quanto hombre, que el Ø d'este señor de los amores en quanto Dios .*

(792) *Pensad qué discreción es averlo visto con la tibieza del escribir, que la Ø del fuego pintada al que verdaderamente arde.*

- <Artículo + núcleo elíptico + *que* relativo>:

(793) *Porque las cosas con grand trabajo alcançadas en mayor estima se tienen que las Ø que sin cuidado se dan.*

(794) *Y esta letra y respuesta de la Ø que les vino embiaron.*

(795) *Y no creaes que a este llamamiento de guerra las damas se escuesaron, que unas so color de lo ver [...], y otras que negar no podían amores, infinitas fueron las Ø que allí se llegaron.*

(796) *Las damas d'esta vida fueles dado cargo de la mayor parte de la artellería y pertrechos. Y las Ø que esfuerço para andar a cavallo no tenían, sobre unos carros [...] empecían sus contrarios.*

(797) *Y sin tomar d'él mayor seguridad de la Ø que de su virtud esperavan.*

- <Núcleo elíptico + adjetivo>:

(798) *A unos parecía persona divina, a otros Ø umana; a unos triste y a otros alegre.*

Se puede entender que la elipsis de (798) no afecta al núcleo del SN, sino al predicado verbal, englobando su núcleo verbal y al núcleo nominal del predicativo del sujeto elíptico, constituyendo así un caso de vaciado. O también es posible suponer que estamos ante dos procesos elípticos distintos: por un lado, la reducción de núcleo verbal, y por otro, la elipsis del núcleo nominal del predicativo del sujeto elíptico. Esta segunda opción nos parece preferible por la segmentación sintagmática que el vaciado verbal acepta: que el vaciado afecte solo al núcleo del sn argumental del predicado contraviene las reglas propuestas para su empleo. No obstante, como sucede en otras ocasiones, la sintaxis

del español preclásico no sigue los mismos parámetros de hoy y este diferente comportamiento también se manifiesta en los fenómenos de elipsis gramatical.

(799) *Y apenas tu breve gozo sentí una vez por dulce, que infinitas Ø no amargasse.*

- <Núcleo elíptico + SP>:

(800) *Que la honra de las armas es el morir en ellas, y Ø de los amores padecer y fenecer en ellos.*

(801) *¡O bien aventurada simpleza Ø d'el que no te conoce!*

Finalmente, el ejemplo (801) presenta varias dificultades: ¿es necesario suponer que falta un SN que funciona como núcleo del SP *d'el que no te conoce*? Tal vez sea más apropiado descartar la elipsis y analizar el adyacente *d'el que no te conoce* como modificador del sustantivo anterior.

CONCLUSIONES

Una vez terminado el análisis de los fenómenos de elisión en las tres obras sentimentales que constituyen nuestro corpus, es hora de resumir las principales conclusiones obtenidas.

1. El corpus manejado presenta una homogeneidad estilística patente, explicable a partir de los condicionantes pragmáticos que rodean a todo acto comunicativo. Las tres obras comparten un estilo retórico, con una composición ampulosa que se observa en sus largos periodos oracionales, desarrollados frecuentemente sobre un armazón paralelo que en ocasiones persigue conseguir un efecto rítmico (se observa especialmente en *Cárcel de amor*). Este patrón compositivo se aprecia por igual en las intervenciones directas de los personajes (cartas, monólogos, plantos, debates, etc.) como en las secuencias narrativas; en este sentido, la uniformidad estilística afecta a los tres títulos estudiados. La elección de este estilo sublime se justifica por el perfil de los autores y, sobre todo, del lector explícito al que dirigen sus obras, siempre miembros de la más alta aristocracia, tanto damas como caballeros. A ellos se dirigen las obras y a sus gustos e intereses se adecúan, con la elección de un tema elevado, el amor, presentado a través de los avatares de personajes nobles que se mueven en un escenario caballeresco estilizado, a veces alegórico. Es lógico que esta estilización afecte al mismo lenguaje empleado; en este aspecto, se sigue a rajatabla la preceptiva retórica clásica. La descripción del estilo de la prosa sentimental es un aspecto imprescindible para comprender la aplicación de determinados procesos de elipsis, sobre todo de aquellos que están motivados por el paralelismo estructural.

2. En el plano lingüístico, el primer y más importante escollo al abordar la elipsis es el grado de divergencia que encontramos entre las definiciones, la nomenclatura y las

clasificaciones propuestas por los gramáticos que se han ocupado de este procedimiento clave del principio de economía del lenguaje (3.1 y 3.2). Podríamos definir la elipsis gramatical a partir del cumplimiento de varios requisitos indispensables: podemos defender que se ha elidido un constituyente de la oración cuando este tiene carácter argumental, es recuperable del contexto verbal y no existe ningún elemento explícito que pueda representarlo. A las dificultades señaladas hay que añadir que aún hoy no existe consenso sobre la inclusión de ciertas construcciones entre los fenómenos de elipsis, en especial, aquellas que afectan a la omisión de constituyentes nominales, como son el SUJ, el CD, el CI y el núcleo de SSNN cuantificados por demostrativos (3.4.1.1, 3.4.1.2 y 3.4.2). Tampoco algunas modalidades de elipsis verbal son universalmente aceptadas, como ocurre con las estructuras predicativas sin verbo explícito. Precisamente, la parte más ardua de la discusión gramatical de la tesis ha sido distinguir las estructuras en que es posible defender con suficientes argumentos la existencia de un constituyente elíptico de aquellas otras en que esta ausencia puede explicarse gracias a fenómenos como la sustantivación, la lexicalización, la morfematización o la interpretación pragmática, principalmente. Ha sido nuestra intención mantener una postura cauta respecto a estos subtipos de elipsis todavía polémicos y por eso hemos preferido descartar los que no se ajustan del todo a las condiciones que validan la elipsis gramatical.

3. La casi total inexistencia de investigaciones aplicadas sobre la elipsis en español, que lleven a cabo un análisis del uso de los diferentes fenómenos de elipsis en textos y discursos, si bien aumenta el grado de novedad del presente trabajo, ha dificultado la tarea a la hora de fijar los parámetros a considerar en el análisis. Además, esta falta de estudios de referencia, tanto para la lengua actual como otros de corte diacrónico, no permite establecer comparaciones ni proponer ninguna conclusión definitiva. El enfoque de esta tesis se inclina más hacia la descripción que hacia la confirmación de hipótesis, ya que el

misimo marco teórico en torno a la elipsis es bastante inestable. La intención inicial es comprobar la posibilidad de aplicar la gramática propuesta para la elipsis en el español actual a la lengua antigua, en concreto, a la prosa culta del siglo XV. Su mayor pretensión es servir de primer paso en el largo camino que queda por recorrer para entender cómo este fenómeno —tan trascendental para el funcionamiento de la lengua— actúa en los textos, se relaciona con otros procedimientos sintácticos y discursivos y puede ayudar a explicar su comportamiento. Por ejemplo, la teoría en torno al vaciado verbal señala que se produce entre oraciones coordinadas, pero en otro tipo de oraciones bimembres que generalmente se catalogan como subordinadas también es posible siempre que se cumpla el requisito de paralelismo estructural. Recordemos el caso de las oraciones comparativas, cuyo estatus categorial aún sigue siendo motivo de discusión entre los gramáticos. Tal vez prestar más atención al vaciado en el análisis de las comparativas pueda ayudar a aclarar este aspecto y, viceversa, la consideración más profunda de la gran variedad de configuraciones sintácticas de estas construcciones pueda arrojar luz sobre cómo opera la elipsis verbal y cómo delimitar los factores que rigen su aplicación en las oraciones. Los estudios particulares de cada modalidad de elipsis son la única forma de ahondar en su funcionamiento para entender las conexiones de la elipsis con otros fenómenos de ámbito sintáctico como la subordinación y la coordinación, y de ámbito discursivo, como las relaciones fóricas y la función cohesiva.

4. Las estructuras con elipsis no se agotan con las que aquí hemos estudiado. En efecto, existen algunas construcciones sobre las que aún no se ha consensuado de manera definitiva que se haya aplicado en ellas un proceso de elipsis, como sucede en las oraciones transitivas con un complemento no determinado. Por otro lado, hemos centrado la atención en las formulaciones sintácticas propias de los textos escritos, dejando fuera del análisis aquellas pertenecientes a la lengua hablada o al diálogo, dado que el corpus que

manejamos es esencialmente prosístico y no hay muestras de verdaderos intercambios dialogales entre los personajes de las narraciones sentimentales. Es cierto que es frecuente en el género sentimental la intercalación de composiciones poéticas, pero estas no se han tenido en cuenta para la detección de procesos de elipsis gramatical por la condición metodológica de circunscribir el ámbito de estudio a la prosa culta del español preclásico.

A continuación nos ocuparemos de las principales ideas extraídas del análisis de los fenómenos de elipsis verbal.

	<i>Siervo libre de amor</i>	<i>Cárcel de amor</i>	<i>Triunfo de amor</i>
Vaciado	15	87	116
Reducción	4	48	24
Elisión con partícula	2	5	2
Anáfora de complemento nulo	2	34	11
Truncamiento	0	1	0
TOTAL	23	175	153

1. Existe una disparidad pronunciada entre el número de ocurrencias de la elipsis verbal en *Siervo libre de amor* frente a *Cárcel* y *Triunfo de amor*. Esto se debe,

fundamentalmente, a la menor extensión de la primera, que algunos estudiosos consideran incompleta.

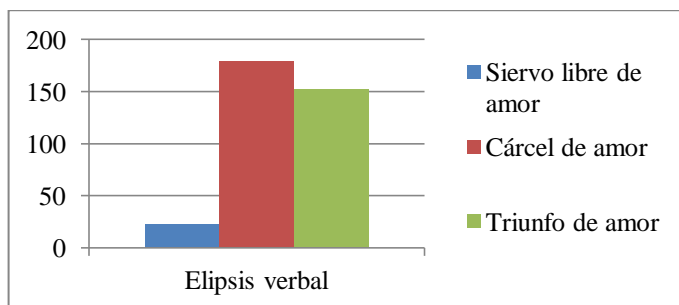
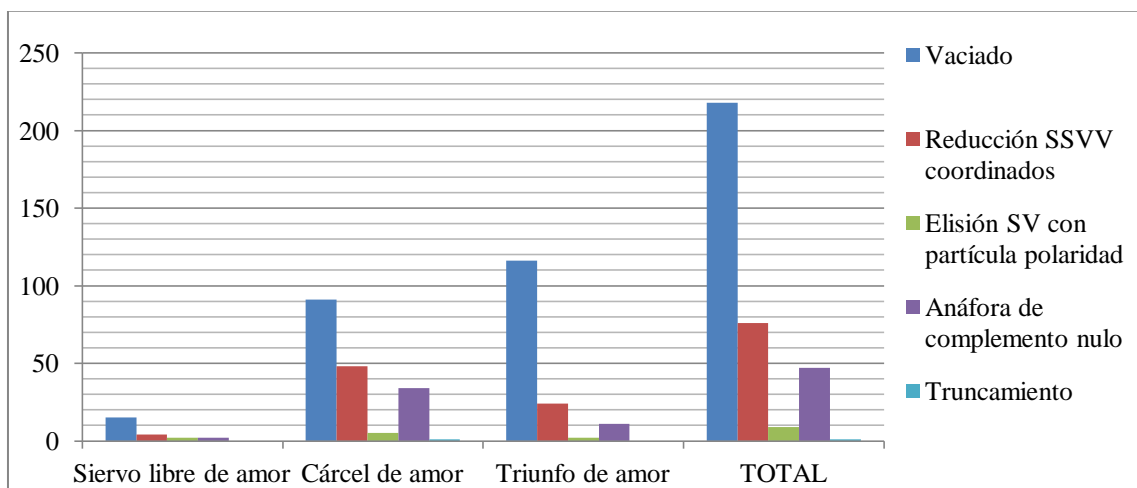


Gráfico 1. Elipsis verbal

2. La comparación de las cifras referidas a cada subtipo de elipsis verbal desvela un claro predominio del vaciado en las tres obras estudiadas.



Las razones de esta prevalencia se obtienen de factores estilísticos: la prosa literaria del siglo XV mantiene una fuerte dependencia de los patrones compositivos del latín y emplea multitud de construcciones simétricas, que son precisamente las que más favorecen la elipsis del núcleo verbal en los fenómenos de vaciado. Por el contrario, se detectan algunos ejemplos —poco significativos en contraste con el total de ocurrencias de vaciado— en los que esta elipsis verbal no se aplica, de nuevo, debido a razones estilísticas: el empleo de diversos modos de *amplificatio* afecta a estas construcciones

paralelas, idóneas para el vaciado verbal, que, sin embargo, optan por la expresión redundante de sus núcleos.

Dentro de las estructuras oracionales que propician el vaciado —y también la reducción de SSVV— destaca, en primer lugar, la coordinación y, en menor medida, la yuxtaposición de interpretación copulativa. Asimismo, hay una alta incidencia de las construcciones comparativas de coda con elipsis. Existen diferencias respecto al tipo de comparación preferido en *Cárcel* y *Triunfo*; no así en *Siervo*, donde solo se emplea una comparativa con vaciado. Por ejemplo, en *Cárcel de amor* son comunes las comparativas de superioridad en las que solo el SUJ aparece realizado fonéticamente en la coda. Se prefiere situar el SUJ principal en adyacencia al SUJ de la coda comparativa para enfatizar el paralelismo en contraste entre ambos constituyentes, de tal manera que el segmento cuantificado por el elemento de grado inicia la oración comparativa. Esta última peculiaridad parece ser una tendencia general en todas las comparativas de *Cárcel de amor*, independientemente del tipo de comparación y del carácter de la coda.

3. El paralelismo estructural estricto que suele desencadenar el vaciado se intensifica habitualmente mediante el contraste léxico-semántico de los términos explícitos de las oraciones vaciadas, pero se trata de una tendencia estilística menos acusada en *Siervo* que en *Cárcel* o *Triunfo de amor*. Por el contrario, no parece que se produzca contraste léxico-semántico entre los constituyentes explícitos del SV con reducción, donde parece imperar el valor de mera adición de información.

4. Es habitual que se empleen periodos oracionales formados por tres o cuatro miembros con núcleo vacío coordinados mediante la copulativa y. Estos ejemplos ilustran de nuevo la complejidad compositiva de la prosa sentimental y su preferencia por los largos periodos, en ocasiones como esta, contruidos bajo el prurito de la simetría

armónica de los componentes.

5. La diferencia entre reducción de SSVV coordinados y vaciado verbal es ambigua. Brucart los separa por considerar al primero un fenómeno operante en el nivel sintagmático y al segundo, una elipsis que se produce entre oraciones. Para la reducción se plantea como condición que el hueco elíptico solo englobe a un constituyente del predicado, mientras que, por su parte, el vaciado puede afectar a uno o más constituyentes. Pero ¿qué sucede cuando en una oración con un solo sujeto se coordinan dos predicados, el segundo de ellos con dos constituyentes elípticos?

- *Háxense enemigos dellas y no menos Ø de los virtuosos.*

En ejemplos así hemos considerado que se trata de un caso de vaciado, pero es admisible un análisis con reducción. Nos inclinamos a pensar que la distinción de ambos fenómenos es más teórica que real y que en el fondo se trata de dos plasmaciones diferentes de un mismo tipo de elipsis verbal, el vaciado, ya que, en muchos ejemplos, el único rasgo que los separa es que la oración tenga dos sujetos distintos o uno solo. Tal vez por esta razón, Gallego (2011) no menciona la reducción entre los tipos de elipsis gramaticales.

6. La reducción no es el único caso en que hallamos ambigüedades en el análisis. En muchas ocasiones se consignan ejemplos cuya interpretación no está clara en cuanto a cómo se comporta la elipsis o por qué se producen desviaciones respecto a sus condiciones de legitimación. No obstante, se ha preferido incluirlos entre los ejemplos y comentar todas las vicisitudes y pormenores de los diferentes análisis posibles.

7. En contraste con la abundancia del vaciado, se observa una ausencia casi total de ejemplos de truncamiento, del que solo se ha localizado un caso en *Cárcel de amor*. Poco

relevante por su frecuencia de uso es también la elisión con partícula de polaridad. La escasez de ejemplos de elisión con partícula de polaridad y de truncamiento puede estar relacionada con la predilección de los textos sentimentales por los diversos mecanismos retóricos de *amplificatio*. El desarrollo del periodo oracional suele copar todas las posiciones funcionales ofrecidas por la estructura argumental de los verbos y demás categorías léxicas con estructura argumental (sustantivos y adjetivos deverbales, por ejemplo); en ocasiones también se alarga mediante la inclusión de incisos, aclaraciones y explicaciones suprimibles. Esta característica, junto con el uso intenso del paralelismo sintáctico —más acusado en *Cárcel*—, suele provocar que los enunciados ostenten una longitud considerable y se articulen en dos miembros cuyos constituyentes se distribuyen de forma simétrica en el decurso, de manera que el resultado lógico de esta preferencia compositiva no puede ser nunca una elipsis de amplio alcance, es decir, una elipsis que afecte a la mayoría de constituyentes de la oración o el SV en los que se produce, como siempre sucede en la elisión con partícula o el truncamiento, donde la partícula de polaridad y el interrogativo respectivamente son los únicos elementos formalizados de su oración. Este aspecto de la elipsis revela la estrecha determinación que la retórica ejerce sobre su empleo en la prosa sentimental.

8. La elipsis con partícula de polaridad se desencadena gracias a la aparición de un adverbio de polaridad como único resto del predicado afectado por la elipsis. Estos adverbios son *sí*, *no*, *también* y *tampoco*, pero debemos tener en cuenta que en el periodo de lengua que estudiamos otros adverbios y locuciones adverbiales pueden funcionar como partícula polarizadora. Así, en *Siervo libre de amor* hemos detectado el uso de *esso mesmo* con esta función en enunciados de orientación positiva, equivalente al actual *también*; o en *Triunfo*, el adverbio *ansí* también parece funcionar como una partícula de polaridad equiparable a *también*.

9. Hemos considerado, tras observar los ejemplos del corpus, que la anáfora de complemento nulo puede producirse también en estructuras atributivas con el verbo <ser + adjetivo>: *es menester*, *es preferible*, etc. En estos casos, lo que se elide desempeña la función de SUJ de la oración atributiva, y no el CD o el CPR seleccionado por el verbo principal. También hemos defendido el empleo de la anáfora de complemento nulo en locuciones y giros verbales como *poner en trabajo*. Por último, debe tenerse en cuenta el cambio de régimen de algunos predicados que en el español antiguo admiten este tipo de elipsis mientras que hoy solo aceptan su sustitución por el neutro *lo*. Pensamos que la aceptación o el rechazo a la anáfora de complemento nulo de ciertos predicados puede ser un indicio de cambios en su estructura argumental y semántica.

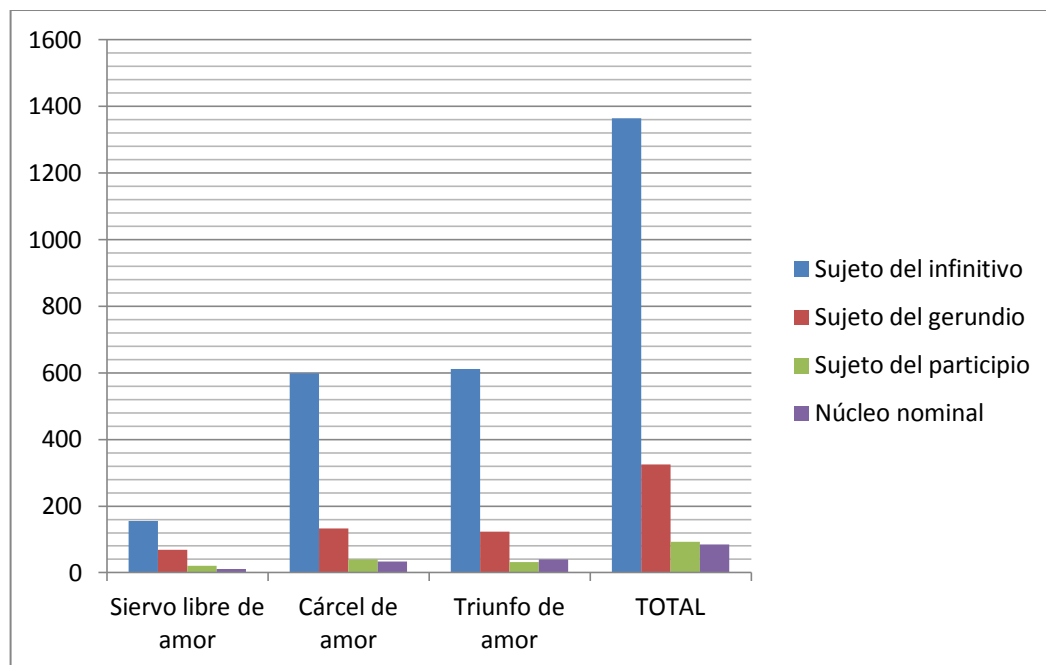
10. Aunque la teoría gramatical sobre la elipsis verbal no admite el uso catafórico de sus diferentes modalidades, la prosa de la ficción sentimental contradice este principio, debido al empleo abundante del hipérbaton. Ciertas particularidades de la sintaxis del siglo XV, tan apegada a los moldes latinos, afectan de forma directa a algunas modalidades de elipsis, como el vaciado. Nos referimos en especial a la tendencia a situar el verbo al final de la oración, principal desencadenante de la relación catafórica entre hueco elíptico y antecedente léxico. El desplazamiento del verbo hacia esta posición se acompaña en ocasiones de la intercalación de otros constituyentes no pertenecientes al predicado del que es núcleo, dando lugar a retorcidos hipérbatos que, además de oscurecer el sentido del enunciado, hacen difícil determinar si la elipsis tiene valor catafórico o anafórico.

11. Si los trabajos de referencia en torno a la cohesión textual ubican la elipsis entre sus principales mecanismos, los resultados de nuestro estudio niegan este dictamen, partiendo, en primer lugar, de las reflexiones sobre la validez de determinados tipos de elipsis, que hemos negado en los capítulos dedicados a la teoría gramatical, hasta llegar, en

segundo lugar, al análisis de las construcciones del corpus base. Solo en algún caso aislado y de interpretación dudosa es defendible la función cohesiva de la elipsis verbal. Así en *Triunfo* encontramos un ejemplo de elipsis del SV con partícula de polaridad en la que la prótasis condicional se elide gracias al uso de la proforma *si no*, cuyo antecedente se ubica en la oración coordinada anterior. Posiblemente, como opina Montolío (1999), se trate de un fenómeno más propio del registro coloquial, de ahí su empleo casi nulo en la prosa sentimental, la cual se caracteriza por su fuerte elaboración retórica.

Para finalizar, resta por comentar las conclusiones e ideas más importantes relativas al uso de la elipsis nominal en los textos sentimentales considerados.

	<i>Servo libre de amor</i>		<i>Cárcel de amor</i>		<i>Triunfo de amor</i>	
	Ocurrencias totales	Ocurrencias catafóricas	Ocurrencias totales	Ocurrencias catafóricas	Ocurrencias totales	Ocurrencias catafóricas
Elipsis del sujeto del infinitivo	155	6	598	62	611	31
Elipsis del sujeto del gerundio	69	16	133	51	123	24
Elipsis del sujeto del participio	21	11	40	24	32	10
Elipsis del núcleo del SN	11	3	33	0	40	1
TOTAL	256	36	804	137	806	66



1. La reflexión en torno al sujeto del verbo flexionado y su ausencia léxica o pronominal ha conducido a su exclusión entre los fenómenos de elipsis (3.4.1.1). En lo que respecta al sujeto del verbo no flexionado, tras analizar los textos, también parece necesario revisar su inclusión entre los fenómenos de elipsis gramatical, al menos en lo que respecta a la 1ª y 2ª persona, porque en estos casos no es necesario un antecedente referencial que resuelva el contenido del sujeto elíptico. Desde su primera mención como pronombre o como SN léxico a modo de título, la elipsis del sujeto en 1ª y 2ª persona se desarrolla en el texto tejiendo una red de referencia que conecta prácticamente cada enunciado. En otras ocasiones la referencia del sujeto elíptico se despeja a través de un pronombre personal oblicuo (*a mí, a tí...*), de un clítico (*me, te, nos...*) o de un posesivo (*mi fama, tu honra...*), y no porque exista en el contexto verbal próximo ningún SN o pronombre personal que pueda catalizarse. Otro argumento de peso para rechazar la omisión del sujeto como un caso de elipsis gramatical se obtiene del requisito de paralelismo, que no se necesita en este tipo de ausencias; es decir, mientras que en el vaciado o la elipsis del núcleo del SN se precisa de una simetría estructural y semántica

entre el segmento con elipsis y el segmento que contiene su antecedente, la ausencia de sujeto es posible sin que se dé este paralelismo. En cualquier caso, ya se interprete como un procedimiento elíptico o como un caso de anáfora a partir de la desinencia verbal, la repetición de los actantes que funcionan como sujeto es un recurso fundamental de cohesión. Posiblemente su elisión es más frecuente y más flexible en cuanto a los requisitos estructurales señalados para la elipsis gramatical porque suele ser fácil para el receptor encontrar el referente exacto al que su ausencia señala: se sobreentiende que el referente del sujeto será el mismo que el de los enunciados anteriores mientras no se exprese formalmente otro SN cuyo significado sea compatible con el del resto de constituyentes de la oración en que se produce la omisión —si bien la contorsión expresiva de los autores sentimentales hace que esto no sea siempre así. He aquí otro aspecto propio de la elipsis (o, mejor dicho, omisión) del sujeto: su interpretación depende estrechamente de condiciones semánticas que a veces trascienden el significado de la oración y sus constituyentes y apuntan, más bien, hacia el significado pragmático de los enunciados, hacia las deducciones que el lector lleva a cabo gracias al procesamiento de la información precedente y a su conocimiento del mundo.

2. Entre los tipos de elipsis nominal prevalece aquel que afecta al sujeto de las construcciones con infinitivo. Este hecho puede relacionarse con el mayor grado de integración de estas construcciones en los predicados a los que complementan, al menos cuando tienen una función completiva (SUJ, CD o PVO). Sin embargo, la estructura predominante presenta al infinitivo como término de un SP de función circunstancial. Precisamente, la mayoría de las elipsis catafóricas del sujeto del infinitivo concurren bajo esta configuración, dada la relativa frecuencia con que se anteponen al predicado principal, iniciando el periodo oracional. Por el contrario, son raros los ejemplos en que un infinitivo completivo da lugar a un enlace catafórico entre su sujeto elíptico y el controlador

nominal, ya que su anteposición al verbo principal suele originar un orden de constituyentes muy forzado. Igual que los infinitivos en el SP tienen mayor movilidad en la oración y, por esta razón, favorecen la catáfora, las oraciones de gerundio y participio, con una función adverbial equiparable en muchas ocasiones a la del <preposición + infinitivo>, manifiestan un número significativo de ocurrencias catafóricas. No obstante, los autores emplean a menudo un molde compositivo que neutraliza la relación catafórica entre SUJ elíptico y antecedente controlador: la interposición del segmento con elipsis —ya esté nucleado por un infinitivo, un gerundio o un participio— entre el verbo principal y su sujeto. De este modo, a pesar de la colocación del verbo principal al final del periodo oracional, la catáfora no se gesta debido a la anteposición del sujeto explícito principal —controlador del correspondiente al infinitivo, generalmente. Sin embargo, existen diferencias cuantitativas entre *Cárcel* y *Triunfo*: Diego de San Pedro no parece ser tan afecto a esta modalidad organizativa como Juan de Flores. Asimismo, la incidencia de esta construcción circular no es igual en las oraciones de infinitivo, de gerundio y participio: en estas últimas, el número de ocurrencias es mucho menor. Este patrón estilístico puede verse acompañado de la intercalación de otros constituyentes, incisos y aposiciones explicativos que rompen la contigüidad entre los predicados con elipsis y los que contienen el antecedente controlador. Asimismo, el contexto verbal puede ofrecer otros candidatos a antecedente controlador, distintos componentes con características morfológicas y semánticas adecuadas a la categoría elíptica. Estos factores aumentan la ambigüedad a la hora de localizar el antecedente controlador y determinar si el vínculo referencial tiene una dirección anafórica o catafórica.

3. El español antiguo no siempre cumple la restricción del sujeto idéntico, esto es, la utilización de la construcción con infinitivo —en lugar de una oración con núcleo flexionado— cuando existe correferencia entre sujeto principal y secundario. Esta

tendencia hace aumentar el número de elipsis del sujeto del infinitivo, pero también encontramos el caso inverso: se elige la construcción con verbo personal frente a la construcción con infinitivo cuando el sujeto principal y el secundario son el mismo.

4. Respecto a la categoría y función del antecedente controlador, no suele haber restricciones: pueden ser pronombres personales, posesivos, relativos, sustantivos, morfemas personales del verbo; sus funciones presentan también gran heterogeneidad, ya que pueden ser SUJ, CD, CI, término de un SP... No obstante, es cierto que la pauta más empleada presenta al controlador como sujeto gramatical del predicado principal. El dibujo que presentan los datos de nuestro corpus ayudan a confirmar la opinión de Hernanz (1999: 2216) de que son los papeles semánticos o temáticos y no las funciones sintácticas o las características morfológicas de los antecedentes y los predicados los factores que determinan las relaciones de control.

5. Existen en *Siervo* y *Triunfo* bastantes ejemplos de gerundios independientes cuyo sentido se corresponde al de una forma de pretérito, casi siempre con sujeto explícito. Por su parte, *Cárcel de amor* presenta gerundios que hemos clasificado como ilativos pero que también parecen constituir oraciones autónomas. Estas construcciones atípicas se suman a otras localizadas en *Cárcel* y *Triunfo* donde la oración de gerundio no parece desempeñar ninguna función circunstancial, sino que se asemeja a un marcador textual; este tipo de gerundio es denominado por Fernández Lagunilla (1999: 3482 y ss.) como *gerundio ilocutivo* y presenta dificultades para aceptar la elipsis de su sujeto en el análisis, puesto que en ocasiones el contexto verbal no ofrece ningún controlador válido, aun cuando pueda deducirse un sujeto tácito o implícito de control pragmático.

6. Existen construcciones con verbo no personal —con una formulación equivalente a la de las máximas y sentencias— en las que es preferible optar por una interpretación

genérica o indeterminada del agente debido a que el contexto no contiene ningún candidato posible a antecedente controlador. En estos casos no parece posible defender un sujeto elíptico.

7. Los datos del corpus avalan que la elipsis del núcleo del SN es la modalidad menos empleada de elipsis nominal y su empleo está condicionado por el paralelismo estructural. En ella, la catáfora es un fenómeno extraño: solo tres casos en *Siervo* y uno en *Triunfo*, frente a su total ausencia en *Cárcel*.

8. Por otro lado, no siempre se acata la contigüidad habitual entre el elemento elíptico y su antecedente, sobre todo en *Siervo*, circunstancia que habilita la función cohesiva de la elipsis del núcleo del SN, en especial, cuando el antecedente se localiza en un texto independiente, ya sea un poema o un título que anuncia la siguiente parte del tratado. Pero esta circunstancia es bastante inhabitual, puesto que lo más frecuente es que la elipsis nominal quede circunscrita a los límites del predicado verbal, o que la separación entre antecedente y SN elíptico no abarque más que la coordinación de oraciones. La cohesión entre enunciados gestada gracias a la elipsis del sujeto de las formas no personales es inexistente, salvo en algún ejemplo de interpretación incierta. Se trata de un hecho explicable, de nuevo, gracias al grado de integración de estas estructuras sintácticas en la oración, que conlleva que el antecedente y el sujeto elíptico aparezcan dentro de una misma unidad oracional. No debe pensarse, sin embargo, que esta aseveración descarta todo el potencial cohesivo de la elipsis, puesto que —según dijimos en apartados anteriores— los elementos elípticos suelen formar parte de una cadena referencial en la que cada eslabón puede tener diferentes realizaciones materiales (sustantivos, pronombres, desinencias..) o inmateriales (elipsis). La elipsis del sujeto supone un último peldaño en la escala de relaciones de foricidad que conectan las entidades mencionadas en el texto.

Cuando una nueva entidad se introduce en el discurso, la manifestación verbal que la presenta suele aportar suficiente información para ser distinguida entre las otras entidades que coaparecen en el contexto textual. Las siguientes apariciones de esta entidad ya no necesitan recurrir a una expresión semánticamente llena para que sea reconocida —basta con algunos indicios gramaticales—, por eso se vale de otras más vagas en su significado y ligeras en su soporte material; algunas de ellas pueden conectar enunciados —la pronominalización, el etiquetado nominal, la sinonimia...—, pero la elipsis generalmente no. Solo en tanto eslabón de las cadenas referenciales que cruzan el texto la elipsis participa en los mecanismos de cohesión. Mientras no haya peligro de confundir la referencia del elemento nominal elíptico con otra entidad presente en la oración en la que concurre, no se apelará a su mención explícita mediante pronombres, y si estos tampoco aclaran de manera inequívoca cuál es el referente, mediante expresiones nominales de contenido léxico. Es decir, cuando el sujeto elíptico está controlado por un sujeto gramatical o un pronombre, la cadena referencial no termina en ellos, porque es necesario retroceder en el texto hasta localizar una expresión semánticamente llena que complete la información asociada al referente.

Según lo que hemos visto hasta aquí, la elipsis gramatical es todavía un fenómeno escurridizo. Hemos intentado despejar las dudas sobre algunas de sus manifestaciones particulares, pero nos hemos visto obligados a simplificar en la medida de lo posible el debate teórico para ajustarnos al objetivo de ensayar un análisis que plasmara su empleo en los textos. Limitado el conjunto de datos a la prosa de la ficción sentimental del siglo XV, en particular a *Siervo libre de amor* (texto que inicia el género), *Cárcel de amor* (centro del canon sentimental) y *Triunfo de amor* (representante atípico), hemos debido tener en consideración las peculiaridades que han condicionado su creación (autores, público, temas, difusión, retórica dominante, etc.) a fin de poder determinar con precisión las

características del estilo con que fueron escritas, principal encargado de moldear las singularidades de su lengua. Hemos podido comprobar cómo la predilección por ciertas figuras elocutivas está emparentada con la aplicación de algunas modalidades de elipsis y explica sus características. Asimismo, apenas se cuentan ejemplos que garanticen que la elipsis es un mecanismo acostumbrado de cohesión, al menos en textos de esta naturaleza, textos escritos, de carácter esencialmente narrativo —aunque la argumentación también ocupa un lugar preeminente—, expresados mediante una prosa elaborada en extremo. A pesar de los esfuerzos realizados, sabemos que aún queda mucho por decir sobre la elipsis, desde el ángulo teórico y práctico a la vez. Faltan trabajos que despejen las controversias aún vivas, en especial, investigaciones que intenten poner a prueba la teoría, sus principios y clasificaciones confrontándolos con lo que transmiten los textos y así poder ir apuntalando un sistema de análisis sólido que a largo plazo nos ayude a establecer resultados concluyentes sobre cómo los factores pragmáticos pueden condicionar el empleo de la elipsis.

**APÉNDICE: NORMAS PARA LA NOTACIÓN DE LOS TIPOS DE ELIPSIS
GRAMATICAL EN EL CORPUS PARA SU ANÁLISIS CON *SIMPLE
CONCORDANCE PROGRAM*³¹³**

Para marcar en los textos los fenómenos estudiados hemos utilizado un sistema numérico para que no coincida con los caracteres alfabéticos empleados en los textos y el programa *SCP* (*Simple Concordance Program*) pueda reconocer las etiquetas referentes a cada tipo de elipsis. Este programa está diseñado para realizar análisis léxicos, pero al ser la elipsis un fenómeno lingüístico sin marca formal explícita es indispensable insertar algún signo que señale el tipo de elipsis y su localización en las oraciones. Gracias a este programa informático se pueden extraer todos los casos de elipsis junto a su contexto verbal, a la vez que pueden agruparse y clasificarse para su posterior cotejo. El sistema de etiquetado que hemos utilizado es el que sigue:

1) Todos los casos de elipsis verbal empiezan con *1

- Vaciado: *11

- Reducción: *12

- Elisión con partícula de polaridad: *13

- Anáfora de complemento nulo: *14

³¹³ *Simple Concordance Program 4.09 build 16 (june 2010)*, es un software libre desarrollado por Alan Reed y descargable desde <<http://www.textworld.com/>> [último acceso 26/04/2011].

- Truncamiento: *15

2) La elipsis nominal se marca con *2

- Del sujeto del verbo no flexionado: *212

- Del infinitivo: *2121

- Del participio: *2122

- Del gerundio: *2123

- Del núcleo del SN: *24

Cuando la elipsis tiene valor catafórico se indica mediante una *c* antepuesta al número que señala el tipo de elipsis, por ejemplo, *c*2121* (elipsis catafórica del sujeto del infinitivo).

ÍNDICE DE ABREVIATURAS Y SIGLAS

ADMYTE: Archivo digital de manuscritos y textos españoles.

ATR: ‘Atributo’.

CC: ‘Complemento circunstancial’.

CD: ‘Complemento directo’.

Cf.: ‘Confróntese’.

CI: ‘Complemento indirecto’.

CORDE: Corpus Diacrónico del Español.

CPR: ‘Complemento preposicional regido’.

CPrep: ‘Complemento preposicional’.

DCECH: Diccionario Crítico Etimológico castellano e hispánico.

DCRLC: Diccionario de Construcción y Régimen de la Lengua Castellana.

Dicc. Aut.: Diccionario de Autoridades.

DRAE: Diccionario de la Lengua Española de la Real Academia.

GDLE: Gramática Descriptiva de la Lengua Española.

Ibíd.: ‘En el mismo lugar’.

N.: ‘Nota’.

Óp. cit.: ‘En la obra citada’.

ORel: ‘Oración de relativo’.

P.: ‘Página’.

PVO: ‘Predicativo’.

RAE: ‘Real Academia Española de la Lengua’.

S.: ‘Siguierte’.

SADJ: ‘Sintagma adjetivo’.

SADV: ‘Sintagma adverbial’.

SCP: Simple Concordance Program.

SN: 'Sintagma nominal'.

SP: 'Sintagma preposicional'.

SUJ: 'Sujeto'.

SV: 'Sintagma verbal'.

V.: 'Véase'.

V: 'Verbo'.

BIBLIOGRAFÍA

1. EDICIONES

AA. VV. (1992-99): *Archivo digital de manuscritos y textos españoles* (CD-ROM),
Sociedad Estatal del Quinto Centenario, MICRONET S. A.

CORFIS, IVY A. (ed.) (1987): Diego de San Pedro, *Cárcel de amor*, Londres, Tamesis.

DOLZ I FERRER, ENRIC (2004): «*Siervo libre de amor*» de Juan Rodríguez del Padrón:
estudio y edición, Servei de Publicacions de la Universitat de Valencia.

FERNÁNDEZ JIMÉNEZ, JUAN (ed.) (1982b): *Tratado notable de amor de Juan de Cardona*,
Madrid, Alcalá.

FOULCHÉ-DELBOSC, RAYMOND (ed.) (1904): Diego de San Pedro, *Cárcel de amor*,
Barcelona, L'Avenç (Biblioteca Hispánica, XV).

GARGANO, ANTONIO (ed.) (1981): Juan de Flores, *Triunfo de amor*, Pisa, Giardini.

GILI Y GAYA, SAMUEL (ed.) (1950, 1958, 1967): Diego de San Pedro, *Obras*, Madrid,
Espasa-Calpe.

HERNÁNDEZ ALONSO, CÉSAR (ed.) (1982): *Obras completas de Juan Rodríguez del Padrón*,
Madrid, Editora Nacional.

HERRERA GUILLÉN, RAFAEL (ed.) (2004): Juan Rodríguez del Padrón, *Siervo libre de amor*,
Murcia, Biblioteca Saavedra Fajardo. Accesible en
<<http://saavedrafajardo.um.es/biblioteca/biblio.nsf/buscarLect/355B2E44A822DF87C1256F430043876F?OpenDocument>>.

MORENO BÁEZ, ENRIQUE (ed.) (1977, 1984): Diego de San Pedro, *Cárcel de amor*, Madrid, Cátedra.

NIGRIS, CARLA DE (ed. y trad.) (1999): Juan Rodríguez del Padrón, *Schiavo d'amore* (*Siervo libre de amor*), Milán, Biblioteca Medievale 72.

PAZ Y MELIÁ, ANTONIO (ed.) (1884): *Obras de Juan Rodríguez del Padrón o de la Cámara*, Madrid, Sociedad de Bibliófilos Españoles.

PRIETO, ANTONIO (introd.) Y FRANCISCO SERRANO PUENTE (ed.) (1986): Juan Rodríguez del Padrón, *Siervo libre de amor*, Madrid, Castalia.

RUBIÒ Y BALAGUER, J. (ed.) (1941): Diego de San Pedro, *Cárcel de amor*, Barcelona, Gustavo Gili.

WHINNOM, KEITH (ed.) (1971, 1985, 1991): Diego de San Pedro, *Obras completas, II, Cárcel de amor*, Madrid, Castalia.

2. FUENTES LINGÜÍSTICAS

ALARCOS, EMILIO (1962): «¡Lo fuertes que eran!», en *Estudios de gramática funcional del español*, Madrid, Gredos, 1973, pp. 178-191.

————— (1967): «El artículo en español», en *Estudios de gramática funcional del español*, Madrid, Gredos, 1978, pp. 166-177.

————— (1970): *Estudios de gramática funcional*, Madrid, Gredos.

————— (1994): *Gramática de la lengua española*, Madrid, Espasa.

ALCAIDE LARA, ESPERANZA ROCÍO (1993): «La elipsis: ¿sólo ausencia de palabras?», en E.

R. Alcaide Lara, F. J. Salguero Lamillar y M. del M. Ramos Márquez, *Estudios lingüísticos en torno a la palabra*, pp. 9-22.

ALCINA FRANCH, JUAN Y JOSÉ MANUEL BLECUA (1975): *Gramática española*, Barcelona, Ariel.

ALFONSO VEGA, MILAGROS (2002): «La construcción activa impersonal en español: origen y actualidad», *Anuario de Letras* 40, pp. 267-291.

ÁLVAREZ MARTÍNEZ, M^a. ÁNGELES (1984): «El pronombre español, ¿categoría funcional?», *Español actual: Revista de español vivo* 42, pp. 49-68.

————— (1986): *El artículo como entidad funcional en el español de hoy*, Madrid, Gredos.

ÁLVAREZ MARTÍNEZ, M^a. ÁNGELES Y JOSÉ A. MARTÍNEZ (1989): *El pronombre*, Madrid, Arco / Libros.

ARROYO VEGA, PALOMA (2001): *La diátesis verbal en el castellano del siglo XV*, Anejo XXXIX de *Cuadernos de Filología*, Universidad de Valencia.

ASENJO ORIVE, M^a. ROSA (1990): *Los demostrativos*, Salamanca, Publicaciones del Colegio de España.

AUSTIN, J. (1982 [1962]): *Cómo hacer cosas con palabras*, Barcelona, Paidós.

AZPIAZU TORREZ, SUSANA (2001): «Reflexiones en torno al pronombre», en J. A. Bartol Hernández (coord.), *Nuevas aportaciones al estudio de la lengua española: investigaciones filológicas*, pp. 13-21.

BARRANECHEA, A. M. (1974): «A propósito de la elipsis en la coordinación», en *Studia*

Lapesa, Universidad de Madrid, Gredos-Cátedra, II, pp.105-121.

BEAUGRANDE, ROBERT A. DE, Y WOLFGANG DRESSLER (1997) [1981]: *Introducción a la lingüística del texto*, Barcelona, Ariel.

BELLO, ANDRÉS (1981) [1847]: *Gramática de la lengua castellana*, edic. crítica de R. Trujillo, Instituto Universitario de Lingüística Andrés Bello y Cabildo Insular de Tenerife.

BERNÁRDEZ, ENRIQUE (1982): *Introducción a la lingüística del texto*, Madrid, Espasa-Calpe.

BIBER, DOUGLAS Y E. FINEGAN (1994): *Sociolinguistic Perspectives on Register*, Nueva York, Oxford University Press. [Accesible desde <<http://0site.ebrary.com.jabega.uma.es/lib/bibliotecauma/docDetail.action?docID=10087524>>, 21/04/2009].

BIBER, DOUGLAS (1988): *Variation across Speech and Writing*, Cambridge University Press, 1988.

BOSQUE, IGNACIO (1984): «Negación y elipsis», *ELUA (Estudios de lingüística de la Universidad de Alicante)*, 2, pp. 171-199.

————— (1989): *Las categorías gramaticales*, Madrid, Síntesis.

————— (1999a): «El nombre común», en I. Bosque y V. Demonte, *Gramática descriptiva de la lengua española*, Madrid, Espasa, pp. 3-75.

————— (1999b): «El sintagma adjetival: modificadores y complementos», en I. Bosque y V. Demonte, *GDLE*, Madrid, Espasa, pp. 217-310.

BRIZ, ANTONIO (1989): *Sustantivación y lexicalización en español (la incidencia del artículo)*, Valencia, Anejo IV de *Cuadernos de Filología*.

————— (2001) [1998]: *El español coloquial en la conversación. Esbozo de pragmagramática*, Barcelona, Ariel.

BROWN, G. Y YULE, G. (1983): *Análisis del discurso*, Madrid, Visor.

BRUCART, JOSÉ M^a. (1987): *La elisión sintáctica en español*, Bellaterra, Publicaciones de la Universidad Autónoma de Barcelona.

————— (1999a): «La estructura del sintagma nominal. Las oraciones de relativo», en I. Bosque y V. Demonte (dirs.), *GDLE*, Madrid, Espasa, pp. 395-522.

————— (1999b): «La elipsis», en I. Bosque y V. Demonte (dirs.), *GDLE*, Madrid, Espasa, pp. 2787-2865.

————— (2004): «Entre el borrado y la reconstrucción: nuevos enfoques en el tratamiento gramatical de la elipsis», en A. T. Cabré Munné (ed.), *Lingüística teòrica: anàlisis i perspectives I*, Servicio de Publicaciones de la Universidad Autónoma de Barcelona, pp. 159-189.

————— (2002): «Adición, sustracción y comparación: un análisis composicional de las construcciones aditivo-sustractivas del español», en A. A. Sánchez Miret (ed.), *Actas del XXIII Congreso Internacional de Lingüística y Filología Románica*, vol. I, Tübingen, Max Niemeyer, pp. 11-60.

BUSTOS GISBERT, JOSÉ M. (1996): *La construcción de textos en español*, Ediciones de la Universidad de Salamanca.

BUYSENS, ERIC (1970): *La communication et l'articulation linguistique*, Bruselas, P. U.

B.

CALSAMIGLIA BLANCAFORT, HELENA Y AMPARO TUSÓN VALLS (2004) [2002]: *Las cosas del decir. Manual de análisis del discurso*, Barcelona, Ariel.

CAMACHO, JOSÉ (1999): «La coordinación», en I. Bosque y V. Demonte (dirs), *GDLE*, Madrid, Espasa, pp. 2635-2694.

CAMPOS, HÉCTOR (1999): «Transitividad e intransitividad», en I. Bosque y V. Demonte, *GDLE*, Madrid, Espasa, pp. 1519-1576.

CANO AGUILAR, RAFAEL (1977): «Cambios en la construcción de los verbos en castellano medieval», *Archivum*, XXVII- XVIII, pp. 335-379.

————— (1981): *Estructuras sintácticas transitivas del español actual*, Madrid, Gredos.

————— (1982): «Sujeto con preposición en español y cuestiones conexas», *Revista de Filología Española*, 62 (fasc. 3-4), pp. 211-258.

————— (1984): «Cambios de construcción verbal en español clásico», *Boletín de la Real Academia Española*, 64 (cuaderno 231-232), pp. 203-256.

————— (1992): «La sintaxis española en la época del Descubrimiento», en J. A. Bartol Hernández, J. F. García Santos y J. de Santiago Guervós (eds.), *Estudios filológicos en homenaje a Eugenio Bustos Tovar*, Ediciones de la Universidad de Salamanca, pp. 183-197.

————— (1995): *Sintaxis histórica de la comparación en español. La historia de*

‘*como*’, Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Sevilla.

————— (1999): «Los complementos de régimen verbal», en I. Bosque y V. Demonte (eds), *GDLE*, pp. 1807-1854.

CASTELLANO ALEMÁN, ÁNGELA (2001): *Aspectos sociolingüísticos de la variación gramatical*, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria.

————— (2002): «Ambigüedad y variación del pronombre personal sujeto», en *IV Congreso de Lingüística General, Cádiz del 3 al 6 de abril 2000*, vol. 2, Universidad de Cádiz, pp. 521-532.

CASTRO PAREDES, F. (2001): «Aproximación al estudio de la elipsis de la cláusula completiva objetiva de infinitivo en español, el caso de ‘querer’ como verbo dominante», en A. Veiga y M. R. Pérez (eds.), *Lengua española y estructuras gramaticales*, Servicio de Publicacións da Universidade de Santiago de Compostela, pp.75-88.

CHOMSKY, NOAM Y HOWARD LASNIK (1995): «The theory of principles and parameters» en *The minimalist program*, Cambridge, MA, MIT, pp. 13-127.

COMPANY COMPANY, CONCEPCIÓN (COORD.) (2007): *Sintaxis histórica de la lengua española: la frase verbal*, México, Fondo de Cultura Económica.

————— (2009): *Sintaxis histórica de la lengua española: la frase nominal*, México, Fondo de Cultura Económica.

CONTRERAS, HELES (1973): «Spanish Non-Anaphoric *lo*», *Linguistics* 111, pp. 5-30.

COROMINAS, JOAN (1991): *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico*, Madrid, Gredos.

CUERVO, RUFINO JOSÉ (2002): *Diccionario de construcción y régimen de la lengua castellana (edición electrónica)*, Barcelona, Herder.

DANIELA FERRARI, LAURA (2001): «¿Los pronombres demostrativos, el artículo definido y los pronombres personales de tercera persona: una única categoría?», en E. N. de Arnoux y A. di Tullio (comps.), *Homenaje a Ofelia Kovacci*, pp. 191-204.

DEMONTE, VIOLETA (1983): «Nuevas distinciones conceptuales en gramática generativa y algunas observaciones sobre sintaxis y discurso», *E. L. U. A. I, (Estudios de lingüística de la Universidad de Alicante)*, pp. 89-112.

DEMONTE, VIOLETA Y PASCUAL JOSÉ MASULLO (1999): «La predicación: los complementos predicativos», en I. Bosque y V. Demonte (dirs.), *GDLE*, Madrid, Espasa, pp. 2461-2523.

DIJK, TEUN A. VAN (1980) [1977]: *Texto y contexto*, Madrid, Cátedra.

————— (1987): «La pragmática de la comunicación literaria», en J. A. Mayoral, *Pragmática de la comunicación literaria*, Madrid, Arco/Libros, pp. 171-194.

DIK, SIMON C. (1989): *The theory of functional grammar*, Providence (Rhode Island, EE. UU.), Foris Publication.

DURANTI, ALESSANDRO Y CHARLES GOODWIN (eds.) (1992): *Rethinking Context. Language as an Interactive Phenomenon*, Cambridge University Pres..

EBERENZ, ROLPH (1994): «Enlaces conjuntivos y adjuntos de sentido aditivo del español

preclásico: *otrosí, eso mismo, asimismo, demás, también, aun, etc.*», *Iberorromania*, 39, pp. 1-20.

————— (2000): *El español en el otoño de la Edad Media: sobre el artículo y los pronombres*, Madrid, Gredos.

————— (2004): «Cambios morfosintácticos en la Baja Edad Media», en R. Cano (coord.), *Historia de la lengua española*, Barcelona, Ariel, pp. 613-641.

EGUREN, LUIS J. (1989): «¿Son necesarios los nominales vacíos?», en C. Martín Vide (ed.), *Lenguajes naturales y lenguajes formales*, v. 2, Barcelona, PPU, pp. 481-492.

————— (1999): «Pronombres y adverbios demostrativos. Las relaciones deícticas», en I. Bosque y V. Demonte, *GDLE*, Madrid, Espasa, pp. 929-972.

————— (2008): «Clíticos léxicos y elipsis nominal», en X. Artiagoitia y J. Lakarra (eds.), *Gramatika jaietan: Patxi Goenaga omenex*, 209-224, San Sebastián, Universidad del País Vasco.

ELLIS, JEFFREY, Y JEAN URE (1969): «Language Varieties: Register», en A. R. Meetham, *Encyclopedia of Linguistics, Information and Control*, Londres, Pergamon Press, pp. 251-59.

ENKVIST, NILS E. (1986): «What Has Discourse Linguistics Done to Stylistics?», en S. P. X. Battestini (ed.), *Developments in Linguistics and Semiotics: Language Teaching and Learning, Communication Across Cultures (GURT 1986)*. Washington, DC, Georgetown University Press, pp. 19-36.

————— (1987) [1985]: «Estilística, Lingüística del texto y Composición», en E.

Bernárdez, *Lingüística del texto*, Madrid, Arco / Libros, pp. 131-150.

ESCANDELL VIDAL, M^a. VICTORIA (1996): *Introducción a la pragmática*, Madrid, Ariel.

ESCAVY ZAMORA, RICARDO (1987a): *El Pronombre: categorías y funciones pronominales en la teoría gramatical*, Universidad de Murcia.

————— (1987b): *Contribución histórica a la categoría del pronombre*, Murcia, Myrtia, D.L.

FERGUSON, CHARLES A. (1994): «Dialect, Register, and Genre. Working Assumptions about Conventionalization», en D. Biber y E. Finegan (eds.), *Sociolinguistic Perspectives on Register*, Nueva York, Oxford University Press, pp. 15-30.
[Accesible desde
<<http://0site.ebrary.com.jabega.uma.es/lib/bibliotecauma/docDetail.action?docID=10087524>>, 21/04/2009].

FERNÁNDEZ-JARDÓN VINDEL, JOSÉ MANUEL (1983): *Los determinantes identificadores en español: artículo, demostrativos y posesivos*, Madrid, Grupodis.

FERNÁNDEZ LAGUNILLA, MARINA (1999): «Las construcciones de gerundio», en I. Bosque y V. Demonte (dirs.), *GDLE*, Madrid, Espasa, pp. 3443-3503.

FERNÁNDEZ LEBORANS, M^a. JESÚS (1999): «La predicación: las oraciones copulativas», en I. Bosque y V. Demonte (dirs.), *GDLE*, Madrid, Espasa, pp. 2356-2460.

FERNÁNDEZ RAMÍREZ, SALVADOR (1951a): *Gramática española*, Madrid, Revista de Occidente.

————— (1986) [1951c]: *Gramática española. 4. El verbo y la oración*, Madrid, Arco /

Libros.

————— (1987) [1951b]: *Gramática española. 3. 2. El pronombre*, Madrid, Arco /

Libros.

FERNÁNDEZ SORIANO, OLGA (1999): «El pronombre personal. Formas y distribuciones. Pronombres átonos y tónicos», en I. Bosque y V. Demonte (dirs.), *GDLE*, Madrid, Espasa, pp. 1209-1273.

FIRBAS, JAN (1964): «On the Defining the Theme in Functional Sentence Analysis», *Travaux Linguistique de Prague*, 1, pp. 170-176.

FLÓREZ, ÓSCAR (1984): «Elipsis: un caso de determinación contextual», *Thesaurus* 39, Bogotá, pp. 194-214.

FRANCHINI, ENZO (1986): *Las condiciones gramaticales de la coordinación copulativa en español*, Bern, Franke Verlag.

FREIRE LLAMAS, ANTONIO (1999): «Elipsis funcional en las estructuras comparativas: Una ejemplificación medieval», en P. Gómez, P. Carbonero y M. Casado (coords.), *Lengua y discurso: estudios dedicados al profesor Vidal Lamíquiz*, Madrid, Arco/Libros, pp. 323-332.

FUENTES RODRÍGUEZ, CATALINA (1991): «El pronombre: dimensión enunciativa», *Estudios de lingüística* 7, pp. 159-174.

GALÁN RODRÍGUEZ, CARMEN (1992): *Las oraciones finales en español. Estudio sincrónico*, Cáceres, Universidad de Extremadura.

GALLEGO, ÁNGEL J. (2011): *Sobre la elipsis*, Madrid, Arco/Libros.

GARCERÁN INFANTES, ERUNDINA (2003): *La interpretación de las categorías gramaticales tácitas*, Ediciones UAM.

————— (2001): «La oración pasiva y el sintagma nominal: paralelismo sintáctico-semántico», *Dicenda*, 19, pp. 261-284.

GARCÍA FERNÁNDEZ, LUIS (1999): «Los complementos adverbiales temporales. La subordinación temporal», en I. Bosque y V. Demonte (dirs.), *GDLE*, Madrid, Espasa, pp. 3129-3207.

GARCÍA IZQUIERDO, ISABEL (1991): «La elipsis en la coordinación disyuntiva: breve revisión del fenómeno en castellano», en J. Calvo Pérez (ed.), *Lingüística Aplicada y Tecnología, I (Actas del I Simposio, Valencia, 12-16 de febrero de 1990)*, pp. 9-18.

GARCÍA FAJARDO, JOSEFINA (1989): «El sentido en la función referencial de frases sustantivas del español», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 37, 1, pp. 19-26.

GARCÍA-MIGUEL, JOSÉ M^a. (1991): «La duplicación de complemento directo e indirecto como concordancia», *Verba* 18, pp. 375-410.

GARRIDO MEDINA, J. C. (1984): *Aspectos semánticos y sintácticos del artículo en español*, tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid.

————— (1986a): «Pronombre y artículo. *El* en construcciones con adjetivo o relativo», en *Elementos de análisis lingüístico*, Madrid, Fundamentos, 1991, pp. 139-166.

————— (1986b): «Sobre el número nominal y el artículo en español», en *Elementos*

de análisis lingüístico, Madrid, Fundamentos, 1991, pp. 121-137.

————— (1988): «Sobre la evolución hasta el artículo actual en español», en *Elementos de análisis lingüístico*, Madrid, Fundamentos, 1991, pp. 167-190.

————— (1993): «Gerundio especificativo y de posterioridad en español», en A. Alonso González (coord.), *Actas del III Congreso Internacional de Historia de la Lengua Española. Salamanca, 22-27 de noviembre de 1993*, vol. 1, pp. 309-324.

GARRIDO MEDINA, LUIS JOAQUÍN (1996): «Actualización, sustantivación, cuantificación y contexto: el artículo español en la teoría lingüística del siglo XX», en R. Lorenzo Vázquez (coord.), *Actas do XIX Congreso Internacional de Lingüística e Filoloxía Románicas*, vol. 8, Fundación Pedro Barrié de la Maza, La Coruña, pp. 291-302.

GIMÉNEZ RESANO, GAUDIOSO (1995): «Ambigüedad por elipsis en la coordinación copulativa en español», en M. A. Martín Zorraquino y T. Blesa (coords.), *Homenaje a Félix Monge: estudios de lingüística hispánica*, Madrid, Gredos, pp. 153-166.

GIRÓN ALCONCHEL, JOSÉ LUIS (1998): *Las oraciones interrogativas indirectas en el español medieval*, Madrid, Gredos.

————— «Sobre el reajuste morfológico de los demostrativos en el español clásico», en C. García Turza, F. González Bachiller, J. J. Mangado Martínez (coords.), *Actas del IV Congreso Internacional de Historia de la Lengua Española: La Rioja, 1-5 de abril de 1997*, vol. 1, pp. 493-502.

————— (2004): «Cambios gramaticales en los Siglos de Oro», en R. Cano (coord.), *Historia de la lengua española*, Barcelona, Ariel, pp. 859-893.

GIVÓN, TALMY (1984): *Syntax. A functional typological introduction*, I, Amsterdam, John Benjamins.

GOFFMAN, ERVING (1981): *Forms of Talk*, Filadelfia, University of Pennsylvania Press.

GONZÁLEZ ROLÁN, TOMÁS (2007): «El sistema de los demostrativos latinos y su evolución al romance castellano», en G. Hinojo Andrés y J. C. Fernández Corte, *Munus Quaesitum Meritis: Homenaje a Carmen Codoñer*, Universidad de Salamanca, pp. 425-433.

GREGO GARCÍA, M^a. VICTORIA (2003): «Reflexiones sobre la clase de palabra "pronombre"», *Estudios de Lingüística* 17, pp. 203-222.

GUILLÉN SUTIL, ROSARIO (1997): «La heterogeneidad del término elipsis», en C. Fuentes Rodríguez (coord.), *Introducción teórica a la pragmática lingüística (Actas del Seminario de Pragmática Lingüística celebrado en Sevilla, febrero 1996)*, Universidad de Sevilla, pp. 87-97.

————— (1998): «Elipsis y presuposición», *Anuario de Letras*, 36, pp. 185-204.

GUMPERZ, J. J. Y D. H. HYMES (eds.) (1972): *Directions in Sociolinguistics. The Ethnography of Communication*, Nueva York, Basil Blackwell.

GUTIÉRREZ ORDÓÑEZ, SALVADOR (1992): «Estructuras predicativas de verbo ausente», en E. Alarcos y otros, *Gramma-temas*, I, Universidad de Vigo, pp. 117-143.

————— (1994a): *Estructuras comparativas*, Madrid, Arco/Libros.

————— (1994b): *Estructuras pseudocomparativas*, Madrid, Arco/Libros.

————— (1994c): «El artículo sí sustantiva», en A. Alonso, B. Garza y J. A. Pascual (eds.), *II Encuentro de lingüistas y filólogos de España y México*, Universidad de Salamanca, pp. 483-507.

————— (1997): *Principios de sintaxis funcional*, Arco/Libros, Madrid.

————— (1999): «Los dativos», en I. Bosque y V. Demonte (dirs.), *GDLE*, Madrid, Espasa, pp. 1855- 1930.

HALLIDAY, M. A. K. (1982) [1978]: *El lenguaje como semiótica social. La interpretación social del lenguaje y del significado*, México, Fondo de Cultura Económica.

HALLIDAY, M. A. K. Y J. R. MARTIN (1993): *Writing science, literacy and discursive power*, Londres-Washington, The Falmer Press.

HALLIDAY, M. A. K. Y RUQAIYA HASAN (1972): *Cohesion in English*, Londres-Nueva York, Longman.

HARTO TRUJILLO, M^a. LUISA (1996): «El pronombre "se" y las construcciones "medias" en el paso del latín al castellano», en M. Aldama Roy (coord.), *De Roma al siglo XX*, vol. 1, pp. 529-538.

————— (2006): «La elipsis en Arias Montano», en J. M. Maestre Maestre, E. Sánchez Salor, M. A. Díaz Gito, L. Charlo Brea, P. J. Galán Sánchez (coords.), *Benito Arias Montano y los humanistas de su tiempo*, vol. 1, Editora Regional de Extremadura, pp. 307-318.

HERNÁNDEZ ALONSO, CÉSAR (1985): «'Lo', ¿artículo o pronombre?», *Anuario de Lingüística Hispánica* 1, pp. 115-128.

- (1993): «La comparación en español», *Voz y Letra*, 4 (1), pp. 87-104.
- HERNÁNDEZ TERRÉS, JOSÉ MIGUEL (1984): *La elipsis en la teoría gramatical*, Murcia, Universidad de Murcia.
- (2001): «Nuevas reflexiones en torno a la elipsis. La llamada elipsis de los argumentos», *Revista de Investigación Lingüística*, 4 (1), pp. 81-96.
- (2004): «La elipsis verbal», en M. Villayandre Llamazares (coord.), *Actas del V Congreso de Lingüística General: León 5-8 de marzo de 2002*, vol. 2, Madrid, Arco / Libros, pp. 1541-1550.
- HERNANDO CUADRADO, LUIS ALBERTO (2000): «Discurso y elipsis», en J. J. Bustos Tovar (coord.), *Lengua, discurso, texto: I simposio internacional de análisis del discurso*, vol. 1, pp. 1181-1192.
- (2002): «El pronombre en la tradición gramatical española», en M. T. Echenique Elizondo, Juan P. Sánchez Méndez (coords.), *Actas del V Congreso Internacional de Historia de la Lengua Española, Valencia 31 de enero -4 de febrero 2000*, pp. 1237-1246.
- (2005): «La elipsis en el análisis e interpretación de textos», *Cauce: Revista de filología y su didáctica*, nº 28, pp. 169-182.
- HERNANZ, M^a. LLUÏSA (1999): «El infinitivo», en I. Bosque y V. Demonte (dirs.), *GDLE*, Madrid, Espasa, pp. 2197-2356.
- HERNANZ, M^a. LLUÏSA Y J. M^a BRUCART (1987): *La sintaxis. 1. Principios teóricos. La oración simple*, Barcelona, Editorial Crítica, pp. 107-141.

HERNANZ, M^a. LLUÏSA Y AVEL·LINA SUÑER (1999): «La predicación: la predicación no copulativa. Las construcciones absolutas», en I. Bosque y V. Demonte (dirs.), *GDLE*, Madrid, Espasa, pp. 2525-2560.

HERRERO, JUAN A. (1990): «Procópula: Algunas observaciones en casos de la elipsis de la cópula en español», *Letras de Deusto*, vol. 20, nº 48, pp. 189-192.

HERRERO RUIZ DE LOIZAGA, F. JAVIER (2005): *Sintaxis histórica de la oración compuesta en español*, Madrid, Gredos.

HUI-CHUAN LU (1997): «La presencia y ausencia del pronombre personal», *Epos*, 13, pp. 117-133.

HYMES, D. H. (1964): «Toward ethnographies of communicative events», en P. P. Giglioli (ed.), *Language and Social Context*, Harmondsworth, Middx, Penguin Books, 1972.

————— (1972): «Models of the Interaction of Language and Social Life», en J. J. Gumperz y D. H. Hymes (eds.), *Directions in Sociolinguistics. The Ethnography of communication*, Nueva York, Basil Blackwell, pp. 35-71.

IGLESIAS BANGO, MANUEL (1986): «El artículo en español: aportaciones a un viejo debate», *Contextos* 7, pp. 103-146.

ISENBERG, HORST (1987) [1978]: «Cuestiones fundamentales de tipología textual», en E. Bernárdez (comp.), *Lingüística del texto*, Madrid, Arco / Libros, pp. 95-129.

JAKOBSON, ROMAN (1984): *Ensayos de lingüística general*, Barcelona, Ariel.

JIMÉNEZ, PABLO (2000): «Criterios de organización, estructuras de pensamiento y frases

nominales», en G. Wotjak (coord.), *En torno al sustantivo y adjetivo en el español actual: aspectos cognitivos, semánticos, (morfo)sintácticos y lexicogenéticos*, pp. 99-106.

JIMÉNEZ JULIÁ, TOMÁS (1984): «La llamada coordinación negativa en español», *Verba* 11, pp. 213-243.

————— (1987): «La construcción coordinativa en español», *Verba* 14, pp. 271-345.

————— (1991): «Elipsis nominal y no realización en español», en M. Brea y F. Fernández Rei (coords.), *Homenaxe ó profesor Constantino García, I*, Universidad de Santiago de Compostela, pp. 223-241.

KOVACCI, OFELIA (1975): «Función y contexto: acerca de la elipsis», en *Homenaje al Instituto de Filología y Literaturas Hispánicas 'Dr. Amado Alonso' en su centenario 1923-1972*, Buenos Aires, pp. 130-145.

————— (1999): «El adverbio», en I. Bosque y V. Demonte (dirs.), *GDLE*, Madrid, Espasa, pp. 705-786.

LAPESA, RAFAEL (1966): «El artículo como antecedente de relativo en español», en F. Marcos Marín, *Aproximación a la gramática española*, Madrid, Cincel, 1972, pp. ix-xvii.

————— (1970): «El artículo con calificativos o participios no adjuntos a sustantivo en español», *RLIR*, 34, pp. 78-86.

————— (1997): *Historia de la lengua española*, Madrid, Gredos [9ª. reimpresión a la 8ª. edición].

LASNIK, HOWARD (1999): «Pseudogapping puzzles», en S. Lappin y E. Benmamoun (eds.), *Fragments: Studies in Ellipsis and Gapping*, Nueva York, Oxford University Press.

————— (2003): *Minimalist Investigation in Linguistic Theory*, Londres, Routledge.

LAVRIC, EVA (2000): «Semántica de los determinantes: fóricos textuales no demostrativos», en G. Wotjak (coord.), *En torno al sustantivo y adjetivo en el español actual: aspectos cognitivos, semánticos, (morfo)sintácticos y lexicogenéticos*, Vervuert, Iberoamericana, pp. 471-480.

LÁZARO CARRETER, FERNANDO (1975): «El problema del artículo en español», en *Estudios de lingüística*, Barcelona, Crítica, 1980, pp. 27-59.

LEONETTI, MANUEL (1999): «El artículo», en I. Bosque y V. Demonte (dirs.), *GDLE*, Madrid, Espasa, pp. 787-890.

LLORENS, EDUARDO L. (1929): *La negación en el español antiguo con referencia a otros idiomas*, Madrid, José Molina.

LLORENTE, ANTONIO Y JOSÉ MONDÉJAR (1974): «La conjugación objetiva en español», *Revista de la Sociedad Española de Lingüística* 4, pp. 1-60.

LLORENTE MALDONADO DE GUEVARA, ANTONIO (1977): «Las construcciones de carácter impersonal en español», en *Estudios ofrecidos a Emilio Alarcos Llorach*, vol. 1, Universidad de Oviedo, pp. 107-126.

LONGA MARTÍNEZ, VÍCTOR MANUEL (1993): «Algunos aspectos relacionados con las categorías vacías», *Verba* 20, pp. 387-398.

LOPE BLANCH, JOSÉ MANUEL (1982): «La estructura de la cláusula en dos obras

- medievales», en G. Bellini (ed.), *Actas del VII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas (Venecia, 25-30 agosto, 1980)*, II, Roma, pp. 699-706.
- (1981): «Unidades sintácticas (Recapitulación)», *Revista de Filología Española* LXI, pp. 29-63.
- LÓPEZ, LUIS (2000): «Ellipsis and Discourse-linking», *Lingua* 110, pp. 183-213.
- LORENZO, GUILLERMO Y VÍCTOR MANUEL LONGA (1996): *Introducción a la sintaxis generativa*, Alianza Editorial, Madrid.
- LOTMAN, YURI. M. Y A. M. PJATIGORSKY (1996) [1968]: «El texto y la función», en *La semiosfera II. Semiótica de la cultura, del texto, de la conducta y del espacio*, Madrid, Cátedra, pp. 164-176.
- LUJÁN, MARTA (1972): «On the So-called Neuter Article in Spanish», en J. Casagrande y B. Saciuk (eds.), *Generative Studies in Romance Languages*, Rowley, Newbury House, pp. 162-175.
- (1999): «Expresión y omisión del pronombre personal», en I. Bosque y V. Demonte (dirs.), *GDLE*, Madrid, Espasa, pp. 1275-1315.
- LYONS, JOHN (1968): *Introduction to Theoretical Linguistics*, Cambridge University Press.
- MACÍAS VILLALOBOS, CRISTÓBAL (1997): «Estructura y funciones del demostrativo en el español moderno», Universidad de Málaga, 1997.
- MARCOS MARÍN, FRANCISCO (1972): *Aproximación a la gramática española*, Madrid, Cincel.
- (1978): *Estudios sobre el pronombre*, Madrid, Gredos.

MARTÍ SÁNCHEZ, MANUEL (1995): «Apuntes sobre la elipsis», *Pragmalingüística*, 3-4, pp. 421-447.

————— (1998): «Constantes históricas en el estudio de la elipsis», en C. Hernández Alonso y E. Alarcos Llorach (coords.), *Homenaje al profesor Emilio Alarcos García en el centenario de su nacimiento: 1895-1995*, Universidad de Valladolid, pp. 367-386.

MARTÍN ZORRAQUINO, M^a TERESA Y JOSÉ PORTOLÉS LÁZARO (1999): «Los marcadores del discurso», en I. Bosque y V. Demonte (dir.), *GDLE*, Espasa, pp. 4051-4213.

MARTÍNEZ, JOSÉ ANTONIO (1999): «La concordancia», en I. Bosque y V. Demonte (dirs.), *GDLE*, Madrid, Espasa, pp. 2695-2786.

MARTÍNEZ LÓPEZ, JUAN ANTONIO (1998): «La "sustantivación", lo y problemas conexos», *Iberorromania: Revista dedicada a las lenguas y literaturas iberorrománicas de Europa y América* 48, pp. 16-37.

MAYORAL, J. A. (1987): *Pragmática de la comunicación literaria*, Madrid, Arco / Libros.

MEDEROS MARTÍN, HUMBERTO (1988): *Procedimientos de cohesión en el español actual*, Cabildo Insular de Tenerife.

MAINGUENEAU, DOMINIQUE (1996): *Les termes clés de l'analyse du discours*, París, Seuil.

MELLADO PRADO, ALICIA (2006): «Anáfora y deixis, oración y discurso: el pronombre "el mismo", en la frontera y más allá», en M. Casado Velarde, R. González Ruiz y V. Romero Gualda (coords.), *Análisis del discurso: lengua, cultura, valores: Actas del I Congreso Internacional*, vol. 2, pp. 1467-1482.

- MENDIVIL GIRÓ, JOSÉ LUIS (1999): «Categorías funcionales del verbo: la concordancia», en *Lingüística para el siglo XXI: III Congreso organizado por el Departamento de Lengua Española*, Universidad de Salamanca, pp. 1153-1164.
- MERCHANT, JASON (2001): *The syntax of silence: sluicing, islands, and the theory of ellipsis*, Oxford University Press.
- MIGHETTO, DAVID (2001): «Notas sobre la sustantivación del infinitivo», en J. de Kock (coord.), *Gramática española: enseñanza e investigación*, vol. 7, Universidad de Salamanca, pp. 123-137.
- MOLINA REDONDO, JOSÉ ANDRÉS DE (1978): «El pronombre como categoría funcional», en *Estudios ofrecidos a Emilio Alarcos Llorach*, vol. 3, 1978, pp. 237-254.
- (1991): «De la "sustantivación" mediante el artículo y de algunos usos de la forma "lo"», *Glosa: Anuario del departamento de filología española y sus didácticas* 2, pp. 429-444.
- MONDÉJAR, JOSÉ (1977): «Sobre la naturaleza gramatical del pronombre en español», *Revista española de lingüística*, nº 7, fasc. 1, pp. 35-56
- (1985): «La función sintáctica como determinante de la estructura de dos categorías gramaticales: el artículo y el pronombre», *Revista española de lingüística* 15, fasc. 2, pp. 291-308.
- MONTOLÍO, ESTRELLA (1999): «Las construcciones condicionales», en I. Bosque y V. Demonte (dirs.), *GDLE*, Madrid, Espasa, pp. 3643-3737.
- MORALES, AMPARO (1995): «Interacción de sintaxis y semántica en la variación dialectal:

los sujetos pronominales», *Anuario de Lingüística Hispánica* XI, pp.253-276.

MORENO CABRERA, JUAN CARLOS (1987): *Fundamentos de sintaxis general*, Madrid, Síntesis.

MORENO DE ALBA, JOSÉ G. (2009): «Sintagmas completivos del nombre: complementos adnominales y oraciones subordinadas completivas del nombre», en C. Company (coord.), *Sintaxis histórica de la lengua española: la frase nominal*, p. 1323-1409

MORENO FERNÁNDEZ, FRANCISCO (1998): *Principios de sociolingüística y sociología del lenguaje*, Barcelona, Ariel.

MORILLO-VELARDE PÉREZ, RAMÓN Y M^a. DEL CARMEN RODRÍGUEZ RODRÍGUEZ (1999): «Valor del presente en la reconstrucción histórica: La *elipsis* en el español coloquial y en el *Poema de Mio Cid*», *Lingüística Española Actual* 21 (1), pp. 5-23.

MORRIS, CHARLES (1962) [1946]: *Signos, lenguaje y conducta*, Buenos Aires, Losada.

MYRKIN, V. JA. (1976): «Texto, subtexto y contexto», en E. Bernárdez (comp.), *Lingüística del texto*, Madrid, Arco / Libros, 1987, pp. 23-34.

NARBONA JIMÉNEZ, ANTONIO (1989): *Las subordinadas adverbiales impropias en español (bases para su estudio)*, Málaga, Ágora.

ONG, WALTER (1987): *Oralidad y escritura: tecnologías de la palabra*, México, Fondo de Cultura Económica.

PALACIOS ALCAINE, AZUCENA (2001): «Variación sintáctica en el sistema pronominal del español: la *elisión* de pronombres objeto», *Anuario de Lingüística Hispánica* 14, pp. 431-453.

- PAREDES DUARTE, M^a. JOSÉ (1999): «El concepto de la elipsis semántica», en *Lingüística para el siglo XXI: III Congreso organizado por el Departamento de Lengua Española*, Ediciones de la Universidad de Salamanca, pp. 1215-1222.
- (2004): *Delimitación terminológica de los fenómenos de elipsis*, Universidad de Cádiz.
- PAVÓN LUCERO, M^a. VICTORIA (1999): «Clases de partículas: preposición, conjunción y adverbio», en I. Bosque y V. Demonte (dirs.), *GDLE*, Madrid, Espasa, pp. 565-655.
- (2003): *Sintaxis de las partículas*, Madrid, Visor.
- PENNY, RALPH (1993): *Gramática histórica del español*, Barcelona, Ariel.
- PÉREZ TORAL, MARTA (1992): *Sintaxis histórica funcional del español: el verbo "hacer" como impersonal*, Universidad de Oviedo, 1992.
- PORCAR MIRALLES, MARGARITA (1998): «La negación en la estructura comparativa. *Más que non* en castellano medieval», *Verba* 25, pp. 165-196.
- PORTO DAPENA, JOSÉ ÁLVARO (1999): «El pronombre nuestro como sustituto del predicado nominal», en P. Gómez Manzano, P. Carbonero Cano y M. Casado Velarde (coords.), *Lengua y discurso: estudios dedicados al profesor Vidal Lamíquiz*, pp. 761-772.
- QUIRK, RANDOLPH Y OTROS (1985): *A Comprehensive Grammar of the English Language*, Londres-Nueva York, Longman.
- REAL ACADEMIA DE LA LENGUA ESPAÑOLA (1973): *Esbozo de una nueva gramática de la lengua española*, Madrid, Espasa.

————— (2009): *Nueva Gramática de la Lengua Española*, 2 vol., Madrid, Espasa-Calpe.

————— *Banco de datos (CORDE) [en línea]. Corpus diacrónico del español*. <<http://www.rae.es>> [22/03/2011].

————— *Diccionario de Autoridades (1726-1770) [en línea]*. <<http://buscon.rae.es/ntlle/SrvltGUIMenuNtlle?cmd=Diccionario&sec=1.1.0.0.0.>>, [1/08/2011].

————— *Diccionario de la Lengua Española [en línea]*. <<http://www.rae.es>> [10/09/2011].

RIGAU, GEMMA (1999): «La estructura del sintagma nominal. Los modificadores del nombre», en I. Bosque y V. Demonte, *GDLE*, Madrid, Espasa, pp. 311-362.

ROCA, FRANCESC (1996): «Morfemas objetivos y determinantes: los clíticos del español», *Verba* 23, pp. 83-119.

ROCA PONS, JOSÉ (1970): *Introducción a la gramática*, Barcelona, Teide.

RODRÍGUEZ DÍEZ, BONIFACIO (1983): «Sobre las lagunas del enunciado: elipsis y catálisis», *Contextos* 1, pp. 93-127.

————— (1991): *Algunas cuestiones difíciles del análisis sintáctico: Elipsis y neutralización*, Logroño, Gobierno de La Rioja.

RODRÍGUEZ GÓMEZ, JOSÉ LUIS (1990): «Los pronombres demostrativos: del corpus medieval al corpus moderno», en J. de Kock (coord.), *Gramática española: enseñanza e investigación*, vol. 4, pp. 45-61.

RODRÍGUEZ RAMALLE, M^a TERESA: *Las formas no personales del verbo*, Madrid, Arco / Libros, 2008.

RODRÍGUEZ RODRÍGUEZ, M^a. DEL CARMEN Y RAMÓN MORILLO-VELARDE PÉREZ (1999): «Valor del presente en la reconstrucción histórica: la elipsis en el español coloquial y el *Poema de Mío Cid*», *Lingüística Española Actual*, vol. 21, n° 1, pp. 5-24.

ROSS, JOHN R. (1986 [1967]): *Infinite Syntax*, Norwood, N. J., Ablex.

RUSSINOVICH SOLÉ, YOLANDA (1986): «"Lo" ¿pronombre o artículo; neutro o no?», *Anuario de Letras* 24, pp. 361-373.

SÁEZ DEL ÁLAMO, LUIS ÁNGEL (1991): «La elipsis verbal en las construcciones comparativas», en C. Martín Vide (coord.), *Lenguajes naturales y lenguajes formales: actas del VII congreso de lenguajes naturales y lenguajes formales: (Vic-Barcelona, 23-27 de septiembre de 1991)*, pp. 561-568.

————— (1999): «Los cuantificadores: las construcciones comparativas y superlativas», en I. Bosque y V. Demonte (dirs.), *GDLE*, Madrid, Espasa, pp.1129-1188.

SÁNCHEZ LÓPEZ, CRISTINA (1999): «La negación», en I. Bosque y V. Demonte (dirs.), *GDLE*, Madrid, Espasa, pp. 2561-2634.

SÁNCHEZ MANZANARES, M^a. DEL CARMEN (2007): «Mecanismos de sustitución y restitución semántica: metonimia y elipsis», en P. Cano López (coord.), *Actas del VI Congreso de Lingüística General, Santiago de Compostela, 3-7 de mayo de 2004*, vol. 2, t. 2, pp. 2241-2250.

SÁNCHEZ MÁRQUEZ, MANUEL (1988): «Estructura profunda, elipsis y entorno», *Anales del*

Instituto de lingüística 14, pp. 59-70.

SANTIAGO GUERVÓS, JAVIER (2007): *El complemento (de régimen) preposicional*, Madrid, Arco Libros.

SCHMIDT, SIEGFRIED J. (1978): «La communication littéraire», en AA. VV., *Stratégies discursives*, Press Universitaires de Lyon, pp. 19-31.

SEARLE, JOHN R. (1980) [1969]: *Actos de habla*, Madrid, Cátedra.

SECO, MANUEL (1972): *Gramática esencial del español. Introducción al estudio de la lengua*, Madrid, Aguilar.

SHOPEN, TIM (1973): «Ellipsis as Grammatical Indeterminacy», *Foundations of Language* 10, pp. 65-77.

SUÑER, MARGARITA (1988): «The Role of Agreement in Clitic Doubled Constructions», *Natural Language and Linguistics Theory* 6, pp. 391-434.

————— (1999): «La subordinación sustantiva: la interrogación directa», en I. Bosque y V. Demonte (dirs.), *GDLE*, Madrid, Espasa, pp. 2149-2966.

THOMAS, ANDREW L. (1979): «Ellipsis: the interplay of sentence structure and context», *Lingua* 47, pp. 43-68.

TRUJILLO, RAMÓN (1987): «La cuestión del artículo en español», *Verba* 14, págs. 347-365.

VÁZQUEZ LEÓN, ANTONIA MARÍA (1991): «La elipsis en las construcciones comparativas», *Glosa: Anuario del departamento de filología española y sus didácticas* 2, pp. 469-476.

VENNEMAN, THEO (1975): «Topic, sentence accent and ellipsis: a proposal for their formal treatment», en E. L. Keenan (ed.), *Formal Semantics of Natural Language*, Cambridge University Press, 1975.

VIGARA TAUSTE, ANA MARÍA (1996): «Economía y elipsis en el registro coloquial: español», en F. Gutiérrez Díez (coord.), *El español, lengua internacional (1492-1992)*, Asociación Española de Lingüística Aplicada, pp. 573-578.

VOLOSHINOV, VALENTIN N. (1992) [1929]: El marxismo y la filosofía del lenguaje (los principales problemas del método sociológico en la ciencia del lenguaje), *Madrid, Alianza Editorial*.

WEINRICH, HARALD (1981): «Lenguaje en textos», *Revista de Filología de la Universidad de La Laguna*, 0, pp. 135-138.

3. FUENTES LITERARIAS

ALARCOS, EMILIO (1950): «Cervantes y Boccaccio», en *Homenaje a Cervantes*, Valencia, t. II, pp. 197-235.

ALVAR, CARLOS; ANTONIO GÓMEZ MORENO Y FERNANDO GÓMEZ REDONDO (1991): *La prosa y el teatro en la Edad Media*, Madrid, Taurus.

ANDRACHUK, GREGORY PETER (1980): «Prosa y poesía en el *Siervo libre de amor*», en Alan M. Gordon y Evelyn Rugg (eds.), *Actas del VI Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas (1977)*, Toronto, Department of Spanish and Portuguese, University of Toronto, 1980.

ARMAS, FREDERIK A. DE, «Algunas observaciones sobre la *Cárcel de amor*», *Revista de*

Estudios Hispánicos, VIII (1974), pp. 107-127.

AUERBACH, ERICH (1969): *Lenguaje literario y público en la Baja Latinidad y en la Edad Media*, Seix Barral, Barcelona.

AYBAR RAMÍREZ, M^a FERNANDA (2005): *La ficción sentimental del siglo XVI*, Universidad Complutense de Madrid. [Tesis doctoral accesible desde UMA: <http://0-site.ebrary.com.jabega.uma.es/lib/bibliotecauma/edf.action?p00=&docID=10091136>].

BAJTÍN, MIJAIL (1985) [1979]: «El problema de los géneros literarios», en *Estética de la creación verbal*, México, Siglo XXI, pp. 248-293. P. 252

BATTESTI PELEGRIN, JEANNE (1989): «Tópica e invención: los lamentos de las madres en la *Cárcel de amor* de Diego de San Pedro», en *Literatura Hispánica, Reyes Católicos y Descubrimiento. Actas del Congreso Internacional sobre literatura hispánica en la época de los Reyes Católicos y el Descubrimiento*, Manuel Criado del Val (ed.), PPU, Barcelona, pp. 237-247.

BELTRÁN DE HEREDIA, VICENTE (1966): *Bulario de la Universidad de Salamanca*, vol. II, Ediciones de la Universidad de Salamanca.

————— (1970): *Cartulario de la Universidad de Salamanca*, vol. II, Universidad de Salamanca, pp. 113-114.

BERMEJO HURTADO, HAYDÉE, Y DINKO CVITANOVIC (1966): «El sentido de la aventura espiritual en *Cárcel de amor*», *Revista de Filología Española*, XLIX, pp. 289-300.

BEYSTERVERELD, A. VAN (1981): «Los debates feministas del siglo XV y las novelas de Juan

de Flores», *Hispania*, 1981.

BLAY, VICENTA (1992): «La conciencia genérica en la ficción sentimental (planteamiento de una problemática)», en *Historias y ficciones: Coloquio sobre la literatura del siglo XV*, Universitat de València, pp. 205-226.

BOHIGAS, PEDRO (1951): «La novela caballeresca, sentimental y de aventuras», en Guillermo Díaz-Plaja (dir.), *Historia general de las literaturas hispánicas*, t. II. Barna, Barcelona, pp. 189-236.

CANET, JOSÉ LUIS (1992): «El proceso de enamoramiento como elemento estructurante en la ficción sentimental», en R. Beltrán, J. L. Canet y J. L. Sirera (eds.), *Historias y ficciones: Coloquio sobre la Literatura del siglo XV*, Universitat de València, Departament de Filologia Espanyola, pp. 227-240.

CÁTEDRA, PEDRO (1989): *Amor y pedagogía en la Edad Media: estudios de doctrina amorosa y práctica literaria*, Universidad de Salamanca, Servicio de Archivos y Bibliotecas.

————— (2001), *Tratados de amor en el entorno de “Celestina” (Siglos XV-XVI)*, Madrid, España Nuevo Milenio.

CHAS AGUIÓN, ANTONIO (1994): «Cárcel de amor: hacia la novela moderna», en *Actas del V Congreso Internacional de la Asociación Española de Semiótica* (La Coruña 1992), vol. II, Universidad da Coruña, pp. 91-101.

CHEVALIER, MAXIME (1968): *Sur le public du roman de chevalerie*, Institut d'Études Ibériques et Ibéro-américaines de l'Université de Bordeaux.

————— (1976): *Lectura y lectores en la España del siglo XVI y XVII*, Madrid, Turner.

CORTIJO OCAÑA, ANTONIO (2001): *La evolución genérica de la ficción sentimental de los siglos XV y XVI. Género literario y contexto social*, Londres, Támesis.

CORTIJO OCAÑA, ANTONIO Y ADELAIDA CORTIJO OCAÑA (1998): «Las cartas de amores: ¿otro género perdido de la literatura hispánica?», *Dicenda*, 16, pp. 63-81.

COTARELO Y MORI, EMILIO (1927): «Nuevos y curiosos datos biográficos del famoso trovador y novelista Diego de San Pedro», *BRAE* XIV, pp. 305-326.

CURTIUS, E. (1976): *Literatura europea y edad media latina*, Madrid/México, Fondo de Cultura Económica.

CVITANOVIC, DINKO (1973): *La novela sentimental española*, Madrid, Prensa Española.

DEBAX, MICHELLE (1989), «Motivos tradicionales y organización narrativa en *Tractado de amores de Arnalte y Lucenda* y *Cárcel de amor* de Diego de San Pedro», en M. Criado de Val (dir.), *Literatura hispánica, Reyes Católicos y Descubrimiento*, Barcelona, PPU, pp. 279-284.

DEYERMOND, A. (1964): «El hombre salvaje en la novela sentimental», *Filología* X, pp. 97-111.

————— (1993): *Tradiciones y puntos de vista en la ficción sentimental*, México, UNAM (Publicaciones Medievalia, 5).

————— (1995): «Estudio preliminar», en C. Parrilla (ed), D. de San Pedro, *Cárcel de amor*, Barcelona, Crítica, pp. IX-XXXIII.

DOLZ I FERRER, ENRIQUE (2004): «*Siervo libre de amor*» de Juan Rodríguez del Padrón: *estudio y edición* (tesis doctoral), Universidad de Valencia, Servicio de Publicaciones.

DURÁN, ARMANDO (1973): *Estructura y técnicas de la novela sentimental y caballeresca*, Madrid, Gredos.

ECO, UMBERTO (1981) [1979]: *Lector in fabula. La cooperación interpretativa en el texto narrativo*, Barcelona, Lumen.

FERNÁNDEZ JIMÉNEZ, JUAN (1982a): «La trayectoria literaria de Diego de San Pedro», *Cuadernos Hispanoamericanos*, 387, pp. 647-657.

GARCÍA, MICHEL (1989): «Vida de Juan Rodríguez del Padrón», en S. Neumeister (ed.), *Actas del IX Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas (1986)*. Frankfurt am Main, Vervuert, pp. 205-213.

GARCÍA BERRIO, ANTONIO Y JAVIER HUERTA CALVO (1992): *Los géneros literarios. Sistema e historia*, Madrid, Cátedra.

GARGANO, ANTONIO (1979): «Stato attuale degli studi sulla novela sentimental, I: La questione del genere», *Studi Ispanici*, pp. 59-80.

————— (1980): «Stato attuale degli studi sulla novela sentimental II: Juan Rodríguez del Padrón, Diego de San Pedro y Juan de Flores», *Studi Ispanici*, pp. 39-65.

————— (2007): *La sombra de la teoría: ensayos de literatura hispánica del “Cid” a “Cien años de soledad”*, Universidad de Salamanca.

GERLI, E. MICHAEL (1989a): «Towards a Poetics of the Spanish Sentimental Romances»,

Hispania, vol. 72, nº 3, pp. 474-482.

————— (1989b): «Metafiction in Spanish Sentimental Romances», en *The Age of the Catholic Monarchs 1474-1516: Literary Studies in Memory of Keith Whinnom*, University Press, Liverpool, pp. 57-63.

GILI Y GAYA, SAMUEL (1950): «Prólogo», en Diego de San Pedro, *Obras Completas*, Madrid, Espasa-Calpe.

GILMAN, STEPHEN (1978): *La España de Fernando de Rojas. Panorama intelectual y social de La Celestina*, Madrid, Taurus.

GÓMEZ MOLLEDA, D. (1955): «La cultura femenina en la época de Isabel la Católica», *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, 61/1, pp. 137-195.

GÓMEZ REDONDO, FERNANDO (1998), *Historia de la prosa medieval castellana*, I, Madrid, Cátedra.

————— (1999): *Historia de la prosa medieval castellana*, II, Madrid, Cátedra.

————— (2002): *Historia de la prosa medieval castellana*, III, Madrid, Cátedra.

GÓMEZ, JESÚS (1990): «Los libros sentimentales en los siglos XV y XVI: sobre la cuestión del género», *Epos*, VI, pp. 521-532.

GRIEVE, PATRICIA E. (1987): «The Real and the Written: Mimetic Desire in Juan de Flores», en *Desire and Death in the Spanish Sentimental Romance (1440-1550)*, Newark, Juan de la Cuesta, pp. 55-74.

GUILLÉN, CLAUDIO (1998): *Múltiples Moradas*, Barcelona, Tusquets.

- (2000): «Para el estudio de la carta en el Renacimiento», en B. López Bueno (dir.), *La epístola. V Encuentro Internacional sobre Poesía del Siglo de Oro*, Universidad de Sevilla, pp. 101-127.
- GWARA, JOSEPH J. (1988): «The identity of Juan de Flores: Evidence of the *Crónica incompleta de los Reyes Católicos*», *Journal of Hispanic Philology*, 11 (1987-1988), pp. 103-129, 205-222.
- (1996): «A New Epithalamial Allegory by Juan de Flores: *La coronación de la señora Gracisla* (1475)», *Revista de Estudios Hispánicos*, vol. 30, nº 2, pp. 227-258.
- GWARA, JOSEPH J. Y E. MICHAEL GERLI (eds.) (1997): *Studies on the Spanish Sentimental Romance 1440-1550*, Londres, Tamesis.
- HAYWOOD, LOUISE M. (2001): «Apuntes sobre la *Cárcel de amor* de Diego de San Pedro: La estructura externa», *Ínsula: Revista de Letras y Ciencias Humanas*, 651 (mar. 2001r), pp. 17-19.
- HERNÁNDEZ ALONSO, CÉSAR (1987): *Novela sentimental española*, Barcelona, Plaza y Janés.
- HOUSE WEBBER, RUTH (1986): «La narrativa medieval: consideraciones estructurales», en A. David Kossoff, José Amor y Vázquez, Ruth H. Kossoff y Geoffrey W. Ribbans, (eds.), *Actas del VIII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas* (1983), Madrid, Ediciones Istmo.
- HUIZINGA, JOHAN (1967): *El otoño de la Edad Media: estudios sobre la forma de la vida y del espíritu durante los siglos XIV y XV en Francia y en los Países Bajos*, Madrid,

Revista de Occidente.

IMPEY, OLGA T. (1994): «La refracción del discurso amatorio en las cartas de la Cárcel de amor», en M. I. Toro Pascua (coord.), *III Congreso de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval* (1989), Biblioteca Española del Siglo XV, Departamento de Literatura Española e Hispanoamericana, Universidad de Salamanca.

INFANTE, VÍCTOR (1988-89): «La prosa de ficción renacentista: entre los géneros literarios y el género editorial», *Journal of Hispanic Philology* XIII (1988-89), pp. 115-124.

JONES, R. O. (1962): «Isabel la Católica y el amor cortés», *Revista Literaria* XXI, 41-42, pp. 55-64.

KANY, CHARLES E. (1937): *The beginnings of the epistolary novel in France, Italy and Spain*, Berkeley, University of California.

KRAUSE, ANNA (1929): *La novela sentimental (1440-1513)*, University of Chicago, Humanistic Series, IV.

————— (1952): «El *Tractado* novelístico de Diego de San Pedro», *Bulletine Hispanique*, t. LIV, p. 251.

LACARRA, MARÍA EUGENIA (1989): «Juan de Flores y la ficción sentimental», en S. Neumeister (ed.), *Actas del IX Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas* (1986). Frankfurt am Main, Vervuert, pp. 223-233.

LAWRENCE, J. N. H. (1985): «The Spread of Lay Literacy in Late Medieval Castile», *Bulletin of Hispanic Studies* 62, pp. 79-94.

————— (1988): «Nuevos lectores y nuevos géneros: apuntes y observaciones sobre la

epistolografía en el primer Renacimiento español», en V. García de la Concha (ed.), *Academia Literaria Renacentista V. Literatura en la época del Emperador*, Universidad de Salamanca, pp. 81-99.

LÁZARO CARRETER, FERNANDO (1987): «La literatura como fenómeno comunicativo», en J. A. Mayoral, *Pragmática de la comunicación literaria*, Madrid, Arco / Libros, pp. 151-170.

LIDA DE MALKIEL, M^a. ROSA (1952): «Juan Rodríguez del Padrón: Vida y obras», *Nueva Revista de Filología Hispánica* VI, 4, pp. 313-351. [Citado por *Estudios sobre la literatura española del siglo XV*, Madrid, 1978, pp. 21-144].

————— (1978): *Estudios sobre la literatura española del siglo XV*, Madrid.

————— (1984) [1950]: *Juan de Mena, poeta del prerrenacimiento español*, El Colegio de México.

LÓPEZ ESTRADA, FRANCISCO (1985): «Prosa narrativa de ficción», en W. Meltinam (ed.), *La littérature dans la Península Ibérica aux XIV et XV siècles*, Heidelberg, Carl Winter-Universitäts Verlag, pp. 15-42.

MARÍN, MARÍA DEL CARMEN (1991): «La mujer y los libros de caballerías. Notas para el estudio de la recepción del género caballeresco entre el público femenino», *Revista de Literatura medieval*, Madrid, Gredos, pp. 129-148.

MÁRQUEZ VILLANUEVA, FRANCISCO (1976): «Historia cultural e historia literaria: el caso de *Cárcel de amor*», en L. E. Davis e I. C. Taran (eds.), *The Analysis of Hispanic Texts: Current Trends in Methodology: Second York College Colloquium*, Nueva York, Bilingual Press, pp. 144-157.

MARTIN, J. R. Y DAVID ROSE (2008): *Genre Relations. Mapping Culture*, Londres, Equinox.

MARTÍN ABAD, JULIÁN (2003): *Los primeros tiempos de la imprenta en España (c. 1471-1520)*, Madrid, Ediciones del Laberinto.

MARTÍN BAÑOS, PEDRO (2005): *El arte epistolar en el Renacimiento europeo, 1400-1600*, Bilbao, Universidad de Deusto.

MARTÍNEZ LATRE, M^a. DEL PILAR (1989): «Evolución genérica de la ficción sentimental», *Berceo* 116-117, pp. 7-22.

MATULKA, BARBARA (1931): *The novels of Juan de Flores and their European diffusion. A study in comparative literature*, Nueva York, Institute of French Studies.

MENÉNDEZ PELAYO, MARCELINO (1905-1915): *Orígenes de la novela*, Madrid, Librería editorial de Bailly/Baillière e hijos.

MORENO BÁEZ, ENRIQUE (1974): «Introducción», en Diego de San Pedro, *Cárcel de amor*, Madrid, Cátedra.

NORTON, FREDERICK JOHN (1997): *La imprenta en España, 1501-1520*, Madrid, Ollero y Ramos, D. L.

PARRILLA, CARMEN (1988): *Juan de Flores: edición e introducción de "Grimalte y Gradisa"*, Universidad de Santiago de Compostela, Monografías da Universidades (140).

————— (1989): "Un cronista olvidado: Juan de Flores, autor de la *Crónica incompleta de los Reyes Católicos*", en A. Deyermond e I. Macpherson (eds.), *The Age of*

Catholics Monarchs (1474-1516): Literary Studies in Memory of Keith Whinnom,
Liverpool University Press, pp. 123-133.

————— (ed.) (1995): Diego de San Pedro, *Cárcel de amor*, Barcelona, Crítica.

————— (2001): «La novela sentimental en el marco de la instrucción retórica», *Ínsula*
651, pp. 15-17.

PONTÓN, GONZALO (2002): *Correspondencias: los orígenes del arte epistolar en España*,
Madrid, Biblioteca Nueva.

PRIETO, ANTONIO (1975): *Morfología de la novela*, Barcelona, Planeta.

REDONDO, AGUSTÍN (1976): «Antonio de Guevara y Diego de San Pedro: Las “cartas de
amores” del “Marco Aurelio”», *Bulletin Hispanique* LXXVIII, 3-4, pp. 226-239.

RODRÍGUEZ GALDEANO, ENRIQUE (2005): «La novela medieval *Siervo libre de amor*:
estudio de sus influencias latinas», *Revista Lemir* 9.

RODRÍGUEZ PUÉRTOLAS, JULIO (1989): «La mujer nueva en la literatura castellana del siglo
XV», en M. Criado de Val (dir.), *Literatura hispánica, Reyes Católicos y
Descubrimiento*, Barcelona, PPU, pp. 38-56.

ROHLAND DE LANGBEHN, REGULA (1986): «Desarrollo de géneros literarios: la novela
sentimental española de los siglos XV y XVI», *Filología* XXI, pp. 57-76.

————— (1989a): «Fábula trágica y nivel de estilo elevado en la novela sentimental
española de los siglos XV y XVI», en M. Criado de Val (dir.), *Literatura hispánica,
Reyes Católicos y Descubrimiento*, Barcelona, PPU, pp. 230-236.

————— (1989b): «Argumentación y poesía: Función de las partes integradas en el

relato de la novela sentimental española de los siglos XV y XVI», en S. Neumeister (ed.), *Actas del IX Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas (1986)*, Frankfurt del Mena, Vervuert, pp. 575-582.

————— (1997): «Un mundo al revés: la mujer en las obras de ficción de Juan de Flores», en J. J. Gwara y E. M. Gerli (eds.), *Studies on the Spanish Sentimental Romance, 1440-1550*, Londres, Támesis, pp. 125-141. [http://books.google.es/books?id=mTwh7_R_XVsC&printsec=frontcover#v=onepage&q=&f=false].

————— (1999) *La unidad genérica de la novela sentimental española de los siglos XV y XVI*. Papers of the Medieval Hispanic Research Seminar 17, Londres, Department of Hispanic Studies, Queen Mary and Westfield College.

RUBIO TOVAR, JOAQUÍN (1981): «El extremismo de San Pedro», *Cuadernos Hispanoamericanos* 369, pp. 645-652.

RUIZ DOMÉNEC, J. E. (1986): «La mujer en la sociedad aristocrática de los siglos XII y XIII», en *La condición de la mujer en la Edad Media. Actas del Coloquio celebrado en la Casa de Velázquez, del 5 al 7 de noviembre de 1984*, Madrid, Casa de Velázquez, Universidad Complutense, p. 383.

SALINAS, PEDRO (1947): *Jorge Manrique o tradición y originalidad*, Buenos Aires, Sudamericana.

————— (1983): «La mejor carta de amores de la literatura española», en *Ensayos completos*, III, Madrid, Taurus, pp. 83-96.

SAMONÀ, CARMELO (1960): *Studi sul romanzo sentimentale e cortese nella letteratura*

spagnola del Quattrocento, Roma, Carucci.

————— (1962): «Per una interpretazione del *Siervo libre de amor*» en *Studii Ispanici*, Università degli Studi di Pisa, vol. I, pp. 195-196.

————— (1979): «Los códigos de la “novela” sentimental», en Francisco Rico (coord.), *Historia y crítica de la literatura española*, t. I, Barcelona, Crítica, pp. 376-380.

SENABRE, RICARDO (1986): *Literatura y público*, Madrid, Paraninfo.

TORREGO, ESTHER (1983): «Convención retórica y ficción narrativa en la *Cárcel de amor*», *Nueva Revista de Filología Hispánica* XXXII, II, pp. 330- 339.

VARELA, JOSÉ LUIS (1970) [1965]: «Revisión de la novela sentimental», *Revista de Filología Española* XLVIII, pp. 351-382. (Citado por *La transfiguración literaria*, Prensa Española, Madrid, 1970).

WADE LABARGE, MARGARET (1986): *La mujer en la Edad Media*, Madrid, Nerea.

WALDE MOHENO, LILLIAN VON DER (1998) [1997]: «La ficción sentimental», *Medievalia* 25, pp. 1-25.

————— (1997): «Notas sobre el estilo de Juan de Flores», en *Varia lingüística y literaria. 50 años del CELL*, t. II, El Colegio de México, pp. 103-114.

WARDROPPER, BRUCE W. (1953): «El mundo sentimental de la *Cárcel de amor*», *Revista de Filología Española* XXXVII, pp. 168-195.

WEBBER, EDWIN J. (1958): «*La Celestina* as an *arte de amores*», *Modern Philology* 55, pp. 145-153.

WEISSBERGER, BARBARA (1983): «Authors, Characters, and Readers in *Grimalte y Gradisa*», en R. E. Surtz y N. Winerth (eds.), *Creation and Re-Creation: Experiments in Literary Form in Early Modern Spain: Studies in Honor of Stephen Gilman*, Newark, Delaware, Juan de la Cuesta, pp. 61-76.

WHINNOM, KEITH (1960): «Diego de San Pedro's Stylistics Reform», *Bulletin of Hispanic Studies* XXXVII, pp. 1-15.

————— (1965): «Two San Pedros», *Bulletin of Hispanic Studies* XLII, pp. 255-258

————— (ed.) (1972): «Introducción crítica», en Diego de San Pedro, *Obras completas, II: Cárcel de Amor*, Madrid, Castalia.

————— (1974): *Diego de San Pedro*. Twayne, New York.

————— (1983): *The Spanish Sentimental Romance 1440-1550: A Critical Bibliography*, Londres, Grant & Cutler Ltd. (Research Bibliographies & Checklists, 41).

WRIGHT, DIANE M. (2003): «Del discurso oral al discurso literario en la ficción sentimental del siglo XV: hacia un modelo de interacción», en L. von der Walde Moheno (ed.), *Propuestas teórico-metodológicas para el estudio de la literatura hispánica medieval*, Publicaciones de *Medievalia* 27, Universidad Autónoma Metropolitana-Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 283-322.

YNDURÁIN, DOMINGO (1988): «Las cartas en prosa», en V. García de la Concha (ed.), *Academia Literaria Renacentista V. Literatura en la época del emperador*, Ediciones de la Universidad de Salamanca, pp. 53-79.

————— (1984): «Un aspecto de *La Celestina*», en *Estudios sobre el Siglo de Oro*.

Homenaje a Francisco Ynduráin, Madrid, Editora Nacional, pp. 521-540.

ZUMTHOR, PAUL (1972): *Essai de poétique médiévale*, París, Seuil.

